

ANATOLI RIBAKOV



Los hijos del Arbat

LOS HIJOS DEL ARBAT

Anatoli Ribakov

Presentación

Los hijos del Arbat narra las vicisitudes de un grupo de jóvenes amigos que han estudiado juntos en ese céntrico y famoso barrio de Moscú, donde habían vivido Tolstoi, Chejov y otros importantes artistas. Casi todos son entusiastas seguidores del régimen. El protagonista principal, Sasha es expulsado del colegio y desterrado a Siberia.

Pero por encima de todos los personajes se alza la figura del camarada Stalin, magistralmente dibujada por Ribakov.

La novela contiene muchos trazos autobiográficos y sobre ellos diría el autor:

-Como yo, Sacha fue criado en la calle Arbat, en la misma casa. Iba a la misma escuela. Trabajaba en la misma fábrica. Estudió en la misma facultad. Lo apresaron por motivos semejantes: querellas estudiantiles. Lo enviaron a la misma prisión y fue exiliado al mismo lugar en el que yo estuve, Siberia.

Anatoli Ribakov, se erige aquí como un nuevo Tolstoi, retratando el espíritu siniestro de una época de forma absolutamente magistral.

Créditos

Traducción de Isabel Vicente

Círculo de lectores

Edición Digital: Carretero

Difunde: Confederación Sindical Solidaridad Obrera
http://www.solidaridadobrera.org/ateneo_nacho/biblioteca.html

PERSONAJES PRINCIPALES

Stalin, Josif Visarionovich Secretario General del Comité Central del P.C.U.S.

Ordzhonikidze, Grigori Konstantinovich Miembro del Politburó. Comisario popular

Kírov, Serguei Mirónovich Miembro del Politburó. Secretario del Partido de Leningrado

Yagoda, Genrich Georgievich Vicepresidente de la G.P. U. (administración política estatal), formada en 1922 a partir de la cheká (comisión extraordinaria de lucha contra la contrarrevolución y el sabotaje) la cual se había formado en 1917 como organismo de seguridad. En 1934 -1936 fue Comisario popular para asuntos interiores (NKVD).

Sasha, Alexander Pavlovich Pankrátov

Sofía Alexándrovna, madre de Sasha

Pável Nikolaievich, padre de Sasha

Mark Alexándrovich Riazánov, tío de Sasha

Lena Budiáguina, compañera de colegio de Sasha

Iván Grigorievich Budiaguin, padre de Lena

Nina Ivanova, compañera de Sasha

Varia, hermana de Nina

Kostia, Konstantin Fiódorovich, jugador de billar

Yuri Sharok, compañero de Sasha

Sharok, maestro sastre, padre de Yuri

Vadim Marasévich, compañero de Sasha

Vika, Victoria Marasévich, hermana de Vadim Maxim Kostin, compañero de colegio

Vsevolod Serguéievich, deportado en Siberia

Borís Soloveischik, deportado en Siberia

Zida, Nurzida Hasisovna, maestra en Moscú

Diákov, apoderado de la NKVD

Alférov, apoderado de la NKVD

PRIMERA PARTE

1

La casa más grande de la calle del Arbat se encuentra entre los pasajes Nikolski y Dénezhni, que hoy se llaman pasaje Plótnikov y calle de Vesnín. Son tres pabellones de ocho pisos, muy juntos, el primero de los cuales tiene la fachada revestida de azulejos blancos. Algunos rótulos dicen: «Vainicas», «Se cura el tartamudeo», «Enfermedades venéreas»... Dos patios, profundos y oscuros, están unidos por bóvedas bajas, en forma de arco, revestidas de chapa metálica en las esquinas.

Sasha Pankrátov salió de su casa y torció a la izquierda, hacia la plaza de Smolensk. Por delante del cine Arbatski Ars paseaban ya, por parejas, las muchachas de siempre -las chicas del Arbat, de Doro-gomílovskaia y Pliuschija-: el cuello del abrigo levantado como al desgaire, labios pintados, pestañas rizadas, ojos expectantes, pañuelo de color al cuello... El chic otoñal del Arbat. Había terminado una sesión, los espectadores salían por el patio, y la multitud se vertía en la calle a través de un portón bastante estrecho donde, además, rebullía alegremente una bandada de adolescentes, dueños y señores de aquellos lugares desde siempre.

El Arbat terminaba su día. Por la parte asfaltada de la calle -entre las vías del tranvía se conservaba el empedrado- rodaban los primeros automóviles soviéticos, los Gaz y los Amo, dejando atrás a los viejos coches de caballos. Los tranvías salían del parque con uno o incluso dos vagones de remolque, en un intento desesperado de satisfacer la demanda de transporte de la gran ciudad. Pero, bajo tierra, se tendía ya la primera línea del Metro y en la plaza de Smolensk se alzaba una torre de madera sobre el pozo de extracción.

Katia esperaba a Sasha en Déviche Pole, junto al club de la fábrica Kauchuk. Era una muchacha reposada, de ojos grises y pómulos salientes. Llevaba un jersey de gruesa lana de pueblo y olía ligeramente a alcohol.

-He bebido un poco de tinto con las chicas. ¿Es que tú no celebras la fiesta?

-¿Qué fiesta?

-¿Cuál va a ser? La de la Intercesión.

-¡Ah!...

-¿Es todo lo que se te ocurre?

-¿Adónde vamos?

-Pues... a casa de mi amiga.

-¿Qué llevamos?

-Para picar, algo tendrá. Compra vodka.

Fueron por el pasaje Grande de Sávvinksi, a lo largo de los viejos cuarteles obreros. [\[1\]](#)

Se escuchaban voces de beodos, cantos desafinados y música de armónica y de gramófono, luego por el angosto paso que quedaba entre dos vallas fabriles, bajaron al malecón. A la izquierda estaban las amplias ventanas de las fábricas Sverdlov y Livers, a la derecha del río Moscova, delante de la muralla del monasterio de Novodéviche y las armazones metálicas del puente del ferrocarril de circunvalación y, detrás, pantanos y prados, Kochki y Luzhnik...

-¿Adónde me llevas? -preguntó Sasha.

-Ya lo verás... El que algo quiere...

Sasha le echó un brazo por encima de los hombros y ella intentó zafarse.

-Aguanta un poco.

Sasha estrechó el abrazo.

-No te sulfures.

[1] Nombre dado a los barracones donde se albergaban los obreros de las primeras fábricas en Rusia.

La casa, de cuatro pisos, sin revocar, se alzaba un poco aparte. Recorrieron un pasillo largo, mal alumbrado, con un número infinito de puertas a los lados. Katia se detuvo delante de la última, diciendo:

-Marusia no está sola... No pregantes nada.

Había un hombre dormido en el diván, de cara a la pared. Un niño y una niña de unos diez a once años, sentados junto a la ventana, se volvieron hacia la puerta y saludaron a Katia. Una mujer trajinaba sobre una mesita de cocina colocada en un rincón del cuarto, junto al aguamanil. Pequeñita, mucho mayor que Katia, tenía un rostro agraciado de expresión bondadosa. Era Marusia.

-Ya pensábamos que no vendrías -dijo mientras se secaba las manos y se quitaba el delantal-, que andarías de fiesta en alguna parte... Levante, Vasili Petróvich: ya están aquí.

El hombre, delgado y hosco, se incorporó, se alisó el cabello ralo y se pasó una mano por la cara borrando las huellas del sueño. El cuello de la camisa se le había arrugado y tenía el nudo de la corbata flojo.

-Las empanadas se habrán quedado duras -indicó Marusia retirando el paño que cubría las empanadas de harina de centeno dispuestas sobre la mesa-. Ésta es con soja, ésta con patata y ésta con col. Trae los platos, Toma.

La niña obedeció. Katia se quitó la chaqueta, sacó los cubiertos del aparador y dispuso la mesa. Sabía dónde encontrar cada cosa y, evidentemente, no era aquella su primera visita.

-Arregla un poco el cuarto -le dijo a Marusia.

-Hemos estado durmiendo un rato después del almuerzo -se disculpaba Marusia mientras recogía algunas prendas tiradas por las sillas-. Y como los chicos han estado recortando papel... Recoge estos papeles, Vitia.

A gatas, el chico fue recogiendo los recortes. Vasili Petróvich se lavó un poco bajo el aguamanil y se apretó el nudo de la corbata. Marusia cortó un trozo de cada empanada para los chicos y les llevó los platos al poyo de la ventana.

-Aquí tenéis.

Vasili Petróvich escanció el vodka.

-¡Por la fiesta!

-¡Debajo de la mesa nos encontraremos! -Katia miró a todos menos a Sasha. Era la primera vez que le llevaba a casa de unos conocidos y allí bebía vodka mientras que con él bebía tan sólo vino.

-¡Buen mozo te has llevado! -sonrió Marusia señalando a Sasha-. Con los ojos negros.

-Con los ojos negros y el pelo rizado -sonrió también Katia.

-El pelo se riza de joven y se cae de viejo -profirió Vasili Petróvich y empuñó otra vez la botella. Ahora no le parecía ya hosco a Sasha, que notaba su afán de mantener la conversación. Marusia los contemplaban con mirada cariñosa y comprensiva.

A Sasha le agradaba el aire protector de Marusia, le agradaba aquella casa de un arrabal, le agradaban el canto y el acordeón que se escuchaban al otro lado de la pared.

-Pero, ¿no come? -preguntó Marusia.

-Sí como, gracias. Están muy ricas.

-¡Si hubiera con qué hacerlas!... Pero ni siquiera levadura se puede encontrar. Menos mal que la trajo Vasili Petróvich.

Vasili Petróvich emitió un juicio muy sesudo acerca de la levadura.

Los chicos pidieron más empanada.

Marusia cortó otro pedazo para cada uno.

-¿Os habéis creído que es para vosotros solos? Se acabó la juerga. ¡Vamos! Recogió sus ropa de cama y las llevó a casa de una vecina. Los niños se fueron a dormir. Al poco rato también se despidió Vasili Petróvich. Marusia salió a acompañarle. Al marcharse dijo a Katia:

-En el armario hay sábanas limpias.

-¿Por qué anda con ése? -preguntó Sasha cuando se quedaron solos.

-El marido ha desaparecido después del divorcio para no pasarle nada por los chicos. De alguna manera tiene que vivir.

-¿Delante de los hijos?

-¿Es preferible que pasen hambre?

-Es viejo.

-Tampoco ella es joven.

-¿Por qué no se casa con ella? Katia le miró de reojo.

-Y tú ¿por qué no te casas conmigo?

-¿Te apetece estar casada?

-Pues... sí. ¡Bueno! Vamos a acostarnos. Aquello era inusitado. Siempre que se veían tenía él que convencerla como si se tratara de la primera vez, mientras que ahora preparaba ella misma la cama, se desnudaba. Sólo dijo:

-Apaga la luz.

Luego estuvo peinando su cabello con los dedos.

-Eres fuerte. Seguro que las chicas andan detrás de ti. Sólo que eres muy descuidado. -Se inclinó sobre él, mirándole fijamente-. ¿Y si te traigo un moreno de ojos negros como tú? ¿No te asusta? Tenía que ocurrir tarde o temprano. En fin, se haría un aborto. No les hacía falta una criatura ni a él ni a ella.

-¿Estás embarazada?

Katia hundió el rostro en el hombro de Sasha, se estrechó contra él como buscando protección contra las desdichas y las vicisitudes de su vida. ¿Qué sabía Sasha de ella? ¿Dónde vivía? ¿En casa de una tía? ¿En la residencia obrera? ¿Estaba realquilada? ¡Un aborto! ¿Qué diría en su casa? ¿Qué pondría en la baja del médico? ¿Y si estaba demasiado avanzada? ¿Adónde iría con una criatura?

-Si estás embarazada, déjalo y nos casaremos.

Sin levantar la cabeza, Katia preguntó:

-¿Cómo le llamaremos?

-Ya veremos. Queda mucho tiempo todavía.

Rió por lo bajo y se apartó de él.

-Tú no te casarías conmigo. Ni yo tampoco contigo. ¿Cuántos años tienes? ¿Veintidós? Soy mayor que tú. Tú tienes estudios. ¿Y yo? Seis años de escuela... Me casaré, pero no contigo.

-Pues ¿con quién? Eso sí que es curioso.

-Tienes razón... Con un chico de mi pueblo.

-¿Dónde está?

-¿Qué importa? En los Urales. Vendrá a buscarme.

-¿Qué hace?

-Pues... es mecánico.

-¿Hace tiempo que le conoces?

-¿No te digo que es de mi pueblo?

-¿Y por qué no se ha casado antes contigo?

-Porque le gustaba la juerga.

-¿Y ahora ya no le gusta?

-Ahora tiene ya treinta años. No te imaginas las mujeres tan guapas que ha tenido...

-¿Le quieres?

-Sí, le quiero...

-Entonces ¿por qué andas conmigo?

-Y dale con que «por qué» ... También yo quiero disfrutar de la vida. Oye: haces más preguntas que un guardia.

¡Déjame!

-¿Cuándo llega?

-Mañana.

-¿Y nosotros no volveremos a vernos?

-¿Quieres que te invite a la boda? .. Con la fuerza que tiene, te pega un golpe y te desbarata.

-Eso habría que verlo.

-No me hagas reír.

-Pero si estás embarazada ...

-¿Quién lo ha dicho?

-Tú.

-Yo no te he dicho nada semejante. Te lo has inventado tú.

Alguien llamó levemente a la puerta. Katia se levantó, abrió a Marusia y volvió a acostarse.

-Ya estoy de vuelta. -Marusia encendió la luz-. ¿Preparo el té?

Sasha adelantó la mano hacia su pantalón.

-Deje -dijo Marusia-. No se preocupe.

-Es muy vergonzoso -ironizó Katia-. Le da vergüenza andar conmigo así y quiere casarse.

-Eso de casarse se hace muy pronto -murmuró Marusia-. Y lo de descasarse también.

Sasha escanció en un vaso lo que quedaba de vodka y se lo bebió acompañándolo con un trozo de empanada. La verdad era que debía estar agradecido a Katia por haberlo arreglado todo así. Ese mecánico existía probablemente de verdad; pero no se trataba de eso, sino de que Katia se burlaba otra vez, y a él le afectaba. ¡Valiente tonto! Sasha se levantó.

-¿Adónde vas? -preguntó Katia.

-A casa.

-No, hombre -intervino Marusia-. Duerman aquí y se marchan mañana. Yo pasaré la noche en casa de unos vecinos. Aquí no molestan a nadie.

-Tengo que marcharme.

Katia le miró hosamente.

-¿Encontrarás el camino?

-No me perderé.

Le atrajo hacia ella.

-Quédate.

-Me voy. Suerte.

De todas maneras, era una buena chica. ¡Lástima perderla! Y si ella no le llamaba, no volverían a verse: ni siquiera conocía sus señas. No quería decirle dónde vivía -«me regañaría mi tía»- ni tampoco en qué fábrica trabajaba -«para que no estés como un pasmarote a la puerta». Antes le llamaba de vez en cuando desde algún teléfono público. Iban al cine o al parque y luego se perdían en lo más frondoso del jardín de Neskuchni. Las tumbonas blanqueaban a la luz de la luna. Katia se zafaba. «¡Déjame, hombre...! ¡Cuidado que eres...!»

Luego se estrechaba contra él, le acariciaba el cabello con sus manos ásperas. Tenía los labios secos, curtidos del aire.

-La primera vez que te vi te tomé por un gitano. Al lado de nuestro pueblo hubo unos gitanos acampados, y eran igual de morenos. Sólo que tú tienes la piel suave.

En verano, cuando la madre y la hermana de Sasha se fueron al campo, Katia iba a su casa. Llegaba con cara de pocos amigos. Le daba vergüenza de las mujeres sentadas junto al portal. «No me quitan el ojo cuando paso. En mi vida vuelvo por aquí.»

Cuando telefoneaba, solía permanecer callada un rato, colgar luego y volver a llamar...

-¿Eres tú, Katia?

-¿Y qué?

-¿Por qué no contestabas?

-Ni siquiera he llamado...

-¿Nos vemos?

-¿Y dónde nos vemos?

-¿Junto al parque?

-Vaya ocurrencia... Ven al Novodéviche.

-¿A las seis, a las siete?

-Yo estaré a las seis...

Todo esto lo recordaba ahora Sasha esperando su llamada. Al día siguiente hubiera querido volver en seguida a casa después del instituto por si telefoneaba. Pero se quedó a preparar el periódico mural para las fiestas de octubre. Luego le llamaron para una reunión del buró del partido.

No había asientos libres cerca de la puerta. Sasha se deslizó entre las hileras de sillas, molestando a la gente apretujada y ganándose así una mirada reprobatoria de Baulin, el secretario del buró del partido, hombre recio, de cabello castaño, cara redonda sin más rasgo relevante que una expresión de tozudez y el pecho abombado resaltando bajo la camisa rusa de satén azul cerrada con dos botones blancos en el cuello corto. Después de seguir a Sasha con la mirada hasta que se sentó en un rincón, Baulin se volvió nuevamente hacia Krivoruchko.

-Usted ha sido, Krivoruchko, quien ha hecho fracasar la construcción de las residencias; ¡Las razones objetivas no le importan a nadie!

¿Que los fondos han sido traspasados a las obras de choque? [2]

Usted no responde de la construcción de Magnitogorsk, sino del instituto. ¿Por qué no advirtió que los plazos previstos no eran realizables? ¡Ah! Sí lo eran... Entonces ¿por qué no se han cumplido? Usted lleva veinte años en el partido, ¿verdad? Pues bien: por sus pasados méritos, nuestra mayor admiración; pero los errores los haremos pagar.

A Sasha le chocó el tono de Baulin. Los estudiantes temían un poco al vicedirector Krivoruchko. En el instituto se hablaba de su relevante biografía militar (todavía usaba guerrera, pantalón de montar y botas altas). Aquel hombre de espalda encorvada, nariz larga y bolsas debajo de los ojos no conversaba nunca con nadie y, por lo general, ni siquiera contestaba a los saludos más que con una inclinación de cabeza.

Krivoruchko tenía una mano apoyada en el respaldo de la silla y Sasha veía cómo le temblaban los dedos. La debilidad, en un hombre siempre tan imponente, movía a compasión. Efectivamente, los materiales para la construcción de residencias no habían sido suministrados, pero nadie quería pensar ahora en eso.

[2] Nombre que se daba a las obras más importantes y urgentes de los primeros planes quinquenales.

Únicamente Janson, el decano de la facultad de Sasha, un letón imperturbable, dijo en tono conciliador, dirigiéndose a Glinskaia, la directora del instituto:

-¿Le damos otro plazo?

-¿De qué clase? -inquirió Baulin con pérvida afabilidad. [\[3\]](#)

Glinskaia callaba, en la actitud de una persona agravada por haberle tocado en suerte un suplente tan inútil. Lozgachov, un posgraduado alto y desgarbado, se levantó y alzó ambos brazos con gesto teatral.

-¿Es posible que incluso las palas fueran enviadas a las obras de Magnitogorsk? ¿No tuvieron que excavar con los dedos la tierra helada los estudiantes? Ahí está el secretario del Komsomol del grupo: que explique él cómo trabajaron sin palas. [\[4\]](#)

Baulin miró interesado a Sasha. Éste se levantó. -Nosotros no hemos tenido que trabajar sin palas. Una vez encontramos el almacén cerrado, pero volvió el encargado y nos dio las palas.

-¿Tuvieron que esperar mucho tiempo? -preguntó Krivoruchko sin levantar la cabeza.

-Unos diez minutos.

Lozgachov, que quedaba en evidencia después de haber solicitado el testimonio de Sasha, sacudió la cabeza con aire de reproche, como si el fallo hubiera sido de Sasha y no suyo.

-¿Y todo se arregló? -preguntó Baulin con una sonrisita.

-Pues sí -contestó Sasha.

-¿Cuánto tiempo estuvisteis trabajando y cuánto estuvisteis parados? -Es que no había materiales.

-¿Cómo lo sabes tú?

-Tomo el mundo lo sabe.

-Déjate de alegatos, Pankrátov -profirió severamente Baulin-. No vienen al caso.

Procurando no mirar a Krivoruchko, los miembros del buró votaron por su expulsión del partido. Sólo se abstuvo Janson. Krivoruchko abandonó la sala más encorvado todavía.

-El profesor Azizián desea hacer una declaración -anunció Baulin y miró a Sasha como preguntándole: ¿qué dices ahora, Pankrátov?

Azizián daba las clases de fundamentos de contabilidad socialista en el grupo de Sasha. Sin embargo no habló de contabilidad socialista, ni siquiera de sus fundamentos, sino de los que desvirtuaban esos fundamentos. Sasha había opinado claramente que no estaría de más darles una idea de la contabilidad como tal. Azizián, un camasquince astuto, de pelo ríoso, se había reído entonces; pero ahora acusaba a Sasha de haberse pronunciado en contra de la base marxista de la ciencia de la contabilidad.

-¿Fue así? -Baulin consideró a Sasha con sus fríos ojos azules.

-Yo no dije que no hiciera falta la teoría. Dije que no nos habían dado conocimientos sobre contabilidad.

-¿No te interesa la orientación partidista de la ciencia?

-Me interesa. Y los conocimientos concretos también.

-¿Existe diferencia entre lo partidista y lo concreto?

De nuevo se levantó Lozgachov.

-La verdad, camaradas... Cuando se propaga abiertamente el apoliticismo de la ciencia... y otra cosa: Pankrátov ha intentado imponer al buró del partido su opinión especial acerca de Krivoruchko; ha querido adjudicarse el papel de representante de las amplias masas estudiantiles. Pero, hablando con propiedad, ¿a quién representa usted aquí, Pankrátov?

Janson, sombrío, repicaba sus gruesos dedos sobre su abultado portafolios.

Glinskaia se volvió hacia Baulin.

-Se podría pasar el asunto a la organización del Komsomol...

En su voz resonaba el fastidio de un dignatario distraído de asuntos importantes: una cuestión trivial, un estudiante insignificante. Lozgachov miró a Baulin y le pareció que a éste no le disgustaba la propuesta de Glinskaia.

-El buró del partido no debe eludir...

Aquella palabra imprudente lo decidió todo.

-Nadie elude nada -le interrumpió Baulin frunciendo el ceño-, pero existen unas normas. Que lo discuta el Komsomol. Así veremos la madurez política que tiene.

En el perchero estaba colgado un abrigo de cuero marrón... ¡El tío Mark!

-¿Andas de parranda?

[\[3\]](#) Juego de palabras basado en que «echar un plazo» significa, en lenguaje común, condenar a un procesado.

[\[4\]](#) Komsomol: Unión de Juventudes Comunistas. Como substantivo, designa a un joven comunista, a un miembro del Komsomol.

Sasha besó al tío Mark en su mejilla bien afeitada. Mark olía a tabaco de pipa de buena calidad y agua de tocador suave. «Un agradable olor de solterón», decía la madre. Grueso, alegre, algo calvo ya, aparentaba más de sus treinta y cinco años. Y sólo la mirada aguda, detrás de los cristales amarillentos de las gafas, acusaba la voluntad férrea de aquel hombre, uno de los grandes comandantes de la industria, casi legendario, como eran legendarias las gigantescas obras que dirigía en el este: una nueva base metalúrgica de la Unión Soviética, inasequible para la aviación enemiga, la retaguardia estratégica de la potencia proletaria.

-Pensé que no te vería, que te habrías quedado a dormir en alguna parte...

-Sasha duerme siempre en casa -indicó la madre.

Sobre la mesa había una botella de oporto, embutido, boquerones ahumados en aceite, «galletas turcas»... Lo que solía traer el tío Mark, y también la tarta tradicional que mamá preparaba en la cacerola *chudo*. Se conoce que Mark había anunciado su llegada.

-¿Has venido por mucho tiempo? -preguntó Sasha.

-He llegado hoy y me marcho mañana.

-Le ha llamado Stalin -explicó la madre.

Estaba orgullosa de su hermano y estaba orgullosa de su hijo. Porque no tenía nada más de que enorgullecerse aquella mujer sola, abandonada por el marido. Era pequeñita, regordeta y tenía un rostro blanco, aún hermoso, y una abundante cabellera entrecana y rizosa. Mark extendió la mano hacia un envoltorio que había encima del diván.

-Ábrelo.

Sofía Alexándrovna intentó deshacer el nudo.

-Trae...

Sasha cortó el cordel con un cuchillo. Mark había traído a su hermana un corte de abrigo y una pañoleta de angora. Para Sasha, un traje de paño inglés azul marino. La chaqueta, algo arrugada, le sentaba a la perfección.

-Impecable -aprobó Sofía Alexándrovna-. Gracias, Mark: no tenía ya qué ponerse. Sasha se contemplaba muy contento en el espejo. Mark tenía el don de regalar precisamente lo que hacía falta. Siendo Sasha un niño, le llevó a un zapatero que le hizo unas botas altas de tafilete; nadie tenía otras igual en la casa ni en la escuela. Sasha estaba encantado con ellas y aún recordaba su olor, como también el intenso olor a cuero y a pez que tenía el cuchitril del zapatero.

Durante la velada llamaron varias veces a Mark por teléfono. Con voz baja y autoritaria daba órdenes referentes a fondos, límites de materiales, trenes. Luego dijo que se quedaría a pasar la noche en el Arbat y que le enviaran el coche a las ocho de la mañana.

-Vamos allá -dijo Mark mirando la botella de reojo.

-Bebe, amigo, mientras puedas. Échale vino al dolor -entonó Sasha.

Era la canción predilecta de Mark y se la había oído cantar hacía muchos años, siendo todavía un niño.

-Los afanes, esta noche, deja que queden atrás -coreó Mark-. ¿Es así?

-¡Muy bien! -y Sasha continuó:

Quizá mañana a estas horas

se presente la cheká. [5]

O quizá a estas horas

fusilemos a Kolchak...

Había heredado la voz y el oído de su madre, a quien habían invitado en tiempos a cantar por la radio, pero el padre no lo permitió.

Quizá mañana a estas horas

los camaradas vendrán.

O quizá a estas horas

nos lleven a fusilar.

-Buena canción -dijo Mark.

-Pero la cantáis que da grima -observó Sofía Alexándrovna-. Como un coro de ciegos.

-Si acaso, como un dúo de ciegos -bromeó Mark. Le prepararon la cama en el diván. Sasha se acostó en un catre de lona. Mark se quitó la chaqueta, los tirantes y la camisa y se dirigió al cuarto de aseo con la camisa interior, rematada por una trencilla azul en el cuello y los puños. Mientras le esperaba, Sasha se tumbó con las manos cruzadas detrás de la nuca...

[5] Comisión extraordinaria para la lucha contra el sabotaje y la contrarrevolución (1918-1922).

Después de la reunión, Janson le había pegado una palmada en el hombro al bajar corriendo la escalera. Este único gesto afable y estimulante no hizo sino recalcar el vacío que Sasha notaba en torno. Los demás fingieron que iban muy aprisa, unos a sus casas y otros al refectorio. Camino de la estación del tranvía se le adelantó por la calzada del arrabal a medio urbanizar un coche ligero negro. Glinskaia iba sentada junto al chófer con la cabeza vuelta para hablar con alguien sentado detrás. Y de nuevo le causó a Sasha una sensación de vacío y de injusto rechazo el hecho de que fueran hablando así y de que pasaran de largo sin fijarse en él.

A Glinskaia la conocía desde su época escolar: la había visto en las reuniones del comité de padres, pues su hijo Jan, un muchacho hosco y taciturno que sólo se interesaba por el alpinismo, estaba en el mismo grado que Sasha. Era esposa de un funcionario de la Internacional Comunista. El acento polaco quitaba naturalidad a sus juicios rotundos. Durante la reunión del buró, Sasha pensó que Glinskaia intervendría, pues tenía tanta responsabilidad como Krivoruchko en lo referente a las obras. Pero no había dicho nada.

Volvió Mark aseado, sacó un frasco de loción de su maletín, se dio en la cara y se acostó en el diván. Rebulló un poco hasta encontrar la postura más cómoda, se quitó las gafas y, guiñando los ojos, buscó un sitio donde dejarlas.

Así estuvieron algún tiempo callados. Luego preguntó Sasha:

-¿Para qué te ha llamado Stalin?

-No me ha llamado Stalin. Me han llamado para comunicarme una disposición suya.

-Dicen que es bajito. -Como tú y yo aproximadamente.

-Pues en la tribuna parece alto.

-Sí. -Cuando su cincuenta aniversario -explicó Sasha-, no me gustó su respuesta a las felicitaciones. Era algo así como «el partido me ha hecho a imagen y semejanza suya».

-En el sentido de que las felicitaciones se referían al partido y no a él personalmente.

-¿Es cierto que Lenin escribió que Stalin es grosero y desleal?

-¿Cómo sabes eso?

-¿Qué importa? Lo sé, y nada más. Pero lo escribió, ¿verdad?

-Ésos son rasgos estrictamente personales -observó Mark-. Y no son lo esencial. Lo esencial es la línea política.

-¿Acaso se puede separar una cosa de la otra? -objetó Sasha, acordándose de Baulin y Lozgachov en aquel momento.

-¿Lo dudas?

-No me había parado a pensarlo. Yo también estoy por Stalin. Pero me gustaría que le ensalzaran menos. Tanta alabanza hiere los oídos.

-El hecho de que una cosa no se comprenda no significa que sea equivocada -opinó Mark-. Confía en el partido, en su sabiduría. Se avecinan tiempos rigurosos.

Sasha sonrió irónicamente.

-Hoy lo he experimentado en mi propia pelleja, y refirió lo ocurrido en la reunión del buró.

-¿La contabilidad? Valiente cuestión de principios para...

-¿Sabes lo que te digo? Se puede esperar toda la vida a que surja una cuestión de principios... -Meterse en discusiones en un aula es una falta de tacto.

-De lo que me acusan no es de falta de tacto, sino de apolitismo, y exigen que lo reconozca así, ¿comprendes?

-Cuando uno comete un error, no está mal que lo reconozca.

-Lo que es eso, ya pueden esperar sentados. ¿Qué voy a reconocer? ¡Si es un cuento!

-¿Sigue siendo Glinskaia la directora?

-Sí. -¿Estaba en la reunión?

-Sí.

Mark Alexándrovich dijo al chófer que se le adelantara mientras él andaba un poco.

Hacía una límpida mañana otoñal y el ambiente fresco y apacible era estimulante. Los empleados se dirigían a buen paso a su trabajo. Delante de la panadería había una ruidosa cola de mujeres y otra de hombres, silenciosa, junto a un quiosco de tabaco.

Mark Alexándrovich había distinguido siempre a Sofía entre sus otras hermanas. Le tenía cariño y la compadecía, especialmente ahora, al verla desvalida después de que la abandonó el marido. También quería a Sasha. ¿Por qué la habrían tomado con el chico? Había hablado honradamente y ahora le presionaban, querían que se retractara de lo que había hecho. Y también él se lo había aconsejado.

Cruzó la plaza del Arbat y echó a andar por la calle Vozdvízhenskaia, inesperadamente callada y desierta después de la del Arbat, tan animada. Sólo una multitud esperaba la apertura de los almacenes Voentorg y un grupo más pequeño se apiñaba delante de las oficinas donde Kalinin recibía a la gente. Mark Alexándrovich subió al coche que estaba esperándole y, por la Mojovaia, Ojotni Riad, la plaza del Teatro y la Lubiánskaia, se dirigió a la plaza de Noguín, donde el Comisariado del Pueblo de la Industria Pesada ocupaba el antiguo Palacio de los Negocios, un enorme edificio gris de cinco pisos con largos pasillos y un número incalculable de despachos.

Miles de personas acudían a aquel edificio desde todos los confines del país: allí se decidía, se planificaba y se ratificaba todo. Como siempre, Mark Alexándrovich no comenzó su recorrido del Comisariado del Pueblo por las Direcciones Generales, sino por las secciones y los sectores. Y el hecho de que Riazánov, el director de las obras más grandes del mundo, el ojito derecho de Ordzhonikidze, fuese primero a ver a los simples funcionarios era para ellos una satisfacción: demostraba que los consideraba, que comprendía la fuerza que representaban, la fuerza del aparato del comisariado. Y se ocupaban gustosamente de sus asuntos, solucionándolos como requerían los intereses de la fábrica, orgullo del plan quinquenal, o sea, como quería Mark Alexándrovich.

Después de recorrer las secciones subió a la segunda planta, caminó por algunos pasillos, volvió a subir una escalera, bajó por otra y se encontró en el ala del edificio, silenciosa y tranquila, donde estaban los despachos del comisario del pueblo y de sus suplentes. En la sala de espera, toda alfombrada, las secretarias trabajaban y atendían los teléfonos. Conocían a Riazánov y le dejaron pasar al despacho de Budiaguin sin anunciarle.

Budiaguin, miembro del Comité Central del partido, conocido de Stalin por haber estado confinados juntos, había sido retirado hacía algunos meses del puesto que desempeñaba en el extranjero. Ex embajador en una de las mayores potencias europeas, le nombraron comisario del pueblo suplente. Se decía que su retirada de la actividad diplomática no había sido fortuita, que no estaban contentos de él. Pero nada podía leerse en el enjuto rostro de Budiaguin, de bigote negro, ni en los ojos grises, bajo las cejas tupidas. Aquellos obreros intelectuales, que habían cambiado el capote de comisario militar por el de frac de diplomático o el abrigo de cuero de presidente de una cheká de provincia por el traje de director de un trust, personificaban siempre para Mark Alexándrovich el imponente espíritu de la revolución, la fuerza arrolladora de la dictadura.

Tenían que hablar del alto horno número cuatro. El horno debía entrar en funcionamiento para la inauguración del XVII Congreso del partido, que se celebraría cinco meses más tarde, y no para dentro de ocho meses como estaba previsto por el plan. Tanto Mark Alexándrovich como Budiaguin comprendían que la congruencia económica era sacrificada a la necesidad política. Pero tal era la voluntad de Stalin.

Cuando todo quedó concertado, preguntó Mark Alexándrovich:

-Creo que conoce usted a Sasha Pankrátov, un sobrino mío que estudió en la misma escuela que su hija.

-En efecto.

El rostro de Budiaguin volvía a ser impenetrable.

-Le ha ocurrido una historia estúpida...

Mark Alexándrovich le expuso a Budiaguin lo ocurrido.

-Sasha es un muchacho honrado -reconoció Budiaguin.

-¡El apoliticismo de la contabilidad! ¿Se imagina? La directora del instituto es Glinskaia. Yo no la conozco, pero usted sí. Hable con ella si no le causa extorsión. Me da pena el muchacho, le pueden hundir. Yo podría recurrir a Cherniak, pero no quisiera llevar las cosas hasta el comité de distrito.

-Cherniak no es ya el secretario del comité -le rectificó Budiaguin.

-¿Cómo?

-Así...

-¿Hasta dónde vamos a llegar?

Budiaguin se encogió de hombros.

-El congreso será en enero... -y sin transición continuó-: Sasha es un gran muchacho. Suele venir por casa. Es extraño que no me haya dicho nada.

-No es de los que piden ayuda ...

-¿Es capaz de hacer algo Glinskaia? -preguntó Budiaguin con acento de duda.

-No lo sé. Pero no permitiré que le machaque. No se debe mutilar a los jóvenes que están empezando a vivir.

-Esas cosas no le están sucediendo ahora a su sobrino solamente -observó Budiaguin.

Mark Alexándrovich bajó a la peluquería, se cortó el pelo y se afeitó, cosa que nunca hacía allí. Y pronto se arrepintió porque el barbero le echó una colonia que no le gustó por su olor intenso. Con esa desagradable

sensación de un artículo de perfumería extraño y persistente entró en el comedor destinado a los miembros del Colegio del Comisariado del Pueblo.

Se le acercó una camarera:

-Camarada Riazánov, han traído recado de que pase usted a ver al camarada Siómushkin.

Anatoli Siómushkin, el secretario de Sergó Ordzhonikidze, le saludó secamente, manifestando así su descontento por no haberle encontrado justo en el momento que le necesitaba. Siómushkin hablaba a todo el mundo de «tú», no reconocía más autoridad que la de Sergó y era tan temido como el propio Sergó. Había sido ayudante suyo durante la guerra civil, luego secretario a partir del año 1921 en Transcaucasia, en la Comisión Central de Control de la Inspección Obrera y Campesina, y también allí, en el Comisariado del Pueblo de la Industria Pesada.

Con aire de importancia inimitable y la misma expresión de descontento, Siómushkin marcó un número de teléfono...

-El camarada Riazánov al habla... y le pasó el auricular a Mark Alexándrovich.

... A las cuatro de la tarde le esperaban en el Kremlin.

Mark Alexándrovich pensaba que para eso le habían llamado; pero, como le habían entregado el billete de vuelta, creyó que la entrevista no tendría lugar. Y ahora, dentro de cuarenta minutos, le recibiría Stalin.

Siómushkin llamó por otro teléfono a la empresa química de Bobrinsk. Le contestaron que Ordzhonikidze estaba recorriendo las obras. Pero Siómushkin seguía telefoneando, con lo cual retenía a Mark Alexándrovich, considerando preferible que llegara tarde a la cita con Stalin antes de presentarse a ella sin haber recibido las indicaciones de Ordzhonikidze. Mark Alexándrovich opinaba de manera distinta. Siómushkin sólo tenía contacto con las altas esferas, mientras que él actuaba en esas esferas. Y no tenía por qué reparar en el celo de secretario de Siómushkin.

Tranquilo e imperturbable, únicamente le fastidiaba aquel extraño olor a peluquería. Era absurdo presentarse a Stalin, en el Kremlin, tan perfumado. Volvió a la peluquería y metió la cara y la cabeza bajo el grifo. El peluquero, que había dejado al cliente que estaba atendiendo sentado en un sillón, le presentó una toalla. El cordial Mark Alexándrovich, que media hora antes había estado bromeando con él acerca de los hombres que empiezan a perder el cabello, no existía ya. El rostro autoritario parecía ahora implacable, sobre todo después de quitarse las gafas.

Junto a la Puerta de la Trinidad, Mark Alexándrovich presentó su carnet del partido en la ventanilla, que se cerró y luego volvió a abrirse. Tras el cristal se dibujó la silueta de un militar a quien Mark Alexándrovich sólo pudo ver la cara cuando se inclinó:

-¿Lleva armas?

-No.

-¿Qué hay en el portafolios?

Mark Alexándrovich levantó la cartera y la abrió.

El oficial de guardia le devolvió el carnet con el pase dentro.

La puerta de la entrada especial estaba guardada por dos soldados con fusil. El de guardia deslizó una mirada atenta, entrenada, por el rostro, comparándolo con la fotografía del carnet. Mark Alexándrovich dejó su gabán de cuero en el pequeño guardarropía y subió a la tercera planta. A la puerta del despacho, sus documentos volvieron a ser verificados, esta vez por un civil.

Poskrióbishev estaba sentado detrás de su mesa en un gran despacho. Era la primera vez que Mark Alexándrovich le veía, y pensó que tenía un rostro tosco y desabrido. Riazánov se presentó.

Poskrióbishev le acompañó a la habitación contigua, la sala de espera y, después de indicarle con un gesto que tomara asiento en un diván, entró en el despacho de Stalin, cerrando herméticamente la puerta. En seguida volvió.

-El camarada Stalin le espera.

El espacioso despacho de Stalin era alargado. A la izquierda colgaba de la pared un mapa de la URSS a gran escala. A la derecha, había librerías entre las ventanas; en el extremo más próximo un globo terráqueo sobre un soporte y, en el otro, una mesa escritorio con un sillón detrás. Ocupaba el centro de la estancia una mesa larga, recubierta de paño verde, con sillas a los lados.

Stalin estaba caminando por el despacho y se detuvo cuando la puerta se abrió. Llevaba guerrera de color caqui, casi marrón, y pantalones del mismo género metidos dentro de las cañas de las botas. Recio, no parecía llegar a la estatura media, y tenía el rostro algo pecoso y los ojos de corte ligeramente mongólico. Algunas canas salpicaban la abundante cabellera que coronaba la estrecha frente. Stalin dio algunos pasos, ligeros y elásticos, al encuentro de Mark Alexándrovich y le tendió la mano de una manera sencilla y correcta, consciente de la importancia de aquel gesto. Luego apartó dos sillas de la mesa larga y se sentaron. Mark Alexándrovich vio muy de cerca los ojos de Stalin, de color marrón claro, muy vivos, que incluso le parecieron alegres.

Mark Alexándrovich comenzó su informe con una descripción general de las obras. Stalin le interrumpió en seguida.

-No pierda tiempo, camarada Riazánov. El Comité Central y su secretario saben dónde están las obras y para qué se realizan.

Hablabía con fuerte acento georgiano y, según pudo convencerse Mark Alexándrovich, estaba bien enterado de la marcha de las cosas.

-¿Se largan los komsomoles?

-Sí.

-¿De manera que han sido movilizados para que ahora se larguen?

¿Cuántos han abandonado?

-Ochenta y dos.

La mirada de Stalin era penetrante, inquisitiva.

-¿Tiene ahí el documento?

Mark Alexándrovich sacó de su portafolios la tabla de movimiento de la mano de obra y señaló un índice.

-¿Por qué se calumnia usted, camarada Riazánov? Si de una fábrica cualquiera se largaran solamente ochenta y dos personas, el director se consideraría un héroe.

Sonrió. Una red de arrugas se marcó netamente en torno a los ojos.

Mark Alexándrovich se quejó de la empresa que les suministraba los equipos. Stalin preguntó quién era el director. Al oír el nombre, dijo:

-No es un hombre inteligente. Todo lo echará a perder.

Sus ojos se tornaron de pronto amarillos, densos, atigrados, con expresión de encono contra un hombre a quien Mark Alexándrovich tenía por un buen especialista, pero que se encontraba en condiciones difíciles. Riazánov pasó a la cuestión más peliaguda: la construcción de la segunda acería.

-¿La terminará en un año?

-No, camarada Stalin.

-¿Por qué?

-Yo no soy un aventurero de la técnica.

Al instante se asustó de lo que acababa de decir. Stalin lo miró fijamente. Sus ojos se habían vuelto otra vez amarillos, densos, y una ceja se había enarcado hasta quedar casi vertical. Pronunció lentamente, alargando las palabras:

-¿Eso significa que en el Comité Central hay aventureros de la técnica?

-Dispense, no me he expresado bien. Me refería a lo siguiente...

Con detalle y fuerza de convicción, Mark Alexándrovich expuso las razones por las cuales no era posible terminar en un año la segunda fase de las acerías. Stalin escuchaba atentamente, manteniendo contra el pecho el antebrazo izquierdo, en cuya mano apretaba la pipa. Daba la impresión de que aquel brazo no le obedecía bien.

-Ha hablado usted honradamente. Nosotros no necesitamos comunistas que prometan todo lo que se les pida. Necesitamos a los que dicen la verdad.

Stalin pronunció estas palabras sin sonreír, recalcándolas mucho porque estaban destinadas al país entero. Mark Alexándrovich iba a seguir con su informe, pero Stalin le rozó un codo.

-He escuchado lo que tenía que decirme. Ahora escúcheme usted a mí.

Empezó a hablar de la metalurgia, de las regiones del este, del segundo plan quinquenal, de la defensa del país. Hablaba lenta y claramente, con voz sorda, más bien baja, tan neta como si estuviera dictándole a una mecanógrafa; hablaba de cosas que todo el mundo conocía, pero que ahora, expuestas por él, parecían nuevas y especialmente importantes. Sin embargo no mencionó el cuarto alto horno, como si evitara suscitar las objeciones de Mark Alexándrovich, que él no hubiera aceptado y sólo hubiesen perjudicado a Riazánov.

-¿Cuándo se marcha usted? -preguntó Stalin, levantándose.

-Hoy mismo.

Mark Alexándrovich se levantó también.

-Aplace su partida un par de días, si es posible. Creo que a los camaradas les interesaría escucharle a usted en el Politburó.

Cuando cedió la sensación de desasosiego y de inquietud que había experimentado Mark Alexándrovich durante su conversación con Stalin, sólo quedó la de que estaba participando en algo muy grande. Las obras sin precedente que él dirigía exigían una voluntad de hierro. De no haber estado por encima de Riazánov la férrea voluntad de Stalin, él no habría sido capaz de poner de manifiesto la suya. Era una voluntad dura. ¿Qué se le iba a hacer? La compasión no sirve para realizar virajes históricos.

En el Comisariado del Pueblo se tenía ya conocimiento de su conversación con Stalin, y las personas a quienes correspondía preparaban un proyecto de resolución del Politburó. Aquella tarde y aquella noche se quedaron de guardia todos los que podían ser necesarios: los funcionarios de las direcciones generales, las mecanógrafas, una

camarera. Los miembros del colegio que debían dar el visto bueno al proyecto de resolución se presentarían en el Comisariado del Pueblo a la primera llamada, y los documentos serían enviados a la mañana siguiente al Comité Central por un correo especial.

Nadie preguntaba a Riazánov lo que había dicho Stalin. Al repetir sus palabras se podía tergiversar algo. Stalin le decía personalmente al pueblo lo que consideraba necesario decirle. Mark Alexándrovich citaba fechas, objetivos... Ésa era la voluntad de Stalin.

Lo esencial era que se había aplazado por un año la fecha de terminación de la segunda acería. Esto predecía un nuevo enfoque realista de la redacción del segundo plan quinquenal: el metal era la base de todo.

Budiaguin también estuvo trabajando en el proyecto de resolución. Luego se marchó a su casa y volvió a las ocho de la mañana para ponerle el visto bueno sin decir una palabra.

La amistad que le unía a Mark Alexándrovich autorizaba a Budiaguin a preguntarle lo que había hablado con Stalin. Pero no lo hizo. Mark Alexándrovich adivinaba que estaba en oposición a Stalin. Pero no concebía que fuera una oposición política. Sería más bien algo personal, como les sucede a dos antiguos amigos cuando se termina la amistad. Quizá se sintiera agraviado por haber sido retirado de su cargo diplomático en el extranjero y destinado a un puesto que, aunque elevado, era al fin y al cabo secundario y posiblemente se convirtiera en peldaño intermedio hacia otro aún inferior.

Llegó Ordzhonikidze. Con él sí se encontraba Mark Alexándrovich a gusto. Ordzhonikidze podía tener de pronto un estallido y su cólera parecía terrible, pero todos sabían que era cordial y profundamente humano. Mark Alexándrovich le debía su ascenso: era director de una pequeña fábrica del sur del país cuando Sergó le propuso para el alto puesto que ahora desempeñaba, convirtiéndole en el primer metalúrgico. Sergó sabía descubrir a personas competentes, las defendía y les daba la posibilidad de revelar sus aptitudes.

Estaba sentado detrás de un inmenso escritorio. Era un hombre de aspecto cansado, con la nariz aguileña y carnosa en el rostro grueso, la cabellera entrecana y bigote frondoso, de guías desiguales. El botón superior de la guerrera, desabrochado, dejaba ver una camisa de color lila cuya tirilla ceñía sin oprimirlo el cuello recio. Las ventanas del despacho daban a una callejuela estrecha y a una pequeña iglesia antigua de las que tanto abundan en el barrio del viejo Moscú comprendido entre los ríos Yauza, Solianka y Moscova. Algo debía de tener muy especial, puesto que continuaba allí y no la habían barrido de la faz de la tierra.

-¡Bravo!

El elogio se refería tanto al proyecto de resolución como al hecho de que Mark Alexándrovich no se hubiera desconcertado delante de Stalin e incluso le hubiera agrado. También tenía que ver con el propio Sergó por haber elegido a un hombre capaz y, en general, por saber encontrar a personas de las que podía fiarse en las situaciones complejas y de responsabilidad.

-¡Cuenta!

Mark Alexándrovich le refirió la conversación. Ordzhonikidze le escuchaba con gran atención, como si quisiera penetrar en el sentido verdadero de cada palabra de Stalin.

-Yo no soy un aventurero de la técnica... ¿Así se lo dijiste? -insistió riendo.

-Así se lo dije.

-¿Eso significa que en el Comité Central hay aventureros de la técnica? -repitió riendo otra vez.

-Eso preguntó. Ordzhonikidze le miró significativamente con sus grandes ojos pardos algo saltones.

-En el Comité Central debes estar a las diez de la mañana. Te darán cinco minutos para el informe; nada más. Tenlo en cuenta. Nada de consignas en favor del poder de los soviets. Expón concretamente lo que necesitas. Contesta a las preguntas, pero pasa por alto las interrupciones. No te preocupes. ¡Yo estaré detrás de ti!

En la sala destinada a los informantes había una mesa servida con un gran samovar hirviendo, bocadillos, agua mineral y limones partidos en rodajas. Ningún camarero. A lo largo de las paredes, junto a las ventanas, mesas de escritorio por si había que preparar algún material.

Esperaban su turno para informar secretarios de comités regionales del partido, comisarios del pueblo, con sus suplentes y sus directores generales, algunos militares y un grupo numeroso de caucasicos. Una secretaria, mujer de cierta edad, llamaba: «Camarada fulano de tal, tenga la bondad de pasar.» Si se trataba de varias personas, decía: «Los camaradas de tal región» o «Los camaradas de tal comisariado del pueblo»...

A Mark Alexándrovich le nombró por su apellido.

Después de cruzar el despacho donde trabajaban los secretarios, entró en la sala de reuniones y vio varias filas de butacas y gente sentada en ellas. Mólotov ocupaba la mesa de la presidencia. A su derecha se encontraba la tribuna, a su izquierda y algo retirado, un secretario; más a la izquierda, las taquigrafas.

-Camarada informante, tenga la bondad de pasar aquí.

Mólotov señalaba la tribuna. En la parte interior, un letrero luminoso rezaba: «El informante dispone de cinco minutos.» Frente a la tribuna, encima de la puerta, colgaba un reloj negro con las manillas doradas, parecido al de la torre del Kremlin.

Stalin estaba sentado en la tercera fila. A su izquierda, todas las butacas estaban desocupadas, de manera que Stalin podía abandonar fácilmente su sitio. Mark Alexándrovich había oído decir que tenía la costumbre de caminar por el despacho. Pero, igual que la antevíspera, Stalin no se levantó ni caminó.

Mark Alexándrovich comentó en pocas palabras el proyecto de resolución. Hablaba en lenguaje lacónico, casi técnico, convincente para personas acostumbradas al lenguaje político. Recalcó la puesta en funcionamiento anticipada del cuarto alto horno y sólo mencionó de pasada el retraso de la segunda fase de las acerías. Lo segundo importaba más que lo primero; pero, allí y aquel día, había que recalcar precisamente lo que recalcó Mark Alexándrovich.

-¿Hay alguna pregunta? -dijo Mólotov.

Alguien observó que en el proyecto de resolución faltaba el visto bueno del Comisariado del Pueblo de la Industria Forestal allí donde se trataba de los suministros de madera.

Antes de que Mark Alexándrovich pudiera contestar, la voz de Stalin rompió de pronto el silencio que se había establecido.

-Que el camarada Riazánov vuelva a su empresa y produzca metal. Sería erróneo retener al camarada Riazánov por cualquier papeleo...

Además de hablar en voz baja, lo hacía con la cara vuelta, de manera que todos debían hacer un esfuerzo para oírle.

-... Supongo que obtendremos ese visto bueno aunque el camarada Riazánov no esté presente. La resolución está bien meditada, no contiene demandas superfluas y no rebasa nuestra posibilidad de ayudar al camarada Riazánov a cumplir la tarea que le ha asignado el partido.

Dejó de hablar tan repentinamente como había comenzado.

Nadie hizo más preguntas.

3

Aquella casa de la calle del Arbat, tan respetable antes de la revolución, era la que más inquilinos tenía ahora: habían dado vivienda a varias familias en cada uno de los amplios apartamentos. Algunos habían logrado eludir aquella suerte: una pequeña victoria del pancista sobre el nuevo régimen. Entre esos vencedores estaba el sastre Sharok.

Botones en una sastrería en boga, cortador, maestro y, finalmente, esposo de la única hija del patrono, Sharok vio truncada esta carrera por la revolución cuando el establecimiento, ansiada herencia, fue nacionalizado. Sharok pasó a trabajar en una fábrica de confecciones y redondeaba sus finanzas con encargos particulares que hacía en casa. Pero sólo admitía clientes recomendados por personas de su confianza, pues era un hombre precavido y firmemente resuelto a no tener que venderlas nunca con el inspector de finanzas.

Aquel sastre era un hombre alto y moderadamente grueso que iba envejeciendo con el aspecto agradable y los modales dignamente corteses del propietario de una sastrería para señoritas. Se pasaba semanalmente seis veladas al pie de la mesa de trabajo con el metro al cuello: trazaba líneas con tiza sobre la tela, cortaba, cosía, planchaba... Ganaba bastante dinero. El domingo se lo pasaba en el hipódromo, pendiente del totalizador, que era su pasión.

Es posible que el viejo Sharok se hubiera avenido con aquella vida de no ser el eterno temor a la oficina de administración de la finca, a los vecinos y a cualquier circunstancia inesperada. [\[6\]](#)

Una de ellas fue los ocho años de campo de trabajo que le echaron a su hijo mayor, Vladímir, por el asalto a una joyería. Nunca se había fiado mucho de aquel muchacho feo y desgarbado, parecido a su madre y, por consiguiente, a un mono. Pero se daba por contento con que Vladímir hubiera cursado la escuela de cocineros del restaurante Praga y entregara su paga en casa. Claro que un cocinero no era lo que habían sido en otros tiempos. Para lo que valían los restaurantes... Sin embargo había sido un acierto elegir ese oficio para Vladímir, físicamente flojo y poco apto para los estudios. El viejo, que tenía los cinco sentidos puestos en el totalizador, no le daba importancia al hecho de que Vladímir jugara a las cartas y perdiera. Pero jasaltar una joyería!... Eso, todas las leyes, y no sólo las soviéticas, lo castigaban con la cárcel.

[\[6\]](#) En la URSS, las viviendas pertenecen al Estado, y en cada bloque hay una oficina de administración encargada también de hacer que se cumplan las normas establecidas.

Yuri, el hijo menor de Sharok, un adolescente reservado y meticuloso, astuto y precavido, que se había criado en un patio del Arbat, cerca del mercado de la plaza de Smolensk y de los callejones Protochni, vivero moscovita de golfos y vagabundos, sí se imaginaba que su hermano estaba dedicado al robo; pero no decía nada en casa, pues obedecía más gustosamente las leyes de la calle que las de la sociedad en que vivía. Ignoraba en qué le había perjudicado personalmente la revolución, pero desde niño estuvo persuadido de que así era. Aunque no se imaginaba cómo habría vivido bajo otro régimen, no dudaba de que habría vivido mejor. La palabra «camaradas», usada en su familia en tono peyorativo para designar a los nuevos dueños de la vida, la aplicaba él a los komsomoles de la escuela. Aquellos engreídos activistas se imaginaban que el mundo era suyo. Cuando Sasha Pankrátov, a la sazón secretario de la célula del Komsomol de la escuela, subía a la tribuna y empezaba a «atizar», Yuri se sentía desamparado.

Odiaba la política y consideraba la profesión de ingeniero la única aceptable. Cambió de parecer por un hecho fortuito, relacionado también con la detención de su hermano. El padre andaba buscando un defensor, pidiendo consejo a sus parroquianos, hasta dar con un abogado que aceptó el caso por un minuta de quinientos rublos. La suma era tan elevada que el hombre no quiso entregársela sin testigos y se hizo acompañar por Yuri. El abogado ni se tomó el trabajo de contar el dinero: abrió un cajón de la mesa y arrojó desdenosamente el fajo de billetes. A esto se redujo la visita, pero Yuri tuvo tiempo de observar los cuadros en marcos dorados y los cantos dorados de los volúmenes que llenaban las librerías acristaladas. Nunca había visto nada igual.

En la calle, el padre exhaló un suspiro de envidia.

-Cómo viven algunos...

Pero el abogado impresionó todavía más a Yuri en el juicio. Aquel hombrecillo de rostro fofo y barbeja cuidada le daba todas las vueltas que quería al imponente tribunal proletario. Por lo menos eso le pareció al joven Sharok. El abogado citaba de carrerilla artículos de las leyes, empleaba añagazas y subterfugios, exigió la comparecencia de nuevos testigos y una investigación complementaria, discutía mordazmente con el juez y el fiscal... El juez, un hombre tosco, y el implacable fiscal tenían la ley en sus manos, pero la ley los asustaba a ellos mismos. Éste fue el descubrimiento que determinó los planes del joven Sharok. Para llegar a la abogacía había que cursar estudios superiores; el camino más fácil para acceder a ellos eran el Komsomol y la fábrica.

Ésta fue la razón de que Yuri Sharok se hiciera komsomol estando en el noveno grado de la escuela. Hijo de un obrero, circunstancia muy apreciada en la escuela donde estudiaban los hijos de los intelectuales que constituían el vecindario del Arbat, adoptaba una actitud independiente que a las chicas les parecía enigmática. Yuri era muy del agrado de las chicas inteligentes, serias y activas. A ellas les parecía que le estaban educando, que formaban su personalidad. Ingenuas y confiadas, se sentían atraídas por aquel muchacho bien parecido y reservado.

Luego, en la fábrica, Sharok adquirió la seguridad que le faltaba antes. ¡Era un obrero! El mozo azul de trabajo, siempre limpio, sentaba muy bien a su esbelta figura. Adoptó cierta tosqueda que podía pasar por firmeza de principios y un desprecio por los «muy intelectuales» que se tomaba por sencillez obrera. Modoso y taciturno en la escuela, intervenía ahora a menudo en las reuniones, considerando con razón que el arte de hablar en público le serviría cuando fuera abogado.

En el Instituto de Derecho, Sharok procuró no destacar entre los demás estudiantes, pero adquirió fama de buen cumplidor de los encargos sociales. No quería sobresalir. Los periódicos estaban llenos de comunicaciones sobre los parásitos, los saboteadores, los que rehuían el bullo. «¡Hay que desenmascararlos! ¡Castigarlos implacablemente! ¡Miserables! ¡Exterminarlos! ¡Rematarlos! ¡Extirparlos! ¡Acosarlos! ¡Borrarlos de la faz de la tierra!» Al leer estas palabras, estas frases breves e implacables como disparos, Sharok sentía pánico. Lo comprendía todo muy bien y lo valoraba con sangre fría. Cuando se licenciara, le enviarían a un tribunal popular o una fiscalía regional o de distrito sin que él se atreviera a mencionar siquiera su deseo de ser abogado. «No quieres arrimar el hombro, Sharok», le contestarían. ¿Tendría que renunciar a la meta que con tanto empeño perseguía?

El padre le hizo a Yuri un traje estilo charlestón, la última moda, con pantalón largo y ancho, chaqueta corta, ajustada a las caderas, hombros cuadrados y pecho abombado. Yuri, con sus ojos azules, tenía muy buen aire así vestido. Habían comprado la tela en el torgsin de la Tverskáia. [7]

-El del Arbat está lleno de gente del barrio que anda mirándolo todo con la baba caída de envidia -explicó el padre-. En seguida harían una montaña de un grano de arena, dirían que tenemos oro escondido. Por mucho que le costara al viejo desprenderse de la pulsera y los gemelos de oro, comprendía perfectamente que para encontrar una buena colocación en Moscú convenía ir bien vestido, ya que, gracias a Dios, habían pasado los tiempos de las cazadoras de cuero y las camisas de estilo ruso.

[7] Literalmente, sindicato comercial. Establecimientos comerciales constituidos durante la N E P, donde se pagaba con divisas o con oro.

Con toda su egoísta indiferencia por la familia y los hijos, sólo el menor inspiraba a Sharok algo parecido al sentimiento paternal, viéndose a sí mismo de joven. Además le interesaba mucho que Yuri se quedara en Moscú: en cuanto no estuviera empadronado allí, la administración de la casa les quitaría la segunda habitación, a la que tenían echado el ojo desde hacía mucho tiempo.

-Lo que hacen falta son relaciones, relaciones -aconsejaba a Yuri. Pero Yuri no hizo amigos en la fábrica ni en el Instituto de Derecho. Le estaba prohibido llevar a sus compañeros a casa. Los parientes que tenían eran pobres y, como no podían ser más que una carga, ni los invitaban ni los visitaban. El padre se pasaba todos los ratos libres en las carreras de caballos; la madre, en la iglesia. Para los chicos todas las fiestas se limitaban a un trozo de pastel de pascuas y los crepes por las carnestolendas. El viejo Sharok no creía en Dios porque no podía perdonarle su ruina. Menos aún se la perdonaba al poder de los soviets: las nuevas fiestas del primero de mayo y del siete de noviembre se las pasaba trabajando como si fueran días laborables. Los lazos con sus compañeros de escuela resultaron ser los más duraderos. En la misma casa que Yuri vivían tres de su grado: Sasha Pankrátov, secretario de la célula del Komsomol de la escuela; Maxim Kostin, hijo de la ascensorista, a quien todos llamaban Max, y Nina Ivanova, compasiva komsomola que educaba y ayudaba a estudiar a Sharok. En unión de Lena Budiáguina, hija de un conocido diplomático, habían constituido en la escuela un grupo de activistas muy compenetrado. Solían reunirse en el apartamento de Lena, en la Quinta Casa de los Soviets, del que podían disponer, puesto que Budiaguin se encontraba en el extranjero. Yuri acudía con la confusa idea de que esas relaciones podrían serles útiles. Aquel día, esa vaga idea se había convertido en firme esperanza. Budiaguin, nombrado suplente del comisario del pueblo de la Industria Pesada al ser retirado de su puesto en el extranjero, podría ayudarle.

Yuri torció de la Vozdvízhenskaia a la Granovski, que era donde residían «ellos» en el edificio revestido de piedra gris llamado Quinta Casa de los Soviets. En el jardincillo cerrado por una verja jugaban «sus» hijos. Imperturbable, aguardó en el portal a que el viejo conserje telefoneara a los Budiaguin. Luego subió a la tercera planta y oprimió el timbre.

Lena le abrió la puerta con la sonrisa cohibida de siempre. Su elevada estatura la obligaba a inclinar un poco la cabeza con el cabello negro recogido en pesado moño. En el hermoso rostro mate, alargado, parecía algo grande la boca roja, de labios un poco vueltos hacia fuera. Nina dijo un día que Lena tenía perfil levantino. Y aunque Yuri no estaba muy seguro de lo que significaba «levantino», en este caso sí sabía a la perfección que Lena era la muchacha más guapa de la escuela.

Yuri la atrajo con la tosca familiaridad de un viejo compañero y Lena no se apartó.

-¿Han venido los chicos?

-Todavía no.

-¿Está tu padre en casa?

Lena le condujo hacia el despacho por un pasillo que olía a parquet recién encerado.

-Papá, aquí está Yuri, que quisiera verte. Al ceder el paso a Sharok le dirigió una sonrisa feliz y abnegada. La habitación, estrecha, no tenía luz suficiente porque un saliente de la pared exterior tapaba a medias la ventana. Había libros, periódicos, revistas y prospectos en ruso y en otras lenguas sobre la mesa, en la estantería, encima de las sillas e incluso en el suelo. Encima del diván pendía un mapa de los dos hemisferios cubierto de líneas de puntos señalando las comunicaciones marítimas. Yuri observó unos números negros de tres cifras en un boletín que Budiaguin cerró y dejó a un lado: algún documento secreto que sólo se enviaba a los miembros del Comité Central y de la Comisión Central de Control. También se fijó en la estilográfica Parker, la caja de cigarrillos Troika, los zapatos de suela de caucho y la chaqueta de ese corte especial que el famoso Entin le daba a la ropa de los diplomáticos de alto rango.

-Te escucho -dijo Budiaguin en el tono conciso y tranquilo del hombre acostumbrado a que recurran a su ayuda. En el rostro enjuto, de bigote negro, los ojos parecían aún más azules que los de Lena bajo las cejas tupidas.

-Estoy a punto de licenciarme en el Instituto de Derecho Soviético, Iván Grigórievich, pero mi hermano está en la cárcel...

Se oyó el timbre de la entrada y el ruido de la puerta.

-No me destinarán a los tribunales ni a la fiscalía -prosiguió Yuri-. Queda el trabajo de asesoramiento jurídico en la economía. Me gustaría ir a alguna empresa. Antes de ingresar en el instituto trabajé en la fábrica Frunze. Conozco a la gente, conozco la producción.

Budiaguin lanzó a Yuri una breve mirada. Estaba seguro de su derecho a dirigir a los demás. ¿Qué significaba para él Yuri y otros como Yuri? Tenían el hábito de dirigir a las masas, de resolver los destinos de las masas.

-Pásate por el despacho de Eguert. Yo le hablaré.

-Gracias, Iván Grigórievich.

-¿Por qué está en la cárcel tu hermano?

-Delito común. Es un crío y las malas compañías...

-Hemos echado abajo el aparato fiscal antiguo -explicó Budiaguin-, y el nuevo está poco preparado. Se necesita gente instruida.

-Lo comprendo, Iván Grigórievich -asintió Sharok de buen grado-; pero no depende de mí. Los tribunales y la fiscalía, teniendo a mi hermano en la cárcel...

-Pásate por el despacho de Egüert -repitió Budiaguin-. Yo le telefonearé. De manera que quieras ser jurisconsulto, ¿eh?

Así dijo: «jurisconsulto». Y la palabra llegó al corazón de Yuri.

Había logrado su objetivo. Y el resultado era lo único que importaba. ¡Así se hacían las cosas! A unos les costaba trabajo conseguirlas y a otros no. Antes, las facilidades eran para los que tenían dinero; ahora, para los que estaban en el poder.

Se acabó el instituto, con el refectorio oliendo a coles, con los odiosos sábados de trabajo voluntario, las reuniones fastidiosas, las eternas reconvenções, el temor a decir una palabra errónea. Ni siquiera había ido una sola vez al instituto con su traje nuevo para no destacar entre los estudiantes que andaban mendigando en el comité sindical un vale para unos pantalones de mala muerte.

Claro que se reunirían y pronunciarían muchas palabras. Yuri se imaginaba sus rostros hostiles, la hosquedad incombustible de los cabecillas. «Rehúyes el bullo, Sharok, desertas...» Y él se enfrentaría a ellos, tranquilo y sonriente. «¿Qué pasa? ¿A qué viene tanto alboroto?» Él volvía a la colectividad en la que se formó. Antes eran setecientos obreros y ahora cinco mil. ¡La primera gran obra del plan quinquenal! Trabajar en ella era un honor para un joven especialista. ¿Qué se había buscado él ese destino? En absoluto. Lo que pasaba, simplemente, era que nunca perdió el contacto con la fábrica. Y cuando le preguntaron si quería volver a ella después de licenciarse en el Instituto de Derecho, él dijo que sí. ¿Qué iba a contestar? Y estaba orgulloso de que se preocuparan por su destino, el destino de un sencillo hombre soviético.

Así se lo largaría. Y tendrían que achantarse. Incluso le pegarían palmaditas en el hombro animándole: «¡Venga, Sharok, adelante!»

Tuvo conciencia de su fuerza, de su superioridad sobre aquellos del instituto y sobre éstos, los de la Quinta Casa de los Soviets. Esos altivos intelectuales nunca habían hecho más que condescender con él. Si hubiera sido Sasha Pankrátov el solicitante, Budiaguin le habría contestado que la gente debía trabajar allí donde la enviaba el partido. En cambio, a quien no se estima, se le puede echar un mendrugo. Y los chicos que ahora estaban reunidos en el amplio comedor, sus compañeros de escuela, tampoco le habían estimado nunca. También ahora le desdeñaban por haber recurrido a Iván Grigórievich. ¡Que pensaran lo que quisieran! ¿No podía haber venido a pedir consejo a Budiaguin como a un viejo camarada? Justo: ¡como a un viejo camarada! Aunque su delicadeza les impediría preguntarle a qué había ido.

-¡Salud! -exclamó Sharok al entrar en el comedor.

-¡Salud! -contestó Maxim Kostin por todos.

Ancho de hombros, moreno, Maxim estaba resplandeciente con su guerrera muy replanchada, las botas como espejos y el cabello castaño bien peinado, según le cuadra estar a un joven cadete que disfruta de un día entero de permiso.

Nina Ivanova estaba sentada a su lado en el diván con los zapatos a medio quitar. «Podía haberse comprado un número mayor, la muy estúpida», pensó Sharok. Nunca había sabido vestirse Nina. Tenía una misma blusa para todas las ocasiones. Ni tenía gracia para peinarse: lo que debía hacer era disimular la frente de caballo y no echarse las greñas hacia atrás.

A Vadim Marasévich le dio una palmada en el hombro. Se mostraba condescendiente con aquel muchacho inofensivo y vacío, hijo mimado de un famoso médico moscovita. Gordínflón, fofo, con los labios abultados y unas cejas cortas y peludas como las de un lince sobre los ojos pequeños y turbios, Vadim hablaba de Wells repartigado en un sillón.

El pequeño Vladlen Budiaguin estaba preparando sus deberes y tenía los cuadernos esparcidos por la mesa. Lena seguía distraídamente el ir y venir de la pluma con que su hermano trazaba las letras oblicuas. Sonrió a Yuri, indicándole con un gesto que tomara asiento.

Aquella era toda la pandilla. Únicamente faltaba Sasha Pankrátov.

-Wells se imagina la guerra como una epidemia, como la descomposición de Estados Unidos -decía Vadim-. Y luego los científicos y los pilotos tomarán el poder.

-La historia de la humanidad no es una novela de ciencia ficción --objetó Nina-. El poder lo toman las clases.

-Desde luego -concedió Vadim-. Pero es curioso el planteamiento de los científicos y los pilotos como palancas del poder futuro; la tecnocracia que conquista el espacio.

-Amigos -indicó Maxim-, si se arma Alemania, todos se armarán.

-Hitler no aguantará mucho --objetó Nina-: ocho millones han votado por los socialdemócratas y cinco por los comunistas.

-Y sin embargo no han podido esconder a Thaelman -intervino Yuri aludiendo a que cinco millones no valían gran cosa si no habían sido capaces de proteger a un solo hombre.

A nadie se le ocurrió buscarles un sentido oculto a sus palabras. Su fe era demasiado profunda para poner en duda la de un compañero. Podían discutir, acalorarse, pero eran incombustibles en lo que constituía el sentido de su vida: el marxismo era la ideología de su clase, y la revolución mundial era la meta final de su lucha. El Estado soviético era el bastión inexpugnable del proletariado internacional.

-Han perdido el sentido de la ilegalidad -adujo Maxim.

-Dimitrov sacude ese Estado como quien sacude un peral -intervino Vadim Marasévich-. Es un espectáculo prodigioso. ¡El proceso del siglo!

Se puso a hablar del proceso de Dimitrov, de la eventualidad de una guerra, o sea, de sus síntomas, que él comprendía y los otros no. Pero como los chicos conocían bien a Vadim, no le dejaron embalarse demasiado. ¿Otra guerra? La humanidad no había olvidado la guerra mundial, que segó diez millones de vidas. ¿Un ataque a la Unión Soviética? ¿Cómo iba a consentirlo la clase obrera mundial? Además, que tampoco Rusia era ya la de antes. Magnitka y Kuznetsk daban ya hierro fundido. Estaban en funcionamiento las fábricas de tractores de Stalingrado, de Cheliabinsk y de Járkov, las fábricas de automóviles de Gorki y de Moscú, la Frezer, la Kalibr, la de rodamientos a bolas y habían sido construidos los primeros bloomings soviéticos.

Los corazones de los muchachos se henchían de orgullo. Ése era su país: la brigada de choque del proletariado mundial, el baluarte de la futura revolución mundial. Sí, ellos vivían con cartillas de racionamiento, se privaban de todo; pero, a cambio de eso, estaban construyendo un mundo nuevo. Cuando la gente pasa hambre, los suculentos escaparates de los *torgsines* eran un espectáculo odioso. Pero con el oro que se sacaba por todo aquello se construirían fábricas, premisa de un futuro de abundancia.

Así hablaban siempre. Y todo era allí, aquella tarde, igual que siempre. Los suelos encerados, la mesa larga, bajo una pantalla, y caramelos encima de la mesa: el apacible bienestar de la casa de un dignatario. Ashjén Stepánovna, la madre de Lena, pregunta al servir el té: «¿Loquieres con limón, Maxim?» Y, como siempre, el nombre ruso de Maxim le parece a Sharok desplazado en labios de esa armenia.

Con todo y con eso, ¿qué han conseguido ellos, que todo lo tienen a su alcance? Nina es maestra de escuela; Lena, traductora del inglés en una biblioteca técnica; Maxim no verá más que cuarteles cuando salga de la Escuela de Infantería. Son cándidos, y en eso reside su fatal debilidad. Eso estaba pensando Yuri Sharok, pero preguntó:

-Chicos, ¿y dónde está Sasha?

-No vendrá -contestó Maxim.

En la respuesta lacónica captó Sharok esa reserva, que tanto le desagradaba, de los activistas del Komsomol que saben lo que no deben saber los demás.

-¿Ocurre algo?

Lena contestó que Sasha había tenido un contratiempo y que su padre había telefoneado a Glinskaia.

¡El inflexible Sasha! ¡Ésa sí que era buena! Yuri se puso de buen humor. Cuando se trató de admitirle a él en el Komsomol, Sasha dijo «no me inspira confianza» y se abstuvo en la votación. Cuando trabajaron en la fábrica, a Sharok le pusieron de aprendiz de fresador, mientras que Sasha se ofreció para la descarga urgente de unos vagones, y de cargador se pasó un año: al país, ¿comprenden?, también le hacían falta cargadores. Quería ingresar en el Instituto de Historia, pero fue al de Técnica: el país necesitaba ingenieros. Estaba hecho de la misma madera que Budiaguin. Por eso le tenía tanto cariño. Pero ¿qué le habría ocurrido? Si la cosa no tuviera importancia, no habría intervenido Budiaguin.

-En nuestro instituto se le ocurrió a uno de los muchachos decir en una reunión: «¿Qué es la mujer? Un clavo en el asiento...»

-Lo habría leído en Mendel Maranets -observó Vadim Marasévich.

... Y la reunión era con motivo del ocho de marzo, el Día de la Mujer. Le expulsaron del instituto, del Komsomol, del sindicato...

-La verdad es que no estuvo acertado -observó Nina Ivanova.

-Si se lían a expulsar a todos, ¿quién va a quedar? -rezongó Maxim.

-Cuando las exclusiones se convierten en norma, dejan de ser una exclusión -ironizó Vadim.

Lena Budiaguina había nacido en el extranjero, siendo su padre un emigrado político. Después de la revolución vivió también en el extranjero, donde su padre estaba ahora de diplomático, y al volver a Rusia no dominaba bien la lengua. No le agradaba distinguirse entre sus compañeros y la cohibía todo lo que recalaba esa situación suya especial. Era hipersensible a todo lo que le parecía genuinamente popular, ruso.

En seguida le llamó la atención Yuri Sharok, un sencillo mucho obrero moscovita, independiente, engrasado y enigmático. Ayudaba a Nina Ivanova a educarle, aunque comprendiendo que no lo hacía sólo por interés social. Y

también lo comprendía así Yuri. Pero los amoríos eran considerados en la escuela indignos de los verdaderos komsooles. Hijos de la revolución, estimaban que consagrarse a lo personal era traicionar lo social.

Cuando dejaron la escuela, Yuri no dio ningún paso definido para acercarse a ella, sino que mantuvo deliberadamente sus relaciones dentro del marco en que se habían establecido: a veces telefoneaba para invitarla al cine o a un restaurante y también iba a su casa cuando se reunía la pandilla. Yuri había rebasado ese marco al abrazar a Lena en el pasillo. Lo había hecho de sopetón, toscamente, con esa decisión que subyuga a las naturalezas como la de Lena.

La muchacha esperó unos cuantos días hasta ver si Yuri telefoneaba y, como no lo hizo, llamó ella del modo más sencillo, como solían telefonearse. Tenía la voz tranquila, procuraba pronunciar bien las terminaciones de las palabras y poner los acentos tónicos en su sitio. Mientras hablaba, lentamente, incluso por teléfono se percibía su sonrisa cohibida. Pero Yuri esperaba la llamada.

-Precisamente estaba yo a punto de telefonearte. Para el día seis tengo dos entradas para el club Delovoi. Habrá baile. ¿Vamos?

-Claro que sí.

El 6 de noviembre fue a buscarla a su casa. Salió a recibirla con vestido largo, de color azul verdoso. Olía a un perfume desconocido y llevaba un hilo de perlas en el pelo negro y liso: una mujer de un mundo por entero distinto, penetrantemente hermosa, capaz de destacar en cualquier parte. Sólo la sonrisa era ruborosa, como siempre, y con ella parecía preguntar a Yuri si le gustaba y si comprendía que se había vestido para él.

Lena abrió la puerta del comedor para decir a su hermano:

-Vladlen, ya sabes: que te acuestes a las diez.

-Sí -contestó el chico, que estaba manipulando algo sobre el poyo de la ventana.

Mientras le presentaba el abrigo, preguntó Yuri:

-¿Dónde están tus padres?

-Papá está en Kramatorsk y mamá en Riazán.

-¿Para celebrar allí la fiesta?

-Por las fiestas, papá va siempre a alguna fábrica y mamá a dar sus conferencias.

Al recoger el vestido debajo del abrigo, concluyó sonriendo:

-Gajes del oficio.

Tuvieron suerte porque iba a salir del patio un automóvil cuyo chófer, conocido de Lena, los llevó hasta Miasnítskaia. Era un hombre de cierta edad, con el empaque de los que suelen conducir para personajes; se mostraba atento con Lena y no paraba mientes en Yuri. Pero éste lo pasó por alto pensando que Lena estaba sola y podría subir a su casa cuando volvieran del club. Iban sentados en el asiento de atrás, y la proximidad de la muchacha le inquietaba, aunque más le inquietaba aún la idea de que quizá aquella noche ocurriera lo que pensaba.

Había tenido trato con mujeres, pero era muy distinto: la criada de unos vecinos, una chica ligera de cascós en el patio, muchachas de un pueblo a donde iba con su padre. Con ellas no había complicaciones porque todas ellas eran libres y responsables de sus actos. Con Lena, en cambio, él tendría que responder por todo y era peligroso jugar con Budiaguin. Otro, en su lugar, se habría casado; pero algo retenía a Yuri: era mucho salto. Además, ¿podría ser Lena la mujer que él necesitaba? No se imaginaba a la familia Budiaguin, ajena y hostil, al lado de la suya propia. Debía esperar. No perdía la esperanza de hacerse abogado, de lograr la independencia. Casado con Lena, se ataba a aquel carro. Se detuvieron delante del club Delovoi. Yuri no sabía abrir la portezuela del coche: tocó una manecilla, luego otra, pero no se abría. Lena se inclinó entonces por encima de él y sonrió suavemente diciendo al abrir:

-Este coche es un poco incómodo para abrir.

A Sharok le humilló la tentativa de la muchacha de disimular su torpeza: Lena había recalcado así que nunca había viajado él en coches como aquél. Con una mirada fría al chófer, se apeó detrás de Lena y entraron en el club. Él haría lo que quisiera y viviría como se le antojara. Ahora le gustaba Lena. Sentado junto a ella, captaba las miradas que se centraban en él. Estaba acostumbrado a que las mujeres le miraran, pero aquel día no eran las miradas de siempre: expresaban curiosidad hacia el hombre distinguido por la atención de la mujer que más resaltaba allí.

Cantó Ruslánova y Jenkin recitó luego cuentos de Zoschenko. Después comenzó el baile. Lena seguía el paso de Yuri, aunque quizás no tuviera la agilidad de las chicas habituadas a frecuentar los bailes, y ella misma se burlaba de su torpeza, estrechándose confiadamente contra él.

Durante un momento que salió a retocarse el peinado, Yuri observó al público, recostado contra una columna. Eran dirigentes de la industria, científicos, lo mejorcito de la intelectualidad técnica moscovita, los que trabajaban en comisariados del pueblo, trataban con personajes, cobraban buenos sueldos, premios, hacían sus compras en centros especiales, salían en ventajosas comisiones de servicio... Yuri estaba bien enterado de la rapidez con que ascendían los que tenían la suerte de ir a parar a alguna institución importante cuando se licenciaban y de la mediocridad en que se debatían los que eran enviados a trabajos corrientes.

¿Qué iba a conseguir él como jurista de una fábrica? Andar por los tribunales populares con asuntos insignificantes acerca de faltas al trabajo o despidos injustificados y reclamaciones acerca de la mala calidad de las manoplas de lona. Otra cosa era la sección jurídica de un comisariado del pueblo, de una dirección general o un trust. Allí se trataba de asuntos importantes y de altas esferas, de tribunales supremos de la Unión o de las repúblicas. Un posible escalón para el ejercicio de la abogacía por su cuenta. Pero sería más tarde. De momento, lo importante era rehuir la asignación general de destinos. Luego, todo sería más sencillo. [8]

Eran cerca de las once. Yuri quería volver a casa de Lena antes de que el conserje cerrase el portal.

-¿No estás cansada? -preguntó.

-No. Vamos a quedarnos un poco más -pidió Lena, sonriendo.

Salieron del club a eso de la una de la madrugada. Lloviznaba, y la ligera lluvia refrescaba agradablemente después del calor de la sala. Por los cristales de los faroles corrían hilillos de agua. No había ni un transeúnte en la calle. Únicamente en la plaza Lubiánskaia había luz en las ventanas del edificio de la OGPU. [9]

Llegaron a casa de Lena.

-¿Subes un rato?

A Yuri le sorprendió la sencillez con que pronunció aquellas palabras.

La siguió sin decir nada. Les abrió el mismo conserje entrado en años. No preguntó por qué subía un extraño a casa de los Budiaguin a una hora tan avanzada. Tenía buena escuela. No debía sorprenderse de nada.

Lena encendió la luz del recibidor y entreabrió una puerta.

-Está dormido. Siéntate en el despacho de papá mientras yo me cambio.

Encendió la luz del despacho, sonrió otra vez a Yuri y le dejó solo.

Sharok curioseó un montón de libros: un tomo de las obras de Lenin con algunas páginas señaladas, libros sobre metalurgia, *Pedro I*, de Alexéi Tolstói. No se veían papeles oficiales, boletines secretos, libros prohibidos que sólo ellos podían leer ni ninguna arma (Yuri estaba seguro de que todos tenían una Browning por lo cómoda que era para llevarla en el bolsillo trasero). Le acometió el deseo de ver algo prohibido, intocable, de tener contacto con el misterio del poder.

Tenía que darse prisa. Lena podía volver en cualquier momento. Tiró del cajón del centro y lo encontró cerrado. Fue tirando de todos los cajones de los lados, pero tampoco se abrían. Apenas tuvo tiempo de recostarse en el respaldo del sillón cuando entró Lena, vestida con blusa blanca y falda azul, como estaba acostumbrado a verla.

-¿Te preparo un café?

Se movía a su lado, rozándole, sonriente, y Yuri atisbió sus pechos cuando se inclinó para servirle el café. Nunca había estado a solas con Lena de noche, nunca había tomado un café ni un licor como aquéllos.

-¿Quieres otro?

-No, gracias.

Yuri se sentó en el diván.

-Aquí estaremos mejor.

Con la taza en la mano, Lena tomó asiento a su lado. Yuri le quitó la taza y la dejó encima de la mesa. Ella le miró, sonriendo algo sorprendida, y entonces él la abrazó con la desfachatez de un chico de la calle, mirándola a los ojos, que tenían expresión de susto.

[8] En la URSS, todo estudiante que termina una carrera tiene asegurado un puesto de trabajo que le asigna una comisión especial a tenor con las necesidades de la economía del país.

[9] Dirección Política Estatal Unificada.

El 7 de noviembre, Sasha esperaba a la columna de manifestantes de su instituto en la esquina de Tverskáia y Bolsháia Gruzínskaia.

Las columnas avanzaban lentamente. Encima de ellas ondeaban banderas, consignas, retratos... Stalin... Stalin... Stalin... Hombres entrados en años soplaban con afán en los instrumentos de viento, se escuchaban cantos desafinados y la gente bailaba sobre el asfalto. Los altavoces retransmitían los rumores de la plaza Roja, las voces de los comentaristas de radio, los saludos lanzados desde el mausoleo, el rumoreo entusiasta de los manifestantes que pasaban por la plaza.

La columna del instituto apareció a eso de las dos de la tarde y se detuvo inmediatamente. Las filas se mezclaron. Sasha se acercó a su grupo abriéndose paso entre la multitud y al instante captó ciertas miradas entre curiosas y precavidas. Así suele mirar la gente a una persona que se encuentra en un apuro. Eso no era por la reunión del buró. Debía de ser por alguna otra causa.

Sin embargo, como nadie decía nada a Sasha, tampoco él hizo preguntas. Únicamente Rúnochkin, un buen amigo suyo, parecía querer decirle algo, pero no podía apartarse del cartel que llevaba con otro.

-¡A formar! ¡A formar! -gritaban los que flanqueaban la columna.

Las filas estaban completas, y Sasha se incorporó al final de la columna, donde iban estudiantes de otros años. Desde su sitio veía la enseña de la facultad y la pancarta que llevaban entre Rúnochkin y otro muchacho. La tela de la pancarta se atirantó, se volcó un poco hacia atrás, torcida, y luego se enderezó, venciendo la resistencia de la brisa. La columna se puso en marcha.

Se detuvieron de nuevo antes de llegar a la plaza Triumfálnaia, y Sasha se dirigió hacia su grupo. Rúnochkin acudía a su encuentro.

-Han quitado el periódico mural.

Bajito, algo torcido, Rúnochkin era, además, un poco bizco y, cuando hablaba, volvía la cabeza y la inclinaba. ¡Habían quitado el periódico mural! ¿Por qué razón? Nunca había ocurrido nada igual.

-¿Quién lo ha quitado?

-Baulin. Por los epigramas. «Escarño a los estudiantes *udárniki*», según dice. [\[10\]](#)

Rúnochkin era el director. Pero la idea de los epigramas había sido de Sasha, y él mismo había compuesto uno a Kovaliov, el responsable del grupo: «El trabajo está de moda, es verdad. Pero él es tan especial que, aunque pierde los apuntes y no estudia, acaba siempre por aprobar.» Los tres restantes eran de Rosa Poluzhán. Uno, dedicado a Borís Nésterov, decía: «Para Borís el epitafio mejor, una chuleta de cerdo con arroz.» Otro era a Petia Puzánov, por dormilón, y el otro a Prijodko, que durante las prácticas de conducción se las ingeniaba para conducir más que nadie. No era nada genial, ni siquiera gracioso, pero sí inocente. «¡Escarño a los estudiantes *udárniki*!»

-¿Dónde está el escarnio?

Rúnochkin volvió la cabeza hacia un lado.

-En los epigramas. ¿Por qué están dirigidos solamente contra los estudiantes *udárniki*? Pues, como sólo se han publicado sus fotografías, también tenían que ir dirigidos a ellos los epigramas. ¿Y por qué no hay editorial?

La idea de no publicar editorial también había sido de Sasha. ¿Para qué repetir lo que figuraría en otros periódicos? Había que hacer un número alegre, de fiesta, para que la gente lo leyera y no colgara tristemente en el pasillo. Los chicos estuvieron de acuerdo. Y tan sólo Rosa Poluzhán, siempre precavida, miró de una manera especial a Sasha.

-Mejor sería que escribieras el editorial y lo firmaras.

-¿Tienes miedo a Azizián?

Así le contestó a Rosa. Y ése era el resultado. La historia con Azizián coleaba todavía, y ahora surgía otra nueva. Bueno, iya se arreglaría todo!

En la plaza Strastnaia se detuvo nuevamente la columna. A partir de allí no habría ningún alto, y los responsables de la formación comprobaban que no había nadie extraño, igualaban las filas y apretaban la columna para recorrer luego a buen paso el último tramo hasta la plaza Roja.

Baulin y Lozgachov se acercaron al grupo. Lozgachov llevaba en la manga el brazalete rojo de jefe de la columna del instituto.

-¿A ti te parece superfluo acudir a la manifestación, Pankrátov? -preguntó severamente Baulin.

No tenía razón. Los que no vivían cerca del instituto se incorporaban siempre a la columna por el camino. Y Baulin no podía saber, entre miles de estudiantes, quiénes se habían incorporado después.

[10] Literalmente, «de choque». Se aplicaba a los mejores obreros, a las obras más importantes. Aplicado a los estudiantes, el término resulta bastante desplazado.

Pero, en el caso de Sasha, se había enterado expresamente y le había buscado para hacer constar su falta delante de todos. La injusticia resultaba más mortificante porque Baulin estaba convencido de que Sasha no se atrevería a contravenirle en público.

¿Y por qué no había de atreverse?

-Pues estoy en la manifestación como podrá usted ver. No es ninguna a-lu-ci-na-ción -replicó Sasha con esa engañosa cortesía que los chicos «modosos» del Arbat emplean antes de iniciar una pelea.

-No te pases de la raya -se limitó a decir Baulin, y siguió su camino antes de que contestara Sasha.

Las columnas contorneaban el Museo de Historia en dos torrentes para unirse, estrechar las filas y acelerar el paso al desembocar en la plaza Roja y cruzarla ya casi corriendo, divididas por filas cerradas de soldados rojos.

La columna de Sasha desfilaba cerca del mausoleo. Las tribunas estaban llenas de gente, la tribuna de los agregados militares llena de brillantes uniformes... Pero nadie se fijaba en ellos: todas las miradas se clavaban en el mausoleo y a todos agitaba una misma idea: ¿estaría allí Stalin, le verían?

Ellos le vieron. Parecía como si el rostro, de bigote negro, acabara de desprenderse de las esculturas y los retratos múltiples. Estaba quieto, con la gorra muy encasquetada.

Aumentaba el rumor. ¡Stalin! ¡Stalin! Como los demás, Sasha caminaba sin apartar los ojos de él y también gritaba: «¡Stalin! ¡Stalin!» Despues de pasar por delante de las tribunas, la gente continuaba mirándole, pero los soldados rojos les metían prisa. «¡Aprieten el paso! ¡Aprieten el paso!»

Al pie de la iglesia de San Basilio se mezclaban las columnas y la multitud desordenada bajaba hacia el río Moscova, subía el puente, llenaba los malecones. Los tambores, las cornetas, los retratos, los instrumentos de música, las banderas, las pancartas y las consignas eran amontonados en los camiones que esperaban. Cansados, con hambre, todos tenían prisa por llegar a sus casas y se dirigían a buen paso hacia el Puente de Piedra, hacia la Puerta de Prechistenskie, hacia los tranvías.

En aquel momento, el clamor alcanzó su punto culminante en la plaza y rodó hasta el malecón como el retumbar del trueno: Stalin había levantado la mano saludando a los manifestantes.

Después de las fiestas se convocó una reunión extraordinaria del buró del partido, del buró con los activistas. Tuvo lugar en la sala pequeña de actos. Lozgachev estaba en la tribuna, hojeando unos papeles.

-En la facultad han tenido lugar dos acciones antipartido -dijo-. La primera, el ataque de Pankrátov al marxismo en la ciencia de la contabilidad; la segunda, el periódico mural confeccionado por ese mismo Pankrátov, ayudado por los komsomoles Rúnochkin, Poluzhán, Kovaliov y Pozdniakova. Los comunistas y los komsomoles del grupo no se han enfrentado con ellos. Ésta es una prueba del embotamiento de la vigilancia política.

-En el periódico dedicado a esta fiesta -recordó Lozgachov- no hay artículo de fondo dedicado al diecisésis aniversario de la revolución de octubre, no se menciona ni una vez el nombre del camarada Stalin y al pie de los retratos de los udárniks de la facultad figuran unas copillas malintencionadas y calumniosas. Una de ellas, escrita por el propio Pankrátov, dice: «El trabajo está de moda, es verdad. Pero él es tan especial que, aunque pierde los apuntes y no estudia, acaba siempre por aprobar.» ¿Qué significa «el trabajo está de moda»?... -Lozgachov paseó una mirada severa por la sala-. ¿Que el trabajo «está de moda» en nuestro país? Con su trabajo nuestro pueblo está creando los fundamentos del socialismo. El trabajo, en nuestro país, es un asunto de honor. En cambio, para Pankrátov no es más que una «moda». Eso sólo ha podido escribirlo un insidioso que quiere denigrar a la gente soviética. Pero en la reunión anterior del buró del partido hubo quien quiso disculpar a Pankrátov asegurando que su salida de tono durante la lección de Azizián y su defensa de Krivoruchko eran hechos fortuitos.

-¿A quién se refiere? -preguntó Baulin, aunque sabía lo mismo que todos a quién aludía.

-Me refiero a Janson, el decano de la facultad. Opino que no puede eludir la responsabilidad.

-No la eludirá -prometió Baulin.

-El camarada Janson ha creado en la facultad el ambiente de relajamiento y despreocupación que ha permitido a Pankrátov llevar a cabo su ataque político.

-¡Es una vergüenza! -gritó Kárev, un estudiante de cuarto año, muchacho bien parecido, conocido en todo el instituto como demagogo y tiralevitás.

-El buró del partido del instituto -terminó Lozgachov- ha reaccionado resueltamente contra la actitud de Pankrátov retirando el periódico mural. Esto demuestra que, en su conjunto, la organización

del partido está sana. Nuestra decisión, firme e implacable, lo demuestra una vez más.

Recogió sus papeles y abandonó la tribuna.

-¿Está presente el director del periódico? -preguntó Baulin.

Todos rebulleron, mirando a Rúnochkin, que subió a la tribuna, bajito y patizambo.

-Explique usted, Rúnochkin, cómo ha llegado hasta ese extremo -profirió Baulin con su pérvida bonachonería habitual.

-Pensamos que no había por qué repetir el artículo de fondo del periódico del instituto.

-¿Qué tiene que ver el periódico del instituto? -preguntó hosamente Baulin-. Aún no había salido cuando ustedes hicieron su número.

-Pero salió luego.

-¿Y ustedes sabían cómo iba a ser el artículo de fondo?

-Claro que sí.

Hubo risas en la sala.

-¡No se haga usted el tonto! -se enfadó Baulin-. ¿Quién se opuso a que se escribiera un artículo de fondo?

¿Pankrátov?

-No recuerdo.

-No recuerda usted... ¿Y no le sorprendió?

Rúnochkin se limitó a encogerse de hombros.

-¿Ni tampoco le sorprendió que Pankrátov propusiera escribir unos epigramas?

-Otras veces los habíamos escrito.

-¿Comprende usted el error que ha cometido?

-Razonando como el camarada Lozgachov, sí lo comprendo.

-Y usted ¿cómo razona?

Rúnochkin callaba.

-¡Se está haciendo el tonto! -gritó otra vez Kárev.

Baulin consultó un papel.

-¿Está aquí Pozdniakova?

Pozdniakova, una linda muchacha, subió sonriendo a la tribuna.

-¿Qué puedo decir? Sasha Pankrátov decidió que no debíamos escribir el artículo de fondo. Y nosotros tenemos que hacerle caso, puesto que es el secretario del Komsomol de nuestro grupo.

-¿Y si le hubiera mandado saltar desde el quinto piso?

-Yo no sé saltar -contestó Pozdniakova-, pero pensé...

-Usted no pensó nada -cortó Baulin-. ¿O es que le gusta que se burlen de los estudiantes *udárniki*?

-No.

-¿Por qué no protestó?

-No me hicieron caso.

-¿Y por qué no acudió al comité del partido?

-Yo... -Pozdniakova se llevó el pañuelo a los ojos-. Yo... -Está bien. Siéntese. -Baulin consultó otra vez el papel-.

¡Poluzhán!

-¿Para qué vamos a escucharlos? -gritó alguien desde la sala-. ¡Que responda Pankrátov!

-Ya le llegará su turno a Pankrátov. Hable, Poluzhán.

-A mí, todo lo ocurrido me parece un gran error -comenzó Rosa.

-¡Erros los hay de muchas clases!

-Yo lo considero un error político.

-Pues por ahí se debe comenzar, y no esperar a que le tiren de la lengua.

-Yo lo considero un grave error político. Sólo pido tomar en consideración que yo propuse que se escribiera el editorial.

-¿Y cree que con eso se ha justificado? Se lavó las manos, pero quiso quedar bien, sin importarle que se colgara esa bazofia en la pared. ¿Y usted escribió algún epígrama?

-Sí.

-¿De quién?

-De Nésterov, de Puzánov y de Prijodko.

-El uno es un glotón, el otro un alelado y el tercero un pícaro. ¡Bonita manera de ensalzar a los buenos estudiantes!

-Ése fue mi error -susurró Rosa.

-Siéntese... ¡Kovaliov!

Kovaliov, muy pálido, subió a la tribuna.

-Debo confesar honradamente que al venir hacia acá yo no veía muy claro el aspecto político del asunto. Me parecía una broma. Estúpida y fuera de lugar, si se quiere, pero una broma. Ahora veo que hemos sido un instrumento en manos de Pankrátov. Ciento que yo insistí en que se escribiera el artículo de fondo. Pero cuando se trató de los epigramas no objeté nada: uno iba dirigido contra mí y pensé que, si me oponía, iban a pensar los chicos que rechazaba la crítica.

-¿Le dio cortedad? -ironizó Baulin.

-Sí.

-Kovaliov vino en seguida al buró del partido y explicó honradamente todo lo ocurrido -observó Lozgachov. - Mejor hubiera hecho acudiendo antes de que colgaran el periódico -objeto Baulin.

Se levantó Siverski, el profesor de topografía. Sasha no se imaginaba que fuera miembro del partido. Aquel hombre taciturno, de porte marcial, que vestía pantalón azul de caballería y larga camisa blanca caucasiana, le parecía un ex oficial del ejército zarista.

-Kovaliov, dice que le dio cortedad oponerse al epígrama dirigido contra usted, ¿verdad?

-Sí.

-Pero ¿por qué no se opuso a los que iban dirigidos contra los demás?

-¡Esa pregunta es demagógica! -gritó Kárev.

-¡Está enredando las cosas! -gritó otro. Baulin señaló la sala con un amplio ademán.

-¿Oye usted, camarada Siverski, cómo reacciona la reunión a su pregunta?

-Quisiera decir al joven Kovaliov que no debía comenzar así la vida -profirió con calma Siverski, y volvió a sentarse.

-Puede usted tomar parte en el debate -contestó Baulin-. Y ahora escuchemos al organizador principal. Pankrátov, tenga la bondad. Sentado en la última fila, entre estudiantes de otros años, Sasha escuchaba y meditaba en lo que debía decir. Esperaban de él que reconociera sus errores, querían oír cómo hacía acto de contrición y de qué manera se justificaba. ¿Sentía lo ocurrido? Pues sí; lo sentía. Podía no haberse metido en discusiones con Azizián y podía haber sacado un periódico mural como todos los demás. Entonces no se habría formado todo aquel embrollo que de manera tan inesperada y estúpida irrumpía en su vida y en la de sus compañeros. De todas formas, tenía que dar la batalla, defender a los muchachos y hacerse escuchar. Allí no estaban presentes sólo Baulin, Lozgachov y Kárev; allí estaban también Janson, Siverski, estaban presentes sus compañeros, con cuyas simpatías contaba.

Se hizo el silencio en la sala. Los que habían salido a fumar volvieron. Muchos se levantaron para ver mejor.

-Se han formulado graves acusaciones contra mí -comenzó Sasha-. El camarada Lozgachov ha empleado expresiones como ataque político, acción antipartido, insidias ...

-¡Y muy bien empleadas! -gritó alguien desde la sala, probablemente Kárev, pero Sasha había decidido pasar por alto las interrupciones.

Baulin pegó con el lápiz en la mesa.

-En sus lecciones, el profesor Azizián no supo compaginar la parte teórica con la práctica, privándonos así de conocer unos importantes apartados del curso -prosiguió Sasha.

Azizián se levantó impetuosamente, pero Baulin lo detuvo con un ademán.

-Ahora, lo del periódico mural. Ante todo, como secretario del Komsomol del grupo, asumo toda la responsabilidad por este número.

-¡Cuánta nobleza! -gritaron desde la sala-. ¡Farsante!

-Fui yo quien dijo que no hacía falta el artículo de fondo; fui yo quien propuso publicar unos epigramas y escribí uno de ellos. Y los muchachos pudieron considerarlo como una indicación superior.

-¿Una indicación superior? ¿Y quién se la dio? -inquirió Baulin mirando fijamente a Sasha. En el primer momento, Sasha no comprendió la pregunta. Pero cuando captó su sentido, contestó:

-Usted puede hacer cualquier pregunta, siempre que no me ofendan. Todavía no estoy expulsado.

-¡Ya te expulsaremos, no te preocupes! -gritaron desde la sala, y esa vez sí era Kárev.

-Continúo. No escribimos el artículo de fondo para no repetir lo que dirían el periódico del instituto y el boletín de nuestra facultad. Allí hay periodistas más cualificados...

-A juzgar por el epígrama, usted es incluso poeta -ironizó Baulin.

-He cometido un error -continuó Sasha-. Había que publicar el artículo de fondo. Ahora, lo de los epigramas. No tienen nada de censurable. El error está en que no debíamos haberlos puesto al pie de las fotos de los *udárniki*. Con eso se desfiguraba el sentido.

-¿Para qué los publicaron?

-Con la idea de divertir a los muchachos en estos días de fiesta.

-Pues sí que ha sido un acierto observó Baulin.

Hubo risas generales.

-Pero -prosiguió Sasha- rechazo rotundamente la acusación de ataque político.

-Dígame, Pankrátov, ¿ha recurrido usted a alguien para que le echen una mano? -preguntó Baulin. .

-No.

Baulin miró a Glinskaia y luego a Sasha.

-¿Y al vicecomisario del pueblo Budiaguin?

-No.

-Entonces, ¿por qué ha intercedido por usted cerca de la dirección del instituto? Sahsa no hubiera querido mezclar en aquello a Mark, pero no le quedaba otro remedio.

-Se lo dije a Riazánov, que es mi tío, y se conoce que él se lo contó a Budiaguin.

-Se conoce que se lo contó... -repitió con zumba Baulin-. Pero Riazánov se encuentra en unas obras allá en el este.

-Ha estado en Moscú.

-Riazánov estaba por casualidad en Moscú, usted se lo contó por casualidad, él se lo contó por casualidad a Budiaguin y éste telefoneó por casualidad a Glinskaia... ¿No son muchas casualidades, Pankrátov? ¿No sería más honrado decir claramente: sí, he buscado a alguien que intercediera?

-He explicado las cosas como han ocurrido en realidad.

-¡Cuentos! ¡Hay que ser sincero! ¡Hay que ser honrado!

Algunos se habían unido a los gritos de Kárev.

-¿Tiene algo más que decir?

-Lo he dicho todo.

-Siéntese.

Sasha abandonó la tribuna.

-¿Quiere intervenir alguien? -preguntó Baulin.

-Janson! Janson! ¡Que hable Janson!

Janson subió a la tribuna con cara de pocos amigos.

-Camaradas, la cuestión que estamos debatiendo es muy importante.

-¡Eso, ya lo sabíamos! -gritaron desde la sala.

-Sin embargo conviene distinguir entre los resultados objetivos y las intenciones subjetivas.

-¡Es lo mismo!

-¡Déjate de filosofías!

-No, no es lo mismo. Pero permítanme exponer mi idea hasta el final...

-¡No lo permitiremos! ¡Basta! Volvió a levantarse Siverski.

-Camarada Baulin, llame la atención a los que desorganizan la reunión. En estas condiciones es imposible trabajar.

Baulin hizo como si no hubiera oído la observación.

-Pankrátov ha adoptado una actitud apolítica y, por tanto, censurable en un komsomol -proseguía Janson.

-¡Más que eso! ¡Mucho más!

-Un momento, camaradas. -Janson frunció el ceño-. Escuchen...

-¡No hay nada que escuchar! -Para calificar estos hechos de acción antipartido necesitamos encontrar en Pankrátov la premeditación. Sólo existiendo un propósito deliberado...

-¡No le des más vueltas!

-¡Habla de ti, del papel que has desempeñado tú!

-¡Conque, veamos: ¿quería Pankrátov perjudicar a la causa del partido? Yo creo que no existía ese propósito consciente.

-¡Conformista! ¡Menos coba! -Camarada Janson -dijo Baulin-: lo que se le pide es que exponga su participación personal en los hechos.

-Yo no he tenido participación personal alguna. Yo no he sacado el periódico mural ni he sancionado su salida. En cuanto al profesor Azizián, no se dirigió a mí, sino que acudió a usted.

-¿Y por qué no retiró usted el periódico? -preguntó Baulin.

-Probablemente lo vio usted primero.

-¿Y por qué no fue usted quien lo vio? Me parece que usted está más cerca, ¿no? Janson se encogió de hombros.

-Si a usted le parece importante...

-¡Basta! ¡Ya está bien! Janson permaneció unos instantes todavía en la tribuna, se encogió de hombros y volvió a su sitio.

Baulin no habló desde la tribuna, sino desde su sitio de la presidencia. Se limitó a colgar la chaqueta en el respaldo de la silla, quedándose con la camisa de estilo ruso. Ya no ironizaba, ni sonreía, sino que hablaba con frases tajantes:

-Pankrátov contaba con quedar impune. Contaba con que le protegerían algunos personajes. Estaba seguro de que nuestra organización del partido se achantaría ante sus nombres. Pero para nuestra organización, la causa del partido y la pureza de la línea del partido están por encima de cualquier personalidad...

Hizo una pausa, esperando los aplausos. Sólo en dos o tres sitios se oyeron algunas palmadas, y Baulin continuó como si no quisiera que le aplaudiesen:

-Vergüenza da mirar a los komsomoles Rúnochkin, Pozdniakova, Poluzhán y Kovaliov. ¡Y éstos son ingenieros socialistas, especialistas socialistas a punto de graduarse! Así los ha educado el camarada Janson: sin garra, sin sentido político. Por eso se convierten tan fácilmente en juguete entre las manos de los enemigos de clase. Y de eso acusamos a Janson. Usted, Janson, es quien ha abonado el terreno para los Pankrátov... Incluso aquí intenta protegerle. Y eso nos pone sobre aviso.

5

Yuri quiso que Lena mantuviera sus relaciones en secreto: él la amaba, ella le amaba, y no necesitaban nada más. Por eso rehuía a sus padres, sus amistades, su casa. Lena cedía para no herir su amor propio.

El padre no le permitía a Yuri llevar muchachas a su casa; pero la hija de un comisario del pueblo... Yuri no había tenido trato con ninguna así. Los viejos se mostraban reservados con Lena. ¿Que venía a ver a Yuri? Bueno. Cosas de la juventud. Si se llevaban bien, se casarían; si no, cada uno por su lado. En este sentido, marchaban al compás de la época. Y si se casaban, su obligación sería respetar a los suegros: aunque hija de un personaje, ya podría dar las gracias porque no es frecuente que los hombres se casen con las que se meten en la cama antes de la boda.

Con todo, Lena consideraba aquella reserva como una expresión de su dignidad. También los padres de Yuri le parecían extraordinarios. El padre, un maestro en su oficio, un hombre bien parecido, de presencia agradable; la madre, una mujer mayor, piadosa y el modo de vida patriarcal... Era un modo de vida distinto, popular, auténtico.

A veces comentaban las cartas que escribía Vladímir desde las obras del canal del mar Blanco, epístolas de un delincuente encarcelado, con profusión de «querido padre», «querida madre» y «querido hermano Yuri», con esa lacrimógena poesía carcelaria acerca de la vida juvenil destrozada y el sueño de poder «volar como una avecilla». Yuri torcía el gesto, avergonzado de que oyera esas cosas Lena, pero a ella le commovían la austera atención del padre, la apenada preocupación de la madre y la firmeza con que Yuri soportaba aquella complicación en su biografía.

A Lena le agradaba todo: la comida sencilla, el cuidado con que el padre se limpiaba la tiza de las manos y se quitaba los hilos pegados a su chaqueta para sentarse a la mesa con la gravedad del hombre trabajador para quien la comida en familia es la compensación por su jornada de labor; le agradaba el modo de servir de la madre: primero al padre, el sostén de la familia, el mejor pedazo, luego a Yuri por ser hombre, después a Lena, como invitada, y el resto para ella, la madre, que siempre podía picar algo en la cocina. Una familia compenetrada, unida, y no como la suya donde cada cual vivía su vida y se pasaban semanas sin verse.

A veces iban a escuchar a Skomorovski al Metropol o al Grand Hotel, donde tocaba la orquesta de Tsfasman. Lena insistía en que pagaran a medias: ella trabajaba, tenía un sueldo, y era un desaire no aceptar su parte. Yuri condescendía. Le halagaba que una muchacha tan guapa gastara dinero en él, le halagaban las atenciones de los camareros. En las otras mesas también había mujeres hermosas y hombres bien vestidos; tocaban jazz en el Metropol, se apagaban las luces y sólo unos reflectores multicolores iluminaban, en el centro de la sala, el surtidor en torno al cual se bailaba. Yuri sonreía a Lena, estrechaba su mano, encantado de que todo el mundo se fijara en ellos.

Lena se marchaba muy tarde -incluso se habría quedado toda la noche si él lo hubiera consentido -y, como estaba cerrado el portal, tenía que llamar al portero, que salía a abrir medio dormido y la miraba siempre con aire suspicaz. Ella le daba un rublo y salía presurosa a la calle donde sus tacones repiqueteaban sordamente sobre la acera del Arbat dormido. En su casa notarían de nuevo su regreso tardío. Se daban cuenta de todo, pero no le hacían preguntas. Al padre no le agradaba Yuri. Hablaba de él en tono de burla, incluso con desdén. Allá él con sus manías. Lena quería mucho a su familia; pero si las circunstancias lo exigían, se iría de casa sin pensarlo poco ni mucho.

A comienzos de diciembre, Yuri recibió una convocatoria del Comisariado del Pueblo de Justicia. En la sección de personal, una sala grande, con muchas mesas a las que, sin embargo, no había nadie sentado, le recibió una mujer de mediana edad, algo pelirroja, de pecho hundido y rasgos menudos e inquietos. Se presentó por el apellido, Málkova, y señaló a Yuri una silla frente a su mesa.

-Está usted a punto de licenciarse en derecho, camarada Sharok. Se aproxima el momento de asignar los destinos, y hemos querido saber algo más de usted. Le escucho.

Para que no le destinasen a los órganos de los tribunales y la fiscalía, a Yuri le convenía producir mala impresión a Málkova. Sin embargo venció la inercia del sentido de autoprotección; la norma, elaborada a lo largo de los años, de mostrarse irreprochable, intachable, de ocultar todo lo que pudiera comprometerle. Yuri dijo lo que decía siempre: era hijo de un obrero de una fábrica de confecciones, también había trabajado él de tornero; miembro del

Komsomol, sin ningún apercibimiento. Había una complicación: su hermano estaba cumpliendo condena por robo. La mención de esta circunstancia, según le parecía, acentuaba la sinceridad de su exposición.

Málkova escuchó atentamente, fumando. Luego apagó la colilla en el ceníceros y preguntó:

-¿Y cómo permitió usted, un komsomol, que se descarrilara su hermano?

-Cuando le detuvieron, yo tenía diecisésis años.

-Durante la revolución hubo muchachos de diecisésis años que mandaban regimientos.

Málkova lo dijo como si ella hubiera mandado un regimiento a los diecisésis años. Aunque quizás lo habría mandado. Escuálida, con la cazadora de cuero y el cigarrillo entre los dientes, tenía todo el aspecto de un soldado... Bueno, ¿y qué? Todo el mundo no podía mandar regimientos. No alcanzarían. Y pensar que de ese escuadrón pelirrojo dependía que le dejaran en Moscú o lo mandaran allá donde el demonio perdió el tenedor... En el instituto corría el rumor de que toda su promoción sería destinada a distintos lugares de Siberia Occidental y Oriental.

Yuri sonrió.

-Mi hermano es mucho mayor que yo. ¿Cómo podía yo influir sobre él? Málkova hojeó los papeles que tenía sobre la mesa y entresacó uno.

-La Dirección General de la Industria Química ha solicitado que le destinemos a la asesoría jurídica de una empresa. ¿A qué se debe?

-Antes de ingresar en el instituto trabajé en una empresa de productos químicos que ahora necesita un jurista. Yo no he perdido el contacto con ella, y la dirección es la que ha presentado la solicitud.

Málkova frunció el ceño.

-Todo el mundo quiere quedarse en Moscú. Entonces, ¿quién va a trabajar en la periferia, en los tribunales y las fiscalías locales? Meditando bien cada palabra, Yuri contestó:

-Para trabajar en los tribunales y las fiscalías se necesita gozar de confianza, se necesita tener una reputación irreprochable. Y una persona no puede gozar de esa confianza teniendo a un hermano en la cárcel.

-Para trabajar en los tribunales y las fiscalías se necesita, ante todo, ser un auténtico hombre soviético -profirió Málkova campanudamente-. ¿Puede ser un impedimento para eso lo ocurrido a su hermano?

-Usted misma acaba de preguntarme cómo permití que se descarrilara mi hermano. Además, yo creo que también en la industria hacen falta juristas bien preparados.

Málkova dijo, levantándose:

-Informaré de su caso al jefe de la Dirección General y la comisión de asignación de destinos.

También se levantó Yuri.

-Yo estoy dispuesto a trabajar allí donde me envíen.

-Naturalmente -ironizó Málkova-. Usted ha estudiado gratis y con una beca. De algún modo tiene que compensar al Estado.

-Claro que quisiera quedarme en Moscú -indicó con mucha compostura Sharok-. Aquí tengo a mi padre y a mi madre, personas de edad, con achaques, y yo soy, de hecho, su único hijo. Pero esto -señaló el papel sobre la mesa- ha sido iniciativa de la fábrica. Ellos necesitan un jurista que conozca la producción química.

-Todos los que quieren quedarse en Moscú encuentran argumentos de peso. Y todos presentan solicitudes tan fundamentadas como ésta.

Después de una pausa, añadió de pronto:

-Sin embargo, la organización del partido del Instituto de Derecho le ha recomendado para otro destino. Y también en Moscú, por cierto.

-No sabía nada de eso... ¿Y cuál es?

-Hay ciertas vacantes... En la fiscalía, por ejemplo. Pero usted prefiere la fábrica, ¿verdad?

-En efecto: prefiero la fábrica. Allí trabajé, me formé; la fábrica me recomendó para estudiar en el instituto y a la fábrica le debo mucho. La dignidad con que Yuri pronunció estas palabras ablandó a Málkova.

-Se tomará en consideración su deseo y la solicitud de la Dirección General de la Industria Química. En fin, la comisión decidirá.

¡Y que dependiera su destino de una mujer así! Seguro que ella acababa de llegar de cualquier rincón provinciano, y estaba dispuesta a mandarle a las quimbambas a él, moscovita de cepa. Bien decía su padre:

-Con tanto paleto como ha caído sobre Moscú, el hombre verdaderamente de ciudad no sabe dónde meterse.

Y todavía se hacía Málkova la interesante: «Le han recomendado a usted para trabajar en Moscú, en la fiscalía.» Seguro que era mentira...

Aunque quizás no mintiera... Él tenía vivienda en Moscú, y eso siempre lo tomaban en consideración...

Claro que, aunque le hubieran recomendado, eso no significaba que le admitieran. Preguntarían cómo era que tenía un hermano delincuente. En una familia obrera de verdad, en una familia proletaria no debía haber delincuentes. Si los había, era que la familia estaba maleada. ¡Como si no hubiera gente probada, verdaderamente fiel, para ocupar los buenos cargos!

Con el tiempo había ido perdiendo brillo la imagen romántica del abogado independiente creada por su imaginación pueril. Durante sus prácticas en los tribunales había visto el reverso de la medalla. Había visto a letrados famosos no sólo durante sus brillantes alegatos, sino también desviviéndose por sacar una buena minuta, poniéndose la zancadilla los unos a los otros; les había visto dando coba a las secretarías de las audiencias, y en las consultas jurídicas bregar por cinco rublos con las viejucas que acudían a pedir consejo, conocía el auténtico valor de los lujosos despachos particulares, convertidos en comedores o en dormitorios cuando se marchaban los clientes. Y sin embargo, sólo esa vida le atraía.

Pero, por extraño que parezca, le zahería la idea de que se desentendían de él en las instancias superiores. De nuevo le desdeñaban. Los altos cargos estaban para los suyos, mientras que él, instrumento dócil, haría ese trabajo anónimo que no se ve. En el mejor de los casos, como quien hace un favor, le mandarían a una empresa, de jurisconsulto, como se había expresado desdeñosamente Budiaguin.

Sasha no contó a nadie que le habían convocado al Comisariado del Pueblo de Justicia, pero a Lena no se le escapó su aire preocupado.

Estaban en el teatro porque habían conseguido por fin entradas para *El negro*.

-¿Te ocurre algo?

Lena le contemplaba con su amante mirada azul. En respuesta, Yuri sonrió mirando de reojo a los vecinos como advirtiéndole que no molestara.

Luego, en su casa, con la cabeza apoyada sobre su brazo, Lena volvió a preguntarle lo que le preocupaba. Yuri contestó que nada de particular. Sencillamente, lo de su destino a la fábrica se había atascado un poco.

-Si quieras, hablaré con mi padre -propuso Lena.

-Iván Grigórievich ha hecho ya cuanto podía.

La muchacha no insistió, sabiendo también que su padre no haría más.

-Ayer vino a vernos Sasha. Me da pena de él -dijo Lena.

-Pues ¿qué pasa?

-¿No te has enterado? Le han expulsado del Komsomol y del instituto.

Yuri se incorporó sobre un codo.

-Es la primera noticia que tengo.

-¿No le has visto?

-Hace tiempo que no.

Yuri mentía: había visto a Sasha recientemente; pero, como no le había dicho nada, no quería confesárselo a Lena.

-¿Por el incidente con el profesor de contabilidad?

-Sí, y luego, por el periódico mural.

-¿Qué había escrito?

-Unos versos.

-¿Escribe Sasha versos?

-Los escribió él o publicó los de otro. Tenía prisa y se marchó sin explicármelo bien. Pero me dio pena.

¡Sasha Pankrátov expulsado! ¡Un tipo tan ortodoxo, y le habían atizado! Un activista inflexible, duro como el pedernal, y le pasaba una cosa así... Ni Budiaguin había podido hacer nada. Y Riazánov, su tío, era un hombre famoso. Daba frío porque, si le había ocurrido eso a Sasha...

Si algo le sucedía a él, Yuri Sharok, ¿quién le echaría una mano? ¿Su padre, que era sastre? ¿Su hermano, que era un delincuente común? Él no se metía en todo, como hacía Sasha; pero, de todas maneras... No debía haber rechazado el destino en la fiscalía: allí no iba a meterse nadie con él y, en cambio, él sí que hubiera podido apretarle los tornillos a cualquiera. Iban a andar todos más derechos que un huso.

Al día siguiente, Yuri se encontró con Sasha en el portal.

-¡Salud!

-¡Hola!

-He oído decir que has tenido un contratiempo en el instituto.

-¿A quién lo has oído?

-He visto a Lena.

-Todo se ha arreglado -contestó hoscamiente Sasha.

-¿Sí? Estupendo. -Sharok no disimulaba su ironía-. Pronto has conseguido arreglarlo.

-Ya lo ves. Adiós.

«Todo se ha arreglado». A todo el mundo contestaba Sasha lo mismo que a Yuri. No quería que llegara ningún rumor hasta su madre.

La orden de Glinskaia apareció en el tablón de anuncios al día siguiente de la reunión del buró del partido. Sasha era expulsado del instituto como «organizador de acciones antipartido». Rúnochkin, Poluzhán y Pozdniakova eran amonestados y a Kovaliov se le hacía un apercibimiento.

El resto era cosa de burocracia: buscar documentos, preparar certificados. Lozgachov, nombrado ya decano en lugar de Janson, rellenó rápida e incluso afablemente el libro de calificaciones de Sasha. Su rostro afeitado parecía decir: «Personalmente, yo no tengo nada contra ti. Son las circunstancias. Pero si te vuelven a admitir, me alegraré de verdad.»

Sasha se despidió de todos los de su grupo y únicamente a Kovaliov no le estrechó la mano.

-Yo no trato con gentuza.

Rúnochkin confirmó que Kovaliov era efectivamente un bicho, igual que todos los demás. Pequeño y patizambo, Rúnochkin no temía a nadie.

Sonó el timbre. El pasillo quedó desierto. A nadie le importaba ya Sasha. Tenía los documentos en la mano: sólo quedaba sellarlos y marcharse.

Krivoruchko estaba todavía de vicedirector para la parte administrativa. Al sellar los papeles, dijo a media voz:

-Las cartillas de racionamiento para diciembre están ya en la oficina.

-Gracias -contestó Sasha.

Los justificantes de las cartillas solían enviarse más tarde a la oficina, pero Krivoruchko quería que las recibiera antes de marcharse. Podía no haberlo hecho.

Ahora, su madre no sospecharía nada hasta fines de diciembre. Y, de allí a entonces, le habrían readmitido ya.

Empezaron las andanzas de un departamento a otro, las esperas fastidiosas, las explicaciones humillantes, los rostros incrédulos, las promesas insinceras de estudiar el asunto. En realidad, nadie quería estudiarlo. Anular la expulsión era una responsabilidad con la que nadie

quería cargar.

En el comité de distrito del partido llevaba el asunto una mujer joven, bien parecida, apellidada Záitseva. Sasha sabía de ella que jugaba bien al baloncesto, aunque no era muy alta. Escuchó a Sasha, le hizo algunas preguntas que al muchacho le parecieron sin importancia y que, además, se referían a Krivoruchko; le aconsejó obtener una característica de la fábrica donde había trabajado antes y le advirtió que el asunto sería visto en asamblea del buró del comité del distrito del partido y del Komsomol.

Mientras se acercaba a la fábrica, Sasha recordaba los madrugones, el frescor de la calle a primera hora, la riada de gente entrando por el portón, el vacío aterido del taller antes de comenzar la jornada.

Nunca había sentido inclinación por la técnica, pero sí deseaba trabajar en la fábrica, atraído por la propia palabra «proletario», por la pertenencia a la gran clase revolucionaria. Un comienzo poético e inolvidable para la vida.

El primer día le enviaron a la descarga urgente de vagones. Habría podido negarse, como se negó Yuri Sharok, por ejemplo, y entonces le mandaron al taller mecánico como aprendiz de fresador. Pero Sasha fue, se olvidaron de él y él no protestó: alguien tenía que cargar y descargar vagones. La vida le parecía entonces interminable: todo estaba por delante, todo estaba por venir. Con ropón de lona y manoplas de lona, bajo la lluvia y bajo la nieve, lo mismo si hacía calor que si helaba, él cargaba y descargaba vagones a cielo raso en el patio de mercancías, haciendo lo que necesitaba el país. Y despreciaba a Yuri, tan pulcro, en un taller abrigado y luminoso.

Cuando el equipo entraba en el refectorio, jurando y alborotando, los demás rehuían sus ropones de lona o sus chaquetones guateados, manchados de pintura, de cal, de alabastro, de carbón... Sasha se acordaba de Morózov, un antiguo comandante de división, hombre callado que se salió del partido por no estar de acuerdo con la nueva política económica y luego se dio a la bebida. Se acordaba de Averkíev, su jefe de equipo, entregado también a la bebida -su mujer le había abandonado- y de algunos otros por el estilo, desbordados por la vida. No corrían detrás del dinero -les bastaba ganar para unos tragos de vodka-, rehuían el trabajo a destajo, discutían con el aparejador para quedarse con las faenas más fáciles, preferían las eventuales y, mejor aún, las lecciones, que permitían marcharse una vez terminadas. Entonces trabajaban con rapidez, poniendo toda la carne en el asador, pero sólo con el fin de largarse cuanto antes. Sasha no los consideraba auténticos obreros, pero había en ellos algo conmovedor y humano que le atraía: eran hombres maltratados por el destino. Si recurrián a la argucia a la hora de asignar las

faenas, entre ellos no rehuían el bulto ni le cargaban lo suyo al compañero. Y aunque Sasha no tomaba parte en las borracheras, no contaba chistes de cuartel ni historias soeces, estaban en buenas relaciones con él.

Aquel equipo heterogéneo, compuesto de chusma, de desechos, solía ser enviado a trabajos eventuales, aunque también era empleado a veces en la carga de la producción principal: los barriles de pintura llamados tambores. Se daba el caso de que, por falta de vagones, se juntaban en el patio de mercancías grandes montones de tambores de pintura. Luego empezaban a llegar de pronto vagones, uno tras otro, y entonces se empleaba en la carga a todos los equipos, incluido el de Averkíev, que era donde trabajaba Sasha.

Los tambores de pintura pesaban ochenta kilos cada uno. Había que subirlos rodando por una pasarela y colocarlos en los vagones en tres filas superpuestas. Las pasarelas eran muy empinadas. Había que subir el tambor a la carrera, hacerlo girar en el vagón y colocarlo pegado a los demás para que cupiese el número debido. Era muy duro eso de pasarse ocho horas sin levantar cabeza, haciendo rodar barriles de ochenta kilos cada uno, subirlo por la escala empinada y ponerlo de pie. Además, había que darse prisa, porque detrás de uno iba otro compañero que no podía detenerse en la escala. De manera que un segundo perdido paralizaba toda la cadena, alteraba el ritmo. Al principio, Sasha no conseguía colocar el tambor en su sitio a la primera. Luego le explicaron que debía agarrar con ambas manos la base del cilindro, alzarlo de un tirón, girarlo de canto y ponerlo en su sitio. A partir de entonces no hubo ningún retraso por su culpa.

En la carga de la pintura solían trabajar dos equipos: uno de tártaros temporeros de la región de Uliánovsk y otro de cargadores profesionales rusos que habían elegido esa faena porque estaba bien pagada.

Una mañana, al repartir el trabajo, el capataz Málov dijo:

-Averkíev, manda a alguien al primer equipo porque tienen a uno enfermo.

-Ve tú -ordenó Averkíev al tártaro Gainullin.

-Yo no voy -contestó Gainullin.

-¡Livshits!

Livshits, un judío de Odessa, recio, con la frente estrecha, salió del paso bromeando:

-No puedo: ellos no comen cerdo.

-Yo no puedo perder más tiempo con vuestros debates -intervino entonces Málov-. Si no lo designáis vosotros, lo haré yo.

Málov era un hombre decidido. Comisario de pelotón desmovilizado, antiguo cargador, tenía planta de atleta y había sabido imponerse incluso a un equipo tan díscolo como el de Averkíev.

-Venga -contestó Averkíev.

La mirada de Málov se detuvo en Sasha.

-¡Tú irás al primer equipo, Pankrátov!

Málov tenía a Sasha entre ojos. Quizá no le gustaran los cargadores instruidos y Sasha era considerado allí como el más instruido: había hecho el bachillerato. Y Málov consideraba ahora a Sasha entre expectante y desdeñoso, esperando que también se negaría. Pero Sasha sólo repuso:

-Está bien.

-Tú siempre metiéndote en follones -observó Averkíev, enfadado.

Los tártaros no llevaban los tambores de pintura rodando, sino a cuestas. Subían a la carrera por la pasarela y, a la primera, los dejaban en su sitio. Era un procedimiento más rápido, pero enteramente distinto y agotador: había que correr con un cilindro de ochenta kilos a la espalda por la pasarela empinada y descargarlo de manera que no le aplastara un pie y cayera en su sitio; correr el día entero detrás del compañero que tenía delante al comenzar el turno. Daba la impresión de que el barril iba a deslizarse de un momento a otro, arrastrando a su portador, pero no era posible detenerse ni un segundo porque cada uno escuchaba a su espalda el jadeo, el olor a sudor del siguiente, que tropezaría con él si se detenía. Y había que tensar todas las fuerzas, subir la pasarela a la carrera, descargar el tambor y bajar corriendo para no quedar a la zaga de los cargadores expertos y fuertes, que no tenían miramientos con nadie y menos aún con un extraño.

¡La sirena del almuerzo! Sasha se desplomó junto a una pila de barriles. Veía puntos rojos y un zumbido monótono le partía la cabeza.

Se quedaba traspuesto, pero al despertarse sólo podía pensar en el momento en que tendría que levantarse, ponerse detrás del recio tártaro pelirrojo al que había seguido durante toda la mañana y reanudar las carreras por la pasarela inestable con un tambor a la espalda. Se daba cuenta de que no podría trabajar cuatro horas más, de que se desplomaría, quedando tendido sobre la pasarela.

Podía haber ido a la administración y decir que le habían enviado allí a aprender un oficio y no a acarrear tambores de ochenta kilos sobre las espaldas; que le habían enviado a cubrir una plaza reservada en un taller, a la producción. ¿Qué demonios era aquello? ¿Porque se había ofrecido voluntario para un trabajo urgente iban a tenerle ya siempre de cargador? Claro que podía hacerlo. Pero sabía perfectamente que, en cuanto sonara la sirena, se colocaría detrás del tártaro pelirrojo, se echaría un tambor a la espalda y lo subiría al vagón.

Los obreros volvían del refectorio, conque pronto terminaría la pausa del almuerzo. Haciendo un esfuerzo, Sasha se desperezó, se sentó y movió los brazos, las piernas, la cabeza... Todo le dolía, todo parecía pertenecer a otro cuerpo.

Alguien le llamó por su nombre. Levantó la cabeza y vio al jefe de equipo Averkíev y al cargador Morózov, el ex comandante de división. Se conoce que habían echado unos tragos con la comida porque el rostro abotargado de Averkíev estaba totalmente rojo y los ojos azules de Morózov parecían más azules, claros y soñadores que nunca.

-Come, anda. -Averkíev le echó sobre las rodillas un cantero de pan y una loncha de tocino ahumado.

-Gracias.

-Tú coloca el tambor a todo lo largo de la espalda, a todo lo largo del espinazo, ¿entiendes? ¡A ver, echadme uno! Encorvó la espalda, echó los brazos hacia atrás y entre Morózov y Sasha le cargaron un tambor, que quedó tendido a todo lo largo.

-¡Así! Pero tú haces esto...

Averkíev movió el torso, el tambor se deslizó hacia los hombros y lo agarró con ambas manos por delante.

-Lo llevas sobre los hombros, y es peor. Hay que llevarlo sobre el espinazo. Prueba a ver.

Sasha se levantó, encorvó la espalda y Averkíev y Morózov le cargaron un tambor.

-¡No bajes los hombros! -gritó Averkíev.

Sasha enderezó los hombros y el tambor se asentó sobre toda la espalda, repartiéndose su peso por igual.

-Así tienes que llevarlos, ya que te has empeñado.

Sasha se sentía ahora más seguro. El tambor no se deslizaba ya, pero su peso continuaba abrumando la espalda. Se le doblaban las piernas. Cuando bajaba corriendo la pasarela, de vacío, la espalda no se le enderezaba ya. No habría podido decir cómo resistió la segunda mitad de la jornada ni cómo volvió a su casa. Solamente recordaba que se desplomó en la cama y durmió de un tirón hasta por la mañana.

y por la mañana le dijo Málov:

-Trabaja un par de días más en el primer equipo y luego te cambiaré.

Estuvo trabajando dos semanas en la carga de pintura y aprendió a llevar bien los barriles. Se habituó a los tártaros, los tártaros se habituaron a él e incluso les escribía la declaración de impuestos que debían presentar en el soviet de su pueblo.

Tampoco volvió al viejo equipo: le mandaron al garaje como cargador de un camión.

-Aprenderás a conducir -le dijo Málov, y no estaba muy claro si con eso quería darle una alegría a Sasha o quería librarse de él.

Sasha trabajó en el garaje, sacó el carnet de conducir y conducía. Sin embargo, lo que recordaba al aproximarse ahora a la fábrica era precisamente el tiempo que había pasado de cargador. Fueron los primeros meses de su vida fabril y los que más grabados quedaron en su memoria.

¿Con quién se encontraría ahora? Probablemente no quedaría nadie de los de entonces. Aunque quizá se equivocara; no había pasado tanto tiempo: cuatro años en total.

La vieja conserjería de madera había sido echada abajo y ahora había en otro sitio una nueva, de ladrillo, muy amplia. El edificio de la administración, también nuevo, daba ahora a la plaza. Por encima de la alta tapia sobresalían pabellones nuevos. La plaza estaba asfaltada y habían aparecido en ella comercios, puestos y quioscos. La fábrica funcionaba, se ampliaba. Eso era lo auténticamente importante que constituía la vida del país y que debía constituir la suya, a pesar de todo.

Se encontró con que el secretario de la organización del partido era Málov. Una sorpresa no muy agradable. Seguía pareciéndose a un luchador, aunque algo enflaquecido; se le había acentuado la calva, tenía el aire fatigado y un color amarillento había sustituido al rojo de las mejillas cuando mandaba a los cargadores en el patio de mercancías. Detrás de la gran mesa de escritorio estaba sentado lo mismo que se sentaba en tiempos, de lado y en una esquina, en el poyo de la ventana para firmar las cartillas de los obreros. Reconoció en seguida a Sasha y, como si no hubieran pasado aquellos cuatro años y Sasha continuara trabajando en la fábrica, preguntó:

-¡Ah, Pankrátov!... ¿Qué hay?

Sasha explicó lo que quería.

-Bueno -dijo Málov-. Hablaré cuando se reúna el buró...

También ése se salía por la tangente. No quería dar el certificado de buena conducta él...

-Zátseva me ha dicho que lleve el certificado de buena conducta por escrito.

-Quiere un papel, vamos -rezongó Málov-. Está bien, lo escribiré.

A ver: recuérdame en qué trabajaste y las tareas sociales que desempeñaste.

Anotó lo que iba diciéndole Sasha, luego levantó la vista y preguntó con sorna:

-¿Por fin te metiste en un lío?

-¿A qué viene eso de «por fin»?

-Viene a que te lo andabas buscando. Bueno: date una vuelta por ahí mientras escribo el certificado de buena conducta y ven a buscarlo luego.

-Quisiera entrar en la fábrica, ver a los muchachos...

La parte central de la fábrica no había cambiado. Los nuevos pabellones habían sido construidos aparte. El primer taller, el segundo, el tercero, el de mecánica, el de calderas y luego el garaje... Al Ford negro del director estaban haciéndole una puesta a punto y Serguéi Vasílievich, el chófer, manipulaba unas piezas en el banco. También reconoció en seguida a Sasha.

-¿Has vuelto a la fábrica?

-He venido para un asunto.

Serguéi Vasílievich usaba traje de cuero, gorro de piel y botas de fieltro con chanclos. Recio, con aire importante e independiente -trabajaba ya de chófer antes de la revolución-; era hombre allegado al director.

Parecía mentira cuántas cosas había olvidado y volvían a su memoria solamente ahora que estaba allí y veía de nuevo los talleres, las calzadas, y oía los rumores de la fábrica. Entonces, todo era sencillo y estaba claro: trabajar, cobrar el sueldo, cumplir los encargos del Komsomo!... No recordaba ningún caso de que hubieran empapelado a alguien por un asunto político. Allí se producía, se edificaba la fábrica. ¿O también serían ahora las cosas distintas allí? ¿Qué le pondría Málov en el certificado de buena conducta?

El certificado de buena conducta que le entregó Málov decía lo siguiente: «El presente se entrega a Pankrátov A. P. para certificar que trabajó en esta fábrica desde 1928 hasta 1930 en calidad de cargador y luego de chófer. Trabajaba concienzudamente y cumplía las faenas que se le encomendaban. Participó en la labor social como secretario de la célula del Komsomol del taller de transportes. No tuvo ningún apercibimiento.»

-Cuando vaya al buró, añadiré lo que sea necesario -prometió Málov.

7

Al volver de la fábrica, vio un sobre azul por la rendija del buzón. Carta del padre. Su letra. Nunca proporcionaban alegría sus cartas.

Esta vez pedía que le enviaran unos prontuarios tecnológicos. «Los encontrarás en el estante de abajo, ya sabes dónde te digo. Lamento molestarte, pero sólo a ti puedo pedírtelo. Porque ir a Moscú a buscarlos... Mi viaje no sería agradable para nadie.»

Era la voz del padre. Siempre hablaba de esa manera. Cuando su mujer le preguntaba: «¿Vas a almorzar?», contestaba: «Puedo no almorzar.» «¿Vas a una reunión?» «Voy de baile...» Algo tarde de oído, siempre sospechaba que hablaban de él y se enfadaba. Se enfadaba si no tenía su manzana al levantarse y su vaso de yogur al acostarse. La madre enmudecía de espanto nada más oír sus pasos en el pasillo porque volvía del trabajo ya predisposto contra la casa, la mujer y el hijo, preparado para hacer observaciones, reprender, armar bronca.

Únicamente en sus accesos de celos no le temía la mujer. A Sasha se le encogía entonces el corazón de lo que ocurría en la casa, de los gritos, de los portazos, de la expresión de inquina que adquiría el rostro de su madre, de sus lágrimas.

Hacía seis años que el padre vivía aparte, pero ella seguía temiéndole incluso a distancia. También ahora, al ver la carta, apareció en su rostro la penosa expresión de susto y temor.

-¿Es de tu padre?

-Pide que le mandemos unos prontuarios.

Sofía Alexándrovna tomó la carta con la misma expresión de susto, que no desapareció hasta después de leerla.

A Sasha le horrorizaba sobre todo pensar en lo que sería de su madre cuando se enterase de lo ocurrido. Para evitarlo, se comportaba como siempre y salía de casa igual que si fuera al instituto. El importe de la beca correspondiente a diciembre se lo ganó descargando vagones en la estación de Kíev-Mercancías. Cuando no sabía dónde meterse, iba a casa de Nina Ivánova.

Nina le había dado una llave del apartamento y, por las mañanas, se estaba allí leyendo o estudiando. Luego volvía de la escuela Varia, la hermana menor de Nina, con su abrigo negro y sus zapatitos minúsculos. Se había quitado el pañuelo de la cabeza por el camino, y su cabello negro y liso le caía sobre el cuello del abrigo. Se sentaba encima de la cama, cruzaba las piernas, alargaba los labios regordetos para apartar de un soplo el flequillo de la frente y clavaba en los ojos de Sasha esa mirada con que las lindas quinceañeras dejan confusos a los muchachos.

La mesa, recubierta por un hule descascarillado, dividía la habitación en dos mitades: la de Nina, con libros y cuadernos esparcidos sobre la mesa y unas viejas zapatillas debajo de la cama, y la mitad de Varia, con un pañuelo

de colores tapando la almohada, un gramófono encima del poyo de la ventana y un atleta de bronce sosteniendo la lamparita de noche en el extremo de su musculoso brazo extendido.

-¿Por qué te han echado del instituto?

-Ya me readmitirán.

-Yo a quien echaría sería a todos ellos. Porque también en nuestra escuela hay gentuza de ésa, que sólo piensa en hacer daño a los demás. Ayer teníamos un ejercicio en clase, y va Liakin y dice: «Ivanova se apunta las chuletas en las rodillas.» Yo estiré las piernas y pregunté: «¿Dónde están las chuletas, vamos a ver?»

Uniendo la acción a la palabra, estiró las piernas para mostrar cómo lo había hecho en clase.

-Entonces Kuzia, el matemático, me dijo que me comportara debidamente. ¿Y yo qué culpa tenía? Que hubiera regañado a Liakin. El año pasado andaba haciendo trastadas, quitándonos los cartapacios a las chicas, y ahora está en el comité de alumnos. Él hace de las suyas a la chita callando, pero anda llevando cuentos de los demás. Me revienta la gente así.

-¿Y cómo haces las chuletas?

-Muy sencillo: las escribo en las rodillas y luego estiro las medias -explicó pegándose una palmada en las rodillas.

-¿Y no puedes pasarte sin ellas?

-Sí puedo, pero no quiero.

Aquella chiquilla, sentada con las rodillas al aire, le miraba retadora. A Sasha le daba risa, pero procuraba mantenerse serio, sabiendo cuántos quebraderos de cabeza le causaba Varia a su hermana.

Las dos chicas se habían criado sin padre y luego murió la madre.

-¿Eres del Komsomol?

-¿Para qué?

-¿Prefieres estar de cháchara en el portal?

-A mí me gusta.

-Faltas de casa por las noches.

-¡Qué gracia! Una vez me quedé a dormir en la casa de campo de una amiga porque me daba miedo ir de noche hasta la estación. Nina tampoco habría ido. Es cien veces más miedosa que yo. Podía casarse ya con su Max. Como ella no sabe hacer nada de la casa y él no necesita nada, lo tendrían solucionado con comer en el refectorio de donde trabajan.

-¿No te parece pronto para dar tú consejos?

-Pues que no se meta en mis cosas. Anda siempre alborotando sin motivo. -¿Tú qué quieras ser? En lugar de respuesta, entonó con voz atiplada de adolescente:

*Florecilla olorosa de las praderas,
tu risa es más dulce que los trinos...*

Sonó el timbre de la puerta.

-Ésa es Nina -anunció Varia sin moverse-. También hoy se le han olvidado las llaves.

-¿Cómo sabes que es ella?

-Yo conozco a todos los inquilinos por el modo de llamar.

Entró Nina, vio a Varia sentada encima de la cama en una postura que le pareció indecente, vio que tenía las piernas al aire y empezó:

-No tiene en la cabeza más que a los chicos; no entiende más que de barniz para las uñas y pintura de labios de color zanahoria. Se pasa las horas muertas delante del espejo rizándose las pestañas con el cuchillo de la cocina ...

-¿Con un cuchillo? -se sorprendió Sasha.

-o está colgada del teléfono, y dale con el *cripe georgette*, y la pana, y la vuelta roja, y la seda azul... Yo llevo cinco años poniéndome la misma blusa, lavándola todos los días, y todavía no me he enterado de qué tela es. En cambio, mi hermanita se ha pasado tres días recorriendo tiendas en busca de botones para un abrigo. No quiere usar chanclos, desprecia las botas de fieltro, me ha quitado a mí unos zapatos y, después de destrozarlos bailando, los ha tirado en un rincón. Hoy me quita los zapatos, mañana querrá quitarme dinero y, como no lo tengo, se irá a robar por ahí.

-No exageres -intervino Sasha-. Déjate de figuraciones y no asustes a la chica.

Pero Varia no tenía intención de asustarse. Fingió un bostezo y puso cara de aburrimiento: todo eso lo había escuchado cien veces.

-A mí me asombra su crueldad. Se burla de Maxim. ¿No es eso una bajeza, una falta de tacto?

-Max no es muy divertido -observó diplomáticamente Sasha.

A Nina se le oscureció la mirada.

-Yo aprecio a Max. Es un muchacho magnífico, sin doblez. Pero ¿en qué puedo pensar yo? Primero necesito sacar adelante a esto.

-No me cargues a mí las culpas, haz el favor -protestó Varia. -Le habían encargado sacar un periódico mural - prosiguió Nina-, y ¿sabes lo que hizo? Pues se fue a la clase de al lado y copió el que habían hecho ellos, palabra por palabra, sin tomarse siquiera la molestia de modificar los nombres. ¿Adónde irá a parar? ¿Qué hará en la vida?

Varia tanteó con los pies buscando los zapatos y se levantó.

*Florecilla olorosa de las praderas,
tu risa es más dulce que los trinos...*

Sasha había acudido al comité de distrito del partido muy confiado. Ésa era una instancia que no temería decidirlo todo. Presidiría la reunión el primer secretario, Stolper. Tuvo que esperar un buen rato en el pasillo a que le llamaran.

Al otro lado de la puerta se escuchaban voces y retazos de frases, pero a todos interrumpía una voz alta y tajante. De vez en cuando, alguna persona salía disparada del despacho, corría a los ficheros, rebuscaba una carpeta, acuciada por una voz alta e irritada. A Sasha le gustó que Stolper tratara así a los funcionarios. Igual trataría a Baulin y a todos los demás que le habían colgado el sambenito de enemigo.

La puerta se entreabrió.

-¡Pankrátov!

Había mucha gente sentada a lo largo de las paredes y en torno a la larga mesa recubierta de paño verde. Stolper, un hombre enjuto, de mirada hosca y cansada, contempló sombríamente a Sasha y le hizo una seña a Zátseva.

-Informe. Y sea breve.

Zátseva expuso los materiales con voz de colegiala comedida.

Cuando leyó los epigramas, alguien se echó a reír. Los epigramas parecían absurdos. Zátseva dijo luego que aquellos hechos debían ser considerados en relación con lo principal.

Entonces oyó Sasha decir por primera vez que Krivoruchko había formado parte de la oposición, aunque no se enteró de qué oposición se trataba. Zátseva se refirió luego al XI Congreso del Partido, a la «oposición obrera» y a una carta colectiva dirigida al Comité Central del Partido y firmada también por Krivoruchko, aunque sin decir de qué carta se trataba. Luego informó de que en su momento Krivoruchko fue expulsado del partido por no haber roto sus relaciones. Tampoco dijo qué relaciones eran, cuándo las había mantenido y con quién; sólo añadió que había sido readmitido en el partido, pero con una amonestación. Aún tuvo otra amonestación por haber metido en los ferrocarriles a elementos ajenos y hostiles por su clase. Zátseva pasó igualmente por alto de qué ferrocarril se trataba y el puesto que Krivoruchko desempeñaba en él. Luego otra expulsión, esta vez en unas obras cuyo plazo de construcción no había sido cumplido. Y aunque la enumeración de las expulsiones y las readmisiones figuraba en el expediente de Krivoruchko, Zátseva hablaba como si todo eso lo hubiera sacado ella a la luz y se sorprendiera de haber logrado descubrir a un hombre, convicto de delitos que ella sólo conocía por los libros de texto.

Escuchándola, Sasha comprendía que el asunto de Krivoruchko no era tan sencillo, que algo pesaba en su pasado, pero sin llegar a entender la relación que tenía todo aquello con él.

Stolper tomó el expediente de Sasha y lo hojeó. Todos callaban. Sólo se oía el rápido susurro de las hojas al ser pasadas con irritación.

-¿Qué me dice de esto, Baulin?

Baulin se levantó y profirió con dureza:

-A Krivoruchko le hemos expulsado del partido.

-No construyó la residencia para los estudiantes, que era su obligación. -Stolper pegó una palmada sobre el expediente-. ¿En qué estaban ustedes pensando? No se dieron cuenta de nada hasta que apareció un periódico mural antipartido.

-Nosotros no tenemos datos sobre la relación entre Pankrátov y Krivoruchko.

-¡Que no tienen datos! -Stolper esbozó una sonrisa torcida-. Pankrátov se pronuncia contra el marxismo en la ciencia y, después de eso, le encargan sacar un periódico mural con motivo de las fiestas de la revolución. Y él lo convierte en una hoja antipartido. Pankrátov defiende a Krivoruchko, el decano ese, como se llame...

-Janson -se apresuró a decir Zátseva, demostrando así lo bien que había estudiado el asunto.

-Janson defiende a Pankrátov. Pero ¡si es una madeja!... ¿Dónde está su valoración política? ¿Quieren explicarme por qué ha sido precisamente Pankrátov el que ha defendido a Krivoruchko?

-Por eso mismo ha sido expulsado Pankrátov -atajó Baulin.

-¡No, no ha sido por eso! -gritó Stolper-. Le expulsaron cuando se lanzó a luchar a cara descubierta. ¿Y no les puso sobre aviso su defensa de Krivoruchko? Los miembros del buró propusieron tomar una decisión; pero usted,

camarada Baulin, no quiso. El camarada Lozgachov lo propuso; pero usted, camarada Baulin, aplazó el asunto, dándole así a Pankrátov la posibilidad de sacar ese periódico mural antipartido. Delante de sus narices estaba Krivoruchko corrompiendo a los estudiantes. ¿O se ha creído que Pankrátov sacó el periódico por su cuenta y que se pronunció por su cuenta en contra del marxismo en la ciencia? ¿Quién hay detrás de él? ¡No quieren dilucidarlo! ¿A quién tienen miedo?

-Nosotros no tenemos miedo a nadie -contestó groseramente Baulin, refiriéndose al propio Stolper, y Stolper lo comprendió. Miró fijamente a Baulin y dijo de pronto con calma:

-Habrá que examinar la situación existente en el instituto.

-Por favor -dijo Baulin.

-¿Qué es eso de «por favor»? -estalló nuevamente Stolper-. No vamos a pedirle permiso para ello, camarada Baulin. ¿Y por qué no se ha presentado Janson a la vista de este asunto?

-Está enfermo.

-Enfermo... ¿Y la directora del instituto?

Baulin se encogió de hombros.

-No ha venido.

-Valiente organización -sonrió con desdén Stolper-. Así es como le llevan por la punta de la nariz. Por si algo faltaba, el camarada Málov se ha vuelto tan generoso que reparte certificados elogiosos. ¿Sabía usted, Málov, para qué lo necesitaba Pankrátov?

Málov se levantó: alto, recio, cargado de hombros, era enteramente un luchador con traje de chaqueta. Estaba sentado junto a la pared, casi al lado de Sasha, aunque éste no le había visto hasta ese momento.

-Sí.

-¿Le contó por qué le habían expulsado?

-Sí.

-¿Tal y como se ha dicho aquí?

-Así mismo.

-¿Y aun así le dio el certificado de buena conducta?

-Aun así se lo di.

-¿Cómo se entiende eso, camarada Málov?

-Puse lo que era hace cuatro años.

-¿Y si entonces engañaba también al partido?

-Entonces no engañaba al partido, sino que cargaba pintura a las espaldas.

-¿Qué pintura?

-Pues ésa -señaló Málov-: la que se usa para teñir su paño.

-¿Qué significa «su»? -gritó Stolper, rojo como la grana.

-El que recubre su mesa.

-Y eso ¿qué tiene que ver?

-Era un chico joven, un komsomol, que trabajaba, que construía la fábrica. ¿Qué iba a escribir? Así fue.

-Fue de una manera y ahora es de otra -observó Stolper, conciliador y paternal-. Una cosa sería si Pankrátov se hubiera dirigido sólo a usted y otra cosa muy distinta es que ande recurriendo a los comisarios del pueblo, que se valga de sus relaciones familiares. Y eso no lo ha tenido usted en cuenta, camarada Málov.

-Es posible que no lo haya tenido en cuenta -objetó tenazmente Málov-. Pero yo le vi en el trabajo, y me cuesta creer que sea un enemigo del pueblo.

-Otros mucho más importantes se han convertido en enemigos del pueblo -recalcó Stolper-. Veamos lo que dice Pankrátov...

Sasha se levantó. Estaba claro que iban a expulsarle. Todo lo que allí se había dicho era absurdo; pero cuanto más avanzaba la cosa, más acusaciones surgían y él no encontraba la manera de escapar de aquel círculo vicioso. No lograría disuadirlos. Los estúpidos epigramas, el incidente con Azizán, Krivoruchko... Ésos eran los hechos. Estaba en marcha una fuerza implacable. De todas maneras debía defenderse.

-Por lo que se refiere a Krivoruchko -observó Sasha-, ya expliqué en el buró lo de las palas.

-¿Qué palas son éas? -inquirió Stolper.

-Las de las obras. El encargado del almacén no estaba en ese momento...

-¡Déjese de subterfugios! -se indignó Stolper-. ¿Por qué defendía usted a Krivoruchko? Conteste.

-Yo no le defendía. Sólo dije que, en efecto, no había materiales de construcción.

-O sea, que no sólo faltaban las palas, sino que tampoco había materiales, ¿verdad? -ironizó Stolper-. Haberlo dicho para empezar. Está bien. Continúe -añadió con aire cansado, recalando así que era inútil hacerle preguntas a Sasha porque no hacía más que salirse por la tangente.

-Yo no conocía a Krivoruchko ni había hablado nunca con él. Stolper sacudió la cabeza, chascó los labios con despecho, pero no dijo nada. -En cuanto al profesor de contabilidad, llevaba el curso que era una chapuza.

-¿El marxismo le parece una chapuza? -Stolper miraba fijamente a Sasha.

-No, pero...

-¡Basta, Pankrátov, se acabó! -Stolper se levantó retocándose la guerrera, que le sentaba mal, como suele sentar el uniforme militar a un civil de pecho hundido y estrecho de hombros-. Le hemos escuchado. Pero usted no quiere deponer las armas delante del partido, usted intenta engañarnos también aquí. Puede retirarse.

8

Celebraron la entrada de año en casa de Nina Ivanova. El ornato de la mesa era un ganso con coles, asado por Varia, un arte que nadie sabía dónde lo había adquirido. La fiesta debía durar toda la noche, puesto que no había transporte nocturno. Y por la mañana cada cual iría desde allí a su trabajo, ya que el primero de enero era día laborable.

El único sillón lo ocupaba Vika Marasévich, la hermana de Vadim, que estaba sentada con las piernas cruzadas y fumando. La chiquilla, perezosa y regordeta, una de esas que andan siempre preguntando: «¿Qué hago yo?» cuando los demás están ocupados, se había convertido en una muchacha alta, rubia y desdeñosa. A chicas por el estilo se las suele encontrar el sábado por la noche en el Metropol y el domingo por la tarde en el Nacional. Había regañado en el último momento con el admirador de turno, y ésa era la razón de que se encontrara allí, como daba a entender bien a las claras por su aire aburrido.

Yuri Sharok empezó a cortejarla, tratando de distraerla y para disimular su relación con Lena. Resultaba extraño, ya que esa relación no era un secreto para nadie desde hacía ya tiempo. Para nadie, salvo para Vadim Marasévich. Vadim, que no había tenido contacto con ninguna mujer, no concebía las relaciones que no había experimentado él y que, en su opinión, cambiaban radicalmente a las personas, y en Lena no había advertido ese cambio.

Vadim charlaba de todo lo habido y lo por haber, pasando de la absolución de Dimitrov al estreno de Las almas muertas en el teatro de Arte y del «nuevo curso» de Roosevelt a la muerte de Lunacharski en Mentan. Incluso de las cosas que todos sabían era capaz de hablar Vadim como si únicamente él las conociera a fondo.

Yuri, que había bebido ya unas copas con su padre antes de acudir a casa de Nina, estaba animado y no guardaba gran compostura. ¿Que a todos indignaba verle cortejar a Vika? ¡Estupendo! La cortejaría más aún.

Varia se había quedado con el pretexto de que no podía confiar el asado del ganso a Nina. En realidad era que la pandilla de los mayores la atraía más que la de sus compañeros de escuela. Además, Maxim había dicho que traería a un amigo que sabía bailar la rumba. En ese momento, aquel cadete jovencito, que respondía al extraño nombre de Serafín, estaba dándole afanosamente cuerda al gramófono.

A su lado estaba Max, bastante abatido: había tenido una conversación definitiva con Nina, y ésta le había rechazado, sin dejarle ninguna esperanza. También estaba apenado por los asuntos de Sasha, a quien quería, respetaba y admiraba.

Cualquiera que fuera su estado de ánimo, Sasha no podía faltar a aquella reunión. Tenía que vivir como había vivido antes. ¿No era Año Nuevo? Pues había que celebrarlo.

Todos estaban sentados ahora a la mesa, cubierta con un mantel blanco. A la derecha de Nina, que presidía la mesa, se sentaban Maxim, Sasha, Varia y Serafín; a su izquierda, Vadim, Lena, Yuri y Vika. Todo estaba servido con mucho gusto, el olor de las viandas despertaba el apetito y la alegría. Fueron hacia una noche muy fría, pero ellos estaban en una casa bien caldeada. Las chicas llevaban medias de hilo fino y zapatos de tacón alto. El planeta giraba por su órbita de siempre, el mundo estelar continuaba su eterno movimiento, y ellos celebraban la entrada del año 1934 después del nacimiento de Jesucristo con vodka y vino de Oporto y del Rin, con arenques salados en salsa de mostaza y jamón comprado en un comercio especial de precios caros, lo mismo que habían celebrado la entrada de 1933, y lo mismo que celebrarían la de 1935, y la de 1936, y la de 1937 y la de otros muchos más. [\[11\]](#)

Eran jóvenes y no se imaginaban la muerte ni la vejez porque no habían nacido para la muerte ni para la vejez, sino para la vida, la juventud y la felicidad.

[\[11\]](#) Había unos establecimientos del Estado, llamados «comerciales», donde se podían comprar sin norma, a un precio más alto, los productos racionados.

-Bebamos por el año viejo -indicó Vadim Marasévich-. Ha sido un año de nuestra vida. Como suelen decir en Odessa, nadie ha sembrado de rosas nuestro camino. Pero un camino sembrado de rosas no es el camino de la vida. El camino de la vida auténtica está sembrado de espinas... Empezaron a sonar las campanadas de las doce. Todos apartaron las sillas, se levantaron, alzaron sus copas.

-¡Feliz Año Nuevo! ¡Viva! -gritó Vadim.

Las copas entrechocaron, las fuentes de fiambres pasaron de mano en mano... Max trinchaba el ganso con mucha maña.

-¡Vaya un maestro! -observó Sasha.

-En habiendo ganso, siempre habrá quien lo trinche -afirmó Yuri presentando su plato.

Por fin habló Vika:

-Un muslo para mí, Maxim.

-Y el otro para mí -pidió Vadim, que era bastante comilón.

-¡Los Marasévich arramblan con todo!

-¡A ver quién para a los Marasévich! Vadim pegó con el cuchillo en su plato.

-¡Levantemos nuestras copas por Max, esperanza del Ejército Rojo!

-¡Max! ¡Maxim! ¡No te olvides de mí, querido!

-¡A mí me han quitado el tenedor!

Vadim volvió a golpear con el cuchillo en el plato.

-Bebamos por Serafín, nuestro único invitado y también esperanza del Ejército Rojo.

-¡A su salud, joven!

-¡La juventud no es un defecto, pero es una gran porquería!

-Serafín, ¿dónde está tu hermano Gueorgui?

Serafín, todo sonrosado ya, se levantó para saludar agradeciendo el brindis, algo cohibido en medio de aquella ruidosa reunión.

Vadim brindó luego por Lena -«nuestra encantadora Lena»- y por Vika -«que tampoco está mal»-, empeñado en no dejar meter baza a nadie.

-¡Por la escuela! -propuso Maxim.

-¡Se saluda al hipopótamo sentimental! -añadió Yuri.

Max le miró de reojo.

-¿Nos sacudimos el polvo de los zapatos?

-Yo me sumo al brindis de Max -intervino Vadim-: no hay que olvidar los penates, el alma mater, las amadas raíces.

-¡Por la escuela, única y trabajadora! -exclamó irónicamente Yuri.

¡Mocosos! ¡Babosos! ¡Al demonio con ellos! ¿Querían beber por la escuela? Pues bebería por la escuela. ¿Qué más daba, con tal de beber?

-No nos hagas favores, Yuri -observó Nina. No le agradaba que cortejara a Vika porque no podía ni verla y nadie la había invitado y, además, la indignaba que Yuri hiciera así de menos a Lena.

Vadim eludió el peligroso escollo.

-¡Por Yuri Sharok, futuro fiscal general! -Cuando nos metan en chirona, échanos una mano -añadió Max sin malicia.

-y ahora -Vadim se limpió los labios con la servilleta-, ¡por el alma de casa, por nuestra Nina, corazón, alma y cerebro de nuestra pandilla!

-¡Por Nina! ¡Por Nina!

-Entonces, por las dos amas de casa. -Sasha se volvió hacia Varia.

Linda y esbelta, la más joven de todos, callaba por temor a decir algo fuera de lugar. Serafín hacía tímidos esfuerzos por entablar conversación con ella. A Sasha le hacía gracia la confusión del muchacho: se había dirigido a Lena precisamente para darle ocasión de intervenir a él. Lena contestó en seguida, volviéndose hacia Sasha, que vio muy cerca sus ojos malayos y su rostro delicado.

Hubo ruido de sillas, los chicos apartaron la mesa y todos se pusieron a bailar. «Ojos negros... », cantaba una voz desde el gramófono. Yuri bailaba con Vika, Vadim con Lena y Varia con Serafín. Luego salieron también Max y Nina.

Cuando cambiaron el disco, dijo Sasha:

-Amigos, dejadme bailar a mí también.

Se puso a bailar con Varia, notando su talle flexible, su paso ligero, su alegría de vivir. Y comprendió que todo lo que irritaba a Nina -los polvos de arroz, los perfumes, el portal, los chicos- eran insignificancias, eran expresión de la curiosidad ávida de una mujercita que entraba en la vida, en un mundo maravilloso, joven y lleno de luz, del que ahora le desgajaban a él.

La bronca estalló de pronto. Yuri y Vika habían salido al pasillo, y Nina no pudo contenerse.

-¡Cuidado que he pedido no alborotar! Aquí vive más gente. Pues no, señor: tienen que salir al pasillo. Como si hubiera aquí poco sitio.

-Déjalo. ¿Qué tiene de particular? -objetó Lena sonriendo, aunque se sentía violenta porque Nina había subrayado la conducta bastante desconsiderada de Yuri.

-No empieces -aconsejó Max.

-¡Qué falta de consideración! -proseguía Nina igual de excitada-. Luego ellos se marchan, pero yo tengo que vivir con mis vecinos.

-Ya está bien -intervino Sasha, que no quería discusiones, aunque tampoco le agradaban Yuri ni Vika.

Vadim intentó echarlo a broma:

-Es que mi hermana se despista cuando está en una casa ajena.

Todos conocían aquellos estallidos de rabia en la reflexiva Nina.

Pasaban tan repentinamente como surgían. Y ahora había llegado ese momento de la fiesta de Año Nuevo en que todos estaban ya cansados, tenían sueño y se irritaban por cualquier tontería.

Yuri se sentó junto a Lena, le echó un brazo por encima de los hombros y dijo fríamente:

-Otro ataque histérico de solterona.

Yuri lo dijo con calma, deliberadamente, al echar el brazo sobre los hombros de Lena, subrayando así que las relaciones existentes entre ellos sólo a ellos les incumbían. No se le había escapado la frase.

-¡Muérdete la lengua, Sharok!

Sasha le miraba de reojo. Ahora tenía un motivo para ajustarle las cuentas. Porque fue la madre de Yuri quien le contó a la de Sasha que éste había sido expulsado del instituto. Y Sasha notaba en su indiscreción la hostilidad de Yuri.

-Todos hemos bebido... -intervino Vadim, conciliador.

-Yo hace tiempo que sé lo que tú eres -prosiguió Sasha-. ¿Quieres que también gocen los demás con ese descubrimiento? Yuri se puso pálido.

-¿Tú qué sabes? Di. ¿Qué sabes?

-Éste no es el momento ni el lugar. Además, tampoco les interesa a todos.

-¿Por qué has de elegir tú el momento y el lugar? ¿Por qué has de mangonear siempre tú? Te das mucho postín. Y ya ves el batacazo...

-¡Cierra la boca! -ordenó Max.

-Eso es un golpe bajo -murmuró Vadim.

-Eso me incumbe únicamente a mí -replicó Sasha con calma-, y de ninguna manera a ti ni a tus parientes. ¿Quieres saber lo que opino de ti? Pues que eres un egoísta y un engreído de poca monta. Por mi parte aquí termina la discusión.

-Y tú eres un rey desnudo -replicó Yuri-. Un general sin ejército. Por mi parte también termina aquí la discusión. -Se levantó-. Vamos, Lena.

-¡Lena! -llamó Sasha.

-¿Qué?

Lena se volvió tratando de aplacar los ánimos con su amable sonrisa.

-¿No has podido encontrar peor basura que ése? Lena se puso como la grana y salió corriendo del cuarto. Yuri se detuvo en la puerta, miró a Sasha y siguió a la muchacha.

-No debías haber dicho eso -observó Max sin mala intención.

-Me revienta la gentuza -contestó sombríamente Sasha. Pero se sintió todavía más triste. Había echado a perder la fiesta de Año Nuevo por no saber contenerse.

Sasha habría preferido que su madre llorara. Pero estaba sobrecogida, muda, no preguntaba ningún detalle. A Sasha le había ocurrido una catástrofe, y eso era lo esencial.

Su mirada quieta desgarraba el corazón de Sasha. Por las tardes leía, sin ver las letras, pasando maquinalmente las páginas; durante el día y la noche pensaba sólo una cosa: que Sasha no tenía a un hombre a su lado, que ella no había sabido conservar la familia y su desdichada vida conyugal había traumatizado la infancia del hijo.

Pável Nikoláievich le comunicó que acudiría en cuanto pudiese: dentro de un mes y medio aproximadamente. Sofía Alexándrovna conocía a su marido. Se habría hecho la cuenta de que, al cabo de mes y medio, todo se habría solucionado sin su intervención. «¿Es que Mark no puede hacer nada?», preguntaba. ¡Siempre haciéndoles reproches a sus parientes! Sofía había escrito a Mark y el hermano le había contestado que pronto iría a Moscú para el congreso y esperaba arreglarlo todo. Pero aquellas cartas no la tranquilizaban. Sasha seguía estando indefenso.

Sofía Alexándrovna comenzó a faltar de casa durante largas horas. Sasha la veía cruzar el patio, pequeñita, regordeta, sola, con el pelo cano. Él mismo se calentaba la comida, o no se la calentaba porque no estaba preparada. ¿Adónde iría? Llamaba a las tías, pero no aparecía por sus casas. ¿Andaría haciendo gestiones por diferentes instancias, buscando a gente influyente conocida? Pero ella no se relacionaba con gente influyente. Sasha conocía absolutamente a todas sus amistades.

-¿Dónde has estado? ¿Qué haces por ahí? No contestaba o buscaba una evasiva: no había ido a ninguna parte, había caminado por el Arbat, había estado sentada en el patio.

También Sasha vagaba por el Arbat, por los lugares que conocía desde niño, por delante de las viejas mansiones señoriales: columnas, molduras, tejados de cinc pintados de verde, fachadas revocadas en blanco. En Krivoarbátski, donde antes estaba el campo de la escuela, el arquitecto Mélnikov había construido una extraña casa circular. En los sótanos de la escuela, las ventanas seguían iluminadas tías los visillos de percal: como antes, ahí vivía parte del personal no docente.

Sasha se acordó de cuando iba con los pioneros, como guía de un grupo, al campamento de Rubliovo: «Vamos a Rubliovo, donde nos esperan y está todo listo para recibirnos...» Él mantenía entonces la disciplina con mano férrea y los pioneros le temían. Del único de quien no podía hacer carrera era de Kostia Shabrin, el hijo del carpintero de la escuela, un chiquillo travieso y díscolo. Después de una de las suyas, Sasha decidió hacerle volver a su casa.

La cocinera de la escuela le dijo entonces:

-No hagas eso, Sasha. Mira que su padre le va a matar.

¿Qué era eso de que le iba a matar? Nadie tiene derecho de matar a nadie. A Sasha le daba pena de Kostia y los chicos intercedieron por él; pero anular la decisión hubiera significado desprestigiarse.

Volvieron del campamento, comenzaron las clases y el padre de Kostia no le dijo nada a Sasha. Solamente una vez que se cruzaron en un pasillo se detuvo y le contempló con una larga mirada fija. Aquella mirada se le quedó grabada a Sasha para siempre. En aquella ocasión se había comportado cruel y estúpidamente. Los intereses de la colectividad exigían que se observara la disciplina y para ello sacrificó al pequeño Kostia. Pensó que ese castigo sería provechoso para el propio Kostia. Pero ¿se paró a pensar en cómo iba a presentarse Kostia ante su padre?

De Plótnikov torció hacia Moguilevski y luego hacia Miórtvi. Allí había tenido su sede el comité del Komsomol del distrito de Jamovniki, en un hotelito frente a la Embajada de Dinamarca, y allí había sido admitido él en el Komsomol ocho años atrás. Entonces vestía cazadora de cuero, despreciaba a los que seguían la moda y a nada le daba valor. Si acaso, a los libros; pero incluso de ellos se desprendía después de leerlos para regalarlos a la biblioteca de la escuela. Llegó a intentar crear una comuna escolar: su imaginación le arrastraba hacia Dios sabe dónde.

¿Por qué le había sucedido aquello precisamente a él? ¿No debía confiar en la opinión de la mayoría? Pero es que Baulin, Lozgachov y Stolper no eran la mayoría. ¿Escribir una carta a Stalin? Stalin comprendía que el país necesitaba buenos especialistas y no gente a medio preparar; desdeñaba a los charlatanes, y Azizián era un charlatán. Stalin no quería a los arribistas, y Lozgachov era un arribista; odiaba a los groseros, y Baulin era un grosero. Con su fino sentido del humor, Stalin habría sabido apreciar aquellos inocentes epigramas. Pero era una falta de modestia acudir a Stalin con un asunto personal.

Una vez, al volver a casa, Sasha vio a su madre observando a alguien desde la puerta cochera. Fueron juntos hasta el portal y entonces le dijo:

-Tú sube a casa, hijo, que yo me quedaré un poco aquí.

-Vas a coger frío.

-Caminaré un poco todavía -insistió la madre y su rostro adquirió la misma expresión tozuda que en tiempos anunciaba un nuevo escándalo con el padre.

Sasha la vio otra vez en el Arbat. Pasó lentamente delante de la puerta cochera de su casa, se detuvo junto al taller de relojería fingiendo contemplar los relojes expuestos, y luego volvió sobre sus pasos sin dejar de mirar hacia la acera de enfrente, llegó hasta la farmacia, dio media vuelta. Estaba vigilando a alguien, espiando como cuando espiaba a su padre en tiempos, cuando pensaba que se citaba con Miltisa Petrovna, una vecina de su piso. Ahora que el padre estaba ausente, que no había amantes potenciales ni tenía de quién sentir celos, de nuevo se hallaba bajo el influjo de cierta idea fija y concentraba en un punto la mirada alerta y tenaz. Luego cruzó la calle, como siempre con la cabeza gacha y sin mirar hacia los lados por temor a ver los coches que avanzaban hacia ella. Los chóferes daban frenazos, se asomaban por las ventanillas, la insultaban, pero ella se apresuraba a llegar a la acera salvadora, sin mirar a los lados, sin volverse ni levantar la cabeza.

-¿A quién andas vigilando? -le preguntó Sasha.

Se agitó, sin atreverse a decirle lo que él no iba a creer.

-Me estás ocultando algo.

La madre le miró con ojos desorbitados por el miedo.

-Te andan siguiendo.

Sasha se sorprendió:

-¿Quién me sigue?

-Uno con las orejeras del gorro caídas, otro pequeñito, con abrigo de paño, y otro con botas de fieltro ribeteadas, alto y con aire hosco. Te siguen por turnos.

-¡Claro! -rió Sasha-. ¿Para qué iban a seguirme los tres juntos?

-Conozco a los tres -proseguía la madre-, y podría reconocerlos de espaldas, o por la voz. Yo estaba en la panadería, y el de las botas de fieltro se puso en la cola detrás de mí. Yo no volví la cara, pero sabía que estaba allí. Cogí el pan, me aparté y también se apartó él, pero no cogió pan. Se había puesto detrás de mí para señalarme a otro. Así es como hacen. Ellos se dan cuenta de que ya los conozco y, cuando vuelvo la cara, desaparecen, se meten en Nikolski y salen por Dénezhni. Entonces yo voy en seguida a Dénezhni y allí me lo encuentro. Él vuelve la cara, pero yo sé quién es.

-Y a quién vigilan, ¿a ti o a mí? -preguntó Sasha sonriendo.

-Vigilan nuestra casa. Para saber quién entra y quién sale, cuando te marchas tú, con quién andas y con quién hablas. Estaba yo en la carnicería para recoger lo que me correspondía del racionamiento, y uno que se había puesto detrás de mí me dice: «Hay que dar el cupón número cuatro.» Me volví y él me dio la espalda, pero yo reconocí al del abrigo de paño.

-¿Y te dijeron que había que dar el cupón número cuatro? -inquirió Sasha, ya divertidísimo.

Ella asentía con la cabeza al ritmo de sus palabras.

-Y el miliciano de la plaza de Smolensk está con ellos. Un día que iba yo detrás del alto le vi señalar al miliciano a un hombre con los ojos y entonces el miliciano se acercó a aquel hombre y le pidió la documentación. El alto dio media vuelta, se encontró conmigo, me miró muy enfadado y luego estuvo dos días sin aparecer por aquí. El bajito dijo que el jefe le había echado una bronca.

-¿A quién se lo dijo?

-A mí. Me habla cuando está detrás de mí para que le oiga yo solamente. Y si vuelvo la cara, me da la espalda. Ahora ya no lo hago para no crearle dificultades porque él no tiene derecho de hablar conmigo. Conozco muy bien su voz.

-Todo eso son imaginaciones tuyas -objetó Sasha-. A mí no me vigila nadie. Ni a ti tampoco. ¡Valientes criminales de Estado! ¡Es ridículo! Si fueran a detenerme, me habrían detenido hace ya mucho, sin perder tiempo en esta vigilancia absurda. Y ten en cuenta una cosa: me readmitirán. Lo que ocurre es que ahora está todo el mundo ocupado con el congreso y han dejado mi asunto de lado.

Después del congreso lo estudiarán. Quítate todo lo demás de la cabeza. No amargues nuestra existencia.

La madre callaba, miraba a un punto fijo, encorvaba la espalda y sacudía la cabeza como si tuviera un tic nervioso. Dijera lo que dijese Sasha, y por mucho que tratara de disuadirla, ella repetía que todo era tal y como ella lo decía. Así había ocurrido hoy, igual que la víspera, y lo mismo se repetiría al día siguiente: ella saldría a la calle, vería a uno de los tres y, si estaba de guardia el bajito, alguna cosa más le diría o, quizás, incluso contestara a su pregunta de si iban a detener a Sasha o no le iban a detener.

El bajito, el del abrigo de paño, tampoco contestó a su pregunta. La miró compasivamente y volvió la espalda. Sofía Alexándrovna esperaba ahora lo peor. Cualquier ruido la sobresaltaba y el silencio le parecía siniestro. Se pasaba horas pegada a la puerta, escuchando los pasos que resonaban en la escalera o se subía al poyo de la ventana para ver quién cruzaba el patio. Una vez vio a un miliciano y, presa de pánico, sin saber lo que hacía, se puso a dar vueltas por la habitación. El miliciano no llamó a su piso. Habría ido a pedir informes sobre Sasha a los vecinos. Nadie podía decir nada malo de él; pero la gente suele perjudicar fácilmente a los demás, quizás pensando que así se evitan los contratiempos.

Todos estaban enterados de lo que le sucedía a Sasha; la casa entera, todos los inquilinos, porque seguro que los habían llamado a todos o habían venido a sus casas a preguntar. Sentada en un banco del patio bajo la pequeña marquesina de metal, ella sacaba sus conclusiones según la forma que tenía cada uno de pasar por su lado, de saludarla, de mirarla...

Llamaron de la administración de la casa, diciendo que pasara Sasha por la oficina. Acudió ella misma, aunque siempre había tenido miedo a la administración. Querían precisar algo sobre el certificado del lugar de trabajo de Sasha. ¡Un pretexto! A Víktor Ivánovich Nóssov, el administrador, le conocía ella desde que era un niño y correteaba por el patio, igual que había conocido a su difunta madre. Por su parte, él los conocía a la perfección a Sasha y a ella. Y ahora, nada más echar una mirada a un papel, preguntó por qué trabajaba Sasha de cargador siendo estudiante. O

sea, que lo sabía todo. Y se había despedido secamente. En cuanto a la que registraba los pasaportes, ni siquiera se había despedido, fingiendo que estaba ocupada.

Alguien telefoneó preguntando por Serguéi Serguéievich, y ella dijo que allí no vivía ningún Serguéi Serguéievich. A los cinco minutos volvieron a preguntar lo mismo, pero con otra voz. Luego telefonearon de nuevo, pero nadie habló, aunque ella oía una respiración por el auricular. Varias veces pidieron que se pusiera al teléfono Galía, su vecina. Antes no la llamaban tanto. Galia contestaba ambiguamente y, cuando colgaba, volvía muy aprisa a su cuarto con la mirada gacha.

Militsa Petrovna, de quien estuvo celosa en tiempos y con quien volvía a tener buenas relaciones, le había brindado su ayuda. De joven había tenido admiradores que eran personas influyentes, pero ya no tenía ninguno: todos se habían hartado de ella. En cambio Margarita Artiómovna, una armenia entrada en años que solía sentarse con ella en un banco, mujer tranquila, inteligente y meticulosa, le dijo que a Sasha le convenía marcharse por algún tiempo de Moscú y le ofreció incluso que fuera a casa de unos parientes suyos a Najicheván.

Sofía Alexándrovna se aferró a aquella idea, pero no se atrevió a sugerírsela ella y le pidió que lo hiciera Mijaíl Yúrevich, un vecino de su piso. Un consejo como aquél debía partir de un hombre.

Mijaíl Yúrevich, hombre soltero, erudito, usaba gafas y colecciónaba libros y grabados. Su habitación, de muebles antiguos, estaba abarrotada de álbumes y carpetas, se había impregnado para siempre del polvo de los infolios y los olores de pintura, engrudo y tinta china. Solía mostrarle sus nuevas adquisiciones a Sasha, y le gustaba hablar con él. Aquel día le enseñó *El infierno* de Dante, con ilustraciones de Doré. Llenaba el infierno un remolino de hombres, mujeres y niños, de cabezas, piernas y brazos, entre el fuego eterno de los anhelos y las pasiones que abrasan a la humanidad.

Además de Dante, también había adquirido Mijaíl Yúrevich *El príncipe* de Maquiavelo, en edición de la Academia.

-Conozco este libro -observó Sasha-. Los juicios acerca del poder son ingenuos y están lejos de la concepción científica de su naturaleza.

-Es posible -contestó evasivamente Mijaíl Yúrevich-; pero conviene estudiar en cualquier época la historia de los principios del bien y del mal. Y los del bien no deben ser pisoteados en aras de nada, ya sea grande o pequeño. Perdone mi injerencia, Sasha, pero su madre me ha hablado de las peripecias por las que está pasando. Y le ruego que no se lo reproche. Mire usted: al que se ayuda, Dios le ayuda. ¿Por qué no se va usted algún tiempo con su padre o con su tío?

-¿Irme? -se extrañó Sasha-. No veo por qué razón. El asunto no puede verse en ausencia mía. Mi madre saca las cosas de quicio. Se trata de un asunto corriente, como hay tantos por desgracia. ¿Que me quieren detener? Ni pensarlo. Pero, aun admitiéndolo, con igual éxito podrían detenerme en casa de mi padre o en la de mi tío. ¿O tengo que pasar a la clandestinidad?

Soltó una carcajada. ¡Él, Sasha Pankrátov, escondiéndose de los suyos!...

-Indudablemente, los temores de Sofía Alexándrovna son exagerados -concedió Mijaíl Yúrevich-. Pero un asunto político tiene la particularidad de que, a cada apelación, va arrastrando a un número mayor de personas al círculo y, a cada instancia, aumenta como una bola de nieve.

Sasha miró sorprendido a Mijaíl Yúrevich. Aquel hombre que no pertenecía al partido, que estaba lejos de la política, decía cosas muy ciertas.

-Yo confío en el partido -afirmó Sasha-, y no pienso huir de él.

Sasha llegó a la plaza Staraia por la mañana. En lo que fue la muralla china había grandes boquetes y montones de ladrillos blancos yacían debajo de la nieve. Sasha entró en un edificio grande, gris, bien acondicionado, con el rótulo de Comisión Central de Control. En el indicador del vestíbulo buscó el número del despacho de Solts y subió a la segunda planta.

En un pasillo largo había una silenciosa cola de personas sentadas junto a las paredes. Un hombre joven, con traje azul, camisa blanca y corbata salió del despacho de Solts. Pensando que se trataría de un visitante y viendo que ninguna de las personas que esperaban se levantaba, Sasha abrió la puerta.

En el espacioso despacho había dos mesas: una pequeña junto a la puerta -probablemente la del secretario- y, al fondo, otra muy grande detrás de la cual estaba sentado Solts, hombre obeso, con el cabello gris alborotado, el

cuello corto, la nariz abultada y labio leporino, que se daba cierto aire al ajedrecista Emmanuil Lasker. Al lado de Solts, un hombre rechoncho, con rostro impersonal de funcionario, iba poniéndole documentos a la firma.

Al ver que Solts estaba ocupado, Sasha se sentó en una silla cerca de la puerta. Solts le miró, aunque por su mala vista no pudo distinguir quién era. Pero, sabiendo que nadie podía entrar sin permiso y aquel muchacho había entrado y había tomado asiento, eso era que el secretario le había dejado entrar por alguna razón probablemente. El funcionario seguía presentándole papeles a la firma, y los papeles eran sentencias judiciales dictadas contra miembros del partido que habían sido juzgados. Así lo dedujo Sasha de los breves comentarios del funcionario, que pronunciaba el apellido, los años de veteranía en el partido, el artículo del Código Penal que se había aplicado y la condena. Los artículos que citaba no le decían nada a Sasha. Solts firmaba los papeles sin una palabra. Tenía las cejas fruncidas, el labio inferior un poco caído y expresión fatigada y contrariada como si estuviera pensando en algo todavía más desagradable que las propias sentencias en virtud de las cuales las personas que habían sido condenadas quedaban expulsadas del partido.

Sasha cayó en la cuenta de que había entrado allí por pura casualidad, en un momento inadecuado y no tenía derecho a encontrarse allí. Pero no podía levantarse ni retirarse. Si se marchaba, quién sabía si volvería a entrar y cuándo. Ahora se daba cuenta de que las personas sentadas en el pasillo estaban esperando ser recibidas y que quizás esperasen incluso meses.

Solts tuvo de pronto un estallido: tembló su cabeza gris y sus dedos corrieron inquietos por la mesa.

-¡Ocho años por cuarenta metros de cable!

-Artículo veintiséis, punto b.

-Los artículos, los artículos... ¡Por cuarenta metros de cable, ocho años!

El funcionario se inclinó sobre los papeles, les echó una ojeada. Su rostro volvía a expresar indiferencia. Los papeles estaban en orden. De modo que, por mucho que gritara Solts, no podía modificar la sentencia.

Solts también sabía que no podía modificar la sentencia, que el condenado debía ser expulsado del partido y él tenía que ratificar la expulsión, descargando absurdamente su irritación sobre el funcionario.

Su mirada volvió a fijarse en Sasha. Aquel desconocido sentado junto a la puerta también le irritaba. ¿Quién era? ¿Por qué estaba allí?...

En aquel momento volvió el secretario, el hombre joven del traje azul que Sasha había confundido con un visitante. Era un secretario de experiencia, llevaba muchos años trabajando con Solts y al instante hizo su composición de lugar: Solts estaba furioso por alguna sentencia, le irritaba la presencia de un extraño en el despacho y aquel muchacho había entrado por un descuido suyo, del secretario, cuando se acercó a la cafetería a comprar cigarrillos.

Solts preguntó, señalando a Sasha con un dedo trémulo:

-¿Qué quiere?

La rápida mirada del secretario le dijo a Sasha: «Di lo que sea, no pierdas tiempo.»

Sasha se levantó.

-Me han expulsado del instituto...

-¿Qué instituto ni qué...? -gritó-. ¿Qué tiene que ver ese instituto? ¿Por qué tiene que venir todo el mundo aquí?

-El Instituto de Transportes -explicó Sasha.

-El camarada es del Instituto de Transportes -intervino el secretario, que en seguida se había hecho cargo del asunto-. Es estudiante y le han expulsado del instituto

Añadió a media voz:

-Acércate a la mesa.

-Me han expulsado por un periódico mural y por un conflicto que tuve sobre el curso de contabilidad -expuso Sasha mientras iba hacia la mesa de Solts.

-Pero ¿qué periódico mural, qué curso de contabilidad? ¿Qué cuentos me trae?

-Lo han calificado como sabotaje político.

Solts contemplaba a Sasha con ojos desorbitados, incapaz de comprender aquella situación absurda. ¿Por qué había entrado aquel muchacho en el despacho y había estado escuchando comentar las sentencias y ahora se ponía a hablar de un periódico mural y de un curso de contabilidad?...

El funcionario esbozó una sonrisita irónica, como diciendo condescendiente desde la altura de su engreimiento: ahí está lo que ocurre cuando no se respetan las normas establecidas para llevar los asuntos. Y porque Solts no comprende esas normas se cuela la gente en su despacho saltándose las instancias inferiores.

Aquella sonrisita de condescendencia no se le escapó a Solts. Mirando a Sasha por debajo de las cejas fruncidas, dijo con una calma repentina:

-Convóquelos a todos.

Sasha seguía en el mismo sitio.

-¿Qué hace ahí parado? -gritó Solts-. ¡Váyase!

Sasha retrocedió. El secretario le indicaba por gestos que se acercara a la mesa.

-¿A quién hay que convocar? -preguntó a media voz y se dispuso a escribir en un folio con el membrete de «Colegio de Partido de la Comisión Central de Control del Comité Central del Partido Comunista de la URSS».

Sólo entonces cayó Sasha en la cuenta de que Solts convocaba a todos los que tenían que ver con su asunto. Por primera vez en aquellos meses se le estremeció el corazón y se le hizo un llido en la garganta.

El secretario le miraba, esperando.

-Baulin, secretario del buró del partido -comenzó Sasha.

-Sin cargos, sin cargos -le apresuró el secretario, que estaba escribiendo ya en el aviso de convocatoria.

-Glinskaia, Janson, Rúnochkin... ¿A los muchachos también?

-¡Venga, venga!

-Poluzhán, Kovaliov, Pozdniakova -enumeraba Sasha mientras oía a su espalda la voz opaca del funcionario citando otra vez apellidos y artículos del código.

-¿Nadie más?

-Nadie más.

-¿Para cuándo?

-¿Podría ser para mañana?

-¿Tendrás tiempo de presentarles la convocatoria?

-Sí.

-Lárgate.

Sasha se volvió al llegar a la puerta. Con la cabeza gacha, Solts le miraba de reojo.

«El Colegio de Partido le ruega presentarse el 17 de enero del año en curso a las tres de la tarde en el despacho del camarada Solts.» Y los apellidos de los convocados. Únicamente el apellido de Sasha no figuraba en la lista. Nadie se lo había preguntado. Era absurdo, pero no tenía importancia. El asunto estaba ganado. Sasha no lo dudaba. Solts no necesitaba instancias, papeles ni resoluciones. «¡Convóquelos a todos!» ¡Y pensar que nada de eso habría ocurrido si no se hubiera colado él en el despacho y el secretario no se hubiera visto obligado a reparar su descuido! Y la sonrisita del funcionario, que hizo estallar a Solts. Pero jahora lo había conseguido! ¡Lo había conseguido!

Sin embargo, algo le causaba opresión... Aquellas personas taciturnas, sentadas en los bancos a lo largo de las paredes, silenciosas, pacientes, esperando que se decidiera la suerte de algún ser próximo... La dictadura del proletariado debe defenderse; eso es indudable. Y, sin embargo, el aire de aquellos pasillos estaba saturado de dolor humano. Y aquel desconocido, condenado a ocho años de cárcel por robar cuarenta metros de cable... ¿No habría desempeñado Sasha un papel fatal en su destino, beneficiándose con su presencia de la condescendencia que podía haber recaído sobre él?

Pero era joven, tenía deseos de vivir y procuraba pensar en sí mismo, en que sus desgracias habían terminado, y no en las personas silenciosas sentadas en los bancos a lo largo de las paredes tristonas de establecimientos oficiales.

Glinskaia estaba hablando por teléfono cuando Sasha entró en su despacho sin esperar a que le anunciara el secretario. Le miró sorprendida, luego sobresaltada al reconocerle en seguida, y tapó el micrófono con la mano.

-¿Qué quiere usted?

Sasha le presentó la convocatoria.

Glinskaia la leyó y pronunció, desconcertada:

-¿Por qué viene a mí? Llévesela a Baulin.

Tenía un aire desvalido.

-Firme usted, haga el favor.

-¿Por qué? ¿Por qué? Vaya usted al comité del partido -murmuraba. -Me han encomendado que lo traiga yo. Firme usted. Glinskaia dejó por fin el auricular y tomó la convocatoria.

-¿Has estado con Solts? -preguntó, pasando de pronto a tutearle.

-Sí. La directora observó el folio. Intervenía el Colegio de Partido de la Comisión Central de Control... Claro que ahí estaba la mano de Riazánov y la de Budiaguin, como era de esperar. Y eso, en vísperas del congreso. Ya le parecía estar viendo, en el congreso, a Solts o a Yaroslavski o quizás a Rudzutak, citando en su discurso el caso de Pankrátov como ejemplo de actitud desalmada hacia un futuro joven especialista. Le habían expulsado cuando estaba en el último año, y ella había firmado la orden. Sí, la había firmado, supeditándose a la decisión del buró del partido. Pero ella había advertido a Baulin que existía una carta de las instancias superiores que prohibía desprenderse de estudiantes de los últimos años. Ya que no le hizo caso, que se las entendiera ahora como pudiera.

Miró a Sasha y sonrió.

-Todo esto de los versos y los epigramas es herencia de la escuela número siete...

Sasha le acercó más la hoja de papel.

-Firme usted, por favor.

-Iré.

-Pero tenga la bondad de firmar.

Con el ceño fruncido, firmó frente a su apellido.

Baulin leyó la convocatoria y observó mordazmente:

-Andas por las alturas, ¿eh? Pues cuidado no te pegues el batacazo, y firmó con el mismo aire que si Sasha le hubiera inferido un agravio personal.

Janson consideró a Sasha a través de los gruesos cristales de sus gafas con un destello de esperanza en la mirada y preguntó en qué piso era.

En el grupo de Sasha, la convocatoria corrió de mano en mano.

-Así, que se rasquen -exclamó Rúnochkin encantado-. ¿Estás viendo, Kovaliov?

-¡Bravo, Sasha! -dijo Pozdniakova. La precavida Rosa Poluzhán preguntó a medida voz:

-¿Victoria?

Se conoce que Solts se había olvidado ya de Sasha. Vio con extrañeza que entraban ocho personas en el despacho y pensó que había convocado alguna reunión. Pero en su agenda no había ninguna mención.

Glinskaia le tendió la mano porque en alguna ocasión los habían presentado. Solts la reconoció y se levantó con galantería algo torpe. De pie resultaba un hombre de escasa estatura.

-Se trata del asunto del Instituto de Transportes -anunció el secretario.

Aquello no le dijo nada a Solts, que ignoraba los asuntos del Instituto de Transportes y que, debido a su miopía, no reconoció a Sasha. Sin embargo invitó a todos a sentarse con ademán cortés.

Glinskaia extendió el periódico mural delante de Solts. La cartulina tenía a enrollarse, y Glinskaia la sujetó por los extremos superiores con el pisapapeles y un macizo recipiente para los lápices. Solts la miraba hacer, extrañado.

-Éstos son los epigramas -explicó Glinskaia.

Solts se inclinó sobre el periódico guiñando los ojos miopes.

*Para Borís el epitafio mejor,
una chuleta de cerdo con arroz.*

Alzó la mirada sin comprender a qué venían aquellos epigramas. En esto vio a Sasha que le observaba con tensa atención. Sólo entonces recordó al joven que había estado en su despacho la víspera. Volvió a leer el epigrama y frunció el ceño.

-¿Dónde está aquí la contrarrevolución?

-Son varios epigramas -observó Glinskaia.

Solts volvió a inclinarse sobre el periódico.

*El trabajo está de moda, es verdad.
Pero él es tan especial
que, aunque pierde los apuntes
y no estudia, acaba siempre por aprobar.*

-El número está consagrado al dieciséis aniversario de la revolución de octubre -apuntó Baulin. Con los párpados entornados, Solts paseó su mirada miope por los presentes para descubrir a quién pertenecía aquella voz. Tenía delante a Nadia, una linda rubia, a Sasha, a Rúnochkin, pequeño y algo contrahecho, a Rosa, con cara de susto, y a Kovaliov, desconcertado.

-La revolución de octubre no abolió los epigramas -replicó severamente Solts.

-Figuran bajo los retratos de los *udárniki* -insistía Baulin.

Solts descubrió entonces a la persona que objetaba.

-Antes las personas de la familia imperial eran las únicas contra las cuales no se podían escribir epigramas. Y de todas maneras se escribían.

-Pero ¿cómo se puede decir que el trabajo es una «moda»? -porfiaba Baulin. -¡El trabajo, el trabajo! -cortó Solts-. Las constituciones burguesas también empiezan hablando del trabajo. La cuestión está en saber qué clase de trabajo y en aras de qué. ¿Qué hay en este epigrama contra el trabajo?

-Verá usted...

-Lo que veo es cómo echan a perder vidas jóvenes -Solts señaló con amplio ademán a los muchachos sentados delante de él-. Veo cómo los atosigan y los atormentan. De ellos dijo Lenin que vivirían bajo el comunismo. ¿Qué clase de comunismo les ofrecen ustedes? Le expulsan del instituto, y ¿adónde irá? ¿A trabajar de cargador?

-Pues justamente de cargador está trabajando -observó Janson.

-Le hemos dado estudios, es un futuro especialista soviético, y ustedes le echan a la calle. ¿Por qué? ¿Por unos epigramas? La juventud tiene sus derechos. Y el primero de ellos es el derecho a reír.

Se volvió hacia Glinskaia con la galantería de antes.

-A sus años, también nosotros reímos. Ahora, gracias a Dios, se ríen ellos. Cuando los jóvenes ríen es una buena señal: significa que están con nosotros. Y ustedes les atizan en la cresta. Que han escrito epigramas unos contra otros... ¿Y contra quién van a escribirlos? ¿Contra mí? A mí no me conocen. ¿De quién quieren ustedes que se rían?

-La expulsión está ratificada por el comité de distrito -advirtió Baulin.

-¡Ratificada, ratificada! -Solts estaba amoratado-. ¡Cuánto corren ustedes!

Glinskaia, que pisaba allí un terreno mucho más seguro que en el instituto, preguntó en tono conciliador:

-¿Qué se decide?

-¡La readmisión! contestó hosca y resueltamente Solts.

11

Los muchachos salieron a la calle. Rúnochkin los miró de reojo.

-Habría que celebrarlo -propuso.

-Estupendo -accedió Nadia encantada.

-Yo tengo que ir a otra parte -objetó Rosa.

-Creo que tampoco podré acompañarlos -repuso Kovaliov, siempre alicaído.

-¡Recuerdos a Lozgachov! -le lanzó Rúnochkin como despedida.

Entre todos juntaron unos cuantos rublos y algún dinero de Nadia.

-Vamos a mi casa y multiplicaremos el capital -propuso Sasha.

Al entrar en su casa abrazó y besó a su madre.

-¡Aquí me tienes! ¡Readmitido! ¡Hurra!

Sofía Alexándrovna se echó a llorar.

-¡Ésta sí que es buena! -exclamó Sasha.

La madre se enjugó las lágrimas, sonrió. De todas maneras, su cora-zón rebosaba inquietud.

-Ha telefoneado Nina.

-Ahora pasaremos a buscarla. No encontraron a Nina en su casa. Pero Varia sí estaba, hablando por teléfono en el pasillo.

Sasha cortó la comunicación.

-Arréglate y ven con nosotros.

-¿Adónde? -preguntó a la vez que observaba a la linda Nadia.

-A beber y comer algo.

Anochecía rápidamente. Se encendieron los faroles. A Sasha le gustaba esa última animación del barrio del Arbat en el crepúsculo invernal. Todo se había arreglado. Todo estaba en orden. Él caminaba por el Arbat como había caminado siempre. Aquello había terminado.

En la esquina de Afanásievski se encontraron con Vadim. Llevaba zamarra de piel de reno y un gorro yakuto de pieles con orejeras que le llegaban hasta las rodillas.

-¡Se saluda al conquistador del Ártico! ¡Vente con nosotros!

-¿A celebrar algo? -adivinó en seguida Vadim.

-Justamente.

-Vamos al Kanatik, que es un sitio maravilloso -propuso Vadim mirando a Nadia.

-Es que Nina vendrá aquí. Por una escalera muy empinada descendieron al Sotanilla del Arbat, bajo de techo, dividido por gruesas columnas cuadradas, y encontraron una mesa libre en un rincón. El olor a guisos y a cerveza derramada creaba un ambiente medio de restaurante y medio de cervecería. La luz, escasa, provenía de unos apliques absurdos que colgaban torcidos debajo de unos arcos. En el escenario, un contrabajo enfundado y un saxófono colocado encima de una silla indicaban que los músicos habían llegado.

Sasha ofreció la carta por encima de la mesa.

-¿Qué encargamos?

-¡Qué caro es todo! -suspiró Nadia.

-Yo propongo una de silos y otra de terremoto -dijo Rúnochkin.

-No hemos venido aquí a comer ensalada y galantina de carne -objetó Sasha.

-A lo único que hemos venido aquí es a tomar café con licor de cacao -declaró Vadim con el aire de entendido en restaurantes.

En la mesa contigua había una cafetera sobre un hornillo de alcohol, y dos jóvenes de aspecto presuntuoso sorbían el café con licor de unas tacitas minúsculas.

-Tenemos hambre -indicó Sasha-. ¿Tú qué quieras, Varia?

-Un bestróganov! [12]

Encargaron una botella de vodka para los chicos, una de oporto para las muchachas y un bestróganov para cada uno.

-Conviene encargar platos distintos -observó Vadim.

-Aquí está Nina -profirió Varia, que estaba sentada de cara a la puerta, a media voz, como para sus adentros.

-Os habéis escondido en el último rincón -decía animadamente Nina mientras se acercaba a la mesa-. Te felicito, Sasha -le dio un beso-. En cuanto leí tu nota, me lo figuré todo. Yo no tenía la menor duda. -Miró de reojo a Varia-. ¿También estás tú aquí?

-Ya lo ves.

-Lástima que no lo sepa Max -prosiguió Nina, sentándose entre Vadim y Rúnochkin.

Comenzó a tocar la orquesta ... «*Limoncitos, limoncitos, que cría Sonia en su balconcito...* » Los camareros se movían más aprisa por los pasos angostos que quedaban entre las mesas.

-Soltz es un tío -repuso Rúnochkin.

-Pero horriblemente nervioso... -añadió Nadia.

Vadim observó mientras masticaba la carne:

-Sasha ha pasado por el crisol de los sufrimientos. Y sin sufrimientos...

-Odio a la gente sufrida -le atajó Sasha.

-Ésa es una perifrasis de Proudhon. -Vadim seguía dándose tono delante de Nadia-. Después de los opresores, a quienes más odio es a los oprimidos. Pero hay circunstancias... Ésa, por ejemplo...

Señaló de reojo a la mesa contigua. Junto a los dos jóvenes presuntuosos se había sentado ya una muchacha de cara bonita, pero con señales de abusar de la bebida.

-Un azote social -dijo Nina.

-O quizás un fenómeno patológico -objetó Vadim.

-Aquí no hay sociología ni patología, sino prostitución, llana y sencillamente -sentenció Sasha-. A mí no me importa por qué se dedica a eso ni me paro a pensar en su psicología. Aquí están Nina, Varia, Nadia: yo estoy dispuesto a quererlas, a respetarlas, a admirarlas. El ser humano es moral, y en eso se diferencia de los animales. Y el padecimiento no es su función vital.

Al son de la orquesta, Varia entonó a media voz:

-*Todos te queríamos, tan fácil y sencilla, para pasar el rato te buscaba cualquiera...*

-¿Por qué gustan tanto las canciones de los bajos fondos? -preguntó Vadim, y él mismo se contestó: Murka se muere, el pobre, olvidado, abandonado, y nadie sabrá nunca el lugar donde descansa. Es una persona que sufre: ahí está el quid...

-No nos revuelvas las tripas -le interrumpió Sasha.

Vadim puso gesto de agravio.

-Sí que eres intolerante.

-No te enfades -siguió Sasha-, porque no he querido molestarte. Sólo que, para ti, eso es una abstracción, mientras que yo he pasado por eso. Bueno: vamos a recontar nuestros recursos, a ver si nos queda para otra botella. Aún quedaba dinero para que los chicos pidieran otra botella y helados las muchachas.

-Y vamos a tomárnoslo con calma -advirtió Vadim-. Que nos dure toda la velada.

-Mañana tienes que ir a la escuela, Varia -recordó Nina a su hermana.

-Quiero oír un poco de música.

-Déjala -intervino Sasha-. Que se quede un rato.

Quería ver contenta a Varia porque también él estaba contento, y no porque se hubiera salido con la suya, sino por algo mucho más importante: había defendido la fe de aquellos muchachos. Ahora le atormentaba más que nunca la conciencia de la indefensión de las personas. En su lugar, Rúnochkin se habría marchado desentendiéndose de todo. Nadia Pozdniakova también se habría marchado después de llorar a lágrima viva. En cuanto a Vadim, se habría desmoronado nada más encontrarse en una situación parecida.

[12] Guisado de carne cuyo nombre proviene del francés y significa «buey a la Stróganov».

Tan sólo Varia no prestaba una importancia especial al asunto de Sasha. Si a ella la hubieran expulsado de la escuela, se habría llevado una alegría. Ahora estaba sentada junto a él en el restaurante, y todo le parecía maravilloso en aquel establecimiento: los muchachos con trajes estilo charlestón, los músicos del escenario y en particular el trompeta, que hinchaba los carrillos, y el batería, que hacía juegos malabares con los palillos. Dos borrachos estaban ya molestando a la chica de la mesa contigua, tirando de ella para que les hiciera compañía, y los presuntuosos caballeretes, cohibidos, no se atrevían a defenderla. La chica los insultaba, lloraba, y el camarero la amenazaba con expulsarla del local.

-Machos a la caza -los negros ojos de Sasha parecían más estrechos.

-No te metas -advirtió Vadim, al tiempo que se apartaba, sabiendo que sería imposible retener a Sasha.

Sasha se levantó, encorvando la espalda y moviendo los hombros, y se acercó a la otra mesa con sonrisa sombría. Sabía golpear y golpeaba fuerte.

-¿Y si lo dejáramos ya?

Los dos tenían la jeta descarada, los dos llevaban camisa de color lila; uno botas de fieltro, ribeteadas y el otro pantalón anchísimo de campana. Hijos de perra, sin vergüenzas... El de las botas de fieltro apartó desdeñosamente a Sasha con una mano mientras el otro se metía entre ellos como si quisiera separarlos.

-¡Vamos, muchachos... ! Pero Sasha conocía de sobra el truco: el que fingía separarlos sería el primero en golpearle. Y a él le descargó ese golpe breve y rápido que obliga al contrincante a doblarse en dos, con las manos en el vientre y dando boqueadas. Sasha se volvió hacia el otro, pero éste retrocedió y tropezó con la mesa. Entrechocaron los platos, la muchacha se puso a chillar, los jovenzuelos se levantaron de un salto... Mirando de reojo, el trompeta hinchaba los carrillos a más y mejor, el pianista volvió la cabeza sin que sus dedos dejaran de correr por el teclado y el batería hacía juegos malabares con los palillos... «*How do you do, mister Brown... How do you, do you, do you, do...* » La orquesta tocaba. «Todo está en orden, ciudadanos, bailen el foxtrot y el tango, beban café con licor... No hagan caso: se trata de un pequeño malentendido. ¿Ven? Ya se ha terminado.» Las botas de fieltro y el pantalón de campana vuelven a su mesa, el muchacho de los ojos negros se ha sentado, lo mismo que el otro, el de los ojos un poco oblicuos, que también quería intervenir en la pelea; los jovenzuelos presumidos se han marchado con la muchacha; el camarero está sacudiendo ya el mantel de su mesa... «¡Aquí no ha pasado nada, ciudadanos!»

-Ahora esperarán a que salgamos y se meterán con nosotros -previno Vadim.

-¡Sí que eres valiente!... -rió Nina. A Sasha, que había estado tranquilo durante la pelea, le había entrado ahora un temblor nervioso que trataba de dominar.

-Vamos a bailar, ¿quieres, Varia?

La orquesta tocaba un vals lento. Ramona... Sasha bailaba con Varia en el angosto espacio que quedaba libre delante de la orquesta, notando todas las miradas fijas en él. ¡Al cuerno! Que pensaran lo que quisieran. Los dos borrachos también le miraban. ¡Al cuerno igual que los demás! Él estaba bailando un vals boston... Ramona... Estaba bailando con Varia, una chiquilla muy linda, que le contemplaba sonriendo, admirada de su acción: se había comportado como un héroe de la calle, saliendo en defensa de una chica a la que poco antes criticaba. Varia notaba en su conducta algo que los identificaba. Sasha fingía ser consciente, lo mismo que ella fingía ser una alumna ejemplar en la escuela. Le miraba, sonreía y se estrechaba contra él. Lloraba la orquesta, sollozaba la trompeta, los palillos del batería quedaban suspendidos en el aire, el pianista se inclinaba sobre el teclado...

Ramona...

-Bailas muy bien -reconoció Sasha.

-¿Quieres que vayamos pasado mañana a patinar? -propuso Varia.

-¿Y por qué precisamente pasado mañana?

-Porque es sábado y habrá música. Tú patinas, ¿verdad?

-He patinado en otros tiempos.

-¿Iremos?

-Ni siquiera sé dónde tengo los patines.

«En vista de que el estudiante Pankrátov ha reconocido sus errores, se le readmite en el instituto, sancionado con una amonestación severa.»

La fiesta quedaba malograda. Su expulsión había agitado a todos; su readmisión, a nadie. Sólo Krivoruchko le dijo al firmar su nuevo carnet de estudiante:

-Me alegro por ti.

Antes tan imponente, ahora tenía el aire abatido: un hombre solitario que pasaba los últimos días en aquel despacho.

-¿Y usted? -preguntó Sasha. Krivoruchko señaló un montón de carpetas que había en un rincón.

-Poniendo todos los asuntos a punto para entregarlos.

Sacó el sello de un cajón de su mesa escritorio inmensa, llamada «cubierta» por los estudiantes que a menudo acudían a Krivoruchko, pues de él dependían las becas, las plazas en la residencia, las cartillas de racionamiento, los vales para la ropa.

-Por cierto, yo conozco a tu tío. Estuvimos en la misma organización del partido allá por el año veintitrés. ¿Cómo anda de salud?

-Bien.

-Dale recuerdos cuando le veas.

Sasha se sentía violento por su buen éxito. Él había salido adelante; pero Krivoruchko, no.

-¿Y si recurriera usted al camarada Solts?

-Solts no puede hacer nada. Mi asunto depende de otro... Aún añadió, sin mirar a Sasha y como hablando consigo mismo: -Ese cocinero va a preparar platos muy fuertes. Agachó la cabeza. Sasha comprendió a qué cocinero se refería. Sasha fue luego al despacho de Lozgachov. Éste le sonrió como si se alegrara de su buena suerte.

-¿Has estado con Krivoruchko?

Sabía perfectamente que Sasha había estado con Krivoruchko y, sin embargo, se lo preguntaba.

-He ido a recoger el carnet de estudiante y el pase -contestó Sasha.

Entró Baulin, a tiempo de escuchar la respuesta de Sasha, y le preguntó secamente a Lozgachov:

-¿Acaso tiene Krivoruchko el sello?

-El nuevo entrará en funciones el lunes.

-Podía habérselo llevado ella. Lozgachov se encogió de hombros dando a entender que Glinskaia se consideraba demasiado inaccesible para sellar documentos.

Allí estaban, dedicados como antes a sus asuntos, a sus chismorreos, como si no hubiera ocurrido nada, sin sentir ninguna culpa ni remordimientos de conciencia: entonces había que comportarse de una manera con Sasha; pero ahora que le habían readmitido se le podía tratar de otra forma... Y Sasha también debía cambiar...

Delante de él hablaban de Glinskaia en tono de mofa, sin disimular su hostilidad hacia ella. ¿No suponía confianza esa sinceridad?

Todo aquello significaba: «También tú tienes que comportarte de otro modo, Pankrátoy. Ahora te han atizado una vez, y no vayas a creer que a la segunda te vas a librar también. Eres un chico joven, sin experiencia ni garra, y por eso has fallado. Nosotros lo comprendemos. A cualquiera le puede suceder. Ahora que sabes quién es Krivoruchko, únete a nosotros para hundirle. La confianza recíproca sólo nace allí donde existen enemigos comunes. Eso de dime con quién andas y te diré quién eres ha pasado ya de moda. Ahora la cuestión está en dime con quién no andas. Eso es.»

-¿Se te ha quejado Krivoruchko? -preguntó Lozgachov.

No merecía la pena meterse en discusiones con ellos. Porque, en realidad, a quienes habían atizado era a ellos; a ellos les habían pegado con las narices contra la mesa. Que no lo olvidaran.

-No sé para qué. Yo no soy el colegio del partido.

Lozgachov rió, insinuante:

-Al fin y al cabo, sois camaradas de desdichas.

-¿Camaradas? -repitió Sasha con sorna-. Que yo sepa, a él no le han readmitido.

Sasha notó prevención en la mirada sombría de Baulin, pero aquella mirada no hizo más que estimularle. ¿De qué le prevenía? ¿De que volverían a expulsarle? Eso ya no estaba a su alcance. Se habían escaldado y tomaban aires de vencedores. Como si dijeran: «Quien te ha perdonado no ha sido Solts, sino el partido. Y como nosotros somos el partido, quiere decirse que nosotros te hemos perdonado...» ¡Qué vá! Vosotros no sois el partido.

Lozgachov le miró con burlona curiosidad.

-¿Te crees que van a readmitir a Krivoruchko?

-A mí me han readmitido.

-Lo tuyo es otra cosa. Tú has cometido un error; pero Krivoruchko es de los del colmillo retorcido...

-Si cuando le expulsaron por sus errores políticos le volvieron a admitir, con más razón por las obras de una residencia estudiantil...

-Vaya novedad... -pronunció Baulin acomodándose en un sillón mirando fijamente a Sasha-. Antes no hablabas así.

-Antes no me preguntaban ustedes mi opinión y ahora me la preguntan.

-Antes renegabas de Krivoruchko -continuaba Baulin-. «No sé, no le conozco, no he intercambiado ni dos palabras con él...»

-Y ahora repito que no sé nada de él, que no le conozco y no he intercambiado ni dos palabras con él.

-¿De veras? -insistió Baulin con mala intención.

-No tienes razón, Pankrátov -sentenció Lozgachov-: el partido debe depurar sus filas...

Sasha le interrumpió.

-De los arribistas, ante todo.

-¿A quién te refieres? -preguntó hosamente Lozgachov.

-A los arribistas en general y a nadie en concreto.

-Perdona, pero no es así. -Lozgachov sacudía la cabeza al hablar-. El partido depura sus filas de elementos ideológicamente inestables y políticamente hostiles; pero tú dices que hay que depurarlo, en primer lugar, de arribistas. Ciento que también hay que echarlos a ellos, pero ¿a qué viene esa contraposición?

A Sasha le irritaban la voz falsa e inalterable de Lozgachov, su rostro frío, la obtusa cerrazón de las formulaciones aprendidas de memoria.

-Si le parece, camarada Lozgachov, vamos a dejarnos de colgar sambenitos. Ya se ha ejercitado usted bastante en ese arte. Yo opino que un arribista causa al partido más quebranto que todos los errores del viejo bolchevique Krivoruchko. Porque éste cometió esos errores pensando en el bien del partido, mientras que al arribista sólo le importan su propia pelleja y su propia poltrona.

Se hizo un silencio.

Luego profirió Baulin lentamente:

-Tus conclusiones no son muy buenas, Pankrátov.

-No sé hacerlo mejor -replicó Sasha.

Naturalmente, ellos interpretarían mal sus palabras. Sasha lo comprendió así nada más cerrar la puerta del despacho de Lozgachov. ¿Por qué se habría explayado con ellos? No era que les tuviese miedo, pero era absurdo.

En el aula, Sasha ocupó su sitio de siempre. Ni siquiera habían borrado todavía su nombre del registro. Le parecía mentira que todo hubiera terminado. Lo ocurrido con Solts le parecía irreal. En cambio, sí eran realidad el instituto, Baulin, Lozgachov, Krivoruchko aplanado...

Volvió a casa en un tranvía abarrotado. El crepúsculo invernal, temprano y sombrío, caía rápidamente. Frente a Sasha iba sentado un hombrecillo desgarbado, con una barbeja rala y rojiza. Las orejeras del gorro le caían sobre la pelliza desgarrada. Estrechaba un saco entre las enormes botas de fieltro ribeteadas que calzaba y tenía otro saco a su lado en el asiento. Dos sacos campesinos informes, llenos de objetos duros y angulosos, que molestaban a todo el mundo en el angosto tranvía. El hombre miraba inquieto a los lados y preguntaba una y otra vez por su parada, aunque la cobradora había prometido avisarle. Sin embargo, en lo hondo de su mirada errante notaba Sasha algo severo, incluso cruel. Seguro que aquel hombrecillo era muy distinto en su casa. Esa idea de cómo cambian las personas según las condiciones en que se encuentran, la anotó Sasha en las pastas del cuaderno sobre el curso de caminos y puentes para recopilarla más tarde en el diario que tan pronto llevaba como abandonaba, aunque ahora había decidido firmemente tenerlo al día.

13

Ya de noche, cuando Sasha iba a acostarse, llamó de pronto Katia. Como otras veces, primero fue el silencio, luego la señal de ocupado, y finalmente, otra llamada.

-¿Eres tú, Katia?

-¿No me has conocido? -Su voz resonaba muy lejana, como si telefonease desde fuera de la ciudad.

-¿Cómo voy a conocerte si no dices nada?

-Nada... No voy a ponerme aquí a dar gritos. ¿Qué es de tu vida?

-Acordándome de ti.

-De mí... ¿No tienes bastantes chicas a tu alrededor?

-Mis chicas han desaparecido todas. Y tú ¿qué tal?

-Que tal, que tal... Marusia tiene muchas ganas de verte. ¿Te acuerdas de Marusia? Se ha enamorado de ti. Me dice que lleve por allí al de los ojos negros.

-Por mí, encantado. ¿Cuándo iremos?

-Iremos... Eso es mucho pedirme. Soy una mujer casada.

-¿Te casaste con tu mecánico?

-Mecánico... Técnico-mecánico, ratero-fullero...

-Oye, ¿has bebido?

-No será con tu dinero.

-¿Cuándo nos vemos?

-Vernos... ¿En la calle? Con treinta y cinco bajo cero se te iban a helar los adminículos.

-¿No dices que Marusia nos espera?

-Nos espera... su marido ha vuelto. Bueno, ven a Déviche Poleo

-¿Y dónde iremos?

-Donde nos lleve el viento...

-Bueno: mañana en Déviche Poleo ¿A las seis, a las siete?

-Yo iré a las seis...

Katia había reaparecido. Y el deseo que siempre le inspiraba despertó de nuevo en él. Aunque, a decir verdad, nunca se había extinguido. Se habían visto en septiembre o en octubre, y ahora estaban en enero. Cuatro meses. Claro que no se había casado ni había vuelto el marido de Marusia. Al día siguiente irían a casa de Marusia, y por eso había inventado tanta historia. Siempre con rodeos. ¡Qué muchacha tan extraña!...

Pensaba en ella, ya acostado, y cuanto más pensaba más la deseaba. Mañana besaría sus labios secos, la abrazaría y este pensamiento le espantó el sueño durante un buen rato.

El fuerte timrazo le despertó de golpe. Era poco más de la una y se conoce que acababa de quedarse traspuesto. Otro timrazo, insistente y firme. Sasha salió al pasillo sin vestirse, retiró la cadena.

-¿Quién es? -De la administración. Sasha reconoció la voz de Vasili Petróvich, el portero, y dio vuelta a la llave.

Vasili Petróvich estaba en el hueco de la puerta y, detrás, un hombre joven, con abrigo y gorro, y dos soldados rojos con distintivos de color frambuesa en el capote. El hombre entró en el piso, apartando primero al portero y luego a Sasha. Un soldado se quedó junto a la puerta y el otro fue hasta la cocina detrás de Vasili Petróvich y se quedó en la puerta de servicio.

-¿Pankrátov?

-Sí.

-¿Alexandr Petróvich?

-Sí.

Sin apartar de Sasha su mirada alerta, el hombre le presentó la orden de registro y detención del ciudadano Pankrátov, Alexandre Petróvich, domiciliado en la calle del Arbat...

Entraron en el cuarto de Sasha.

-Sus documentos.

Sasha extrajo el pasaporte y el carnet de estudiante de un bolsillo de la chaqueta, colgada en el respaldo de una silla. El hombre los leyó atentamente y los dejó en una esquina de la mesa.

-¿Armas?

-No tengo.

El hombre señaló la puerta de la otra habitación.

-¿Quién hay allí?

-Es el cuarto de mi madre.

-Despiértala.

Sasha se puso los pantalones, la camisa, los calcetines y los zapatos.

El agente esperaba, con el abrigo y el gorro puestos, a que Sasha se vistiera. Éste abrió la puerta del cuarto de su madre con cuidado para no despertarla de golpe, para no asustarla.

La madre estaba sentada en la cama, encogida, cruzando el camisón sobre el pecho; los cabellos grises le tapaban la frente y los ojos y, por debajo, clavaban una mirada fija, de soslayo, en el agente que había entrado detrás de Sasha.

-No te asustes, mamá... Vienen a registrar mis cosas. Será un error. Ya se aclarará. Su mirada, una mirada soslayada, de reojo, se clavaba en aquel desconocido, parado junto a la puerta, sin detenerse en Sasha. -Mamá, te he dicho que se trata de algún error. Cálmate, te lo ruego. Acuéstate.

Al volver a su cuarto, Sasha quiso cerrar la puerta, pero el mandatario hizo un ademán reteniéndola. La puerta debía quedar abierta. El mandatario sólo era un ejecutor técnico: de nada serviría discutir ni protestar. Tenía que mostrarse animoso, seguro de sí mismo. Era el único modo de tranquilizar a su madre.

-¿Qué buscan ustedes? Quizá pueda yo dárselo sin más.

El mandatario se quitó el abrigo y el gorro y los colgó. Llevaba un traje azul marino, camisa oscura y corbata. Un hombre joven, que empezaba a ponerse obeso, como se puede ver a tantos otros en los establecimientos oficiales.

Encima de la mesa estaban los cuadernos y los libros del instituto. El mandatario los cogía uno a uno, los hojeaba, echaba una mirada a las páginas y los apilaba con mucho cuidado.

Le llamó la atención lo que había anotado Sasha aquella tarde en el cuaderno sobre el curso de caminos y puentes: «El campesino en el tranvía, apocado, encogido, pero autoritario y déspota en su casa.»

El cuaderno quedó junto al pasaporte y el carnet de estudiante.

En los cajones de la mesa había documentos, fotos, cartas. Al mandatario no le interesaba el contenido, sino la firma. Y si no podía descifrarla, preguntaba. Sasha contestaba escuetamente. El mandatario dejaba las cartas a la derecha. No las necesitaba. Los certificados civiles, el del bachillerato, los del trabajo y otros documentos quedaron donde estaban; el carnet del Komsomol y el de los sindicatos, a la izquierda.

-¿Por qué se lleva mi carnet de! Komsomol?

-De momento, yo no me llevo nada.

Tampoco llamaron su atención las fotografías de cuando era niño ni de la escuela. Le interesaban sólo aquéllas donde había personas mayores. Y de nuevo preguntaba: quién es éste, y éste...

La madre se había levantado. Sasha oyó el crujido de la cama, el deslizar de las zapatillas buscadas a tientas y el ruido de la puerta del armario donde estaba colgada la bata. Salió, pero no en bata, sino con un vestido puesto a toda prisa sobre el camisón. Se acercó a Sasha con sonrisa desgarradora y le pasó una mano trémula por el cabello.

-Ciudadana, quédese en su cuarto -ordenó el agente.

Su voz tenía ese tono oficial categórico que siempre la asustaba. ¿Habría hecho algo que podría perjudicar a Sasha? Sobresaltada, asintió rápidamente con la cabeza.

-¿Vamos a tener que acostarnos todos en el suelo boca abajo? -preguntó Sasha en son de burla. El agente, que inspeccionaba los libros de la estantería, volvió la cabeza extrañado, pero no contestó nada.

-Espera en tu habitación -rogó Sasha a su madre.

Sofía Alexándrovna asintió más apurada todavía y volvió a su cuarto contemplando con temor las anchas espaldas del agente.

Sasha se preguntaba si sabrían lo de Solts. Seguro que no, pues, de lo contrario, no se habrían atrevido a venir. Algun engranaje había fallado. Era una lástima porque aquella confusión podía complicar mucho las cosas.

El agente dijo que abriera el armario, que volviera los bolsillos de la chaqueta. En uno de ellos había una libreta con direcciones y teléfonos. La dejó también encima de la mesa. Luego paseó una mirada por la habitación, comprobando si lo había inspeccionado todo y descubrió una maleta detrás del diván. Mandó que la abriera Sasha. Estaba vacía. Aquel hombre cumplía con su obligación. Era un funcionario meticoloso y concienzudo. De haberse encontrado Sasha en su lugar, de haber sido enviado por el partido a los órganos de la GPU, de haber recibido una orden de registro y detención contra alguien se habría comportado exactamente igual, aunque también podría haber sido enviado a casa de un inocente, ya que los errores son inevitables en un asunto así. [\[13\]](#)

Había que estar por encima de los agravios personales. Él demostraría su inocencia, igual que la había demostrado en la Comisión Central de Control. Y que aquel hombre cumpliera con su cometido.

-Vamos a la otra habitación.

La madre estaba de pie, acodada en la cómoda, con los dedos hundidos en el cabello canoso, mirando de reojo hacia la puerta.

-El camarada va a registrar tu habitación. Siéntate, mamá.

Pero ella siguió de pie, en la misma postura, y se apartó un poco cuando se acercó el funcionario. Encima de la cómoda había fotografías de Sasha, de Mark y de las hermanas.

-¿Quién es?

-Mi hermano, Mark Alexándrovich Riazánov.

Así, para que supiera que su hermano era el famoso Riazánov y que Sasha era sobrino suyo. Todo el tiempo había estado buscando la manera de decírselo porque entonces suspenderían el registro y no detendrían a Sasha. A Mark le conocía el país entero, le conocía Stalin, y con una sonrisa lamentable añadió:

-Y éste es Sasha de pequeño.

Frunciendo el ceño, el agente tomó la fotografía de Mark, retiró la cartulina del marco y la miró por detrás: no tenía nada escrito. Volvió a dejarlo todo encima de la cómoda: la fotografía, el marco, el cartón, el cristal... Sofía Alexándrovna se dejó caer en un sillón y exhaló un gemido cubriéndose el rostro con las manos.

El funcionario palpaba el contenido de los cajones de la cómoda.

[13] GPU: Dirección Política Estatal.

La ropa removida exhalaba el mismo olor a limpio que cuando la madre preparaba el lecho de Sasha en el diván.

-La orden de registro se refiere a mí -observó Sasha.

-Son ustedes una familia -contestó el agente.

Volvieron a la habitación de Sasha. Sofía Alexándrovna los siguió.

Había terminado el registro, y no le dijeron que se quedara en su cuarto. La idea de que iban a llevársela a Sasha la sacó de su postración y empezó a moverse de un lado para otro sin saber qué hacer, tan pronto acercándose a Sasha como observando con alarma al funcionario, que se había sentado a la mesa y levantaba acta del registro. En tal fecha, en tal domicilio, de conformidad con la orden tal... Objetos retenidos: un pasaporte número... ; un carnet de los sindicatos número... ; un carnet del Komsomol número... ; una agenda. Sostuvo en las manos el libro *Puentes y construcciones viales*, pero optó por no llevárselo y lo dejó a un lado.

Y preguntó luego:

-¿Dónde podría lavarme las manos?

Sofía Alexándrovna se agitó:

-Por aquí, tenga la bondad. Le acompañaré.

Se puso a abrir y cerrar los cajones de la cómoda con excesivo ajetreo para sacar una toalla limpia; esperó con ella a la puerta del cuarto de baño a que el agente se lavara las manos para ofrecérsela con una triste sonrisa obsequiosa: quizás pudiera aquel hombre hacerle la suerte más llevadera a su hijo allá...

El funcionario se secó las manos, salió al pasillo, llamó por teléfono y pronunció algunas frases convencionales, entre las que sólo quedó clara la palabra «Arbat». Luego colgó y se recostó contra la puerta con el aire pasivo de una persona que ha terminado su tarea. El soldado que guardaba la puerta estaba en posición de descanso y el otro volvió de la cocina. La entrada principal y la de servicio quedaban libres. El portero se marchó. Y aunque nadie comunicó a los vecinos que había terminado el registro, Mijaíl Yúrevich y Galia salieron al pasillo.

La madre preparaba con manos trémulas los objetos más imprescindibles para Sasha.

-Ponga unos calcetines de lana -indicó el funcionario.

-Quizá tendría que llevar algo de comida -sugirió Mijaíl Yúrevich.

-Dinero -apuntó el funcionario.

-¡Demonios! -exclamó Sasha-. Se me han terminado los cigarrillos.

-Voy a traer de los de mi marido. Galia volvió con una cajetilla de Box.

-¿Tiene usted dinero, Sasha? -preguntó Mijaíl Yúrevich.

-Algo tengo. Sasha rebuscó en los bolsillos. -Diez rublos.

-Bastará -murmuró el agente. -Allí, la tienda es barata -explicó uno de los soldados. Todo transcurría apaciblemente, como si Sasha saliera de viaje hacia una ciudad desconocida, del norte o del sur, y le aconsejaran lo que debía llevarse.

El agente fumaba, recostado en el quicio de la puerta, uno de los soldados conversaba con Galia y el otro fumaba también. Mijaíl Yúrevich sonreía a Sasha para darle ánimos y Sasha sonreía en respuesta. Notaba que era una sonrisa lamentable, pero no podía remediarlo.

-Mira lo que te he preparado, Sasha -con manos trémulas, Sofía Alexándrovna entreabrió el paquete-: jabón, polvos dentífricos, cepillo, toalla, la cuchilla de afeitar...

-Eso no lo ponga -advirtió el funcionario.

-Dispense -la madre retiró la cuchilla-. Calcetines, una muda, pañuelos... Le temblaba la voz. -Aquí está un peine y aquí... aquí una bufanda... , tu bufanda... Los sollozos ahogaron sus palabras. Desfallecida, agonizaba al manejar aquellos objetos, los objetos del hijo que arrancaban de su lado, que se llevaban a la cárcel. Sofía Alexándrovna se desplomó en un sillón. Los sollozos estremecían su cuerpo, pequeño y redondo.

-Cálmese, mujer, que todo se arreglará -decía Galia acariciándole un hombro-. Ahí tiene usted lo que ocurrió con el hijo de los Almzov: se lo llevaron, le tuvieron allí algún tiempo y luego le soltaron. Cuando ocurren las cosas, con llorar no se soluciona nada.

Pero la madre murmuraba temblando:

-Esto es el fin, el fin, el fin...

El agente consultó su reloj.

-¡Vamos!

Apagó la colilla, se enderezó, frunció el ceño. Los centinelas también se enderezaron, volviendo al cumplimiento de sus funciones. Ya no daban consejos. Con la culata del fusil junto al pie, se disponían a servir de escolta. El agente hizo un ademán invitando a Galia y a Mijaíl Yúrevich a dejar libre el paso por donde conducirían al detenido.

Sasha se puso el abrigo y el gorro y tomó el paquete preparado por su madre.

Uno de los soldados no acababa de encontrar el mecanismo de la cerradura francesa. Cuando por fin abrió, el ruido de la puerta llegó hasta Sofía Alexándrovna, que lo esperaba y lo temía. Salió corriendo al pasillo, vio a Sasha con el abrigo y el gorro puestos y se abrazó a él, temblando y sofocada por los sollozos.

Mijaíl Yúrevich la retuvo blandamente por los hombros.

-Vamos, Sofía Alexándrovna, no se ponga usted así.

Sasha besó a su madre en los cabellos grises, alborotados. Mijaíl Yúrevich y Galia la retenían, y ella sollozaba y se debatía entre sus brazos.

Sasha abandonó el apartamento.

El automóvil esperaba en la calle, a poca distancia de la casa. Sasha se sentó atrás, flanqueado por el agente y uno de los soldados. El otro tomó asiento junto al chófer. Rodaron sin una palabra por las calles del Moscú nocturno. Sasha no se enteró muy bien de por qué lado llegaban a la cárcel. Las hojas de un portón de hierro muy alto se abrieron para dar paso al coche a un patio largo, estrecho y cubierto. Primero se aparecieron los soldados, luego Sasha y finalmente el funcionario. El coche se alejó al instante. Sasha fue introducido en un inmenso local abovedado, vacío, bajo de techo; un sótano gigantesco, sin muebles, bancos ni mesas, que olía a cloro y tenía las paredes desconchadas y el suelo de cemento desgastado por las pisadas. Sasha adivinó que se encontraba en lo que podría considerarse como la entrada y la salida de la cárcel, como la primera y la última etapa: desde allí eran enviados los detenidos a las celdas y allí se formaban los grupos destinados a otros lugares. En aquel momento, el local se hallaba desierto.

-Espere aquí -ordenó el funcionario, y se fue. Los soldados también se fueron al cuerpo de guardia. Cuando abrieron la puerta, entró olor a capotes húmedos y a rancho.

Sasha se recostó en la pared y dejó su hatillo en el suelo. Nadie le guardaba, nadie le vigilaba. Aquél era un compás de espera entre la detención, que había terminado ya, y la reclusión, que no había comenzado aún. Precisamente en esos minutos de soledad comprendió que había asumido ya su nueva situación. En cuanto iniciara un paso le darían el alto, ordenándole quedarse donde estaba, y él tendría que obedecer, sintiéndose más humillado aún. Yeso debía evitarlo, pues únicamente así conservaría su dignidad, la dignidad de hombre soviético que se encontraba allí por error.

Entró un militar con dos distintivos cuadrados en el cuello de la guerrera y, conforme pasaba por delante de Sasha, le ordenó sin mirarle:

-Sígame.

Sasha recogió su hatillo y siguió al militar, sin experimentar ya nada más que curiosidad.

Detrás de la primera bóveda había una mesa escritorio. El militar tomó un formulario. ¿Apellido? ¿Nombre? ¿Patrónímico? ¿Año de nacimiento? ¿Señas especiales? ¿Tatuajes? ¿Cicatrices? ¿Huellas de heridas? ¿De quemaduras? ¿Lunares o manchas de nacimiento?... Anotó el color de los ojos y el color del cabello... Le presentó una almohadilla entintada y Sasha dejó en el formulario sus huellas digitales. Luego les tocó el turno a sus pertenencias: abrigo, gorro, zapatos, jersey, pantalón, chaqueta, camisa ...

-¿Dinero? El militar contó el dinero, escribió la cantidad en el formulario, se lo dio a firmar a Sasha y lo guardó en un cajón de la mesa. -Luego le darán el recibo. Pase allí -concluyó, señalando una puerta. En un cuchitril esperaba a Sasha un hombre vestido de civil, gordo, abotargado y con cara de sueño.

-¡Quítese la ropa!

Sasha se quitó el abrigo y el gorro.

-¡El calzado!

Sasha se quitó los zapatos y se quedó en calcetines.

-Retire los cordones.

El gordo dejó los cordones encima de la mesa y señaló hacia un rincón. -¡Póngase allí! En el rincón había un listón graduado para medir la estatura. El gordo bajó la corredera hasta la cabeza de Sasha y pronunció en voz alta para que le oyera alguien desde el otro lado de la pared:

-Ciento sesenta y siete.

Luego palpó el abrigo y el gorro de Sasha, descosió el forro con una navajilla, los palpó también por dentro y los dejó encima de un banco de madera.

Señaló el traje.

-¡Quítateselo!

Sasha se quitó la chaqueta.

-¡Quítateselo todo!

Sasha se quedó en calzón y camiseta.

El gordo palpó el pantalón y la chaqueta, descosió el forro, descosió las vueltas del pantalón, quitó el cinto que dejó al lado de los cordones de los zapatos y arrojó al banco la chaqueta y el pantalón.

-¡Abra la boca!

Acercó a Sasha el rostro soñoliento para mirarle la boca, tiró de los labios por si había escondido algo detrás o entre los dientes. Luego señaló el calzón y la camiseta.

-¡Quítateselos!

El gordo buscaba tatuajes, cicatrices, huellas de heridas o de quemaduras, pero no encontró nada.

-¡Vuélvase! Sasha notó en las nalgas el contacto frío de unos dedos...

-¡Vístase! Luego, sosteniendo con una mano los pantalones que se le caían por falta del cinto y arrastrando los zapatos que se le salían, Sasha caminó bajo la custodia de un vigilante por unos corredores breves, subió y descendió tramos de escalera cuyos vanos estaban protegidos por tela metálica; el vigilante pegaba con una llave en los pasamanos metálicos, rechinaban las cerraduras y todo en torno eran celdas muertas y puertas también metálicas.

Se detuvieron en uno de los corredores. Otro vigilante que los esperaba abrió una celda. Sasha entró. La puerta se cerró.

14

Conforme había exigido Stalin, el cuarto alto horno fue encendido antes del plazo fijado: el 30 de noviembre a las siete de la tarde, con un frío de treinta y cinco grados bajo cero. Mark Alexándrovich no podía marcharse sino una vez seguro de que no se repetiría la catástrofe ocurrida con el primero, que también fue encendido en un día de temperatura muy baja. Por eso se quedó rezagado y salió para Moscú, después que la delegación regional, el 20 de enero.

El vagón había sido enganchado ya a la locomotora y el quitanieves había salido por delante. Soplaba el viento, amontonando la nieve y meciendo las escasas y mortecinas farolas: la estación y la ciudad tenían limitado el consumo de energía eléctrica, pues ésta se necesitaba en la fábrica, allí donde se producía metal.

En el pequeño edificio de la estación se habían reunido en torno a la estufa los empleados de la dirección de la empresa con las carpetas de esos asuntos que se preparan mucho antes de los viajes del director a Moscú, pero que se terminan en el último minuto. Subieron al vagón en pos de Mark Alexándrovich con las botas de fieltro mojadas, con los chanclas puestos, con los gorros y los cuellos de los abrigos llenos de nieve. El mozo del vagón los contemplaba disgustado viendo cómo se sacudían, pateaban, fumaban... Porque él lo había dejado todo saltando de limpio, como siempre que viajaba Riazánov, y tenía la calefacción a buen temple.

Mark Alexándrovich se había quitado el abrigo y el gorro, pero de todas maneras notaba mucho calor, sobre todo en los pies, calzados con botas de fieltro. Las bombillas daban una luz intensa, aunque desigual. Les pasaba una rápida ojeada a los documentos para cerciorarse de que contenían todo lo que podría necesitar en Moscú. En las tesis del Comité Central para el congreso se citaba el año de 1937, por primera vez, como fecha de terminación de las obras. En cuanto al plan de fundición de hierro a nivel de todo el país se había reducido de veintidós millones de toneladas a dieciocho millones de toneladas para finales del plan quinquenal: había vencido el enfoque realista y, por tanto, había llegado el momento de exigir rotundamente lo que hasta entonces sólo se pedía con timidez: viviendas, mecanismos, establecimientos sociales y comunales.

-Voy a dar la salida -anunció el jefe de la estación asomándose a la puerta. El mozo, con abrigo y gorro negros de uniforme, recorrió el vagón con un farol en la mano, murmurando hosamente:

-La hora, ciudadanos, la hora.

Los funcionarios fueron saliendo y una oleada de aire frío irrumpió en el vagón. El mozo cerró la puerta después de arrancar con la puntera la capa de nieve que se había formado en el umbral. Sonó un silbato, al que contestó el pito de la locomotora y el vagón arrancó, meciéndose y traqueteando en las juntas de los raíles.

El pequeño tren corría por la estepa nevada, contorneando el monte en lo alto del cual se alzaba la ciudad, iluminada por el resplandor de los altos hornos y las acerías. En lo que era un descampado cuando llegaron allí cuatro años atrás, había ahora una población de doscientos mil habitantes, una empresa de categoría mundial, un gigante que había dado ya un millón de toneladas de fundición, cientos de miles de toneladas de acero, tres millones de toneladas de mineral... Mark Alexándrovich no se dejaba embargar por los recuerdos. Habría sido una pérdida de tiempo que apenas si le alcanzaba para pensar en las cosas que necesitaba meditar en aquel momento. Ante la inminencia del congreso del partido, su pensamiento volvía a Lominadze, que había salido ya para Moscú con la delegación de la región. Miembro del Comité Central, Lominadze había sido cesado en todos sus altos puestos por errores teóricos y enviado allí como secretario de comité del partido de la ciudad, aunque de hecho era secretario del comité del partido de la empresa, ya que la empresa constituía la ciudad. Tenía la misma edad que Mark Alexándrovich, aunque llevaba dos años más en el partido: él desde 1917 y Riazánov desde 1919. Lominadze era considerado un gran político, inteligente, hábil, con una visión amplia y una firme voluntad. Pero si en el congreso arremetían contra los ex opositores, arremeterían también contra Lominadze, y eso podía perjudicar a la empresa. Porque el metal era importante, pero más importante era la política. Recapitulando la situación, Mark Alexándrovich se inclinaba a pensar que el congreso transcurriría sin incidentes. Así lo decía el propio nombre que le

habían dado: Congreso de los vencedores. Los tres congresos anteriores habían transcurrido bajo el signo de la lucha, y había llegado el momento de demostrar la unidad y la cohesión del partido en torno a la nueva dirección. De todas maneras había que estar prevenido para cualquier eventualidad.

Allá por los tiempos en que no tenía a su disposición un vagón especial y viajaba a Moscú en un vagón de mercancías, en la plataforma o el tejado, con capote y un zurrón a la espalda, no le pasaba por la mente ningún temor. En cambio ahora, que tenía entre sus manos el destino de cientos de miles de personas, que estaba revestido de plenos poderes, que creía firmemente en la justeza de la línea del partido, que no había participado ni participaba en ningún género de oposición, que Sergó le tenía afecto y Stalin le estimaba, precisamente ahora debía sopesarlo todo y temer complicaciones sólo por el hecho de que un año atrás le enviaran como secretario del comité del partido de la ciudad a Lominadze, un hombre que en tiempos había cometido ciertos errores con los cuales no tenían absolutamente nada que ver ni Mark Alexándrovich ni la colectividad que él dirigía.

Además, aquella inesperada e incomprensible detención de Sasha... Al recibir la carta de su hermana le embargó una dolorosa sensación de angustia y desesperanza. Pero no conocía los detalles. El incidente con el profesor de contabilidad no era fundamento para una detención, más aún porque Solts había hecho readmitir a Sasha. La causa más probable podía estar en los comentarios que le hizo Sasha aquella noche sobre la inmodestia de Stalin, la carta de Lenin. ¿Habría leído la carta de Lenin? ¿Dónde, cuándo, a través de quién? La inmodestia de Stalin... ¿Lo habría comentado solamente con él o con alguien más? ¿Eran ideas propias o inspiradas? ¿Inspiradas por quién? Él tenía derecho a saberlo todo. Se trataba de su sobrino y tenía derecho a esperar una investigación minuciosa y objetiva.

En Sverdlovsk estaba esperándole Kirzhak, el representante de la fábrica cerca del comité ejecutivo de los soviets de la región. El tren correo Moscú-Vladivostok, al que debía hacer transbordo Mark Alexándrovich, llevaba retraso, y el jefe de la estación le condujo directamente desde el andén a la sala destinada a los miembros del gobierno y otras personalidades.

Una camarera les sirvió té y bocadillos. Kirzhak, un hombre pequeño, nervioso e inquieto, informó a Mark Alexándrovich del estado de cosas: los abastecedores no cumplían, había poco transporte, los fondos eran escasos, la sección de contabilidad ponía inconvenientes, los organismos regionales no prestaban el debido apoyo. Mark Alexándrovich estaba acostumbrado al tono de agravio con que Kirzhak, buen trabajador, suplía su falta de empuje. Mark Alexándrovich terminó de despachar con Kirzhak y pasó a la sala de la estación. Los pasillos estaban atascados con bultos, sacos, baúles... Las personas que llenaban la sala, entre las que predominaban las mujeres y los niños, estaban sentadas o tendidas en el suelo y en los bancos, se apiñaban en las colas de las taquillas y de los tanques de agua hirviendo para el té. Todo aquello era la aldea con pellizas de piel de carnero y abarcas, ajena a los desplazamientos, con su desconcierto, su angustiosa pobreza y su atraso; la Rusia campesina, removida, arrancada a la tierra.

El cuadro no sorprendía a Mark Alexándrovich: lo mismo ocurría en todos los ferrocarriles del país. Masas de hombres acudían a su empresa, con sus mujeres y sus hijos, cargados con bultos y sacos. Y los barracones donde se alojaban estaban saturados del mismo olor penetrante y agrio a sudor, a piel de carnero y ajos. Así eran las leyes implacables de la historia, así era la ley de la industrialización. Aquello era el final de la aldea antigua, salvaje, desaseada, sin horizontes, mísera e ignorante. Nacía una historia nueva, y todo lo viejo se venía abajo, con dolor y con pérdidas.

El vagón-cama donde viajaba Mark Alexándrovich iba casi vacío. Estuvo trabajando en su departamento y sólo salió al pasillo a eso de las tres de la tarde, cuando ya empezaba a oscurecer.

Los pasos de alfombra apagaban el traqueteo de las ruedas. Las puertas de los departamentos iban cerradas, menos una de donde partían voces, una de mujer y otra de hombre, hablando en francés.

La mujer salió luego al pasillo y sonrió, confusa, al ver a Mark Alexándrovich. Se conoce que no esperaba encontrar a nadie en el pasillo desierto: se dirigía a los aseos en bata y zapatillas, mal peinada, y se daba de manos a boca con aquel ruso al que no había visto antes porque Mark Alexándrovich subió al tren en plena noche, cuando ellos dormían. Era una mujer alta, de unos treinta y cinco años, que usaba gafas con montura de carey. Al volver de los aseos sonrió de nuevo y, cuando entró en su departamento, cerró la puerta.

Luego se abrió la puerta y salió al pasillo un hombre también alto, recio, parecido a Lunacharski. Mark Alexándrovich le reconoció en seguida. Era un conocido socialdemócrata belga, uno de los líderes de la Segunda Internacional. Los periódicos habían dado la noticia, hacía cosa de un mes, de que había pasado por la Unión Soviética y China, camino de Japón, a donde iba a dar una serie de conferencias, y precisamente había pensado Mark Alexándrovich, al leer el sueldo, que aquélla era una prueba de los nuevos contactos, naturales y sensatos en la situación internacional presente.

En seguida entablaron conversación, como suele ocurrir entre personas que han de realizar un largo viaje en compañía. Mark Alexándrovich, que dominaba el inglés, también sabía bastante francés para explicarse. Al poco rato también se unió a ellos la esposa del belga, con falda de lana gris y un jersey que ceñía su pecho bastante fuerte. Su sonrisa expresaba esta vez la agradable sorpresa de haber encontrado a un compañero de viaje que hablara francés.

Charlaron acerca del invierno ruso, de las inmensas distancias del país, de las dificultades que representaban para las comunicaciones y los desplazamientos. En Tokio y en Osaka hacía buen tiempo, en Nagasaki calor y allí frío. Se conoce que las temperaturas bajas estimulaban a los rusos. El belga se lamentaba de haber cruzado Siberia y los Urales sin haber visto la famosa cuenca de Kuznetsk ni las famosas obras de Magnitogorsk. Lo único que se veía desde las ventanillas era la famosa nieve rusa. Y a él le habría gustado ver el «experimento ruso», añadió, disculpando con una sonrisa lo trivial de la expresión.

Trajo de su departamento un número reciente de *Pravda*, que, con motivo del congreso, publicaba un mapa de las obras más importantes del segundo plan quinquenal. Las obras estaban señaladas, según el caso, con altos hornos, automóviles, tractores, máquinas combinadas, locomotoras, vagones, neumáticos, centrales eléctricas... Mark Alexándrovich explicó también que los rollos de tela significan empresas textiles, los panes de azúcar fábricas azucareras y unos circulitos eran rodamientos a bolas. El belga aprobaba riendo, pero observó que aquel programa grandioso sólo era realizable a costa de otras ramas de la economía y, en particular, de la agricultura.

Mark Alexándrovich conocía aquellos argumentos mencheviques. Rusia estaba realizando una segunda revolución, y aquel orondo y respetable caballero, aquel atildado político parlamentario, no la comprendía, como tampoco había comprendido la primera.

Mark Alexándrovich no replicó. No quería meterse en discusiones políticas. Había viajado mucho, tenía costumbre de tratar con extranjeros, pero evitaba entrar en debates políticos, a sabiendas de que ninguno era capaz de persuadir al otro. También en aquella ocasión resistió a la tentación de meterse en debates con el famoso político. Pero tampoco quería darle la impresión de que rehuía la controversia. En ese aspecto, Mark Alexándrovich tenía su amor propio y no estaba acostumbrado a salir vencido. Por eso, al referir sus impresiones de Estados Unidos, donde había trabajado durante dos años en unas acerías, contó una curiosa escena que había presenciado en Nueva York.

Salía de la iglesia una anciana totalmente desvalida, con un vestido negro hasta los pies y un sombrero también negro coronado por una especie de nido de pájaros, sostenida por una joven que podía ser su nieta, o quizás su biznieta, quien la ayudó con mucho cuidado a bajar los peldaños del atrio, la condujo hasta un Packard detenido al borde de la acera, la acomodó en el coche, le dio un beso y cerró la portezuela. Una vez ante el volante, la anciana, que apenas había podido llegar hasta el automóvil, le dio a la llave de contacto y el Packard salió disparado calle adelante.

Mark Alexándrovich no comentó el hecho. Lo refirió, sencillamente, dando algunas chupadas a su pipa con aire bonachón, pero lo insertó en un momento tan adecuado de la conversación que un interlocutor inteligente había de comprender la alegoría de un régimen social que perclitaba, equipado con la técnica más moderna. Eso era América. El belga apreció la sutileza de Mark Alexándrovich, que con tanta diplomacia había indicado a qué nivel estaba acostumbrado a conversar. A Mark Alexándrovich le gustaba hacer gala de su erudición, su ingenio, su amplitud y libertad de miras delante de los extranjeros, considerando que así debía comportarse un hombre revestido de fuerza y poder en su país.

La esposa del belga no comprendió la alegoría. Pero el episodio referido por Mark Alexándrovich le pareció gracioso y rió de buena gana.

Desde la estación, Mark Alexándrovich fue a la Sadova Karétnaia, a la Tercera Casa de los Soviets. La sala destinada a la comisión organizadora se hallaba desierta -todos los delegados habían llegado ya-, pero algunos de sus componentes estaban de guardia. Mark Alexándrovich se registró, recibió el mandato de delegado, la reserva del hotel, los talones para la comida, la carpeta de «Delegado del XVII Congreso del P.C. (b) de la URSS»... Entraba en el ambiente habitual de un congreso del partido, con un orden, un reglamento y una disciplina a los que era necesario y agradable subordinarse; pasaba a ocuparse de algo más importante y elevado que sus ocupaciones de la víspera, despojándose del fardo de los afanes habituales. Era un sentimiento parecido al del viejo soldado que vuelve a ser llamado a su unidad. En el hotel le instalaron en una habitación para tres personas. Una cama, una mesita; no necesitaba más. Mark Alexándrovich sabía que en el congreso se encontraría con muchos viejos compañeros. A algunos los había visto ya en el vestíbulo. Estaban animados, alegres, y su vista confirmó todavía más a Mark Alexándrovich la solidez y la justeza de lo que estaba ocurriendo. Existía un partido, y ese partido tenía unos cuadros maduros, probados, templados, que sabían cómo y hacia dónde conducir las cosas. El hecho de que respaldaran a Stalin era una prueba más de su fuerza. Esos hombres, honrados, abnegados y justos, no consentirían nunca la arbitrariedad legal. Lo que había ocurrido a Sasha era un absurdo. La última carta de Sofía la había recibido diez días atrás. Quizás habrían soltado ya a Sasha. Telefoneó a su hermana. El sonido de su voz le dijo, desde el primer momento, que no se había producido ningún cambio.

-¿Vendrás por casa? -preguntó Sofía Alexándrovna. No tenía ganas de ir al Arbat. Era tarde, no disponía de coche, en la habitación contigua le esperaban unos amigos. Pero si no iba entonces, era difícil prever cuándo encontraría un rato libre.

-Dentro de hora y media podría acercarme, si no te acuestas antes.

-¡Como si yo pudiera acostarme ahora! La visita a su hermana apenó a Mark Alexándrovich. Hablaba con él así como obsequiosamente, rebuscaba ciertos papeles que luego alisaba con dedos trémulos, le miraba con expresión de esperanza mezclada de terror. Para ella, Mark no era su hermano en aquel instante, sino uno de los poderosos del mundo: en su mano estaba ayudar o no a Sasha, salvarle o no salvarle. El sufrimiento agudizaba el sentido de observación de la madre; intuía que aquel asunto le desagradaba a Mark, que deseaba sopesar todas las circunstancias cuando, para ella, no existía más circunstancia que una: Sasha estaba en la cárcel.

Un sordo estado de decaimiento embargó nuevamente a Mark; notó dolor en la nuca. Él amaba a Sofía y amaba a Sasha, pero no podía hacer promesas en el aire. Él era un hombre de experiencia, un comunista.

-Mañana mismo me ocuparé del asunto. Si Sasha no es culpable, le soltarán.

La hermana le contempló con espanto y desconcierto.

-Sasha culpable... ¿Te parece posible?

Era cruel con ella, pero debía estar preparada para todo. De lo contrario, el golpe sería más duro después.

-De algo le acusan... Pero no me marcharé de Moscú hasta saber de qué se trata...

Mark Alexándrovich fue a ver a Budiaguin. Por culpa suya se había encontrado Budiaguin en una situación ambigua, haciendo gestiones por una persona que había sido detenida luego.

Budiaguin tenía una expresión hosca. No mencionó el congreso ni una sola vez y trató los asuntos con Mark de la manera habitual. ¿Estaría dolido porque no le habían elegido para el congreso? Pero era delegado con voz consultiva como otros muchos miembros del Comité Central y de la Comisión Central de Control, conque no había ningún motivo de agravio. Era el orden establecido de siempre. Claro que el congreso no representara quizá para él una fiesta, sino un trabajo más duro y minucioso. De todas maneras... aquel día se notaba en él una hosquedad y un abstracción particulares.

-¿Sabe lo de mi sobrino? -preguntó Mark.

-Sí.

-Cuando entonces acudí a usted, no esperaba yo que las cosas tomaran este giro.

-Lo comprendo -replicó Budiaguin con calma, dando a entender que no le reprochaba nada.

-Es sobrino mío -continuó Mark Alexándrovich-, y tengo derecho de estar informado.

Budiaguin callaba. Acodado en la mesa y con las manos cruzadas junto a la barbilla, contemplaba a Mark Alexándrovich.

-Durante el congreso procuraré hablar con Yagoda o con Beriozin -profirió Mark, concluyendo así la conversación que, evidentemente, Budiaguin no sostenía.

Pero Budiaguin dijo:

-Ellos sabían que es sobrino tuyo.

Mark miró fijamente a Budiaguin.

-¿A qué se refiere?

-A que comprendían que tú tomarías cartas en el asunto. Y ese factor lo han tenido en cuenta. -Luego añadió, mirando a Riazánov de un modo extraño-. Lo de Sasha no es un hecho fortuito.

Lo dijo en el mismo tono que había empleado la vez anterior para decir que Cherniak no era ya secretario del comité de distrito. Pero entonces era un dato que le comunicaba; ahora, un modo de invitarle a explayarse.

¿Estaría preparándose algo para el congreso? Pero ¿qué cosa? ¿Un grupo, una fracción? ¿Buscaban simpatizantes y votos? ¿Otra escisión en la dirección? Pero ¿con quién querrían sustituirle a él. Los viejos líderes estaban comprometidos. ¿Otros nuevos? ¿Quiénes exactamente?... Era empresa condenada al fracaso. El partido no la apoyaría: Stalin era la personificación de su línea, de su política.

Budiaguin y él estaban hablando de una cosa demasiado grave, preñada también de consecuencias graves para dejar la menor sombra de recelo, de ambigüedad en su posición.

-No creo que haya que darle un sentido tan profundo a la detención de Sasha. Un hecho fortuito no puede servir de base para sacar conclusiones tan vastas -declaró firmemente Mark Alexándrovich.

Fijaba en Budiaguin una mirada franca, limpida e inflexible. Era una lástima. Porque se trataba de un buen comunista, un obrero autodidacta, un gran estadista. Pero había vivido demasiados años en el extranjero, apartado del país, y ahora no estaba al tanto de lo que constituía la vida del pueblo, la vida del partido, la vida del propio Mark... Era de esos hombres que se apartan, tropiezan, se desconciertan ante el carácter extraordinario de la época, ante los sacrificios que exige.

-El partido no está ciego, Iván Grigórievich, y usted lo sabe tan bien como yo.

Miraba a Budiaguin. Con él estaban vinculadas la juventud, la guerra civil, cosas tan valiosas que nunca se olvidan. Pero lo esencial, ahora, era su ciudad en lo alto del monte, iluminada por el fuego de los altos hornos y de

las acerías. Ahora eso era la revolución, que continuaba y continuaría incluso si Budiaguin se apartaba de ella como se habían apartado otros.

Mark no pensaba ya en lo que le contestaría Budiaguin. Todo lo que podría aún decir eran ya minucias sin importancia. Por eso, la voz de Budiaguin resonó para él sordamente, desde lejos, y apenas si distinguió las palabras, de cuya amargura no cobró conciencia sino mucho más tiempo después...

-Encarcelamos a los komsomoles -indicó Budiaguin.

... Las antecesas del Gran Palacio del Kremlin, la amplia escalera de mármol y el vestíbulo que precedía la sala de reuniones estaban repletos de delegados, que charlaban en grupos, paseaban, se interpelaban, acudían a las mesas donde les entregaban los materiales del congreso.

Mark Alexándrovich también recogió los materiales, también oyó que le interpelaban: era gente de la cuenca del Donets, donde había trabajado antes. Luego sonaron los timbres y todos se dirigieron hacia la sala. Había sido reconstruida y ahora tenía una vasta galería para los invitados. Todo era nuevo, flamante, olía a madera y a pintura. Al día siguiente escribieron los periódicos: «La sala ha quedado ahora más austera y, al mismo tiempo, más majestuosamente sencilla. Ha desaparecido el lujo recargado de los dorados, las columnas, los escudos, las condecoraciones... La basura de varias épocas ha sido barrida de entre estos muros. Ahora predominan el espacio y la luz.»

Su delegación tenía el lugar asignado en las filas cuarta y quinta, justo frente a la tribuna, al lado de la cual se sentaban Kaganóvich, Ordzhonikidze, Voroshílov, Kosior, Póstishev, Mikoyan, Máximo Gorki. En los peldaños estaba sentado Kalinin, que tomaba rápidamente notas en una libreta, mirando de vez en cuando a la sala a través de sus gafas de campesino con montura de metal.

Los aplausos con que los delegados saludaron la aparición de Mólotov tras la mesa de la presidencia estallaron con fuerza mayor: Stalin había salido por una puerta lateral. Crecían los aplausos, mezclados con el ruido de los asientos al bascular y el de los pupitres desplazarse. Todos los asistentes estaban en pie. Una voz gritó desde arriba: «¡Viva el camarada Stalin! ¡Hurra!...» Todos gritaron: «¡Hurra! ¡Viva el gran estado mayor del bolchevismo! ¡Hurra! ¡Viva el gran líder del proletariado mundial! ¡Hurra! ¡Hurra! ¡Hurra!»

La ovaciones a Stalin se repitieron varias veces... En cuanto Mólotov pronunció su nombre: «En torno al líder y el organizador de nuestras victorias, en torno al camarada Stalin...» Y al final del discurso: «Con el camarada Stalin al frente, ¡adelante hacia nuevas victorias!...» Luego, cuando Jruschov propuso la composición de la presidencia... Y, finalmente, la mayor ovación cuando el presidente anunció: «Tiene la palabra el camarada Stalin.»

Igual que todos, Mark Alexándrovich se levantaba, aplaudía y gritaba «¡Hurra!». Stalin, con guerrera de color algo más claro que la de los otros miembros de la presidencia, estaba en la tribuna y repasaba unos papeles, esperando con calma a que se extinguieran las aclamaciones. Se hubiera dicho que los aplausos y los gritos no los consideraba dirigidos a él, sino a lo que personificaba, a las grandes victorias del país y del partido y que él mismo aplaudía a ese Stalin convencional. Y el hecho de que lo comprendiera -incluso había observado irónicamente en su discurso: «¿No hemos enviado un saludo al camarada Stalin? Entonces, ¿qué más quieren de nosotros?» -creaba una sensación de proximidad entre él y las personas que le aclamaban frenéticamente.

-Si en el Decimoquinto Congreso hubo que demostrar todavía la justeza de la línea del partido y luchar contra determinados grupos antienunistas -dijo Stalin-, en este congreso no hay nada que demostrar ni quizá nadie contra quien luchar. Todo el mundo ve que la línea del partido ha vencido.

Estas palabras confirmaban el pronóstico de Mark Alexándrovich: el congreso transcurriría con calma y no habría complicaciones por causa de Lominadze. El propio Stalin deseaba la cohesión. La lucha había terminado y debían desaparecer también los extremismos relacionados con ella. Y también desaparecerían esos monótonos vótores. Mark Alexándrovich vio confirmadas estas ideas suyas por el modo con que Stalin renunció al discurso de clausura:

-Camaradas: los debates del congreso han revelado la plena unidad de puntos de vista de nuestros dirigentes de partido puede decirse que en todas las cuestiones de política del partido. Como saben ustedes, el balance no ha suscitado ninguna objeción. De modo que se ha evidenciado una extraordinaria cohesión ideológica, política y organizativa de las filas de nuestro partido. Cabe preguntarse si, después de eso, se precisa un discurso de clausura. Yo creo que no se precisa. Por eso, permítanme renunciar a él...

Lominadze habló casi inmediatamente después del informe de Stalin y luego intervinieron otros antiguos oponentes: Ríkov, Bujarin, Tomski, Zinóviev, Kámenev, Piatakov, Preobrazhenski, Rádek. No eran manifestaciones de arrepentimiento, como en el XVI Congreso, sino que hicieron un análisis funcional de sus propios errores y unieron sus voces a la voz del partido. Nadie los interrumpía, ni exigía más ni consideraba insuficientes sus intervenciones. Sólo una vez interrumpió el discurso de Ríkov una exclamación impaciente de «¡Tiempo!».

Piatakov fue recomendado como miembro del Comité Central; Ríkov, Bujarin, Tomski y Sokólnikov, como candidatos. Y la lista del nuevo Comité Central que se distribuyó para la votación era casi idéntico al anterior, salvo las naturales modificaciones que se introducen en cada congreso: unos que acceden a la dirección y otros que se

retiran. Mark Alexándrovich encontró también su nombre en la lista: lo recomendaban como candidato a miembro del Comité Central. Valoró el hecho como reconocimiento del papel que desempeñaba la construcción de su fábrica en el segundo plan quinquenal. En la lista figuraban también otros directores de grandes obras o de fábricas importantes, enseñas de la época, enseñas de la industrialización del país.

Budiaguin no figuraba en la lista.

Por cierto, que Sasha visitaba a menudo la casa de los Budiaguin. ¿No habría mantenido delante de él Iván Grigórievich conversaciones poco ortodoxas? ¿No le habría dado él a leer la carta de Lenin? ¿Y si le había involucrado en algo más que en conversaciones?

Mark Alexándrovich no tenía trato con Yagoda ni con Beriozin. Pero el caso de Sasha no era tan importante como para acudir a Yagoda, el presidente de la OGPU. Además, no le agradaba aquel hombre hosco e introvertido. En cambio, sí era natural dirigirse a Beriozin, puesto que él llevaba esos asuntos. Sin embargo, Mark Alexándrovich se encontraba siempre retenido por alguien durante los descansos o no lograba localizar a Beriozin, que desaparecía de pronto.

La ocasión propicia se presentó el 31 de enero, durante la manifestación organizada en honor del XVII Congreso del partido.

Aquella fue la manifestación más grandiosa que había visto Mark Alexándrovich, y había visto muchas. En poco más de dos horas pasaron por la plaza Roja un millón largo de personas, ya de noche, con un frío intensísimo. La luz de los reflectores hacía más imponente aún aquella manifestación.

«¡Stalin!» Era la única palabra que figuraba en todas las pancartas, que gritaban a compás los manifestantes, que flotaba en el aire helado. Y todas las miradas se volvían hacia el mausoleo donde estaba él, con capote y gorro de piel. Los que se hallaban a su lado también llevaban gorro de piel, pero sólo Stalin se había bajado las orejeras. Tenía frío y aquella circunstancia hacía más sencilla y humana su imagen para aquel millón de personas que también tenían frío; pero él lo sentía más porque ellos caminaban mientras que él permanecía varias horas quieto en la tribuna del mausoleo para saludarlos.

Con los otros delegados del congreso, Mark Alexándrovich se hallaba en una tribuna al pie de la muralla del Kremlin. Aunque allá en sus obras se había acostumbrado a temperaturas todavía más rigurosas, notaba frío en los pies porque había venido con calzado corriente en lugar de ponerse botas de fieltro. Encontró a Beriozin, se situó cerca de él y se le acercó cuando comenzó la manifestación después del mitin. En el broncíneo rostro esquimal de Beriozin apareció la expresión tensa y expectante de la persona a quien acude la gente con cuestiones de vida o muerte. Hizo una cortés inclinación de cabeza -se hallaba ante un delegado del congreso- y saludó incluso afablemente a Riazánov cuando éste se nombró. Mark Alexándrovich expuso brevemente el asunto de Sasha, aludió al periódico mural y mencionó a Solts, dijo que respondía de su sobrino, aunque admitía que, como reacción a acusaciones injustas, los pocos años y el acaloramiento podían haberle hecho decir cosas que habría sido preferible callar. En el caso de que Sasha hubiera sido detenido por otros motivos, rogaba que se le informara, pues el asunto de su sobrino tenía que afectarle por fuerza. Beriozin escuchaba atentamente, volviéndose de vez en cuando hacia los manifestantes que pasaban por la plaza y entonces su rostro, iluminado por los reflectores, aparecía tumefacto y fofo, con expresión de cansancio. Escuchaba a Mark Alexándrovich en silencio

-sólo pidió que le repitiera el apellido de Sasha-, y al ruego de que le informaran acerca del asunto de su sobrino contestó con una sonrisa: «Oculto en profunda oscuridad...», dándole a entender que él no estaba enterado del caso y que, aunque lo estuviera, no era el momento ni el lugar para hablar de ello. Y tampoco en lugar más adecuado hubiera podido decir nada: gajes del oficio.

-Estudiaré el asunto y haré todo lo posible. La investigación se llevará a cabo minuciosa e imparcialmente. La respuesta le pareció a Mark seria, sincera y bien intencionada. Se apartó de Beriozin más tranquilo.

Mark Alexándrovich habría querido hablar también con Solts. Pero Solts no asistía al congreso por enfermedad. Ir a molestarle a su casa le pareció violento e incluso innecesario después de su conversación con Beriozin.

Mientras los moscovitas desfilaban por la plaza Roja iluminada, saludando a Stalin de pie en la tribuna del mausoleo, había llegado la hora de la cena en la cárcel de Butírskaia. En el pasillo se escucharon pasos apagados por las botas de fieltro, roces, el rechinar de una cerradura, el choque de una cuchara contra una escudilla metálica, el

chorro del agua hirviendo al caer en un jarro. Giró la mirilla redonda de la cerradura, dejando pasar un punto de luz que al instante desapareció, oculto por una cabeza: era el vigilante que inspeccionó la celda, luego soltó la mirilla y abrió el ventanillo.

-¡La cena!

Sasha presentó la escudilla. El repartidor, uno de los comunes, dejó en ella un cucharón de cereales hervidos, tomándolo de una cacerola que sostenía con ambas manos su ayudante, también de los comunes, y llenó el jarro con agua hirviendo de la tetera. El vigilante estaba al tanto de que Sasha no le entregara nada al repartidor y de que los repartidores no mirasen a Sasha.

En aquel corredor estaban los presos políticos. Ellos también se acercaban al ventanillo con la escudilla y el jarro, donde les ponían los cereales hervidos y el agua caliente.

¿Quiénes serían aquellos hombres? En dos semanas, Sasha no había logrado ver más que a dos reclusos, aparte de los repartidores. Uno era el peluquero, un hombrecillo viejo, de frente estrecha, barbilla puntiaguda y ojos despiadados de asesino. Afeitaba con una navaja mellada. Sasha optó por dejarse barba para no volver a verle. El segundo era un delincuente común, joven, de cara fofa, afeminada. Estaba barriendo el pasillo y se puso de cara a la pared cuando Sasha pasó conducido por su lado porque le estaba prohibido mirar al recluso que pasaba y mostrarle a él su rostro. De todas maneras, Sasha notó que le lanzaba de reojo una mirada curiosa e incluso divertida.

Cuando Sasha era conducido al patio o al aseo, todas las celdas parecían muertas. Sin embargo, la primera noche oyó, después de la cena, que alguien pegaba con cuidado en la pared de la derecha. Eran unos golpes leves y rápidos, con pausas cortas, y un roce como si frotaran la pared con algo. Luego cesó todo: el vecino esperaba su respuesta. Sasha no contestó porque no sabía cómo hacerlo. Al día siguiente, y también después de la cena, se repitieron los golpes.

Para que su vecino supiera que le oía, Sasha pegó varias veces en la pared con los nudillos. Desde entonces, hacía lo mismo todas las noches. Pero no podía descifrar el mensaje del otro, aunque captaba cierta lógica en aquel modo de comunicarse: unos cuantos golpes, una breve pausa, más golpes y un roce. Y a pesar de que Sasha no comprendía lo que intentaba decirle su vecino, le emocionaba aquel golpeteo sigiloso, lleno de tenaz esperanza carcelaria.

En la pared de la izquierda, nadie golpeaba ni contestaba a sus golpes.

Sasha se comió los cereales, relamió la cuchara para remover con ella el té y el azúcar en el jarro, se tomó el té ya frío y empezó a andar por la celda: seis pasos desde la pared hasta la puerta y otros tantos de una esquina a otra. A despecho de las leyes de la geometría, la hipotenusa era más larga que el cateto, aunque la diferencia era tan insignificante que no se advertía. Tres de las esquinas estaban ocupadas por el zambullo, el catre y la mesa respectivamente. Desde el techo vertía su luz opaca una bombilla envuelta en tela metálica. También a ras del techo, la ventana con un minúsculo cristal sucio formaba una especie de profunda tronera oblicua detrás de unos gruesos barrotes de hierro.

Los zapatos sin cordones se le salían de los pies y pegaban contra el suelo de hormigón. A falta de cinturón, se había ajustado el pantalón abrochando el ojal más alto de la bragueta a uno de los botones destinados a los tirantes. Quedaba torcido y le molestaba para andar, pero al menos se había librado de la sensación humillante que se experimenta cuando se le caen a uno los pantalones.

A Sasha no le llamaban a declarar ni le habían leído sus cargos. Sabía que la acusación debía serle presentada dentro de un plazo determinado, pero ignoraba cuál era ese plazo y no tenía posibilidad de enterarse.

A veces le parecía que se habían olvidado de él, que estaba allí emparedado para siempre. No se permitía fijar la mente en esa idea y sofocaba la inquietud que le causaba. Había que esperar. Le llamarían, durante el interrogatorio quedaría todo aclarado y le liberarían.

Se imaginaba su vuelta a casa. Llamaría al timbre... No; eso sería demasiado inesperado. Telefonearía diciendo: «Sasha está a punto de llegar.» Y luego se presentaría. «Hola, mamá. Soy yo... »

La idea de lo que estaría sufriendo le resultaba insopportable. Quizá no supiera siquiera dónde se encontraba Sasha y andaría de una cárcel a otra, pequeñita y asustada, haciendo colas interminables. Todas las cosas se olvidan, pero ella no podría olvidar nada, no se repondría del golpe. Y le entraban deseos de pegarse contra aquellas paredes, de sacudir la puerta de hierro, de gritar, de pelear...

Rechinó la cerradura al abrirse la puerta.

-¡Al aseo! Sasha se echó la toalla al cuello, agarró el zambullo y echó a andar por el pasillo delante del celador. En el aseo, el olor a cloro era todavía más fuerte que en la celda.

Sasha enjuagó el zambullo y le echó cloro porque olía, aunque apenas si lo utilizaba. Luego volvió a la celda, y la puerta de hierro se cerró, esta vez hasta por la mañana.

Las estrellas no se habían extinguido aún tras el borroso cristal pegado al techo, y ya se escuchaba nuevamente movimiento en el pasillo. También rechinó la cerradura de su puerta.

-¡Al aseo!

Comenzaba un día corriente de la cárcel. Giró la mirilla, se abrió el ventanillo.

-¡El desayuno!

El repartidor llevaba colgado del cuello una gran bandeja de madera con trozos de pan de centeno, montones de azúcar, de té y de sal, cajetillas de cigarrillos Box desgarradas por el centro, fósforos y trocitos de papel de lija de las cajas de cerillas. Sasha tuvo suerte. A cada recluso le repartían ocho cigarrillos diarios, pero la cajetilla tenía veinticinco, de modo que al tercero le quedaban nueve y, además, el trozo de cartón del fondo de la cajetilla que, al fin y al cabo, servía para escribir. Y eso fue lo que le correspondió aquel día a Sasha.

Quizá le sirviera para mandar alguna nota al exterior. Anduvo buscando un lugar donde esconderlo y por fin lo deslizó detrás del radiador de la calefacción. El pan que daban era pesado, estaba mal cocido y la corteza se desprendía; pero, por las mañanas, olía, a pesar de todo, a auténtico pan de centeno reciente. Aquel olor le recordaba a Sasha un suceso ocurrido hacía ya tiempo. La madre había llevado a la tahona la harina que le dieron al padre en lugar de pan por la ración de medio año. En la tahona recibieron luego más pan del correspondiente a la cantidad de harina que habían llevado, y aquella misteriosa hornada le trabajó la imaginación durante mucho tiempo. Transportaron el pan a su casa en un pequeño trineo. Y la sensación de aquel invierno de hambre, el rechinar de la nieve bajo los deslizadores del trineo revestidos de metal, el tibio aroma del pan recién cocido, la alegría de la madre al pensar que aquel pan debidamente secado les permitiría tirar todo el invierno, todos esos detalles los recordaba ahora al tomarse el té con una corteza de pan. Notó que se le oprimía el corazón: aquellos recuerdos de la infancia eran demasiado humanos para la cárcel, para la celda casi oscura donde se encontraba encerrado sin que supiera por qué.

Rechinó la cerradura, se abrió la puerta y apareció un soldado con zamarra de carnero hasta los pies y el fusil entre las manos.

-¡Al patio!

Vestirse, salir de la celda, torcer a la izquierda hasta el final del corredor, esperar a que el soldado abriera la puerta del patinillo, luego volver por el mismo camino, con el mismo abrir y cerrar de puertas... Y, para todo ello, veinte minutos incluido el paseo.

El patinillo cuadrado tenía como límites los muros de dos pabellones de la cárcel, por el tercer costado una tapia muy alta y, por el cuarto costado, una torre redonda de ladrillo llamada torre de Pugachov, según se enteró más tarde. Sasha caminaba en círculo por un camino abierto en la nieve. También había senderos que cruzaban el patio porque algunos reclusos preferían caminar de esquina a esquina y no en redondo. El soldado se quedaba a la puerta del pabellón, recostado contra el quicio y con el fusil entre las manos, fumaba unas veces y otras miraba a Sasha por entre los párpados entornados.

La nieve apisonada crujía bajo los pies... La cúpula azul del cielo, las estrellas ateridas de color celeste, el lejano rumor de la calle, el olor a humo y a carbón encendido enervaban a Sasha. Las lucecillas que divisaba por las ventanas de otras celdas demostraban que no se hallaba allí solo. Después del olor nauseabundo de la celda, el aire fresco le mareaba. La vida en la cárcel también era vida; el hombre vive mientras respira y espera. Y a los veintidós años toda la vida es esperanza.

El soldado apartaba el hombro del quicio, pegaba con el fusil en la puerta, abría la de dentro.

-¡Pase!

Sasha terminaba su vuelta y abandonaba el patio. Subían la escalera, tintineaban las llaves, la puerta de la celda se cerraba y se encontraba de nuevo entre las paredes desnudas, con el catre, la mesa, el zambullo y la mirilla de la cerradura. Sin embargo, todavía duraba mucho tiempo la sensación estimulante del aire helado y el ruido lejano de la calle. Sasha se paraba frente a la ventana contemplando el retazo de cielo invernal, la apacible bóveda azul que acababa de ver sobre su cabeza. Había otra cosa con la que gozaba también: la ducha. Le llevaban una vez por semana, de noche. Se abría la puerta y el soldado despertaba a Sasha preguntándole:

-¿Hace mucho que se ha duchado?

-Sí.

-Vamos.

Sasha saltaba del catre, se vestía a toda prisa, cogía la toalla y salía de la celda. En el vestuario, el soldado le daba un trozo minúsculo de jabón grisáceo y Sasha se metía en el cubículo. El agua salía unas veces caliente y otras fría y no había con qué regularla. Sasha se metía debajo de la ducha y se encontraba tan a gusto que se ponía a cantar. Pensaba que su voz, apagada por el ruido del agua, no llegaría hasta su guardián, sentado en el poyo de la ventana del vestuario. Aquel soldado, bajito, alegre y de buena pasta, al parecer, aguardaba pacientemente, sin meter prisa a Sasha. Se conoce que le daba igual esperar a que se duchara él o se duchara otro. Sasha se pasaba allí mucho rato. El jabón se convertía en una bolita blanda, pero él continuaba bajo la ducha, dando vueltas para que el agua le pegara en la espalda, en el vientre, en las piernas... «Corría la troika al son de las campanillas. Bri-llaban luces a lo lejos... Quién podrá quitarme ahora la nostalgia del recuerdo...»

Volvía al vestuario, se secaba y el soldado le contemplaba, quizás preguntándose lo que haría allí aquel muchacho tan joven y al parecer instruido o quizás admirando su recia complejión.

Una noche le despertó el soldado con la pregunta de siempre:

-¿Hace mucho que se ha duchado?

Sasha se había duchado la noche anterior y el soldado debía de estar confundido.

-Sí.

-¡Vamos!

Ya fuera del cubículo, Sasha observó mientras se secaba:

-¡Ojalá fuera más a menudo!

El soldado bajito no contestó nada, pero a la noche siguiente fue a buscarle de nuevo. Y Sasha empezó a ir casi todas las noches a la ducha. A veces tenía sueño y le daba pereza levantarse; pero si se negaba, quizás no volviera el soldado a buscarle a la otra noche. ¿A qué se debería ese trato de favor? Es posible que los otros reclusos se negaran a ducharse de noche y el soldado se aburriera. Muchacho campesino parsimonioso, le daría pena ver cómo corría el agua sin provecho. O quizás correspondiera así al interés de Sasha por la ducha de la que él estaba encargado.

Sasha se despertó al oír el chirrido de la cerradura. Entró un soldado; pero no el que le llevaba a la ducha sino otro, al que no conocía, con un enorme manojo de llaves colgado del cinto. El celador se quedó en la puerta.

-¿Apellido?

-Pankrátov.

-Vístase.

Sasha se levantó del catre. ¿Adónde le llevarían? ¿Irían a ponerle en libertad? Pero ¿por qué de noche? ¿Qué hora sería?

Quiso ponerse el abrigo.

-No hace falta.

El soldado le indicó con un movimiento de cabeza que torciera hacia la derecha y fue tras él. Caminaron un buen rato por corredores cortos, por delante de huecos de escaleras revestidos de tela metálica. Antes de abrir la puerta metálica de cada uno de los pasillos, el soldado pegaba en ella con la llave. Del otro lado contestaban con golpes idénticos, y sólo entonces abría él la puerta.

Sasha caminaba delante del soldado tratando de adivinar, por la dirección, hacia qué parte de la cárcel se dirigían. Habían subido y bajado varios tramos de escalera y, según sus cálculos, habían llegado a la planta baja.

También había allí muchas puertas, pero no metálicas, sino de madera, sin ventanillos ni mirillas. El soldado llamó a una.

-¡Adelante!

Un rayo de luz deslumbró a Sasha. Un hombre sentado detrás de una mesa había girado la lámpara, orientándola hacia el rostro de Sasha, y éste se quedó quieto, cegado por el estrecho rayo luminoso, sin saber qué hacer ni hacia dónde ir.

La lámpara bajó, iluminando la mesa y a la persona sentada detrás.

-¡Síntese!

Sasha obedeció. Se hallaba ante el juez de instrucción, un hombre joven, rubio y escuálido, con grandes gafas de concha y tres barras en el cuello de la guerrera. Sin el uniforme, era el típico activista rural del Komsomol, bibliotecario y maestro a la vez, que Sasha conocía a la perfección y estimaba. Encima de la mesa había un formulario que se puso a llenar... Apellido... Nombre... Patronímico... Año de nacimiento... Lugar de nacimiento... Domicilio.

-¡Firme usted!

Sasha firmó. En el formulario figuraba también el apellido del juez de instrucción: Diákov. Dejó la pluma apoyada en el tintero y miró a Sasha.

-¿Por qué motivo está aquí encarcelado?

Lo que menos esperaba Sasha era aquella pregunta.

-Yo pensaba que me lo diría usted.

Diákov se recostó en el respaldo de la silla con movimiento impaciente.

-¡Déjese de tonterías! Y no se olvide de dónde se encuentra. El que hace las preguntas aquí soy yo, y usted contesta. Conque le pregunto: ¿por qué le han detenido?

Lo dijo como si alguna otra persona hubiera detenido a Sasha y ahora tuviera que vérselas él con el asunto. Sasha no podía ignorar el motivo de su detención y no había que perder tiempo porque, cuanto antes empezaran, mejor sería. La estancia se había sumido en la oscuridad. Únicamente la mesa recibía la luz de la lámpara. Por eso, cuando Diákov se echaba hacia atrás, su rostro desaparecía y su voz llegaba desde las tinieblas.

--Será por la historia del instituto -aventuró Sasha.

-¿Qué historia es ésa? -preguntó Diákov sin mostrar interés, como si ya conociera esa historia y supiese que no tenía nada que ver con la detención de Sasha, como si todos los detenidos empezaran con evasivas por el estilo y no hubiera más remedio que escucharlos por mucho que fastidiara la estéril monotonía de esas denegaciones.

¿Sería una argucia del juez de instrucción? ¿Y si, en efecto, no sabía nada?

Todo tomaba un cariz distinto a lo que esperaba y se había preparado Sasha. Le embargaba la misma sensación de angustia y mareo que cuando era pequeño y se subía al tejado de la casa por la escalera de incendios: el extremo superior oscilaba porque los garfios se habían separado de la pared y había que captar el momento en que más se aproximaban al tejado para pegar el salto. Desde la altura del octavo piso veía en el profundo pozo del patio a los chicos que le miraban, anhelantes, con la cabeza levantada. Le embargaba el miedo al pensar que se quedaría corto en el salto, que no lograría apartar a tiempo los pies de las escaleras y se estrellaría contra el asfalto.

Esa misma sensación de peligro mortal se apoderaba ahora de él frente al juez de instrucción, y con la misma angustia y la misma desesperanza se le oprimía el corazón. Su asunto era una tontería, una nimiedad; pero, presentado bajo la forma de un delito político, con detención, cárcel, interrogatorios, se volvía terrible. Se hallaba frente a un camarada, a un comunista, pero Sasha era un enemigo para él.

De todas maneras tenía que defenderse, tenía que decir lo que había pensado decir. Y con las palabras que tantas veces se había repetido mentalmente en la celda, Sasha habló del conflicto con Azizián, del periódico mural y de Solts.

-Pero ¿no dice usted que la Comisión Central de Control dispuso su readmisión?

-Sí.

-Entonces no le han detenido por eso, sino por alguna otra cosa...

-No hay nada más.

-Reflexione, Pankrátov: ¿iban a detenerle por una discusión con el profesor de contabilidad o por un número desafortunado del periódico mural? ¿Se ha creído que aquí cazamos gorriones a cañonazos? Tiene usted una idea muy extraña de lo que son los órganos de la Cheká.

-¿De qué se me acusa?

-¿Quiere usted una acusación formal? ¿Cree que va a ganar algo con eso?

-Quiero saber por qué me han detenido.

-Y nosotros queremos que usted mismo nos lo diga. Le brindamos la oportunidad de ser honrado y sincero ante el partido.

-Dígame lo que se me imputa, y yo contestaré.

-¿Con quién ha mantenido conversaciones contrarrevolucionarias?

-¿Yo? ¡Con nadie! Yo no podía sostener esas conversaciones.

-¿y quién las sostuvo con usted?

-Tampoco las sostuvo nadie conmigo.

-¿Insiste en eso? -Sí, insisto. Diákov frunció el ceño, cambió de sitio unos papeles sobre la mesa... -En fin, es una lástima. Nosotros esperábamos otra cosa de usted. No quiere decir la verdad, no quiere ser sincero. No es forma de mejorar su situación.

-Aparte de lo ocurrido en el instituto, no veo nada más.

-De manera que le han detenido sin más ni más, ¿verdad? Nosotros encarcelamos a personas inocentes, ¿eh? Incluso aquí continúa usted su propaganda contrarrevolucionaria. Y eso que no somos la gendarmería, ni la tercera sección ni siquiera un simple cuerpo punitivo. Nosotros somos el destacamento armado del partido. Y usted, Pankrátov, es un hombre de dos caras. ¡Eso es!

-¡Usted no puede decirme eso!

Diákov pegó un puñetazo en la mesa.

-¡Ya lo creo que puedo! Eso y mucho más. ¿O se ha creído que ha venido a un balneario? Aquí también se pueden crear otras condiciones para gente de su calaña. A usted no le han perseguido a tiros los kulaks. Usted ha vivido siempre a costa de la clase trabajadora y también ahora está viviendo a costa del Estado, que le da estudios, que le paga una beca y encima usted le engaña. [\[14\]](#)

Guardó unos instantes de hosco silencio y luego dijo de mala gana, como quien cumple una obligación innecesaria e inútil:

-En fin, levantaremos acta de todo lo que ha dicho aquí.

Se puso a escribir, haciéndole alguna que otra pregunta a Sasha: cuándo y con quién había sacado el periódico mural, cuándo se había producido el conflicto con el profesor de contabilidad y por qué motivo, cuándo y dónde le habían expulsado y qué cargos habían presentado contra él. Cuando terminó de escribir, le presentó el folio a Sasha.

-Léalo y firme, y se echó hacia atrás. Sasha notaba su mirada fija en él. Diákov observaba la expresión de su rostro, aprovechaba aquella pausa para verle bien.

[14] Kulak: campesino rico.

Todo lo escrito por Diákov era cierto, pero expuesto parcialmente. Habían sacado un periódico mural para las fiestas de la revolución, habían publicado en él unos epigramas que hacían mofa de los estudiantes *udárniki*, habían participado tales y tales, había sido expulsado por la célula y por el comité de distrito... Desde luego, todo aquello estaba recogido por pura fórmula, para dejar constancia en el acta del interrogatorio; pero el motivo de la detención debía de ser otro. De todas maneras, dijo:

-Aquí no se indica que fui readmitido en el instituto por decisión de la Comisión Central de Control. Diákov tomó el papel con el ceño fruncido.

-¿Y qué escribieron en la orden de readmisión del instituto?

-Lo que escribieron no es del todo exacto... Diákov le interrumpió:

-Yo no pregunto lo que debían escribir, sino lo que escribieron.

-«En vista de que el estudiante Pankrátov ha reconocido sus errores...» Diákov tomó la pluma y añadió al pie de lo escrito: «Luego me readmitieron en el instituto por haber reconocido mis errores.» y de nuevo presentó la hoja a Sasha. Sasha firmó. Diákov recogió la hoja y la dejó aparte.

-Le recomiendo reflexionar, Pankrátov. Nosotros no deseamos perderle para la causa común. Ésa es la única razón de que le tratemos con tanto miramiento. Estamos portándonos con benevolencia. Compréndalo. y aprécielo. Rebusque en su memoria. Rebusque.

Se levantó, abrió la puerta y le dijo al soldado:

-¡Lléveselo!

Sasha volvió a su celda. Rechinó el cerrojo. A través del cristal sucio seguían brillando las estrellas invernales. ¿Las del crepúsculo o las del amanecer?

Oyó unos golpes en la pared. Su vecino preguntaba probablemente adónde le habían llevado. Sasha contestó con los tres golpes de siempre y se tendió en el catre sin desnudarse.

¿Qué querría Diákov de él? ¿Qué tenía que confesar? «¿Con quién había sostenido conversaciones contrarrevolucionarias?» ¿Qué conversaciones? Estaba seguro de que le habían detenido por lo del instituto. El descubrimiento de que no era eso le dejó confuso porque lo cambiaba todo. Él esperaba encontrar comprensión y confianza. Resultaba todo lo contrario. Si lo ocurrido en el instituto no era el motivo de la detención, eso significa que había otro y el fiscal lo había considerado convincente. ¿A quién se le podía haber ocurrido acusarle de contrarrevolucionario? Él no disentía del partido. Ciento que los aduladores y los tiralevititas incensaban a Stalin, pero él no había hablado nunca de ello con nadie porque eso no era lo esencial en Stalin. Únicamente con Mark lo comentó; pero Mark no podía haber transmitido esa conversación. ¿Y si estuviera detenido también él? Durante el registro, el mandatario había estado mirando su fotografía y dándole vueltas. ¿Pretendería Diákov que él hiciera declaraciones contra Mark? ¿Pensaría que se iba a acobardar?

¿Budiaguin? Quizá. Era amigo de Eismont y de Smirnov. Los Smirnov vivían también en la Quinta Casa de los Soviets. La hija de Smirnov, una chica rubia y bajita, había estudiado en la misma escuela que ellos. A Iván Grigórievich le habían hecho volver del extranjero en primavera, precisamente después del asunto Smirnov-Eismont. Se habrían enterado de que Budiaguin telefoneó a Glinskaia, de que Sasha solía visitar su casa y ahora querían sonsacarle algo a él contra Iván Grigórievich. ¡Tonterías! Se estaba pasando de listo. A nadie detenían por ser sobrino de una persona determinada ni por ir a una escuela determinada tampoco. Sin embargo, por algo le tendrían allí... No iba a fingir el juez de instrucción.

Sasha repasaba día por día los últimos meses de su vida. ¿Habría dicho algún disparate en un momento de acaloramiento? Pero ni siquiera le había contado a nadie lo ocurrido en el instituto... Lo sabían únicamente los de la pandilla: Nina, Lena, Varia, Max, Yuri...

¡Yuri Sharok! Habían regañado la noche de Año Nuevo... Pero Yuri no era capaz de semejante vileza. ¿Los chicos del grupo? ¿Kovaliov?

¡Pero si no se trataba de los del instituto! entonces, ¿qué?

Por la tarde se presentó en su celda un oficial de prisiones con dos barras en el cuello de la guerrera. Sasha se levantó maquinalmente, como estaba acostumbrado a hacer en su casa, con un movimiento que luego no pudo perdonarse.

-¿Apellido?

-Pankrátov.

-¿Quejas?

-No me llegan paquetes de casa.

-Hable con su juez de instrucción.

-¿Periódicos, libros?

-Todo al juez de instrucción.

Y salió. El celador cerró la puerta.

La experiencia de la cárcel la proporciona la propia cárcel. El detenido aislado que llega por primera vez ha de descubrir por sí mismo el conjunto de reglas tácitas que constituyen el modo de vida elaborado por generaciones anteriores de reclusos. La visita del oficial de prisiones le dio a entender a Sasha que había pasado a una categoría distinta: había comenzado la instrucción de su causa. Al oficial no le importaban las quejas de Sasha. Le había dado a entender que del juez de instrucción dependía no solamente su destino sucesivo, sino también el modo en que sería atendido allí.

Desde aquel día, la vida de Sasha, que en apariencia continuó siendo igual que durante las semanas anteriores, en realidad cambió bruscamente.

Antes esperaba con impaciencia y esperanza que le llamaran a declarar; ahora, con oculto temor. Le asustaban las incógnitas que el juez de instrucción podía plantearle de pronto y para las cuales no estaba preparado, de manera que quizás no supiera cómo justificarse, ahondando así el precipicio de desconfianza y suspicacia existente entre ellos.

16

Los Sharok no simpatizaban con los Pankrátov. No les gustaba el padre, que era ingeniero, ni la madre «demasiado leída», ni mucho menos su hermano, uno de éstos, de los que mandan. La madre de Sasha solía sentarse en el patio con las «intelectuales»; la madre de Sharok, con las ascensoristas y las porteras. Interpretaron así la detención de Sasha: los «camaradas» se dan de dentelladas; quiera Dios que se muerdan la garganta los unos a los otros.

Pero Yuri Sharok no podía permanecer indiferente a la detención de Sasha. Al fin y al cabo, eran de la misma pandilla.

Ahora bien, ¿qué le unía a esa pandilla? No existía una amistad verdadera. Lo más que hacían era soportarle todos ellos: la histérica de Nina, el cretino de Maxim, el charlatán de Vadim... Ahora, todo serían aspavientos de condolencia. Pues con él que no contaran...

Lena... Buena mujer, agradable, sin malestar, pero ajena. Y como mujer de su casa... ¿Qué sabía hacer? ¿Preparar el café? Ponía mucho afán en agradarle, pero lo único que conseguía era irritarle con su torpeza. Además, tenían la misma edad. Al padre de Yuri, con sus sesenta años, daba gusto verle. En cambio ella, a los cuarenta, sería tan gorda como Ashjén Stepánovna, su mamá. Stalin no estaba contento de Budiaguin; la propia Lena lo había dicho. Y Yuri sabía muy bien cómo terminaba eso de que Stalin «no estuviera contento». La casa de los soviets, el piso lujoso, no eran más que fachada. Budiaguin le había hecho observaciones sobre la justicia soviética; pero ¿qué entendía él de eso? Se había quedado rezagado con su ingenua conciencia de partido. Había aparecido una fuerza capaz de doblegar a robles más fuertes que él. ¿Con qué cara iba a mirar a su padre si Budiaguin se hundía? Conque la hija de un comisario del pueblo, ¿eh?

¡Se acabó! Moscú estaba lleno de chicas bonitas. Vika Marasévich, por ejemplo. Bastaría un gesto. ¿Y Varia Ivanova? Un encanto de chiquilla.

Dejó transcurrir una semana sin telefonear a Lena. Ya le llamaría ella. Y él le contestaría de modo que no volviera a hacerlo. Pero cuando oyó su voz por el auricular

-«¿Dónde te metes, Yuri?»-, se turbó, farfulló que andaba muy ocupado, que estaba escribiendo la tesis y viendo adónde le destinaban, que volvía a su casa a las tantas de la noche, que en el instituto sólo había un teléfono público, y estropeado, por si fuera poco...

Ella hizo bocina con la mano sobre el micrófono del teléfono para decir:

-Te echo de menos.

-En cuanto tenga un momento libre, te llamo. Quizás la semana que viene.

Sin embargo, tampoco la semana siguiente le telefoneó ni tampoco la otra. No telefonearía. ¡Nada de explicaciones! Fue Lena quien llamó de nuevo.

-Necesito verte, Yuri.

-Ya te dije que en cuanto tuviese un momento libre te llamaría.

-Tengo necesidad de verte con urgencia.

-Está bien -rezongó Yuri-. A las nueve junto al cine Judózhestvenni.

Contornearon la plaza del Arbat, y echaron a andar por el bulevar Nikitski. Hacía un frío tremendo. Lena llevaba un abrigo de pieles, manoplas rojas y un sombrerito redondo de piel sobre un pañuelo de lana que le tapaba las orejas. La caña de las botas ceñía las pantorrillas esbeltas y bien formadas, cosa que siempre agitaba a Yuri. Y aquel perfume suyo... ¿Quizás aquella noche por última vez?... Porque no era cosa de andar paseando con aquella helada.

-¿Te has enterado de lo de Sasha? ¡Qué espanto! -observó Lena.

Yuri se encogió de hombros.

-Le han detenido...

-¿Y no te da lástima?

-No se trata de lástima. Él desdeña a todo el mundo. Y él a mí no me inspira confianza. Sí, lo que oyes: no me inspira confianza.

-¡Que no te inspira confianza Sasha!

-Cuando mi admisión en el Komsomol, Sasha dijo que yo no le inspiraba confianza. Y nadie se molestó por eso. Pero cuando lo digo yo causa indignación.

Lena se turbó, asustada por su estallido de cólera.

-Te aseguro que toda la pandilla tiene muy buena opinión de ti.

-Eso es condescendencia. Y a ti te ocurre lo mismo.

La muchacha le miró desconcertada. Buscaba un pretexto para regañar, se había pasado dos semanas sin dar señales de vida. Y Lena no se atrevía a decirle por qué le había llamado.

Llegaron en silencio hasta la puerta de Nikitski.

-¿Volvemos?

-Vamos a llegar hasta el monumento de Pushkin. Cuéntame cómo te van las cosas.

Yuri se encogió de hombros. No tenía nada que contar. Estaba harto.

-¿Sabes algo del destino?

-Nada.

Pushkin dominaba la plaza, espolvoreado de nieve.

-Vamos a sentarnos un poco. Estoy cansada.

Con cara hosca, Yuri quitó la nieve de un banco para que se sentara. Él se quedaría de pie, así, mirando hacia el monasterio de la Pasión... No escuchó, sino que intuyó la inquietud con que aspiró profundamente.

-Yuri, estoy embarazada.

-¿Estás segura?

-Sí.

-¿No será una retención?

-Hace ya dos semanas.

Justo las dos semanas que llevaba sin verla. Dos semanas atrás habrían encontrado algún remedio. Pero ahora un aborto... ¿Cómo habría ocurrido? Con tanto cuidado como había puesto él. Además para un caso así, ¿sería posible que no tuviera ella algunas píldoras, algunos comprimidos extranjeros?

-¿Has hecho algo?

-Quería consultarla contigo.

-Yo no soy médico.

Añadió hosca, como si Lena no se hubiera quedado embarazada nada más que para fastidiarle a él.

-Yo no quiero entrar de esta manera en vuestra familia.

Ella se extrañó:

-¿Qué importancia tiene?

-Hay que esperar.

Tomó asiento junto a Lena, le cogió la mano y buscó la piel tibia del antebrazo, entre la manopla y la manga. Con tal que accediera,

con tal que no se empecinara...

-Compréndelo: estoy terminando el instituto, todavía no sé adónde me destinarán, todo está todavía en el aire, confuso. Y lo de Sasha. No podemos borrarlo de la pandilla... Todo se ha complicado, y no hay que complicarlo más. No es el momento adecuado. Claro que es una cosa desagradable; pero se trata sólo de unos minutos.

Aguantemos un poco, esperemos. Ya tendremos hijos... Además mis padres son gente chapada a la antigua, de los que dicen que primero el registro civil y luego los hijos. Claro que es un punto de vista anticuado, pero no quiero chismes. Es una cosa que ofende y tú debes comprenderlo.

-Lo comprendo.

-Vamos, que puedes coger frío.

Se levantó, le ofreció una mano y, sin poderlo remediar, lanzó una rápida mirada a su silueta, aunque comprendía perfectamente que dos semanas no representaban nada. A pesar de todo, le pareció que estaba más gruesa, que se había levantado con dificultad del banco. Y le entró pánico al pensar en lo que podía haber sucedido: verse convertido en padre al cabo de ocho o quizá siete meses, sin saberlo. Y eso para toda la vida.

-Todavía no se nota nada.

Nunca habían pasado una noche como aquélla. Lena aceptó la idea del aborto por él, porque Yuri era lo que más le importaba en la vida.

La sumisión de Lena le conmovía, le llenaba de orgullo, y él se mostraba cariñoso, procuraba atraerla y subyugarla más todavía, lograr su total obediencia. En el mundo, todo se repite y se repetirá millones de veces; no era ella la primera ni sería la última; era cosa corriente de mujeres. Su madre se había hecho siete abortos, y en la aldea de donde eran las chicas que se quedaban embarazadas saltaban desde lo alto del portón, y como si tal cosa. No hay que complicar la vida. En el verano irían a Sochi, donde dicen que hay ahora un balneario maravilloso, y así Yuri vería el mar. Porque, ¿qué había visto aparte de Moscú? Lena tenía suerte: había recorrido el mundo entero. Pero ¿y él?

Yuri había despertado sus fibras más sensibles. Sus argumentos le parecían a Lena llenos de simple y cuerdo sentido popular. En efecto, ¿era ése el momento adecuado para echarle encima la carga y las preocupaciones de un hijo? No era una manera de atraerle, sino de apartarle. Ella no sería nunca un estorbo para Yuri, nunca le daría ningún motivo de reproche. Le había hablado de su embarazo sin ninguna intención especial, porque ¿a quién iba a decírselo? Pero que no pensara él más en ello, que no se preocupara.

Lo sucedido los acercó más aún. Nunca se había mostrado él tan cariñoso, sincero y débil. Por primera vez le vio confuso, asustado, y su corazón se llenó de compasión. Su amor se acrecentaba. Por la mañana, cuando se quedó traspuesto con una mano sobre su pecho, ella guardó su sueño. Antes no la retenía, hacía que se marchara inadvertidamente de noche; pero aquella vez quiso que se quedara. Y cuando por fin la dejó marcharse, la acompañó hasta la puerta, pero no de puntillas como siempre, sino abiertamente, hablando con ella en voz alta, sin importarle el rechinar de las puertas ni el ruido de la cerradura, sonriéndole, estrechando su mejilla contra la suya, y el portero no la miró con suspicacia. Aceptó el rublo que le tendía Lena como cosa normal, agradeciéndoselo con un: «Muchas gracias.» El repiqueteo de los tacones por el Arbat era tranquilo y seguro. Lena caminaba por la calle de él, por su calle. Y sólo al llegar a la plaza del Arbat cayó en la cuenta de que, al bajar por la escalera, había cruzado por delante del apartamento de Sasha. ¿Cómo era posible que no le pasara hasta ahora por la imaginación? ¿Es que su amor le había hecho olvidarse de todo? Sofía Alexándrovna estaría ahora sola, acostada con los ojos abiertos, pensando en cómo se encontraría Sasha...

Tres días de clínica no se mantienen en secreto. Sin contar que los Budiaguin podían sonsacarle la verdad: a las madres no se les escapan esas cosas, ellas entienden. Y Lena no intentaría negarlo, le parecería indigno. En cuanto a la paternidad, en seguida caerían en la cuenta. Y tratarían de disuadirla con aquello de que «déjalo, conserva la criatura, que ya la criaremos sin necesidad de tu Sharok».

¿Qué se le ocurriría? Yuri telefoneaba a Lena a su trabajo, le hablaba cariñosamente, pero con voz de cansancio - tantas cosas que resolver, tantas preocupaciones- para que no se le ocurriera fastidiarle con sus cosas y sus cuitas. Las chicas corrientes del Arbat no le habían causado nunca esos contratiempos; se las entendían ellas solas... ¿Vinagre? ¿Permanganato? ¿Quinina? Él no tenía nada que ver. En cambio, esa niña mimada de su mamá no sabía nada, no era capaz de nada. ¡Maldita muñeca extranjera! Si no rompía con ella ahora, nunca podría romper ya. ¡Ojalá abortara por sí sola! Con tanta gente que se pega batacazos en una acera helada, sobre todo gente así, como ella, miope y patosa...

Aunque no era corriente que en la familia Sharok se hablase con sinceridad, Yuri decidió consultar con su madre. Ella conocía esos procedimientos simples que emplea la gente del pueblo, o al menos conocía a personas que los utilizaban. La había visto cuchichear en el patio con las mujeres y, por su expresión, había adivinado que estaban tratando de eso.

Y ahora clavaba los ojos en su hijo, a la vez que le afluían manchas rojizas al rostro. ¡Conque había pringado la Lena! ¡Estaba preñada, la muy zorra! ¿En qué estaría pensando la gamberra? Esas que estudiaban tanto eran peor que las ignorantes. Lo que quería esa perra era cazar un novio. Podía haber puesto ella los medios, porque años tenía de sobra para conocer la vida.

Aquel mismo día había estado jactándose de que Yuri se casaría con la hija de un comisario del pueblo, de que viviría en el Kremlin, y ahora, de pronto, babeaba de rabia. Esos camaradas, nuestros mandamases, no les permitirían a los padres de Yuri ni siquiera trasponer el umbral de su casa. Ni tampoco a Yuri. Dirían a Lena que viviera con el hijo en casa del marido, que tenía su habitación propia. Claro que tenía su habitación, pero los Budiaguin tenían tres. Y se harían la cuenta de que ella podría servir de niñera. Pues habían dado con un hueso. No estaba ella para cuidar de su retoño. Además, que ni siquiera era rusa. No hay más que mirarle la nariz. Y ahora quería dinero para el aborto. ¡Maldita gentuza!

-¡Cállate ya! -gritó Yuri-. ¿Qué se debe hacer?

Apretó los labios y preguntó ya con aire entendido:

-¿De cuánto está?

-Unos días, -mintió Yuri por temor a que se negara a ayudarlos si decía la verdad.

-Un baño de pies con mostaza. Bien caliente. Lo más que pueda aguantar. A lo mejor ni siquiera tienen un cubo en su casa.

-Ya lo encontrará.

No le dijo que Lena no podría hacerlo en su casa. Que tendrían que hacerlo allí, en la suya.

No encontró mostaza en el Arbat y tuvo que ir a Usachóvskaia. Allí compró unos paquetes y los guardó en la cartera, donde la madre no se atrevería a husmear por temor a estropear la complicada cerradura. Entró en la cocina en busca de un cubo. Había incluso dos.

Por la noche fueron al teatro de la Revolución a ver *El hombre de la cartera*. A Yuri le gustaba el personaje de Granátov. En las fatales circunstancias de la vida de Granátov notaba Yuri algo parecido a lo que le estaba pasando.

En el vestíbulo contemplaba a la gente, aspiraba los perfumes. Ir al teatro constituía siempre una fiesta para él. Por eso no comprendía a Sasha Pankrátov y a Nina, que lo hacían de pasada, como una ocupación más, ni a Vadim, que analizaba el espectáculo como si estuviera haciendo la disección de una rana. Durante el entreacto, le dijo a Lena:

-Tengo una buena noticia para ti. En nuestra facultad hay un chico (se llama Kolia Sizov) que es hijo de un famoso médico. ¿Le has oído nombrar?

-Sizov... No, nunca lo he oído.

-Es profesor del Segundo Instituto de Medicina. Ginecólogo.

Lena se encogió, comprendiendo a lo que se refería. Pero, bueno, aún faltaba bastante tiempo.

Sharok siguió sin piedad:

-Hay un medio que no ofrece ningún peligro: un baño de pies con mostaza. Como se hace con los resfriados, ¿sabes?

Lena se tranquilizó un poco.

-¿Y da resultado?

-Dicen que es seguro.

-Pero ha pasado ya mucho tiempo...

-Es el momento justo.

La asustaba verle tan rotundo.

-De todas maneras, quizá fuese preferible acudir a un médico... Él insistía:

-Pero si no es un aborto. No duele nada. Sólo hay que aguantar un poco el calor del agua. ¿Qué riesgo corremos? ¿O has cambiado de parecer?

-No -contestó ella-. Pero me resultará complicado. Si lo ven en casa...

-Es una razón, claro -concedió Yuri. Y, en seguida, como si acabara de ocurrírsele la idea:- Lo haremos en mi casa. Mi padre, cuando se resfría, suele hacer eso. Y seguro que tenemos mostaza.

-¿Está caliente?

-No mucho... Incluso resulta agradable.

Lena estaba sentada en la cama, con los pies metidos en un cubo lleno de un líquido pardusco, con la cabeza vuelta porque la mostaza le picaba en los ojos.

La camisa levantada dejaba al descubierto las rodillas, redondas, blancas, muy juntas. Los pies, grandes, apenas cabían en el cubo. Estaba inclinada hacia adelante, con las manos cruzadas sobre el vientre. Los tirantes se habían deslizado, dejando al aire los hombros llenos y el pecho apenas velado por el vivo de encaje azul. Agitaba un poco los pies y trataba de sonreír para disimular una mueca de dolor.

-Incluso resulta agradable.

Yuri añadió agua caliente, apoyando el pitón de la tetera en el cubo para que no le cayera en los pies. Lena encogió los hombros y agitó más los pies.

-Quema...

-Aguanta un poco, que en seguida se enfriará... Con una mano sostenía la tetera y con la otra probaba el agua del cubo. Le pareció que no estaba bastante caliente todavía, y añadió más.

-¡Ay!

Se retorció, exhaló un gemido, cerró los ojos respirando con dificultad.

-Aguanta, aguanta un poco más, que en seguida se pasará. Es sólo un momento, Lena. Ella se echó hacia atrás, recostó la cabeza contra la pared estrujando la camisa entre los dedos.

-En seguida pasará. Aguanta un poco...

Le brotaron gotitas de sudor en el labio superior y en la frente.

Yuri probó el agua con los dedos y echó más. Lena exhaló un gemido, se retorció, sacó un poco los pies del cubo, y Yuri vio las panto-rrillas de color escarlata. Un fuerte olor a mostaza se extendió por la habitación.

-Yuri, no puedo más -gimió-. Deja que los saque un momento, nada más que un momento.

-En seguida terminará todo. Aguanta un poco más...

-Se me han dormido las piernas. No las siento, como si no fueran mías ... Se retorcía en la cama, con los dientes apretados y los ojos cerrados. -Me ahogo ... Yuri se inclinó sobre su cuerpo desfallecido, soltó los tirantes, aflojó el sujetador, le acarició las rodillas.

-¡Tranquila, mujer, tranquila!

Y con cuidado vertió más agua. Lena gimió calladamente y agitó un poco los pies. El gran cuerpo blanco yacía inerte, apenas cubierto por la arrugada camisa azul.

Yuri se fue a la cocina y retiró del fuego la segunda tetera. Resonó el asa, denunciando su presencia, y también resonó el asa del cubo, viejo y con parches. ¿Para qué conservarían esos trastos, los muy roñosos? Intuyó que alguien había entrado, y volvió la cabeza con susto. Su madre estaba en la puerta de la cocina. Se miraron en silencio.

-No vayas a escaldarle los pies. Yuri no contestó. Volvió al cuarto, cerró la puerta y oyó el chasquido de un interruptor: su madre había apagado la luz de la cocina. Lena tenía la cabeza recostada sobre la almohada y las piernas colgando. Cerca de las corvas se marcaba una franja de color escarlata.

-¿Estás dormida, Lena?

Se estremecieron sus pestañas. Apenas se percibía su respiración. Gruesas gotas de sudor brillaban en la frente, en las cejas, en el labio superior y en la barbilla. Yuri las enjugó con el pico de un toalla.

-¡Lena!

-Tengo náuseas -susurró sin abrir los ojos.

Yuri le levantó un poco la cabeza y acercó un jarro a sus labios. Los dientes de Lena castañetearon contra el borde del recipiente, tragó un sorbo con dificultad, luego apuró rápidamente el agua y se inclinó, desfallecida, hacia la almohada. Yuri la tapó con el edredón, echó más agua caliente en el cubo y, a pesar de todas sus precauciones, le salpicó en una pierna.

-¡Ay!... -gimió Lena, retorciéndose otra vez y rechazando el edredón.

-¡Ya está, ya está! Esto es lo último...

Ella empezó a temblar, como en un acceso de fiebre, con los hombros estremecidos y las manos agitadas. Yuri volvió a taparla con el edredón.

-Ya está, es todo. Lena se echó a llorar, callada y desconsoladamente. -Ya es todo, ya es todo; no echaré más. Consultó el reloj. La una y cuarto. Habían transcurrido cuarenta minutos. Bueno, cinco minutos más. Lena había dejado de llorar y ahora yacía, como muerta, con el rostro hundido en la almohada. Sharok se inclinó sobre ella, le palpó la frente, que estaba helada, y captó su débil respiración. Con cuidado, le sacó los pies del cubo: estaban como hervidos. Ya se le pasaría... El acre olor de la mostaza volvió a difundirse por el cuarto. Le posó las piernas sobre la cama, la tapó con el edredón y se llevó el cubo a la cocina. Allí lo vació, hizo desaparecer los restos de mostaza de la pila, lo enjuagó todo, dejó cada cosa en su sitio y volvió al cuarto.

Lena dormía. Yuri se acercó a la ventana, apartó la cortina. En el bloque contiguo se veían los rellanos de las escaleras parcialmente iluminados por bombillas parpadeantes en su envoltura de rejilla metálica. Con tal que diera resultado... ¡Qué blandengue! Otra, en su lugar, no habría dicho esta boca es mía. De eso no se muere nadie. Ya se untaría alguna pomada.

Se desnudó, apagó la luz y se acostó al lado de Lena. Apartó sus piernas con cuidado, tiró un poco del edredón. Notó el calor de su cuerpo. Yacía inmóvil y exhalaba un intenso y excitante olor a mostaza... La tomó tal y como estaba, ajena a todo y por ello más excitante. Era algo agudo, feroz, no experimentado hasta entonces. Quería provocar una conmoción que destruyera lo que ya vivía dentro de ella, que le arrancara aquel germen insignificante que había estado a punto de echar a perder su vida. Y cuando Lena exhaló un suspiro, Yuri se dijo que entonces había quedado definitivamente muerta aquella vida nacida dentro, de ella.

Por la mañana no podía ponerse las medias.

-Me duele. Luego no pudo calzarse. Yuri le trajo unas botas de fieltro grandes, remendadas, con las cañas rajadas.

-Ahora estoy a gusto -dijo Lena caminando con ellas por la habitación, despacio e insegura por la falta de costumbre. En seguida pareció mucho más baja, achaparrada, con aspecto de mujer ya hecha, el rostro pálido tumefacto y ojeras moradas que recalaban la mirada de sufrimiento.

De repente se sentó en la cama.

-Me mareo.

Yuri decidió acompañarla, no fuera a caerse en la calle... Le habría venido bien un vaso de té caliente, pero la madre andaba ya trasteando en la cocina, y Yuri no quería encontrarse con ella.

En el patio no se cruzaron con nadie. En el Arbat, Yuri pasó a la acera opuesta: en la cola de la panadería había algunos vecinos conocidos. Lena caminaba lentamente, apoyada en su brazo. ¡Buen momento había encontrado para andar del brazo! Pero aquél era el último recorrido que hacían juntos, y había que aguantar hasta el final. Con tal de que no se cayera, con tal de que llegara hasta su casa... Era su día libre y podría quedarse acostada. El patio de su casa lo cruzó sola; desde el portal se volvió para sonreírle.

Por la tarde la quiso telefonear para saber qué había, pero no lo hizo: el apresuramiento serviría tan sólo para delatar su preocupación y subrayar el peligro de lo hecho. La telefonearía al día siguiente, al trabajo. Si estaba allí, sería señal de que se encontraba bien; y si había algún resultado, se lo diría. Estaba efectivamente en el trabajo y le dijo en voz baja, pero claramente, al parecer haciendo bocina con la mano en el auricular:

-Todo va bien.

Yuri notó en su voz la conciencia feliz de que la noticia le agradaría.

-Bueno, pues te felicito. Eres una gran chica. Un beso. Ya te llamaré -contestó Yuri, y colgó.

No pensaba volver a llamarla. Había pasado el nublado, y se acabó.

Por la tarde, cuando volvió del instituto, le dijo su madre:

-Ha llamado Nina, la Ivanova.

-¿Qué quería?

-Ha dicho que la llames tú.

-¿Otra vez a lamentar lo de Sasha? ¡Al demonio todos!

Pero Nina telefoneó de nuevo.

-¿Sabes lo de Lena?

A Yuri se le paralizó el corazón.

-¿Qué le ocurre?

-Una hemorragia.

-Es raro. Ciento que no nos vemos desde hace ya tiempo, pero hoy mismo he hablado con ella por teléfono.

Estaba en su trabajo.

-Es que se la han llevado del trabajo.

-¿A qué clínica?

Nina le dio el número y la dirección de la clínica, allá por Márinaia Roscha. Yuri dudó un momento, pero luego preguntó resueltamente:

-¿De qué ha sido?

-No lo sé.

-¿Y quién te ha dicho que la habían internado?

-Su madre. Lena está grave.

-Gracias por tu llamada. Me acercaré a la clínica. Volvió a su cuarto, cerró la puerta y se sentó a la mesa. ¡Se la había ganado! Él conocía las leyes. Por algo había estudiado Derecho. Aborto clandestino. Manipulaciones... que habían acarreado la muerte de la víctima... ¡Qué idiota! ¿Por qué la llevaría a su casa? Podía haberlo hecho ella en la suya sin que se enterara nadie, puesto que tenía su habitación propia. ¡Imbécil, más que imbécil! ¡Pero qué imbécil!

Si se salvaba, no le delataría. Si moría, él lo negaría todo. No había ninguna prueba. En efecto, sabía que estaba embarazada, que no quería tener la criatura, que tomaba ciertas medidas y supuso que sería algún medicamento extranjero, aunque aún ignoraba lo que había hecho. La vísperra tenía mala cara, él la acompañó hasta su casa y al día siguiente le telefoneó al trabajo. Todo ello era natural, dadas sus relaciones, pero no constituía prueba de complicidad.

Además, ¿se podía equiparar un baño de pies con mostaza y un aborto? ¿Por qué habría elegido el legislador precisamente esa palabra? ¡Aborto! ¿Permitía, este término una interpretación más amplia? «Interrupción artificial del embarazo» era el término que podía ser interpretado de muchas maneras. Sin embargo, el legislador había empleado claramente la palabra aborto teniendo en cuenta su significado médico, o sea, la intervención quirúrgica.

Tenía que precisar la versión, meditar los detalles. Dónde, cuándo, el día, la hora, el minuto, el lugar... Detalles convincentes. Si Lena moría, Budiaguin arremetería contra él. Aunque, quizás no quisiera que estallara un escándalo. Todo un personaje, y la hija recurría al procedimiento más aldeano para abortar. Además, llegando hasta el fondo de la cuestión, los culpables eran ellos, los Budiaguin. Sobre ellos recaía la mayor responsabilidad: ellos se oponían al

matrimonio y precisamente por ellos no quería Lena tener la criatura. Objetivamente, ellos la habían empujado a dar ese paso. Y quizá no sólo objetivamente. No querían que se supiera. Así era como se planteaba, se presentaba y se dibujaba la cuestión si se llegaba hasta el fondo. ¿Para qué la habían preparado? ¿Qué le habían enseñado? ¿A traducir del inglés? Eso no bastaba para la vida. Yuri había odiado siempre a esa familia, y de nuevo eran ellos los dueños de la situación, y él se encontraba entre sus manos, yendo y viniendo por su cuartucho, mientras que ellos, allá en la Quinta Casa de los Soviets, en su fortaleza inexpugnable, movilizaban a los médicos y salvaban a Lena. Y la salvarían, seguro. Y luego le ajustarían a él las cuentas.

La madre guardaba un silencio sombrío. Lo adivinaba todo, pero no quería hablar por temor a que las palabras se convirtieran en acusaciones. Y ella, ¿qué culpa tenía? Había aconsejado lo que le parecía mejor. ¡Valiente señorita! ¡Y mira que él! ¡Hala, a escaldarla como un bárbaro!

Yuri fue a la clínica, pero no entró, sino que pasó bastante apartado por temor a tropezarse con los Budiaguin, por temor a más testigos. Cuanta menos gente le viera, mejor.

Volvió al Arbat y llamó a la clínica, pero no desde su casa, sino desde un teléfono público, preguntando por el estado de la paciente Budiaguina, Elena Ivánovna. «Estado grave. Temperatura, treinta y nueve y ocho décimas.» Llamaba todos los días, y sólo al final de la semana le contestaron: «Estado regular. Temperatura, treinta y ocho y dos décimas.» Al cabo de tres días más: «Estado satisfactorio. Temperatura normal.» Al finalizar la segunda semana Ashjén Stepánovna llevó a Lena a su casa.

Precisamente aquella tarde preguntó a Yuri su madre:

-¿Qué tal tu moza?

Contestó con sonrisa torcida.

-Tan campante. No tiene tos.

No telefoneó a Lena porque no sabía cómo reaccionaría. No había ido ni una sola vez a la clínica, no le había escrito... ¿Qué justificación tenía? ¡Bah! Había hecho bien. Lo único que necesitaba saber era si le había contado a alguien la verdad. Pero no se atrevía a telefonear. Tampoco ella le llamaba. Fue Nina quien le llamó:

-Hoy vamos a juntarnos en casa de Lena. ¿Vendrás tú, Yuri?

-Hoy estoy ocupado.

-Pues vienes más tarde.

-Es que quedaré libre demasiado tarde.

¿Habrá llamado ella por su cuenta o a petición de Lena?

Convenía poner las cosas en claro.

Marcó el número de Lena y oyó su voz suave, profunda y cariñosa:

-¡Por fin! Estaba tan preocupada por ti...

-Yo sí que estaba preocupado por ti.

-No hacía más que preguntarme cómo soportarías todo esto. ¿Por qué no viniste a verme?

-He telefoneado todos los días para saber cómo te encontrabas.

-¿Sí? -exclamó Lena con alegría-. Hoy van a venir los de la pandilla. ¿Vendrás tú?

-No quisiera que nos encontráramos en medio de todos.

-Te comprendo. Entonces, ¿cuándo?

-Te llamaré.

18

Nina regresó de la escuela a las cinco de la tarde. Al lado de la puerta estaba sentada Varia en la escalera con su amiga Zoia.

-Cerré la puerta sin querer y se me olvidaron las llaves.

Que se le olvidaron las llaves... Mentira, claro. Lo que pasa es que, como le había prohibido llevar a Zoia a casa, se valía de esa treta, como diciendo: la escalera no es tuya y aquí no valen tus prohibiciones.

-Te doy medio minuto de reflexión y dos minutos para la ejecución -dijo Varia a Zoia.

¡Qué lenguaje tan absurdo!

-¿Has ido a ver a Sofía Alexándrovna?

-Sí.

-¿Has comprado lo que te encargué?

-Todo.

-¿Y lo de las cartillas?

-También.

-¿Cuánto dinero te ha quedado?

Varia le entregó la vuelta.

-Me he quedado cincuenta copecs para ir a patinar.

-¿Y los deberes?

-Los haré luego.

Cada una tenía sus obligaciones. Nina trabajaba mucho. Nada más comer, iba a dar clase a la escuela nocturna porque no podía renunciar a aquel sobresueldo. Varia, en cambio, estaba siempre con que el patinaje, el teatro, el cine, las amigas... Conque no le llevarían mucho tiempo las faenas de la casa.

-Cuando vuelvas, te calientas la cena: te la dejaré en la sartén. La mantequilla está en el aparador -indicó Varia. - Que no vuelvas después de las once -advirtió Nina, abrochándose ya el abrigo.

En cuanto se cerró la puerta, Varia telefoneó a Zoia.

-Ya puedes venir. Nina se ha largado.

Varia recogió la mesa, preparó la cena, fregó los platos, lo dejó todo en orden. Con Nina, era terrible. Nunca dejaba una cosa en su sitio. Sonó el teléfono. Con el paño de cocina entre las manos, Varia atendió la llamada.

-¿Eres tú Natasha?

Era un chico al que había conocido por teléfono, pero a quien nunca había visto ni él la había visto a ella. Él se llamaba Volodia y ella se negó a decirle su nombre.

-¿No te llamarás Natasha?

-Pongamos Natasha si quieres.

Él empezó a llamarla así, pero cada vez preguntaba:

-¿Y cómo te llamas de verdad, Natasha?

A Varia le gustaba su voz y le hablaba con toda franqueza. Como nunca había de verle, podía contarle todo. Y él también aseguraba que con nadie era tan sincero como con ella.

-Una Natasha debe tener el cabello claro.

-Y yo lo tengo claro.

-¿Y los ojos?

-De color naranja con fondo azul.

-¿Hay ojos así? ¿Cómo pasaste ayer la velada?

-Estupendamente. En un baile que daban en una escuela técnica. Y la orquesta tocó un montón de cosas que se podían bailar como rumba.

-¡Qué envidia! Pues yo estuve haciendo los deberes.

-Estudia, amigo mío, estudia y persevera. Mira que el saber es un fruto muy dulce, es el camino seguro que conduce desde las tinieblas hacia la luz ...

-¿Cuándo nos veremos?

-Nunca.

-¿Y si de pronto nos enamorásemos tú y yo?

-No. Nuestros puntos de vista son demasiado parecidos.

-¿Qué vas a hacer esta tarde?

-Voy a patinar.

-¿A qué pista?

-A la de una fábrica.

-¿Qué fábrica?

-La de clavos de jabón.

-Vamos juntos, ¿quieres? Yo patino bien.

-Pues yo patino mal y te ibas a aburrir. Y adiós, que tengo visita.

Zoia se presentó con un gorrito blanco y pantalón bombacho largo debajo de la falda. Era una muchacha marcada por el acné -flor de basurero, la llamaba Nina-, cuya madre, acomodadora en el cine Carnaval, las dejaba pasar a ella y a Varia sin entrada.

-¿Por qué te has puesto el gorro blanco? -preguntó Varia contemplando el tocado de Zoia-. Habíamos quedado en que te pondrías el rojo.

-El rojo tiene la goma rota. Póntelo tú, que te sienta muy bien.

-¿Un gorro rojo con el jersey blanco? Tú te pondrás el mío rojo, y yo el blanco.

-¿Por qué hay que hacer siempre lo que tú quieras?

-No es lo que yo quiero, sino lo que habíamos acordado.

Zoia se encogió de hombros, agravada.

-En fin, si tanto empeño tienes...

-No te hagas la desgraciada. Además, ya está: no voy a patinar.

Varia se quitó los zapatos y se sentó en la cama con las piernas encogidas.

-¡Qué tontería! -rezongó Zoia-. Bueno: yo me pondré el rojo.

-He dicho que no voy a patinar.

Estuvieron un rato calladas. Zoia, confusa, lamentaba que hubieran regañado por una nimiedad.

-Vamos, Varia -rogaba en tono lastimero.

-No iré a ninguna parte mientras él esté allí.

-Pero si estabas dispuesta a ir.

-Estaba dispuesta, pero he cambiado de opinión.

La detención de Sasha hizo destacar de pronto a Varia entre sus amigas. Ahora era una de esas muchachas cuyos amigos desaparecen de pronto y resurgen luego y sus chicas los esperan. Y si les fallan durante la espera, después lo pasan muy mal. Todos sabían que ella había bailado con Sasha en el Sotanillo del Arbat, los habían visto allí y también habían visto la pelea. Ahora, Varia se había hecho amiga de la madre de Sasha, la acompañaba a llevar paquetes a la cárcel...

Varia salía por la mañana temprano, tomaba la vez y hacía la cola en la calle, aterida. Después llegaba Sofía Alexándrovna y juntas se dirigían a la ventanilla. Sofía Alexándrovna no sabía discutir, temía irritar al que estaba detrás de la ventanilla, le cohibía retener la cola de gentes cansadas que esperaban en la calle, desde las cinco de la mañana, pegadas al muro alto, largo y frío de la cárcel. Varia no temía a nadie ni se cohibía por nada. Anduvieron buscando a Sasha por todas las cárceles. En la ventanilla les daban un formulario: apellido, nombre y patronímico del detenido, domicilio. Sofía Alexándrovna rellenaba el formulario, volvían a ponerse a la cola, entregaban el formulario y esperaban dos o incluso tres horas la contestación... «No está aquí...» Entonces Varia preguntaba descaradamente: «¿Y dónde está?» «No sabemos.» «Pues ¿quién tiene que saberlo? Ustedes le detuvieron, de modo que ustedes lo deben saber.»

Prestaba oído a los consejos de la gente de los patios del Arbat, siempre enterada de todo. Una chica del bulevar de Novinski, cuyo novio estaba en la cárcel de Taganka, le explicó cómo había que deslizar una nota entre la ropa y le dijo que había que mandarles azúcar y manzanas en cantidad porque los presos hacían vino con ello. Oyéndola, Sofía Alexándrovna sacudía la cabeza:

-No, Varia; Sasha no necesita vino...

En una noche, la agraciada mujer de edad que era Sofía Alexándrovna se convirtió en una anciana de pelo blanco. Los primeros tiempos le parecía que, si pudiera llegar hasta los que habían detenido a Sasha, se les ablandaría el corazón. Porque también ellos tenían madre. Luego vio a muchas madres como ella, cuyo aspecto no ablandaba el corazón de nadie. Esperaban en las largas colas, y cada una temía que la chispa de compasión que quizás alentase todavía detrás de aquellas puertas macizas no le cupiera en suerte a ella, sino a la que traspusiera antes aquellas puertas.

Vio los centinelas con fusiles y los muros inexpugnables detrás de los cuales Sasha, su hijo, estaba privado de lo que por derecho le corresponde a todo ser vivo: respirar libremente el aire de la tierra. ¿Qué destino le reservaban? De noche no dormía, pensando en cómo sería su cama. No podía comer: ¿qué comería él, el ser más amado, su vida, su sangre, inclinado sobre la escudilla de la cárcel? Las almohadas olían como olía su cabeza cuando niño; los zapatos, a la tierra seca por donde corría descalzo de chiquillo; la mesa, a la tinta de sus cuadernos escolares.

Andaba por las calles esperando ver a los que le vigilaban antes de la detención. Ellos sabían lo que le amenazaba, lo que necesitaba. Si se encontraba con el pequeño, el del abrigo de paño, se acercaría a él y le preguntaría por Sasha. Le diría que no les guardaba rencor porque ése era su trabajo. Pero que, una vez que habían cumplido con esa obligación, podían ser compasivos, puesto que ya les daba igual. Caminaba por el Arbat, por una y otra acera, entraba en los comercios, fingía estar en las colas. Pero no se tropezaba con ninguno de ellos: ni con el pequeño del abrigo de paño, ni con el del gorro, ni con el otro, alto y hosco.

Aterida, aplanada por la convicción de su impotencia, regresaba a casa, a la habitación vacía, y allí, sola y doliente, elevaba una oración al Dios olvidado hacía ya tiempo, pero al que ahora rogaba para que el espíritu de bondad y misericordia, omnipresente, ablandara el corazón de los que habrían de decidir la suerte de Sasha.

Por las mañanas, el ruido del buzón la levantaba de la cama. Esperaba una respuesta de la fiscalía o la carta de algún protector, misterioso pero influyente; esperaba carta del propio Sasha, enviada a través de alguien que hubiera estado en la cárcel con él pero que se encontrara ya deportado; porque desde los lugares de confinamiento, sí llegaban las cartas. Se daban casos así; se lo habían contado. Al leer los periódicos, se fijaba en los retratos de Stalin: atuendo modesto, arrugas de aire bondadoso junto a los ojos, rostro sabio y tranquilo de quien tiene la

conciencia limpia. No hacía mucho que se había celebrado su cincuenta aniversario. Ahora tendría unos cincuenta y cuatro o cincuenta y tres años, lo mismo que Pável Nikoláevich, su marido. Su hijo mayor tendría probablemente la edad de Sasha; y tenía otro hijo, y una hija. Debía de comprender lo que son los hijos y lo que es una desdicha familiar, puesto que había perdido recientemente a su esposa. Con tal de que el asunto de Sasha llegara hasta él... Tenía puestas todas las esperanzas en Mark. Éste hablaría a Stalin de Sasha; Stalin pediría su expediente, incluso haría venir a Sasha, y Sasha le gustaría; Sasha tenía que gustar forzosamente a cualquiera.

Llegó Pável Nikoláevich. Estaba apenado, claro; pero no consideraba que hubiera ocurrido una catástrofe. A Sasha no le fusilarían ni le condenarían a cadena perpetua, ya que en nuestro país no existía la cadena perpetua. Era joven, tenía toda la vida por delante. Había que hacer algo, sí. Pero la ayuda sólo podía venir de instancias superiores, y él no tenía acceso a ellas. Quien sí lo tenía era Mark. ¿Cómo no podía o no quería comprenderlo ella? Pável Nikoláevich había hecho el viaje con el firme propósito de mostrarse paciente, incluso bondadoso. Pero nada más entrar en aquella casa odiosa, nada más ver a la anciana que en tiempos había sido su esposa y escuchar las notas exigentes de su voz, nada más ver la expresión tozuda y leporina de su rostro, expresión que tomaba, precisamente, por el afán de superar el miedo; nada más ver todo aquello, volvió a sentir que rebosaba irritación, intolerancia y rabia. Ella era la culpable de todo. Ella y su famoso hermanito habían educado a Sasha.

Y ahora se encontraban frente a frente: ella, con el pelo gris, la cabeza y los labios temblorosos; él, muy bien afeitado, atildado, con mirada de irritación en los ojos grises saltones. Estaban sentados ante la misma mesa a la que se habían sentado tantos años, recubierta por el mismo hule y bajo la misma pantalla redonda de tela. Sofía Alexándrovna pasaba nerviosamente la palma de la mano por el hule, alisándolo, aunque era inútil alisarlo, y este ademán irritaba a Pável Nikoláevich.

-¿Quieres que ande yo recorriendo oficinas? Es inútil: te lo he explicado ya. Sólo se podrá apelar cuando haya una sentencia, y todavía no hay sentencia. El trámite de ahora es la investigación.

¿No intentaría aprovecharse de la circunstancia para hacerle volver?

-¿Qué pretendes, vamos a ver? ¿Que yo deje la fábrica? No me permitirían marcharme. Además, no tengo la intención de volver a Moscú. No lo olvides. ¿Qué?

Le pareció que su mujer había dicho algo en voz baja, deliberadamente, para que él no lo oyera. Pero ella no había dicho nada. Movía los labios, sencillamente.

-Nada... Te escucho.

-Claro, me escuchas... Me escuchas y piensas que soy un canalla, que no quiero hacer nada por mi hijo. Tú siempre has pensado de mí que era un canalla, y esa misma idea se la has inculcado a nuestro hijo.

Ella había sufrido siempre horriblemente escuchando sus reprimendas y sus reproches, y ese sufrimiento volvía ahora a ella. Notaba con espanto que no podía superar el miedo que le inspiraba y que ahora era particularmente humillante porque se trataba de salvar al hijo, al hijo de los dos. En sus palabras captó hostilidad hacia Sasha. Quería apartarse de sus sufrimientos. ¿Cómo se atrevía a esgrimir ahora sus agravios y sus exigencias? ¿Y cómo podía ella temerle cuando se trataba de la vida de Sasha? Ella no debía temer a nadie, no tenía derecho. ¡Ella era la madre!

-¡Si se lo hubieran llevado delante de ti! Lo dijo con amargura. Pero con él había que hablar en voz alta, había que gritar para que oyera.

-Claro, claro. La culpa es mía, como siempre... Tú eres la que sufre, eres una mártir, y yo un miserable, un degenerado que anda de juergas, de borracheras....

¡Dios mío! No había desdicha capaz de hacerle cambiar. Ahora también se ponía amoratado, hinchaba los labios, se burlaba de ella. Y ella, que aguardaba su llegada con la esperanza de que la ayudaría: un hombre, el padre... ¿Cómo podía pensar en otra cosa que no fuera Sasha? No tenía derecho de pensar en nada más. Y ella le obligaría a pensar. Sofía Alexándrovna fue al escritorio y tomó una instancia que había escrito para el fiscal.

-Mira esto.

El rostro del marido expresó contrariedad y asco. Aquella chiflada le obligaba otra vez a ocuparse de cosas inútiles. ¿Qué falta le haría a nadie su instancia? ¿Quién iba a leerla?

Pero no tenía más remedio que leerla. Si regañaba con ella en un momento así, todo el mundo le criticaría. Y para todo el mundo, Pável Nikoláevich quería continuar siendo un hombre y un padre decente. No le daría pábulo para decir: «Ni siquiera quiso leer la instancia.»

Pero ¡qué cosas se le ocurrían! «Les escribe una madre... Devuélvanme a mi hijo...» Ingenuo, sentimental, poco convincente. «Me dirijo a nuestro gobierno, justo y misericordioso.» Palabras y más palabras. «Yo sé que mi hijo es totalmente inocente.» ¿Quién se lo iba a creer? «Si ha cometido algún error, habrá sido sin mala intención. Es una criatura...» ¡Bonita criatura con veintidós años a cuestas! Además, ¿qué errores? ¿Qué falta hacía confirmar indirectamente su culpa?

Sentada en el diván de Sasha, con la cabeza gacha, Sofía Alexándrovna escuchaba las observaciones sin hacer caso de la mordacidad, tendente a demostrar su estupidez: ni siquiera era capaz de redactar una instancia. ¡Qué más

daba! Lo importante era que la enmendara y que sirviera de algo para Sasha. Le puso delante una hoja de papel y el tintero.

-Escríbela tú como debe ser.

La miró desconcertado, al comprender que se había comportado de manera estúpida. La instancia no serviría de nada. Entonces, ¿qué importaba cómo estuviera escrita? Ahora tendría que escribirla él. ¿Y qué se podía escribir sin conocer los cargos presentados?

-La verdad es que se puede mandar tal y como está -indicó Pável Nikoláevich-. Si acaso, se podría quitar la frase acerca de los errores y lo de «devuélvanme a mi hijo». Por lo demás... Pues sí: se puede mandar como está.

-Está bien -repuso la madre recogiendo la instancia-. Lo enmendaré.

No esperaba otra cosa. Y, de todas maneras, no enviaría la instancia sin consultar con Mark.

-¿Cuándo te marchas?

Fue otro estallido:

-Demasiado sabes que mañana debo estar en el trabajo.

-Haz el favor de dejar algún dinero -exigió ella con firmeza-. Para los paquetes que le mando. Lo compro todo en los comercios especiales.

Estuvo a punto de ponerse a despotricar. Él era un simple ingeniero, que vivía de su sueldo. Claro que no iba a escatimar el dinero, pero le indignaba el tono, las exigencias. Nunca le había hecho falta más que para sacarle el dinero. Extrajo ciento cincuenta rublos de su cartera.

-No puedo dar más.

19

Otra vez la noche. Otra vez despertó a Sasha el rechinar metálico del cerrojo. Era el soldado de la víspera, que de nuevo le condujo un buen rato por un gran número de pasillos cortos. Como la víspera, tintineaba el manojo de llaves colgado del cinto del soldado y, como la víspera, golpeaba con una llave en la puerta o en el pasamanos de hierro, advirtiendo que conducía a un recluso. Pero Sasha iba contando ahora las subidas y las bajadas y llegó a la conclusión de que se detuvieron en la primera planta. Detrás de una puerta abierta al final del pasillo se escuchaban voces, incluso risas y se percibía una vida distinta a la de la cárcel.

Diákov no le deslumbró con la lámpara. Se conoce que lo hacía sólo la primera vez que veía a un preso. Aquel día no llevaba uniforme, sino que vestía chaqueta marrón sobre un jersey azul marino. Indicó una silla a Sasha con la cabeza y siguió escribiendo. Escribía un poco, lo releía y volvía a escribir, con la cabeza inclinada sobre la mesa, sin hacer el menor caso de Sasha. Entre éste y él sólo había una maciza escribanía y un pisapapeles igual de macizo. Y Sasha pensó que hubiera sido sencillísimo coger el pisapapeles y romperle la cabeza a Diákov con él. En aquella silla se sentaban reclusos de toda clase, y entre ellos podía haber alguno que se decidiera a hacerlo. Con lo bien previsto que estaba todo allí, hasta el último paso, hasta el menor movimiento, y eso se les había pasado por alto. ¿O sería que no consideraban a nadie capaz de una acción semejante? ¿O habría algún mecanismo secreto que entraba en acción en cuanto alguien tocaba esos objetos? Claro que de allí no se podía escapar; pero alguien podía hacerlo en un arrebato de desesperación. Sin embargo, Diákov no lo temía. ¿O quizás a los reclusos verdaderos los interrogarían en otra parte?

Diákov reunió los folios escritos y salió del cuarto dejando la puerta abierta. Llevaba botas de fieltro con las perneras del pantalón marrón metidas dentro de las cañas. Y porque Diákov llevaba un calzado tan caliente, Sasha notó al instante el frío del suelo de cemento a través de la suela de sus zapatos.

Todo era distinto a como había sido la primera vez. Daba la impresión de que Diákov estaba dedicado a un asunto más importante y más urgente y que Sasha había sido conducido hasta allí porque así estaba decidido antes, cuando Diákov no sabía aún que tendría que ocuparse de otra cosa. Vestido de paisano y con botas de fieltro, tenía un aspecto corriente, nada oficial; salía del cuarto y dejaba a Sasha solo delante de la mesa donde había diferentes papeles sin temor a que Sasha curioseara en ellos, como tampoco temía que Sasha le pegara con el pesado pisapapeles.

En el pasillo se oyó ruido de puertas y de voces. Diákov estaba hablando con alguien; luego volvió, pisando pesadamente con las botas de fieltro, se sentó a la mesa, rebuscó en un cajón, de donde sacó una carpeta poco abultada - contenía el acta del interrogatorio anterior-, buscó algo más y, sin dejar de revolver en el cajón y sin mirar a Sasha, preguntó:

-Bueno, Pankrátov: ¿qué dice usted hoy?

Hizo la pregunta sin darle importancia, con calma, incluso afablemente, como si no recordara de lo que habían hablado la vez anterior.

-Verá usted ... -comenzó Sasha.

-¡Aquí está! -Diákov encontró al fin el papel que buscaba y volvió a salir con él. Regresó al cuarto, guardó unos papeles en el cajón de la mesa, se sentó y abrió la carpeta de Sasha.

-Y bien, Pankrátov... ¿Ha reflexionado usted en lo que yo le aconsejé?

-Sí. Pero ignoro de lo que se trata.

-¡Mala cosa! -Diákov sacudió la cabeza. Su voz tenía acento de reproche, de decepción, incluso de pesar, como si quisiera decir: «Estás estropeándolo tú mismo, amigo.»

Quedó pensativo, luego señaló la carpeta:

-¿Quieres darle largas?

-Yo no sé de qué conversaciones contrarrevolucionarias habló usted la vez pasada.

Diákov frunció el ceño.

-No es usted sincero, Pankrátov. Pretende que no nos ocupemos de lo esencial, sino de los asuntos del instituto. Pero tampoco en eso se ha mostrado sincero. Ha ocultado muchas cosas. Y eso también le caracteriza.

-¿Qué he ocultado yo? -se extrañó Sasha.

En aquel momento entró en el cuarto un hombre de edad, con rostro esquimal. Vestía un traje azul marino que sentaba bien a su silueta recia, incluso algo obesa.

Diákov se levantó. Con un gesto de cabeza, el recién llegado invitó a Diákov para que se sentara y él tomó asiento en una silla a su lado.

-Continúe.

Observó atentamente a Sasha. Éste comprendió que era un superior de Diákov, pero notó en su mirada algo más que el trivial interés corriente por un detenido más. Y por un instante acarició la esperanza de que aquel hombre podría cambiar su suerte.

-Y bien, Pankrátov -repuso Diákov-, ¿en qué habíamos quedado?

-En que usted decía que yo he ocultado algo. ¿Qué es lo que he ocultado?.

-Para saberlo basta repasar el acta de la reunión de partido. Usted recurrió incluso a la protección de personajes de alta posición...

Diákov fijó en Sasha una mirada expectante e inquisitiva.

Ya estaba todo claro. Se trata de Mark, de Budiaguin o de los dos. La alusión era diáfana. Y había dicho deliberadamente «personajes» y no «camaradas». Pero sin dar los nombres... Pues que los diera... Porque de labios de Sasha no iba a escucharlos.

-¿A quién se refiere?

-¡Pero, Pankrátov...!

Los labios de Diákov se torcieron en un rictus de reproche.

-¿No le da vergüenza, Pankrátov? Está jugando con nosotros al ratón y al gato. Quiere usted obligarnos a hablar, pero nosotros queremos que hable usted, porque le conviene. Por usted intervinieron Riazánov y Budiaguin, como usted mismo reconoció en la reunión de partido, y aquí se anda con evasivas.

También esta vez dijo sencillamente Riazánov y Budiaguin en lugar de «los camaradas Riazánov y Budiaguin».

-Yo no recurrí a su protección -objetó Sasha-. Le conté lo ocurrido a Riazánov, que es tío mío, pero sin pedirle que interviniera. Fue él, sin yo saberlo, quien pidió a Budiaguin que telefoneara a Glinskaia, la directora del instituto.

-Pongamos que así fue -accedió Diákov-. Pero ¿por qué no habló de ello la vez pasada? ¿Por qué no mencionó precisamente esos nombres? Ha nombrado usted a un montón de gente -extrajo de la carpeta una tira de papel que Sasha no había visto antes-: Baulin, Lozgachov, Azizián, Kovaliov... Pero a Riazánov y a Budiaguin no los nombró. ¿Por qué?

Sasha reflexionaba febrilmente. Ahora cualquier palabra suya podía resultar fatal, tanto para Mark como para Iván Grigórievich. El quid estaba en ellos, seguro. ¿De qué los acusarían?

-No di importancia. Se trata de relaciones puramente familiares. Ni siquiera comprendo por qué les llama tanto la atención.

Lo dijo con firmeza, como se habla de una cuestión que uno no quiere discutir ni discutirá. Diákov le indicaba el camino a seguir, pero él no iría por ese camino.

Diákov le miró, según le pareció a Sasha, con atención, interés e incluso cierto temor.

-El recurso ante Solts, ¿también lo organizó su tío?

-Nadie organizó nada. Me presenté yo mismo a Solts.

Diákov sonrió, escéptico.

-Hay quien se pasa meses esperando ser recibido, y usted no hizo más que llegar y besar el santo: inmediatamente le recibió, inmediatamente lo solucionó. ¿Quién se va a creer eso, Pankrátov?

-Pues así fue; aunque no lo crea -afirmó Sasha-. Por casualidad entré en su despacho, me vio, me preguntó qué quería...

-Que le sonrió la suerte, ¡vamos!

-Es posible... ¿No tenía yo derecho de dirigirme a la Comisión Central de Control? ¿No tenía mi tío derecho de interesarse por mí? ¿Qué culpa tengo yo? ¿Y ustedes me tienen aquí encerrado por eso? ¿Así, sin más ni más?

En el rostro de Diákov asomó una mueca, pero no dijo nada. Se limitó a mirar de reojo a su superior, como invitándole a darse cuenta de con quién tenía que vérselas él o quizás esperando que él mismo dijera algo. Pero el hombre del rostro esquimal no dijo nada; se levantó pesadamente y salió.

Diákov frunció el ceño y declaró, ya en otro tono:

-Su culpa consiste en que no es sincero ni franco con el partido. Ha ocultado usted otras muchas cosas. Ha nombrado a todos sus acusadores, pero no ha mencionado ni una sola vez a sus defensores. Y eso que, en su asunto, han intervenido muchas personas... El propio Krivoruchko, sin ir más lejos...

Sasha intuyó el peligro. Todo podía romperse en el lugar más inesperado. Lo de Mark y Budiaguin estaba claro, y él no podía decir ni diría nada que los comprometiese. Pero Krivoruchko... «Ese cocinero va a preparar platos muy fuertes...» Krivoruchko lo había dicho refiriéndose a Stalin. Si mencionaba estas palabras, Sasha enredaría su asunto y, además, traicionaría a Krivoruchko.

Callándolas, tomaba el camino de la insinceridad y la mentira.

-Estuve en su despacho sólo dos veces: una para que pusiera el sello en los documentos de mi expulsión y la otra para hacer el asiento de mi readmisión.

Diákov se echó a reír.

-A usted tan pronto le expulsan como le readmiten, como le meten en la cárcel... ¿Y no le dijo nada?

-Me pareció abatido, y es natural: le habían expulsado del partido.

-A usted también le habían expulsado. ¿Y no encontró nada que decirle?

Diákov seguía mirándole fijamente. ¿Sabría algo, intuiría algo o estaría tanteándole al notar su confusión, quizás?

-¿Es posible que no opinara acerca de que primero le expulsaran y luego le readmitieran a usted? -insistía Diákov-. ¿Es posible que no le preguntara nada? Sobre todo, teniendo en cuenta que usted le defendió en la reunión del buró del partido.

-Sencillamente le conté cómo había ocurrido.

-¿Ve usted...? Y él puso sencillamente el sello.

¡Tenía que estar alerta! Andaba tanteándole, poniéndole trampas, distrayendo su atención de lo principal, de Mark y de Budiaguin, desorientándole.

-No podíamos tener ninguna conversación especial. Él era el vicedirector y yo un simple estudiante.

Diákov le observó con mirada inquisitiva.

-Pues nosotros tenemos noticias de que Krivoruchko mantenía conversaciones antipartido con otros estudiantes. En cambio a usted, una persona agravuada, y que además le había defendido a él, no le dijo nada. ¡Qué raro...!

Krivoruchko conocía a Mark, le había dado recuerdos para él. No, no podía hablar.

-Pues así es -afirmó Sasha. Diákov seguía mirándole fijamente. Una sonrisa aviesa se difundió de pronto por su rostro cuanto tomó un formulario limpio.

-En fin... Nosotros somos gente que sabe armarse de paciencia. Conque esperaremos a que se decida usted a ser honrado, a que recuerde lo que debe recordar.

La anotación que hizo Diákov esta vez comenzaba así: «Como complemento a mis declaraciones anteriores...», y contenía la confesión de que Sasha había estado en el despacho de Krivoruchko y le había defendido en la reunión del buró del partido y que Janson y Siverski había defendido a Sasha en esa misma reunión. De Mark y de Budiaguin no se decía ni una palabra en el acta.

Todo estaba recogido correctamente; pero, igual que la vez anterior, le causaba a Sasha una vaga sensación de peligro. Lo que no lograba captar era dónde radicaba ese peligro. Sólo pidió añadir que había ido al despacho de Krivoruchko para asuntos relacionados con el instituto.

-Siendo un estudiante, está claro que fue para asuntos del instituto.

«¡Que se vaya al cuerno!», se dijo Sasha y firmó el acta.

-No recibo paquetes de mi madre y estoy preocupado. Además quisiera periódicos y libros de la biblioteca. Diákov sacudió la cabeza.

-Mientras dura la investigación no se permite nada de eso. Si usted fuera franco, terminaríamos todo esto en seguida, y entonces tendría lo que pide. Y tenga en cuenta, Pankrátov, que nuestra próxima entrevista será la última. Yo también tengo que responder -señaló el techo con un dedo-. Y quiero terminar el asunto favorablemente para usted. No deje escapar la ocasión.

Mark o Iván Grigórievich, o los dos. ¡Comunistas honrados, fieles al partido! Él no conocía mucho a Budiaguin, pero sí conocía a la perfección a Mark, respondía de él y no admitía ni la idea de que pudiera cometer una falta. La detención de Mark sería tan absurda como su propia detención. Incluso más, puesto que a él le había ocurrido aquella desdichada historia en el instituto. Contra Mark no podía haber nada: era un gran ingeniero, un magnífico

organizador, un hombre desinteresado, un auténtico comunista que había dedicado su vida a trabajar, trabajar y trabajar. ¿Y le habrían detenido? ¿Estaría por allí cerca, en aquel mismo pasillo, al lado suyo? ¿Mark, miope, enfermo del corazón, allí, en una celda como aquélla?

Pero él no sabía que Mark hubiera cometido ninguna falta; estaba persuadido de su honradez. Y si consideraban que él protegía a Riazánov, ¡allá ellos! Estaba dispuesto a compartir la suerte de Mark. Si las cosas habían venido rodadas así, no se podía hacer nada más que aguantar. Ya llegaría el momento en que Mark y él probaran su inocencia.

Se acabó. No había que darle más vueltas. Él era franco con el partido. No disimulaba ni ocultaba nada porque nada malo podía decir de Mark. Y nada más. Punto final.

Sólo una cosa le desasosegaba: Krivoruchko... Era el único punto donde se sentía vulnerable. Al fin y al cabo, algo había callado, aunque no fuera importante ni esencial. Él quería tener la conciencia tranquila. Y Krivoruchko no le dejaba sentir esa tranquilidad.

Por la tarde se presentó un celador al que no conocía con una hoja de papel y un lápiz en la mano.

-Haga un pedido para la biblioteca.

¡Le habían permitido la biblioteca! Sasha no sabía qué libros pedir, ni por cuánto tiempo. Pero disimuló su desconocimiento porque el personal tenía más miramientos para los reclusos expertos que para los novatos.

Tolstói, *Guerray paz*; Gógol, *Almas muertas*; Balzac, *Ilusiones perdidas*; Stendhal, *La cartuja de Parma*; los últimos números de las revistas *Krásnaia Nov*, *Novi mir*, *Oktiabr*, *Molodaia, Gvardia, Zvezda*... Escribía sin pararse a pensar porque no tenía tiempo. El celador esperaba y el recluso tenía la obligación de pensar de antemano lo que iba a pedir. Por eso escribía lo que le pasaba por la mente: lo importante era recibir libros, libros voluminosos para tener lectura hasta la próxima vez, que quién sabe cuándo sería.

Sólo un volumen pidió con toda intención: *El código de procesamiento judicial de la RSFSR*.

¿Por qué habría permitido Diákov que recibiera libros? ¿Querría ablandarle? Lo que a él le convenía era hacer insoportable la estancia de Sasha allí para obligarle a confesar. ¿Temía infringir la ley que autorizaba los libros? Quizá hubiera ocurrido fortuitamente, sin la intervención de Diákov, como pasaba con la ducha fuera de turno. Sería una lástima, porque descubrirían el error y no le llevarían los libros. ¿Compasión? Cuando se acusa a alguien de contrarrevolucionario no hay lugar para la compasión.

Sin embargo, al día siguiente se presentó un nuevo celador con un paquete envuelto en un trapo blanco, limpio, pero con huellas amarillas de chamuscado. Sasha lo reconoció al instante: era el trapo que utilizaba en su casa para plancharse los pantalones. O sea que, además de los libros, le habían permitido también los paquetes.

-¿Apellido?

-Pankrátov.

-Firme.

El celador le presentó la lista del contenido del paquete y un trozo de lápiz. La lista estaba escrita por su madre, con letra grande y poco inteligible, y sólo la palabra «chocolate» había sido añadida con letra desconocida, neta, casi caligráfica. La mitad de los artículos de la lista había sido borrada con lápiz tinta.

Sasha repasaba los envoltorios y los paquetes cuidadosamente colocados por su madre y luego destripados por manos ajenas... Una barra de pan blanco, carne hervida, salchichón, todo ello cortado en pedazos durante la inspección, mantequilla envuelta en papel parafinado, una muda, calcetines, pañuelos. De manera que su madre estaba bien, había aguantado el mal trago, sabía dónde se encontraba él.

-¿Puedo mandar la ropa que tengo aquí?

Envolvió la ropa interior sucia en el trapo, aquel trapo chamuscado por la plancha que le había traído el aroma de la casa, de su casa.

En el respaldo de la lista Sasha escribió: «Lo he recibido todo. No mandes más que pan blanco, carne y ropa interior. Todo va bien. Estoy sano. Besos. SASHA.»

-¡El lápiz! -reclamó el celador.

a Mijaíl Yúrevich, a su vecina Galia, a Miliúta Petrovna, a sus hermanas, a Varia Ivanova y a Max Kostin... Eso sólo podía haberlo escrito él, su bondadoso y valiente hijo.

Todo adquiría desde ese momento un sentido nuevo. La arrugada nota, la ropa interior que olía a cárcel, la carne y el pan que pedía eran los detalles palpables que le faltaban antes para imaginárselo vivo. Las tardes y las noches dejaron de ser tan solitarias: estaba cerca de él, sabía cómo transcurría cada uno de sus minutos, percibía cada movimiento suyo. Si a ella le dolía el corazón, era que él no se encontraba bien; si no podía conciliar el sueño, era que él yacía en su catre con los ojos abiertos; si la acometían accesos de terror mortal, era que le llevaban a interrogarle y él padecía, se debatía, sufría. Recordaba una vez que le castigó porque no quería dejarle ir al teatro, y él se puso a llorar, no de dolor, sino de agravio porque le había humillado. Ahora le pegaba la vida.

Mark había hablado de Sasha con personas importantes e influyentes. Ella confiaba en Mark. No la engañaba ni trataba de darle falsos consuelos; había hecho todo lo que podía. Y sin embargo, más que de Mark, se fiaba de las mujeres que hacían cola delante de las cárceles. Allí, todo era claro, sencillo y ecuánime. Aquellas débiles mujeres se las ingenian para ayudar a sus seres queridos, para transmitirles el calor que ellas perdían esperando en el aire aterido, saciaban su hambre con lo poco que recortaban a sus parcias raciones, les hacían llegar su amor y su esperanza a través de los espesos muros. Sofía Alexándrovna pensaba ahora sin temor en las colas de la cárcel: allí no se sentía sola. Con esto no se reducían sus sufrimientos, pero sí se melló la agudeza de la exclusividad. Ella debía hacer lo que hacían las demás. El mundo que antes le parecía tan terrible exigía acción, y la acción sofoca el miedo. Las mujeres le enseñaron cómo buscar a Sasha, cómo preparar los paquetes y lo que debían contener; a quién dirigirse, a quién escribir y de qué manera. Había que dirigirse y escribir precisamente a donde ellas decían. Logró que la recibiera el fiscal de seguimiento de los órganos de la OGPU. «Cuando termine la instrucción, conocerá usted el resultado», fue la respuesta, como ellas se lo habían predicho, que a pesar de todo era importante porque el fiscal fijaría ahora la atención en el asunto de Sasha y esto podría modificar mucho las cosas. En las colas sabían también lo que debería hacer si condenaban a Sasha, se conocían todo el camino, y ese camino que también era camino de vida, puesto que la gente iba por él, tranquilizaba más que las esperanzas y las promesas. El lugar de confinamiento podía depender de que se le ocurriese a Sasha pedir una revisión médica: tenía los bronquios débiles y podía obtener que le enviaran a la cuenca del Volga y no a Siberia. Si telefoneaban a Sofía Alexándrovna diciéndole que preparase ropa de abrigo, era que le mandaban a Siberia o al norte; si no, era que le mandaban a Asia Central.

Y cuando se presentó Víktor Ivánovich Nósov, el administrador de la casa, también estaba preparada para su visita porque le habían advertido las mujeres que precintarían la habitación de Sasha. El administrador tenía la obligación de hacerlo, aunque seguramente le resultaría violento. Sólo temía que por eso mismo la tratase con grosería y, por si acaso, había preparado una frase especial:

-Víktor Ivánovich -pensaba decirle-, si me habla usted con calma, le entenderé mejor.

Pero Víktor Ivánovich no se mostró grosero:

-Es una norma, Sofía Alexándrovna. Cuando llegue el momento, quitaremos el precinto. Incluso es más tranquilo para usted. Ya sabe usted cómo es la gente de por aquí: cualquiera es capaz de meterse y luego no habrá quien le echara. Si tiene que trasladar algunas cosas, le mandaré al portero para que la ayude. Y lo que no necesite, lo deja dentro porque la habitación es suya.

Le daba a entender que no convenía retirar todas las cosas, y así lo comprendía también Sofía Alexándrovna: nadie podría ocupar la habitación arbitrariamente mientras hubiera en ella pertenencias suyas.

Pero renunció a la ayuda del portero, porque hubiera habido que pagarle y no tenía dinero. No vació la habitación donde antes dormía y estudiaba Sasha, sino su propio dormitorio. Tuvo que sacar de él todo lo que podía necesitar y, en cambio, meter la mesa escritorio de Sasha, el diván y el perchero.

Dedicada a esta faena la sorprendió Varia. En seguida se quitó el abrigo para ayudarla. Transportaba montones de ropa blanca, vestidos, alfombrillas, almohadas, mantas sin que nada se le cayera ni se le extraviara, sabía exactamente dónde colocar cada cosa y la colocaba de manera que cupiesen todas.

La ayuda de aquella chiquilla le agradaba a Sofía Alexándrovna y también le agradaba la propia Varia. A veces pensaba que quizás hacía mal mezclando a Varia en su vida, en su desgracia, pero la compasión de Varia y su afán de ayudarla eran tan firmes, que no se imaginaba cómo podría apartarla.

La ayuda de aquella muchacha prestaba también ahora a su ocupación una apariencia de faenas domésticas, de desplazamiento de muebles; y, para conservar esa apariencia, Sofía Alexándrovna no decía nada. No obstante notaba que la entereza la abandonaba. La había dejado el marido, habían detenido al hijo, le quitaban una habitación... Hacía tiempo que debía haber dejado aquella habitación a Sasha. Era un hombre adulto, y seguramente se encontraría incómodo en la habitación de paso. Sin embargo no se la había cedido por conservar ella sus comodidades. ¡Qué egoísmo por su parte! Y él, su querido y modesto hijo, no decía nada.

La cama de metal no se desmontaba, al armario se le partió una pata y no consiguieron mover la cómoda ni aun después de sacar los cajones.

Mijaíl Yúrevich volvió del trabajo, apareció Galia, la vecina, y les ayudaron a desplazar el armario y la cómoda; desarmaron la cama y luego trasladaron al cuarto pequeño el diván donde dormía Sasha, su mesa escritorio y la estantería. Sofía Alexándrovna dispuso encima de la mesa la escribanía y algunos libros de Sasha y colgó una cortina.

Varia no se marchó hasta que no terminaron todo, aunque sabía que en su casa la esperaba Serafín, el cadete jovencito que había llevado Max por Año Nuevo.

A este Serafín le había faltado tiempo para telefonear a Varia al día siguiente y decirle que la esperaba en la plaza del Arbat. Fue por broma, y se hizo acompañar por Zoia y otra chica. Ellas se quedaron en la acera de enfrente y vieron que un joven militar se acercó a Varia y luego echaron a andar juntos por la calle del Arbat. Las chicas iban por la otra acera, haciéndole señas que ella no entendía; y también ella les hacía señas que las otras tampoco entendían. Serafín la invitó a ir a bailar a la Casa del Ejército Rojo, pero Varia no podía aquella tarde porque tenía entradas para el cine. Pero como sabía que era difícil encontrar entradas para la Casa del Ejército Rojo, le prometió ir con él el sábado siguiente. Luego empezaron a ir todos los sábados. Serafín conocía todos los bailes y las amigas de Varia la envidiaban.

Varia se había habituado ya a su nombre: también se llamaba Serafín uno de los hermanos Zámenski, los deportistas. Claro que no se parecía a los chicos del Arbat, moscovitas de cepa; era más bien provinciano, tímido. Pero la cortejaba en serio, lo que halagaba a Varia, haciéndola sentirse mayor. Además, que Nina no podía objetar nada, puesto que Serafín era amigo de Max y no se concebía que Max tuviera malos compañeros.

Cuando Varia llegó a su casa, Nina la recibió con mirada furiosa: hacía ya una hora que Serafín la esperaba, sentado en el diván, y el susurro de las páginas de un libro que hojeaba la distraía de su trabajo de repasar los cuadernos de sus alumnos. Su mirada de reproche significaba: «Si has citado a una persona, ten la bondad de estar aquí cuando llegue porque yo no tengo la obligación de distraer a tus acompañantes.»

Varia no intentó siquiera explicarle por qué llegaba tarde. Se lo diría, pero después. De momento dijo a Serafín que saliera al pasillo porque tenía que cambiarse.

El espejo estaba en el interior del armario. Varia entreabrió la puerta de manera que la luz le diera de costado y no de espaldas y empezó a cambiarse. También eso irritó a Nina. ¿No llevaba un vestido normal? Pues podía salir con él. ¡Y qué manera de ponerse las medias! Se ponía una, estiraba la pierna para contemplarla... Y eso de andar por la habitación medio desnuda, ¿dónde lo habría aprendido? ¡A los diecisésis años!

-No olvides que te están esperando.

-Sí -contestó humildemente y, con la misma humildad, preguntó- ¿Me prestas tus zapatos por hoy?

Nina no tenía el menor deseo de prestarle sus únicos zapatos de vestir, pero estaba deseando que Varia se marchara por fin.

-Sí, anda.

Varia tomó los zapatos, estuvo mirándolos, palpándolos y, cuando se los puso, volvió a mirarlos, estiró una pierna para convencerse de lo bien que le sentaban. Por fin, ya arreglada, abrió la puerta.

-Pasa, Serafín.

Después de mirarse al espejo ya con el abrigo puesto y la toquilla sobre la cabeza, Varia se volvió hacia su hermana:

-Estaba en casa de Sofía Alexándrovna, ayudándola a trasladar sus cosas de una habitación a otra porque han precintado la de Sasha.

Varia había descargado el golpe a Nina instintivamente, pero con precisión: incluso de lo que sucedía en casa de Sasha se enteraba Nina por ella.

Claro que ni Nina ni nadie podía ayudar a Sasha. ¿Qué podían hacer? Sin saber siquiera de qué le acusaban. Sin embargo se sentía culpable ante Sasha por el solo hecho de encontrarse en libertad mientras él estaba en la cárcel. ¡El mejor de todos ellos! Nina esperaba que se aclararía el malentendido. Pero si habían precintado su cuarto era que no iban a ponerle en libertad. Y entonces ¿qué? ¿Reconocer que Sasha era enemigo del poder de los soviets? ¿Renegar de él? Habían abandonado a Sasha en un mal momento, se habían acobardado. Ella había pasado una vez por casa de Sofía Alexándrovna a decirle que lo sentía. ¿Qué valor tenían esas condolencias?

Había que escribir una carta... Había que recoger firmas entre los chicos -al fin y al cabo, Sasha había sido secretario de su célula del Komsomol-, escribir que respondían de él. Max firmaría, y Vadim, y Lena y otros chicos. Y también el director de la escuela y los profesores que conocían a Sasha. Nina daba ahora clase en la escuela donde estudió Sasha en tiempos y esperaba que podría reunir firmas. Yuri no firmaría, ¡claro! ¡Que se fuera al demonio! Telefoneó a Lena y a Vadim y quedaron en reunirse al día siguiente en casa de Lena. Luego bajó a casa de la madre de Max y le dejó el recado de que fuera a verla cuando viniera con permiso al otro día.

La reunión resultó muy triste. Lena callaba, arrebatada en una toquilla. ¿Había que firmar una carta? Ella estaba dispuesta. También Max parecía alicaído. Sabía que su carta sería inútil y comprendía las consecuencias de un paso así; pero no quería negarse para que no le tuviera Nina por un cobarde. Vadim fue el único que dijo:

-¿Y qué puede una carta así? ¿Le servirá de algo a Sasha? ¿Y si le perjudica y complica más las cosas? Pongamos que nos convocan. ¿Qué sabemos de Sasha? En la escuela era un buen komsomol. Pero en la escuela dejamos de estudiar con él hace seis años. ¿Cómo es ahora? ¿Estáis al corriente de lo que sucedió en el instituto? ¿Os lo contó? ¿Qué os contó? Y si luego llaman a Sasha y le preguntan: «¿Qué les contó usted a sus amigos?» Yo no pongo en duda la honradez de Sasha. Quiero sencillamente darme una idea de cómo pueden suceder las cosas.

-Entonces, ¿abandonamos a Sasha a su suerte?

-No es que le abandonemos. Están investigando. ¿Qué fundamento tenemos para pensar que no van a poner las cosas en claro? Nosotros conocemos a Sasha; pero ellos también se habrán informado, ¿verdad? Y no le han detenido porque sea Sasha Pankrátov, sino porque algo hay relacionado con él. Y eso es lo que nosotros desconocemos.

-Nosotros debemos apoyarle -reiteró Nina.

-Mira las cosas con cordura -prosiguió Vadim-. Sasha no se enterará siquiera de que hayamos escrito esa carta. Al contrario, empezarán a preguntarle por cada uno de nosotros, y eso no hará más que complicar su situación.

-¿Temes que le pregunten por ti?

-Yo no temo nada -protestó Vadim, sonrojándose.

Todos comprendían que Vadim tenía razón. Y Nina también lo comprendía. Pero existía algo más elevado y considerable que esa comprensión. Y había también algo amargo y vergonzoso: temían complicarse la vida. Y superar ese temor era más difícil que enviar la carta.

-¿Y si consultáramos con mi padre? -sugirió Lena.

-¡Es verdad! -apoyó Nina con la recóndita esperanza de que Iván Grigórievich interviniere y ayudara a Sasha.

A Vadim también le gustó la idea: Iván Grigórievich los disuadiría de enviar la carta. De todas maneras, Vadim no la firmaría; lo había decidido firmemente. Sólo Maxim, con su cordura de campesino, comprendía que no debían colocar a Iván Grigórievich en una situación violenta.

-No me parece necesario. Debemos decidir nosotros mismos.

-Pero podemos pedirle consejo -objetó rotundamente Nina.

A la hora del té, Iván Grigórievich y Ashjén Stepánovna se reunieron con los chicos en el comedor.

-Papá -dijo Lena-, ¿qué se hace con Sasha?

-¿y qué se puede hacer?

-Queremos escribir una carta a la OGPU.

Budiaguin frunció el ceño.

-¿Qué falta le hace a nadie vuestra carta?

-Alguna medida habría que tomar -repuso Nina.

-Ya aclararán las cosas sin vuestra intervención -replicó hosamente Budiaguin.

21

Desde que regresó Budiaguin del extranjero, Stalin no le había recibido ni una sola vez, aunque Ivan Grigórievich habría podido hablarle de muchas cosas que no se escriben en los informes y que no debían aplazarse en la situación internacional presente. Había solicitado una entrevista. «Se le avisará.» Y había transcurrido más de un año. No era una circunstancia fortuita, como tampoco lo era el hecho de que no le hubieran incluido en la nueva composición del Comité Central. Embajador en una gran potencia occidental, aplicaba la política dictada por el Comité Central, pero tenía el derecho de exponer su punto de vista ante este comité.

Sin embargo, las relaciones con Stalin eran siempre complicadas. En el destierro había dejado de hablar a un camarada porque le gastó una broma acerca de su costumbre de dormir con los calcetines puestos. En Siberia parecía particularmente indefenso contra el frío y por eso dormía con calcetines. Además poseía un edredón acolchado de seda de colores que también era objeto de bromas en las que Stalin veía un afán de recalcar su inadaptación, su debilidad. Dejaron de gastarle bromas. Por otra parte, no se podía regañar con él porque era incapaz de una reconciliación. Su fuerte acento georgiano y los giros retorcidos que empleaba mermaban sus facultades de orador. También parecía indefenso en la polémica y nadie quería agraviarle. No agraviarle significaba no contradecirle.

Las discusiones y las diferencias no impedían que los confinados se trataran entre ellos. Y únicamente Stalin no daba nunca un paso para la reconciliación: el enemigo ideológico se convertía en enemigo personal. Le parecía muy

natural que un camarada le cediera las botas de fieltro que le hacían falta a él. Pero nunca las habría aceptado de una persona con la que hubiera discutido la víspera. Era insoportable con sus caprichos, sus agravios, sus largos enfados. Los demás iban de caza o de pesca; y únicamente él no iba a ninguna parte, se pasaba las veladas junto a la ventana, leyendo a la luz de un quinqué. Aquel georgiano solitario e intransigente, en plena taigá siberiana, en una isba del extremo de la aldea, entre los habitantes locales con los que no lograba contactar, inspiraba compasión. Y los camaradas le perdonaban muchas cosas.

Budiaguin fue el único que logró intimar algo con él. Era un muchacho obrero de Motovilija, veía por primera vez a un habitante del Cáucaso y le dio pena de aquel meridional, confinado en la fría Siberia, en condiciones cuyo rigor no podían soportar todos los rusos. Budiaguin le prestaba pequeños servicios, le ayudaba en lo que podía, y Stalin lo aceptaba todo como si hubiera sido una obligación. Para Iván Grigórievich, la vida no era allí tan dura como para los demás: podía trabajar en una forja o una cerrajería, sabía manejar el hacha, era capaz de reparar lo mismo una escopeta que un arado y le gustaba pescar, sobre todo de noche, en otoño, a la luz de una tea plantada en la proa de la barca. Escuchaba en silencio las discusiones, las charlas y los juicios de sus eruditos camaradas, leía mucho e incluso estudiaba inglés. La mayoría estudiaba alemán o francés, y únicamente Stalin no mostraba interés por las lenguas. Los confinados le daban libros a Budiaguin, respondían a sus preguntas, le explicaban algunas cosas. Stalin también lo hacía. Su razonamiento rectilíneo, su tendencia seminarística a las interpretaciones, la inquebrantable convicción de que su saber era el límite de la sabiduría imponían entonces a Budiaguin más que la erudita elocuencia de los demás. Con el tiempo, todo eso dejó de imponerle, se desarrolló él mismo rápidamente y encontró en su camino a personas más instruidas y brillantes que Stalin. Pero aquellos ocho meses de confinamiento en común se grabaron no sólo en su memoria, sino también en su corazón, como el primer contacto con la causa que se convirtió en la causa de su vida.

También se había encontrado con Stalin durante los años de la guerra civil. Precisamente por entonces comenzaba Stalin a desempeñar un papel relevante. Su voluntad y su energía podían servir a la revolución; en cuanto a la deslealtad, la grosería y el afán de mando podían tolerarse, ya que la revolución recurre también a medios extremos. Pero en la época de creación esos defectos se hacían peligrosos. Stalin poseía un poder sin límite y sin control. Éste era el sentido de la carta de Lenin. Stalin calibraba la fidelidad a la idea por la fidelidad a su persona. En lo que a Riazánov veía el final, Iván Grigórievich intuía el comienzo. Pensaba que se producirían cambios en el congreso. No habían tenido lugar. Una vez afirmada en el congreso su excepcionalidad, Stalin afirmaría ahora su unicidad.

Budiaguin se responsabilizaba de todo: consideraba suya cualquier acción revolucionaria, consideraba error suyo cualquier error que se cometiera, así como injusticia propia cualquier injusticia. Poseía el supremo valor de un revolucionario: se sentía responsable de la suerte de las personas lanzadas al crisol de las conmociones sociales. A su lado caían culpables e inocentes, pero él tenía la convicción de que estaba desbrozando el camino para una generación nueva. La grandeza de la auténtica revolución no está en QUÉ destruye, sino en A QUIÉN crea. Stalin estaba ganándose a Riazánov. En ese aspecto, no se engañaba Iván Grigórievich. Cuando se incorpora a una persona al Comité Central, forzoso es saber que un sobrino suyo está detenido. Y ese sobrino detenido sería el talón de Aquiles de Riazánov, le haría servir fielmente al hombre que había desdeñado semejante circunstancia. Si era así, la intervención de Budiaguin en el asunto de Sasha complicaría aún más sus relaciones con Stalin.

Y sin embargo no podía menos que intervenir. Los muchachos reunidos con Lena y discutiendo la manera de ayudar a Sasha era un espectáculo que le conmovió: en esos muchachos, puros y desinteresados, veía él a los continuadores de la causa de la revolución. Y él, viejo bolchevique que la había preparado y la había llevado a cabo, no podía contestarles nada. No podía decirles que a Sasha le habían detenido con razón, porque él sabía que no era así. Pero tampoco podía decirles que le habían detenido injustamente porque entonces tendría que explicarles el motivo de que eso hubiera podido ocurrir, y aunque Budiaguin comprendía que era inútil intervenir, telefoneó a Beriozin. Le conocía como chekista honrado y valiente. Y le dijo que respondía de Sasha Pankrátov y que le rogaba poner en claro el asunto.

Beriozin sabía mejor que Budiaguin y mejor que Riazánov que Pankrátov no era culpable de nada: Beriozin conocía su expediente. Había asistido a un interrogatorio de Sasha y había adivinado en él a un muchacho honrado. La tupida barba negra no le había impedido ver un hermoso rostro juvenil rebosante de honradez, valentía y profunda hombría de bien. Y aquel breve y digno «así, sin más ni más» era una sonrisa de la juventud que no teme a nada y todo lo tiene por delante.

Sin embargo, Beriozin conocía cosas que ignoraban Budiaguin y Riazánov y adivinaba cosas que ellos no podían adivinar.

Lominadze, que en tiempos fue uno de los dirigentes de la Internacional Comunista, había manifestado acerca de la revolución china un punto de vista diferente al punto de vista de Stalin y había debatido este problema con

Shatskin y Sirtsov. Esta charla le dio fundamento a Stalin para declararlos «monstruos oportunistas». A Lominadze le cesaron de su cargo y le enviaron a los Urales de secretario del comité del partido de una ciudad.

Se le abrió un expediente y en el expediente figuraban unas declaraciones de Cher, ex trabajador de la Internacional Comunista, diciendo que, al parecer, Lominadze preparaba la creación de una nueva internacional. Cher, un hombre de nacionalidad poco clara, súbdito de muchos estados, nombró a una serie de personas con antecedentes sediciosos relacionadas con Lominadze, y entre ellas a Glinski, antigua personalidad del Partido Socialista Polaco, que le había prestado servicios bastante considerables a Lenin en la emigración.

La esposa de Glinski era la directora del Instituto de Transportes. En el instituto, al parecer, se había descubierto una oposición clandestina encabezada por el suplente de Glinskaia, Krivoruchko, ex participante de la «oposición obrera». Yagoda se aferró inmediatamente a ese clavo ardiendo. El lazo de la esposa de Glinski con la oposición clandestina apuntalaba las endebles declaraciones de Cher: cualquier relación indirecta le presta a un asunto volumen y fuerza de convicción, cualquier hecho le presta peso y cualquier nombre adquiere importancia si figura en un expediente y se lo relaciona hábilmente con la versión principal.

Beriozin comprendía a la perfección que no existía ninguna acción clandestina en el instituto, que Sasha Pankrátov no tenía ninguna relación con Krivoruchko, lo mismo que Krivoruchko no tenía ninguna relación con el asunto de Glinski, que el propio Glinski no estaba relacionado con Lominadze y que Lominadze no se proponía crear ninguna nueva internacional. Pero el asunto de Lominadze lo llevaba personalmente Yagoda, y ese asunto, según entendía Beriozin, iba más lejos y más arriba de lo que Beriozin podía imaginarse. Yagoda sí estaba al tanto, y Beriozin sabía lo que eso representaba... Era una terrible y fatal cadena. La puesta en libertad de Pankrátov podía ser interpretada como la retirada de un eslabón, aunque fuera insignificante, de esa cadena. Yagoda no lo consentiría. Ni Vishinski tampoco. Solts había hecho readmitir a Pankrátov, y Vishinski había dado el visto bueno para su detención. A Pankrátov había que mantenerle en la sombra, no llamar la atención sobre él. Era la única manera de salvar al muchacho. De momento todo debía seguir como estaba. Que Diákov continuara con el sumario: sus funciones se reducían al instituto y no sabía nada más. Lo único que hizo Beriozin fue permitir que Sasha recibiera paquetes y utilizara los libros de la biblioteca. Diákov escuchó respetuosamente la orden; siempre escuchaba respetuosamente a Beriozin, intuyendo que Beriozin no continuaría mucho tiempo trabajando allí, en el aparato central. Los paquetes y los libros eran un alivio del régimen preventivo en que se encontraba Sasha; pero era una medida que se tomaba a veces en interés de la investigación y no había nada que objetar.

-Así se hará -contestó Diákov.

Beriozin profesaba el espíritu de la revolución y consideraba que el trabajo en la Cheká era su deber de revolucionario. Presidente de una Cheká de provincia durante los años de la guerra civil, había aplicado el terror rojo, pero podía dejar en plena libertad a un liberal extraviado o a un burgués asustado si veía que no representaban un peligro para la revolución. No escapaba nadie de la mano pequeña y tenaz de Diákov. Ir a parar a él significaba ya ser culpable. Diákov no creía en la culpabilidad verdadera de las personas, sino en la versión general de la culpabilidad. Esa versión general había que aplicarla con habilidad a una persona dada y crear una versión concreta. Una vez creada esa versión concreta, se sometía él a ella y sometía la investigación y al investigado. Si el procesado rechazaba la versión, era una prueba más de su hostilidad al Estado que, según entendía Diákov, representaba él allí.

La versión creada por Diákov (justa, lógica e indiscutible según su sincero convencimiento) consistía en lo siguiente: el instituto tenía a su frente, como vicedirector, a Krivoruchko, antiguo participante de la oposición, ya castigado, o sea, agraviado y, según la lógica de Diákov, resentido para siempre. Un hombre así no podía permanecer inactivo: el enemigo está alerta, el enemigo hace daño allí donde puede, y más aún entre los jóvenes políticamente inmaduros. Pues bien, un grupo de personas de éas saca un periódico mural antipartido. ¿Existe una relación entre estas dos circunstancias? ¡Tiene que existir! El que dirige a esos jóvenes, el estudiante Pankrátov, defiende a Krivoruchko. ¿Es un hecho fortuito? ¡No puede serlo! ¿Es fortuito que el asunto de Krivoruchko haya coincidido, por el tiempo, con el de Pankrátov? ¿Quién va a tragarse eso? Detrás de Pankrátov está su inspirador, un antiguo participante de la oposición. Krivoruchko atrajo a Pankrátov a su órbita, y eso es ya una organización contrarrevolucionaria.

Diákov no dudaba que Pankrátov se rajaría y la versión quedaría así demostrada. Diákov dividía a los procesados en dos categorías: los que confiaban en la investigación y, por tanto, tenían fe en el poder de los soviets, y los que no confiaban en la investigación y, por tanto, no tenían fe en el poder de los soviets. Además, los dividía en quisquillosos, que le ponían peros a cada palabra del acta, y no quisquillosos, que no ponían reparos a nada. Pankrátov tenía fe en los órganos de justicia, no era quisquilloso, estaba sorprendido por su detención, esperaba ser puesto en libertad, trataba de que le creyeran, era inexperto, sencillo, protegería a sus compañeros, cargaría con toda la culpa, incluso más. Era un caso fácil.

Krivoruchko había sido detenido la misma noche que Sasha. Durante el interrogatorio declaró que había oído hablar del asunto de Pankrátov, aunque a éste no le recordaba: en el instituto había miles de estudiantes. En efecto, Krivoruchko no había olvidado lo que dijo Pankrátov en la reunión del buró del partido y recordaba que había ido a

su despacho a sellar unos documentos. Si negaba su trato con Pankrátov, no era porque el hecho pudiera perjudicarle a él, ya que nada podía ya perjudicarle ni favorecerle: aquella acción estaba dirigida contra los que en otro tiempo, habían participado en alguna oposición. Y no porque hubiera intuido la versión, pues ni siquiera sabía que Pankrátov estuviese en la cárcel. Lo negaba a sabiendas de que cada nombre que él citara no podía más que perjudicar a la persona que lo llevaba.

22

A Sasha le llevaron cuatro libros. No había entre ellos ninguno de los que había pedido, aunque el bibliotecario había procurado aproximarse lo más posible. En lugar de *Ilusiones perdidas*, César Biroteau; en lugar de *Guerray paz, Infancia. Adolescencia. Juventud*; el año 1905 de la revista *La naturaleza y los hombres* y el número 2 de la revista *Krásnaia Nov* de 1925. Todo ello sobado y maltratado, con el sello azul ovalado de «Biblioteca de la cárcel urbana de Butírskia». La edición de Balzac era del año 1899; la de Tolstoi, de 1913. Faltaban muchas páginas y su lista, consignada al final de los libros, no era exacta. De todas maneras tenía por delante una semana de fiesta. Sasha repasó primero las revistas, luego leyó los libros y volvió a las revistas. En *Krásnaia Nov* encontró la poesía de Esenin «Niebla azul, inmensidad nevada... » Sasha no la había leído antes. Conocía César Biroteau. La historia de este malhadado perfumista, que cuando la leyó le pareció melodramática, le conmovió ahora... «La desgracia es el grado de elevación del genio, bautismo purificador para el cristiano, tesoro para el hombre hábil y precipicio para el débil.» Él no era genio ni cristiano ni hombre hábil ni débil. Sin embargo percibió algo importante en estas líneas para él.

Durante una semana se deleitó con los libros, la ropa limpia y las golosinas enviadas por su madre. Echaba trocitos de carne en la sopa y, después de calentarlos así, los añadía a los cereales hervidos, y el almuerzo resultaba menos insípido. Por las mañanas y por las noches se hacía bocadillos de pan blanco con mantequilla, salchichón y queso, y el olor de las meriendas de la escuela se sobreponía al olor de la cárcel. Algo desmadejado bajo los efectos de la comida, se tumbaba a leer. Aunque estaba prohibido permanecer acostado durante el día, Sasha no hacía caso de las advertencias de los celadores, y éstos le dejaban en paz, insistiendo solamente cuando se aproximaba algún superior. Una semana de vida perezosa, bien comido, con libros, embutido y chocolate. Al parecer se había habituado, se había amoldado...

La vida de los libros y las revistas no tenía nada de común con su vida actual ni tampoco con la anterior. Todo lo que respiraba sufrimiento en *Infancia. Adolescencia* ... era distinto a como habían sido su infancia y su juventud:

Entonces dijo a su padre:

-No consentiré que trates mal a mamá.

El padre le miró con sus ojos grises saltones y luego dejó caer la cabeza sobre las manos.

-¡Vaya un hijo!... -y rompió a llorar.

El padre es el padre. Y aunque su mano fuera fría, él recordaba su contacto desde niño. Hubiera querido consolarle, pedirle perdón. El padre apartó la cara de las manos. Tenía los ojos secos, fieros.

-¿Con qué derecho te metes tú?

-Es mi madre.

Durante varios días, el padre se levantaba por las mañanas sin decir una palabra, se afeitaba, se aseaba largamente, se vestía, se miraba al espejo, se sentaba a la mesa en silencio, comía en silencio, guardaba los papeles en la cartera, farfullaba algo entre dientes y se marchaba al trabajo sin despedirse. Cuando volvía, pasaba por el cuarto una mirada de inquina, comía sin pronunciar una palabra, apartaba los platos de mala manera, no contestaba a las tímidas preguntas de la madre. Sólo por la noche, cuando él y la madre se retiraban a su habitación, oía Sasha su voz sofocada mientras la madre callaba todo el tiempo, y a Sasha le asaltaba el temor de que ese silencio suyo le hiciera estallar el corazón.

Luego le dijo a Sasha:

-Tengo que hablar contigo.

Salieron de casa y echaron a andar por el Arbat. Los copos de nieve giraban como enjambres a la luz de los faroles. El padre llevaba un gorro alto, de la misma piel que el cuello de su abrigo de invierno y caminaba al lado de Sasha, alto, bien parecido, muy afeitado, rotundo, imperativo.

... Él no quería mezclar a Sasha en sus relaciones, pero ella le había inculcado desde niño la animadversión hacia su padre. Ella tenía la culpa de su desunión, ella no compartía sus aspiraciones, sus intereses; le importaban más sus hermanas y el hermano. De lo único que era capaz era de celarle.

Una tremenda angustia embargó a Sasha. ¿Qué podía objetarle él al padre, allí, en la calle?; el padre oía mal y había que gritar, y Sasha dijo únicamente:

-Cuando las personas no pueden vivir juntas, deben separarse.

Al cabo de un mes, el padre se trasladó a la fábrica de caucho sintético de Efrémovo. Así fue como, a los dieciséis años, Sasha tuvo que hacerse cargo de todo en la casa.

Diákov no le llamaba a declarar, y a Sasha no le importaba. Había esperado el primer interrogatorio con esperanza, el segundo con temor, y ahora no experimentaba ni esperanza ni temor. Sólo le desasosegaba la idea de Krivoruchko. Podían detenerle y él podía confesar que le había dicho a Sasha aquella frase del cocinero. Sasha sería entonces convicto de mentira, y ya no le creerían en lo esencial: en lo relativo a Mark.

¿Para qué diría aquello Krivoruchko? Le habían colocado en una situación estúpida. ¡Bocazas! ¿Qué habría hecho Sasha si la cuestión de Krivoruchko se hubiese planteado en una reunión del buró del partido? Allí no habría ocultado esa frase... Que el camarada Krivoruchko explicase a qué se refería. Entonces ¿por qué debía comportarse allí de otra manera? ¿Por qué debía encubrir a Krivoruchko?

Contaría todo como había sido y se quitaría ese peso de encima. Él se quedaría con la conciencia tranquila, y allá lo que decidieran... «Siberia es tan horrible, Siberia está tan lejos; pero también en Siberia vive la gente... » ¿De dónde era eso?

¿No vivía él en la cárcel? Dormía, leía, se deleitaba con el embutido y el chocolate, cantaba todas las noches cuando tomaba una ducha caliente, reflexionaba, recordaba. Le había crecido la barba, ya podía alisarla con la mano; hubiera querido ver cómo estaba con barba, pero no tenía espejo.

De nuevo se presentó el celador con lápiz y papel. Recogió los libros y Sasha pidió otros. Esta vez escribió diez títulos calculando que alguno estaría disponible. Repitió la solicitud de *Guerra y paz* e *Ilusiones perdidas*, pidió las revistas gruesas de los meses de enero, febrero y marzo, Stendhal, Babel, la *Historia del imperio romano*, de Gibbon, que había empezado a leer poco antes de su detención, libros de Gógol, que le gustaba, y de Dostoievski, que no le gustaba pero que de todas maneras debía leer. Y de nuevo el código. Para que se enteraran de que quería conocerlo. Seguro que su solicitud la repasaba Diákov. Bueno, pues que se enterara Diákov de que quería conocer sus derechos.

Dos días sin libros le hicieron volver a su estado anterior. Eran otra vez las paredes desnudas, el silencio agobiador, la mirilla, el aseo para sus necesidades; y de nuevo el rancho a palo seco y los ardores de estómago. Se le habían terminado los víveres enviados por su madre.

Pensaba en Katia. Recordaba sus manos cálidas, los labios secos. No podía conciliar el sueño. Se levantaba, andaba un poco. Pero los celadores no permitían caminar de noche por la celda.

-¡Recluso, acuéstese! Se acostaba, pero no podía dormirse y, si lo conseguía, tenía sueños angustiosos, visiones extenuadoras como a los diecisiete años ...

Cuando tenía diecisiete años fue con su madre de vacaciones a Lípetsk. Dio la coincidencia de que en la casa donde se hospedaron estaba pasando también unos días la nuera del ama, venida de Samara, donde su marido trabajaba en los ferrocarriles. Se llamaba Elizaveta Petrovna, era rubia, delgada, y andaba siempre con una batita ligera apenas cruzada sobre el cuerpo desnudo. Miraba a Sasha de soslayo, por una rendija de los párpados, sonreía ambiguamente y hacía ascos como una burguesita provinciana que era. Sin embargo, su sonrisa ambigua, el cuerpo que se adivinaba a través de la bata medio abierta y el perfume barato agitaban a Sasha. Durante el día solía estar tendida en el jardín con la bata abierta y las esbeltas piernas blancas expuestas al sol. Sasha no miraba hacia aquel lado; pero notaba, debajo del manzano, la mancha blanca de la almohada, los colorines de la bata, las piernas esbeltas, de rodillas redondas, igual que notaba la mirada de soslayo y la sonrisa.

-Sasha... -dijo arrastrando mucho la letra «sh».

El muchacho se acercó y tomó asiento a su lado.

-Sasha... -repitió en el mismo tono, y se volvió hacia él de manera que la bata se abrió descubriendo un hombro blanco y delgado y un pecho pequeño-. Sasha... ¿Por dónde anda todo el día? ¿Con las muchachas? Cuénteme...

Sin poder pronunciar una palabra, el muchacho contemplaba las piernas prietas, el pequeño pecho blanco... El calor del sol era seco, zumbaba una avispa, olía a manzanas y Sasha no podía levantarse ni hacer un movimiento, avergonzado al notar que ella se daba cuenta de todo, lo comprendía todo, siempre con su sonrisa ambigua y, en el fondo, burlándose de él.

-Siempre leyendo, y venga leer. Se le van a hacer los sesos agua.

Le arrebató un libro de France que tenía en la mano.

-Ahora me lo quedo.

Escondió el libro a su espalda. Sasha se inclinó para recuperarlo, y percibió el calor del cuerpo femenino. Sus brazos se entrelazaron. La mujer lanzó una mirada furtiva hacia la cancela del jardín, echó la cabeza hacia atrás. Jadeaba y tenía una expresión ausente, misteriosa. Le enlazó el cuello con los brazos ardientes, le atrajo hacia ella y, cuando sus labios se juntaron, se dejó caer de espaldas.

Luego le miraba a los ojos y reía.

-Fíjate lo que has hecho... Ahora tendré que lavarlo. ¿No te ha gustado? No te importe. Eso es sólo la primera vez. Porque es la primera vez, ¿verdad que sí? Avergonzado, Sasha procuraba rehuirla. Pero al día siguiente, cuando estaban almorcando, ella le sugirió:

-Sasha, usted que es tan fuerte, ¿por qué no me lleva a dar un paseo en lancha?

-Claro que sí, Sasha -la apoyó la madre, apenada porque Sasha se aburriera en Lípetsk. Cruzaron en barca a la otra orilla del Vorónezh -el río que pasa por Lípetsk-, y allí, en un prado, la mujer se entregó, calculada y expertamente. Por la noche se reunió con él en el comedor, donde dormía en un diván, y continuó acudiendo todas las noches y llevándoselo, de día, a la orilla opuesta del Vorónezh.

-¡Mira que liarse con una criatura, la muy zorra! -bufaba la suegra.

La madre no se daba cuenta de nada.

Vino el marido de Elizaveta Petrovna y miró con suspicacia a Sasha, probablemente puesto sobre aviso por su madre. Elizaveta Petrovna le acogió como dulce esposa y presentó a Sasha como un chiquillo enamorado sin esperanzas. Con una risita, decía al marido, alargando las palabras:

-Aquí tienes a un admirador mío...

A Sasha le daban asco sus melindres y los susurros y las risitas que se escuchaban en la habitación del matrimonio. Pero como debía entrar muy pronto a trabajar en una fábrica, se marchó a Moscú, dejando a su madre en Lípetsk. Después de esta aventura, rehuyó a las mujeres durante mucho tiempo.

Una vez se organizó en la fábrica un sábado de trabajo voluntario para limpiar el recinto, descargar leña, retirar la nieve... Una operadora del tercer taller llamada Palia, una muchacha guapa, alta, que trabajaba a su lado, no hacía más que gastarle bromas coqueteando un poco y, cuando terminaron, le dijo a media voz:

-Ven a mi cuarto para entrar un poco en calor.

Luego añadió en tono más bajo todavía:

-Hoy estoy sola.

Entonces no fue porque la propuesta era demasiado descarada, y ahora se arrepentía de no haber aceptado.

Le hervía la sangre, estaba desazonado. Sabía a lo que puede conducir a veces la soledad, y lo temía. Hacía gimnasia por la mañana y por la noche, no se tendía en la cama durante el día, caminaba de esquina a esquina de la celda hasta cumplir la norma diaria de diez mil pasos que se había fijado, se duchaba con agua casi fría, se acostaba lo más tarde que podía y se levantaba lo más temprano posible.

A los dos días le trajeron los libros y volvió a sumirse en la lectura. Pero no leía acostado, sino sentado, o incluso de pie, recostado en la pared. Le habían traído los dos primeros volúmenes de Gibbon, Los hermanos Karamázov y Tarás Bulba en lugar de Almas muertas.

Tuvo un vecino durante algún tiempo. Era un muchacho flaco, de aire extenuado, que llevaba un abrigo de entretiempo muy gastado, unos zapatos rotos y gorra. Le hicieron entrar en la celda y luego trajeron una cama, el colchón y la manta.

Se llamaba Saveli Kuskov, era estudiante de tercero del Instituto Pedagógico de Moscú y llevaba más de cuatro meses en la Butírskaia. Se pasó dos días en la celda de Sasha y luego se lo llevaron, pero dejaron la cama.

A Sasha le dio la impresión de una persona algo perturbada si no del todo tocada. Se pasaba horas tendido en la cama, callado y quieto, luego se levantaba de pronto y empezaba a ir y venir, tropezando con las camas y cantando bajito: «Cuántos acianos, cuántos acianos hay en el campo.» y ese monótono repetir de los versos de Apujtinski acentuaba la sensación de desequilibrio.

No salió al patio, no fue a la ducha con Sasha ni hizo gimnasia. En Moscú no tenía parientes, no recibía paquetes, pero el rancho que traían los repartidores, y no estaba muy caliente, no se lo comía en seguida, sino cuando se había enfriado del todo, enjuagaba su plato de cualquier manera, indiferente al afán con que Sasha fregaba el suyo. La madre de Sasha le envió precisamente por aquellos días un segundo paquete, y Sasha lo extendió todo sobre la mesa para compartirlo, pero Saveli apenas probó nada. Cogió los libros de Gibbon y luego los dejó. De Gógol y Dostoievski, dijo que los había leído. No preguntó por el asunto que tenía allí a Sasha, y del suyo habló con indiferencia. Él era del distrito de Sebezh y su aldea se hallaba en la zona fronteriza. Cuando iba a marcharse de vacaciones a su casa, le escribió su madre diciendo que por allí andaban muy mal de dinero suelto y no había manera de comprar ni vender porque nadie tenía cambio. Entonces, él empezó a juntar monedas. Vinieron a hacer un registro, le encontraron veintiocho rublos y cuarenta copecs en calderilla y le acusaron de querer fugarse al

extranjero, más aún porque estudiaba en la facultad de lenguas extranjeras. Se confesó culpable, terminó la investigación y ahora esperaba la sentencia.

-¿Y por qué confesaste?

-¿Y cómo iba a demostrar lo contrario? -contestó Saveli flemáticamente.

-No eres tú, sino ellos, los que tienen que demostrar tu culpa.

-Es lo que hacen: demuestran que estaba reuniendo monedas de plata.

Aquello era absurdo, disparatado. Claro que lo mismo pensaría cualquiera a quien le contasen que a él le habían detenido por culpa de un periódico mural o de su tío.

Únicamente se animaba Saveli al contar las leyendas que corren por las cárceles acerca de las fugas. Sierran los barrotes, trepan al tejado, de ése saltan a otro, luego al muro y del muro a la calle. Así se habían escapado, hacía muy poco tiempo, dos especuladores de divisas, saltando a la calzada desde un cuarto piso.

Por muy poco tiempo que llevara Sasha en la cárcel, comprendía que era imposible escaparse. Pero no discutía con Saveli. Sólo se sorprendía de su primitivismo. Intentó hablar con él en alemán, echando mano de las pocas palabras que recordaba de la escuela. Saveli lo hablaba de corrido, desvaneciendo así la duda, que rozó por un momento a Sasha, de si sería efectivamente estudiante del Instituto Pedagógico.

Con idéntica animación hablaba Saveli de la enfermería de la cárcel.

Allí había toda clase de gabinetes, tratamiento de fisioterapia, dentista... Por un forúnculo, por un grano, por un aire que te hubiera dado, en seguida recetaban lámpara de cuarzo, le llevaban a uno todos los días a tomar su sesión o incluso le dejaban en la enfermería y allí le daban bollos y leche... Hablaba de los bollos y de la leche con auténtica fruición verdaderamente incomprensible, ya que apenas comía.

Sin embargo, algunas cosas de importancia contó a Sasha. Si se presentaba un médico en la celda preguntando si padecía alguna dolencia, eso significaba que el recluso había sido condenado al confinamiento. Entonces, si uno quería ir a parar al sur, a Asia Central o al Kazajstán, había que decir que tenía tuberculosis, reuma, ciática o problemas de columna; si quería que le mandaran al norte, había que quejarse del corazón. Pero si no aparecía el médico, quería decirse que le mandaban a un campo, y entonces sí que no había opción: iba uno a parar donde le mandaran.

También por Saveli se enteró Sasha de cómo se llamaba el pabellón donde se encontraban, así como los demás, y dónde estaba cada dependencia. La torre que había dentro del patio pequeño se llamaba torre de Pugachov. Ese patio era el más pequeño. Los había mayores y el mejor era el que se encontraba cerca de los talleres donde trabajan los presos comunes porque a través de ellos se podía mandar alguna noticia al exterior.

Al tercer día se llevaron a Saveli. Se marchó con la misma indiferencia que llegó. Le habían metido en la celda de un desconocido y de la celda de un desconocido se marchaba ahora.

No obstante, cuando Sasha vio recortarse en el vano de la puerta su espalda estrecha, encorvada y sumisa y le vio salir sin volver la cara, sin despedirse, cobró conciencia de lo que era el interminable camino de la reclusión. En ese camino se encontraría con otras personas. Saveli era el primero.

23

-Camarada Budiaguin, un momento, que le van a hablar.

Luego, una voz bien conocida pronunció:

-¡Salud, Iván!

Iván Grigórievich no tenía costumbre de llamar a Stalin por el apellido, y tampoco se decidió a llamarle por el nombre.

-Muy buenas --contestó.

-Has vuelto y ni siquiera has venido a verme. ¿Tan orgulloso te has vuelto que te has olvidado de dónde vivo?

-Por mí, estoy dispuesto en cualquier momento.

-Pues si estás dispuesto, ven ahora. Bien cerca estás. Habían transcurrido dos años desde la última vez que estuvo Budiaguin en casa de Stalin, dos meses antes de la muerte de Nadia, su esposa. Luego, cada vez que viajaba a la URSS, resolvía todos los asuntos con Litvínov, el comisario del pueblo de Asuntos Extranjeros, que gozaba de la confianza de Stalin.

La concepción de Stalin consistía en que los enemigos de la Unión Soviética eran Inglaterra, Francia y Japón. Inglaterra porque veía en la URSS una amenaza para su imperio colonial; Japón, a su dominio en China, y Francia, a su influencia en Europa. Al mismo tiempo, Inglaterra y Japón eran los principales rivales de Estados Unidos en el mercado mundial. Alemania vencida se enfrentaba a la Francia vencedora.

De ese modo, todos los problemas complicados resultaban sencillos: Inglaterra, Francia y Japón por una parte y, por la otra, la URSS, Estados Unidos y Alemania. Stalin consideraba que era un gran talento suyo el de reducir a simple lo complejo.

Iván Grigórievich consideraba anticuada esa concepción de Stalin, nacida en los tiempos de la República de Weimar, y catastrófica su capacidad de simplificarlo todo. La llegada de Hitler al poder cambiaba la distribución de fuerzas y convertía el problema alemán en el problema fundamental.

Litvínov, al parecer, compartía el punto de vista de Budiaguin, pero no lo manifestaba. Confiaba en que el tiempo modificaría la posición de Stalin. «*Laisser passer*», le había dicho a Budiaguin.

Stalin como conocía Europa, desdeñaba a los intelectuales del partido que habían estado en la emigración, engreídos sabelotodo, hechos de la misma pasta que los líderes obreros occidentales vestidos de esmoquin y frac. Él llevaba en Rusia la vida del luchador clandestino, condenado a la deportación, fugándose, escondiéndose, mientras ellos vivían en el extranjero, a salvo de los peligros, leyendo, escribiendo, adquiriendo fama. En Londres, durante el V Congreso del Partido, pudo verlos muy bien, de cerca.

Antes de viajar a Londres, Stalin sólo había estado en Tammerfors y en Estocolmo. Pero aquellos congresos no podían compararse de ninguna manera con el de Londres, donde se reunieron más de trescientos delegados: bolcheviques, mencheviques, bundistas, socialdemócratas polacos y letones. Fue la primera y única vez que Stalin vio la capital de una potencia mundial, una ciudad como no había visto otra igual, una Babilonia capitalista, ciudadela de la democracia burguesa. A Stalin, que no conocía la lengua, le deprimía su falta de relevancia allí, entre personas imperturbables, educadas en tradiciones incomprensibles y ajenas. Además había perdido la bufanda; el mes de abril era frío en Londres, y fue con Litvínov a comprar otra, sin que ninguna le agradara: la lana áspera le mordía el cuello. Compraron una de precio elevado, la más suave; pero de todas maneras Stalin se mostraba descontento, movía la cabeza de un lado para otro y despoticaba contra los ingleses. En la zona de los muelles, Litvínov se apartó un poco y, cuando volvió, se encontró con que unos cargadores estaban molestando a Stalin. Se conoce que le habían preguntado algo y él no pudo contestarles por desconocer el idioma. Litvínov, que era un hombre audaz y hablaba el inglés como un londinense, hizo que los cargadores se apartaran.

Más tarde, Litvínov le refirió a Budiaguin la historia de la bufanda, pero nunca aludió al incidente con los cargadores. Stalin no le hubiera perdonado ese relato: enclenque y débil desde niño, era hipersensible a todo lo que podía cuestionar su fuerza física y su audacia. De este estado de ánimo nació luego su suspicacia.

Estando confinados, le dijo a Budiaguin que a la grosería hay que oponer una grosería aún mayor porque la gente la toma como expresión de fuerza.

En una de aquellas largas veladas invernales, el propio Stalin refirió a Budiaguin el incidente de los cargadores: que le habían tomado por un indio y querían pegarle, pero echaron a correr en cuanto les dieron en los hocicos. Le gustaba mucho la expresión «dar en los hocicos».

-Y ésa es la clase obrera inglesa tan ensalzada -dijo Stalin-. Tan colonialistas como sus amos.

Durante más de un año, Budiaguin había solicitado una entrevista con Stalin, considerándose obligado a exponerle su punto de vista. Sabía que era difícil disuadir a Stalin, hombre que abandonaba fácilmente sus simpatías, pero nunca sus antipatías. Pero también sabía que Stalin temía una guerra.

Ahora comprendía Budiaguin que la tentativa estaba condenada al fracaso. El tiempo no había cambiado las posiciones de Stalin. El tiempo le había cambiado a él. Ahora más que nunca estaba persuadido de su infalibilidad. Iván Grigórievich comprendía perfectamente cómo terminarían las cosas si le contradecía.

Budiaguin no se dirigió al Kremlin por la Vozdvízhenskaia, como de costumbre, sino que tomó la calle de Hertzen, cruzó la plaza del Manege y, siguiendo la verja del Jardín de Alejandro, llegó hasta la Puerta de la Trinidad. Había alargado el camino unos minutos porque deseaba meditar minuciosamente la conversación en ciernes y quizás aplazar un poco la entrevista que, según intuía, desempeñaría un papel fatal en su destino.

Iván Grigórievich siempre había estado apartado de las rencillas de partido. Pero tampoco había tomado parte en el coro general de alabanzas. Y eso era bastante para Stalin.

Budiaguin no se había incorporado a la revolución para lograr una vida mejor, pues su familia vivía con relativo desahogo, ya que el padre, los hermanos y él eran forjadores de alta cualificación. La fábrica de Motovilija, donde trabajaban, era una empresa del Estado y estaba considerada como una de las más poderosas del país. Decían que su martillo pilón de cincuenta toneladas era el mayor del mundo. Motovilija, enclavado en la margen izquierda del río Kama, en una línea férrea magistral, era un suburbio industrial y comercial de Perm, activo, acomodado y bastante cuerdo.

El joven e inteligente obrero que era entonces Budiaguin llamó la atención de Nikolái Gavrilovich Slaviánov, inventor de la soldadura por arco voltaico, que le hizo participar en los primeros trabajos de soldadura eléctrica. El contacto con una técnica avanzada para aquel tiempo y con los brillantes especialistas que la manejaban despertó su interés. Budiaguin empezó a tratar con los socialdemócratas, muy numerosos entre el personal especializado de la

fábrica y, en la ciudad, entre los deportados políticos. Es probable que Iván Grigórievich no hubiera pasado de ser un socialdemócrata de filas. Se inscribió en los cursos de enseñanza general anejos al Instituto Tecnológico de Tomsk, de los que se salía con un certificado de estudios y el derecho de ingresar en el instituto. La primera revolución rusa fue la que hizo de él un revolucionario profesional. En diciembre de 1905 participó en la huelga general política y luego en los choques armados contra las tropas. Fue detenido y deportado a Narim.

Mientras luchaba contra la autocracia, Budiaguin lo tenía todo muy claro. La revolución también estaba clara: era la meta final de su lucha, el triunfo de sus ideas. Los excesos eran inevitables: el furor del pueblo se descargó sobre sus opresores seculares. La revolución se defendía.

Terminó la guerra civil y cada cosa encajó en su sitio. La NEP no era solamente una nueva política económica: con ella surgía un nuevo modo de vida.

Sin embargo, lo previsto por Lenin «en serio y para largo tiempo» duró muy poco. Stalin liquidó la NEP afirmando, además, que cumplía los preceptos de Lenin. Le gustaba jurar por el nombre de Lenin y alegarlo como testimonio. Aunque, cuando estaban en Siberia había dicho a Budiaguin que Lenin no conocía suficientemente Rusia y por eso había adelantado la consigna de nacionalización de la tierra, que, según afirmaba Stalin, no sería seguida por el campesinado. Y en Tsaritsino le había dicho personalmente a él, a Budiaguin, que Lenin se orientaba mal en los asuntos militares. Pero lo que siempre comprendió Stalin, y a lo que nunca se opuso abiertamente, fue la importancia de Lenin y su papel en el partido. Cuando, a fin de cuentas, resultaba que Lenin tenía razón -y siempre la tenía-, Stalin se proclamaba correligionario suyo y aplicaba sin vacilación la política de Lenin. También ahora juraba por Lenin a cada paso y se presentaba casi como iniciador e inspirador de las decisiones leninistas. Sin embargo, en lugar de la democracia socialista que quería instaurar Lenin, Stalin había creado un régimen enteramente distinto.

Nada había cambiado en el pequeño apartamento de Stalin desde la última vez que había estado allí Iván Grigórievich.

Stalin estaba solo, sentado a la mesa de comedor, encima de la cual había una botella de vino de Atená, copas, fruta en un frutero, dos botellas de agua mineral de Narzán y un libro abierto. También en casa vestía Stalin guerrera medio militar, pantalón metido en las cañas de unas botas de tafilete claro con aguas de color frambuesa.

Volvió la cabeza. Las mejillas y el mentón recubrían el borde blanco de la tirilla. La guerrera se ahuecaba sobre el vientre. La frente estrecha, las marcas de viruela, la mano blanca, de bello dibujo. Budiaguin comprendía que aquella entrevista sería la última.

Stalin se levantó y continuó mirando fijamente a Budiaguin sin tenderle la mano. Era más bajo, pero no le miraba de abajo arriba, ni siquiera directamente, sino como a través de los pesados párpados caídos.

Iván Grigórievich esperaba a que Stalin le ofreciera asiento y acabara con aquel momento embarazoso.

Stalin señaló con la cabeza hacia la ventana.

-¿Se meten conmigo por ahí?

No se refería al país de donde había venido Budiaguin ni al país donde se encontraban ahora, sino al mundo entero, a toda la humanidad, a todos los que se hallaban allá, al otro lado de la ventana: en el inexorable dios asiático había despertado el solitario georgiano confinado en una isba de Siberia. Sólo que al otro lado de la ventana no se extendía la taigá intransitable sino un país inmenso, sumiso a su voluntad.

Lo preguntaba después de su triunfo en el congreso, pero sin fiarse de nadie, como siempre. Y quería persuadirse una vez más de la justicia de su suspicacia, de sus recelos, comprobar una vez más qué tal era Budiaguin. Estaba ya prevenido contra Budiaguin; no sonrió, no le preguntó por la familia, no dejó traslucir ni asomo de las relaciones que habían tenido en otros tiempos.

-Según... -contestó Budiaguin-. Los hay que sí.

Stalin hizo un leve ademán. Iván Grigórievich se sentó.

Con la pipa apretada en el puño, Stalin dio unos pasos por la habitación. Conservaba el andar de antes, ligero y elástico.

-¿Qué tal Riazánov?

Una pregunta inesperada. Stalin había recibido a Riazánov, había escuchado su informe en el buró político, le había propuesto para el Comité Central. ¿Dudaría de él debido a la detención de su sobrino?

-Es un hombre activo y entendido -contestó.

-Dicen que se ha metido en obras que no son la empresa propiamente dicha.

Al Comisariado del Pueblo habían llegado noticias de que, sin contar con nadie, Riazánov había mandado construir en la ciudad un cine, un conjunto deportivo e incluso un balneario que iba a llamarse Matsesta uralesa.

-Piatakov envió una comisión a investigar.

Stalin le miró a los ojos. Budiaguin sabía lo que significaba aquella mirada: significaba desconfianza. Stalin no estaba satisfecho de su respuesta. ¿Por qué? Budiaguin había dicho la verdad. Aunque conocía muy bien ese procedimiento de Stalin de confundir al interlocutor: mostrar suspicacia allí donde no había motivo para ella y fingir credulidad cuando había fundamento para dudar.

Stalin apartó lentamente la mirada con una leve sonrisa.

-Sergó propuso a Riazánov para el Comité Central. Quiere que todo el Comité Central esté compuesto de administradores expertos.

Hizo una pausa, esperando la reacción de Budiaguin. Era su manera de ser: con eso quería decir que Ordzhonikidze había propuesto a Riazánov para formar parte del Comité Central, pero no había propuesto a Budiaguin.

Luego prosiguió, levantando un poco la voz:

-Con todos los respetos para Sergó, no podemos convertir el Comité Central de nuestro partido en la Presidencia del Consejo de la Economía. El Comité Central de nuestro partido es un areópago donde están representados los administradores, los políticos, los militares, los trabajadores de la cultura... En el Comité Central deben estar representadas todas las fuerzas de nuestro partido. En particular las fuerzas jóvenes.

Se detuvo frente a Budiaguin.

-Hay que apartarse y dar paso a hombres del pueblo. El pueblo quiere ver al frente del Estado a sus hijos y no a advenedizos, a nuevos aristócratas. Al pueblo ruso no le gustan los aristócratas. La historia del pueblo es la historia de la lucha contra la aristocracia. El pueblo ruso amó a Iván el Terrible y a Pedro I; es decir, precisamente a los zares que destruían a los boyardos y a los aristócratas. Todos los movimientos campesinos, desde el de Bolótnikov hasta el de Pugachov, fueron movimientos en favor de un zar bueno y en contra de los aristócratas. Todo lo que decía podía considerarse como uno de los incisos históricos habituales en él. Conocía la historia a fondo, y en particular la historia de la Iglesia y de sus cismas. Pero también se podía interpretar de otra manera: los viejos cuadros como Budiaguin eran los nuevos aristócratas. Y el pueblo no los quería ya.

Stalin continuaba:

-¿Por qué ha apoyado la revolución el campesinado de las provincias del centro y no la ha apoyado en la periferia, en Siberia, por ejemplo? Pues porque en las provincias del centro el campesino ha conocido al terrateniente y al aristócrata, mientras que en Siberia no los ha habido. Pero cuando apareció el aristócrata Kolchak, el campesino siberiano apoyó la revolución.

Stalin miraba a Budiaguin. Sus ojos se habían oscurecido, se habían vuelto de color marrón. Luego fue hacia una ventana y, de espaldas a Budiaguin, dijo:

-Sin embargo, no todos los hombres jóvenes son fuerzas NUEVAS. Este verano, al pasar por el Arbat, vi a unos cuantos jóvenes holgazanes con impermeables extranjeros parados en una esquina, riéndose. Y uno se pregunta si les importa más la patria soviética o un impermeable extranjero.

Ahora hablaba de los jóvenes. Eso era que se había enterado de que había intercedido en favor de Sasha.

-Se puede llevar impermeable extranjero y amar a la patria -objetó.

-¿Crees tú? -Stalin se volvió hacia él-. Yo no pienso así. Mis hijos no llevan impermeables extranjeros. A MIS hijos les gusta lo nuestro, lo soviético. MIS hijos no tienen de donde obtener impermeables extranjeros, y uno se pregunta: ¿de dónde los sacan ÉSOS?

¿Se referiría a Lena? Alguien podía haber lanzado la puya de que «la hija de Budiaguin viste ropa extranjera». Stalin había dado siempre importancia a las menudencias; las recogía y las ponía en juego cuando quería demostrar lo bien informado que estaba. Se sentía orgulloso de saber sintetizar las menudencias y sacar conclusiones de ellas.

-También yo llevo un traje extranjero -repuso Budiaguin, dando a entender que, habiendo vivido casi diez años en el extranjero, era natural que él y su familia compraran allí la ropa.

Stalin captó la alusión y abrió un poco los brazos en gesto de respetuosa ironía.

-Bueno... Pero es que tú eres una personalidad nuestra de escala internacional. ¿Cómo vamos a compararnos nosotros contigo?...

Se acercó lentamente a Budiaguin, adelantó una mano y le rozó la cabeza.

-Estás muy joven. Conservas todo el pelo negro. Eres bien parecido...

Budiaguin pensó en la facilidad con que podía caer la cabeza que acababa de rozar Stalin. Éste apartó la mano, como si comprendiese el pensamiento de Budiaguin y un asomo de sonrisa distendió su bigote.

-A ti siempre te ha encantado discutir. Eres un polemista inveterado que no tiene enmienda.

De nuevo se acercó a la ventana y otra vez habló de espaldas a Iván Grigórievich.

-Nosotros amamos a nuestra juventud. La juventud es nuestro porvenir. Pero hay que educarla. A la juventud hay que criárla como un jardinero cría un árbol. No hay que adularla, no hay que ser demasiado indulgente con ella ni perdonarle sus errores...

Sí; se refería a Sasha. Demostraba su buena información. De momento, sólo una parte. Pero, llegado el momento, ya la sacaría a relucir toda.

-... No hay que buscar popularidad barata entre la juventud -proseguía Stalin-. Al pueblo no le gustan los líderes que buscan una popularidad barata. Lenin no la buscaba ni se paseaba por las calles. Al pueblo no le gustan los líderes con el pico de oro. Con todo lo hablador que era Trotski, ¿qué ha quedado de él?

Aquel tiro iba contra Kírov, que solía caminar a pie por las calles de Leningrado, contra Kírov el mejor orador del partido. ¿Qué habría detrás de eso? No; a Kirov y a Ordzhonikidze, no iba a renunciar por ahora. No había llegado el momento. Ahora empezaba por él, por Budiaguin como hombre próximo a Kírov y a Ordzhonikidze desde los tiempos de la defensa de Astraján y de las operaciones militares en el Cáucaso Septentrional. Para eso le había llamado. Los problemas internacionales no le interesaban. Si le interesaran, le habría convocado un año atrás.

Como siempre, sorprendía en Stalin la franqueza con que opinaba de las personas próximas a él, el convencimiento de que sus palabras no serían retransmitidas. Si Budiaguin hiciera la menor alusión a Kírov o a Ordzhonikidze acerca de lo que acababa de oír, sería tildado de intrigante. Porque, bien mirado, Stalin no había dicho nada malo; tan sólo había señalado el afán de Ordzhonikidze de ver un mayor número de administradores expertos en el Comité Central y había manifestado un legítimo temor por la despreocupación con que Kírov andaba abiertamente por las calles de Leningrado.

-A propósito -preguntó Stalin sin volverse-, ¿qué clase de hombre es Kodatski? ¿No estuvo contigo en Astraján?

-Efectivamente. Estaba al frente del Departamento de Pesquerías de la región. Y también le conoces tú seguramente: es el presidente del soviet de la ciudad de Leningrado.

Haciendo como si no hubiera advertido la disimulada mordacidad de la respuesta, Stalin indicó:

-Pues Kodatski es partidario de Zinóiev.

Budiaguin se sorprendió sinceramente.

-¿Kodatski? Pero si habló contra Zinóiev.

-Bueno, así parece... --concedió Stalin-. Pero cuando los obreros de Leningrado exigieron la expulsión de Trotski y de Zinóiev, el camarada Kodatski no mostró gran entusiasmo. Vaciló. ¡En una cuestión así!... Y entonces el propio camarada Kírov propuso cesarle en su cargo de secretario del comité del partido del distrito de Moscú-Narva. Le cesaron. Y le dejaron en el Consejo de Economía. Y ahora le proponen para presidente del soviet de Leningrado. En lugar del presidente del soviet de Leningrado Grigori Zinóiev, un nuevo presidente, también partidario de Zinóiev. ¿Con qué ojos deben ver eso los obreros de Leningrado?

-Por lo que yo sé, Kodatski no tomó parte en la oposición -afirmó Budiaguin-. Si vaciló en un asunto de organización, nadie está salvo hoy día (y menos aún hace ocho años) de ese género de vacilaciones.

-Nadie pide la sangre del camarada Kodatski -replicó Stalin con indiferencia, y se volvió hacia Budiaguin-. De todas maneras, una organización tal como la de Leningrado debía mostrarse más precavida en la elección de sus cuadros. Aunque el partido ha sido el que ha facultado al camarada Kírov para elegir a sus auxiliares como crea conveniente... Conque vamos a dejarle...

La última frase resonaba como una advertencia de que la conversación acerca de Kodatski no era de carácter oficial, sino personal. Ya por pura fórmula y para dar fin a la visita, Stalin hizo la pregunta que Budiaguin esperaba:

-¿Qué hay de Hitler?

-Hitler es la guerra -contestó Budiaguin.

Stalin hizo una pausa y preguntó luego:

-¿Tiene con qué combatir?

-El potencial industrial de Alemania es grande. No le sería difícil armarse.

-¿Y le permitirán armarse?

-No pedirá permiso para hacerlo.

-¿Se mantendrá en el poder?

-Parece que sí. Stalin hizo otra pausa, se pasó un dedo por dentro de la tirilla.

-¿Combatirán los alemanes?

-Si los obligan, sí. Lentamente, en tono aleccionador, Stalin pronunció: -Inglaterra y Francia impusieron a Alemania el tratado de Versalles y las reparaciones, la han dejado en cueros, le han quitado las colonias, los Sudetes, Danzig, el corredor polaco, Prusia oriental... ¿Contra quién piensan combatir los alemanes?

-Inglaterra y Francia tratarán de llegar a un trato con Alemania a costa nuestra.

Stalin se volvió hacia Budiaguin. Estaba claro. No le parecía necesario disimular su punto de vista; más aún, estimaba necesario exponerlo allí, delante de él, en su cara.

Sin embargo dijo aparentando calma:

-Inglaterra y Francia nunca consentirán una Alemania fuerte en el corazón de Europa. Y, al revés, nosotros sí estamos interesados en una Alemania fuerte como contrapeso de Inglaterra y Francia.

-Para nosotros, Alemania es la amenaza más real -replicó Budiaguin, convencido.

Stalin frunció el ceño.

-Exagerar el peligro alemán equivale a minimizar el peligro principal. Indudablemente, los imperialistas ingleses están interesados en ello. Pero nosotros, los soviéticos, no estamos interesados en ello.

-Mantengo mi opinión -insistió Budiaguin.

-Y por eso no estás ya donde estabas -le recriminó Stalin sin apartar los ojos de Budiaguin. Éste le sostuvo la mirada. Stalin hizo una pausa y luego pronunció sin mirar a Budiaguin como si se dirigiera a otra persona: -Al partido no hay que ir presumiendo de matices de opiniones. El partido necesita una labor funcional. El que no lo comprende no le hace falta al partido.

-El partido es el que ha de decidir si yo le hago falta. Stalin se sentó a la mesa, volvió la cara y tomó el libro que había encima.

-Estoy ocupado. Dispénsame.

24

La puerta se cerró detrás de Budiaguin. Stalin dejó el libro, se levantó con la pipa en la mano, caminó un poco por la habitación y se detuvo junto a la ventana, contemplando la vista habitual: el edificio blanco y amarillo del Arsenal y los cañones alineados delante.

¡El diplomático de Montovilija! El peligro no era la Alemania desarmada sino las tropas japonesas en Manchuria, en la retaguardia de nuestro Extremo Oriente. Por muy limitado que fuera Budiaguin, también él lo comprendía así. Y no había venido a hablar de Hitler.

Había venido a dejar sentado que en el partido existían fuerzas con su punto de vista propio, que conservaban el derecho de tener ese punto de vista y de contraponerlo, en el momento necesario, al suyo, al de Stalin. Y no había venido por iniciativa propia; era demasiado pequeño para eso. Había venido mandado. Por los que de forma sedicosa le habían ayudado a él, a Stalin, a derrotar a los enemigos, y en quienes según ellos, se había apoyado, se apoyaba y debía apoyarse él, pues, de lo contrario, le apartarían como habían apartado a los otros.

Estaban convencidos de que él se lo debía todo a ellos.

Estaban muy equivocados. Un líder auténtico llega ÉL SOLO, únicamente A SÍ MISMO se debe el poder. De lo contrario, no es un líder sino un testaferro. Ellos no le eligieron a él, sino que él los eligió a ellos. No le habían empujado ellos hacia adelante, sino que él había tirado de ellos. No le habían ayudado ellos a afirmarse, sino que él lo había elevado hasta el poder estatal. Lo que eran, habían llegado a serlo tan sólo porque estaban a su lado.

¿A quién debía Lenin lo que fue? ¿A los emigrados de Londres y Ginebra? ¿A quién se lo debía Pedro I? ¿A Ménshikov? ¿A Lefort? La hereditabilidad del poder no cambia la esencia de la cuestión. Para elevarse hasta la categoría de líder, un monarca debe destruir a los que le rodean y están acostumbrados a ver en él a un pelele. Así ocurrió con Pedro I y así ocurrió con Iván el Terrible.

Él no se había convertido en líder porque logró destruir a sus enemigos. Había destruido a sus enemigos porque era el líder, porque él estaba predestinado a conducir el país. Sus adversarios no le comprendían y por eso fueron destruidos; no le comprendían ni siquiera ahora, y por eso serían destruidos. Un aspirante fallido es siempre un enemigo en potencia.

La historia había detenido su opción en él porque él era el único que poseía el secreto del poder supremo en aquel país, el único que sabía cómo dirigir a aquel pueblo, que conocía hasta el fondo sus virtudes y sus defectos. Ante todo sus defectos.

El pueblo ruso era un pueblo-colectividad. La comunidad era la forma eterna de su existencia. La unidad era la base de su carácter nacional. Esta circunstancia brindaba condiciones favorables para la sociedad que él estaba creando en Rusia. La NEP ideada por Lenin era una maniobra tácticamente acertada; pero «en serio y para mucho tiempo» era ya un error. La maniobra era un acuerdo provisional con el campesinado para obtener grano. «En serio y para mucho tiempo» era una política calculada para el granjero; pero el granjero era la vía de la desigualdad, contraria a la psicología del pueblo. Stalin abrió una librería, tomó un volumen de Lenin con las páginas marcadas y volvió a leer: «Para lograr que la población en pleno participe en la cooperación a través de la NEP... Para esto hace falta toda una época histórica... Sin la alfabetización total, sin un grado suficiente de entendimiento, sin un grado suficiente de hábito de la población de utilizar los libros, sin una base material, sin una garantía determinada contra las malas cosechas, contra el hambre, etc., pongamos por ejemplo, sin todo esto, no podremos lograr nuestro objetivo.» Cerró el libro y lo dejó en su sitio. Ésta era la vía de inculcar al campesino ruso la psicología del granjero, ajena a él. El granjero no necesitaba la dictadura del proletariado. Al granjero, al propietario, al individualista, había que sofocarle en embrión dentro del campesino ruso. ¿La cooperativa? Sí; pero una cooperativa donde el campesino fuera un simple trabajador. Él había hecho eso, y eso había sido en Rusia una segunda revolución, no menos considerable que la de octubre: en la revolución de octubre teníamos al campesino a nuestro lado; en la

colectivización, lo teníamos en contra. En efecto, hacían falta libros, y ciencia, y luchar contra las malas cosechas... Todo eso hacía falta. Pero no como precedentes de la colectivización, sino como base de la colectivización. Así lo había hecho él: primero la colectivización y luego la cultura.

Lo que Lenin llamaba deformación burocrática era la única forma posible de gobernanza. Encerraba un peligro: la burocracia trata de colocarse entre el pueblo y el poder supremo, trata de suplantar al poder supremo. Y eso hay que atajarlo implacablemente. El aparato es el ejecutor constante del poder supremo, y hay que mantenerlo atemorizado porque el temor que se le inspire lo transmitirá al pueblo.

¿Tenía él un aparato así? ¡No! ¡No lo tenía! El aparato constituido durante la lucha por el poder no es todavía una herramienta del líder: se considera copartícipe de la victoria. La visita de Budiaguin era un recuerdo de ello.

El auténtico aparato de un líder es el aparato creado por él mismo después de llegar al poder. Este aparato no debe ser eterno, permanente, pues de lo contrario cimienta lazos, adquiere consistencia y fuerza. Al aparato hay que barajarla, renovarlo, introducir cambios en él.

La constitución de un aparato así es tarea más complicada que la eliminación de los rivales; el aparato son cientos de miles de personas concentradas en un organismo, vinculadas y cohesionadas desde arriba abajo. Los actuales miembros del buró político no eran ya los mismos que volvieron con Lenin del extranjero. Eran hombres que tenían vínculos dentro del aparato, cadenas que iban desde arriba abajo. Bastaba tocar un eslabón para que se estremeciera la cadena entera.

¿Confiaba él en los que le rodeaban?

En política, no se confía en nadie.

Los más seguros eran Mólotov, Kaganóvich y Vorochílov: no aspiraban a un papel independiente, eran buenos ejecutores. Habían demostrado sus aptitudes en acciones necesarias, se habían comprometido en esas acciones y, sin él, no eran nadie.

Vorochílov era capaz de pasarse a otro grupo, pero se mantendría a su lado porque temía a los militares intelectuales y, sobre todo, a Tujachevski. En el ejército, Vorochílov se apoyaba en los de caballería -Budionni, Timoshenko, Schadenko, Gorodovikov-, pero era un apoyo débil porque había pasado la época de los sables.

Kalinin y Andréiev. El más viejo y el más joven de los miembros del buró político. Uno tenía cincuenta y nueve años y el otro treinta y nueve. Habían sido promovidos. Kalinin era de origen campesino; Andréiev, de origen obrero. Estarían con la mayoría, y finalmente los que eran poco de fiar: Kírov, Ordzhonikidze, Kosior, Kuíbishev y Rudzutak.

A Rudzutak, Lenin le había recomendado tácitamente entonces, en aquella carta a la que se dio el nombre de testamento, para sustituirle a él en la Secretaría General. Era posible que Lenin no hablara de aquel asunto con el propio Rudzutak ni le pidiera su conformidad. Rudzutak se mostraba cauteloso. En el aparato no tenía lazos firmes: se había pasado diez años en presidio, desde el Congreso de Londres hasta la revolución de febrero. Sin embargo era el hombre con quien Lenin había querido sustituirle a él. No había que olvidarlo. Y seguro que tampoco lo olvidaba el propio Rudzutak.

Kuíbishev descendía de la nobleza. Había estudiado en el cuerpo de cadetes. Un sibarita. Se había encerrado en su vida personal, cuidaba de su salud, no quería que le molestaran. Era un buen trabajador, pero en el partido se podía encontrar a otros igual de buenos.

Kosior había venido y, caminando por el pasillo con él, no hacía más que dar carreritas para ponerse tan pronto a un lado como al otro. ¿A qué venía eso? Era un hombre poco sincero. No merecía confianza.

Ordzhonikidze. Un asunto complejo. Era el único hombre próximo a él. Se habían conocido treinta años atrás, en Tiflis. Pero ahí estaba la cuestión. Hacía demasiado tiempo que le conocía, le había visto en situaciones demasiado dispares, se consideraba correligionario suyo. Pero un líder no tiene correligionarios; un líder tiene solamente compañeros de lucha. Los apóstoles no se eligen de entre los amigos, sino de entre los discípulos. Romántico, sencillo, confiado, cree con excesiva sinceridad en lo que dice y lo que hace... Cualidades peligrosas para un político. Después de la capitulación de la oposición, propuso readmitirlos en bloque en el partido. ¿Acaso no comprendía que los que habían actuado contra él debían ser destruidos? El pueblo debía saber que actuar contra él significaba actuar contra el poder de los soviets. ¿Por qué no quiso destruir a los enemigos del poder de los soviets cuando esos enemigos no estaban fuera del partido, sino dentro de él? Había sido un error. Y esa línea era el deseo de mantener en el partido un contrapeso a él, el afán de continuar siendo el árbitro, de tener una reserva que, en caso de necesidad, se pudiera utilizar contra él.

Una prueba de ello era Lominadze. Sergó estaba enterado de la carta de Lominadze a Shatskin, interceptada en el año 1930. ¿Y cómo reaccionó? Encogiéndose de hombros... «Una chiquillada... » Pero ¿qué escribía ese «chiquillo» de él en su carta? En política no hay «chiquillerías», la política no es un juego de niños. Lominadze y Shatskin se preparaban para herederos, tenían prisa. ¿Y quién era Lominadze? De haber nacido tres años antes, habría estado con los mencheviques, con Zhordania, Chjedze y Tsereteli. Porque éstos también le tenían a él por un ignorante. Esos intelectuales georgianos habían absorbido todo lo peor que hay en el carácter georgiano: el

considerarse una isla europea en el continente asiático. Ahora, Lominadze estaba en los Urales, pero Sergó seguía protegiéndole. ¿Casualidad? No; no era una casualidad. Lominadze era uno de los eslabones de su política.

¿Estaba Ordzhonikidze solo en esta política? No, no lo estaba. Era la política común suya y de Kírov. ¡Los amigos inseparables! Durante sus viajes a Moscú, Kírov se hospedaba siempre en casa de Sergó. ¿Qué habría detrás de esta tierna amistad suya? ¿Qué los unía? ¿Qué amistad personal podía existir entre dos políticos? ¿Qué necesidad tenían dos miembros del buró político de aislarse de los demás con su amistad? Los dos tenían cuarenta y ocho años, los dos habían estado en el Cáucaso Septentrional y en Georgia, los dos eran miembros del buró político desde el año treinta... Con todo, eso no era fundamento suficiente para tal unanimidad. En la amistad no hay fuerzas iguales. En la amistad, lo mismo que en la política, hay quien conduce y quien se deja conducir, hay quien influye y quien se deja influir. En esa amistad, el principal era Kírov. Ambicioso como todo erudito a medias, demagogo como todo periodista provinciano del montón, tenía sus admiradores como todo habilidoso ensartador de frases, que le consideraban el primer orador del partido, punto menos que el tribuno de la revolución.

Cuando Stalin envió a Kírov a Leningrado, quiso demostrar a los leningradenses que Leningrado no era la segunda capital del país, sino una ciudad provinciana enclavada en el noroeste del país. Dos capitales no pueden existir: la segunda siempre será rival de la primera. A los leningradenses, acostumbrados a los nombres famosos, les llegaba del lejano Azerbaiyán un hombre poco conocido, que ni siquiera era miembro del buró político. A los leningradenses, orgullosos de su pasado revolucionario, les mandaban a un hombre que antes de la revolución era un simple redactor del *Terek*, pequeño periódico de mala muerte. Les enviaban a un extraño designado a dedo, extirpador del cisma de la oposición. Era de suponer que los leningradenses no lo aceptarían y que la situación se agravaría, surgiendo las condiciones propicias para liquidar definitivamente aquel eterno foco de fronda. En ocho años, Kírov había arraigado en Leningrado, era el niño mimado de la ciudad, había cohesionado a su alrededor a la organización del partido, robusteciendo la importancia de Leningrado precisamente como segunda ciudad del Estado, estimulaba el sempiterno separatismo leningradense, la ridícula convicción de que su ciudad era especial, la única ciudad europea de Rusia. Ansioso de popularidad, jugaba a la sencillez. Vivía en la avenida Kamennoostrovski, en un edificio grande, habitado por gente de toda clase, iba al trabajo a pie, se paseaba por las calles de Leningrado, llevaba a los chiquillos en su automóvil, jugaba con ellos al ratón y al gato en el patio... Un compañero de armas debe tomar ejemplo del líder. El modo de vida del líder es el estilo de la época que él personifica, el estilo del Estado que él dirige. Alardeando de su sencillez y su accesibilidad, Kírov le retaba a él, quería subrayar que Stalin vivía en el Kremlin, protegido por una guardia, que no andaba por las calles, que no jugaba al ratón y al gato con los chiquillos; quería subrayar que Stalin temía al pueblo y Kírov no. En el XVII Congreso del Partido, Kírov había dicho: «En Leningrado, lo único que queda de lo viejo son las gloriosas tradiciones revolucionarias de los obreros petersburgueses; todo lo demás, se ha hecho nuevo... » ¡No era cierto! En Leningrado había quedado toda la clase funcional de antes de la revolución, habían quedado la aristocracia y los intelectuales burgueses, habían quedado los letones, los estonianos, los finlandeses y los alemanes, agentes de los servicios de espionaje burgueses; vivían obreros burgueses que se imaginaban ser los que habían realizado la revolución de octubre, vivían decenas de miles de personas que habían apoyado a Zinóviev en su ataque al partido. La organización del partido de Leningrado había respaldado a Zinóviev; los comunistas y los komsomoles habían votado por la oposición.

¿Dónde se habían metido? Vivían tan campantes y seguían constituyendo la mayoría de la organización leningradense. Habían quedado los amiguetes, muchos amiguetes. ¿Por qué se negaba Kírov a erradicarlos? Se escudaba en Chudov, Komarov y algunos otros que se habían enfrentado con Zinóviev. Pero ¿por qué se habían enfrentado? Porque Zinóviev los había agraviado; por eso. ¡Inútiles! Zinóviev lo comprendía así y por eso no los dejaba avanzar. Tampoco él los dejaría, para evitar que se confabularan contra él. En cambio, el camarada Kírov se rodeaba de gente de esa.

Después de eso, ¿cómo se podía decir que, de lo viejo, sólo habían quedado las viejas tradiciones revolucionarias? Eso era defender abiertamente a la oposición leningradense, descarada o encubierta, desenmascarada o agazapada; eso era adular a los obreros burgueses leningradenses, el afán de ganarse todavía más sus simpatías, de mostrar que los defendía contra Stalin; una tentativa de conservar el baluarte de Leningrado. Como Sergó, le preparaba un contrapeso. ¡Una táctica común, una política común! ¡Pensaban engañar a Stalin! ¡No conseguirían engañar a Stalin! Por mucho que le ensalzaran, por mucho que juraran por su nombre, no le engañarían.

El año anterior había pasado una semana con Kírov. Los acompañaba Vorochílov. Fueron al canal del mar Blanco y visitaron los puertos de Soroka, Múrmansk y Leningrado. Había notado en Kírov cierta reserva respecto a la obra. Sin embargo, la Vía Marítima del Norte era la salida al Pacífico, a la retaguardia de Japón. En esta cuestión estratégica, Kírov mantenía otra posición. Él no se orientaba hacia el este, sino hacia Occidente. También eso se le había pegado de los peterburgueses, que se consideran europeos. Él y Budiaguin tenían una posición común. Por consiguiente, Budiaguin había venido a prevenirlle, no sólo en términos generales, sino también concretamente.

Kírov sabía fingir entusiasmo; pero con respecto al canal del mar Blanco no lo había hecho ni lo había considerado necesario. Estuvo callado. De todas maneras, hubo un momento en que no pudo contenerse. Cuando el jefe del puerto de Múrmansk les mostró una nueva grúa portuaria, Kírov intentó ampliar sus explicaciones. Quería mostrar su superioridad. ¡Claro! Él había estudiado en una escuela industrial y no en un seminario; tenía el título de mecánico. Lo chocante era que, en todos aquellos veinte años, el camarada Kírov no había trabajado ni un sólo día como mecánico. Se conoce que el trabajo era más limpio en el periódico *Terek*. De sus estudios técnicos medios no había quedado nada, y era absurdo alardear de unos conocimientos anticuados y olvidados hacía ya tiempo. Un dirigente que no ha estudiado la técnica intenta comprender; un dirigente que la conoce superficialmente parlotea y trata de dar lecciones a los demás. ¿A quién pretendería dar esas lecciones?

Entonces, aquella tarde, Nadia le gritó: «Ellos piensan que se puede influir sobre ti para ir a mejor. ¡Qué ingenuos! ¡No te conocen! Sobre ti no se puede influir. Eres incorregible...»

ELLOS eran Kírov y Ordzhonikidze, los mejores amigos de Nadia. ¡Ellos la habían conducido a la desesperación! ¡Ellos! ¡Ellos!... Pretendían influir en él a través de ella, le inculcaron recelo hacia él. Se aprovecharon de la limitación política de una mujer, le privaron a él incluso de esa retaguardia, le privaron del hogar, de la esposa, de la familia. Se valieron de una maniobra, le atacaron por la espalda. Nunca se lo perdonaría a esos dos. Y ella les había ayudado. La muerte de Nadia era también un reto para él. Porque Nadia también pertenecía a esa maldita ciudad, se había criado allí, era petersburguesa hasta la médula, todo su ser se rebelaba contra él y aquéllos habían echado leña al fuego. No era posible fiarse de nadie. Ni siquiera de la esposa. Querían dejarle a él solo. ¿Qué importaba? Incluso solo se bastaba contra todos ellos.

¡Influir!... Sergó también quería influir... ¡Influir en él! ¡Estúpidos engreídos! Kírov era un *raznochinet* semiintelectual y un demagogo. [\[15\]](#)

En el XVII Congreso, una ovación. En el mitin de la plaza Roja con motivo del congreso, otra ovación. Pero delante de los moscovitas debía hacer uso de la palabra un miembro del buró político que representase a TODO el partido y no a la organización regional de Leningrado. Pero no puso objeciones. Habló tan campante. ¡No había que fiarse!

A Kírov había que traerle a Moscú. Aquí estaría a la vista, aquí se delataría. ¡Y se acabó lo de la segunda capital!

¡Mira que mandar a Iván Budiaguin! No habían podido encontrar a nadie más inteligente. En la primera pregunta acerca de Riazánov le había pillado él: «Piatakov envió allá una comisión...» Eludió la respuesta. Porque Riazánov había tenido a la comisión incomunicada y luego la envió de vuelta a Moscú. ¿Por qué se lo ocultan a él? Quieren disimular sus desavenencias, hacer ver que su aparato está unido, es monolítico. Riazánov tiene como secretario del comité del partido de la ciudad a Lominadze y también quieren disimular su papel. Ocúrtarselo a él, a él, que está enterado de cada uno de sus pasos, de cada uno de sus pensamientos.

Mantener incomunicada a la comisión y luego enviarla de vuelta era un suceso excepcional. Riazánov debía responder por él. Pero este suceso era prueba de los graves procesos existentes en el círculo de Ordzhonikidze. Era una bofetada para Ordzhonikidze, aunque la comisión hubiera sido formada por Piatakov.

Habían intentado ocultarle todo eso para localizar ellos el conflicto. Pero se equivocaban. Él mismo lo dilucidaría. Stalin se apartó de la ventana, tomó el teléfono y ordenó a Poskrióbishev que convocara urgentemente a Riazánov a Moscú.

25

Riazánov esperaba la llamada y, nada más recibirla, se puso en camino aquel mismo día.

Se daba cuenta de que todo podía terminar en que le cesaran en su puesto y le expulsaran del partido. Estaba dispuesto a responder de sus actos.

Además del conjunto de viviendas, Mark Alexándrovich había comenzado efectivamente a construir un cine, un club del Osoaviajim, un campamento de pioneros, una guardería infantil y un pabellón de balneología cerca de un manantial de aguas sulfurosas al que habían dado el nombre de Matsesta uralesa. [\[16\]](#)

[\[15\]](#) Raznochinet: Nombre con que se designó en Rusia, a partir del siglo XIX, a los funcionarios del Estado no pertenecientes a la nobleza.

[\[16\]](#) Osoaviajim: Sociedad de Cooperación con la Defensa y la Construcción de Empresas de Aviación y Química de la URSS (1927-1948).

Sin unas condiciones normales de vida, no era posible garantizar a la empresa mano de obra cualificada permanente. Nadie mejor que Mark Alexándrovich sabía que el país necesitaba metal, y él le daba ese metal. Pero también sabía que no bastaba con el metal. El país necesitaba una industria. No bastaba una Rusia asiática con unas cuantas fábricas, porque fábricas aisladas se podían construir también en el Congo, sino una Rusia europea, industrializada, socialista. Para eso no bastaban los campesinos que habían aprendido mal que bien a trabajar en los tornos. Hacían falta cuadros obreros de elevada cualificación capaces de utilizar todos los logros de la civilización moderna. La cultura en la vida cotidiana es un componente de la cultura de la producción. Una fábrica se puede construir en medio de nevadas y ventiscas. Lo que no se puede es crear de esa manera una industria moderna.

Solamente un cine, un club, una guardería infantil y un pabellón de balneología. Era bien poca cosa. Pero todos comprendían que se trataba sólo del comienzo. La gente trabajaba por las tardes, después de la jornada, y los días de fiesta con el mismo entusiasmo que habían puesto en tiempos para levantar los altos hornos y los hornos Martin. Pero se informó a Moscú de que Riazánov se había metido en obras no planificadas en detrimento de la fábrica y obligaba a la gente a trabajar gratis.

Piatakov envió una comisión a cuyo frente iba un administrador, importante en otros tiempos, pero limitado, que sólo sabía una cosa: la tarea primordial era el hierro colado. ¿Que los obreros vivían en barracas? ¿Y qué? Durante la guerra civil se había dormido sobre la nieve. Como experto principal de la comisión se había designado a un conocido economista de la escuela de Bujarin. A fines de los años veinte afirmaba que la región uralesa ofrecía pocas perspectivas y que la industria debía ser orientada hacia Siberia, donde existían muchas mayores reservas de carbón, petróleo y, sobre todo, recursos hidráulicos, base de la electrificación, según él.

Desde el principio estaba claro que la comisión no apoyaría el programa de viviendas y servicios de Riazánov y pondría en duda las perspectivas de desarrollo de la empresa. Dar acceso a ella a una comisión así y permitirle sacar sus conclusiones significaba desmoralizar a la colectividad.

Por orden de Mark Alexándrovich, la respetable comisión fue instalada en la Casa de las Afueras, nombre de la residencia destinada a los miembros del gobierno en comisión de servicio. Tenía cocina y servicio especiales y se hallaba enclavada en un bello paraje, a unos veinte kilómetros de la fábrica. Los miembros de la comisión quedaron satisfechos, salvo por una circunstancia. No les enviaron coche y carecían de medios de transporte para trasladarse a la empresa. Los alimentaban bastante bien tres veces al día, pero no les ponían en comunicación telefónica con Riazánov ni con Moscú. El primer día, después de una buena comida, se burlaron de Riazánov, que no había sido capaz de proporcionarles un coche; al segundo día se indignaron y al tercero comprendieron que se estaban mofando de ellos. Al cuarto día, y atendiendo su propia petición, todos fueron conducidos a la estación, con los documentos de su estancia sellados, donde les entregaron sendos billetes de vagón cama y los embarcaron para Moscú.

Esta operación la había llevado a cabo Mark Alexándrovich sin que Lominadze se enterara. Stalin no le quería, y su participación no habría hecho más que estropear las cosas.

Después del XVII Congreso, las relaciones entre Riazánov y Lominadze se habían complicado. A Lominadze le habían retirado del Comité Central, mientras que a Riazánov le habían incorporado, de modo que su posición política era ahora superior a la de Lominadze. Mark Alexándrovich era ingeniero. Lominadze, con toda su inteligencia y todo su talento, no entendía de técnica. Además, el director de la empresa no era nuevo en el partido y, en su mayoría, también eran comunistas los jefes de los talleres, de las secciones, de los turnos y los equipos. No se trataba de especialistas militares, como en la guerra civil, y no necesitaban comisarios.

Los discursos brillantes y los paralelos históricos eran cosas magníficas. Pero en otro tiempo, en otro lugar y en otra ocasión. Mark Alexándrovich había vivido tres años en América, había recorrido toda Europa, sabía cuánto retraso llevaban, sabía que era preciso trabajar, recuperar ese retraso y que todo lo demás era palabrería. El comunismo había que construirlo y no hablar de él.

Todo habría tenido sentido de conservar Lominadze su influencia de antes. Pero tanto en Moscú como en la capital de la región y allí mismo, en la ciudad, la palabra de Riazánov pesaba más. Ciento que Lominadze contaba con todo el apoyo de Ordzhonikidze y tenía línea telefónica directa con él; pero el propio Mark Alexándrovich obtenía igualmente de Ordzhonikidze todo lo necesario para la empresa. En cuanto a las cosas de poca importancia, no se molestaba con ellas a Ordzhonikidze; éas las resolvía el aparato del Comisariado del Pueblo, y el aparato sólo reconocía a Riazánov. La fábrica era él, Riazánov: su vida y su muerte.

Mark Alexándrovich había meditado minuciosamente su comportamiento con la comisión, comprendiendo todo el riesgo que corría. Pero, en caso de éxito, el provecho sería enorme y consolidaría su posición para mucho tiempo. Esperaba tener el apoyo de Ordzhonikidze, ya que Piatakov había enviado la comisión sin contar con él. Sergó apreciaría también el hecho de que Riazánov no hubiera inmiscuido a Lominadze en aquella historia. También esperaba Mark tener el apoyo de Vorochílov. Hacía cosa de un mes, al regresar de un viaje al Lejano Oriente, Vorochílov se había acercado a la empresa, quedó contento de todo y le dio unas palmas amistosas en el hombro a Mark Alexándrovich.

-Yo tengo olfato bolchevique y noto el olor del metal.

Riazánov esperaba que Stalin le comprendería porque, en su lugar, éste se habría comportado igual; y ésa era la idea fundamental que le regía. Riazánov era un hombre de Stalin, su fábrica, su Ural. Stalin había de apreciarlo así forzosamente.

El asunto fue estudiado en el Kremlin por Stalin, Vorochílov, Ordzhonikidze y Ezhov, hombre callado y cortés, de ojos color violeta, nuevo encargado del organismo de distribución del Comité Central.

Mark Alexándrovich dio sus explicaciones. Él no había incomunicado a nadie. Los miembros de la comisión habían gozado de plena libertad de movimiento. Sencillamente, él había retrasado su aparición en la fábrica hasta mantener una conversación con el camarada Ordzhonikidze; quería pedirle que hiciera volver a la comisión a Moscú, ya que consideraba perjudicial su estancia en la empresa. Telefoneó a Moscú. Le dijeron que Sergó estaba en el sur y regresaría a los pocos días. La comisión podía haber esperado esos pocos días. Tampoco se trataba de apagar ningún incendio. En cuanto a la construcción de establecimientos de servicios, se llevaba a cabo dentro de las asignaciones concedidas y con la participación voluntaria de los obreros. Para comprobarlo, bastaba haber enviado a un contable como inspector y no a una comisión tan respetable.

Le escucharon en silencio, sin interrumpirle. Stalin caminaba por el despacho con la pipa en la mano. Ordzhonikidze tenía un aire hosco. Ezhov estaba modestamente sentado en un extremo de la mesa con un gran cuaderno de notas abierto. Vorochílov sonreía dándole ánimos y rió cuando Riazánov llamó respetable a la comisión. Fue el primero que tomó la palabra:

-Yo pasé hace poco por la fábrica. Es una empresa en auge, que produce metal, con una colectividad unida y una dirección que goza de prestigio. ¿Qué necesidad había de enviar allá a un profesor que estuvo en contra de que se construyera esa empresa? Riazánov hizo bien y no veo nada reprobable en su comportamiento. Esperaba a consultar con el camarada Sergó, y también la comisión debía haber esperado. ¿No quisieron? Bueno, pues allá ellos. También tiene razón el camarada Riazánov cuando dice que nos gusta enviar a una comisión allí donde bastaría con un inspector. Hay que apoyar al camarada Riazánov.

Todos esperaban que hablara Ordzhonikidze.

Éste dijo secamente:

-Todo eso es así. Admitamos que es así. Pero usted, camarada Riazánov, no privó solamente a la comisión de medios de transporte, sino también de medios de comunicación. Usted quería hablar conmigo, y estaba en su derecho. Pero también ellos querían comunicarse con Moscú y estaban en su derecho.

-No le han informado a usted bien, Grigori Konstantínovich -objetó Riazánov-. La comunicación que tenemos con Moscú es deficiente, como todo el mundo sabe. Y obtener conferencia con Moscú por la vía corriente es prácticamente imposible. En cuanto a las líneas directas con usted, Grigori Konstantínovich, sólo tenemos dos: la mía y la del camarada Lominadze. Ellos no recurrieron al camarada Lominadze, que, por otra parte, no tiene nada que ver con este asunto, y yo me abstuve de poner mi teléfono a su disposición: se habrían puesto en contacto con Piatakov, que habría refrendado el mandato de la comisión. Y yo esperaba su regreso contando, francamente, con que usted no refrendaría su mandato.

Cuando Mark Alexándrovich aludió a la línea directa entre Lominadze y Sergó, vio que por la espalda de Stalin corría un leve estremecimiento.

Stalin tardó un poco en comenzar a hablar, pronunciando lentamente las palabras, con un fuerte acento caucásiano, al parecer algo nervioso:

-Nosotros no necesitamos en los Urales a gente que no reconozca la importancia de los Urales. Los que no la reconocen, que permanezcan en Moscú, en sus poltronas. Enviar comisiones de ese género es un craso error. Así hay que indicárselo al camarada Piatakov.

Hizo una pausa. Ezhov tomaba rápidamente apuntes en su cuaderno.

-La construcción de viviendas y de establecimientos de servicios, dentro de unos límites razonables, también es necesaria -prosiguió Stalin-, particularmente allí donde se cumplen con buen éxito los planes de producción. La clase obrera debe ver los logros reales del socialismo. No se trata sólo del salario, porque el salario también lo pagan los capitalistas. La clase obrera debe ver los resultados del socialismo en establecimientos culturales y de servicios tales como balnearios, guarderías infantiles para sus hijos, para los hijos de los obreros. Los obreros de la empresa cumplen el plan y tienen derecho a ello. Así se manifiesta la preocupación por las personas. ¿Es realizable? Lo es. ¿Es palpable? Lo es. ¿Es convincente? Lo es.

Cargó su pipa y luego preguntó:

-¿Y cuál ha sido el papel del comité urbano del partido en este conflicto? Yo no lo veo por ninguna parte. ¿Dónde está? ¿Por qué no le informó al director de la empresa de la presencia de la comisión?

¿Por qué no contó con él?

Riazánov intentó contestar, pero Stalin le detuvo con un ademán y prosiguió.

-¿No tiene prestigio? ¿Por qué no lo tiene? Si el camarada Lominadze no se ocupa de la empresa, ¿de qué se ocupa? ¡Vamos a ver! Es un hombre activo que no puede estarse de brazos cruzados. ¿Se ocupa de los problemas mundiales? ¿Y por qué no cumple sus funciones directas? Allí donde los organismos del partido no cumplen sus funciones directas, los administradores se ven obligados a dar pasos que podrían comprometerlos en otra situación. ¿Por qué tiene el secretario del comité de la ciudad, línea directa con el comisario del pueblo? Con quien debe tener línea directa es con el secretario del comité regional.

-Tampoco es nada del otro mundo -objetó Ordzhonikidze con una mueca.

-Es una menudencia -concedió Stalin y añadió de pronto con una sonrisa afable-, pero distrae del trabajo, ¿comprendes? Otros secretarios de comités de ciudad no tienen línea directa contigo y se las arreglan. ¿Por qué crear una situación especial a nuestro querido camarada Lominadze? Es antipedagógico con respecto a un dirigente joven como es el camarada Lominadze. Le crearía una idea falsa de su propia personalidad. Con eso hacemos un flaco favor al camarada Lominadze.

Mark Alexándrovich no se había equivocado al contar con Stalin. Y tampoco Stalin se había equivocado al contar con él. Entre ellos se estableció un vínculo interno que elevó mucho a Riazánov. Todo lo que había entre ellos -las personas, las instancias, los documentos- pareció alejarse, desaparecer; perdió importancia. Ahora a Mark Alexándrovich solamente le dirigía Stalin. A él se dirigía mentalmente, le pedía consejo, y a su tenor media y valoraba sus propias acciones.

Esta circunstancia proporcionaba a Mark Alexándrovich el altivo convencimiento de su fuerza y su importancia. Autoritario por naturaleza, ya no disimulaba ese autoritarismo suyo. No cambió de modo de vida ni de costumbres y, antes de subir a ver al comisario del pueblo, recorría las secciones y los sectores, hablaba con los funcionarios de filas. Éstos continuaban atendiéndole de buen grado y solucionaban sus asuntos como requerían los intereses de la fábrica, o sea, como quería Mark Alexándrovich. Y nadie advertía el matiz nuevo que había surgido en Riazánov: su recalcado autoritarismo. Antes tomaba asiento junto a la mesa; ahora hablaba de pie, y el funcionario se levantaba. La conversación era afable y atenta, pero de pasada. Parecía natural: el que hablaba no era sólo el famoso director de una famosa empresa, y no sólo un predilecto de Stalin y de Ordzhonikidze, sino también, posiblemente, su futuro comisario del pueblo. Pero seguía visitando a los funcionarios corrientes del aparato sin envanecerse, sin engreríse.

Algo había cambiado ligeramente entre Mark Alexándrovich y Ordzhonikidze. Durante la reunión, Ordzhonikidze no había hecho ninguna objeción a lo que dijeron Stalin y Vorochílov. Sin embargo, su punto de vista verdadero era que Riazánov habría podido comportarse con un poco más de diplomacia, evitando un escándalo que no dejaba muy airoso al comisario del pueblo.

Mark Alexándrovich veía el descontento de Sergó y lo lamentaba; pero sabía que Ordzhonikidze no era vengativo y no le guardaría rencor, sobre todo tomando en consideración que Mark Alexándrovich había hecho bien y que Sergó tenía divergencias con Stalin acerca de Lominadze.

Mark Alexándrovich no fue a ver a Ordzhonikidze, sino que esperó a que él le llamara y, mientras, se dedicó a resolver sus asuntos en el Comisariado del Pueblo, en el Banco del Estado y en el Gosplan. [\[17\]](#)

Cualquier viaje a Moscú, aunque fuera por una llamada urgente del gobierno, llevaba emparejado gran número de asuntos que solamente allí podían ser resueltos. También tenía que ir a ver a Budiaguin: estaba viviendo sus últimos días en el Comisariado del Pueblo. A Mark Alexándrovich le daba más pena de él que de Lominadze: no era un teórico ni un orador, sino un funcionario y, sin ser ingeniero, sabía muy bien lo que tenía entre manos y captaba los asuntos al vuelo. Pero se había hecho a un lado y se le había adelantado el tiempo; el tiempo, que era Stalin. Además no quería a Stalin, se le contraponía, y eso significaba contraponerse al país y al partido.

Mark Alexándrovich estaba hablando con Budiaguin como con un superior, con el comisario del pueblo suplente, tratando los asuntos con calma y funcionalmente, cuando de pronto se preguntó a qué se debería que Sergó tuviera como suplentes a Budiaguin y a Piatakov. Alrededor de Sergó había muchas personas de dudosa adicción a Stalin. ¿Habría elegido el propio Sergó a aquellos ayudantes suyos o se los habrían asignado? ¿Con qué finalidad? También Budiaguin observaba cierta reserva en su conversación con Riazánov. Ni siquiera le preguntó nada acerca de la comisión. En cambio, una vez que hubo firmado los documentos y estuvieron terminados los asuntos, le preguntó otra cosa:

-¿Qué hay de tu sobrino?

Mark Alexándrovich no esperaba aquella pregunta. Tenía la intención de acercarse aquella noche a ver a su hermana; pero lamentablemente no pudo ser así.

-De momento, igual...

Budiaguin no preguntó nada más, y Mark Alexándrovich abandonó su despacho. Pero se llevaba un regusto desagradable. Budiaguin sabía que Sasha estaba detenido. La pregunta tenía otra intención: saber si Mark Alexándrovich había aprovechado su entrevista con Stalin para interceder por Sasha. Una pregunta ofensiva.

[\[17\]](#) Comité Estatal de Planificación de la U R S S.

¿Tenía derecho Riazánov de robarle su tiempo por un chiquillo que, aparentemente, estaba donde estaba por su cuenta y razón? Era indudable que había cometido alguna tontería. Era seguro que Beriozin no se había desentendido de la petición que le dirigió Riazánov. Y, sin embargo, Sasha continuaba detenido. O sea, que alguna culpa tenía.

¿Cómo podía Mark Alexándrovich dirigirse a Stalin en una situación así? Stalin le había incorporado al Comité Central a pesar de que su sobrino estaba detenido. Stalin había establecido una divisoria entre él y Sasha, había dado de lado esa cuestión. ¿Iba a plantearla ahora él ante Stalin? Sería una falta de tacto. Y precisamente como tal lo consideraría Stalin. Entonces se vendrían abajo su lazo interno, su comprensión recíproca. Así estaban planteadas las cosas. En cuanto a Budiaguin, consideraba que le daba sencillamente miedo hablar de eso con Stalin. «Es un hombre primitivo, políticamente acabado», concluyó irritado Mark Alexándrovich pensando en Budiaguin.

26

Saveli explicó a Sasha el código para comunicarse. El alfabeto estaba dividido en seis filas de cinco letras cada una. Los primeros golpes indicaban la fila; los segundos, el lugar de la letra en esa fila. Después de la fila, que era la primera serie de golpes, se hacía una breve pausa; después de cada letra, que era la segunda serie de golpes, una pausa algo más larga. Y otra, más larga aún, entre palabra y palabra. Un roce en la pared quería decir «termino» o «alto» o «repite». Las pausas y los intervalos eran brevísimos; de fracciones de segundo cuando los comunicantes eran reclusos expertos. Y en las pausas estaba el mayor impedimento porque, si uno no la captaba, los sonidos se fundían, resultaba otra letra y se perdía el sentido.

Valiéndose de una cerilla quemada, Sasha escribió el alfabeto en el cartón de cajetilla que había escondido y comenzó a pegar en la pared. Golpeaba lentamente, con grandes pausas, acostado y tapado con la manta para que no le oyera el celador. Su vecino le comprendía, pero Sasha le comprendía mal a él, confundía las letras y le pedía que repitiera, aunque el otro transmitía con gran claridad, haciendo largas pausas. Preguntó a Sasha su apellido y le dio el suyo: Cherniavski, miembro del partido. Le preguntó si recibía periódicos y le dijo que tampoco él los recibía.

Pero él tenía información, quizá a través de otro vecino. Se había celebrado el congreso del partido, sin que sucediera nada de particular. Todas las noches transmitía a Sasha las novedades. Si algún celador se acercaba a su celda o a la de Sasha, había que interrumpir y luego comenzar todo de nuevo. Hicieron falta dos veladas para contar que el Cheliuskin se había hundido en el océano Glacial Ártico reventado por los hielos, y dos veladas también para la comunicación de que en Francia había sido declarada una huelga general antifascista.

Sasha estaba agradecido al hombre que, exponiéndose a ser encerrado en una celda de castigo, se comunicaba con él para aliviar su soledad. El país hervía de actividad, se edificaba, y él, solo en una celda, miraba con temor hacia la puerta, no fuera a descubrir el celador que él, Sasha Pankrátov, se interesaba por acontecimientos que publicaban todos los periódicos soviéticos.

Le abandonaba el sentimiento de conformidad con lo inevitable y de aceptación de su destino. ¡No! Él no quería aceptar su destino, él no quería conformarse. No quería, ¡no quería y no quería!... Él no quería seguir ese camino. Porque su camino era el camino del partido, del pueblo, del Estado. ¿Qué hacer? ¿A quién recurrir? ¿Al fiscal? El fiscal había sancionado su detención. ¿A Stalin? Su carta no iría más allá de Diákov. ¿Qué podía argüir? ¿Qué no tenía nada que ver con el asunto de Mark? Pero es que ni siquiera sabía de qué se trataba ni si le habían detenido en relación con él.

Entonces Sasha ideó un plan. No era muy realizable, pero se podía probar.

Por la noche, al comunicarse con su vecino, Sasha le preguntó qué escribían los periódicos de las obras que dirigía Mark. «Me enteraré», contestó el vecino. Al día siguiente le comunicó: «Han encendido otro horno. Los han condecorado.» Sasha preguntó: «¿Riazánov?» El vecino contestó: «Orden de Lenin.»

Mark estaba libre, seguía dirigiendo las obras... No se trataba de él. ¿Cómo le pudo pasar por la imaginación? El quid estaba en el instituto, sólo que por otra razón: no por el periódico mural, sino por Krivoruchko. También en el comité de distrito del partido habían hecho hincapié en ello. Lo que desempeñó un papel determinante fue su última conversación con Baulin y Lozgachov. Ya lo comprendió entonces, notó que había cometido un error. Y ahora recogía los frutos.

También Diákov preguntaba insistentemente por Krivoruchko. «¿Quién mantuvo con usted conversaciones contrarrevolucionarias?» ¡De ahí venía todo! Podía ocurrir que Krivoruchko estuviera detenido y hubiese confesado haber hablado con Sasha acerca de Stalin, aunque sólo fuera por el temor de que Sasha se le adelantara. De modo

que Krivoruchko aparecería como honrado por su confesión espontánea, y Sasha no por haberle encubierto... «¿Quién mantuvo con usted conversaciones contrarrevolucionarias?»

Diákov tenía razón. Él no era sincero; él mismo lo había embrollado todo, desbrozando el camino para el castigo merecido. Hacía tres semanas que no le llamaban a declarar y quizás no le llamarían ya. ¿Para qué, puesto que se empeñaba en negarlo todo? ¿Quizás hubieran dado por terminada la investigación y estuviera todo decidido ya? Caminaba por la celda, prestando oído a los pasos que se escuchaban en el corredor, temiendo que vinieran a leerle la sentencia, consciente de que todo se había perdido por culpa suya. Incluso si la decisión no había sido tomada, incluso si Diákov le llamaba otra vez, ya era tarde para confesar. Si hubiera dicho toda la verdad en el primer interrogatorio, habría sido una confesión espontánea, honrada. Ahora sería una confesión forzada, o sea, insincera, carente de honradez.

Por las mañanas le daba pereza levantarse, por las tardes le daba pereza esperar la hora de ir al aseo, y empezó a hacer uso del zambullo, lo mismo que Saveli. También le daba pereza levantarse por las noches para ir a la ducha. Se negó una vez, se negó otra, y el centinela dejó de ir a buscarle. Sólo quería comer. Esperaba con impaciencia a los repartidores del rancho, esperaba el paquete de casa, soñaba con la comida y se arrepentía de haber escrito aquella nota diciendo que sólo le mandaran pan blanco y carne. Ahora se hubiera comido un buen pedazo de embutido. Tenía derecho, aunque sólo fuera a eso. Hiciera lo que hiciese, su vida había terminado. El sello de «contra» no se borra con nada.

Cherniavski golpeó en la pared. Pero Sasha no contestó. Él no sabía quién era ese Cherniavski. ¿Por qué tenía que comunicarse con él? ¿Qué existía de común entre él y los hombres encerrados allí? Había pensado que estaban allí Budiaguin y Mark, comunistas honrados, limpios de toda culpa. Pero allí no estaban ni Mark ni Budiaguin, allí no había comunistas honrados; la gente que estaba encarcelada allí era por algo. Saveli también, y Cherniavski, y él mismo, Sasha, estaba por haberse compadecido de Krivoruchko, por haber sido débil. Y lo estaba pagando. No había adoptado una actitud honrada e irreconciliable, y por eso no eran fortuitos sus errores en lo relativo a Azizián y al periódico mural, como tampoco eran fortuitas sus dudas respecto a Stalin, ¡al gran Stalin! Era frívolo, engreído, quería desentrañarlo todo con su propia inteligencia, y había cosas que estaban desentrañadas ya por inteligencias más fuertes que la suya.

A través del pequeño cristal sucio se adivinaba el sol de abril al otro lado de la reja. El primer día de auténtica primavera. Sasha adivinaba el estallido del sol. Se subió encima de la mesa y abrió el ventanillo, aunque sólo estaba permitido hacerlo al salir para el paseo. Al instante rechinó el cerrojo y apareció el celador en la puerta.

-¡Cierre! ¡Apártese de la ventana! ¿Quiere ir a la celda de castigo?

Sasha cerró el ventanillo, saltó de la mesa.

-Quería un poco de aire.

Sin embargo, tuvo el tiempo de captar los sonidos lejanos de la calle, el timbre de los tranvías, los claxones de los coches, voces de niños. Se imaginó el asfalto de las aceras secándose ya, las chicas vestidas de verano, descotadas, con los brazos y las piernas al aire. ¿Sería posible que le privaran de todo eso? Ahora, cuando estaba sano y era joven... ¡No! Él quería estar allá, en la calle primaveral, vivir como vivía todo el mundo.

El año anterior, con una primavera como aquélla, había estado de prácticas en una base automovilística. En el garaje, que olía a gasolina y a gases, reinaba una semioscuridad porque apenas quedaban cristales en el techo y los habían ido sustituyendo por hojas de cinc conforme se rompián. Era un viejo garaje, uno de los más antiguos de Moscú, y aún quedaban camiones de una tonelada Ford-T y furgonetas para el reparto del pan. A Sasha le agradaba el director de la base, Antónov, un hombre todavía joven, de cabello castaño claro, con gafas; le agradaban su ingenio y su sentido común, le agradaba que se pasara las veinticuatro horas del día en el garaje. Aquel obrero, promovido a un puesto de responsabilidad, personificaba lo nuevo que había traído la revolución. Los hombres de base habían sido incorporados a la vida creativa. ¡Eso era el verdadero poder obrero, el pueblo! Sasha también debía estar con el pueblo; allí estaba su puesto: con Antónov, un antiguo chófer; con Málov, un antiguo cargador. Ellos no le buscaban tres pies al gato, no se andaban con lucubraciones. Ellos trabajaban y creaban. ¡Qué hermosa era aquella vida, y qué poco la había apreciado él! Volvería a ella costaría lo que costase.

Le trajeron los libros. Sasha los hojeó con indiferencia. No experimentó la alegría de la primera vez. El tercero y el cuarto volúmenes de Gibbon, un pequeño libro manoseado, encuadrado en cartón, titulado *Impresiones de un viaje por la URSS*, del senador francés De Monsi, un político pequeñoburgués, radical de izquierdas. Había estado en la URSS a mediados de los años veinte y luego escribió ese libro, fácil de leer, pero superficial. Sasha no lo había pedido. ¿Por qué se lo habría mandado el bibliotecario?

De Monsi escribía de la URSS, en general, con simpatía, aunque criticando algunas cosas, y en particular la legislación judicial y penal. Como prueba, citaba el artículo cincuenta y ocho. Precisamente porque se refería a ese artículo le había enviado el bibliotecario aquel libro en lugar del código que pedía Sasha y que no le podía mandar.

Sasha no sacó nada importante ni sustancial del artículo cincuenta y ocho. Lo de menos era el artículo.

Lo importante era que aquel bibliotecario de la cárcel había respondido a la voz de Sasha, había reaccionado a su solicitud, dando a Sasha un ejemplo de humanismo, de audacia y de confianza.

¿Qué motivo le guiaba? ¿Había faltado con eso a su deber? Probablemente, sí. Pero, en cambio, había cumplido otro deber más elevado: el deber humano. Las leyes dictadas por las personas no pueden contraponerse a las leyes de la conciencia. El deber lo infringen los que condenan a los inocentes, los que dejan sin defensa a los indefensos, los que privan de sus últimos derechos a los que ya carecen de muchos.

Sasha no se tiró de la cama, no se puso a ir de un lado para otro por la celda. Lo ocurrido era tan puro, tan nítido, correspondía hasta tal punto a todo lo auténtico y humano que había dentro de él, que no experimentó ninguna conmoción, ningún choque. Había encontrado lo que forzosamente había de encontrar. Y sólo se sintió avergonzado por haber perdido la valentía.

Sasha fue a su último interrogatorio sin ninguna esperanza, a sabiendas de lo que le esperaba y sin ningún temor. Un hombre no era todavía un enemigo por haber dicho que Stalin iba a preparar platos fuertes. Diákov desdeñaba el sentido propio de las palabras; Diákov las interpretaba, y Sasha no iba a seguirle por ese camino. Quería salir de allí, claro, pero quería salir limpio ante el partido y también ante su propia conciencia.

Diákov le recibió con una actitud muy oficial.

-Vamos a terminar con el asunto del instituto -indicó secamente. Sus declaraciones han sido recogidas en el acta. Ahora es usted mismo quien debe darles una valoración política.

-Reconozco que fue un error sacar ese periódico mural -contestó Sasha.

-Subjetivo... -alabó Diákov-. Pero los errores tienen también causas objetivas y consecuencias objetivas. ¿No es cierto?

Empezaba la interpretación. Para Diákov, la persona no era más que una unidad necesaria para cumplimentar el acta y el acta era necesaria para sentenciar a esa persona.

-Así pues, Pankrátov, ¿cuáles son las causas objetivas y las consecuencias objetivas de sus errores? Sasha clavaba la mirada en el rostro pueril de Diákov. Si se lo hubiera encontrado en el Arbat...

-Analicemos -declaró Diákov en tono doctoral-. De haber existido en su instituto un ambiente político sano, hubiera sido imposible la aparición de un periódico mural así. Pero ese ambiente político sano no existía. Krivoruchko dirigía una organización antípartido clandestina, que ha sido descubierta y sus participantes desenmascarados y detenidos. Los tenemos aquí y lo han confesado todo...

En la fábrica, los tipos así se emboscaban en las oficinas: eran contadores, encargados de valorar las normas o embrorraban papel en la sección de personal. ¿Qué podía hacerle Diákov? Sasha, que era capaz de cargar con un tambor de pintura de ochenta kilos a la espalda, ahora sabría mantenerse asimismo a flote. Volvería a encontrarse con el antiguo jefe de equipo Averkíev y con Morózov, el antiguo comandante de división, porque ellos estaban en todas partes, ellos eran el pueblo... En cuanto a los Diákov, ellos eran los verdaderos enemigos del partido.

Diákov se quedó un rato mirando a Sasha con la esperanza de gozar del efecto que producían sus palabras, y luego prosiguió:

-Usted no tiene experiencia, Pankrátov, usted no los conoce. Krivoruchko le daba largas a la construcción de la residencia con el propósito de provocar el descontento de los estudiantes. Es una táctica que tiende a desorientar políticamente a las masas estudiantiles. En esa atmósfera fue posible la aparición de un periódico mural como el que sacó usted, Pankrátov. Lo quisiera o no, usted fue un instrumento en manos de Krivoruchko y de su banda; le utilizaron a usted para sus fines contrarrevolucionarios. Por eso vino a parar aquí. Más aun porque usted no quería valorar políticamente sus errores. Pero aún no es tarde para hacerlo, Pankrátov. Confíe en nosotros.

«¡Confíe en nosotros!» ¡Que va, hombre! Se acabó. Bastante había confiado ya en palabras como aquellas que tantas veces había oído y tantas veces había pronunciado él mismo. No eran palabras humanas, sino conjuros de hechiceros. A ellas habían recurrido Azizián y Lozgachov, y Baulin, y Stolper... Ahora hacía las mismas invocaciones Diákov. Y en ese altar de chamanes se decidía la vida de personas inocentes.

Diákov miró a Sasha.

-¿Me ha comprendido usted, Pankrátov?

-Le he comprendido.

-Perfecto. Así lo haremos constar.

-Pero que sea una cosa convincente -pidió Sasha con esa entonación peculiar que no hubiera engañado a ningún chico del Arbat.

Pero aquel escuerzo no había comprendido nada, estaba seguro de su capacidad de atemorizar a la gente, de su derecho de decidir su suerte.

Hinchado como un pavo, ignoraba que allí mismo, entre aquellas paredes, otros hombres que vestían el mismo uniforme advertían esa mentira, esa superchería, a sabiendas de que tarde o temprano, aquello acabaría y ayudaban a la gente arriesgando su vida.

-Naturalmente -contestó Diákov, todo orondo.

Rellenó el formulario consultando un papel -el borrador de la confesión de Sasha que Diákov había redactado de antemano, releyó lo que había escrito y luego se lo leyó a Sasha en voz alta:

-«Después de meditar sobre mi conducta y mis acciones y deseoso de darles una valoración franca y sincera, como complemento a mis anteriores declaraciones, digo lo siguiente: reconozco que fue un error político mío sacar para el diecisésis aniversario de la revolución de octubre un número antipartido del periódico mural y haber arrastrado a la redacción de este periódico mural a los estudiantes Rúnochkin, Kovaliov, Poluzhan y Pozdniakova. Estos errores fueron la consecuencia del ambiente político creado en el instituto por el vicedirector del mismo, Krivoruchko. Reconozco que la publicación de un número antipartido del periódico mural para el diecisésis aniversario de la revolución de octubre formaba parte de la orientación antipartido aplicada por Krivoruchko en el instituto.»

Dejó la hoja de papel delante de Sasha.

-Compruebe que lo he recogido todo bien y firme, Pankrátov.

-Yo jamás firmaré eso -rehusó Sasha, clavando la mirada en los ojos de Diákov.

27

El Arbat vivía su vida de antes. El sol de abril entraba por las ventanas, calentaba las calzadas y las aceras. En los paseos, los montones de nieve se consumían y negreaban, las grietas del asfalto exhalaban el olor tibio de la tierra que despertaba. En los callejones, los escolares jugaban al fútbol sin abrigo ni gorro. En las casas habían aparecido andamios y en los andamios albañiles y pintores. Las casas eran revocadas, pintadas, y en algunas les añadían pisos. Moscú se ensanchaba con nuevas fábricas, barriadas, barracones...

Por las noches brillaban las luces de los cines Arbatski Ars, Carnaval, Praga, Judózhestvenni.

Por las aceras se paseaban las chicas del Arbat y Dorogomílovskaya, las chicas de Pliuschija con los cuellos de los abrigos bajados, los pañuelos de colores desatados, calzadas con zapatitos sobre las medias finas de color carne. Bajo la puerta cochera de la casa de Sasha correteaba la bandada de adolescentes de siempre. Varia pasó junto a ellos saludándolos con la mano: iba a la Casa del Ejército Rojo a la velada de fin de estudios de las escuelas militares.

Nunca había asistido Varia a una velada tan grandiosa. En el escenario presidían el acto jefes militares famosos en todo el país. Varia reconoció a Budionni y, de los que iba nombrándole Serafín en voz baja, se fijó en Tujachevski, el hombre más guapo que había visto en su vida. Y aunque a Varia no le gustaban las reuniones ni los discursos, la sedujo el ambiente de fiesta de aquella velada, el lujo de la sala, lo romántico de la hazaña guerrera que los legendarios jefes del ejército deseaban a los recién graduados en sus palabras de despedida, la atmósfera de armonía varonil que borraba las barreras de la subordinación, haciendo que los muchachos vieran su porvenir en algún famoso jefe del ejército y ese jefe del ejército viera su juventud en el joven cadete. Y las esposas de los oficiales le parecían mujeres especiales, que compartían con sus maridos las penalidades y los peligros de su profesión. Las muchachas invitadas también se comportaban con cierta solemnidad, como si ya estuvieran incorporadas a esa vida. Varia las observaba con atención. Algunas iban muy bien vestidas. A Varia, nunca le había interesado mucho el conjunto de canciones y danzas del Ejército Rojo, pero esa vez le gustó. Le gustó cómo cantaban y bailaban los soldados a lo ruso, con brío y ardor.

La banda que había en el vestíbulo tocaba el foxtrot, la rumba y el tango tan bien como cualquier orquesta de jazz. Al lado de los cadetes, tan marciales, ágiles, sencillos y alegres, parecían absurdos los jóvenes con chaqueta charlestón, pantalón de campana, corbatas chillonas y zapatos mal lustrados.

Nina también estaba distinta, no la reprendía constantemente, se mostraba bondadosa y afable, algo triste: quizás lamentara, ahora que Maxim se marchaba, haber rechazado su proposición de matrimonio.

Serafín también partía al día siguiente al Lejano Oriente, pero Varia no lo lamentaba porque en aquella velada había aceptado ser su mujer. Cuando terminara sus estudios en la escuela, iría a reunirse con él. Durante ese año, él le escribiría y ella le contestaría y todas sus amigas de la escuela y del patio sabrían que iba a marcharse al Lejano Oriente, a reunirse con su marido. Esto también la haría resaltar entre sus amigas: a ninguna de las chicas que conocía la esperaban en el Lejano Oriente. Al teatro, a la pista de patinaje o al cine, iría sola. Al baile no iría en absoluto. O, si acaso iba, bailaría únicamente con Zoia. Aunque también podía bailar con hombres, pero manteniéndolos a raya... Gracias... No, dispense... No puedo... Una chica sola, solitaria, que llamaba la atención, inaccesible, que se disponía a marcharse al Lejano Oriente. En cuanto a Sasha, ella no abandonaría a Sofía

Alexándrovna y, por tanto, no le abandonaría a él. Y por el hecho de que en el Lejano Oriente la esperase Serafín y de que en Moscú les fuera necesaria a Sofía Alexándrovna y a Sasha, se encontraba más interesante y original a sus propios ojos.

Varia lo estaba pasando muy bien. Serafín y ella bailaban estupendamente y los miraban con agrado incluso los altos mandos y sus mujeres. Varia procuraba bailar todo el tiempo posible cerca del rincón donde se hallaba Tujachevski.

Maxim bailaba con Nina. Su rostro, ancho, de nariz chata, era todo bondad. Algunos compañeros suyos sacaban a bailar a Nina, y él la esperaba en un rincón con la misma sonrisa bondadosa. Alto, recio, poseía una gran fuerza física y, como la mayoría de las personas fuertes, no se atrevía a utilizarla por temor a hacer daño a alguien.

Su padre, que era fogonero, bebía mucho y murió en un delirio tremendo. La madre, que era ascensorista, se quedó con cuatro criaturas. Maxim era el mayor. De su difícil infancia había conservado el espíritu del ahorro. Sus compañeros de escuela lo tomaban por avaricia y se burlaban de su meticulosidad. Llevaba el peine en una funda, el papel moneda en un billetero y la calderilla en un monedero. Al lápiz le ponía una caperuza metálica para que no se rompiera la mina y una libreta de teléfonos y direcciones le duraba años. Le gustaban las cosas sólidas, la comida sencilla y de alimento, aunque no estaba acostumbrado a gastar mucho dinero en ella y podía aguantar sin comer si hacía falta.

Por su buena administración, en la escuela le encomendaban todas las tareas prácticas. Levantaba acta de las reuniones, cobraba las cotizaciones, archivaba las instrucciones del comité de distrito del Komsomol, redactaba los balances. Hacer recados, redactar y llevar avisos, pegar carteles, conseguir tela roja para las fiestas, comprar los billetes para ir en grupo al teatro, apuntar a la gente para los círculos y los seminarios, recountar los votos en las reuniones... Todo ese trabajo recaía sobre Maxim. Y no porque se le considerara incapaz de hacer algo más importante. Sencillamente, se había establecido así y todos estaban acostumbrados a que así fuera.

Tenía un año, o quizás dos, más que sus compañeros, comprendía la escasa importancia de sus discusiones y les gastaba bromas, pero los desarmaba con su bondad. Con su práctica agilidad mental sabía eludir los escollos, y también recurrir a la picardía si hacía falta, pero nunca fallaba a sus principios ni a la fidelidad a sus compañeros. Con los años se desarrolló y cuajó en él cierto elemento sencillo, firme e inflexible, muy propio de un soldado. Maxim ingresó en la escuela militar después de hacer el servicio. Así estaba a cubierto desde el punto de vista material y podía ayudar a su familia, a la madre enferma, muy maltratada por la vida. Además, a Maxim le gustaban el orden y los estudios militares. Era un joven oficial del Ejército Rojo, fuerte e instruido. Su lugar estaba allí, con la tropa, en la frontera, donde maduraba un conflicto. Y sin embargo abandonaba Moscú con pesar. Le daba pena separarse de la pandilla, de Nina, de Sasha Pankrátov, de Lena Budiaguina, de Vadim Marasévich. Aquellos muchachos personificaban la vida a la que millares de chicos como él habían ascendido desde los sótanos oscuros y húmedos.

De niño, Maxim ayudaba a su madre a limpiar la escalera. Y Nina le ayudaba. No porque fuera duro para Maxim, sino para demostrar a los inquilinos que, como cualquier trabajo, aquel trabajo no humillaba. Era una acción de Komsomol, una acción de solidaridad entre compañeros, y mediante ella, más que mediante cualquier libro, comprendió Maxim la esencia de la nueva moral. Luego, estando en el noveno grado, le sucedió algo espantoso. Su padre le quitó y se bebió el dinero que habían reunido para el fondo de construcción del avión Komsomol moscovita. Eran cerca de treinta rublos, cantidad considerable para aquellos tiempos. Maxim quiso suicidarse. ¿De dónde iba a sacar él treinta rublos y cómo iba a justificarse ante los muchachos? Nina notó su estado de ánimo, le obligó a confesarle lo ocurrido y fue inmediatamente a contárselo a Sasha.

-¡Pues sí que valoras en poco tu vida! -le dijo Sasha.

Y le dio el dinero, pidiéndole quince rublos a su madre y quince a Mark Alexándrovich. Ahora se veía privado de esos amigos. Sasha le salvó a él y él, en cambio, no había podido hacer nada por Sasha...

Nina le gustaba ya cuando jugaban al escondite en el patio de atrás y también le gustaba en la escuela. Era una chica alta, recia, decidida. Le agradaban su desenvoltura, su tenacidad y su desvalidez. Eso de que ella no le quería, él no lo aceptaba; era que ella no lo sabía. Si llevó a Serafín a casa de las hermanas, fue a propósito, para que Varia se casara con él: era un buen chico, bien parecido y nada tonto. Así desaparecería el motivo principal que argüía Nina: el de que no podía decidir nada personal mientras no hubiera sacado adelante a Varia. Nina pensaba, por su parte, que los jefes militares tenían un aire imponente; pero además eran políticos, estrategas, estadistas. Y Maxim no sería un político ni un estratega, sino que se dedicaría a adiestrar a los soldados en el campo de instrucción... ¡Un, dos!... ¡Un, dos!... Allí estaba esperándola, ancho de hombros, coloradote, con el cabello castaño claro muy bien peinado, con las botas como espejos, los botones como soles y el correaje crujiente... Y, cuando bailaba, los herrajes de sus botas golpeaban el parquet. Sería un oficial estricto. ¡Lástima, porque podía haber alcanzado algo más! Si estallaba la guerra, todos tendrían que combatir; pero, de momento, había que vivir y trabajar. Todo eso se lo expuso ya a Maxim cuando ingresó en la escuela militar. No le hizo caso. ¡Allá él! Cada cual tiene derecho de opinar a su manera. Pero ella también tenía derecho de decidir su suerte. Nina había hecho el firme propósito de no casarse con Maxim y no marcharse de Moscú.

El teatro Vajtángov había montado Hamlet con Goriunov, bajito y regordete, en el papel principal. A Yuri Sharok le gustaba la compañía del Vajtángov: telefoneó a Vadim, pidiéndole que le consiguiera una entrada, y le dijo que pasaría aquella tarde por su casa.

El profesor Marasévich, famoso terapeuta moscovita, pasaba consulta una vez al mes en la policlínica especial del callejón Gagáinski y la gente solicitaba visita con medio año de antelación. A la clínica de la calle Pirogovskaia, donde trabajaba, la llamaban la clínica del profesor Marasévich; a su cátedra del Instituto de Medicina, la cátedra del profesor Marasévich. En su domicilio sólo recibía a los amigos. Descendiente lejano de un hetman de Ucrania, Marasévich era, lo mismo que lo fue su padre -también profesor en medicina-, un moscovita de cepa, con antiguos y sólidos vínculos entre los intelectuales de la capital. Su casa de Starokoniúshni era frecuentada por Igumnov, Stanislavski, Prokófiev, por la Nezhdánova y la Gueltsber, por Kachálov, Sumbátov-Yuzhin, Meyerhold, y también la había visitado Lunacharski. Cuando estaban de gira, ningún artista famoso ni ningún ejecutante en boga dejaba de pasar por aquella casa señorial, aunque bastante disparatada. Hacía de anfitriona la hermosa hija del profesor, y el cristal de Baccarat resplandecía sobre los manteles almidonados. Los actores jóvenes que acudían a menudo después de la función atacaban con brío la ternera asada, y el salmón ahumado, de color rosa delicado. Los jóvenes los soliviantaban a todos y a veces empezaban las improvisaciones, allí mismo, en torno a la mesa, o se interpretaban pequeñas escenas. Vadim hacía inmediatamente una crítica verbal, con bastante ingenio, según le parecía al profesor Marasévich. Vadim se había licenciado en la universidad con diploma de investigador en bellas artes. Daba conferencias, a veces acompañaba excursiones y ahora estaba probando sus fuerzas como crítico de teatro.

El profesor, mientras bebía agua mineral de Borzhom, podía referir, si venía al caso, dos o tres historias graciosas de su práctica o la de su padre, pero no trasnochaba más allá de las doce. Entonces les deseaba a todos buenas noches diciendo que las personas de su profesión debían observar cierto régimen.

Vika también había hecho algunas pruebas en el teatro y en el cine, sin que hasta el momento hubiera resultado más que algunas aventuras con artistas famosos, directores que prometían y periodistas audaces. Las aventuras comenzaban por lo sublime, con flores y cartas, restaurantes y taxi a la puerta, y terminaban con enfados, reproches y disputas por teléfono.

Sólo la aventura con Yuri Sharok comenzó de manera sencilla y terminó sin complicaciones. Se encontraron fortuitamente en el Arbat, dieron un paseo juntos por la acera que inundaba el sol primaveral y luego preguntó Yuri:

-¿Quieres que pasemos por mi casa para que veas cómo vivo?

Vika se daba perfecta cuenta de lo que significaba ir a ver cómo vivía. Pero esta forma de invitación actuaba sobre ella casi automáticamente. Además, sentía el secreto prurito de rivalizar con Lena Budiaguina. Porque no sabía que Yuri y Lena habían roto.

La operación de ver cómo vivía Yuri transcurrió sin palabras ni explicaciones superfluas, como si su relación durase ya años. En comparación con otros admiradores, reflexivos y ya expertos, Yuri estaba a la altura. Pero aquella habitación, aquel piso destortalado, el olor a paño planchado recordando lo que era el padre...

Vika temía que Yuri se pusiera pesado y tuviese que pararle los pies, cosa que hacía con la misma facilidad que visitaba esporádicamente a hombres solos. Pero Yuri resultó ser un tipo decente. Y eso que era el hijo de un sastre...

Sin embargo, el tacto de Yuri tenía una explicación muy sencilla: Vika, fría y estúpida, le dejaba indiferente. Él también hacía sus comparaciones, y Vika salía poco airosa al lado de Lena. Además, icon qué facilidad se metía en una cama ajena! En Yuri se encendía la ira del pequeñoburgués que suele imaginarse a su esposa en el lugar de cualquier mujerzuela.

Aquella vez había ido a ver a Vadim por la entrada para Hamlet.

-Vamos a tomar un bocado -propuso Vadim.

Vadim comía con gula. Tenía los labios abultados y los ojos pequeños bajo unas cejas cortas y peludas como las de un lince. En contraste con el rostro desagradable, su voz era varonil, sonora y agradablemente matizada.

Mientras extendía una gruesa capa de mantequilla sobre el pan, aunque estaba comiendo sopa, Vadim decía:

-Confunde jurisdicción con jurisprudencia, raridad con paridad y precedente con pretendiente, pero es el hombre nuevo, el udárnik, o como quieras llamarle. Va con su tema, que es el principal, fíjate bien, y con su héroe, que es el héroe del futuro, fíjate bien. Entonces, ¿vamos a cambiar nuestro futuro por cien gramos de mantequilla? -

Vadim apartó de un manotazo el recipiente que contenía la mantequilla-. Pues los dolientes se duelen precisamente de la falta de esos cien gramos de mantequilla...

Yuri escuchaba sin irritación los juicios de Vadim acerca de los héroes del futuro porque, al fin y al cabo, algo añadían a sus nociones acerca de ese mundo desconocido. Poco antes, Vadim decía todo lo contrario: abominaba del mal gusto y ensalzaba el arte. Tenía una habilidad especial para seguir la corriente, y siempre buscaba la sombra de alguien más fuerte que él. En la escuela era Sasha Pankrátov, en la universidad fue algún otro y ahora era un conocido crítico que publicaba artículos sobre la poesía histriónica. Pero Yuri no reprochaba a Vadim su inconsecuencia. Le gustaba la casa de los Marasévich, los actores que la frecuentaban, el torrente de personajes alegres y despreocupados. En las conversaciones de aquellos favoritos de la fama captaba algo fácil, cínico, y por eso su fama le parecía fácil, accesible, cuestión de suerte y de habilidad. A pesar de su frivolidad, aquellas personas se comportaban como seres intocables.

También el profesor Marasévich le agradaba: todo un señor de rostro ameno, barba cuidada y manos suaves, igualmente intocable.

Ahora veía casi a diario a Vadim, que le introducía en el teatro. Yuri iba también al teatro sin él: bastaba un telefonazo suyo o de alguna de las personas que había conocido en su casa.

¡Qué época maravillosa! Yuri había de recordar mucho tiempo la primavera del año treinta y cuatro. Su candidatura para la fiscalía no había sido confirmada aún, pero Málkova le aseguraba que todo quedaría solucionado muy pronto. Yuri vivía los últimos meses de una existencia libre y despreocupada y procuraba pasarlo lo mejor posible. Tan sólo el recuerdo de Lena le tenía inquieto. Cuando iba al teatro, paseaba la vista por la sala con el temor, y a la vez la esperanza, de verla allí.

Desde su enfermedad, Lena no había ido ni una vez al teatro. Apenas salía de casa, no telefoneaba a nadie y ni siquiera había vuelto a ver a los de la pandilla desde el día que se reunieron en su casa con la idea de escribir una carta en favor de Sasha.

Aquel día vino de pronto a verla Guera Tretiak, hija de un embajador, también. De niñas habían sido amigas y en ocasiones coincidían en Londres, París o Berlín; pero en Moscú casi se habían perdido de vista.

Era un linda morenita, mordaz e ingeniosa. Incluso cuando hablaba de nimiedades, sabía hacerlo con gracia. Lena la escuchaba ahora sonriendo. Estuvieron recordando una excursión que habían hecho a Gales del Sur. En Cardiff se hospedaron en un hotel modesto, donde vivían también unos futbolistas de Escocia, y dos de ellos les propusieron fugarse a un país donde las mujeres podían contraer matrimonio a partir de los catorce años. Lena y Guera acababan de cumplir entonces quince. Recordaron también una visita al palacio de Fontainebleau. La guía que las acompañaba dijo, mostrando la cama de Napoleón, que éste medía ciento cincuenta y dos centímetros de estatura. Guera se extrañó y dijo que serían probablemente ciento sesenta y dos. La guía replicó muy ofendida que su esposo medía ciento cincuenta y dos centímetros y todo el mundo sabía que era de la misma estatura que Napoleón. El incidente les parecía ahora de lo más divertido, y reían a carcajadas. Lena se alegró mucho de que Guera hubiera pasado la tarde con ella. Al despedirse, la abrazó y la besó y dijo tristemente: «No me olvides.»

La misma tarde que Varia, Nina y Max estuvieron bailando en la Casa del Ejército Rojo, que Yuri cenó con Vadim Marasévich y que Guera fue a visitar a Lena, esa misma tarde recibió Sofía Alexádrovna, a eso de las ocho, una llamada telefónica para comunicarle que al día siguiente debía presentarse en la comandancia de la cárcel de Butírskaia para tener una entrevista con su hijo, Pankrátov, Alexándr Pávlovich. Debía llevarle ropa de abrigo, dinero y víveres. La voz era monótona y tranquila. Hablaba un hombre acostumbrado a decir siempre lo mismo día tras día, neta y lacónicamente. Cuando terminó, colgó sin darle tiempo para hacer ninguna pregunta.

Sofía Alexádrovna se asustó de pensar que no le había dicho todo lo que debía decirle, que se le podía haber olvidado algo importante, sustancial, sin lo cual ella no podría hacer bien todo lo necesario. Temía olvidarse de algo, o confundirse, y por eso trataba de retener febrilmente en la memoria todo lo que le había dicho: «Mañana, a las diez, en la Butírskaia, una entrevista... ropa de abrigo, víveres... y algo más... ¡Dios mío, se me ha olvidado qué más!... ¡Ah, sí! Dinero, dinero para el camino...» Y para que no se le olvidara, Sofía Alexádrovna lo apuntó todo en un papel. El dinero y los víveres significaban el destierro; la ropa de abrigo, el norte o Siberia.

Tenía que reunirlo y prepararlo todo aquella noche, y a Sofía Alexádrovna no le quedó tiempo para la desesperación. Lo que no se podía perdonar era no tener nada listo porque le había parecido de mal agüero

preparar de antemano lo que el chico pudiera necesitar para aquel camino. Sasha había salido de casa con abrigo de invierno, gorro de piel de orejeras, jersey y bufanda de lana. Ciento que no llevaba puestas las botas de fieltro; pero, dondequiera que le enviaran, tampoco le hacían falta de momento. Le harían falta en abril, y entonces se las mandaría. Lo que necesitaba ahora era unas botas altas, porque allí habría ahora barro, estaría todo encharcado, y el calzado que llevaba puesto no le serviría de nada. Las botas altas eran justamente lo que necesitaba, lo que podía salvarle la vida. Pero Sasha no tenía botas altas. Y los comercios estaban ya cerrados. De todas maneras, las botas altas sólo podían comprarse con vales, y ella no tenía ese vale. También se podían comprar en algún mercadillo a un precio fabuloso y con el riesgo de que le dieran cartón por cuero; pero también estaban cerrados ya los mercadillos.

Entonces se acordó de que su hermana Vera tenía en su casa de campo unas botas altas, recias y toscas, del número cuarenta, el que usaba Sasha. Ella le compraría otras costarían lo que costasen. Pero éstas había que dárselas a Sasha.

Telefoneó a Vera: ella y su marido Volodia se habían marchado precisamente a su casa de campo y sólo volverían dentro de dos días. ¡Qué mala suerte!

La hermana menor, Polina, no tenía teléfono, pero sí lo tenían unos vecinos del piso de al lado. Sofía Alexándrovna lo recordaba de la época en que Polina estaba en buenas relaciones con ellos. Pero hacía ya tiempo Polina le había pedido que no recurriera a ellos porque se incomodaban. Sofía Alexándrovna se decidió de todos modos a llamar, aunque con el temor de que se negaran a hacerle aquel favor.

Le contestó una voz de hombre, clara y fuerte.

-Le ruego perdón la molestia -dijo Sofía Alexándrovna-, pero se trata de un asunto urgente... ¿No podrían pedirle a su vecina, Polina Alexándrovna, que se ponga al aparato?

-¿Qué Polina Alexándrovna?

-Su vecina, la del número veintiséis. Soy su hermana y le pido mil disculpas.

-Pues sí que... Pero el hombre no colgó. Se puso al teléfono una mujer.

-¿Qué desea?

-Perdone, por Dios -continuó Sofía Alexándrovna-. Soy la hermana de Polina Alexándrovna, su vecina. Se trata de una emergencia, un asunto que... ¿No tendrá usted la bondad de avisar a mi hermana?

-Espere -contestó la mujer en tono enfadado. Sofía Alexándrovna tuvo que esperar un buen rato hasta que por fin se puso su hermana, alarmada porque suponía que algo malo había sucedido a Sasha.

-Mañana mandan fuera a Sasha -explicó Sofía Alexándrovna-. Hay que ir donde Vera, a la casa de campo, y traer unas botas altas.

-¡Qué desgracia, Dios mío! -lamentó Polina-. Tengo a Igor con fiebre y Kolia no vendrá hasta después de las once. ¿Qué podría hacer? En cuanto llegue Kolia iré a tu casa, pero no me dará tiempo de ir donde Vera.

-Bueno. Ven para ayudarme a preparar las cosas -repuso Sofía Alexándrovna-, y ya encontraré alguna solución para lo de las botas.

-¿Quéquieres que lleve?

-Nada. Tengo de todo.

Tendría que ir ella, aunque no estaba muy segura de encontrar el camino, de noche, en aquel lugar de veraneo, que en vez de calles tenía caminos abiertos en el bosque. Nadie conocía aún los nombres de aquellos caminos, los números de las casas estaban equivocados y, como la temporada de veraneo no había comenzado, no encontraría a quién preguntarle. De todas maneras, había que ir. Pero, si iba ella, ¿quién haría las compras? Telefoneó a Varia. Varia no estaba en casa ni Nina tampoco. ¿Pedir ese favor a Miliitsa Petrovna? No, ella tomaba muchas precauciones debido a su corazón enfermo -ni siquiera levantaba el recipiente de la leche-, y había que comprar muchas cosas: pan, galletas, azúcar, leche condensada, limones porque no tomaba vitaminas, embutido ahumado, queso, jamón... Lo apuntó todo en un papel y llamó a la puerta de Mijaíl Yúrevich.

Estaba en batín, ocupado en pegar algo, inclinado sobre la mesa.

-Siento mucho molestarle, pero no me queda otro remedio. Aquí le traigo la lista y el dinero. Si no hubiera embutido ahumado, lo compra semiahumado porque en este tiempo no se estropeará. Y también algo de pescado, pero que no tenga mucha sal.

Mijaíl Yúrevich la contempló muy serio a través de sus lentes.

-¿Cómo se va a marchar de noche? Además, ¿cuándo va a volver?

-Tomaré el tren de la noche, que pasa por allí a la una y pico ...

-Ya no habrá tranvías.

-Ya me arreglaré.

-Mire: vaya usted a hacer las compras -indicó Mijaíl Yúrevich-, y yo me acercaré donde su hermana.

-¡Quite, por Dios! Está lejos. Son cuarenta y ocho kilómetros y veinte minutos a pie desde la estación hasta el poblado que no tiene luz, ni aceras ni calzadas. Todo es barro. ¡Que no, que no! Podía ocurrirle cualquier cosa...

-Escríbame las señas y trace un plano, si es que puede, mientras yo me visto.

Como pudo, Sofía Alexándrovna trazó un plano y se lo explicó tan bien como pudo. Al lado de la estación había un puesto que permanecía cerrado durante el invierno. Lo principal era tirar a la derecha del quiosco porque entonces se daba en seguida con el camino a seguir. Eso era lo esencial: dar con ese camino. La calle era la tercera a la izquierda. No tenía tablilla con el nombre porque los chiquillos la habían arrancado. El número de la casa, el 26, estaba escrito en la puertecilla del jardín. Era fácil de reconocer porque, a ambos lados, los jardines tenían la valla corrida, y el de Vera no. Pero lo principal era tirar en seguida a la derecha del quiosco. Mijaíl Yúrevich, con botas de goma y gorro alto de piel, ceñudo e importante con sus lentes pasados de moda, tenía sin embargo un aire desvalido si uno se lo imaginaba chapoteando por el barro de un camino solitario. Era capaz de pasarse la noche buscando. Y a la mañana siguiente debía ir a trabajar.

Sofía Alexándrovna consultó el reloj y se espantó: ¡las nueve y cuarto! Y la tienda de guardia cerraba a las diez.

El tranvía iba repleto. Sofía Alexándrovna subió por la plataforma delantera del segundo vagón. Que la multaran si querían. Porque no iban a obligarla a que se apeara. Abonó el precio del billete y se quedó en la plataforma. Iba pensando en todo lo que le quedaba por hacer a la vuelta de la tienda y en que no sabía si funcionaba la cerradura de la maleta ni dónde estaban las llaves porque hacía mucho tiempo que no la utilizaban. Y Sasha necesitaba una maleta que se cerrara: podía ir a parar a un grupo de presos comunes y se lo robarían todo.

La idea de que Sasha fuera con un grupo de presos comunes que podían robarle, maltratarle o golpearle le hizo sentir de nuevo todo el peso de la desgracia que había descargado sobre su hijo, marcado, perseguido, repudiado, carente de derechos...

El Moscú que cruzaba ahora ella, aquella multitud de calles, luces, plazas, automóviles, escaparates y tranvías, le parecía inverosímil. Irreal, artificial y nebuloso como una pesadilla, todo se movía, iba lanzado hacia alguna parte, y las gentes eran figuras de cera, maniquíes bajo la luz lechosa del tranvía.

Se apeó en Ojotni Riad. Eran las diez menos cuarto. Desde la parada del tranvía, vio movimiento en la puerta de la tienda de guardia. ¡Estaba abierta! Apretó el paso, jadeando, y cuando llegó a la tienda se encontró con un grupo de personas a las que ya no dejaban entrar; la gente protestaba, irritada al tener que quedarse en la calle por medio minuto de retraso. Algunos intentaban entrar a pesar de todo, pero en vano porque guardaba la puerta una gruesa dependienta.

Sofía Alexándrovna también intentó inútilmente abrirse paso. Era llevada de un lado para otro en aquel tropel, pequeño pero inquieto.

El grupo fue deshaciéndose luego, mientras salían, ya espaciados, los últimos compradores. Finalmente quedó sola Sofía Alexándrovna, pidiéndole a la dependienta que la dejara entrar cada vez que abría la puerta al marcharse otro parroquiano.

La dependienta, una mujer de rostro abultado y rojo, con marcas de heladuras, repetía con voz tosca:

-Deje pasar, no estorbe.

-Por favor, se lo pido, tenga la bondad...

Salía un grupo de muchachos alborozados; uno de ellos gritó con vibrante voz juvenil:

-Deje entrar a la abuela, que necesita un trago.

Entre risas, el grupo se dirigió hacia Ojotni Riad.

-Se lo ruego. Aún podrían despacharme... -suplicaba Sofía Alexándrovna cuando se abría la puerta.

La dependienta no le hacía el menor caso, acostumbrada a que cada noche se repitiera la escena hasta que echaban el cerrojo.

-¡Fuera de la puerta! Las mujeres de la limpieza barrían y echaban serrín por el suelo.

Las dependientas retiraban los productos de los mostradores para marcharse cuanto antes. Sofía Alexándrovna seguía esperando. La dependienta dejó salir al último cliente y abandonó su puesto. Sofía Alexándrovna empujó la puerta y se coló en la tienda.

-¡Eh, eh! ¡No se puede entrar! -gritó la dependienta.

-No me marcharé -dijo Sofía Alexándrovna a media voz.

-Ahora mismo llamo a un guardia -amenazó la dependienta.

-Es para llevárselo a mi hijo a la cárcel. -Sofía Alexándrovna contemplaba sin temor la cara tosca de aquella mujer; la cara, marcada por el frío, de una vendedora ambulante de empanadillas y helados-. Mañana le deportan y necesito prepararle un paquete de comida.

La dependienta suspiró:

-Todos se inventan alguna historia. Pero nosotros también tenemos que descansar...

Sofía Alexándrovna callaba.

Las dependientas se ponían los abrigos, recogían sus bolsos.

-¡Mijéeva! ¡Despacha aquí! -gritó la mujer desde un extremo.

Nina no se fijó en que había luz en casa de Sofía Alexándrovna. Varia sí lo vio -ella lo advertía todo-, pero no le dio importancia: la propia Sofía Alexándrovna le había contado que a veces se pasaba la noche con la luz encendida. Además, Varia tenía otras cosas en la cabeza: a la tarde siguiente, Nina y ella irían a la estación a despedir a Max y a Serafín.

El baile en la Casa del Ejército Rojo había durado hasta las dos de la madrugada. Mucha gente se había marchado antes, mientras había tranvías, y también Nina quería haberse marchado, pero Varia y Serafín le pidieron que se quedara. Max sonreía bondadosamente. Y Nina; en minoría, tuvo que acceder.

Caminaron por el Moscú nocturno y aterido. Varia no llevaba chanclos y se cubría la cabeza con un pañuelito de gasa. Serafín le echó sobre los hombros su gabardina y le puso su gorra. Varia se miró en el espejo a la luz de un farol. La gorra le sentaba muy bien, aunque le caía sobre la frente: parecía un guapo soldadito. Serafín había pasado un brazo sobre sus hombros y la besaba cuando Max y Nina, que iban delante, torcían alguna esquina. Los besos de Serafín le dejaban doloridos los labios a Varia. Nunca la habían besado de verdad, y ahora no experimentaba ningún placer con los besos de Serafín; sencillamente, le hacían daño. Pero comprendía lo que eso significaba. Significaba que Serafín era apasionado. Nina intuía seguramente la razón de que Varia y Serafín se quedaran rezagados, pero fingía no darse cuenta. Tampoco en casa la reprendió. Sólo dijo que se acostara en seguida y apagara la luz porque al día siguiente tenía que ir a trabajar.

Por la mañana dejó sobre la mesa una nota para la maestra de Varia: «Le ruego que, por razones familiares, deje salir a Varia Ivanova después de la tercera lección.» Las razones familiares eran la despedida de Max y Serafín. Pero Varia no pensaba siquiera ir a la escuela. Quería presentarse en la estación bien vestida. Se marchaban los de aquella promoción y acudiría mucha gente a despedirlos. Estarían las chicas tan guapas y bien arregladas que había visto en la Casa del Ejército Rojo, y Varia quería ir igual de bien vestida, aparentar ser una muchacha mayor y seria que iba a despedir a su futuro marido. Tenía que vestirse de negro, con algo austero, pero llamativo. También tenía que hacerse un peinado especial y maquillarse. De modo que, si se marchaba de la escuela después de la tercera lección, teniendo en cuenta que estudiaba en el turno de tarde, no le daría tiempo de hacer nada de eso.

Preparó de prisa y corriendo la comida para Nina, cogió los libros y corrió a casa de Zoia. Zoia tampoco acudió a la escuela, para así ayudar a Varia a arreglarse, a peinarse y rizarse las pestañas. Le prestó unas botitas con hebillas de acero -el último grito- y, sobre todo, el abrigo de nutria de su madre, que a veces le permitía ponérselo para dar un paseo. Ahora, según Zoia, estaba despampanante: parecía toda una señora con abrigo de nutria, botas elegantes y un pañuelo blanco, también propiedad de la madre de Zoia, sobre la cabeza.

A las cinco de la tarde, ya definitivamente lista, Varia telefoneó a Nina.

-Iré directamente a la parada del tranvía.

-¿Desde dónde llamas?

-Desde la escuela.

Llegaron simultáneamente a la parada del tranvía.

Nina no la reconoció al pronto.

-¿Qué ropa es ésa?

-El guardarropa estaba cerrado y me he puesto el abrigo y el pañuelo de Zoia.

-¿Y Zoia?

-Se pondrá los míos cuando abran el guardarropa.

-¿Y tus libros?

-Los he dejado en el pupitre. No iba a llevarlos a la estación. Varia mentía: el guardarropa podía haber estado cerrado durante las lecciones; pero, en ese caso, también habría quedado dentro el abrigo de Zoia si en realidad era suyo. Varia no quiso meterse en más averiguaciones ni demostrarle que mentía. Ya era mayorcita, incluso pensaba casarse pronto -menos mal que con Serafín, un muchacho formal-, iconque allá ella con la vida que pensaba llevar y la ropa que se había puesto para despedir a su Serafín!

La estación y el andén estaban abarrotados de gente. Nina y Varia se detuvieron algo desconcertadas, pero Max y Serafín acudían ya a su encuentro agitando los brazos, y juntos echaron a andar a lo largo del tren hacia su vagón, abriendose paso y temiendo perderse entre tanta gente que también corría de un lado para otro, que también buscaba a alguien; entre los hombres y las mujeres con paquetes de golosinas para el camino, entre las muchachas con flores que abrazaban y besaban a aquellos magníficos muchachos, oficiales recién estrenados del Ejército Rojo, a

pelo, con las guerreras cruzadas por el correaje porque las gorras y los capotes habían quedado en el vagón... Un conjunto juvenil, alegre, animado y al mismo tiempo serio, una parte de la imponente fuerza militar del Estado soviético. Y Nina comprendió que aquellos muchachos fogosos, de mejillas coloradas, serían los primeros en ir al combate, los primeros en aguantarlo todo. Se dijo que quizá estuviera su lugar al lado de Maxim, tan fuerte y tranquilo, y que, cuando se marchara, echaría muy en falta su serenidad y su bondad.

En cuanto a Varia, se complacía viendo la admiración con que la contemplaba Serafín y la miraban otros jóvenes oficiales. Era allí la más linda, y de pronto se veía muy alta, casi tanto como Nina. Además, nadie llevaba un abrigo de nutria tan elegante ni un pañuelo como aquél. Estaba arrebolada, excitada por el ajetreo de la estación, las sirenas y los pitidos de las locomotoras presagiando un viaje largo, misterioso y atractivo. Max le dijo que parecía una artista de cine, Serafín murmuró a su oído que la amaba más que a su vida, e incluso Nina sonrió, contenta de tener una hermana como ella.

Como corresponde a una mujer ya hecha, a una prometida, Varia no miraba a nadie más que a Nina, Max y Serafín, no fuera a pensar alguien que coqueteaba. Y si miraba a su alrededor, era sin objeto determinado, simplemente para ver los trenes y a la gente que iba hacia ellos corriendo.

Una de esas veces, al mirar hacia el andén de enfrente, vio a Sasha.

Iba entre dos soldados. Los precedía un oficial pequeñito, con un capote muy largo, que se abría paso con decisión entre la multitud. Y tras él iba Sasha, entre dos soldados, con un macuto a la espalda y una maleta en la mano.

Notó que alguien le miraba, volvió la cara y Varia vio su rostro blanco como el papel, enmarcado por una barba negra y rizada como la de un gitano. Sasha pasó la mirada por los oficiales que partían, por Max, Nina y Varia, pero no reconoció a ninguno; volvió otra vez la cara y siguió su camino hacia un tren detenido junto a otro andén. Delante y detrás de ellos también caminaba presurosa mucha gente con sacos, maletas y baulillos, y aquella multitud los absorbió.

Varia continuaba mirando hacia donde había desaparecido Sasha. No oyó la señal de partida ni vio cómo empezaban todos a despedirse, cómo besaba Nina a Max en la frente ni cómo se inclinaba hacia ella Maxim mirándola a los ojos.

-Despierta, Varia -dijo Nina.

-Acabo de ver a Sasha.

-¿Qué tonterías estás diciendo? -exclamó Nina, comprendiendo de pronto que Varia decía la verdad.

-Le conducían unos soldados -murmuraba Varia sin apartar la mirada del otro andén, como si él todavía caminara y caminara entre la multitud de gente presurosa, cargada con sacos y maletas y ella pudiera verle-. Tiene barba, una barba como la de un anciano.

Las lágrimas la sofocaban.

-Igual, igual que un anciano...

-Será una figuración -objetó Nina, pero su voz le temblaba.

Y Maxim añadió, agitado también, aunque procurando conservar la calma:

-Te habrás confundido, Varia. No han podido deportarle así, sin más.

-¡No! Era él... -Su voz se quebraba-. Le he reconocido... Volvió la cara y miró hacia acá. Muy blanco, enteramente como un viejo...

Confuso, Serafín le tendió una mano.

-Hasta la vista, Varia.

-¡Blanco, blanco como un muerto! -sollozaba Varia-, y cargado con la maleta. Ellos iban tan campantes, y él cargaba con la maleta... Cohibido y sonrojado, Serafín la besó en una mejilla, húmeda del llanto, donde la pintura de las pestañas corría en hilillos negros.

El tren arrancó lentamente. Los muchachos colgados de los estribos y apiñados en las plataformas agitaban los brazos, y los que habían ido a despedirlos también agitaban los brazos, gritaban deseándoles suerte y caminaban junto al tren. También Max y Serafín agitaban los brazos.

Varia continuaba plantada en medio del andén. Lloraba, se enjugaba el rostro con el pañuelo, se restregaba la pintura por la cara, hipaba y se tragaba las lágrimas. Asustada, conmovida, Nina trataba de calmarla:

-Deja de llorar. ¿Qué le vamos a hacer? Ahora iremos a ver a Sofía Alexándrovna y nos enteraremos de todo. Una viejecilla que pasaba a su lado se detuvo, contempló a Varia y sacudió la cabeza, compadecida.

-Las muchachas lloran porque se van los soldaditos.

SEGUNDA PARTE

1

El viejo camino del Angará, abierto en la taiga por los primeros colonos, comienza en Taishet. El nuevo comienza en Kansk, punto final del trayecto que se hace en tren y arranque del que se hace a pie.

Kansk es una población apacible, sin huertos, parecida a las de la estepa. De nuevo el cielo azul y el olor embriagador de la vida. Se acabó la celda, y Diákov, y el patinillo de la cárcel y el centinela del fusil vigilándole a uno con mirada soñolienta. Parece mentira que todo eso haya existido. Aquí se tiene la impresión de ser como todo el mundo, andar libremente por la calle con la maleta a cuestas, al lado de Borís Solovéichik, que lamenta no haber logrado quedarse allí.

-¡Mandar un especialista como yo a una aldea! ¿Qué provecho puede sacar de eso el Estado?

La estafeta de correos es una casita con porche donde está también la caja de ahorros. Las empleadas, que visten ropa de andar por casa y tienen los dedos manchados de engrudo y de tinta, conocen ya a Solovéichik, un moscovita agradable y abierto, que recibe cartas a lista de correos.

«Estoy bien escribe aldea Boguchani distrito Kansk lista correos besos SASHA», decía el primer telegrama enviado a la madre.

La muchacha de la ventanilla contó las palabras, dijo lo que costaba, extendió el recibo y cobró. Las muchachas de por allí eran bonitas y agradables...

La patrona de Solovéichik, una mujer joven y delgadita, de rostro apacible, preparó la mesa. ¿Qué la habría impelido a intimar con Borís? Él se marcharía y la olvidaría. ¿Le había gustado? ¿Se compadeció del confinado? A su lado, Borís resultaba desplazado con sus pretensiones de don Juan moscovita.

Sasha sacó de la maleta una lata de boquerones ahumados en aceite. Era todo lo que quedaba de lo que le llevó su madre la última vez. Borís abrió una botella de vodka. Él tenía sus copas, incluso sus servilletas: también allí quería vivir como una persona.

Pero, aunque todo tuviera una apariencia corriente, bastaba recordar lo que eran para que todo resultara disparatado, extraño y espantoso. Aunque no tan espantoso ya ...

La primera copa se le subió ya a la cabeza a Sasha.

-Es natural, después de la cárcel -observó Borís-. Ya se acostumbrará. En el Angará beberemos alcohol: su transporte resulta más barato que el del vodka. Son seiscientos kilómetros en carros de caballos. En fin, ya nos arreglaremos. Boguchani es un pueblo grande. Yo encontraré trabajo en mi especialidad, y usted también, siendo casi un ingeniero diplomado. Allí hay tractores, sembradoras, aventadoras...

-Yo no conozco los tractores. Ni las sembradoras ni las aventadoras tampoco.

-Ya aprenderá a conocerlos si quiere llenar el estómago. Antes los jóvenes intelectuales viajaban al extranjero. Nosotros vamos donde los osos blancos. ¿Qué le vamos a hacer? ¿Llorar y sollozar? Yo iba para presidente del Gosplan; mejor dicho, para vicepresidente, puesto que no pertenecía al partido. Yo era de los que tiran del carro, un burro de carga, no le hacía sombra a nadie y todos me necesitaban. Se interpuso en mi camino un signo de puntuación. Tenga usted en cuenta que, en estos lugares de confinamiento, nadie le dirá a usted la verdad: el que está aquí por alguna razón fingirá que no ha hecho nada y el que está aquí por nada fingirá que algo ha hecho. Pero a mí puede creerme. Verá. Donde yo trabajaba había un cartel que decía: «La técnica en período de reconstrucción lo

decide todo. Stalin.» ¿Conoce usted esa consigna? Sí, claro. Perfecto. Pues bien, yo la leí delante de una muchachita encantadora y ella me dijo que no conocía las reglas de puntuación. Escuche usted bien. A ella le pareció que yo había leído la consigna así: «La técnica: en período de reconstrucción lo decide todo Stalin.» Ella era una chica instruida, no pudo soportar mi ignorancia y fue a contar su decepción a cierto sitio. Yo había tenido siempre mala pronunciación y pensé que, como mucho, me cargaría una buena amonestación. Lo que me cargaron fue el artículo cincuenta y ocho, punto diez: agitación y propaganda contrarrevolucionarias. Y menos mal que pensaron que con tres años tendría bastante para enmendar mi ortografía. Aquí me coloqué bastante bien de economista en el centro de acopios de pieles. Puedo asegurarle que, con mi llegada, el volumen de los acopios no se redujo. Pero, según parece, la ciudad de Kansk es demasiado elegante para aprender los signos de puntuación. De manera que, con el primer grupo que salga de aquí, o sea, con el suyo, debo partir para el Angará. Mi sueño es el puesto de contable en la oficina del centro de acopios de pieles de Boguchani. Lo que usted y yo vamos a tratar de conseguir, Sasha, le parecería insignificante a cualquier niño tonto de Moscú. Pero para nosotros significa sobrevivir.

Quizá tuviera razón Borís. Pero él había optado por otro camino. Iría a donde le mandaran y viviría donde le indicaran. Tratar de conseguir cualquier cambio equivalía a reconocer el derecho de los Diákov a tenerle allí. Y él no les reconocía ese derecho.

Boris le preguntó:

-¿Dónde vivía en Moscú?

-En el Arbat.

-Tampoco está mal. Yo vivía en Petrovka, en la casa que tiene una pista de patinaje en el patio. ¿La conoce?

-Sí.

-Ya supondrá que mi juventud transcurrió en el jardín Ermitage. Allí pasé algunas veladas nada desagradables. Pero, como decía mi abuelo el tsadik... ¿Sabe usted lo que es un tsadik? No lo sabe. Pues un tsadik es algo así entre un sabio y un santo. Conque, en tales casos, mi abuelo el tsadik decía: guinug! Tampoco sabe lo que significa guinug, ¿verdad? Guinug significa basta, se acabó... Y yo también digo: guinug. Basta de recuerdos, basta de verter lágrimas.

Por la mañana, el ama se marchó a su trabajo antes de que ellos se despertaran. El desayuno estaba en el horno de la estufa.

-Ahí tiene usted la ventaja de una mujer sencilla -observó Borís-. ¿Por qué me divorcié yo? Pues porque mi mujer no quería madrugar, no quería prepararme un desayuno caliente, ya ve usted. ¿Y qué resultó? Pues que perdió al marido. Claro que de todas maneras me hubiera perdido. Conque, vamos al poderoso centro de acopio de pieles a formalizar nuestra baja. No espero que nos paguen dietas de traslado; pero una carta para Boguchani, sí que les arranco, desde luego.

¿Va usted a afeitarse?

-No.

-Hágame caso, Sasha, aféitese. ¿Para qué quiere esa barba? Ahora, cuando salgamos a la calle, verá las muchachas que hay por aquí.

Sasha las había visto ya. Eran espléndidas siberianas, altas, con el cuerpo fuerte, con las piernas fuertes y el cabello moreno claro. Él se había hecho a la idea de llevar una vida de ermitaño en Siberia: estudiaría francés, inglés y economía política. No podía perder tres años. Ahora empezaba a dudar. Probablemente tendría que dedicarse a algo más.

-Nada de cosméticos. Todo al natura l-seguía diciendo Borís-. La marcha es dentro de tres días. Conque podemos pasar algún buen rato. Pero con esa barba, amigo mío, puede usted quedarse en casa.

-No me apetece afeitarme aquí.

-Escuche el consejo de una persona experimentada. Éste es su primer día de confinamiento. Yo llevo ya dos meses largos. Si empieza a aplazar la vida de un día para otro, cuando recobre la libertad será un hombre terminado. Sólo hay un modo de no desmoronarse: vivir igual que si no hubiera ocurrido nada. Entonces tendremos una probabilidad de salir adelante.

Una habitación de techo bajo, empapelada. El papel de dibujos de las paredes estaba descolorido; el blanco del techo, hinchado en algunos sitios, tenía chafarrinones amarillos. Al otro lado del tabique lloraba una criatura. Pero olía a colonia y a polvos de arroz. Dos sillones de peluquería corrientes, dos barberos con bata blanca, aunque calzando botas altas, y la misma expresión que los barberos moscovitas: una expresión entre austera y obsequiosa.

El espejo, opaco y agrietado, reflejaba el rostro pálido de Sasha, enmarcado por la barba negra y rizosa, de contorno neto, como si acabaran de recortarla.

-¿Afeitarla del todo?

Pensativo, el barbero tijereteaba en el aire. Luego se puso resueltamente a pegarle cortes a la barba de Sasha. Las gudejas caían sobre el paño, de dudosa blancura. La maquinilla, la espuma tibia en las mejillas... Sasha recordó la barbería del Arbat, sus olores, la luz intensa, el ajetreo de las vísperas de fiestas.

-Pero, ¡si parece otro! -exclamó Solovéchik al verle-. Todo un tío irresistible. De nuevo caminaban por la calle. Sasha miraba audazmente a las muchachas y las muchachas se fijaban en él.

-Si nos hubieran dejado aquí, habríamos mejorado la raza indígena -dijo Borís-. En Kansk hay un montón de deportados; conque habría habido dos más.

-¿A quién dejan?

-«Ban» ... ¡Deja-ban! A los enfermos, a los de familia numerosa, a los muy decrepitos. Mire: ahí viene (pero disimule) un menchevique. Uno de los líderes.

Se aproximaba a ellos, apoyado en un bastón, un hombre mayor, con abrigo y sombrero, cuyos largos cabellos grises le caían sobre el cuello. Solovéchik le hizo un saludo. El hombre saludó también, pero con esa vacilación con que se saluda a una persona a la que no se reconoce. Luego le reconoció, levantó un poco el sombrero y sonrió afablemente.

-Va al registro -explicó Borís, muy ufano de la muestra de respeto de aquel hombre-. Tiene que presentarse dos veces al mes: el cinco y el veinte. ¿Cuántos años le echaría usted?

-Sesenta.

-¿Y qué le parecen setenta y dos? Aquí verá usted de todo: mencheviques, eseristas, anarquistas, trotskistas, nacionalistas... Los hay que han sido famosos en su tiempo.

Sasha no se hubiera imaginado nunca que aún había mencheviques y eseristas en la Unión Soviética. De los trotskistas, sí había oído hablar en su tiempo. Pero ¿éstos? ¿Es que no comprendían? Conservaban todavía esperanzas... ¿Continuaban con lo suyo? ¿O no continuaban nada?

Almorzaron en el comedor del centro de acopios de pieles, un semisótano bajo de techo donde había unas cuantas mesas sin mantel. Detrás del amplio ventano rectangular de servicio estaba la cocina: tres grandes cacerolas humeantes encima del fogón y, al lado, una cocinera de rostro arrebatado con un cucharón en la mano.

-Es un comedor especial para los funcionarios -explicó Borís-, pero no ponen reparos a que entre gente de la calle: necesitan liquidez. Tienen un corral donde ceban cerdos, conejos, aves. Aquí come la mitad de los confinados. Si alguien le dice que yo le he dado entrada aquí, puede creérselo.

Al ver a Borís, la cocinera dejó el cucharón, se limpió las manos en el delantal y salió de la cocina.

-Hoy tenemos borsch, Borís Savélievich, berstróganov con puré. Si quiere, puedo freírlas unas patatas -se inclinó hacia él:- tengo una botella de buena manteca de vaca. [\[18\]](#)

-Fríalas -concedió majestuosamente Borís.

-¿Se marcha, Borís Savélievich?

-Así es -confirmó Borís, ceñudo-. ¿Han traído el salvado?

-Sí. Cuatro sacos. Han prometido traer más mañana. Otra vez han enredado los cálculos: el guliash sale por ocho copecs menos. No se han puesto de acuerdo con el albañil para arreglar el fogón y tengo los ojos irritados del humo que echa. [\[19\]](#)

Hablaban con Borís como con la persona gracias a quien marchaba todo bien, lamentando que, en cuanto se fuera, comenzarían las complicaciones. Borís daba a entender con su actitud que así sucedería, efectivamente. Le agradaba comprobar que, aunque allí no pintaba ya nada, seguían apreciándole.

-Pero ¿qué hago aquí charlando? En seguida los sirvo.

-Antes de venir yo -dijo Borís- había cinco personas trabajando en la cocina; ahora, sólo dos: ella y un ayudante. Ella es la cocinera, la cajera, la camarera y la directora. Le advierto que esto del comedor es lo de menos. Podría contarle todo lo que he hecho aquí en dos meses. Pero eso no importa ya a nadie. No hay nadie insustituible. Hoy lo hago yo; mañana lo hace otro. Aunque, bien mirado, estas palabras no tienen sentido. Si una biblioteca no tiene las obras de Pushkin, yo puedo sustituirlas por las de Tolstói; pero, serán las obras de Tolstói y no las de Pushkin. En mi puesto han colocado a otro; pero ése es ya otro Pushkin.

Un hombre bajito entró tímidamente en el local. Joven pero encorvado, desaseado, sin afeitar, llevaba una gorra con la visera partida, un chaquetón largo y tazado sobre una camisa sucia, falta de botones, y unos zapatos torcidos. El pantalón guateado, con la trabilla colgando, le hacía bolsas en las rodillas.

-¡Ah, Ígor! -le saludó Borís-. Acércate, hombre.

Ígor se acercó, sonriendo cohibido, y Sasha vio sus ojos azules y su cuello blanco, delgado.

-Quítate la gorra, que estás en un lugar público -indicó Borís.

Ígor arrugó su gorrilla entre las manos. El cabello de color moreno claro, sucio y crecido, estaba sin peinar.

[\[18\]](#) Berstróganov: Sopa ucraniana que se distingue por ser la remolacha uno de sus principales ingredientes.

[\[19\]](#) Guliash: Hulas en húngaro. Plato nacional húngaro, guisado de carne.

-¿Cómo van las cosas? -preguntó Borís.

-Regular, bien -contestó Ígor descubriendo sus dientes separados al sonreír.

-Bien es bien y regular es regular. ¿Te han echado otra vez?

-No, iqué va! No me llevan con la expedición.

Su voz tenía un algo especial, de persona cultivada, que Sasha no podía definir. Era una voz que quedaba en el oído.

-Ígor trabajaba en la oficina de inventarización -explicó Borís-. Un trabajo que no requiere esfuerzo (medir los edificios, trazar unos planos) y pagado a destajo, lo que permite sacar su buen dinerito. Pero el señor es perezoso y además lleva los diseños con manchas de grasa. ¿Acaso tienes mantequilla, Ígor? Pues si la tienes, úntala en el pan y no en los diseños. Y eso de que te has quedado sin trabajo porque no te llevan con la expedición, es un cuento. La mitad de la partida se queda en Kansk trabajando y también habrías podido quedarte tú si fueras una persona.

Ígor sonreía, confuso, y estrujaba la gorra entre las manos.

-¡En fin! -concluyó Borís, dando por concluidas sus amonestaciones-. ¿Tienes hambre? ¡Claro que sí! ¿Tienes algo de dinero? ¡Claro que no!

-Tengo que cobrar ocho diseños dentro de unos días.

-Hace dos meses que oigo lo de los ocho diseños...

Borís gritó:

-María Dmítrievna, sírvale a Ígor. Pago yo.

La cocinera posó de mala manera un plato de borsch y un trozo de pan por la ventanilla. Ígor se metió la gorra en un bolsillo y el pan debajo del brazo y se dirigió hacia la mesa de un rincón llevando el plato con las dos manos.

-¿Quién es? -preguntó Sasha.

-Un personaje muy curioso. Un poeta. Hijo de un emigrante blanco. En París abrazó con entusiasmo la causa del Komsomol, se vino a la URSS, y ya le tiene usted en Kansk.

-¿Qué ha hecho?

-¡Vaya una pregunta ingenua! Destruimos la sedición en su germen. Si yo cuento un chiste algo irreverente, quiere decirse que tengo ideas tendenciosas y, en circunstancias favorables, soy capaz de realizar acciones antisoviéticas. Usted sacó un periódico mural equivocado, mañana es capaz de sacar una revista clandestina y pasado mañana octavillas. Con usted se han portado humanamente y le han echado tres años por el periódico mural; por las octavillas habría sido el piquete. Conque le han conservado la vida. Ígor se ha criado en París, es hijo de un emigrante, o sea de un hombre perjudicado por la revolución, y de él se puede esperar cualquier cosa. Por eso, y para su propio bien, hay que aislarle.

En su rincón, Ígor comía apresuradamente.

Borís le miró y dijo:

-Un hombre sencillo limpia lo que ensucia y, por eso, siempre sigue siendo un ser humano. Un aristócrata está acostumbrado a que limpien otros y, si no hay quien lo haga por él, se convierte en un cerdo. Monsieur no quiere trabajar, se alimenta con los desperdicios de los comedores, le echan de donde vive por sucio. A todo el mundo le ha pedido dinero y a nadie se lo devuelve. Y ya comprenderá usted que entre los confinados no hay ningún Creso. Pero ellos mismos le han echado a perder llevándole en palmitas al principio. ¡Un poeta, figúrese! ¡De París! ¡París! ¡Francia! ¡Los tres mosqueteros! ¡Dumas padre! ¡Dumas hijo!... Al único que le teme es a mí: los que le hacían tantas fiestas no le dan de comer, y yo sí. No le queda más remedio que escuchar mis sermones, aunque en el fondo me desprecia por plebeyo y villano. Ahora, cuando me vaya a Angará, se morirá de hambre sin mí. Pero hay algo más interesante todavía. Está esperando a su Dulcinea. Si viene, asistirá usted a un espectáculo que nunca ha visto ni verá. Mire, aquí está.

En el local entraba una mujer de unos treinta años, de extraordinaria belleza, con porte de diosa y boca grande, de dibujo marcado y firme. Paseó una mirada serena por el comedor, saludó con gesto indiferente a Borís, que correspondió con una inclinación de cabeza reservada y digna. Luego vio a Ígor, inclinado sobre el plato en su rincón.

-Una mujer así para semejante tipejo... -murmuró Borís.

-¿Quién es?

-Vino de Leningrado buscando al marido, que fue deportado, y se enamoró de ese espantajo. Se pasan aquí todo el día, él recitándose versos y ella mirándole como quien mira el retrato de Dorian Grey.

La mujer refería algo a Ígor y él escuchaba con una risita estúpida, recogiendo las migas de la mesa y echándoselas a la boca. Un hombrecillo inquieto, desgalichado, sin ningún encanto. La mujer se levantó luego, fue a la ventanilla y la cocinera le dio un plato de borsch con el mismo aire horaño. Ígor inició un movimiento, como con la intención de ayudarla, pero se quedó sentado. Cuando la mujer hizo otro viaje para recoger el pan y el cubierto, pareció también que iba a seguirla, pero volvió a su sitio.

Mientras ella comía la sopa, era él quien hablaba ahora, y su rostro era al mismo tiempo juvenil y ajado. La mujer escuchaba, asintiendo de vez en cuando con la cabeza. Luego trajo el segundo plato, echó la mitad en el plato donde había comido la sopa y le acercó el resto a Ígor.

-¡Tragón! -se indignaba Borís-. Puede estar comiendo desde por la mañana hasta por la noche. Es capaz de quitarle la comida a la mujer amada. Las personas siguen siendo personas en las peores condiciones. En cambio, mire en lo que se ha convertido este petimetre parisense. Y no crea que es un simple. ¡No! Es desvergonzado, hipócrita, y en el fondo se ríe de los que se dejan esquilmar. ¡Parásito! Se compadece de sí mismo. Y el que se compadece de sí mismo no se compadece de los demás. Eso lo decía ya mi abuelo el tsadik. ¡Que se vino a la URSS! Pensaría que le hacía un gran honor a la Unión Soviética; pero resultó que aquí había que trabajar. No quiso trabajar y la sociedad lo echó, lo expulsó de su seno.

Sasha objetó sonriendo:

-Más acertado hubiera sido expulsarle de vuelta a París.

Entretanto, la mujer, que había terminado de comer, apartó el plato, se acodó sobre la mesa, apoyó la barbilla en las manos y se puso a contemplar a Ígor.

Él se recostó en el respaldo de la silla, muy engallado, luego agachó la cabeza y empezó a hablar entre dientes...

Recitaba los versos sin alzar la voz, y hasta Sasha sólo llegaban palabras sueltas: cruzados, los muros de Jerusalén, arenales amarillos, mujeres esperando a los caballeros que nunca volverán.

-¿Qué le parece a usted? -preguntó Borís a media voz-. Valerosos caballeros y damas encantadoras. ¿Eh? ¡En Kansk, en el comedor del centro de acopios de pieles!

En efecto, resultaba ridículo. Y sin embargo había algo sugestivo en aquella situación, en el rostro ausente de Ígor, en la mirada profunda de la hermosa mujer.

Sasha dominó su irritación momentánea, fruto de la intolerancia en que había sido educado.

-Seamos condescendientes -le dijo a Borís.

2

Stalin se presentó cuando ya tocaba a su fin la reunión consagrada al plan general de reconstrucción de Moscú. Sabía lo que iba a decir Kaganóvich en sus palabras de apertura y había leído el informe de Bulganin. Estaba informado de las propuestas y las opiniones, discutidas ya dos veces en el buró político, y él tenía ya su punto de vista. Este punto de vista era el que recogía el plan general de reconstrucción de Moscú. El plan general era eso: su punto de vista.

Todos se pusieron en pie cuando apareció él en la presidencia y la ovación habitual estalló y fue creciendo. Stalin levantó una mano como saludo y en seguida se sentó, invitando así a los demás a que tomaran asiento.

En la tribuna, alguien terminaba su exposición. Con el aire de quien escucha atentamente, Stalin dibujaba en una hoja de papel las ruinas de unas iglesias antiguas de Atení, pequeña aldea enclavada a unos diez kilómetros de Gori, donde su padre, el zapatero Dzhugashvili, tenía clientes. El padre solía llevarles los encargos y, en ocasiones, se pasaba allí un par de días trabajando.

A menudo se hacía acompañar por el pequeño losif. Salían a primera hora de la mañana y caminaban por la orilla del Tana, a lo largo de los viñedos hasta llegar a las ruinas de las iglesias antiguas de Atení. Eran nueve o diez las que había en aquella pequeña aldea y, entre ellas, la iglesia del monasterio de Sioní, coronada por una cúpula, construida en el siglo VII según contaban. En la fachada se conservaban esculturas de personajes históricos de aquella época y, dentro, frescos que representaban también a personajes históricos.

Los vestigios culturales más considerables son los vestigios arquitectónicos: son duraderos por los materiales de que están hechos, son accesibles por hallarse al aire libre, de manera que se los puede conocer al natural, en reproducciones y en fotos. También Lenin comprendía la importancia de la escultura cuando decía que se hiciera propaganda monumental. Pero Lenin la entendía como vehículo para llevar a la conciencia de las masas nuevos prestigios históricos. Ahora bien, la auténtica tarea de la propaganda monumental era la de perpetuar una época. De los cincuenta monumentos levantados entonces, ¿cuántos quedaban? ¿Uno? ¿Dos?

El monumento de su época sería Moscú, la ciudad que ÉL crearía de nuevo. Porque sólo las ciudades perduran. La escultura humilde de los años veinte había sido un error. La contraposición entre el ascetismo revolucionario y el ostentoso lujo de la NEP sirvió de pretexto a los arquitectos formalistas para renunciar a la herencia clásica. Pero la herencia clásica era lo que había que aprovechar ante todo.

Pedro I así lo comprendía y creó San Petersburgo según los modelos clásicos. Por eso, desde el punto de vista arquitectónico, Leningrado era una ciudad. Pero una ciudad de siglos pasados, de pocos pisos. Moscú debía aparecer ante las futuras generaciones como una ciudad dirigida hacia lo alto. Su estilo debían dársele los edificios altos en conjugación con soluciones clásicas. El primer edificio de gran altura sería el palacio de los Soviets. Kírov propuso su construcción en el año 1922, durante el Primer Congreso de los Soviets. ¿Quién se acordaba ya de eso? El palacio de los Soviets, lo construiría ÉL, lo construiría como centro arquitectónico del nuevo Moscú: trazaría nuevas avenidas, tendería el metropolitano, levantaría viviendas y edificios administrativos modernos, construiría puentes y malecones nuevos, edificaría hoteles, escuelas, bibliotecas, teatros, clubs, entre jardines y parques. Todo eso sería un majestuoso monumento de su época.

Estos pensamientos hacían recordar a Stalin las ruinas de las iglesias antiguas de Atení. De niño, en cambio, esos templos semiderruidos le sobrecogían por su vacío sordo y por su lejano misterio, y ahora, sentado en un extremo de la larga mesa de la presidencia, trazaba en una hoja de papel sus contornos rectilíneos. No sabía dibujar, pero las figuras rectilíneas le salían bien, incluso sin regla. Tenía la mano firme.

-Tiene la palabra el camarada Stalin -anunció Kaganóvich.

Todos se levantaron de nuevo y de nuevo estallaron la ovación de siempre y los clamoroso aplausos de siempre.

Stalin salió a la tribuna, hizo cesar los aplausos con un ademán y comenzó a hablar sin levantar la voz:

-Aquí se ha hablado ya bastante de que se impone la reconstrucción de Moscú. No tengo por qué repetir lo dicho. A los trabajadores de Moscú no puede satisfacerlos ya de ninguna manera el viejo Moscú de madera, con sus calles y sus callejas estrechas, sus recovecos y sus callejones, su trazado caótico, sus casas míseras y sus cuarteles obreros, con sus medios de transporte antediluvianos.

Hizo una pausa, captando el tenso silencio en el que no se oía ni un roce, ni un suspiro.

-Durante los años de poder soviético -continuó Stalin en voz más baja todavía- hemos hecho mucho para mejorar la vida de los trabajadores de Moscú. A los obreros que se cobijaban en sótanos los hemos trasladado a apartamentos normales, reduciendo el espacio habitado por los representantes de las antiguas clases explotadoras. Se han construido numerosas escuelas para los hijos de los obreros, clubs obreros y palacios de la cultura. Nuestros logros en esta esfera son considerables y despiertan legítimo orgullo en el corazón de los soviéticos. Pero tenemos la obligación de pensar en el futuro. Dirigir significa prever. Nosotros debemos trazar un plan para decenios. Éste será el plan general de reconstrucción de Moscú.

Dejó la tribuna y caminó un poco por el proscenio, mientras en la sala se mantenía el mismo silencio.

Stalin volvió a la tribuna y continuó:

-Al llevar a cabo este plan, habremos de luchar en dos frentes: en contra de que Moscú siga siendo una «gran aldea» y en contra de los excesos superfluos de la urbanización. No debemos copiar a ciegas los modelos occidentales. Moscú es una ciudad socialista, la capital de un Estado socialista, y esto es lo que debe determinar su semblante. No puede ser una ciudad donde los ricos vivan en palacios y los pobres en tugurios, sino, por el contrario, una ciudad donde precisamente para los trabajadores se creen las condiciones óptimas de existencia.

»Por consiguiente, la primera tarea del plan es hacer que la ciudad sea cómoda para vivir en ella. Debemos crear nuevos macizos residenciales cómodos, a ser posible en zonas de parques. Debemos flanquear de casas cómodas y bellas los malecones de los ríos Moskova y Yauza, con lo cual tendremos cincuenta kilómetros más de calles bien urbanizadas. Debemos edificar casas nuevas en las calles principales echando abajo todo lo viejo, ensanchar hasta cincuenta o setenta metros las vías más importantes, dando así solución a los problemas de transporte, también en interés de los trabajadores.

Stalin hizo otra pausa. Sabía que estaba hablando de cosas conocidas, pero también sabía que todos escuchaban y recogían sus palabras como una revelación porque las pronunciaba ÉL.

-Pasaré a la segunda tarea -volvió a hablar Stalin-. La segunda tarea consiste en que la capital del primer Estado socialista del mundo debe ser una ciudad hermosa. En los albores de nuestra existencia como Estado fue elaborado ya, bajo la dirección del gran Lenin, un plan de propaganda monumental. El gran Lenin quería que nuestra época dejara monumentos para siglos. Éste es un precepto de Lenin que nosotros debemos observar y desarrollar religiosamente. Pero en aquella época éramos pobres y nos veíamos obligados a conformarnos con decisiones arquitectónicas modestas. Lamentablemente, esto abrió el camino al arte formalista, y el arte formalista no lo comprenden las masas: es un arte ajeno a nosotros. Ahora somos bastante ricos y potentes y debemos aprovechar, ante todo, la herencia clásica. Claro que nosotros no debemos aprovechar la herencia clásica a ciegas como hicieron los urbanistas petersburgueses. En las formas clásicas nosotros debemos verter un contenido nuevo, socialista.

Hizo otra larga pausa y luego continuó:

-Y para terminar, camaradas, un último punto: ¿en qué dirección debe desarrollarse Moscú?

»La primera propuesta consiste en dejar Moscú tal y como está, en tanto que museo, o memorial, por decirlo de algún modo, y edificar un nuevo Moscú en un lugar nuevo. Con todos los respetos para los autores de esta

propuesta, nosotros no podemos aceptarla. Moscú es el centro histórico de Rusia. Moscú unificó y creó Rusia. Nosotros no podemos renunciar a él, no es ni sería digno.

»La segunda propuesta es la de dejar intacto el actual centro de Moscú, dentro de los límites de la avenida Sadóvaia aproximadamente, y rodearlo de ocho distritos satélites, creando ocho conglomerados residenciales que serían el nuevo Moscú. Nada cuesta advertir que esto es solamente una variante algo simplificada de la primera propuesta.

»¿De qué parten estas dos proposiciones? Parten, ante todo, de la falta de fe en nuestra capacidad de reconstruir Moscú. Claro que es más fácil construir una ciudad nueva. Pero los bolcheviques somos capaces de sacar adelante una tarea más compleja: la de reconstruir nuestro Moscú, dejar nuestro Moscú donde está, dejar Moscú como centro de nuestro país, como centro de la revolución mundial. Y por eso hemos decidido ensanchar Moscú según el esquema de radios y anillos históricamente configurado. Su centro arquitectónico será el palacio de los Soviets, coronado por una grandiosa figura de Vladímir Illich Lenin. Del palacio de los Soviets partirán los radios de las principales vías de Moscú, amplias, bien urbanizadas, con edificios de muchos pisos en cada una. Moscú se edificará en altura. La dinámica ascendente de Moscú, conjugada con las soluciones clásicas interpretadas a la manera socialista, constituirá su futuro rostro. El rostro del futuro Moscú.

A las diez menos cuarto, al término de la reunión, Stalin pasó a su despacho.

Poskrióbishev le informó:

-Shumiatski ha traído la película, Iosif Vissariónovich.

-Bien -dijo Stalin-. Shumiatski puede marcharse a su casa. Diga a Kliment Efrémovich que venga a verla.

La sala de proyecciones se hallaba detrás del despacho de Stalin, separada únicamente por el cuarto de la guardia. Era una sala pequeña, con siete filas de ocho asientos cada una.

Stalin solía ver la película con alguno de los miembros del buró político. En ese caso se ponía las gafas y tomaba asiento en la séptima fila, la última, y en el asiento lateral, para que no le molestara el rayo del aparato de proyección ni tener cerca su zumbido. Muy rara vez, y sólo cuando había invitados, Stalin se sentaba en el centro de la segunda fila y no se ponía las gafas. Nunca se dejaba ver con gafas ni le habían fotografiado nunca con gafas.

Aquel día, Stalin había pedido que llevaran *Luces de la ciudad*, de Charlie Chaplin. Era la tercera vez que Stalin veía la película. Le gustaba Chaplin. Chaplin le recordaba a su padre, el único ser entrañable. A veces, también encontraba cierto parecido entre el personaje de Chaplin y él mismo: estaba igual de solo en el mundo. Pero ahuyentaba esta idea porque no respondía a la realidad. Chaplin le recordaba a su padre, y sólo a su padre. El pobre Charlie se alejaba por el camino y volvía la cabeza con sonrisa desvalida. A Stalin se le saltaron las lágrimas y se enjugó los ojos con el pañuelo...

Vorochilov se inclinó hacia él:

-¿Qué te ocurre, Kobá? [\[20\]](#)

-Esa película trata de mí -contestó secamente Stalin.

Pero la película no trataba de él, sino de su padre, el malhadado zapatero Vissarión Dzhugashvili... Cuando se marchaba a trabajar fuera, habitualmente a Telavi u otro lugar por el estilo, también se volvía desde el camino, como Chaplin, y se despedía de Iosif agitando una mano, con sonrisa triste y desvalida.

Vivían entonces en casa de otro zapatero, Kulumbegashvili. La casa tenía dos habitaciones. Una la ocupaban los Kulumbegashvili y en la otra se cobijaban ellos, los Dzhugashvili. En la minúscula casita, impregnada de los olores del oficio, trabajaba Kulumbegashvili, mientras que su padre pasaba poco tiempo allí, buscándose la vida en Kajetia y otros lugares porque no se llevaba bien con su mujer. La madre de Iosif era una mujer dominante, georgiana kartvelí de pura cepa, mientras que el padre descendía, al parecer, de los osetinos meridionales que en tiempos se ubicaron en el distrito de Gori. [\[21\]](#)

Sus antepasados se asimilaron a los georgianos y uno de los abuelos cambió la terminación osetina «ev» de su apellido Dzhugáev por la terminación georgiana «shvili».

La madre iba a asistir y a lavar a casa de un viudo rico llamado Egnatoshvili. En el seminario se murmuraba que él era el padre de Iosif y él le había hecho entrar allí porque, de haber sido el hijo del zapatero Dzhugashvili, éste se habría dedicado a enseñarle su oficio en vez de andar pegando tumbos por toda Georgia.

Todos mentían. ¡No había que creer a nadie! El pequeño Iosif sabía perfectamente que su padre era el zapatero Vissarión Dzhugashvili, un hombre callado y bondadoso, aunque la madre andaba siempre regañándole y diciendo que por culpa suya eran tan pobres, que él había echado a perder sus vidas. Por estos reproches Iosif no tenía cariño a su madre.

[20] Kobá: Uno de los nombres utilizados por Stalin en la clandestinidad.

[21] Kartvelí: Equivalente de georgiano. Más genéricamente, grupo de etnias circasianas que comprende a georgianos, lazis, mingresos y svanos.

Indudablemente, su madre quería lo mejor para él, quería que se hiciera sacerdote, quería entregarle a Dios. Y le llevaba a casa de Egnatoshvili para que comiera alimentos más nutritivos y sabrosos. Pero Iosif no quería ir. Ellos eran ricos y él pobre. Le sacaban al patio un plato de jarchó y cordero con maíz, pero ellos estaban en las habitaciones bebiendo vino y charlando. [22]

Cuando la madre le llevaba a casa de los Egnatoshvili, procuraba vestirle lo mejor posible. ¿Para qué? Con la ropa, unos recalcan su riqueza y otros tratan de disimular su indigencia. Y él no se avergonzaba de su pobreza. ¿Que el pantalón estaba tazado? ¡Bah! No tenía otro. ¿Que los zapatos estaban gastados? No tenía otros. En el seminario de Tiflis se enorgullecía incluso de su aspecto desgalichado: ése era el aspecto que debía tener un hombre de verdad. También ahora se vestía como un simple soldado.

Iosif no quería doblegarse a la voluntad de su madre. Al padre le quería, pero tampoco se doblegaba a su voluntad por la sencilla razón de que el padre no tenía voluntad. La madre sí tenía voluntad, y todo el mundo decía que él había heredado su carácter; pero la madre usó la voluntad y el carácter en ganarse el pan. En cuanto al padre, no quiso doblar el espinazo por unos copecs. Le gustaba cantar, gastar bromas, alternar con los amigos. Y en esos momentos era un hombre auténtico, simpático, atractivo, alegre. Pero al lado de su mujer parecía pequeño, desmedrado, taciturno. ¡Un hombre débil!

Luego llegó una carta diciendo que al padre le habían matado en Telavi durante una reyerta de borrachos. Otra mentira. El padre no se peleaba nunca; era un hombre tranquilo y apacible. ¿Quién iba a matarle, y por qué? Sencillamente, se había muerto. Pero, en el seminario, los chicos se burlaban de Iosif diciendo que su padre no había sido capaz de defenderse. Pero Iosif sabía muy bien que no era así, que todo era mentira, y ni siquiera contestaba. Se apartaba con una mueca desdeñosa porque a todos los despreciaba: despreciaba a los ricos que presumían de su riqueza y despreciaba a los pobres porque se avergonzaban de su pobreza.

En Telavi enterraron al padre, nadie sabía dónde, y tampoco lo sabía él, su hijo. Pero él quería a su padre y el padre le quería a él. No le castigaba, nunca le reprendía; sólo le alborotaba cariñosamente el cabello y cantaba canciones. Del padre había heredado ÉL su sentido musical. En el coro del seminario le colocaban siempre en la fila de arriba, donde estaban los de menos estatura. Su voz era considerada la mejor y el regente decía que también tenía oído. Todo eso le venía del padre y también se parecía al padre en que era bajo de estatura, algo pelirrojo, mientras que la madre era alta y morena. Al padre le gustaban las bromas y sabía admitirlas, mientras que la madre no las entendía. Era un mujer hosca.

Los paisanos querían dar a Gori su nombre, el de Stalin. ¡No! Preferible sería que le dieran su nombre a la ciudad de Tsjinalí, capital de Osetia Meridional, en recuerdo del padre y de toda la ascendencia osetina paterna. No le vendría mal a la madre saber que él honraba la memoria de su padre, el zapatero Vissarión Dzhugashvili. No era una mujer tonta; comprendería. Indudablemente, a los ojos del pueblo soviético tenía que aparecer como un hijo ejemplar: eso hacía su imagen más humana, más próxima, más entrañable. Pero, para él, la infancia era ante todo el padre.

Recordaba de nuevo los viajes en compañía suya a Atení, donde los campesinos cultivaban viñedos, pisaban la uva y echaban el Atenurí, un buen vino, en enormes tinajas de barro.

Por las tardes, el padre bebía con sus amigos el vino de Atení y entonaba con ellos canciones que llegaban al corazón con su polifonía georgiana. Cantaban bien y bebían bien, al estilo georgiano, volviéndose más bondadosos y más alegres con el vino, y no como beben los rusos, que con el vodka pierden el control y llegan a las peleas y las cuchilladas. Pero el pueblo ruso, grande por su número y por su territorio, es el único pueblo con el que se puede hacer historia. La incorporación a Rusia conservó a los georgianos en tanto que nación y, por eso, el socialismo georgiano es parte del socialismo panruso.

Sin embargo, los rusos no son como los georgianos. En el seminario, nadie se metía con él debido al defecto que tenía en el brazo. Ésa era una prueba de la eterna nobleza georgiana. Pero luego la gente nunca tomó en consideración esa insuficiencia física suya -ni en Bakú, ni en Batumi ni en Siberia-, sino que se mostró grosera y despiadada. Él resistió entonces, les opuso una grosería aún mayor. Lenin le reprochaba esa grosería; pero únicamente así se puede dirigir: la grosería del aparato embrida la grosería del pueblo. Los únicos que le hacen arrumacos son los intelectuales, que luego le tiran por la borda como un trasto inútil. Ya entonces, en su juventud, comprendió que la democracia, en Rusia, sólo es libertad para el desencadenamiento de las fuerzas brutas. Los instintos brutos sólo pueden ser dominados por la fuerza del poder y ese poder se llama dictadura. Eso no lo comprendían los mencheviques, que no conocían al pueblo; eso lo comprendían los bolcheviques, que sí conocían al pueblo. Ésa fue la razón de que los socialdemócratas rusos siguieran en su mayoría a los bolcheviques y los socialdemócratas no rusos a los mencheviques.

[22] Jarchó: Plato típico georgiano. Especie de sopa espesa de cordero y arroz.

El bolchevismo era un fenómeno ruso; el menchevismo, un fenómeno no ruso. De todos los grandes georgianos, sólo ÉL comprendía al pueblo ruso y siguió a los bolcheviques. Otros georgianos -Noi Zhordania, Tsereteli, Chjeídze y demás, no conocían al pueblo ruso y siguieron a los mencheviques. Certo que ÉL estaba entonces en contra de la nacionalización de la tierra. Y aún faltaba por saber si, para aquellos tiempos, tenía razón él o Lenin. La historia no da una respuesta rotunda a la pregunta de quién tuvo o no tuvo razón en el pasado: tiene razón el vencedor. Pero ÉL no hizo oposición a Lenin: su camino estaba con los bolcheviques, con Rusia, que era únicamente donde podía realizarse en tanto que político. Había estudiado muy a fondo el problema nacional y sabía a ciencia cierta que entre las naciones, igual que entre las personas, vence la más fuerte; que entre los pueblos, igual que entre los políticos, los hay que dirigen y los hay que se dejan dirigir. En la Unión Soviética, donde existe un centenar de etnias, sólo un pueblo puede ser el dirigente: el ruso, que constituye más de la mitad de la población del país. Contra el chovinismo ruso de gran potencia, hay que PROCLAMAR una lucha implacable, ya que, en respuesta, provoca el nacionalismo local. Sin embargo no debe olvidarse ni por un instante que la fuerza principal, la fuerza aglutinante, es el pueblo ruso. Para el pueblo ruso, él debía ser ruso, igual que el corso Napoleón Bonaparte era francés para los franceses.

Stalin había quedado satisfecho de la reunión. En esa reunión, ÉL había sido no sólo el iniciador, sino también el organizador de la reconstrucción de Moscú; ÉL había conservado para Rusia esta ciudad, de nombre entrañable para todo hombre ruso, ÉL había conservado Moscú tal y como lo conocía todo hombre ruso. No habían sido esos intelectuales de altos vuelos sentados en la sala que rompían lanzas por la cultura de Rusia, sino ÉL, precisamente ÉL y solamente ÉL, quien había dado satisfacción al sentimiento profundamente ruso de amor a Moscú, de devoción por Moscú. Por eso, Moscú era ahora SU ciudad y el futuro Moscú un monumento a ÉL. En Leningrado, un hombre ruso, Kirov, le daba más y más vueltas a la reconstrucción de la ciudad, anunciándola a los cuatro vientos. Pero ¿qué se podía reconstruir allí? Leningrado era una ciudad ya configurada, una mole de piedra con la que no se podía hacer nada y con la que Kirov nada podría hacer.

Sin embargo, como siempre que ÉL demostraba su excepcionalidad, le embargaba un agudo sentimiento de soledad. Los asistentes se levantaban, le aplaudían; pero no le querían, sino que le temían y por eso se ponían en pie y aplaudían. Con una satisfacción, un triunfo y una alegría mucho mayores le habrían pisoteado vencido. Ellos no podían ni querían avenirse con su superioridad, su excepcionalidad y unicidad. Para ellos era un seminarista a medio instruir, un plebeyo de frente estrecha. Incluso los «compañeros de armas» temían la consolidación de su poder y hablaban de dirección colectiva y del papel del Comité Central. Y guardaban como reserva la absurda teoría de Pokrovski negando el papel de la personalidad en la historia para rebajar así, ante todo, el papel desempeñado por ÉL en la historia del partido y en la historia de Rusia.

No lo conseguirían. Además de crear una historia nueva de Rusia, ÉL elaboraría criterios nuevos de valoración de los sucesos históricos: únicamente así podía asegurarse que las generaciones actuales y venideras se hicieran un juicio adecuado de la época. De SU época.

César y Napoleón no llegaron a emperadores por ambición, sino en virtud de una necesidad histórica. Únicamente César-autócrata podía rechazar a los bárbaros. Únicamente Napoleón-emperador podía supeditar a Europa. El poder supremo debe ser magníficamente majestuoso. Sólo un poder así será reverenciado por el pueblo, que sólo a él se doblegará porque sólo él es capaz de imponerle temor y respeto. La ciencia histórica soviética presenta a Iván el Terrible como un malvado. Pero, en realidad, Iván el Terrible fue un gran estadista -incorporó Kazán, Astraján y Siberia a Rusia-, el primero en la historia de Rusia y, posiblemente, no sólo de Rusia, que implantó el monopolio del comercio exterior, el primero de los zares rusos que sentó como principio básico el que todo se supeditara a los intereses del Estado. Los boyardos se oponían a la creación de un Estado centralizado poderoso y, por eso, el error de Iván el Terrible no consistió en ejecutar a boyardos, sino en haber ejecutado a pocos, en no haber exterminado a las cuatro casas boyardas más importantes hasta la raíz. En este sentido, los antiguos eran más perspicaces y exterminaban a sus enemigos hasta la tercera y la cuarta generación, radicalmente y para siempre.

También se había equivocado la ciencia histórica en su evaluación de la *opríchnina*, la guardia de Iván el Terrible. Hay que diferenciar los conceptos de *opríchnina* y *opríchnik*. La *opríchnina* era la guardia de Iván el Terrible, una tropa progresista destinada a luchar contra la clase de los boyardos y contra los boyardos en particular. Los *opríchniki* eran los ejecutores, y entre ellos tenía que haber también verdugos. La pena de muerte es legalizada por parlamentos humanitarios y legisladores de gran competencia, pero la aplican los verdugos.

Pedro I fue un gran soberano que creó una Rusia nueva. ¿Y qué había escrito Pokrovski acerca de Pedro I? Estas líneas: «Pedro I, llamado el Grande por historiadores aduladores, encerró a su esposa en un convento para casarse con Catalina, que había sido anteriormente criada de un pastor protestante en Estonia. A su hijo, le sometió personalmente a tormento y mandó luego ejecutarle en secreto en una casamata de la fortaleza de Pedro y Pablo... Murió de sífilis después de haber contagiado a su segunda esposa... » ¡Eso era todo lo que Pokrovski vio en Pedro I!

Estas ineptas las escribió el «cabeza de la escuela de Historia». En cambio, no se dio cuenta de que Pedro I transformó Rusia. Ahí se veía hasta dónde conducen y los disparates que pueden sugerir la interpretación doctrinaria

del marxismo y la negación del papel de la personalidad en la historia. Y a ese sociólogo primitivo lo colocó Lenin entre los primeros historiadores y elogió su *Compendio de historia rusa*, trabajo exento de valor que presenta a todos los personajes históricos de Rusia como ineptos e insignificantes. ¿Cómo pudo elogiar eso Lenin? ¡Lenin, que comprendía a la perfección el papel de la personalidad en la historia!

Pokrovski quería presentarse como mantenedor del leninismo, como único intérprete de los puntos de vista de Lenin. ¡Ni pensarlo! El único intérprete de los puntos de vista de Vladímir Illich Lenin podía serlo únicamente su sucesor, únicamente el continuador de su causa, únicamente el que condujo el país después de él. Su sucesor y su continuador era Stalin; al país lo conducía Stalin. O sea, que sólo Stalin era el único intérprete de la herencia de Lenin, incluido lo referente a la Historia, puesto que ÉL era quien ESTABA HACIENDO esa historia. Sin embargo, el camarada Pokrovski no había dicho, en diez años, ni una palabra acerca de lo aportado por el camarada Stalin a las ciencias sociales. ¿Acaso no comprendía el camarada Pokrovski que dirigir un Estado significa elaborar la teoría del Estado? Claro que lo comprendía. Pero no quería reconocer al camarada Stalin ni como científico ni como teórico.

La escuela «histórica» de Pokrovski había que hacerla añicos. El prestigio de Lenin debía respaldar lo que necesitaba el partido hoy y lo que pudiera necesitar mañana. Y el prestigio de Lenin debía heredarlo su sucesor. Stalin era el Lenin de hoy. Cuando Stalin muriera, su sucesor sería llamado el Stalin de hoy. Sólo de ese modo era posible crear una indestructible sucesión del poder y darle una firmeza y una estabilidad eternas. La ciencia histórica debía confirmar que Stalin era el único sucesor de Lenin, que no podía haber otro sucesor y que los que aspiraban a la herencia de Lenin eran unos míseros impostores, aventureros e intrigantes políticos. La ciencia histórica debía confirmar que Stalin había estado siempre al lado de Lenin. Que no eran Zinóviev ni Kámenev -uno secretario y otro asesor de Lenin en la emigración-, sino precisamente ÉL, quien había creado el partido con su trabajo práctico dentro de Rusia. Por eso se llamaba el partido de Lenin y Stalin. Todas las pequeñas desavenencias entre Lenin y Stalin debían ser olvidadas, debían ser arrancadas de la Historia para siempre. En la Historia se debía recoger tan sólo lo que hacía de Stalin el Lenin de hoy. La tarea esencial era la de crear un Estado socialista potente. Para eso hacía falta un poder fuerte. Stalin era el dirigente de ese poder, y eso significaba que con Lenin había estado en su nacimiento, que con Lenin había dirigido la revolución de octubre. John Reed enfocaba la historia de la revolución de octubre de otra manera. Ese John Reed estaba allí de más.

¿Era eso desvirtuar la Historia? No, no lo era. La revolución de octubre la hizo el partido y no los emigrados que vivían en París, Zurich o Londres. Los debates y las discusiones les habían servido de escuela de oratoria; habían aprendido a parlotear y mitinear en las terrazas de los cafés parisinos mientras que los revolucionarios de Rusia tenían que callar o hablar a media voz. Pero precisamente ellos, los modestos trabajadores de base del partido, fueron los que levantaron a las masas, en el momento decisivo, a la lucha, a la revolución y luego a la defensa de la revolución. Y ÉL era el representante de esos cuadros del partido. Por eso el papel de ELLOS en la historia de octubre era el papel SUYO, de Stalin. En eso consistía el verdadero papel de las masas y el verdadero papel de la personalidad en la historia. La guerra civil no la ganaron los especialistas militares que lo único que hicieron fue estorbar; la guerra civil la ganaron decenas de miles de comunistas, de cuadros del partido, que formaron ejércitos y divisiones, regimientos y destacamentos. ÉL era el representante de esos cuadros y, por eso, el papel que ELLOS desempeñaron en la guerra civil era el papel SUYO; y SU papel era el papel del partido.

De ese modo y sobre esos principios se debía asentar la Historia, y ante todo la historia del partido. Lo que llamaban dirección colectiva era un mito. En la historia de la humanidad no había existido ninguna «dirección colectiva». ¿El senado romano? ¿Cómo terminó? Con César. ¿El triunvirato francés? Con Napoleón. Sí; la historia de la humanidad es la historia de la lucha de las clases. Pero, como expresión de una clase, actúa un LÍDER y, por eso, la historia de la humanidad es la historia de sus líderes y sus gobernantes. Sin idealismo. El espíritu de una época es definido por quien crea esa época. La época de Pedro I, una de las más brillantes de la historia de Rusia, reflejó su brillante personalidad. El reinado de Alejandro III, el más opaco, correspondió plenamente a su propia insignificancia.

Le habían leído la sentencia en el mismo cuarto donde antes le interrogaban. Un oficial le había leído la disposición de la reunión especial del tribunal. Artículo cincuenta y ocho, punto diez: confinamiento administrativo en Siberia Oriental por un plazo de tres años, contando la prisión preventiva.

-Firme aquí.

Sasha leyó el papel. Quizá figurase allí el delito por el que le echaban tres años. No había nada escrito. Ni siquiera era una sentencia, sino un punto de una lista donde él figuraba como el número cinco, el veinticinco o quizás el trescientos veinticinco.

Firmó. Por la mañana le leyeron la sentencia, al mediodía autorizaron la visita de su madre y por la tarde le embarcaron para su punto de destino.

La víspera se presentó un celador con papel y lápiz.

-Escriba los nombres de las personas que quiere que le visiten.

Puso los nombres de la madre y del padre... ¿Varia? Podía haber escrito: «Varia Ivanova, prometida.» A la prometida tenían obligación de autorizarle la visita. ¿Por qué a Varia precisamente? ¿Acaso la amaba él o le amaba ella? Y, sin embargo, precisamente a ella habría deseado ver. «Florencia de las praderas...» Sentía nostalgia de su dulce voz. Pero no incluyó a Varia en la lista. ¿Quería ella verle, le esperaba, le necesitaba?

El celador condujo a Sasha a una celda minúscula y se marchó cerrando la puerta. Sentado a la mesa, Sahsa pensaba en el horror de su madre cuando le viera con barba y en el miedo que pasaría al caminar por los pasillos de la cárcel.

Rechinó la llave, apareció el rostro del celador y detrás el de la madre y su cabeza cana. El celador se puso de costado, tapando con su espalda a Sasha para que la madre no pudiera acercársele y le indicó una silla al otro lado de la mesa. Y ella, pequeñita, con la cabeza gris, caminó presurosa hacia el lugar que le indicaban, cabizbaja, sin mirar a Sasha. Únicamente después de sentarse levantó los ojos y ya no apartó la mirada del hijo. Le temblaban los labios y una especie de tic sacudía levemente su cabeza.

Sasha la miraba, le sonreía y se le partía el corazón viendo cómo había envejecido, lo desdichada que parecía y tanto sufrimiento como había en sus ojos. Llevaba puesto un abrigo de entretiempo, viejo y tazado que ella llamaba «mi gabardina», y le hizo recordar a Sasha que ya estaban en primavera y él había visto a su madre en enero.

La mitad inferior de la ventana estaba pintada de blanco, pero el sol primaveral entraba por la parte de arriba y sus rayos pegaban en el rincón apartado donde estaba sentado el celador con aire ajeno.

-Quería haberme afeitado, pero hoy no estaba el peluquero -decía Sasha riendo. La madre le miraba callada, sin poder dominar el temblor de los labios y la cabeza, conteniendo las lágrimas.

-El barbero es un aficionado y desuella al afeitar. Por eso no quiere nadie ponerse en sus manos. ¿Y si me dejara la barba? ¿Te parece que me sienta bien?

La madre callaba, asentía con leves cabezaditas y le miraba.

-¿Cómo están todos? ¿Bien?

Se refería a sus amigos. Preguntaba si no habían tenido ningún contratiempo. Ella le comprendió.

-Están bien. Sí, todos bien. Pero le resultaba insoportable la idea de que todos estaban bien, de que a ninguno más que a Sasha, precisamente a él, le había ocurrido ningún contratiempo. Y rompió a llorar apoyando la cabeza en las manos.

-Cálmate. Tengo que decirte algo.

Ella sacó el pañuelo, se enjugó las lágrimas.

-Pienso apelar. Lo de mi acusación es una tontería relacionada con el instituto...

El celador le interrumpió:

-La acusación no se comenta.

Pero la madre no se sobresaltó como se sobresaltaba antes cuando tropezaba con la fuerza bruta oficial. Su rostro adquirió la expresión tozuda que conocía Sasha y le escuchó, muy erguida, hasta el final.

Fue una faceta nueva que Sasha descubrió en su madre.

-Voy a Novosibirsk y todo marchará bien.

Dijo «Novosibirsk» para no decir «Siberia».

-En cuanto llegue te enviaré un telegrama y luego te escribiré.

Encontraré trabajo, de modo que no me envíes dinero.

-He entregado ciento cincuenta rublos para ti.

-¿Por qué tanto?

-Y también un paquete de comida y unas botas altas.

-Lo de las botas altas está bien; pero la comida no hacía falta.

-Y calcetines de lana, y una bufanda... -Levantó los ojos-. ¿Cuánto te han echado?

-Poca cosa: tres años de confinamiento libre. Dentro de año y medio volveré. ¿Ha venido papá?

-Vino en enero; pero ahora no he podido avisarle porque sólo me telefonearon ayer. ¿Y tu salud?

-¡Magnífica! No he estado enfermo ni una vez. La comida no es mala. Como en un balneario, ¡vamos!

Fingía alegría para darle ánimos a la madre, pero ella veía sus sufrimientos y sufría también, se esforzaba por sonreír a sus bromas, procurando igualmente darle ánimos, hacerle saber que no estaba solo, que había quien se preocupaba por él.

-Vera ha sentido mucho que no la llamaras. Ha venido conmigo, pero no la han dejado entrar. Ni a Polina tampoco.

La verdad era que Sasha no había pensado en sus tíos.

Enredando las palabras que traía preparadas con las que ahora le acudían a la mente, la madre decía:

-Cuídate. Todo esto pasará. Y no te preocupes por mí, porque voy a ponerme a trabajar.

-¿A trabajar? ¿En qué?

-En una lavandería del bulevar Zúbovski, muy cerca de casa. De recepcionista. Ya lo he apalabrado.

-¡A manejar ropa sucia!

-Ya lo tengo apalabrado. Pero no ahora, sino después de ir a verte.

-¿Para qué vas a ir?

-Iré a verte.

-Bueno: ya nos escribiremos -condescendió Sasha-. ¿Ha venido alguien del instituto?

-Sí, ese bajito, algo contrahecho...

¡Rúnochkin! O sea que a los muchachos no les había pasado nada.

-¿De qué hablasteis?

-Habló del vicedirector ...

¡Krívoruchko! De manera que estaba allí. Diákov no le había engañado.

-Conque en él está el quid de la cuestión -profirió Sasha. El celador se levantó.

-Ha terminado el tiempo.

-En él está el quid -repitió Sasha-. Díselo a Mark. La madre asintió con la cabeza. Había entendido: la detención de Sasha estaba relacionada con el vicedirector y había que hacérselo saber a Mark. Ella se lo comunicaría, aun sabiendo que sería inútil. Todo era inútil. En fin, que todo quedara como estaba y no fuera a peor. Los tres años pasarían, algún día llegarían a su fin.

-Dile también que no he hecho ninguna declaración.

El celador abrió la puerta.

-Pase usted, ciudadana.

Sasha se levantó y abrazó a su madre, que apoyó la cabeza en su hombro.

-Pero, mamá... -Sasha acarició sus suaves cabellos grises-. Todo está normal, y tú lloras...

-Pase usted, ciudadana.

No estaba permitido abrazarse, no estaba permitido acercarse; pero todos hacían igual: se acercaban, se abrazaban, se besaban...

-¡Vamos, vamos! -Con movimiento habitual del hombro, el celador guió a la madre hacia la puerta-. Le digo que pase.

Sasha escribió a su madre que todo marchaba normalmente, que estaba bien de salud y de ánimos y que no le mandara nada. Las cartas debía dirigirlas a la aldea de Boguchani, distrito de Kansk, lista de correos.

Borís volvió rabioso: nadie quería llevarlos a Boguchani. El camino era malo, pedían un precio exorbitante. Y en la comandancia no querían saber nada: que se las arreglaran como pudieran. La dieta que daban era una miseria que no alcanzaría ni para la mitad del viaje. Almorzaron de nuevo en el comedor del centro de acopios. En un rincón estaba sentado Ígor, todo encogido, delante de una mesa vacía.

-El conde está en su puesto -observó Borís-. Esperándome a mí y a Dulcinea. A Dulcinea para recitarle versos y a mí para comer de balde. Pero ya se puede despedir: yo también estoy ahora sin trabajo.

Esta vez la cocinera no salió a hablar con Solovéchik. Se quedó metiendo ruido con las cacerolas y los platos de aluminio.

-Ya lo ve, Borís Savélievich, ha tomado la costumbre de meterse aquí desde por la mañana, y me va a buscar un disgusto con los funcionarios. Esto no es el atrio de una iglesia.

-Hablaré con él. Borís no era ya el jefe, pero la cocinera puso en su plato, como la víspera, una cucharada más de nata. -Hay que comprenderla -explicaba Borís a Sasha-. Ella responde de que no entren aquí pordioseros.

-Pero él tiene hambre -objetó Sasha.

-¿Sabe usted una cosa, Sasha? -replicó Borís, enfadado-. Eso de que vengan a comer aquí los confinados, lo arreglé yo. Ahora, claro, me importa todo un pepino, puesto que me marchó. Pero, para los que se quedan, ésta es una cuestión de vida o muerte. La cosa terminará en que no los dejarán entrar. Se lo he advertido a todos: que vengan a eso de las dos, cuando los funcionarios han almorzado ya, que no alboroten, que no den vueltas por aquí,

que todo se haga callandito, limpiamente... Pues ¡no señor! Él se presenta por la mañana, se pasa aquí el día entero, recogiendo lo que puede, recitando versos... Pero hay versos de muchas clases y también son de muchas clases los aficionados a los versos... ¿Me comprende usted?

-En París, la gente se reúne a charlar en los cafés. Ígor está acostumbrado a eso.

-También yo estoy acostumbrado al inodoro -le atajó Borís-, y al baño, y al teléfono, y a los restaurantes. Y me he desacostumbrado, como verá.

-Que sea por última vez -propuso Sasha-. Yo pago. Llámeme.

Borís se encogió de hombros, frunció el ceño, llamó a Ígor con un dedo.

Ígor, que sólo esperaba aquella señá, se agitó, empujó la mesa al levantarse y se acercó con sonrisa obsequiosa.

-¿Qué: te han pagado ya los diseños? -preguntó Borís.

-Dicen que un día de éstos.

-¿y dónde está tu dama?

-Valeria Andréievna se ha ido a Leningrado.

-¿Del todo?

-Sí.

-«Extraño fue nuestro encuentro y extraña fue nuestra despedida» -murmuró Borís-. Bueno, siéntate. Ígor se apresuró a obedecer, dejó la gorra arrugada encima de la mesa, pero en seguida la retiró a sus rodillas.

Borís señaló a Sasha.

-Nosotros mañana...

Ígor se incorporó y le hizo un saludo a Sasha. Sasha contestó con una sonrisa.

-Conque a nosotros mañana nos mandan al Angará -continuó Borís-. Me he puesto de acuerdo para que a ti y a los otros compañeros os dejen entrar aquí como hasta ahora. Pero debes comprender de una vez que esto no es un café de Montmartre.

-Lo comprendo -susurró Ígor inclinándose sobre la mesa.

-Éste es el comedor de una institución. Comes y te largas. Y si no tienes dinero, no aparezcas por aquí. Ésa es la regla. Y tú la alteras. Que te nieguen la entrada a ti no es lo peor. Pero se la pueden negar también a los otros compañeros tuyos de deportación. ¿Me has entendido?

-Sí, pero yo no soy un deportado -se apresuró a contestar Ígor.

-Entonces ¿puedes decirme qué eres? -preguntó con sorna Borís.

-A mí no me han juzgado. A mí me llamaron y me dijeron: vaya usted a Kansk, que es donde va a vivir.

-¿Vas a registrarte?

-Sí.

-¿Tienes pasaporte?

-Yo nunca he tenido pasaporte soviético.

-¿Estás autorizado para marcharte?

-No.

-Entonces eres igual que nosotros. Y ahora vamos.

Borís e Ígor fueron a la ventanilla y volvieron, Ígor con un plato de borsch y Borís con el pan y el cubierto.

-¡Come! -ordenó Borís-. Y no te apresures, que nadie te lo va a quitar.

Ígor comía en silencio, inclinado sobre el plato.

-¿No eres pintor? Podías pintar retratos.

Ígor dejó la cuchara, se limpió los labios con un dedo.

-Nadie quiere. Dicen que las fotografías son más reales y más baratas.

-Entonces puedes pintar algún paisaje -insistía Borís-. Aquí gustan mucho. Y también se puede ganar algo en el club por las fiestas.

Lo que hace falta es espabilarse y no tenerse por un aristócrata.

-Yo no me tengo por aristócrata -murmuró Ígor.

-¡ya lo creo que sí! Y a mí me tienes por un plebeyo.

Ígor sacudió la cabeza.

-No; por un plebeyo, no.

-Pues ¿por qué?

Ígor agachó la cabeza y su cuchara quedó suspendida en el aire.

-Le tengo por un villano, y todavía inclinó más la cabeza sobre el plato.

Sasha no pudo reprimir una sonrisa.

Borís se puso pálido.

-Eso, para mí, no es ninguna novedad. Palurdo, plebeyo, villano...

Lo mismo da. En Rusia. No sé cómo será en París. Pero ya que los plebeyos (perdón, los villanos) tienen la obligación de alimentar a los señores aristócratas, te dejo siete rublos -Borís sacó dinero del bolsillo y contó siete rublos- para diez almuerzos. El dinero lo dejaré en la cocina porque, si no, eres capaz de zampártelo en un día. Y luego, cuando hayas engullido los diez almuerzos, o te buscas a otro villano (lo que está excluido), o te pones a trabajar (lo que es dudoso) o te mueres de hambre, que es lo más probable.

Fue a la ventanilla, habló con la cocinera, le entregó el dinero, que ella arrojó con gesto desabrido al plato que le servía de caja. Sasha se levantó. Ígor le imitó. Se le cayó la gorra al suelo y se inclinó para recogerla.

Sasha le tendió la mano.

-Hasta otra. Espero que acabará usted encontrando trabajo.

-Procuraré -contestó tristemente Ígor.

-¡Salud! -se despidió secamente Borís con una inclinación de cabeza.

Por la mañana paró su carro delante de la casa un hombre con tabardo hecho jirones, gorro de orejeras mugriento y botas torcidas. En lugar de barba, una pelambrera rojiza salpicaba a trechos su rostro arrugado. A juzgar por su aire inquieto y preocupado, parecía preguntarse si no habría pedido poco.

Sasha y Borís metieron en el carro su equipaje y el ama de la casa un hatillo con comida. Luego se quedó un buen rato en el porche viendo cómo se alejaban.

Mientras caminaba detrás del carro, Borís observó con tristeza:

-La verdad es que ha hecho mucho para mí.

En la comandancia los esperaban los que completaban el grupo: Volodia Kvachadze, un georgiano alto y bien parecido, con un chaquetón guateado negro, nuevo, recibido un mes antes de terminar la pena de cinco años de campo de concentración; Ivashkin, un tipógrafo entrado en años de la ciudad de Minsk, y Kártsev, moscovita, ex funcionario del Komsomol, traído a Kansk desde el establecimiento de aislamiento político de Verjneuralsk después de una huelga de hambre de diez días.

Borís llamó a una ventanilla para comunicar que había llegado el carro y que también habían llegado él, Solovéichik, y Pankrátov, Alexandre Pávlovich.

-¡Esperen!

La ventanilla se cerró.

Volodia Kvachadze, altivo y hosco, callaba. Kártsev, débil, extenuado, indiferente a todo, estaba sentado en un banco con los ojos cerrados y tampoco hablaba.

-El camino no se ha secado todavía, y el carretero nos cobra cien rublos -dijo Borís-. La comandancia sólo nos da cincuenta, conque tendremos que poner el resto nosotros.

-¡Ni pensarlo! -le atajó Volodia-. Que lo pongan ellos.

-Dan lo reglamentado -explicó Borís-. En verano se puede pasar, claro.

-Pues yo estoy dispuesto a esperar hasta el verano: no tengo prisa -replicó Volodia-. Además, ¿para qué vamos a hablar? Yo no tengo dinero.

-Ni yo tampoco -murmuró Kártsev, sin levantar los párpados.

-Ni yo -añadió Ivashkin en tono de disculpa.

Se abrió la ventanilla.

-¡Ivashkin!... Firme aquí.

Ivashkin miró a su alrededor, desconcertado.

Kvachadze le apartó y metió la cabeza por la ventanilla.

-Ustedes nos dan diez rublos a cada uno y el carro cuesta cien.

-Damos lo reglamentado.

Borís se inclinó hacia la ventanilla.

-No todos tenemos dinero. ¿Qué se puede hacer?

-Busquen una solución -le contestaron.

-¡Tendrán que buscarla ustedes! -gritó Volodia-. ¡Ustedes! -Kvachadze empezó a pegar puñetazos en la ventanilla.

-¡No alborote!

-¡Llame al jefe! Ivashkin le tiró de una manga.

-No armemos escándalo, muchachos. Volodia le lanzó una mirada desdenosa. Apareció un hombre algo obeso con distintivos de oficial.

-¿Quién protesta? -No podemos pagarnos el transporte ni tenemos la obligación de hacerlo -contestó Volodia Kvachadze por encima del hombro.

-Vayan a pie.

-¿y el equipaje? ¿Lo va a llevar usted?

-¿Sabes con quién estás hablando?

-Me tiene sin cuidado... Pregunto quién va a llevar el equipaje.

-La tarifa de la dieta de traslado está determinada por el comisario del pueblo de Asuntos Interiores -pronunció el oficial, conteniéndose.

-Pues que viaje vuestro comisario del pueblo con esa dieta.

-¿Tienes ganas de volver al campo?

Volodia se apoyó en cuclillas contra la pared.

-Ya pueden mandarme.

-No íbamos a tardar mucho.

-Cuando quieran.

-¡Guardia! -gritó el oficial.

Aparecieron dos soldados, que levantaron a Kvachadze y le ataron las manos a la espalda.

-Aunque le aten, no creo que le caiga dinero del cielo por eso -ob-servó Sasha.

-¿Quieres que te hagan igual? -vociferó el oficial, congestionado.

-Tampoco yo iba a encontrarme con dinero por eso -insistió Sasha con calma.

El oficial dio media vuelta y ordenó:

-¡Que metan el carro en el patio!

Kvachadze fue conducido al interior de la comandancia.

Ivashkin tosió. -Nos la vamos a cargar, muchachos.

Kártsev no levantó los párpados.

Se abrió la ventanilla.

-¡Solovéichik!

Borís se acercó.

-Denle ahora al carretero lo que corresponde de las dietas y el mandatario de Boguchani pagará el resto. Le entrega usted este sobre donde van los papeles de todos. ¡Fuera todos!

Obedecieron. Por la puerta cochera de la comandancia salió el carro seguido de dos soldados a caballo, con fusil. En el carro iba Kvachadze atado. Sus ojos negros miraban de soslayo con rabia y rebeldía.

La partida se puso en marcha.

4

Los chicos se alinearon de pie contra la pared, los profesores en el banco y las chicas, emperifolladas, alegres y solemnes, en el suelo. Habían terminado el noveno grado y se despedían de la escuela para siempre. Varia era la única que no había acudido.

¡No acudir un día como aquél! Nina se ahogaba de la indignación. No despedirse del grado, de los compañeros con quienes había pasado nueve años, no querer siquiera fotografiarse como recuerdo... Y no pensar en qué situación la colocaba a ella, su hermana, ante la colectividad pedagógica...

Unos días atrás, en la sala de profesores, se le había acercado el de matemáticas para elogiar a Varia, «una señorita muy inteligente». Lo de «señorita» le había sonado mal. En efecto, en su hermana se advertía, los últimos tiempos, algo recalcadamente fuera del estilo actual. Se peinaba con raya en medio y no sólo se recogía el moño en la nuca, sino que, además, se cubría las orejas con bandós como las mujeres en los retratos antiguos. Y había tomado la costumbre de girar la cabeza como si todo lo mirara de costado, desde lejos.

La palabra «señorita» le parecía a Nina desplazada en la nueva sociedad y, por tanto, ofensiva. Se disponía a sostener una conversación poco agradable con el profesor de matemáticas, pero también estaban allí el de física y la de química elogiando a Varia, convencidos los tres de que Varia no tenía por qué temer a la selectividad y que ingresaría en el instituto que quisiera para seguir estudios superiores.

Nina salió del paso con frases generales: Varia dibujaba bien, diseñaba a la perfección, y cuando una persona tenía muchas aptitudes le costaba más trabajo hallar su camino... No podía confesarles que su hermana no contaba con ella para nada y que vivía y se comportaba a su antojo.

Fumaba. Y cuando Nina le preguntaba de dónde había sacado unos cigarrillos tan caros como Flor de Herzegovina, que venían en cajetillas estrechas, de diez, contestaba con toda tranquilidad: «Los he comprado.» Y a las preguntas de por qué volvía tan tarde a casa y dónde andaba hasta esas horas, también contestaba escuetamente: «Con mis amistades.» Pero no explicaba de dónde obtenía el dinero para los cigarrillos ni quiénes eran esas amistades con quienes se estaba hasta las tantas de la madrugada. Y cuando Nina quiso saber quién le prestaba discos de gramófono extranjeros, contestó guiñando los ojos con descaro: «Es que trabajo para el servicio de espionaje japonés. ¿No lo sabías?»

Lo dijo con reto, buscando bronca. Nina contuvo su irritación y sonrió como si se tratara de una broma.

-Me imagino que también en los servicios de espionaje se estima más a las personas que tienen estudios superiores. Mira a tu alrededor, Varia, y fíjate en qué tiempo vivimos. Todo el que lo desea puede desarrollar sus aptitudes. ¿No es eso lo esencial? ¿Por qué tienes tú que perder años cuando todo el mundo estudia?...

-Me aburre, ¿comprendes?

-¿y qué te divierte? -gritó Nina-. ¿Pasarte las horas en el patio?

Ni sabía cómo se le vino aquella frase a la boca. Demasiado comprendía que no se trataba de eso, y se reprochaba no haber podido contenerse. ¿Qué quería Varia? ¿Ser delineante? ¿Mecanógrafa? ¿Marcharse a Siberia para reunirse con Sasha? Se le podía ocurrir cualquier cosa.

En la estación, cuando vio a Sasha escoltado, le dio un ataque de nervios. Sollozaba sin hacer caso a nadie. En el tranvía, la gente las miraba, extrañada, al ver a aquella chiquilla con abrigo de nutria, que ni era de su talla ni para su edad, que lloraba y se cubría la cara con el pañuelo.

Ya en casa, Nina la convenció de que no fuera a ver a Sofía Alexándrovna, y Varia cedió súbitamente y se acostó porque sentía escalofríos. Nina la tapó con un edredón: que se durmiera, que se calmara y todo pasaría. Varia durmió la velada y la noche. No se enteró de cuándo fue Zoia a recoger el malhadado abrigo de nutria ni de cuando Nina se marchó por la mañana a la escuela. Muy preocupada, Nina regresó a su casa antes que de costumbre, pero ya no estaba Varia.

Varia volvió tarde, dijo que había estado en casa de Sofía Alexándrovna. Lo mismo que la víspera, se metió en la cama tapada con el edredón y de nuevo se pasó todo el día siguiente con Sofía Alexándrovna.

Al cabo de algún tiempo, también fue Nina a ver a Sofía Alexándrovna, que la acogió fríamente, sin la cordialidad habitual, como si tuviera la culpa de que hubieran deportado a Sasha mientras los demás seguían en libertad. Así lo daba a entender. Varia leía, sentada en el diván y apenas miró a su hermana cuando entró. La conversación no cuajaba. Sofía Alexándrovna contestaba mediante monosílabos y, durante las pausas, podía oírse el susurro del papel cuando Varia volvía las páginas. Probablemente consideraría también que Nina había traicionado a Sasha, que no hizo nada por él.

Que se lo creyera. Nina no solía visitar a Sofía Alexándrovna ni la visitaría en adelante. Tampoco tendría ninguna explicación con Varia. No tenía que disculparse de nada porque no había cometido ninguna falta.

Sin embargo le quedó un regusto desagradable, la sensación de que la habían echado de aquella casa. Ella era allí una intrusa y Varia, en cambio, era bien acogida. A eso se debía su intolerancia, de ahí partía todo.

¿Qué estaría metiéndole en la cabeza Sofía Alexándrovna? Porque ahora estaba del otro lado, lo mismo que Sasha. Era inaudito, pero cierto. Nina recordaba cómo era Sasha en la escuela. Pero la conmovedora amistad escolar no basta para inspirar confianza política. Una cosa es la infancia y otra cosa es la vida. ¿Qué había quedado de la pandilla? Sasha estaba deportado; Max, en Extremo Oriente. Se casaría; probablemente fundaría un hogar. Y Sharok en la fiscalía. Eso sí que era inaudito. Yuri Sharok de árbitro de los destinos humanos, de fiscal, palabra que representaba para Nina la caballeresca fidelidad a la revolución, mientras Sasha Pankrátov era un contrarrevolucionario confinado.

Sin embargo existía la dura pero inexorable lógica de la historia. Si se valorara a un comunista solamente por sus cualidades personales, el partido se convertiría en una masa amorfa de intelectuales benignos.

Entonces ¿quién quedaba? ¿Vadim Marasévich? Se mostraba tan amable como siempre cuando se cruzaban en el Arbat. Publicaba artículos en periódicos y revistas, prosperaba lo mismo que toda su familia. Y sin embargo sólo habían reconocido el poder de los soviets a los diecisiete años de haber sido proclamado.

Varia estaba subida en el poyo de la ventana, descalza y con un ves tidillo corto y descolorido, fregando los cristales. Gotas oscuras le corrían por los brazos y bajaban por los cristales hasta formar un charquito entre las dos hojas.

-¿Por qué no has ido a fotografiarte?

-Se me olvidó. Y cuando me acordé, ya era tarde.

-Menos mal que te acuerdas de otras obligaciones.

Varia tiró el trapo a la palangana llena de agua y saltó al suelo.

-Que no me he fotografiado... -Se puso a revolver en los cajones de la mesa hasta sacar unas fotografías que dejó encima-. Mira: el sexto grado, y el séptimo, y el octavo. A propósito, aquí está incluso el noveno. Esta foto nos la hicimos en otoño. No creo que hayamos cambiado mucho en medio año. Puedes comprobarlo.

Sin mirar siquiera las fotos, Nina anunció fríamente:

-Pasado mañana me marcho a un seminario. Tú dirás lo que piensas hacer. Porque yo puedo ayudarte únicamente con la condición de que te prepares para seguir estudios superiores. De lo contrario, tendrás que valerte tú sola.

-Me parece que no tienes por qué preocuparte mucho --contestó Varia-. Voy a ponerme a trabajar.

Varia no podía sobreponerse a la commoción que experimentó cuando vio a Sasha en la estación. La espantó verle escoltado, la espantó su aspecto: pálido, avejentado, con la barba crecida. Y también ver a la gente que corría por el andén con el único afán de meterse en seguida en los vagones y ocupar los mejores asientos. La espantó igualmente que los jóvenes oficiales, alegres, con buenos colores, ni siquiera mirasen hacia el hombre que llevaban escoltado y partieran hacia Extremo Oriente persuadidos de que todo marchaba bien.

La había sobrecojido aún más lo sumiso que iba Sasha, llevando él mismo su maleta, caminando hacia el destierro por su propio pie.

¿Por qué no se debatía, por qué no se resistía, por qué no le llevaban maniatado? Si se hubiera debatido y resistido, si hubiera gritado y protestado, si le hubieran conducido atado de pies y manos, y no dos soldados sino todo un pelotón, y no en un vagón corriente, sino en uno de hierro, con rejas, entonces aquella gente no habría corrido tan despreocupadamente por el andén. Y quizás no se habrían mostrado tan engreídos, limitados y obedientes aquellos maximes y serafines con sus flamantes uniformes militares.

Sasha se había sometido.

Cuando Varia le llevaba los paquetes a la cárcel de Butírskaia, le daba la impresión de que los muros altos, gruesos, inexpugnables, habían sido construidos para Sasha de tanto como le temían aquellos hombres armados. Pero no eran ellos los que le temían, sino Sasha quien los temía a ellos. Por eso caminaba tan resignado entre los dos soldados jovencitos que habría podido rechazar con una sola mano: porque no podía.

Pero Varia sentía compasión por Sofía Alexándrovna, continuaba visitándola a diario y le contaba todas las novedades para ver si la distraía. Cuando Sofía Alexándrovna empezó a trabajar en la lavandería, Varia le hacía los recados, recogía lo que daban por las cartillas.

Sofía Alexándrovna elogiaba a Sasha, decía que era honrado, valiente e intrépido. Varia no le llevaba la contraria, pero ya no consideraba intrépido a Sasha. Si había consentido que le humillaran así, es que era igual que todos. Y siempre había sido igual que todos y había hecho lo que le mandaban. Ahora le habían mandado ir al destierro, y al destierro iba, caminando resignadamente por el andén con la maleta a cuestas.

Sofía Alexándrovna decidió alquilar la habitación de Sasha y Varia la ayudó a limpiada para la nueva inquilina. En el armario estaban los patines de Sasha, sujetos a unas botas usadas de largos cordones atados con nudos en los sitios donde se habían roto. Sofía Alexándrovna se echó a llorar al coger los patines que le recordaban la infancia de Sasha.

A Varia le recordaron el olor del hielo, la mancha opaca de la luz en la pista, la orquesta en la concha, el té caliente en la cantina, el barullo en los vestuarios. También los cordones de sus patines estaban atados con nudos igual de mal hechos, que obligaban a perder mucho tiempo porque se atascaban en los ojetes de las botas.

También recordaba Varia que, cuando fueron al Sotanillo del Arbat, había invitado a Sasha a ir con ella a patinar. Entonces parecía que todo había terminado bien, que Sasha había vencido a todos. Se divirtieron, bailaron tangos y rumbas, la orquesta tocó Mister Brown y Ojos negros... y Sasha había salido valientemente en defensa de una chica a quien no conocía.

Entonces, en el Sotanillo del Arbat, le pareció un héroe. Ahora comprendía que no era un héroe. Que los héroes no existían.

Existía una casa inmensa, sin sol, sin aire, cuyos sótanos exhalaban olor a coles y patatas podridas. Apartamentos donde varias familias vivían hacinadas, con chismorreos y rencillas. Escaleras que olían a gatos. Colas para el pan, el azúcar y la margarina. Cartillas de racionamiento por las que no daban lo que figuraba en ellas. Hombres de educación esmerada con los pantalones remendados. Mujeres de educación esmerada con blusas mugrientas.

Y al lado, en la esquina del Arbat y Smolénskaia, la tienda de un torgsin, donde había de todo, pero sólo para los que poseían objetos de oro o divisas extranjeras. Y también al lado, en Plótnikov, un centro especial de distribución donde había igualmente de todo. Allí mismo, en el Sotanillo del Arbat, había de todo, pero para los que tenían mucho dinero. ¡Eso no era honrado ni era justo!

En el sexto grado, Varia asistía a un círculo de teatro que dirigía Elena Pávlovna, una antigua actriz. Los activistas la acusaron de montar obras de Ostrovski y de Griboiélov y no obras de agitación de autores soviéticos. Y la despidieron, aunque tenía a su cargo a una hija enferma. A Varia la asombró la crueldad con que le quitaron el pan a una mujer ya mayor. Desde entonces habían transcurrido tres años sin que volviera a funcionar el círculo porque no se encontraba a nadie que lo dirigiera por un sueldo tan bajo. Todo lo echaron a perder. Y nadie respondió por ello. Varia se escapaba de las reuniones escolares porque ya lo llevaban todo decidido de antemano y a ella le parecía humillante levantar la mano diciendo amén a todo. Nina, en cambio, defendía esas cosas. Nina era tonta. Siempre tenía respuesta para cualquier pregunta. Y las preguntas eran distintas, pero las respuestas iguales.

Varia encontraba su salvación en el patio, entre las chicas y los chicos tan inquietos como ella. ¿Qué no se podía fumar? Pues los chicos fumaban. ¿Qué estaba mal visto pintarse los labios? Pues las chicas se pintaban, se empolvaban, se dejaban el pelo largo, usaban medias caladas y, al cuello, pañuelos de colorines.

Pero, ahora, incluso todo eso había perdido su interés. La sacudida experimentada por Varia en la estación la empujaba a buscar otra independencia. Más aún porque, para entonces, había cambiado la pandilla del patio.

Un día Varia se encontró en el Arbat con Vika Marasévich acompañada de un hombre de unos cuarenta años, muy elegante, pero de aspecto odioso, y Vika, que nunca se había fijado en Varia, se detuvo e incluso la abrazó. Olía a un perfume extraordinario.

-Vitali, un amigo. Varia, compañera mía de escuela...

Varia observó para sus adentros que había cometido una ligera inexactitud: nada menos que cinco grados de diferencia...

-¿Has visto las chicas tan guapas que tenemos en el Arbat? -continuaba Vika-. ¡Eh! ¿Qué me dices, Vitali? Vitali enarcó sus cejas absurdas y se abrió de brazos sin encontrar una respuesta.

-No se te ve por ninguna parte, no telefoneas, ni vienes por casa. Varia no había telefoneado nunca a Vika ni había frecuentado su casa.

-¿Y Nina? ¿Qué tal?

-Bien. Trabajando.

-Nina es su hermana -explicó Vika a su acompañante-. Llámame. Y yo también te llamaré.

Vika sacó del bolso un cuadernillo, lo hojeó y enunció el número de teléfono de Nina y Varia.

-¿No ha cambiado?

-No. -Bueno, pues hasta pronto.

A los dos días, Vika telefoneó a Varia y la invitó a su casa.

Varia fue.

Se conoce que Vika acababa de levantarse porque andaba todavía en bata. El vestido, la ropa interior y las medias de seda estaban tirados en un sillón. Aquellos trapos no tenían ningún valor para ella y no necesitaba cuidarlos.

Vika le enseñó su guardarropa: faldas, trajes, impermeables, seis o siete pares de zapatos. Con una llavecita abrió un pequeño cofre que había encima del tocador, entre frascos y pomos, donde guardaba pendientes, collares y prendedores. No lo enseñaba por presunción, sino para explicarle lo que estaba de moda, lo que se llevaba en el extranjero. Hojeaba revistas de fuera donde aparecían bellas modelos arrebatadas en abrigos de pieles, con medias de color carne y zapatos de charol.

Luego se sentaron en el diván, acercaron un velador y tomaron café y Benedictino en unas copas minúsculas y fumaron unos cigarrillos largos con boquilla dorada.

Aquello era un mundo enteramente distinto donde no había que hacer colas para comprar los productos ni se estaba pendiente de las cartillas de racionamiento, sino que se tomaba café, se fumaba cigarrillos y se comentaba las modas extranjeras.

-¿Sabe Nina que has venido a verme?

-No.

-¿Le dijiste que nos habíamos encontrado en la calle?

-¿Tengo que darle cuentas?

-Hiciste bien -aprobó Vika-. Yo estimo a tu hermana, juntas estudiamos nueve años. Pero tiene un modo de pensar masculino. Siente indiferencia por todo lo que interesa a las mujeres y a mí me desprecia; lo sé. Nina es una esnob. No se lo reprocho. Respeto sus aspiraciones, me parece muy bien, me parece magnífico que desarrolle tanta labor social. Pero no todas las personas somos iguales.

-Nina quiere que todo el mundo viva como vive ella -observó Varia.

-A ti ¿quién te gusta? -preguntó Vika, dándole cuerda al gramófono-. ¿Mélejov? Resulta ya muy pesado, ¿verdad?

Puso discos de Vertinski, luego de Léschenko.

-Vitali tiene discos estupendos. Un día iremos a oírlos.

Varia soltó la carcajada.

-¿A su casa?

-¿Tienes algo en contra?

-Desde luego, ya sé que el hombre desciende del mono. Pero ¿qué falta hace ir a su casa?

-No le subestimes. Vitali es un ciudadano muy influyente.

-Que influya sobre otros.

-¿No piensas ingresar en el Instituto del Teatro?

-Este año no pienso ingresar en ninguna parte. Me pondré a trabajar.

-¿En qué?

-De delineante en algún sitio.

-¡Varia! -exclamó Vika-. Vitali te lo arregla en un instante. Conoce a todo Moscú. Ahora le llamo.

Tiró del teléfono hasta el diván y marcó un número.

-Soy Vika.

Por el auricular se escuchaba música de jazz.

-¡Baja un poco el organillo! -ordenó Vika-. Ha venido a verme Varia -continuó-. Una compañera mía de la escuela. La que te presenté en el Arbat... Bueno -se volvió hacia Varia-: te manda recuerdos...

-Merci!

-Oye: Varia quiere trabajar de delineante... Pues en la escuela... Había clase de especialización en dibujo lineal y a Varia se le da muy bien. ¿Cómo? Oye: ¿quién hay en tu casa?... No, no me importa... ¿Y cómo vas a hacer que vaya? (Al parecer se trataba de una persona en honor de quien estaba dispuesta Vika a ir a casa de Vitali.) No. Vamos a quedar para pasado mañana, para el sábado. También estará Erik, seguro. Iremos al Metropol... Ahora se lo pregunto... Varia, ¿estás libre pasado mañana?

-Sí.

-Está libre. Y Erik también... Te digo que debe estar... Si no, Varia y yo no iremos. Debe estar sin falta, tenlo en cuenta... Vika dejó el auricular. -También vendrá otro amigo. Se llama Erik. Trabaja en suministros de equipos para las obras de Magnitogorsk.

Observó a Varia.

-Pasado mañana vienes a las seis. Saldremos de aquí. Ya encontraremos el modo de echarte una mano. Y de paso nos divertiremos un poco.

Sonrió, le alborotó un poco el pelo a Varia.

-Puedo llevarte a que te peine Pável Mijáilovich.

Pável Mijáilovich era un famoso peluquero cuyo establecimiento, situado cerca del restaurante Praga, llevaba en el rótulo el nombre de «Paul». Las clientas seguían llamándole «señor Paul», como antes. Al designarle por el nombre y el patronímico, Vika recalaba la confianza que tenía con él.

5

¿Cómo se vestiría al día siguiente para ir al Metropol? Varia se imaginaba al lado de Vika, con su blusa tazada. Toda la ropa que tenía era monstruosa y estaba pasada de moda. ¿Y las medias? ¿Y los zapatos? Revolvía el armario, se ponía y se quitaba prendas. Únicamente el viejo vestido azul le sentaba más o menos bien. Tendría que pedir otra vez prestados a Zoia los bulldogs de tacón. No había otra salida.

Vika se había puesto un vestido todo bordado de lentejuelas que apenas le tapaba las rodillas por delante y detrás bajaba hasta media pierna, con un lado más corto que el otro, ceñido al pecho y a la cintura. Alta, rubia, con la piel lisa y unos grandes ojos grises, llamaba la atención.

Se quitó el vestido, quedando en combinación de color rosa de té, y empezó a cambiarse de peinado, sin prisa, aunque la cita estaba fijada para las siete, y ya eran casi las ocho.

Sonaba el teléfono y Vika mantenía complicadas conversaciones con Vitali, que no encontraba a Erik por ninguna parte y proponía que se reunieran en su casa. Pero Vika respondía que se encontraban perfectamente donde estaban.

-Y aún sería mejor si estuvieras tú. Pero desgraciadamente tienes que montar guardia junto al teléfono.

Y Vika, en combinación, continuaba delante del tocador.

-¿Va a vuestra casa Lena Budiáguina?

-Desde Año Nuevo ni una vez.

-¿Ya casa de Yuri?

-No me he fijado. Yuri es un sabueso y no le puedo resistir.

Vika dio media vuelta en su calzadora giratoria y miró a Varia con indignación: en su casa no se hablaba de ese modo. Tanto Vika como el hermano, el padre y todo su círculo aceptaban la realidad tal y como era, como condición inevitable de la existencia. La forma de esta aceptación era sencilla: una respetuosa reserva y nada de ambigüedades, chistes ni alusiones porque demasiado bien se sabía cómo terminaban.

-Recuerda bien lo que te digo, Varia. Voy a presentarte a personas cuya posición las obliga a mucho. Tendrás que pesar tus palabras.

-Pues ¿qué he dicho?

-Los epítetos que empleas suenan a calle.

Varia se ruborizó.

-En la calle me he criado.

-No me has entendido. Ni por un instante he querido hablar de vulgaridad. Pero hay cosas y palabras que conviene dejar de lado. Yuri hace su trabajo, y nosotras no entendemos de eso.

Varia callaba. ¿De qué iba a entender ella?... Si acaso, de colas a la puerta de la cárcel... Pero Vika tenía razón: aquél era un mundo nuevo, desconocido, y había que comportarse de modo distinto.

-Es que no me gusta Sharok, sencillamente. Mira de una manera que da asco.

Vika la abrazó.

-Eres un encanto. Eso de que «la vida es corta» resultará trivial pero en parte es cierto. Lo demás a nosotras no nos importa. ¿Cierto?

Cuando llegó Varia, la casa de Vika estaba silenciosa. Pero a eso de las nueve cobró vida: se oyeron voces, pasos, ruido de puertas. Vika no les prestó la menor atención: allí cada cual vivía su vida, sin importarle nada de los demás. Vadim no se había asomado ni una sola vez al cuarto de su hermana. Y Varia comparaba aquella casa con su apartamento comunal, con la habitación donde vivía con Nina, bajo su fastidioso y pesado control.

A las diez telefoneó Vitali diciendo que dentro de quince minutos bajaran al portal y no se retrasaran.

Vika se retocó el peinado sin prisa, volvió a pintarse los labios y se puso el vestido de lentejuelas.

Erik era un hombre joven, alto y esbelto, con el pelo negro y brillante peinado hacia atrás. Por el traje y los modales se notaba que era extranjero. Se apeó del coche para abrir la portezuela a Vika y Varia con la galantería de un príncipe que invita a unas pastoras a subir a su carroza. Luego se puso al volante y no pronunció ni una palabra. Delante del Metropól ayudó a las muchachas a apearse del coche.

La cola que había a la puerta del restaurante les cedió el paso, el suizo uniformado les abrió la puerta, apareció el maître vestido de negro; en la sala abarrotada se encontró en seguida una mesa libre y un camarero empezó a disponer los cubiertos. Vitali era quien hablaba con el suizo, con el encargado del guardarropa, el maître y el camarero, pero Varia notaba que todos, y el propio Vitali en primer lugar, se esforzaban por agradar a Erik. Con todo aplomo, Vitali consultó la carta y aconsejó lo que debían pedir mientras el camarero tomaba nota.

Vika estaba transfigurada. La cola a la puerta del restaurante, el suizo, el encargado del guardarropa, la falta de mesas libres, la atención del maître, la obsequiosidad del camarero... En nada había reparado. Convirtió en desfile triunfal su breve paso por la sala y las miradas que se centraban en ella debían de ser testimonio de su belleza y reforzar la impresión que quería causar a Erik. Caminaba mirando al frente, decidida a elegir ella las personas con las que trataría esa noche para evitar cualquier familiaridad que pudiera comprometerla.

Ya sentada, paseó por la sala una mirada indiferente a la que nada escapaba y saludó con la cabeza a una rubia menudita, acompañada por un japonés rechoncho y de escasa estatura con gafas oscuras.

-¿Te acuerdas de Noemí?

Igual que cuando se encontraron en el Arbat, trataba a Varia como a una amiga íntima. Varia no tenía ni idea de quién era Noemí. Únicamente había oído que Vika quedó con ella por teléfono en que se encontrarían en el Metropol.

Luego señaló a una chinita muy linda.

-Mirad: también está aquí Sibilla.

Mientras observaba al camarero que disponía la mesa, Vitali explicó a Varia y a Erik que Sibilla Cheng, hija del ministro de Exteriores chino, era una famosa bailarina que comenzaría una gira en Moscú al día siguiente, actuaría luego en Leningrado y saldría de tournée por Europa y Estados Unidos. Nombró a algunos artistas más. Irían llegando dentro de media hora, cuando terminaran los espectáculos. Y a partir de las once comenzaría a actuar el tea-jazz de Utiósov; pero sin Utiósov, porque él no cantaba en restaurantes.

Había muchas muchachas acompañadas de extranjeros. Varia sabía que les regalaban vestidos a la moda, las paseaban en sus automóviles y hasta se casaban con ellas y se las llevaban a sus países. A Varia no le interesaban los extranjeros. Pero aquel restaurante, el surtidor y la música, tantas celebridades... ¿No era eso lo que había anhelado ella desde su vida opaca en un apartamento comunal?

Servilletas y manteles almidonados, arañas resplandecientes, plata, cristal... Metropol, Savoy, Nacional, Grand Hotel... Ella, moscovita de cepa, sólo conocía aquellos nombres de oídas. Pero había llegado su hora. Y aquella chica de los patios del Arbat, despierta y observadora, se daba cuenta de todo: de cómo se fijaban los hombres en ella y de cómo resbalaba de largo la mirada de las mujeres.

No la tomaban en serio porque iba mal vestida. No importaba. Ya la mirarían de otro modo cuando viniera vestida con más elegancia que muchas. No se paraba a pensar en cómo lograría esa ropa.

Desde luego no se vendería a los extranjeros: ella no era una prostituta. Además, tampoco eran así todos los que estaban en la sala. Por ejemplo, había una mesa con una pandilla que sólo tenía una botella para todos. No les alcanzaría el dinero para más. Habían ido a bailar. Ella también encontraría su pandilla propia.

Estudiaban la carta de vinos. Vitali aconsejaba un château, pero Vika quería Barzak, un vino del que Varia oía hablar por primera vez. Erik prefirió una copa de vodka y caviar. La sonrisa cortés no se borraba de su rostro. Hablaba correctamente el ruso, sin acento apenas, y sólo alguna vez tenía que hacer un esfuerzo para recordar una palabra. Su padre, sueco, propietario de una famosa empresa de teléfonos, instalaba ciertos medios especiales de comunicación en empresas soviéticas. Y Erik, que era ingeniero, llevaba la representación de la firma. Su madre había nacido en Rusia, en las regiones del Báltico, y enseñó a Erik el ruso desde niño. Incluso el padre conocía el ruso: su empresa había instalado en Rusia los primeros teléfonos antes de la revolución. Varia dijo sonriendo que un escandinavo debería tener el cabello rubio y los ojos azules. Con la misma gravedad, Erik explicó que su abuela materna era una princesa georgiana casada con un barón de las provincias del Báltico, general del ejército ruso. Pronunció uno de esos apellidos que aparecían en concursos sobre historia y que a Varia le gustaba adivinar. En la escuela había estudiado con descendientes de familias de noble abolengo, chicos y chicas de Sívtsev-Vrazhek, Gagáinski, Starokoniúshni y otras calles del Arbat. Pero la genealogía de Erik no pasaba sólo por los siglos, sino también por distintos países y era tan caprichosa como la propia historia, que desbarataba los linajes antiguos y dispersaba sus añicos por el mundo.

-No os volváis todos de golpe -murmuró Vika inclinándose sobre la mesa- y mirad luego. Detrás de nosotros, en la segunda mesa de la derecha, hay un italiano con una muchacha...

Siguieron su recomendación y miraron por turno, con disimulo, hacia la mesa del italiano a quien acompañaba una muchacha delgada y alta, con rostro marciano, unos ojos inmensos y el cutis muy blanco.

-Es Nina Shereméteva -dijo Vika.

-¿De la casa condal? -inquirió Erik enarcando las cejas.

Al notar su interés por la condesa, Vika precisó:

-Sí, pero no de la rama principal.

-Ha estado casada con un corresponsal gráfico y luego con un actor que la dejó para volver con su primera esposa. Me gustaría saber cómo va a terminar la aventura con el italiano -añadió Vitali. Vika había provocado esas precisiones. Ahora que ya estaban hechas quiso mostrarse discreta:

-Bueno, nunca falta chismorreo en torno a una mujer bonita.

Disminuyó la luz, los reflectores se centraron en el surtidor y empezó a tocar la orquesta. A Varia estaba observándola un muchacho no muy alto, con cara de querubín, rostro de óvalo correcto un poco alargado, frente despejada, cabello de color castaño bien peinado, nariz recta y breve y ojos azules, bondadosos y sonrientes. Todo lo que vestía -el traje, la camisa, la corbata, el calzado- era irreprochable, incluso excesivamente impecable, sin una arruga, sin una mota de polvo: una postal de felicitación. Varia dedujo que sería un actor. Sólo un actor podía ser tan guapo y elegante. Bailaba sencillamente, sin extravagancias, o sea, a la última moda. Vitali, en cambio, bailaba romo antes y a Varia le daba vergüenza llevar de pareja a un hombre tan mayor. El querubín le sonrió sin descaro, en plan de buen muchacho, como si dijera «se pasa bien bailando en el Metropol». Se notaba que era un chico corriente, no un extranjero, algo presumido, amigo de pasar el rato en los restaurantes.

Cesó la música. Todos los que bailaban volvieron a sus mesas. El querubín pasó junto a Varia, le sonrió otra vez, dejó a su pareja en su mesa y volvió a la suya, hacia la parte de la sala donde se encontraba Varia, aunque más cerca del surtidor. Habría sido difícil precisar cuántas personas estaban con él. Entre los muchos jóvenes que se acercaban, unos se sentaban y se quedaban y los había que se marchaban y eran sustituidos por otros. El querubín y la única muchacha que los acompañaba, una de esas chicas regordetas, graciosas y pecosas que da gusto ver, no se perdían ni un baile. La chica bailaba con alguno de la pandilla y el querubín sacaba a distintas muchachas.

Cuando la orquesta atacó una rumba se encontraba junto a la mesa de Varia. Se inclinó saludando a todos y pidió permiso a Vitali para bailar con su acompañante. Aquella petición le pareció a Varia una simple cortesía de restaurante: ella era la única que podía decidir con quién bailaba. Se levantó y se dirigió a la pista seguida por el querubín.

Bailaba la rumba tan bien como el fox-trot. Y Varia, que bailaba a la perfección incluso si su pareja era mala, con él hacía maravillas.

-Yo la conozco a usted -dijo el querubín sonriendo. Tenía los dientes muy blancos; pero al sonreír descubrió uno torcido.

Era un modo bastante primitivo de sacar verdad de mentira. Varia hizo una mueca como diciendo: «Bueno, pues mejor para usted.»

-Su amiga se llama Vika. Varia contestó con la misma mueca. ¿Por qué no podía conocer a Vika? Seguro que allí se conocían todos.

-Usted vive en el Arbat -continuó él, sonriendo, y otra vez descubrió el diente torcido, con lo cual resultaba más graciosa su sonrisa. También tenía bonita la voz.

-Sabiendo que Vika vive en el Arbat, no es difícil adivinarlo.

-Y otra amiga suya se llama Zoia.

La sonrisa del querubín era ahora de triunfo: en aquel juego había terminado ganando él. Varia se apartó un poco para mirarle a la cara. De manera que no era un juego para intrigarla. ¿Dónde la habría visto con Zoia?

-¿De qué la conoce usted?

Su enigmática sonrisa significaba que sabía muchas cosas, pero que no soltaría prenda así como así. Ahora le tocaba a ella contestar.

-Yo me llamo Liova. ¿Y usted?

-Varia.

-¿Me permite invitarla para el próximo baile?

-Sí. Volvió a la mesa al mismo tiempo que Vika y Erik. Vitali no había bailado.

-¿Me acompañas al tocador, Varia? -dijo Vika.

Las mujeres se pintaban los labios, se empolvaban, se retocaban el peinado: aquélla parecía la sucursal de un salón de belleza. Una mujer estaba pegando un botón a un liguero. La encargada del tocador, que entregaba las toallas, también tenía hilo y agujas. A cambio de sus servicios le daban algunas monedas.

-Pero ¿qué haces? -preguntó Vika-. Has venido con nosotros y bailas con el primero que se presenta. ¿Es que no entiendes las cosas?

-Pero si a Vitali le pareció bien.

-Le pareció bien que te invitaran a bailar. Pero tú debías haber rehusado. ¿En qué situación me has colocado a mí? ¿Qué pensará Erik? Ahora empezarán todos a asediar nuestra mesa viendo a una chica que no se niega a bailar con nadie.

-¿Y si no quiero bailar con Vitali?

-Entonces vienes con los que te gusten para bailar. Bero ya que has venido con nosotros, baila con Vitali, con Erik o con nuestros amigos comunes, en fin de cuentas. Pero ¡bailar con el primero que se presenta...!

-Te advierto que no es el primero que se presenta porque te conoce a ti.

-Sí. De nombre. Lo mismo que yo a él. Liova. ¡Lióvochka! Aquí le conocen todos -torció los labios con una mueca de desdén-. Un delineante de un taller de proyectos.

¡Claro! Por eso conocía a Zoia, que trabajaba también en un taller de proyectos. Y allí la había visto a ella cuando fue a buscar a Zoia. Se acordaba de ella. Y ella había pensado que era actor.

Bueno, pues mucho mejor que fuera delineante, puesto que ella también pensaba serlo.

-Un bailón de restaurantes -proseguía Vika-, que se ha pegado a un jugador de billar y come y bebe a costa de él. Si te gusta, puedes venir con él la próxima vez y bailas con él y sus amigos. Pero hoy ten la bondad de no ponerme en una situación violenta.

Volvieron a la sala. Erik y Vitali se levantaron y apartaron las sillas de las muchachas y las ayudaron a sentarse. Liova también estaba en su mesa, pero ya no sentado de espaldas a Varia, como al principio, sino de cara a ella, y cuando comenzó la música la interrogó con la mirada. Varia denegó con un movimiento de cabeza apenas esbozado. Liova se dirigió a otra mesa. Vika y Erik salieron a la pista. Varia dijo a Vitali que no tenía ganas de bailar.

La velada estaba echada a perder. Vitali estaba enfadado con Vika. Él le había organizado limpiamente lo de Erik, y ¿cómo le había correspondido ella? Hablaba confusamente de las personas egoísticas que se aprovechan de la gente amable, pero Vika hacía como si no entendiera sus alusiones. En cuanto a Varia, le importaba muy poco Vitali.

Salieron del restaurante casi a las tres de la madrugada. Vitali propuso ir a su casa a escuchar música, pero Vika dijo que estaba cansada y era ya tarde.

-¿Y tú? -le preguntó a Varia.

-Yo hace mucho tiempo que debía estar en casa.

Erik se puso a las órdenes de todos como chófer. Vitali no subió al coche. Vivía allí cerca, en la calle de Gorki: conque iría dando un paseo. Se despidió agradeciendo la velada tan agradable.

Vika agitó la mano burlonamente.

En general, Vika quedó satisfecha de Varia. Se podía confiar en ella. No era vulgar, ni vacía, sino una buena chica, decente, y el reflejo de su inocencia se proyectaría sobre Vika. Ésa era la compañera que necesitaba. Además, formaban una pareja clásica: una rubia y otra morena, las dos bonitas, de la misma estatura... Sólo hacía falta vestirla, peinarla y enseñarle buenos modales.

Quedaron citadas con Erik para el día siguiente en el Nacional.

Vika iría con Varia y un amigo, famoso arquitecto que había obtenido el primer premio en un reciente concurso. Erik se alegró porque le conocía de nombre.

¿Pensaba Vika en casarse con un extranjero y marcharse a otro país como soñaban todas las «chicas del Metropol»? Aún no lo había decidido. Se había criado en el rechazo de todo aquello. Desde niña le había repelido un palurdo grosero, domiciliado por disposición oficial en una de las habitaciones de ellos, que hacía lo que se le antojaba en el pasillo y en la cocina, un obrero mugriento que llegaba de madrugada después del turno de noche, convertía el cuarto de baño en un charco sucio y veía en el padre de Vika, propietario del apartamento, a un contrarrevolucionario que había escapado al pelotón. Y su padre, un doctor de fama mundial, se veía obligado a cobrar en harina, mermelada o caramelos pringosos, y aun eso a espaldas de los vecinos para que no les echaran fama de burgueses. Inolvidable época de la infancia...

Ahora todo había cambiado. Disponían nuevamente de todo el apartamento, su padre cobraba honorarios fabulosos, estaban abastecidos de lo mejor, en su casa se reunían celebridades y ella tenía de todo: ropa, perfumería... Conque tampoco lo pasaba mal allí siendo una de las mujeres más bellas de Moscú.

Pero ¿y luego? ¿Casarse con alguna eminencia, un artista del pueblo o un alto personaje? Ésos solían ser hombres divorciados, que pasaban alimentos a los hijos... En cuanto a los jóvenes, arrancaban de cero, de cuatrocientos rublos de sueldo. Y ella no era de las que meten gorrones en la familia. Certo que había aparecido una nueva élite: los pilotos y los constructores de aviones, mimados por el gobierno, que les daba magníficos apartamentos, suministro especial y altos sueldos, parte de ellos en bonos para el torgsin. Vodopiánov, Kamanin, Doronin, Liapidevski, Levanevski, Molokov, Slepnirov... Eran los apellidos más famosos de Moscú. Pero ¿dónde estaban esos pilotos? Seguramente tendrían esposa. ¿Dónde estaban los famosos constructores de aviones?

En realidad, nada había decidido. Desde luego, no sería un japonés, ni un norteamericano -sus países estaban demasiado lejos- ni tampoco un alemán a causa de los disturbios. Pero un inglés linajudo, un francés acaudalado o incluso un italiano algo trivial... Eso significaba París, Roma... Tampoco estaba mal un sueco descendiente del rey de las cerillas o un holandés descendiente de algún rey del petróleo. Ellos serían suecos y holandeses, pero vivían en Londres o en París. Si llegara a casarse con Erik, iban a morirse de envidia todas las amigas para quienes era ya un príncipe cualquier turco dueño de un figón.

Por lo pronto, a los restaurantes sólo se podía ir en compañía de extranjeros: todo el personal se desvivía por atenderlos, por servirlos; con divisas se podía encargar lo que se quisiera y una se sentía importante. Al día siguiente iría al Nacional. No sabía aún si subiría luego a la habitación de Erik. Podía disculparse con la presencia de Varia. Salvaguardando su inocencia, también daba ella prueba de pudor.

Vika y Varia estaban en el Nacional en compañía de Erik y del famoso arquitecto Ígor Vladímirovich, un hombre enjuto, de unos treinta y cinco años, facciones inquietas y voz apagada. Varia había oído hablar de él por la radio. Vika le llamaba simplemente Ígor.

En la sala alargada, las camareras servían el té en veladores para cuatro personas. En los portavasos, los azucareros y las bandejas estaba grabado el monograma del Nacional. Pasteles, vino. Todo correcto, tranquilo y digno.

Varia reconoció a algunos de los que estaban la víspera en el Metropol: Noemi con el japonés, Nina Sheremétieva con el italiano, la muchacha regordeta y pecosa, pero sin Liova. Las mujeres no llevaban vestidos largos, sino de calle y muchas trajes de chaqueta. Noemi lucía un traje de color «cardenal» con cinturón de ante y hebilla de plata y, en los hombros, adornos en forma de charreteras.

Charlaban de música y de ballet. Erik hablaba de Stravinski, de Diaguilev y de la Pávlova, nombraba a músicos y artistas rusos que residían en el extranjero.

A Varia le gustaba la música, iba con sus amigas al conservatorio y, sin embargo, cuando Ígor Pávlovich le preguntó qué música prefería, contestó:

-La que hace mucho ruido. Ígor Vladímirovich y Erik se echaron a reír, y Vika hizo lo mismo siguiéndoles la corriente.

Empezó a tocar la orquesta: violín, violoncelo, piano, trompeta y batería. Las parejas bailaban en una pista pequeña, delante de la orquesta.

Ígor Vladímirovich bailaba bien, aunque no con la profesionalidad de Liova, y la gente se fijaba en ellos: era un hombre famoso y su rostro conocido. La muchacha regordeta sonrió a Varia dándole a entender que la había reconocido y que los de su pandilla se habían fijado en ella.

-Es un placer bailar con usted -observó Ígor Vladímirovich-. Lo hace muy bien.

-Usted también.

Ígor Vladímirovich se comportaba como debe comportarse un hombre de cierta edad bien educado con una jovencita. Pero Varia notó que le había gustado.

Vika bailaba con Erik, que la había invitado a subir luego a su cuarto. No tenía sentido negarse: aquélla era la cuarta vez que se veían y Vika no podía darle más largas.

En aquella decisión suya había desempeñado un papel bastante importante el traje color cardenal de Noemi. ¡Qué traje! En cambio, Vika no tenía, aparte del vestido de noche bordado con lentejuelas, nada que valiera la pena.

Copiaba los modelos que traían del extranjero las esposas de los diplomáticos soviéticos y se los daba a hacer a modistas moscovitas. Pero ¿cómo podían sacarlos ellas?

Tenía que decidirse. Ese mismo día. Y no por la noche, sino en seguida, cediendo al impulso. Su conversación había sido un buen comienzo. Además de la atracción, estaba también la nostalgia de tratar con una persona cultivada. Y subir a una habitación durante el día no le estaba prohibido a nadie.

Pero ¿qué hacía con Varia? Subir con ella y que se marchara luego resultaba violento porque estaba claro para qué se quedaba ella. Acompañarla a su casa y volver sola era peor aún. Propuso cambiar de parejas y, mientras bailaba con Ígor, le rogó que acompañara a Varia.

-Estoy citada con mi modista. Y aunque Varia es un encanto de chica, cuando se trata de trapos, incluso las mejores amigas deben mantenerse separadas.

Cuando salieron del Nacional, Ígor Pávlovich propuso:

-Si tiene tiempo, podemos dar una vuelta por el Jardín de Alejandro. Había un banco atravesado a la entrada del jardín, cortando el paso, aunque todavía no era tarde.

-Venzamos este obstáculo.

Ígor Vladímirovich corrió un extremo del banco y echaron a andar a lo largo de la verja, junto a los altos tilos y los arbustos tallados, por las veredas húmedas de lluvia. El aire era tibio, aún no había oscurecido y los reflejos del ocaso ponían manchas claras en los salientes de la muralla del Kremlin.

-Por aquí fluía en tiempos el Neglinka --explicó Ígor Vladímirovich-. Luego hicieron unos estanques y por fin estos jardines. Los trazó Bove, un gran arquitecto.

-Así se llamaba, efectivamente -asintió Varia con sorna.

Él calló, recordando la conversación sobre música.

-También construyó el Manege -prosiguió Varia-, el teatro Mali y el Bolshói después del incendio y la fachada del GUM... ¿Qué más? El Arco de Triunfo, el Primer Hospital Urbano, la casa de los príncipes Gagarin en el bulevar Novinski.

-¿Cómo sabe todo eso?

-Porque en nuestra escuela daban un curso especial de dibujo lineal y diseño. Y estudiábamos los monumentos arquitectónicos. Ígor Vladímirovich dijo:

-Tiene usted un corte de ojos extraordinario. Casi le llegan a las sienes.

-Es que por mis venas corre sangre tártara.

-No -objetó él-, no tienen corte mongol. Ojos como los suyos suelen verse en las miniaturas persas.

-Y como no existen miniaturas tártaras... Los dos rieron. Luego continuó él:

-Siento que le guste la música que mete ruido porque a mí me gusta todo lo contrario.

-Lo que me gusta es la buena música -precisó Varia.

A lo lejos apareció la silueta de un guarda.

-¿Nos echarán de aquí? -preguntó Varia.

-Daremos explicaciones -contestó él muy decidido.

-Mejor será que nos larguemos.

Corrieron hacia la salida, saltando por encima de los charcos. Oyeron un silbato a sus espaldas, pero ya habían desplazado otra vez el banco y estaban fuera del jardín.

-Nos hemos salvado -anunció Ígor Vladímirovich.

Varia se puso a saltar a la pata coja y se recostó en la verja para quitarse un zapato.

-¿Se ha mojado los pies? -preguntó él, inclinándose hacia Varia.

-Peor: se me ha hecho una carrera en la media. Ígor Vladímirovich estaba junto a ella, sin saber qué hacer, inquieto por su disgusto, que era auténtico: se le había estropeado el único par de medias decente.

Él recogió el zapato, y lo limpió por dentro y por fuera con su pañuelo. Varia seguía recostada en la verja.

-¿Qué número gasta?

-El treinta y cinco. -Varia recogió su zapato-. Bueno, ya está arreglado. Podemos seguir.

Se dirigieron hacia la parada del tranvía.

-¿Me permite que la llame por teléfono? -preguntó Ígor Vladímirovich cuando Varia había subido ya al estribo.

-Desde luego.

El 29 de junio se inauguró el pleno del Comité Central y el 30 se recibió de Alemania la noticia del asesinato de Rem, jefe del estado mayor de la Guardia de Asalto, así como de muchos jefes de destacamentos. La acción, que pasó a la historia con el nombre de «la noche de los cuchillos largos», fue dirigida por Hitler en persona.

El 1 de julio, *Pravda* y otros periódicos publicaron artículos -entre ellos los firmados por Zinóviev y Radek- presentando estos sucesos como la convulsión del régimen fascista precursora de su hundimiento inevitable.

Stalin no objetaba nada a ese enfoque: la debilidad de un poder ajeno siempre recalca la fuerza del poder propio. Aunque bien sabía que la división no debilita un régimen político, sino que ensancha su base social, atrayendo a diferentes partidarios y robusteciendo la corriente fundamental en la lucha contra los escisionistas. Un ejemplo bien evidente era el cristianismo.

Lenin no temía la escisión antes de la toma del poder; pero sí le preocupaba la escisión dentro de un partido gubernamental. A eso obedecía lo que llamaban su testamento. Lenin consideraba el poder estatal como el factor que agrupa a las personas interesadas en su mantenimiento y su consolidación. De hecho, el poder divide porque cada cual trata de adueñarse de él. El poder se convierte en factor aglutinante cuando se halla concentrado en unas manos de las que nadie es capaz de arrebatarlo y ni siquiera se atreve a pensar lo.

Para ello hace falta persuadir al pueblo de que el poder es indestructible y aniquilar a los que son capaces de atentar contra él.

Lenin condujo la revolución al poder que había creado él, y nadie atentó contra su dirección. Ahora la situación era diferente. ÉL, Stalin, afirmaba su poder cuando había muchos que aspiraban a desempeñarlo ellos, convencidos de que tenían más derecho que ÉL a la herencia de Lenin. Ni aun vencidos perdían las esperanzas. Zinóviev, sin ir más lejos... ¿Acaso no comprendía que el asesinato de Rem no debilitaba, sino que fortalecía a Hitler? No era ningún novato en política. Y el zorro de Radek también lo comprendía. Pero querían persuadir a las masas del partido de que cualquier escisión debilita el poder, de que la destrucción física de los enemigos sólo la practica el fascismo, mientras que el bolchevismo, por el contrario, siempre ha procurado cohesionar sus filas y sus fuerzas. Ellos, ¿una fuerza? Hacía mucho tiempo que debían haber abandonado la política. Pero no la abandonaban. Escribían, pronunciaban discursos, recordaban su existencia a la gente, querían permanecer a la vista de todos, en la superficie; y en espera de que les llegara su hora, se agitaban y asustaban a la gente con la eventualidad de una guerra. Hacían más: provocaban esa guerra. ¿Cómo calificar de otro modo el propósito de la redacción de la revista *Bolshevik* de publicar el artículo de Engels titulado *La política exterior del zarismo ruso*? ¿Por qué se les había ocurrido de pronto? ¡A los cuarenta años de haber sido escrito! «Con motivo del vigésimo aniversario de la guerra mundial», decían. Una argucia primitiva del Zinóviev, que era miembro del colegio de redacción del *Bolshevik*, en la que, sin embargo, había picado el estúpido de Knorin, el redactor jefe.

Engels afirmaba en su artículo que, durante su época de mayor poderío militar, Rusia estuvo gobernada por aventureros extranjeros de talento: Catalina, Nesselrode, Liven, Guirs, Benkendorf, Dubelt y otros. ¿Qué necesidad había de resaltar eso precisamente ahora? ¿Para darle ese naípe a la propaganda hitleriana ensalzando a los alemanes? ¿Para qué subrayar, en general, el papel del elemento no ruso en la gobernación de Rusia? ¿No era eso una alusión a ÉL, a su origen georgiano? Zinóviev y Knorin tampoco eran rusos. Pero ¿quién pensaba en ellos, a quién le importaban? A nadie le pasaría por la mente ese paralelo. Quien acudía a la mente era el camarada Stalin. Y a eso apuntaban. Toda esa tesis del elemento no ruso se la sugerían a un hombre eminentemente ruso, a Kírov. A él le ofrecían ese premio. Y por él apostaban ahora, igual que en su tiempo apostaron por el camarada Stalin para apartar a Trotski.

Pero esta vez habían ido más lejos, mucho más lejos. Porque habían visto algo más en el artículo de Engels acerca del elemento no ruso en la gobernación de Rusia. Engels calificaba a Rusia de baluarte de la reacción europea, la acusaba de expansionismo y pintaba una futura guerra contra Rusia casi como una guerra de liberación. Así escribía: «De modo que el triunfo de Alemania es el triunfo de la revolución... Si Rusia iniciara una guerra, ¡adelante contra los rusos y sus aliados, quienesquiera que sean!» Y ni una palabra sobre las contradicciones entre Inglaterra y Alemania, aunque ellas fueron precisamente el factor principal de la guerra mundial. ¡Conque Engels no supo preverlo todo!

Así pues, el sentido principal de la publicación de ese artículo era el siguiente: ellos querían mostrar a Hitler que en la URSS había fuerzas políticas que esperaban la guerra, que cifraban todas sus esperanzas en la guerra para echar abajo a la actual dirección y que estaban dispuestas a negociar luego con Hitler, a cederle algo, a darle la ilusión de una victoria política exterior que necesitaba para justificar la idea del desquite, idea que era toda la fuerza de Hitler, idea gracias a la cual cohesionaba a toda la nación.

Pero al pueblo soviético no le hacía falta la guerra. La URSS no estaba preparada para la guerra: la reconstrucción industrial no había terminado aún. La guerra les hacía falta a ellos y sólo a ellos, pues no tenían otro camino para derribarle a ÉL ni veían otro camino para adueñarse del poder. De palabra, Zinóviev y Radek aparecían como

enemigos irreconciliables de Hitler; pero al querer publicar ahora el artículo de Engels hacían el juego a Hitler, fomentaban sus ambiciones, le sugerían ruinmente que se concertara con Occidente, preparaban un chanchullo a espaldas de ÉL y a costa de ÉL.

Stalin tomó una cuartilla, mojó la pluma en el tintero y, con su letra menuda pero clara, escribió una carta a los miembros del buró político acerca del artículo de Engels. Refiriéndose sólo a la esencia del artículo. No expuso sus opiniones personales acerca de Zinóviev, Radek y Kírov y ni siquiera mencionó sus nombres. Concluyó así su carta:

«Después de todo lo dicho, ¿debemos publicar el artículo de Engels en *Bolshevik*, nuestro órgano de prensa combativo, como artículo directivo o, en todo caso, profundamente instructivo, pues está claro que publicarlo en *Bolshevik* significa darle precisamente esa recomendación tácita?

»Yo creo que no. I. STALIN.»

Luego cruzó el despacho y abrió la puerta de la sala de espera, que servía al mismo tiempo de despacho a Poskrióbishev. Stalin utilizaba rara vez el timbre. Si necesitaba a Poskrióbishev, abría la puerta y le llamaba o hacía que él llamara a la persona que quería ver. Poskrióbishev siempre estaba en su puesto y, si se ausentaba brevemente, Dvinski quedaba en su lugar.

Poskrióbishev estaba en su puesto. Stalin fue hacia el parte colgado en la pared. En aquel parte se inscribían a diario los datos relativos a la marcha de la siembra si era primavera, de la recogida de la cosecha en verano y de los acopios en otoño. Lo estudió atentamente, como de costumbre, y como de costumbre no hizo ningún comentario.

Cuando volvía a su despacho, le dijo a Poskrióbishev:

-Venga usted.

Poskrióbishev entró en el despacho detrás de Stalin, cerró la puerta con cuidado (a Stalin no le gustaba que la puerta quedara abierta, pero tampoco le gustaba que la cerrasen de golpe) y se detuvo a unos pasos de la mesa para no estar al lado de Stalin (tampoco le gustaba a Stalin), pero bastante cerca para escuchar la voz baja de Stalin y no hacerle repetir nada (a Stalin no le gustaba que le preguntaran lo que acababa de decir).

-Tome esta carta -dijo Stalin.

Poskrióbishev se acercó y tomó las cuartillas que le tendía.

-Póngala en conocimiento de los miembros del buró político. Con la carta, envíe a los miembros del buró político un proyecto de resolución: el camarada Knorin es liberado de su cargo de redactor jefe de la revista *Bolshevik*. Para el cargo de redactor jefe se designa al camarada Stetski. Zinóviev es retirado del colegio de redacción de *Bolshevik*; en su lugar se incorpora al camarada Tal.

Poskrióbishev captaba al vuelo lo que deseaba el camarada Stalin. En aquel caso, el camarada Stalin quería: a) que de su carta sólo existiera un ejemplar y, después de ser leída por los miembros del buró político, se conservara en su caja fuerte particular; b) la carta explicaba a los miembros del buró político las razones de los cambios en el colegio de redacción de *Bolshevik*; c) no habría explicación oficial de estos cambios.

-Sí -contestó Poskrióbishev.

Pero no hizo intención de marcharse. Poseía otra cualidad: la de saber a ciencia cierta, por la expresión del rostro de Stalin, si había llegado el momento de retirarse o todavía no.

Stalin tomó de encima de la mesa una carpeta de tafilete rojo y se la entregó a Poskrióbishev.

-Llévese el correo.

Ahora sabía Poskrióbishev que era hora de marcharse. Retrocedió de espaldas, dio media vuelta y salió del despacho cerrando de nuevo la puerta hermética y silenciosamente.

Sentado ya a su mesa, Poskrióbishev repasó la correspondencia que Stalin le había devuelto en la carpeta de tafilete.

Al camarada Stalin se le informaba de lo más importante del correo. También tenía Poskrióbishev la virtud de distinguir entre lo importante y lo no importante, entre lo necesario y lo no necesario. Como es natural, él solo no podía físicamente leer todas las cartas dirigidas a Stalin. Para ello había en la secretaría personas encargadas de seleccionar y hacer llegar a Poskrióbishev lo que estimaban esencial. Poskrióbishev procedía entonces a una segunda selección, apartando lo que consideraba necesario informar. El personal de la secretaría conocía su cometido a la perfección, sabía que era imprescindible informar de las cartas relativas a los miembros del Comité Central, y en particular a los del buró político. Poskrióbishev dejaba todas las mañanas sobre la mesa del camarada Stalin el correo así seleccionado en aquella carpeta de tafilete rojo y la recogía cuando aquél se la devolvía personalmente, como acababa de hacer.

Igual que de costumbre, Poskrióbishev dividió el correo en dos montones: a un lado, las cartas donde Stalin había anotado algo; al otro lado, las cartas donde no había hecho ninguna acotación. Las primeras pasaban inmediatamente a la secretaría para que fueran registradas y atendidas según las indicaciones de Stalin. Las segundas, o sea, las cartas que no llevaban ninguna acotación, no eran registradas, sino que se guardaban en la caja fuerte hasta que el camarada Stalin las pidiera.

Sin embargo, aún había otro tipo de cartas: las que el camarada Stalin no devolvía inmediatamente o incluso no devolvía nunca, sino que las guardaba él y, en ocasiones, incluso las destruía. Ésas eran cartas de importancia excepcional.

Antes de dejar el correo sobre la mesa del camarada Stalin por la mañana, Poskrióbishev las contaba y tomaba nota del número. Cuando Stalin se las devolvía, las recontaba, y así sabía cuántas se había quedado. Sabía igualmente qué cartas eran porque tenía una firme memoria oficinesca y, en rasgos generales, recordaba el contenido de todas. Aquel día, Stalin le había devuelto todo el correo, menos un sobre cerrado que contenía un informe de Yagoda. Pero esos sobres Stalin se los quedaba siempre.

7

Mark Alexándrovich llegó a Moscú el 29 de junio por la mañana, justo para la apertura del pleno del Comité Central, y se marchó el 1 de julio por la noche, en cuanto terminó el pleno. Tenía prisa. Estaban a punto de poner en marcha el tren de laminados, con lo cual se convertía la fábrica en empresa de ciclo metalúrgico cerrado. Así culminaría la obra más importante que había realizado Mark Alexándrovich en su vida: la creación del gigante metalúrgico mayor del mundo.

En ningún momento se ausentó Mark Alexándrovich del pleno. Las cuestiones discutidas -suministros de cereales y carne, mejora y fomento de la ganadería- formaban parte de la política económica del partido, y él, como uno de los dirigentes de la economía, tenía la obligación de estar al tanto de todos sus aspectos. Ni siquiera pasó por el Comisariado del Pueblo porque la tarea esencial, la puesta en marcha del tren de laminados, no se resolvía ya en Moscú, sino allá, en la fábrica.

Una sola cosa no relacionada con el pleno tenía que hacer Mark Alexándrovich: visitar a su hermana Sofía. Sasha había sido condenado, deportado, y no se le podía prestar ya ninguna ayuda. Si no habían servido de nada las gestiones realizadas antes de que le sentenciaran, de menos podían servir ahora: la sentencia de un tribunal reunido en sesión especial era inapelable. Indudablemente, las instancias más altas habrían sido informadas de que él, Riazánov, candidato a miembro del Comité Central, había hecho gestiones en favor de Sasha. Sin embargo, Sasha había sido condenado. Eso significaba que en algo estaba mezclado. Tampoco había ocurrido una catástrofe: Sasha era joven, tres años pasarían pronto y tenía toda la vida por delante.

De todas maneras, el recuerdo de Sasha oprimía a Mark Alexándrovich. En su vida había habido complicaciones; pero por ese lado todo había estado siempre en orden, neto y diáfano, sin desviaciones ni fraccionismos por su parte ni por parte de sus familiares. Criado en una familia que se mantenía fuera de la política, solamente él, Mark, ingresó en el partido. Sus hermanas no eran miembros del partido ni sus cuñados tampoco. En Sasha sí veía a un futuro miembro del partido, a un comunista. ¡Y ahí estaba lo sucedido con Sasha! Un sobrino suyo, un sobrino de Riazánov, había sido condenado según el artículo 58: agitación y propaganda contrarrevolucionarias. Mark Alexándrovich era consciente de su fallo ante el partido: no había estado al tanto del comportamiento del muchacho, lo había pasado por alto. Había caído una mancha sobre él. De haber ocurrido eso inmediatamente después de la revolución, habría sido comprensible: la revolución dividió a muchas familias. También habría sido explicable si hubiera ocurrido en los años veinte, que fueron años de cambio de dirección, años de desviaciones, de oposiciones, de inclinación de cierta parte de la juventud, especialmente de la juventud que estudiaba, hacia la demagogia de Trotski. Pero ahora, en el año 1934, cuando se había terminado para siempre con las desviaciones y las oposiciones, cuando se había afirmado una nueva dirección del partido y estabilizado la línea general de éste, cuando en el partido y en el pueblo reinaban una unidad y una cohesión sin precedentes, lo sucedido con Sasha era inconcebible, vergonzoso, y echaba un borrón sobre Mark.

¿Qué le faltaba a Sasha? Todo lo tenía: residía en Moscú, tenía casa, cursaba estudios superiores, se le ofrecía un magnífico porvenir. ¿El conflicto con el profesor de contabilidad? ¿El periódico mural? Por eso no podían encarcelarle. Por eso no podían condenarle. O sea, que había algo más; que no lo decía todo. ¿Que se había dejado arrastrar por alguien? Pero con veintidós años no era ninguna criatura, sino un muchacho adulto. ¡Tenía la obligación de reflexionar! Y no sólo para bien suyo. Tenía la obligación de pensar en su madre. Y también podía haber pensado en él, en su tío, que había hecho las veces de padre para él. Podía haber pensado en cómo le afectaría a Mark, en cómo afectaría a su posición, a su prestigio en el partido y en el país. Pero ¡no lo pensó! ¡No lo tomó en consideración! ¿Por qué? Se creía muy listo. «Uno desearía un poco más de modestia», se había atrevido a decir aquel mocoso acerca de Stalin. ¡Tenía la audacia de opinar acerca de cómo debía ser Stalin! Mark Alexándrovich

tenía en su fábrica a once mil komsomoles, chicos y chicas. ¡Ellos trabajaban! A razón de diecisésis horas diarias cuando se erigía el segundo alto horno, sin domingos ni días de descanso, con vientos helados y fríos tremendos. Al regreso de un viaje a Moscú (Ordzhonikidze le había llamado para unas consultas de varios días) le informaron de que la arena, la pedriza y el cemento se congelaban en los vagones. Y el hormigón debía estar tibio al ser vertido en el encofrado. Pues esos komsomoles recién llegados del campo encontraron una solución conectando a las locomotoras unos tubos que conducían vapor y agua caliente a las hormigoneras. Así trabajaban para lograr el honor de que aquel segundo alto horno llevara el nombre del Komsomol. Cocinaban la comida allí mismo, sobre hogueras. Los caballos se atascaban en el barro, las carretillas se salían de las pasarelas. La herramienta principal era la pala; el principal medio de transporte, la plataforma tirada por caballos... Zanjas y más zanjas, nubes de polvo que llegaban hasta el cielo, ruido y estrépito... De aquel caos había surgido una grandiosa empresa industrial moderna. Y aquellos muchachos, aquellos jóvenes entusiastas, se entregaban de pleno a su trabajo, no comentaban las dificultades. No vivían en una cómoda casa de la calle del Arbat, sino en tiendas de campaña o en cuevas excavadas en la tierra, con un solo catre o un solo jergón de paja para una familia. Padecieron de todo: piojos, pulgas, cucarachas, tifus... Faltaban maestros, y los niños estudiaban en las mismas barracas donde dormían. Las películas se proyectaban en descampados. Los comercios, que sólo lo eran de nombre porque estaban vacíos, se montaban en cobertizos. Los mejores trabajadores eran premiados con un vale para un pantalón, una falda o unos zapatos. Y, a veces, simplemente con una bolsita de caramelos. Y se sentían orgullosos de esa recompensa. Comprendían que estaban creando un bastión de la industria socialista, superando el atraso secular del país, robusteciendo su capacidad de defensa, su independencia económica, construyendo una sociedad nueva, socialista.

Eso era lo que comprendían aquellos jóvenes, chicas y chicos. Ellos no reprochaban nada a Stalin. Éste era el símbolo de su vida, de su trabajo sin precedente. Los que estaban haciendo la historia eran aquellos muchachos y no su sobrino Sasha, que había llegado hasta el extremo de verse encarcelado y confinado en Siberia.

Mark Alexándrovich se detuvo ante la casa, tan familiar, de su hermana.

La fachada blanca alicatada, el cine Arbatski Ars, cuyos llamativos carteles agitaba el viento, el patio profundo, formado por los bloques muy juntos. Sasha solía jugar allí, corría hacia él con los brazos abiertos cuando le veía llegar y subía con él al apartamento gritando lleno de júbilo: «¡Ha venido el tío Mark, hurra!» Pronunciaba muy bien la «r» y la «k».

El mundo no es una balsa de aceite. Está lleno de contratiempos que acechan a las personas y que ahora habían descargado sobre Sofía, la más dulce y desvalida de sus hermanas: el marido la había dejado, ahora habían deportado a su hijo... La compadecía, pero no estuvo en su mano ayudarla cuando la abandonó el marido ni estaba en su mano ayudarla ahora. Sólo podía brindarle cariño, compasión, ayuda material. Necesitaba mostrarse fuerte y valerosa. Las desdichas no son eternas. Acaban por pasar.

Recordó la última visita que le hizo. ¡Qué rostro tan lamentable y trémulo tenía! ¡Con qué obsequiosidad le hablaba mientras buscaba unos papeles que alisaba luego con dedos nerviosos! Antes de llamar a la puerta, Mark notaba ya un peso en la nuca: ahora vería nuevamente su mirada, llena de esperanza y de temor a que fallara esa esperanza. No se podía hacer nada por Sasha, y era hora de que lo comprendiera y se conformara. Sasha estaría de vuelta en casa dentro de tres años.

Sofía Alexándrovna acababa de regresar del trabajo y estaba recalentándose la comida. Saludó a su hermano serenamente, sin la alegría con que solía acogerle. Antes se preparaba para sus visitas como para una fiesta: hacía una empanada, se componía, se ponía su mejor vestido. Aquella vez, Mark llegaba a la casa de una mujer sola, que debía ir diariamente a trabajar y, por eso, no tenía humor para empanadas ni recepciones. Saludó al hermano y le ofreció compartir su comida, aunque no estaba segura de que le agradara la sopa de cereales y la carne salada con patatas fritas con margarina. Miró con indiferencia el paquete que había traído Mark y los envoltorios que sacaba de su cartera. A Mark le agradó observar que la obligación de ir a trabajar había favorecido exteriormente a su hermana, la había cambiado. Antes sólo era madre, esposa y ama de casa. Ahora, la vida de trabajo, la colectividad, las preocupaciones ajenas al hogar la habían distraído de sus sufrimientos, habían ensanchado su mundo, dándole estabilidad y fuerza.

Mark Alexándrovich se alegraba de aquel cambio, por su hermana y por él mismo: la visita no sería tan penosa como temía.

Sin embargo no podía menos de observar que, a la vez que había adquirido algo a su entender muy valioso, Sofía había perdido algo lejano y familiar, muy entrañable para él: la blandura, la afabilidad. En la casa había desaparecido el ambiente acogedor, confortable y aseado; faltaban algunas chucherías. Ahora sólo estaba a la vista lo más imprescindible porque allí se vivía apresuradamente. Comía las patatas directamente de la sartén, colocada sobre un soporte de rejilla, en una esquina de la mesa que tenía el tapete doblado. No era que Sofía hubiera cedido a la dejadez. Al contrario: había adelgazado, con lo cual se la veía más esbelta, más ágil, más diligente. Al parecer era que la casa no tenía ya aliciente para ella. Faltaba la presencia del hijo.

Hablabía de su trabajo de recepcionista en la lavandería. No era complicado, aunque, naturalmente, también se tropezaba con personas exigentes. ¿Qué se le iba a hacer? Ahora todo el mundo andaba nervioso y algo desquiciado. También había fallos de producción: una prenda que se extraviaba o se echaba a perder. Era un mal trago: había que dar explicaciones, indagar, redactar un parte... Y, a todo esto, la gente que hacía cola protestaba. En realidad, quien debía solucionar aquellos conflictos era el encargado de la lavandería para que ella no se distrajera de la recepción; pero el encargado era todo un enigma: no aparecía cuando hacía falta, nunca estaba en su sitio y se pasaba los días no se sabía dónde. Sofía había tenido siempre sentido del humor y también ahora contaba todo aquello en son de chanza.

Pero ni una palabra acerca de Sasha. Hablabía con Mark por cortesía, por no estar callada; pero no le miraba y rehuía su mirada. El hermano notaba que tenía preparada alguna frase que pronunciaría en su momento. Pero aún vacilaba, y en aquella indecisión, en el modo de rehuir su mirada, reconocía Mark a la Sofía de antes.

En efecto, se interrumpió de pronto:

-¡Ah! Debo advertirte una cosa, Mark: he alquilado la habitación pequeña. Conque, si te quedas a pasar la noche, tendrás que dormir aquí, en mi cuarto.

-Estoy en el hotel -contestó Mark Alexándrovich.

Sabía que su hermana conservaba la otra habitación. Como no estaban divorciados, el marido había conseguido, después de la detención de Sasha, que el cuarto quedara a su nombre como especialista destinado provisionalmente fuera de Moscú. Y Sofía alquilaba la habitación. La noticia no le hizo ninguna gracia. Ceder una habitación en alquiler cobrando más de la renta fijada por el Estado era, de hecho, especular con la vivienda. Ciento que, precisamente debido a la crisis de la vivienda, a que la gente no tenía dónde vivir, ahora no se prestaba excesiva atención a esas cosas. De todas maneras, él no quería que una hermana suya, una hermana de Riazánov, viviera de alquilar una habitación. Él no le había negado su ayuda y podía pasarse una cantidad muy superior a lo que sacaba de esa manera.

-¿Tenías necesidad de eso?

Sofía no comprendió al pronto.

-¿De qué?

-De alquilar una habitación.

-Sí. Necesito dinero.

-¿Cuánto te pagan?

-Cincuenta rublos.

-¿Y qué clase de gente son?

-Es una mujer de edad.

-¿Cómo acudió a ti?

-Me la recomendaron unos vecinos... ¿Por qué lo preguntas? -Por fin le miraba a los ojos-. ¿Te parece que he hecho mal?

-No sabes quién es... Te la han recomendado unos vecinos... ¿Qué falta te hacía todo eso de informar a la administración de la finca, empadronarla, dar explicaciones?... ¿Qué falta te hacía, vamos a ver? Yo no te ofrezco cincuenta, sino ciento cincuenta rublos al mes. Te he traído quinientos. Ya sabes que yo no necesito el dinero.

Sofía callaba, reflexionando. Luego dijo con calma:

-No pienso aceptar tu dinero. A mí personalmente no me hace falta porque me gano la vida. En cuanto a Sasha... Sasha tiene un padre y una madre, y ellos le atenderán.

No logró disuadirla, ni tampoco tenía ganas de discutir. Le había ofrecido dinero. ¿Qué prefería alquilar un cuarto? Pues era cosa suya, aunque estaba viendo que a su hermano no le gustaba. Sin embargo, lo que acababa de decir tampoco era la frase que tenía preparada. ¡Que la soltaría de una vez y se dejaría de jugar al escondite!

-¿Qué tal Sasha? -preguntó.

Sofía tardó un poco en contestar:

-¿Sasha?... Su última carta venía de Kansk. Como lugar de confinamiento le han asignado la aldea de Boguchani; pero desde allí no ha escrito aún. No sé si habrá ido a pie o en algún medio de transporte. He mirado en un mapa... Boguchani está a la orilla del Angará y no hay ningún camino señalado. Conque habrá ido seguramente a pie.

-Esbozó de pronto una sonrisa irónica-. No sé cómo conducirán ahora a los presidiarios. Antes los llevaban en los vagones de Stolipin. Pero ahora no lo sé...

-¡Sofía! -exclamó Mark Alexándrovich en tono de reconvención-. Comprendo que lo estás pasando muy mal, pero quiero que te hagas una idea clara de las cosas. En primer lugar, ahora no existen presidios. En segundo lugar, a Sasha no le han mandado a un campo de trabajo, sino que le han confinado. Yo he recurrido a las instancias más altas, se han realizado gestiones, pero no ha sido posible hacer nada por evitarlo. La ley es la ley. Algún fallo ha cometido Sasha, aunque de poca importancia probablemente. Vivimos unos tiempos muy rigurosos, no voy a negártelo. Y le han deportado por tres años. Vivirá en una aldea, como viven millones de personas, y allí se pondrá a

trabajar. Es joven, tres años pasan pronto. Hay que aceptar lo inevitable. Hay que esperar con calma y paciencia, hay que sobreponerse.

Sofía sonrió, luego sonrió otra vez -el hermano conocía muy bien esa sonrisa- y al fin dijo:

-De manera que le han echado poco: nada más que tres años.

-¿He dicho yo que debían haberle echado más? ¡Sofía, por favor! Lo que digo es que para nuestros tiempos, hablando con claridad, tres años de destierro son una futesa... Hay gente a la que fusilan...

Sofía continuaba sonriendo y parecía a punto de echarse a reír.

-Ya... No le han fusilado... Por unos versos de nada en un periódico mural no le han fusilado. Por unos versos de nada en un periódico mural sólo le han echado tres años de confinamiento en Siberia... ¡Muchas gracias! ¿Qué son tres años? ¡Una futesa! Tampoco a Iosif Vissariónovich Stalin le echaron nunca más de tres años de confinamiento en Siberia. Y eso que él organizaba insurrecciones armadas, huelgas, manifestaciones, publicaba periódicos clandestinos y viajaba ilegalmente al extranjero. Y de todos maneras le echaban tres años. Se fugaba del lugar de confinamiento y volvían a deportarle por los mismos tres años. Que intentara ahora Sasha escaparse... En el mejor de los casos le caerían diez años de campos de trabajo... -Había dejado de sonreír y ahora miraba fija y severamente a Mark Alexándrovich-. Anda, que si el zar os hubiera juzgado a vosotros según vuestras leyes, se habría mantenido mil años más ...

Mark Alexándrovich descargó un puñetazo sobre la mesa.

-¿Qué estupideces estás diciendo? ¿Dónde has oído esas cosas? ¡Cállate ahora mismo! ¿Cómo te atreves a hablar así? ¡Delante de mí! Sí, vivimos en un régimen de dictadura, y la dictadura es violencia. Pero la violencia de la mayoría sobre la minoría. En cambio, bajo el zar, era la minoría la que oprimía a la mayoría y por eso no se atrevía el zar a aplicar las medidas extremas que aplicamos nosotros en nombre del pueblo y para el pueblo. La revolución debe defenderse porque sólo entonces tiene valor. Tu desdicha es grande, pero no te da derecho a convertirte en pancista. Tú no te das cuenta de lo que dices. Si hablas así delante de cualquiera, acabarás en un campo. Tenlo en cuenta, aunque sólo sea por Sasha, que no debe verse privado ahora de su madre.

Ella le escuchó en silencio, buscando con las yemas de los dedos migas de pan y aplastándolas contra la mesa. Luego pronunció con calma:

-Óyeme, Mark... Te ruego que, en mi casa, no pegues nunca puñetazos en la mesa. No me gusta. Además tengo vecinos y me sentiría violenta ante ellos: antes pegaba puñetazos el marido y ahora los pega el hermano, pensarán. Que no vuelva a suceder. Si tantas ganas tienes, pega puñetazos en tu despacho, cuando hables con tus subordinados. Recuérdalo bien, haz el favor. En cuanto a los campos de trabajo, no me vengas con amenazas, porque ya no le tengo miedo a nada. Antes me asustaba cualquier cosa, pero eso pasó a la historia. ¡Se acabó! A todos no vais a meternos en la cárcel, porque no habría cárceles suficientes... ¡Una minoría!" ¡Qué cosas dices! En las aldeas viven millones de personas... ¿Y has visto tú cómo viven? Antes, de joven, te gustaba cantar eso de «Dime de un rincón...», ¿te acuerdas?, «donde no gima un campesino ruso. ¿Te acuerdas? Lo cantabas bien, poniendo toda tu alma, porque eras bondadoso y compadecías al campesino. ¿Por qué no le compadeces ahora? ¿A quién cantabas entonces? «Para el pueblo y en nombre del pueblo», dices. Y Sasha, ¿no forma parte del pueblo? Tan puro, tan diáfano, tan crédulo... Y le mandan a Siberia. Ya que no se le puede fusilar, que aprenda lo que es Siberia.

¿Qué ha sido de vuestras canciones? Estás en adoración delante de vuestro Stalin...

Mark Alexándrovich se levantó empujando la silla.

-Querida hermanita...

-No alborotes ni te pongas nervioso -prosiguió ella muy serena-, porque aún quiero decirte algo, Mark: me has ofrecido dinero, pero con el dinero no te redimirás. Habéis levantado la espada contra seres inocentes y desvalidos, y por la espada pereceréis. -Inclinó la cabeza gris, miró a su hermano de soslayo y terminó, señalándole con un dedo: Y cuando te llegue tu hora, Mark, entonces te acordarás de Sasha, recapacitarás, pero ya será tarde. Tú no has defendido a un inocente. Tampoco a ti te defenderá nadie.

Era el cuarto día que el grupo caminaba adentrándose en la taiga. Delante iba el carro y luego el escolta rural, un muchacho soñoliento, a caballo y con una escopeta de caza a la espalda.

La escolta rural es una prestación que los campesinos realizan por turno, relevándose en cada aldea. Es una de las obligaciones que ha tenido siempre el campesino siberiano. De la misma manera habían dado escolta a los

confinados el padre, el abuelo y el bisabuelo de aquel muchacho. En cuanto al tatarabuelo, así llegó él conducido hasta allí.

La conducción era pura fórmula, ya que la recepción y la entrega de la partida se realizaba sin mediar documento alguno. Allí, el auténtico guardián era la taiga, donde no había posibilidad de ocultarse, donde desde treinta verstas olfateaban a un extraño. [23]

¿Qué más guardián que la convicción de no poder subsistir ilegalmente en una época en que cada persona era vigilada por los cuatro costados?

Las raras fugas se producían únicamente desde el lugar de deportación cuando el confinado, ansioso de libertad, escapaba a ciegas, sin pensar en lo que le esperaba. Podía fugarse en primavera, cuyos aromas, idénticos en todas las latitudes, oprimían el corazón con la insuperable nostalgia del terreno, o a comienzos del otoño, cuando se hacía insoportable la idea de los largos meses de tenebroso invierno siberiano. También se daba el caso de que alguno se fugara en invierno, cuando sólo le quedaba un mes para cumplir su condena: estaba ya en su casa con el pensamiento y no tenía ya fuerzas para esperar y temer el momento en que, al ir a recoger el salvoconducto, le anunciaran quizás que le habían prolongado la pena. Y a ese fugitivo invernal lo descubrían en primavera, debajo de la nieve derretida. Por eso los llamaban «nevadillas».

Pero durante las etapas no se fugaban. Recién salidos de la cárcel, de un campo o de un vagón asfixiante, caminaban libremente a su aire. Además, el poco equipaje que tenían iba en un carro y no era posible sustraerlo inadvertidamente. Por otra parte, sólo había un documento para toda la partida y el que se escapara les jugaba una mala pasada a los demás: a todos los castigarían, acusándolos de complicidad. El que quisiera escapar, que se portara como un hombre y escapara desde el destierro.

La última nieve se había derretido ya en las hondonadas, los rayos de sol se abrían paso en lo alto, pero la senda estaba aún sombría y húmeda. Árboles desgajados y otros en pie, pero secos, revestidos de musgo gris en guedejas, ramas caídas, tocones podridos, y ni un matojo, ni una florecilla, sólo algunos islotes de hierba amarilla del año anterior y en todas partes huellas de fuego como si hubiera estado desencadenado allí un incendio forestal irreductible. Un bosque infinito, triste y monótono: alerces, alerces, algún pino, un cedro o un abeto y, aún más raramente, un abedul o un pobo. La vida se adivinaba solamente en las copas de los altos árboles, donde susurraba el viento, piaban los pájaros y las ardillas saltaban de rama en rama descortezando piñas. Por delante esperaba lo mismo: bosque compacto, sierras y contrafuertes.

En las proximidades de Kansk, las aldeas no estaban distantes unas de otras, y en todas procuraban cambiar de escolta a toda prisa para que siguieran adelante y no se quedasen a pernoctar. Emprendían la jornada muy temprano y llegaban a altas horas al lugar donde debían pasar la noche. El amo de la casa designada para acogerlos juraba al descorrer el cerrojo de mala manera, se despertaba llorando alguna criatura y la mujer rezongaba al tirar al suelo trapejos para que durmieran encima o no tiraba nada, y allá se las arreglaran como pudieran. Hacía frío para dormir en el suelo. Kártsev, el enfermo, se desgarraba el pecho tosiendo. Ivahskin suspiraba dolorosamente al pensar en la mujer y las hijas.

Ya en la taiga, las aldeas estaban más separadas y la distancia entre ellas representaba aproximadamente una jornada de marcha. No había anochecido aún cuando llegaron a la primera, y por fin pudieron dormir bastante.

A Volodia, los soldados le habían desatado cuando se alejaron un poco de Kansk.

-Ahora, camina.

Se desperezó para desentumecer el cuerpo y luego echó a andar con ligereza. No parecía fatigarse, ni se quejaba. Miraba con inquina y rebeldía. Había adquirido esa escuela que dan los campos donde cualquier azar puede costar la vida y hay que estar siempre alerta, tomar las decisiones instantáneamente y no ceder en nada ni temer a nadie, sino, por el contrario, hacerse temer. Se mostraba condescendiente con Borís, Sasha e Ivashkin, «víctima fortuita del régimen estalinista», pero despreciaba a Kártsev, «un capitulador», y ni hablaba con él ni advertía su presencia. A Sasha le sorprendía aquella aptitud de desentenderse de una persona junto a la cual se camina y se duerme y con quien se comparten las penalidades.

Volodia Kvachadze abría marcha. Kártsev, enfermo, jadeante, renqueaba el último y se detenía a menudo. El grupo entero hacía entonces alto. Volodia se quedaba parado donde estuviera sin volver la cara, contrariado por el retraso. Explicaba la debilidad física de Kártsev por su debilidad espiritual, y a eso achacaba que fuera un renegado. Y al que caminaba junto a Kártsev y le ayudaba en los tramos más duros, le miraba con suspicacia, como a un espía del campo enemigo.

[23] Versta: Antigua medida itineraria rusa equivalente a 1.067 metros.

A Sasha le gustaba la valentía de Volodia, la resistencia que oponía a los que mandaban, la dignidad de su comportamiento. Rechazaba en rotundo cualquier modo de pensar que no fuera el suyo. Y Sasha, que reconocía estar aquejado del mismo defecto, le dijo el primer día:

-Volodia, no me gustan los malentendidos. Yo comparto la línea del partido. Conque vamos a guardarnos cada uno nuestras opiniones sin meternos en discusiones estériles.

-Pues menos deseos todavía tengo yo de entrar en debates con los que dicen amén a todo lo que hace Stalin - contestó altivamente Volodia-. Pero, ya que me han traído aquí, no me van a tapar la boca.

Sasha sonrió:

-Yo no he traído aquí a nadie ni he venido por mi gusto.

-Claro, estamos iguales. Si no probablemente me habría maniatado con tanto entusiasmo como los de Kansk.

-Me imagino lo que harían ustedes con nosotros si estuvieran en el poder -observó Sasha.

-Con nosotros también levantarían los brazos en alto -replicó Kvachadze desdeñosamente.

-No discutan, muchachos -intervino Borís-. Eso es lo malo de los presos políticos, que siempre andan a la greña... Los presos comunes, en cambio, están unidos y la administración no se mete con ellos.

-¡Los comunes son unos canallas! -dijo Volodia-. Miserables, verdugos, capaces de vender a un compañero por un plato de rancho... Hacen el juego a la administración, son sus mejores ayudantes. ¿Que uno de éstos mata a su mujer? Ocho años, que se le quedan en la mitad por buena conducta. En cambio, al que saca un par de medias suelas de una fábrica de calzado, diez años.

La taiga se hacía aún más imponente: sierras, mesetas, precipicios y montes totalmente cubiertos de bosques tupidos, gorjeos de aves en las copas de los árboles, lobreguez y humedad en el sendero. Un alce enorme, de patas muy largas, surgió una vez entre unos abedules y desapareció, partiendo ramas a su paso.

Por la mañana calentaba el sol y, aunque sus rayos no penetraban hasta la senda, se caminaba con más ánimos y ligereza.

Hicieron alto al mediodía junto a un refugio de invierno, minúscula cabaña forestal de paredes ahumadas, sin techo, ventanas ni estufa. El suelo de tierra estaba apisonado y calcinado porque, en invierno, se enciende allí mismo fuego y el humo escapa por un orificio del tejado. En un rincón había una brazada de ramas secas. El que se marcha deja combustible para el que venga detrás, porque puede llegar en los días más fríos, cuando la nevada o la ventisca no le permitan encontrar ramas secas y entonces, al no poder hacer fuego, morirá congelado sobre aquel suelo de tierra. El hombre de bien, además de la leña, deja una caja de cerillas en algún lugar seco.

Encendieron una hoguera, trajeron agua de un manantial e hirvieron unos cereales secos y el agua para el té.

Los cereales, trigo granulado, los había conseguido Borís la víspera en una tienda cooperativa rural. El vendedor, que era conocido suyo, abrió la tienda por la noche, les dio un paquete de tabaco, además de los cereales, y les consiguió una botella de aguardiente casero que se bebieron inmediatamente.

El hecho de que le conocieran también allí, en una aldea perdida en la taiga, y de que sus compañeros lo habrían pasado muy mal sin él, devolvía a Borís su habitual estado diligente y afirmaba su convicción de que tampoco en Boguchani sería un don nadie.

Pagaba el albergue y la cena en los lugares donde pernoctaban. Pagaba por todos, sabiendo que los demás no tenían dinero. Sasha sí tenía algo, pero aún faltaba que encontrase trabajo. Borís tenía trabajo asegurado en Boguchani. Parecía un jefe: guerrera de cuello vuelto, pantalón metido en las cañas de unas buenas botas altas, capote impermeable, gorra de color caqui... Y la voz suave y autoritaria de jefe instruido, a quien es inútil objetar porque de todas maneras se sale con la suya y, por eso, es preferible cumplir sus órdenes a la primera.

Ahora también era el que mandaba; envió a uno a buscar agua y a otro a buscar leña: como ya se podían recoger ramas secas en el bosque, decidieron no tocar las que había en la cabaña. Sólo a Kártsev no le mandó hacer nada. Kártsev se sentó en un tocón, cerró los ojos y levantó hacia un rayo de sol su rostro pálido y consumido.

El mismo vendedor de la tienda cooperativa arregló que, aunque no le tocaba a él, fuera con ellos de escolta un muchacho bondadoso y servicial. Además era muy hábil y, durante un alto, les hizo a todos cucharas de corteza. Rubio, ágil, caminaba a pie llevando al caballo de la brida. Sasha, que había salido de la aldea caminando a su lado, así continuó hasta que hicieron alto. El muchacho le dejó la escopeta para que disparara a una perdiz, pero Sasha falló.

-Oye: pues si fallas con un oso, lo vas a pasar mal -observó el muchacho, riendo.

-¿Has ido tú a cazar osos?

-Sí. Tres veces. Nosotros vamos a buscarlo a la osera. En cuanto los perros lo olfatean, cortamos unas púrtigas y las metemos en la guarida. Él empieza a escarbar para salir y nosotros disparamos. Los hay que van a cazarle con un horcón o con un cuchillo; un puñal, que decimos nosotros. El oso es un animal muy astuto; al hombre, se le echa encima; pero, cuando ataca a un caballo o un animal grande, lo hace con mucho cuidado.

Sonrió cuando Sasha dijo que hay fieras más fuertes que el oso -el león, el tigre, el elefante... -y no se lo creyó.

Con la misma sonrisa contó que, el año anterior, en el claro del bosque por donde pasaban habían matado a cuatro deportados comunes.

-También los llevaban conducidos así, y en un pueblo se pusieron a jugar a las cartas. Nuestros chicos vieron que tenían dinero. Se pusieron aquí al acecho y les dispararon cuando llegaron. Los otros escaparon a la espesura y allí cayeron. Hacía un frío de los buenos y la nieve los tapó en seguida. Los nuestros pensaron que se los comerían las fieras, los lobos, que hay muchos. Pero precisamente venía de la ciudad un mandatario de acopios y sus perros olfatearon a los muertos. Empezaron las indagaciones, descubrieron a nuestros chicos y los mandaron a Novosibirsk. Y en la cárcel los mataron los compinches de los otros.

-¿Y les quitaron mucho dinero a los muertos?

-Oye: pues diez rublos ya les quitarían.

En torno a la hoguera volvió a surgir aquella historia. La conocía Borís porque se la habían contado los confinados en Kansk y la conocía Kvachadze, que la había oído en el campo. A los dos campesinos los mataron la noche misma que ingresaron en la cárcel. Los habían metido en una celda grande, donde todos estaban a una, y no se pudo saber quién lo hizo.

-Bien hecho -observó Volodia-. Si no los hubieran liquidado, les habrían echado cinco años, y al cabo de uno hubiesen estado en la calle. Total, ¿qué habían hecho? Asesinar a unos confinados. Ahora, en cambio, los de por aquí sabrán que en la cárcel funciona un telégrafo mejor que el oficial. Ya que el Estado no nos protege, nos protegeremos nosotros. No hay otra salida.

-Pero si usted mismo ha dicho que los deportados no son personas, Volodia! -dijo Sasha-. ¿Cómo se les puede permitir que se tomen la justicia por su mano?

-En presidio rigen otras leyes. Ya las irá conociendo en el pellejo de confinado. Remilgos de la intelligentsia... -rezongó Volodia con desdén. [\[24\]](#)

-¿Por qué se mete con la intelligentsia? -protestó Sasha-. Es gente que vale.

Volodia levantó un dedo.

-Algunos nada más.

-Y usted también pertenece a ella.

-¿Se ha creído que me siento orgulloso por eso?

-El primer intelligentni -dijo Sasha- fue el hombre que obtuvo fuego. Sus contemporáneos le mataron, naturalmente. Uno, porque se había quemado un dedo; otro, porque se había chamuscado un pie y el tercero sin más, para que no se hiciera el listo. ¡En el siglo de piedra se metían ya con los que destacaban!

-Primer premio de lógica para Sasha -anunció Borís-. ¿Está usted de acuerdo en que se le dé a Sasha el primer premio de lógica, Volodia?

-Si lo tiene, déselo contestó Volodia.

Estaban todos de buen humor. El sol se ponía detrás de las copas de los árboles, pero ellos notaban su calor, habían echado los abrigos y los gorros al carro y caminaban a cuerpo. Los acompañaba un muchacho servicial que les dejaba disparar con su escopeta, que no tenía nada de común con un escolta y, en general, aquello no se parecía en nada a la conducción de una partida de confinados. Era la primera vez que no comían en mesa ajena, sino en el bosque, junto a una hoguera. El chisporroteo de las ramas de pino, su aroma resinoso, el olor de los cereales un poco quemados, las agujas de pino flotando en el té... Todo eso los volvía a la infancia, a la época no tan lejana en que se reunían en torno a la hoguera en los campamentos de pioneros.

Kártsev levantaba su rostro enfermizo hacia el sol, volviendo la cabeza hacia donde se desplazaba su estrecho rayo nebuloso.

Ivashkin asentía cuando hablaba Volodia y asentía también cuando hablaba Sasha. Le gustaban las conversaciones sesudas. Consideraba su profesión muy especial. Claro que, si con las prisas pasaba una errata, podía uno terminar en Siberia, aunque no fuera suya la composición. En un discurso de Stalin compusieron por error «encubrir» en lugar de «descubrir», y metieron en la cárcel a seis. Ivashkin había dejado en casa mujer y tres niñas.

El joven escolta escuchaba también lo que contaban y sonreía. Comió muy poco para que les quedara más para ellos.

El carretero, en cambio, se mantenía huraño. Rechazó los cereales y también el té. Sin apearse del carro comió algo que traía y echó un sueño mientras dejaba que el caballo descansara y paciera un poco la hierba. Luego volvió a engancharlo. Los hombres, algo amodorados junto a la hoguera, se levantaron de mala gana. La partida reanudó su marcha.

Habrían caminado unos cinco kilómetros cuando el viento empezó a silbar de pronto en las copas de los árboles, oscureció repentinamente, sopló la ventisca y empezó a nevar.

[\[24\]](#) Aunque traducido a veces como intelectualidad, es preferible utilizar su transcripción para dejar claro que no se trata sólo de los intelectuales.

Al carretero y al escolta les entró prisa por llegar al Chuná antes de que anocheciera. La nieve cesó tan súbitamente como había comenzado, pero revistió de blanco los arbustos y echó definitivamente a perder el camino, ya de por sí malo. Los muchachos tenían que empujar a veces el carro. Sin embargo no aflojaban el paso.

Sólo Kártsev no podía seguirlos. Sin aliento, se paraba y tosía, recostado contra un árbol.

-Sube al carro, Kártsev -indicó Sasha. Pero el carretero no lo consintió:

-Yo no me he ajustado para llevar gente. El caballo no podría con el camino como está.

-Tú no tienes conciencia -dijo Ivashkin. Sasha agarró al caballo por la brida.

-¡So! ¡Suba, Kártsev!

-¡Suelta, chico! -gritó el carretero-. Mira que me vuelvo para atrás y van a enseñaros lo que es armar jaleo.

-Buen hombre, mejor será que no regañemos -pronunció Borís en tono autoritario, ayudando a Kártsev a subir al carro. Hubo que retirar del carro dos maletas, las más ligeras, que el escolta sujetó a la silla de su caballo. Únicamente Volodia Kvachadze no pronunció ni una palabra y esperó con indiferencia el final de todo aquello. Él no saldría en defensa de un «capitulador» aunque le viera a punto de reventar.

Cruzaron el Chuná por una pasarela de tablas que no llegaba hasta la otra orilla y luego por un vado, cargados con el equipaje y empujando el carro. Se calaron hasta los huesos.

Llegaron a una aldea grande, pero nada floreciente, con isbas ruinosas y renegridas y los corrales devastados.

[25]

Estaban de fiesta porque en las casas se veían luces; a pesar de la hora temprana, se oían gritos y canciones de borrachos y por la calle andaban haciendo esos hombres que serían campesinos, cazadores o taladores, todos de estatura y cabello diferentes, que no se parecían en nada a los siberianos, altos y rubios, de la franja esteparia. Unos muchachos, chicos y chicas, que reían sentados sobre unos troncos, interpolaron al escolta y le dijeron que aquel día era fiesta de guardar. Al escolta le entró prisa en seguida y corrió en busca del presidente para desentenderse cuanto antes de la partida.

Mientras esperaban al presidente, se les acercaron dos personas confinadas allí: un hombre de buena presencia y abundante cabellera, con los movimientos pausados y la mirada atenta -ese tipo de estadista que Sasha había visto en la Quinta Casa de los Soviets- y una mujer pelirroja, enjuta, de rostro austero y consumido. Era la primera partida que pasaba por allí después del deshielo y estaban deseando saber si había alguno de los suyos.

-Buenas tardes, camaradas.

Los ojos de la mujer se detuvieron en Kvachadze, adivinando a un correligionario en la mirada con que le contestó. Volodia se presentó y la mujer conocía su apellido, lo mismo que Volodia conocía los de ellos dos. Le abrazaron, le besaron, pero no intentaron ningún acercamiento con los demás. El hombre sonrió con aparente afabilidad, aunque no tendió la mano a nadie: podía ofrecérsela a quien no conviniera o a alguien que le negara la suya. La mujer ni siquiera sonrió.

Se llevaron a Volodia, que se alejó entre los dos, alto y ágil, con su chaquetón negro y su saco al hombro, contestando a sus preguntas, que debían de ser muchas, pues hacía dos meses que no llegaba el correo.

-Adieu! -lanzó a su espalda Borís, ofendido porque Volodia había violado una solidaridad más elevada incluso que la solidaridad política.

Acudió un muchacho carrilludo, alborotado, borracho, con la boca llena y los ojos casi desorbitados.

-¿Cuáles son los desterrados? ¿Vosotros? Oye: pues todos tenéis el pelo negro. ¿Eran rusos los que os hicieron? ¡Vamos!

Los condujo al final de la aldea, a una casa abandonada con la estufa desmoronada. Y ellos necesitaban entrar en calor, secar la ropa y acostar a Kártsev en algún sitio caliente. Pero mientras inspeccionaban aquella vivienda abandonada desde hacía ya tiempo, el carrilludo se largó. También se marchó el carretero después de arrojar el equipaje al suelo.

-Presionaremos a la autoridad local- dijo Borís-. Vamos, Ivashkin.

-¿Adónde vamos a ir? Toda la aldea está de fiesta.

-Yo hablaré y usted me ayudará a traer lo que encontraremos de comida -le tranquilizó Borís.

Cuando se marcharon, Sasha sacó de la maleta una muda limpia, unos calcetines de lana y una camisa.

-Cámbiese -dijo a Kártsev, dándole las prendas.

Se quedó sorprendido al ver su delgadez. La piel pegada a las costillas, las rodillas huesudas, las piernas descarnadas, los brazos largos, colgando sin fuerza, las paletillas sobresaliendo como muñones de alas cortadas...

[25] Isba: Vivienda típica rusa hecha de troncos.

-Se ha debilitado mucho con la huelga de hambre -observó Sasha.

-Me alimentaban a la fuerza, con una sonda. -Kártsev metía desmañadamente la camisa dentro del calzón largo-. Luego me pasaron a régimen de enfermería y me daban leche. Pero yo me abrí las venas y perdí mucha sangre.

El brillo de los ojos y los rosetones de la cara acusaban un estado febril, pero no había termómetro para tomarle la temperatura ni tenía sentido hacerlo, puesto que a la mañana siguiente reanudarían la marcha de todas maneras. Cuando al fin se cambió de ropa, se sentó en el banco, arrebatado en la manta de Sasha, y cerró los ojos recostándose en la pared.

-¿Y por qué se abrió las venas? -preguntó Sasha.

Kártsev no contestó: no había oído o quizás estuviera traspuesto.

Sasha revisó la estufa. Alguien se había llevado ya la puerta del horno. Iba a encender fuego, pero cambió de parecer, pensando que quizás encontrara Borís otro albergue.

Ivashkin y Borís volvieron con un pan y nata en un recipiente de corteza. No habían encontrado nada más, ni tampoco otro albergue. Todo el mundo estaba borracho, no había con quien hablar y nadie quería admitirlos a pasar la noche.

Ivashkin encontró un trozo de madera en el patio, sacó unas cuantas teas para alumbrarse, pero no prendían y lo único que hizo fue gastar inútilmente cerillas.

Comieron a oscuras el pan con nata.

-Cenar en frío es mejor que no cenar -aseguró Borís.

Kártsev no quiso comer. Tenía sed. Pero no había agua.

-Iré donde los amigos de Volodia para que le dejen pasar allí la noche -indicó Sasha.

Borís sacudió la cabeza, dudando.

-No querrán. Claro que se puede probar. Iré con usted.

-¿Para qué?

-La aldea entera está borracha y esos chicos sentados en los troncos andan buscando camorra.

Fuera había más claridad que en la casa. En el cielo despejado lucía la luna llena. Chicas y chicos seguían sentados en los troncos. Uno de los muchachos, el chistoso y el gallito del lugar al parecer, contaba algo, manoteando y los demás reían a carcajadas. Cuando vio a Borís y a Sasha, les gritó:

-¡Eh, los de la partida! Venid para acá.

-No haga caso -advirtió Borís a media voz.

-¿Por qué no? -Sasha se dirigió hacia los troncos-. ¿Pasa algo?

-¿Qué husmeáis por la calle? ¿Buscáis mozas? Pues a ver si tropezáis con mozos.

En los troncos estaba también sentado el joven escolta, callado y sonriente. Pero saltaba a la vista que, si empezaban a apalearlos, seguiría sonriendo igual.

Sasha se volvió hacia Borís:

-Es verdad: mire qué muchachas tan guapas hay aquí.

-Muy guapas, pero no para vosotros -replicó el muchacho.

-¿Las quieres sólo para ti? -ironizó Sasha-. ¿Ibas a poder con todas? En el grupo brotaron risas.

-¡Eh, eh! A ver si...

-¿A ver si qué? -se burló Sasha-. A ver si a ti y a toda tu parentela...

y Sasha soltó una ristra de tacos que le habría envidiado cualquiera de los cargadores con los que había trabajado en la fábrica de productos químicos.

Luego siguió su camino.

-No hay que meterse con la gente, chicos. Hay que tener más formalidad -añadió muy serio Borís, y siguió a Sasha. Por el camino le dijo:

-Si aquí no le matan, vivirá muchos años. Sabe usted imponerse a la gente. La puerta de la casa no estaba cerrada. Volodia estaba sentado a la mesa con el hombre y la mujer. Había un quinqué encendido.

-Son Pankrátov y Solovéchik -explicó Volodia-. Ya les he hablado de ellos. Se conoce que había hablado bien porque el hombre sonrió.

-Siéntense, camaradas, y tomen el té con nosotros.

-Gracias.

Sin sentarse, Sasha se volvió hacia Volodia.

-¿Qué vamos a hacer con Kártsev?

-¿Es que debo hacer yo algo?

-Al parecer, vas a pasar aquí la noche. ¿Por qué no le cedes tu sitio? El hombre se adelantó a la respuesta de Volodia:

-Hasta cierto punto el que decide quién se queda a dormir en mi casa soy yo.

-¿Y no sabe usted de alguna casa donde se pueda pasar la noche? -inquirió Borís.

-Aquí nadie alberga a gente de paso. Y menos a gente enferma. La mujer se dirigió a Volodia:

-¿Y cuándo vio usted por última vez a Ilín? Ya en la calle, Sasha observó con amargura:

-Y dice usted que sé imponerme a la gente...

-Amigo mío -replicó Borís-, aquí mandan las pasiones políticas, que son las peores.

9

Al final de la jornada, Poskrióbishev dejó sobre la mesa de Stalin la carta acerca del artículo de Engels, ya leída por los miembros del buró político. Todos se habían mostrado conformes con que no se debía publicar el artículo. También habían aprobado por unanimidad la decisión, sometida a consulta suya, acerca de los cambios en el colegio de redacción de Boisbevik.

Stalin no dudaba de que pasarían las dos decisiones: la jugada con Stetski no podía fallar. Stetski era un hombre de Bujarin, y ellos tenían a Bujarin de reserva. De momento, no cederían a Bujarin, como tampoco quisieron ceder el año anterior a Smirnov, Tolmachov y Eismont, ni el año antes a Riutin.

De todas maneras, todos los enemigos -los pasados, los presentes y los venideros- debían ser exterminados y serían exterminados. El único país socialista del mundo sólo podría resistir si dentro era incommoviblemente estable, pues ésa era la premisa de su estabilidad en el mundo exterior también. Un Estado debía ser poderoso para un caso de guerra; un Estado debía ser poderoso, debía ser temido si quería la paz.

Para convertir, en plazo mínimo, a un país campesino en país industrial se necesitaban incalculables sacrificios materiales y humanos. El pueblo debía aceptarlos. Pero eso no se conseguía sólo con entusiasmo. Al pueblo había que obligarlo a hacer esos sacrificios. Para eso se necesitaba un poder fuerte, que impusiera temor. El temor había que mantenerlo por todos los medios, y la teoría de la lucha de clases permanente ofrecía todas las posibilidades para ello. Si en el empeño perecían algunos millones de personas, la historia se lo perdonaría al camarada Stalin. Pero si dejara al Estado indefenso, si le condenara a perecer, la historia no se lo perdonaría nunca. Una meta grande exige una gran energía; pero de un pueblo atrasado, una gran energía sólo se obtiene por medio de una gran残酷. Todos los grandes gobernantes fueron crueles. Si Kámenev, que era ahora director de la editorial Academia, acababa de publicar a Maquiavelo, no era por casualidad. Lo había hecho para ÉL. Quería demostrarle a ÉL que los métodos que empleaba se conocían ya en los siglos XV y XVI. Se equivocaba Kámenev. Las recomendaciones de Maquiavelo estaban ya viejas. Además, aún faltaba por saber si sirvieron en el siglo XV. Eran recomendaciones duras, pero superficiales, carentes de dialéctica, esquemáticas. «El poder basado en el amor del pueblo al dictador es un poder débil, pues depende del pueblo; el poder basado en el temor del pueblo al dictador es un poder fuerte, pues sólo depende del propio dictador.» El planteamiento era justo, pero sólo en parte; un poder basado únicamente en el amor del pueblo es un poder débil, cierto. Pero un poder basado únicamente en el miedo al dictador también es un poder inestable. El poder estable se basa tanto en el miedo al dictador como en el amor a él. Es un gran gobernante aquel que, a través del miedo, ha sabido inspirar amor. Un amor tal que todas las crueidades de su gobernación, el pueblo y la historia no se las achacan a él, sino a los ejecutores.

La expulsión de Trotski al extranjero fue un acto humanitario y, por lo mismo, erróneo; Trotski estaba en libertad y actuaba. A Zinóviev y a Kámenev no los expulsaría al extranjero porque ellos arrojarían las primeras piedras contra el bastión de temor que hacía falta levantar para proteger al pueblo y al país. Los seguirían sus aliados. Bujarin era aliado de ellos; se metía en casa de Kámenev por la puerta de servicio, mantenía con él conversaciones secretas, decía que pref-ría ver a Zinóviev y a Kámenev en el buró político en lugar de Stalin. Él se había buscado los aliados y compartiría su suerte.

En política no caben las lamentaciones. Si a alguien lamentaba él haber perdido era a Kámenev. Lo lamentaba en el sentido de que Kámenev no estaba con él, sino con Zinóviev. Era un hombre «cómodo», blando, condescendiente. Casi un paisano, y además había estudiado en el liceo de Tiflis y vivió allí muchos años. Tenía algo del intelectual judío y del intelectual georgiano: cortés, delicado, afable, un poco cínico, pero cínico campechano. Instruido, sabía orientarse en la situación política, formulaba sus conclusiones con precisión y claridad, y por eso le apreciaba Lenin. No era ambicioso ni aspiraba al liderazgo: un segundón tradicional. Eso fue cerca de Lenin. Y eso habría podido seguir siendo cerca del camarada Stalin. ¡No quiso! Prefirió al charlatán de Zinóviev. Hubo un tiempo en que trabajaron bien conjuntamente y se comprendían a la perfección. Precisamente Kámenev propuso su candidatura, la de Stalin, para la Secretaría General del partido. Pero la propuso con el único fin de utilizarle contra Trotski. Fue una

idea que maquinaron entre Zinóviev y él: hacer del aparato del partido una estaca contra Trotski porque estaban acostumbrados a que otros les sacaran las castañas del fuego. Pero no comprendieron lo esencial: que el aparato del partido no es una estaca; que el aparato del partido es la palanca del poder. Y al poner en sus manos esa palanca, le entregaron la totalidad del poder. La genialidad SUY A, de Stalin, consistía en que fue el único que lo comprendió. Aunque también lo comprendió Lenin; pero no al pronto, sino al cabo de casi un año. ¡Demasiado tarde! Pero incluso entonces, cuando Lenin exigió que le quitaran a ÉL de la Secretaría General, incluso entonces siguió Kámenev sin entender nada y propuso al congreso que no se tomara en consideración la carta de Lenin. Sólo cayó en la cuenta después de la muerte de éste; cuando, además de Trotski, también Kámenev y Zinóviev quedaron fuera de la herencia de Lenin. Habría sido el momento de hacer la opción política adecuada; habría sido el momento de seguir al camarada Stalin con todo el partido. ¡Pero siguió a Zinóviev, una nulidad! ¿Por qué? ¿Porque creía en el gran talento de Zinóviev? ¡Tonterías! Falló porque nunca le comprendió realmente a ÉL, porque no comprendió que la llamada simplicidad, la llamada mediocridad del camarada Stalin eran, ante todo, la sencillez del líder que no solamente da conferencias en la Academia de Mando, sino que, ante todo, habla con las masas y las arrastra.

Los judíos nunca comprendieron lo que es un LÍDER. Nunca supieron subordinarse de verdad. Era un rasgo adquirido a lo largo de la historia y era una tragedia nacional. Todos los pueblos se supeditaron a Roma y se conservaron como naciones. Los judíos fueron los únicos que no se supeditaron. En todas las religiones, Dios está representado por un hombre: Jesucristo, Mahoma, Buda... Únicamente los judíos no tienen un líder diosificado, únicamente la religión judía no permite la personificación de Dios en un hombre. Para los judíos no existe la autoridad absoluta y por eso no lograron conservar su estatalidad: el poder supremo de un Estado debe estar personificado en el líder supremo. Los judíos se han pasado toda su historia discutiendo; para ellos la democracia significa la posibilidad de discutir; a la opinión de la mayoría tienen siempre que oponer su opinión personal.

Naturalmente, también hay judíos capaces de reconocer al líder y de servirle. Kaganóvich, por ejemplo. Kaganóvich fue precisamente el primero que le llamó a ÉL líder, ya en 1929, durante un discurso en el Instituto de Profesores Rojos... Pero Kámenev prefirió la erudición y la oratoria de pacotilla. Y se equivocó. La erudición y la oratoria no bastan para un líder. ¿Qué fue de tantos «líderes» surgidos de entre los intelectuales y los «literatos» antes de la revolución? ¿Qué fue de todos los Lunacharski, Pokrovski, Rozhkov, Goldenberg, Bogdánov, Krasnín? ¿Y de los Noguin, los Somov, los Rizhkov? Desaparecieron y no quedó nada de ellos. Trotski tenía ciertas cualidades de líder. Pero su engreimiento de intelectual le hacía insoportable para los cuadros del partido. Subrayaba a cada paso la superioridad de su intelecto, y a la gente no le gusta que la tomen por tonta. La gente reconoce la superioridad del intelecto cuando se conjuga con la superioridad del poder. Para los hombres, la superioridad sólo es admisible en el gobernante, porque eso significa que se subordinan a un gobernante inteligente, circunstancia que no los humilla sino, por el contrario, los eleva, justifica a sus ojos la subordinación incondicional, les proporciona el consuelo de que no se subordinan a la fuerza, sino a la inteligencia. Pero mientras el líder no alcanza el poder unipersonal, debe saber persuadir, debe saber inspirar a los hombres el convencimiento de que son aliados suyos voluntarios, de que él se ha limitado a expresar, a formular los pensamientos de ellos. «¡Dadnos una organización de revolucionarios y nosotros pondremos en pie a Rusia!» Este planteamiento fundamental de Lenin nunca lo comprendió Trotski. Ése era el «abolchevismo» de que habló Lenin en su «testamento».

¿Tomaría Lenin en serio la idea de la dirección colectiva? ¡No! Lenin comprendía la importancia del líder. «El centralismo socialista soviético no contradice en absoluto a la unipersonalidad ni a la dictadura... La voluntad de una clase la realiza a veces un dictador que, a veces, hace más él solo y que en ocasiones es más necesario...» Y también: «Llegar hasta el extremo de hablar... de la contraposición, en general, entre la dictadura de las masas y la dictadura de los líderes es un absurdo ridículo y una estupidez...» Esto lo comprendía Lenin; pero pensaba gobernar Rusia por métodos europeos y en ÉL, en Stalin, veía a un asiático.

Lenin comprendía la importancia del aparato. Pero él quería el reforzamiento del aparato estatal en el que se apoyaba él como jefe del gobierno, y no quería el reforzamiento del aparato del partido en el que se apoyaba el camarada Stalin. Por eso propuso entonces que le quitaran del puesto de secretario general. Allá en la perspectiva, y además de la NEP, proyectaba, al parecer, cambios de mayor amplitud, ya que si se apostaba por el granjero, el granjero exigiría sus derechos. Para tales maniobras, Lenin consideraba más adecuados a Trotski, Zinóviev, Kámenev, Bujarin e incluso Piatakov, y le consideraba inadecuado a ÉL, al camarada Stalin. En éste veía al mayor partidario de ampliar el aparato, y él temía el robustecimiento del aparato del partido. Con razón. El aparato burocrático tiene la virtud de caer en la rutina; un aparato cohesionado por vínculos de muchos años deja de ser una palanca para convertirse en freno, para convertirse en una momia. En un inmenso país atrasado, campesino y multinacional, el aparato burocrático hace falta para conservar las conquistas de la revolución; pero también constituye una amenaza para la propia revolución, ya que la fuerza de dicho aparato llega a abarcarlo todo, a ser omnipotente e incontrolable. Con razón temía Lenin este fenómeno, y por eso afirmaba que «hemos copiado del zarismo lo peor: la burocracia y la pereza mental, que nos asfixian literalmente». Así era. Pero eso no significaba que se debería destruir el aparato burocrático, que se debiera crear un equilibrio político. El equilibrio político supone el FINAL de la

dictadura del proletariado. El aparato burocrático hay que conservarlo, hay que robustecerlo, pero sin permitir que se cimienten vínculos recíprocos; un aparato burocrático en mutación constante no tiene una fuerza política autónoma, pero continúa siendo una fuerza política considerable en manos de un gobernante prepotente. Como instrumento de poder, ese aparato debe imponer temor al pueblo; pero ese aparato también debe temblar él mismo ante el líder.

¿Tenía él un aparato burocrático así? No, no lo tenía. Hacía tiempo que quería modificar la composición del Comité Central; pero no había podido hacerlo ni siquiera en el XVII Congreso, el congreso de SU triunfo. A falta de motivos aparentes para retirarlos, hubo que dejar en el Comité Central a hombres para los que no había ya lugar en este organismo; pero él no pudo vencer los efectos de la caución solidaria de esos hombres, su cohesión, sus relaciones reciprocas arraigadas. ¡Se acabó! Ese aparato había cumplido ya su servicio y él no lo necesitaba ya en esa composición; él necesitaba un aparato distinto, que no razonara, para el que sólo existiera una ley: SU voluntad. El aparato actual era ya un trasto viejo, gas de combustión, un cachivache. Sin embargo, esos viejos cuadros eran también los que estaban más compenetrados, los más interrelacionados, y no abandonarían así como así sus puestos; habría que barrerlos. Pero entonces se convertirían en potenciales enemigos mortales, para siempre agraviados, para siempre retraídos, aunque dispuestos a unirse en cualquier momento con quien actuara contra ÉL. Habría que aniquilarlos. Entre ellos se encontrarían también hombres con méritos en el pasado: la historia se lo perdonaría al camarada Stalin. Ahora sus pasados méritos resultaban perjudiciales para la causa del partido. Esos hombres se consideraban los árbitros de los destinos del Estado, y por eso había que cambiarlos. Cambiarlos significaba destruirlos.

Stalin caminó otra vez por el despacho y se detuvo frente a la ventana. Sí: la revolución de octubre la dirigió Lenin y la realizó Lenin. Ése era su mérito histórico. Pero después de realizar la revolución y de defender el nuevo poder en el fuego de la guerra civil, de hecho emprendió el camino que le sugería la experiencia del marxismo ortodoxo: la NEP fue el inicio de ese camino. Lenin habría terminado de hacer la revolución burguesa por medios revolucionarios extremos, desbrozó ese camino destruyendo todos los vestigios del régimen feudal latifundista. Pero Lenin murió. La historia era un gran director de escena. Retiró a tiempo a Lenin y promovió a un líder nuevo para conducir a Rusia por el camino auténticamente socialista. Para eso se necesitarían varias revoluciones más. Una revolución tan importante como la de octubre la había realizado ya: había liquidado las haciendas individuales, había liquidado a la clase de los kulaks, había liquidado hasta la posibilidad del camino granjero de desarrollo de la aldea. Durante ese proceso habían perecido millones de personas: la historia se lo perdonaría. También había realizado otra revolución: había encauzado a Rusia por la vía del desarrollo industrial, la había convertido en un Estado moderno, industrial, potente en el aspecto militar. A un alto precio, cierto, a costa de muchas vidas: la historia se lo perdonaría al camarada Stalin. Lo que la historia no le habría perdonado hubiera sido dejar a Rusia débil y desvalida frente a sus enemigos. Ahora había que crear un aparato de poder nuevo, especial. Y destruir el viejo. La destrucción del viejo aparato había que iniciarla por los que se habían pronunciado contra él: por Zinóiev y Kámenev. Era los más vulnerables. Habían luchado contra el partido y habían reconocido tantas veces sus errores, que seguirían reconociéndolos, que reconocerían cualquier cosa. Y nadie se atrevería a defenderlos. Ni siquiera Kírov se atrevería.

Kírov llevaba nueve años en Leningrado. ¿Qué había hecho en esos años para convertir la organización leningradense del partido en un baluarte auténtico, y no aparente, del Comité Central del partido? Había optado por apaciguar en lugar de someter aquella ciudad en fronda constante. Someterla significaba sustituir el aparato viejo por uno nuevo y a los viejos cuadros por otros nuevos. Apaciguar significaba dejar intacto el aparato viejo, dejar a los viejos cuadros donde estaban, sólo que atrayéndolos al lado suyo. Ése fue el camino que siguió el camarada Kírov. ¿Por qué? ¿Porque no comprendía su tarea? La comprendía muy bien. Pero comprendía precisamente la tarea suya, y no la del partido; y convirtió Leningrado no en baluarte del partido, sino en baluarte propio. No fue Kírov quien atrajo a los viejos cuadros al lado suyo, sino ellos quienes le trajeron a su lado, quienes hicieron de él un nuevo líder.

Stalin se acercó de nuevo a la mesa y de nuevo leyó el informe de Yagoda. En efecto, Zaporozhets, el lugarteniente de Yagoda, no era capaz de modificar la situación creada en Leningrado. ¡Era un hombre incapaz, un inepto!

Stalin abrió la puerta del despacho y ordenó a Poskrióbishev que convocara para el día siguiente al camarada Yagoda, comisario del pueblo de Asuntos Interiores.

Era mediodía cuando llegaron al Angará. El acantilado que se alzaba sobre el poderoso río delataba con sus vetas pardas, amarillas y rojas la estructura prística de la Tierra.

Una hora más tarde, entraban en Boguchani. Allí habrían de vivir.

En la orilla estaban los baños, había redes puestas a secar y barchas amarradas a estacas. Isbas de troncos negruzcos flanqueaban por ambos lados la calle ancha. Los tejados de tablas estaban tapizados de musgo verde. Separaban las casas unas vallas altas y sin resquicios. Los porches daban al patio. A la calle miraban las ventanas con marcos tallados y pintados de azul o de violeta.

El carretero entró en un vasto patio, con establo, pajar, varios cobertizos y un redil descubierto. Pero no había ganado dentro y sólo se veían algunas gallinas picoteando en un montón de estiércol. El carretero abrió la puerta de la isba, espaciosa, y un olor agrio hirió su olfato. Vieron una mesa tosca y unos bancos a lo largo de las paredes: la vivienda indigente de una viuda.

Los habitantes eran una vieja contrahecha que, desde el banco donde estaba sentada apoyada en un báculo, seguía con inquietud cada movimiento de los recién llegados; su hija, mujer de unos cuarenta años, con el pecho hundido y el vientre colgante bajo un delantal sucio, que callaba como si fuera muda y, finalmente, el hijo de ésta, muchachuelo de unos diecisésis años, bajito y feo.

Dejaron allí el equipaje y fueron en busca del mandatario del Comisariado del Pueblo del Interior para el distrito. Era un tal Baránov, hombre grueso, de rostro abotagado de chupatintas donde podía leerse que se había pasado el invierno dormido y habría seguido durmiendo si no se lo impidiesen asuntos estatales como aquél. Abrió el sobre, frunció el ceño y a cada uno le asignó un lugar de residencia. Ivashkin se quedaba en Boguchani, Volodia, Kvachadze tenía que bajar todavía unos kilómetros por el río y los otros lo remontarían: Kártsev hasta la aldea de Chadobets, y Borís y Sasha hasta Kezhmá, aldea perteneciente a otro distrito, a disposición de su mandatario.

-Verá usted -trató de explicar Borís-: yo vengo destinado a esta sección del centro de acopios de pieles. Es una disposición del camarada Jojlov para el camarada Kosoláпов.

Jojlov era el administrador de la oficina territorial del centro de acopios de pieles y Kosoláпов el de Boguchani. Sin embargo, Borís no le mostró la carta a Baránov por miedo a que se la quedase.

-Jojlov hace mal en tomarse atribuciones que no son las suyas -dijo hosamente-. Cuando llegue la lancha del correo, se marchan a Kezhmá.

Volodia salió en busca de los demás.

Ivashkin había adquirido de pronto un aire muy serio, nuevamente imbuido de la excepcionalidad de su profesión: en Boguchani iban a abrir una imprenta y no había tipógrafos, como ocurría en todas partes.

-¿Y cómo se ha enterado de lo de la imprenta? -se sorprendió Sasha.

-Lo oí en Kansk -contestó evasivamente Ivashkin y corrió a buscar alojamiento. Resultaba desagradable pensar que durante todo el camino se lo había tenido callado por temor de que alguien le quitara el puesto.

Borís parecía abatido. Aún faltaba por aclarar si allá en Kezhmá -eran trescientos kilómetros más de camino- habría un cargo vacante para él. ¿Cómo no se le había ocurrido traer también una carta para allá?

-De todos modos, me acercaré donde Kosoláпов -dijo Borís- por si puede hacer algo. Lo que es, Baránov tiene bien puesto el apellido. [\[26\]](#)

Sasha y Kártsev volvieron a la casa. Kártsev, totalmente extenuado, llegó casi a rastras y pidió agua. Estaba tiritando. Sasha le abrigó lo mejor que pudo y preguntó a la vieja:

-¿Tienen ustedes agua hervida?

-¿Cocida? En ese caldero.

Estaba sentada en su rincón como una lechuza.

-Agarró un achaque por el camino. No es nada. Se le pasará, que es joven.

-¿Vais a comer?

-Cuando vuelvan los compañeros.

El primero que regresó fue Volodia. Cogió su saco, dijo que se alojaría en casa de un conocido, la tercera casa después de la escuela, y se marchó.

Luego volvió Borís. Kosoláпов no podía ayudarle. Todo estaba en manos de Baránov. ¡Pensar que la vida dependía de semejante zote! ¡Bah, al demonio con él!

-¿Sabe una cosa, Sasha? Pues hasta me alegro. Le he tomado afecto. Juntos empezamos el camino y juntos lo terminaremos.

[\[26\]](#) Derivado de barán, carnero, animal considerado muy estúpido.

Empezaba a hacer su composición de lugar -se colocaría él, colocaría a Sasha- y a rememorar ciertas cifras referentes al distrito de Kezhmá con las que pensaba ganarse al encargado del centro de acopios de pieles de aquel lugar.

Apareció Ivashkin, dijo que había encontrado una casa donde le daban cama y comida por un precio módico, que allí los sueldos eran buenos y, con el plus de región fría, podría girar algo a casa o incluso traerse a la familia. No se quedó a comer, puesto que había pagado ya el pupilaje de aquel día.

-Me voy corriendo, muchachos, porque me esperan.

No preguntó cuándo se marchaban, no dejó su dirección, no les pidió que escribieran ni prometió escribir él...
«Me voy corriendo, muchachos, porque me esperan.»

-Así se separan las personas -observó Borís.

-No ha sollozado sobre su pecho -observó Sasha con ironía.

-¿Usted también se ha dado cuenta? ¡Magnífico! Es usted un chico muy listo.

Comieron dracheni, todos de la misma fuente, y fueron a correos para dejar el aviso de que les remitieran toda la correspondencia a Kezhmá. [27]

Sasha escribió a su madre que se encontraba muy bien, que el Angará era un río grandioso, que él no necesitaba nada y que debía dirigir las cartas a la lista de correos de Kezhmá.

Volvieron a la casa. Los perros esquimales, acostados en la calle con el rabo enroscado, ni siquiera levantaban la cabeza al paso de las mujeres llevando cubos de agua colgados de los balancines ni cuando de algún portón salía alborotando un tropel de chiquillos.

-No veo un solo objeto que ofrezca el menor interés -observó Borís-. Como que la muchacha de la estafeta parece la élite del lugar. Le advierto que aquí está bastante difundida la sífilis. ¡Conque tenga cuidado! Y el tracoma. ¡Dios nos libre de usar sus toallas! Y en relación con lo más importante: ¿se ha fijado en la muchacha que anda rondando nuestra casa? Una que tiene los pómulos salientes. No está mal la chica.

Sasha la había visto hablando con el chico de la casa.

-No para de mirarle -añadió Borís.

-Pero si es una criatura...

-¡Qué va! Tendrá unos dieciséis años. La edad justa. Luego se casan y se convierten en animales de carga. Mire a su alrededor.

-Corrupción de menores -replicó Sasha, riendo-. Deje, que bastante tengo con el artículo cincuenta y ocho.

En el banco de delante de la casa estaba sentada aquella misma muchacha, bajita, esbelta, de piernas recias y una carita de rasgos netos, frente despejada y labios gruesos. En los dientes, que sobresalían un poco, se notaba un vago parecido con la forma de boca tunguso-mongol. Una blusa cerrada hasta el cuello y una falda larga aldeana que sólo dejaba asomar los tobillos y los pies descalzos, de plantas duras y sucias. Mascaba azufre y contemplaba a Sasha con unos ojos pardos, reidores, aunque no muy grandes.

-¿De qué te ríes? -preguntó Sasha.

Se llevó una mano a la boca para ahogar la risa, se levantó de un salto y echó a correr, cerrando con fuerza el portillo. Pero Sasha vio que se quedaba mirándole por una rendija.

-Algo rupestre, pero un encanto. Una figurilla -dijo Borís.

De cena pusieron párenki (nabos asados y picados) yagua de cebada espesada con fécula de patata. Todos, incluidos el ama de la casa y su hijo, comieron otra vez de la misma fuente. La vieja se lamentaba de que no tuvieran leche ni carne y ni siquiera pescado, ya que, no habiendo un hombre en la casa, nadie salía a pescar.

Durante la cena volvió a aparecer la misma muchacha. Abrió la puerta y al ver a Sasha la cerró, pero se quedó en el zaguán.

-¿Por qué te escondes? -gritó la vieja, pero la muchacha siguió escondida en el zaguán-. Es una chica de lo que no hay -explicó la vieja-. Se llama Lukeria. ¡Lukeshka! -volvió a gritar-. Entra, chica. Mira: estos de la ciudad han traído una cosa nueva de comer.

Sasha estaba cortando en rodajas el resto del embutido para dárselo a Kártsev.

Lukeshka entró, pero se quedó en la puerta.

-Es un retaco -observó la vieja, aludiendo a la escasa estatura de Lukeshka-. Por parte de madre y por parte de padre. No podía salir de otra manera... ¿Y tus hermanos?

-El demonio lo sabrá -contestó Lukeshka mirando de reojo a Sasha-. Pues en el bosque, vaya...

-¿Arrancando tocones, cargando o empinando el codo, que es lo que mejor se les da? ¿Fue el padre con ellos?

-Con ellos, pues...

[27] Plato, también llamado dragona, de huevos cocidos picados y revueltos con leche y harina o fécula de patata.

Lukeshka señaló a Kártsev con la cabeza.

-¿Está malo?

-Sí -contestó la vieja-. No hace más que decir cosas por lo bajo. Cualquiera sabe lo que dirá. Es el alma que se separa del cuerpo. ¿Qué haces ahí parada? Siéntate y habla con éste. Mira que buen mozo -y señaló a Sasha con la cabeza.

Pero Lukeshka seguía de pie junto a la puerta, mascando azufre y lanzando a Sasha miradas reidoras de soslayo. Descalza, con la blusa por encima de la larga falda, su cuerpo ágil olía a agua, a río y a heno. Se hallaba en esa breve época de juventud en que la muchacha aldeana todavía no está extenuada por el trabajo, la casa y los hijos, es ágil y fuerte, no tiene ya nada que aprender de la vida, educada en la casa común donde duermen juntos el padre y la madre y los hermanos con sus mujeres y en la calle aldeana, franca e ingenuamente desvergonzada.

Sasha le ofreció una raja de embutido.

-Pruébalo.

Lukeshka no se movió de donde estaba.

-¡Cógelo, hija del demonio! ¡Toma lo que te dan! -indicó la vieja.

Lukeshka tomó el embutido.

-¿Salieron los tuyos de pesca anteayer? -preguntó la vieja.

-Sí.

-¿Y trajeron mucho?

-Dos cubos trajeron.

-¿Qué edad tienes? -preguntó Sasha.

-¿El qué?

-Que cuántos años tienes.

-¿Yo qué sé?... Dieciséis, pues...

-Mentira, -objetó la vieja- nuestro Vania tiene quince... ¡Conque quince tienes tú también! Lukeshka se rascó un hombro contra el quicio de la puerta y no contestó.

-¡¡¡Lukeshka!!! -se oyó gritar en la calle.

-Te andan llamando -dijo la vieja.

-Ya sé -contestó Lukeshka sin moverse del sitio.

-¡Lukeshka!

-¡Será asqueroso!... --exclamó Lukeshka y salió dando un portazo.

-Guapa moza -le dijo la vieja a Sasha-. Regálale una *katetka* y andará contigo.

-Yeso ¿qué es? -Bueno, vosotros le llamáis pañuelo, pañoleta.

-Es curioso -sonrió Sasha.

Kártsev no durmió en toda la noche: gemía, se ahogaba, pedía que le ayudasen a sentarse porque ya no podía hacerlo él solo. Por la mañana, Sasha y Borís fueron al hospital. En el pasillo y en el zaguán había una larga cola de enfermos que esperaban ser recibidos por el médico. Borís entró directamente al gabinete y Sasha tras él. El médico, un hombre joven, escuchó lo que le explicaba Borís y, al enterarse de que se trataba de un deportado, dijo que necesitaba una prescripción del mandatario del Comisariado del Pueblo del Interior en el distrito.

-¿Qué prescripción necesita usted cuando se está muriendo una persona? -preguntó hosamente Sasha.

-Baránov lo sabe -contestó el médico.

Baránov salió a hablar con ellos en el patio, medio dormido todavía; les preguntó sin ninguna amabilidad lo que querían, y garrapateó de mala gana en un papel: «Al médico del distrito. Visite al enfermo Kártsev, confinado administrativo.»

Volvieron al hospital. Borís se metió otra vez sin hacer cola y le entregó el papel al médico, que quedó en ir cuando terminara la consulta.

Por la tarde llegó el médico, auscultó a Kártsev y diagnosticó pulmonía doble y empiema sobre un fondo de distrofia general. Necesitaba un balón de oxígeno, y no los había; necesitaba ser ingresado, pero en el hospital, calculado para diez pacientes, había ya veinte. Extendió una receta y dijo que le dieran leche caliente por la noche.

Pero, a juzgar por su mirada reservada, Sasha comprendió que ya daba a Kártsev por muerto.

Por la mañana, Kártsev se encontraba algo mejor y pidió que llamaran a Baránov.

-¿Para qué le quieres? -se sorprendió Sasha.

-Ve y dile que hay oxígeno, que hay de todo -jadeó Kártsev entre golpes de tos-. Id los dos a buscarle. Que venga.

Salieron, y Borís propuso pasar por casa de Volodia Kvachadze.

-Él sabe hablar con esa gente.

Volodia los escuchó con calma, incluso con interés. ¿Querría hacer olvidar lo mal que se portó en el Chuná, cuando dejó que Kártsev se quedara en el cobertizo aterido? Parecía extraño... Lo más probable era que quisiera

aprovechar el pretexto para armar escándalo con alguna autoridad y afirmar de paso su yo con un motivo serio. Además: el de que se le negara asistencia médica a un desterrado.

-Kártsev pide que Baránov vaya a verle.

-¡¿Cómo?! -Volodia se volvió hacia Sasha con expresión espantosa-. ¿Ha pedido que Baránov vaya a verle? Le temblaba la voz y, como siempre que algo le agitaba, tenía un acento georgiano muy fuerte.

-En el estado de Kártsev, no puede ser él quien vaya.

-¡¿Ha pedido que Baránov vaya a verle?! -repetía Volodia, mirando a Sasha con odio-. ¿Y vosotros habéis aceptado ese encargo? Sasha se cansó de su intransigencia.

-¿Por qué me miras así? ¿Es que no me has visto nunca?

-Cálmese, Volodia -intervino Borís-. Sasha no tiene nada que ver en esto.

Volodia calló un instante y luego pronunció sombríamente:

-Kártsev es un provocador.

-¡¿Por qué?! -se extrañó Sasha-. Se ha pasado tres años en un campo de aislamiento político, declaró la huelga del hambre, se abrió las venas...

-¡Estuvo en un campo, declaró la huelga del hambre, se abrió las venas! -gritó Volodia dando zancadas por el cuarto-. En los campos hay de todo, y los hay que deben declarar la huelga del hambre como los demás... ¿Por qué le llevaron a Moscú?

-¡Pero si le condenaron a confinamiento! -observó Borís.

-¿Y qué? -volvió a gritar Volodia-. También en los lugares de confinamiento hace falta gente así. «¿Que te arrepientes, que reconoces tus errores? ¡Qué va, hombre, con eso no basta! El movimiento se demuestra andando. Nosotros necesitamos informadores...»

-Si fuera así -objetó Sasha-, Baránov no le habría mandado a Chadobets, sino que le habría dejado aquí, en Boguchani.

-Baránov no sabe de la misa la mitad. En el sobre venían solamente nuestras referencias oficiales. Pero eso otro llegará luego, por el correo especial. Kártsev quiere explicar a Baránov que es de los suyos, que tienen que curarle, que tienen que salvarle. A todos los de Verjneuralsk los repartieron por campos y cárceles, mientras que a él le llevaron primero a Moscú. ¿Para qué? ¿Para que visitara la Galería de Tretiakov?

-Para ti, todo el que no está de acuerdo contigo es un canalla o un provocador -observó Sasha-. Bueno, pues nosotros iremos a ver a Baránov.

-¡Adelante, hombre, adelante! -profirió Volodia en tono de amenaza-. Podéis compartir con él ese trabajo, ¡hala!

-No quieras meter miedo, que gente más fiera que tú hemos visto.

-¿A quién has visto tú? -gritó de nuevo Volodia-. ¡Tú no has visto nada en tu vida! ¡Niñato de mamá! Tú no has talado bosques con cuarenta grados bajo cero. Tú no has visto cómo revienta la gente tirada en la nieve, escupiendo sangre. ¡A Kártsev has ido a compadecer! Y a los que los tipos como Kártsev mandan a la muerte, ¿los compadeces?

-A quien compadezco ante todo es a ti -replicó Sasha.

Cerca ya de la casa de Baránov se detuvo Borís.

-Vamos a sopesarlo todo serenamente, Sasha. Se puede no estar de acuerdo con Volodia, pero no se le puede negar cierto grado de lógica. ¿Para qué necesita Kártsev ver a Baránov? ¿Para que le ingresen? Eso también podemos exigirlo nosotros. Entonces ¿para qué? Usted, Sasha, comienza ahora solamente. Pero yo llevo bastante tiempo aquí ya. No hay nada más terrible que esa sospecha que, además, se difunde instantáneamente. Y para toda la vida, porque es imposible demostrar lo contrario. Yo estoy dispuesto a ir al hospital, a cuidar a Kártsev, a lo que haga falta, incluso a sacar el bacín... Pero lo que no quiero es organizarle una entrevista con Baránov.

-Iré yo solo -insistió Sasha.

Borís se quedó pensando y luego propuso:

-Haremos lo siguiente: vamos a exigir de Baránov que ingrese a Kártsev en el hospital, pero sin decirle que Kártsev quiere verle. Y luego, una vez en el hospital, si necesita ver a Baránov, que solicite su presencia por la vía oficial: a través del doctor.

-Ya he mandado que le vea el médico. ¿Qué más quieren?

-Hay que ingresarle en el hospital.

-Ya les han dicho que no hay plazas.

-Ese hombre se muere.

-No se morirá.

-Pero, si se muere, informaremos a Moscú de que usted se negó a hacerle ingresar en el hospital.

-Mal empieza usted aquí, Pankrátov -le advirtió Baránov.

Unas tres horas después llegó a la casa el carro del hospital. Sasha y Borís sacaron a Kártsev. Había terminado el caluroso día de junio. Una brisa ligera soplaban del río. Kártsev yacía con los ojos cerrados y su respiración era más igual y tranquila.

Al atardecer vino Lukeshka a sentarse otra vez en el banco. Unos *ichigui* de piel ceñían su pie pequeño. Se cubría la cabeza y los hombros con una pañoleta de colores vivos. [28]

Se retiró un poco, invitando así a Sasha a sentarse a su lado.

Sasha tomó asiento.

-Bueno: cuéntame algo, Lusha. ¿No te llamas así?

-Me llaman Lukeshka.

-Nosotros decimos Lusha. Pero yo te llamaré Lúshenka.

La muchacha se tapó la boca con la pañoleta.

-¿Te gusta Lúshenka?

Ella apartó la pañoleta de la boca. Le reían los ojos.

-¿Tú qué haces: trabajas o estudias?

-Lo de estudiar, lo dejé.

-¿Cuántos grados hiciste?

-Tres, pues.

-¿Sabes leer y escribir?

-Sabía, pero se me ha olvidado.

-¿Trabajas?

-Cocino. ¿Y dónde vas a vivir?

-A Kezhmá.

-Anda... -exclamó decepcionada-. Eso está muy lejos. Pues aquí viven muchos de esos así, deportados.

-¿Has estado en Kezhmá?

-No. Más allá del bosque no he pasado.

-¿Te da miedo de los osos? -Claro. Una vez fuimos al bosque a recoger bayas y de repente salió, con unos gruñidos... Hasta los árboles se movían. Nosotras venga a gritar y a correr hacia la barca. Nos daba pena de las bayas, pero pesaban mucho. Conque las tiramos. Y él venga detrás de nosotras, con sus patazas. Nosotras empujando la barca con el remo y él, ¡zas!, al agua. Ni sé cómo nos salvamos, remando, llora que te llora y muertas de miedo... ¡Qué susto! Y volvimos con las manos vacías. Ahora no vamos ya por allí. Nos da miedo.

Hablaban animadamente, entre risas y, al mismo tiempo, confusa, tapándose la boca con un pico de la pañoleta.

-¿Te vendrías conmigo a Kezhmá? -preguntó Sasha.

Dejó de reírse y le miró.

-Iré si me llevas.

-¿y qué haríamos allí?

-Pues vivir. ¿Cuánto tendrás que vivir en Kezhmá?

-Tres años.

-Pues viviremos tres años y luego te irás.

-¿Y tú?

-Yo, ¿qué? Me quedaré. Aquí todos hacen igual. Viven lo que sea y se marchan. ¿O piensas quedarte tú en el Angará?

-No, no pienso quedarme.

-Mañana iremos a las islas de Sergunki. Ven con nosotros.

-¿Para qué?

-Iremos a pasar la noche -declaró con ingenuo impudor.

-¡Lukeshka! -gritó una voz desde la casa vecina.

-¿Vendrás?

-Me lo pensaré.

-Cuántas vueltas le das a las cosas -rió Lukeshka y se marchó corriendo.

Había algunas virutas dentro del féretro y Sasha quiso arrojarlas al suelo, pero Borís se lo impidió.

-No se pueden tirar. ¿O no lo sabía?

[28] Ichigui: Botas blandas, sin suela, de piel más o menos suave, según la región, que se atan por debajo de las rodillas.

Sasha no lo sabía: era la primera vez que asistía al entierro de una persona. Un asistente y el carretero descendieron al sótano que hacía de depósito de cadáveres. El médico salió al porche, observó a Sasha con la mirada austera con que observó a Kártsev moribundo y dijo:

-El certificado de defunción ha sido enviado al mandatario del distrito. Sasha y Borís no contestaron. ¿Para qué querían ellos el certificado? ¿A quién iban a mandárselo?

El médico seguía allí, mirándolos. Era de su misma edad.

El asistente y el carretero sacaron el cuerpo y lo depositaron en el féretro.

Clavaron la tapa. El carro salió del patio. A un lado iba un hombre de mediana estatura, el carretero; detrás del féretro, Sasha y Borís. Recorrieron una larga calle aldeana, por delante de las isbas de color gris negruzco, torcieron por otra igual de gris negruzca, salieron del pueblo y subieron a un altozano, hacia una iglesia de madera con todos los huecos tapados. Detrás estaba el cementerio.

Cogieron unas palas y empezaron a cavar. La tierra sólo se había reblandecido por encima. Más abajo estaba dura, congelada, con vetas de hielo.

Allí terminaba el camino de Kártsev, compañero fortuito en su grupo de desterrados. Obrero de la fábrica Hoz y Martillo, funcionario del Komsomol, recluso del campo de aislamiento político de Verkneuralsk, confinado. ¿Estaría en lo cierto Volodia? ¿Qué habría conducido a Kártsev a eso? ¿El deseo de purgar su culpa, de demostrar la sinceridad de su arrepentimiento? Quizá le habrían prometido la libertad. ¿O habría sido simplemente débil?

Las respuestas a esas preguntas se fueron a la tumba con Kártsev en la lejana Siberia, en el fin del mundo. Pero, aunque hubiera sido así, Sasha no recordaba ni conocía a ese Kártsev. Había conocido a un hombre enfermo, que padecía.

El carretero dejó la pala.

-¡Basta! Ni un oso escarbaría tanto.

Retiraron el ataúd del carro, lo colocaron encima de las cuerdas y lo bajaron a la fosa, deslizándolo con cuidado por encima del montón de tierra recién extraída.

Luego retiraron las cuerdas y llenaron la fosa. Todo había terminado. El carretero subió a su carro, agitó las riendas y emprendió al trote el regreso hacia el pueblo. Sasha y Borís se quedaron junto a la tumba.

-Habría que poner una tablilla con su nombre, por lo menos -dijo Borís.

Pero ninguno de los dos tenía tablilla ni lápiz.

Desde el altozano se veía hasta muy lejos el Angará, que acarreaba sus aguas, entre rocas y bosques, desde tierras ignotas hacia tierras ignotas también. En el horizonte, el agua tomaba el mismo color que el cielo, se fundía con él, como si Dios no hubiera creado todavía tierra firme para separar unas aguas de otras.

Un sentimiento amargo y dichoso embargó a Sasha. Mientras estaba allí, doliente y desesperado en un cementerio sin cuidar, percibió de pronto con plena claridad la insignificancia de sus contrariedades y sus padecimientos propios. Aquella gran eternidad robustecía la fe en algo más elevado que aquello por lo que había vivido hasta entonces. Los que desterraban a la gente se equivocaban al pensar que de esa manera se podía quebrantar a un hombre. Se le podía matar, pero quebrantarle, no.

11

-¡Lea usted!

Mientras Yagoda leía su propio informe, Stalin le observaba: una cara tosca y estrecha, de color ladrillo, con un bigotito como el de Hitler debajo de la nariz; una mirada huraña y atenta.

¡No era ninguna beldad!

Stalin había optado por él en el año 1929. Menzhinski, muy enfermo, no podía prácticamente atender sus funciones y el XVII Congreso del partido incorporó al Comité Central, en su lugar, a Yagoda, que era suplente suyo. Se podría haber liberado al camarada Menzhinski de su cargo de presidente de la OGPU y nombrado en su lugar a Yagoda, pero el cambio no habría sido bien interpretado, ya que todo el mundo veía en Menzhinski al sucesor de Felix Dzerzhinski. Un mes atrás había muerto Menzhinski. Inmediatamente se aprobó una resolución del buró político, preparada hacía ya mucho tiempo, creando el Comisariado del Pueblo de Asuntos Interiores (NKVD), constituido por la Dirección General de Seguridad del Estado, la milicia, la defensa de las fronteras y la defensa interior, los campos y las colonias de trabajo y reeducación, así como el servicio de bomberos y el registro civil. Como comisario del pueblo de Asuntos Interiores, se nombró a Yagoda.

La candidatura de Yagoda no levantó objeciones en el buró político: viejo miembro del partido, chekista con experiencia, no era un político, no era un miembro del buró político; persona «neutral», no alteraría el equilibrio en la dirección del partido.

En su momento, Svérdlov no parecía estimar mucho la inteligencia de aquel pariente suyo (Yagoda estaba casado con una sobrina de Svérdlov): primero le destinó a la redacción de *Derevénskaia bednotá* («Campesinado pobre») y luego a la Cheká como simple funcionario. Pero Svérdlov no entendía mucho de gentes y estaba equivocado al alardear de que su libreta de apuntes suplía para él todo el servicio de personal del Comité Central. A ÉL, por ejemplo, Svérdlov le consideraba un «individualista» y se lo había dicho en su cara cuando estaban confinados en Turujansk. Y ÉL no se ofendía por eso. En general, Svérdlov era un buen muchacho, sencillo, pero no una personalidad.

La prueba era que Lenin le puso al frente del Comité Ejecutivo Central de la URSS, cargo puramente representativo. Y cuando murió Svérdlov, Lenin buscó para sustituirle a un antiguo campesino de la provincia de Tver, Kalinin, el «alcalde de toda Rusia».

El difunto Dzerzhinski tampoco quería mucho a Yagoda. Le mantenía en papeles de segunda fila, de administrador. Pero era que, con todas sus virtudes, el camarada Dzerzhinski era un señorito por su cuna.

Y era natural que Menzhinski, otro señorito, y además políglota que dominaba catorce idiomas (¿qué falta le harían catorce idiomas a un bolchevique?), le agradara más que Yagoda, un simple boticario de Nizhni-Nóvgorod. Había que reconocer también que, con todas sus cualidades, el camarada Dzerzhinski no carecía de cierta presunción... De ahí su escasa simpatía por Trotski, que, en cuanto a presunción, podía darle muchos puntos de ventaja. Naturalmente, un «oficinista» poco instruido no podía imponerle demasiado al férreo Felix...

Pero en la OGPU no se necesitaban ángeles ni tampoco apolos. El arte de dirigir consiste en saber colocar a la persona adecuada en el lugar adecuado y luego -eso era lo esencial- en saber retirarla cuando ya no sea necesaria. Yagoda, de momento, estaba en el lugar adecuado: comprendía el verdadero sentido de lo que le decían.

Quizá no careciera de fundamento la sospecha de que Yagoda había trabajado para la Ojranka zarista. Pero esas cosas son complejas y enrevesadas y resulta prácticamente imposible comprobar dichas sospechas. [\[29\]](#)

Las pruebas indirectas son vagas y frágiles; y en cuanto a las pruebas directas, apenas existen, ya que la Ojranka destruyó casi todos sus archivos en las primeras horas que siguieron a la revolución. ¿Cuántos nombres de confidentes se llegaron a conocer? Y tampoco ellos demostraban gran cosa, ya que la Ojranka sabía embrollar las huellas y sugerir pistas falsas. Además, un hombre que trataba con oficiales de gendarmes y se veía obligado a maniobrar a fin de conservarse para el partido, era inevitable que hubiera pasado por situaciones que ahora, al cabo de tantos años, podían parecer dudosas.

Era difícil demostrar que un hombre había esto relacionado con la Ojranka; pero más difícil aún resultaba demostrar que no había estado relacionado si surgía esa sospecha y existían algunos materiales. Y contra Yagoda existían ciertos materiales, indirectos, poco convincentes, pero suficientes para acusarle, si se quería, de agente provocador. A la persona que le presentó esos materiales le había dicho ÉL entonces que el partido los consideraba poco convincentes y le ordenó que nunca ni en ninguna parte volviera a sacar a relucir aquella cuestión. Pero los materiales se los quedó. Y Yagoda lo sabía. Además prohibió molestar a la persona que presentó dichos materiales. Eso también lo sabía Yagoda. Sería fiel por temor, y eso vale más que la fidelidad por convicción. Las convicciones cambian; el miedo no pasa nunca.

Yagoda dejó las cuartillas y no dijo nada -Stalin, de momento, no hacía preguntas-, ni miró a Stalin: mirar al camarada Stalin significaba hacerle una pregunta tácita, invitarle a hablar, y eso no le gustaba al camarada Stalin, que sabía muy bien cuándo debía hablar y de qué. Stalin le había mostrado su propio informe, el de Yagoda, sí; pero, de momento, no estaba claro lo que eso significaba.

Stalin hizo un movimiento de cabeza apenas perceptible hacia la silla que había cerca de Yagoda. Puesto que le invitaba a sentarse, la conversación iba a ser larga. Y sería, según entendía Yagoda, en el sentido de que le tocaría a él descifrar muchos rompecabezas.

Stalin dijo mientras iba y venía por el despacho:

-¿Qué demuestra su informe? Demuestra que el camarada Zaporozhets no cumple con su cometido. Si hubiera sido sencillo liquidar a la oposición zinovievista en Leningrado, se habría podido encomendar esa tarea al camarada Medvédiev y su aparato. Pero el camarada Medvédiev es un hombre de Kírov y, lamentablemente, el camarada Kírov no se percata del volumen del peligro zinovievista para el partido y para él en particular. No aprecia adecuadamente la situación que existe en Leningrado.

Stalin caminaba lenta y silenciosamente por la alfombra.

[29] Ojranka: Policía secreta en la Rusia zarista.

-¿Cuál es la peculiaridad de esa situación? -prosiguió-. La peculiaridad de la situación existente en Leningrado no reside sólo en que haya todavía muchos zinovievistas en la organización leningradense del partido. Lo más importante es que han quedado muchos en la dirección de la organización leningradense del partido, en que han quedado muchos alrededor del camarada Kírov. ¿Qué ha sido, vamos a ver, de las decenas de miles de personas que votaron por Zinóviev antes del XIV Congreso del partido? Siguen allí, en Leningrado, en los mismos puestos, en los mismos cargos. El camarada Kirov afirma que ahora están en la línea general del partido, que ahora están con el Comité Central... ¿Es así? ¡Están con el camarada Kirov, sí; pero eso no significa que estén con el Comité Central! ¿Cómo no van a estar con el camarada Kirov si el camarada Kirov los ha conservado en Leningrado ilesos e incólumes? ¡Claro que están con el camarada Kirov! ¡Claro que son fieles al camarada Kirov! Pero ¿no confundirá el camarada Kirov la fidelidad a él con la fidelidad al partido? ¿No establecerá el camarada Kirov un signo de igualdad entre él y el partido? ¿y no lo hará demasiado prematuramente? ¿Es de extrañar que los comunistas leningradenses honrados estén descontentos de tal situación en su organización del partido? No es nada de extrañar. Ese descontento es muy lógico, sobre todo (como usted mismo escribe con razón en su informe) entre los comunistas jóvenes, formados ya después del período de Zinóviev. Protestan contra esta situación, más aún porque en el camino de su avance, de su promoción, están los viejos cuadros zinovievistas que, como es natural, promueven a los suyos y cierran el paso a los demás, a los intrusos. Y los que ellos consideran intrusos son honrados y sinceros partidarios del Comité Central.

Stalin calló, siguió caminando lenta y silenciosamente por el despacho y luego volvió a hablar:

-Con los adictos a Zinóviev y Kámenev hay que terminar de una vez para siempre. El camarada Kirov se ha rodeado de zinovievistas y ellos le agradecen todo el bien que les ha hecho. Indudablemente. -Stalin reanudó sus paseos por el despacho-, en la situación concreta actual no les conviene a los zinovievistas apartar a Kirov, puesto que conserva sus cuadros en Leningrado. Pero, si las cosas se agravan en una situación de lucha por el poder, Kirov no les haría falta. También podría agravarse la situación en caso de peligro de una guerra. Y la guerra sólo les conviene a los enemigos del Comité Central. La guerra abre el camino a un cambio de poder. Ahora, Zinóviev y Kámenev tratan de utilizar al camarada Kirov como fuerza de choque contra el Comité Central; pero llegará un momento en que ya no le necesiten, y entonces le apartarán para provocar una situación de crisis en el país. Kirov ampara en su pecho a una víbora trotskista contra Stalin; pero ¿no morderá al propio camarada Kirov?

Tomó el informe de encima de la mesa y se lo arrojó a Yagoda.

-El partido no necesita papeles, sino hechos. Puede retirarse.

Stalin despidió así a Yagoda. ¿Le habría comprendido? A la perfección. En realidad, lo mejor sería que Kirov aceptase trasladarse a Moscú. ¿No era secretario del Comité Central? ¡Pues que trabajara como secretario del Comité Central! Así estaría a la vista. Ciento, que al lado del Ordzhonikidze. Pero aún faltaba por ver lo que resultaría de su tierna amistad el día que, como secretario del Comité Central, Kírov tuviera bajo su dirección toda la industria, incluida la industria pesada, o sea, también a Ordzhonikidze y su aparato. Ordzhonikidze, que no era excesivamente inteligente, haría de segundo en esa pareja y no querría supeditarse directamente a Kirov. Una sana suspicacia es la mejor base para el trabajo en común.

Stalin salió a la sala de espera y ordenó a Poskrióbishev que hiciera venir al camarada Ezhov.

Ezhov había sido incorporado al aparato en el año 1929. Era bajito, casi un enano. A Stalin le gustaban las personas de escasa estatura: la suya propia era de ciento sesenta centímetros.

Cosa extraña: Stalin se había olvidado de quién le recomendó. ¿Mejlis? ¿Poskrióbishev? ¿Tovstujá? Uno de ellos había sido. Anteriormente, Ezhov era funcionario del partido en Kazajstán.

En el secretariado se había mostrado eficiente: recordaba a la perfección dónde, cuándo y en qué puesto había trabajado cada cual y conservaba en la memoria cientos de apellidos. Un funcionario nato para la sección de personal. Por eso, en 1930 le puso ÉL de jefe de la sección de cuadros del Comité Central. Y no se equivocó. En diez minutos, Ezhov podía presentar una referencia exhaustiva de cualquier funcionario de la nomenclatura, sin excluir a los miembros del buró político, porque la cartoteca de Ezhov abarcaba a todo el mundo. Aquel retaco no reconocía personalidades. Para Ezhov, la veteranía en el partido, el origen social y los méritos pasados no desempeñaban ningún papel. Los consideraba factores pretéritos e incluso perniciosos, pues daban a su poseedor un derecho ilusorio a la exclusividad. Cuando Ezhov presentaba algún material relacionado con los miembros del buró político, sus ojos color violeta expresaban indiferencia. Para él los miembros del buró político no se distinguían en nada de las personas de nomenclatura. Funcionario de partido en el lejano Kazajstán, era el único que no tenía vínculos personales de ninguna clase en Moscú, en el Comité Central; nadie del secretariado le conocía de antes y, precisamente por ello, odiaba a los cuadros cohesionados por lazos de largos años. Esos «racimos» los destruía implacablemente, retirando las piezas más importantes, aplicando así en el aparato del partido la política de Stalin de desgajamiento de las personas. Claro que Ezhov, solitario, también se defendía y defendía su posición al luchar contra los «racimos», se decía Stalin. El odio acérrimo es indudablemente una mala calidad en política; impide

adoptar las decisiones adecuadas. Sin embargo, también se puede sacar provecho de los rasgos negativos de un carácter. Ezhov no era un hombre de «guantes blancos». Ezhov era hombre de «guantes negros». Pero también ellos eran útiles para la causa. Ezhov no discutía, sino que actuaba; estaba libre de cualquier freno moral o convencionalismo ético. Aparentemente modesto, era sin embargo ambicioso y quería gobernar a las personas, ser árbitro de sus destinos, pero secretamente, en su despacho, detrás de su mesa, con sus carpetas, con su cartoteca todopoderosa. Prácticamente, controlaba ya los organismos del Comisariado del Pueblo de Asuntos Interiores, y Yagoda le odiaba: allí, el equilibrio estaba conseguido. En el XVII Congreso, ÉL había incorporado a Ezhov al Comité Central: uno de los pocos cambios que consiguió hacer entonces. Ahora había que incorporarle al secretariado para el seguimiento de los organismos de seguridad, los tribunales y la fiscalía, quedando así definitivamente consolidado el equilibrio. Se podía estar tranquilo por ese sector, teniendo en él a Ezhov y a Yagoda, dos compañeros que se odiaban.

Stalin indicó una silla con un movimiento de cabeza. Ezhov se sentó y colocó delante de él su libreta de notas.

-Existe la propuesta -empezó Stalin- de modificar la estructura del Comité Central y añadir nuevas secciones al aparato del Comité Central. Cuando el camarada Stalin decía «existe la propuesta», eso significaba que la propuesta partía del propio camarada Stalin. -¿A qué se debe esa propuesta? -preguntó Stalin como dirigiéndose la pregunta a sí mismo. Ezhov miraba su libreta y tenía la estilográfica preparada. -Al camarada Riazánov le perdonamos entonces su actitud -continuó Stalin-. Le perdonamos su actitud porque le había provocado para adoptarla. Sin embargo, el hecho es indignante de por sí. ¡Detener a una comisión en Moscú! Eso no se habría atrevido a hacerlo ningún secretario de comité regional. En cambio, sí se atrevió a hacerlo un director de fábrica, sin pedirle siquiera consejo al secretario del comité del partido de su ciudad. Esto es un aviso muy serio.

Stalin hizo una pausa. Ezhov escribía sin levantar los ojos.

-¿Qué demuestra este aviso? -volvió a preguntarse Stalin a sí mismo. Y se contestó: Este aviso demuestra que los cuadros dirigentes de la industria están incontrolados. El aparato de la industria está convirtiéndose de aparato soviético en aparato tecnocrático. ¡Eso es un gran peligro!

En aquel punto hizo Stalin esa pausa especial que significaba que se disponía a pronunciar una frase-síntesis, una frase que se debería hacer llegar hasta la más amplia audiencia. Ezhov se concentró para anotarla con toda exactitud.

-Lamentablemente, el camarada Ordzhonikidze no valora la importancia de ese peligro. Ezhov dejó de escribir: todo lo referente a los miembros del buró político debía retenerlo en la memoria y no tomar nota de ello.

-En esto, el camarada Ordzhonikidze repite el error de muchos de nuestros máximos dirigentes que confunden la fidelidad de su aparato burocrático a ellos personalmente con la fidelidad de dicho aparato al partido y al Estado. El aparato tecnocrático es efectivamente fiel al camarada Ordzhonikidze. ¿Por qué no había de serlo? El camarada Ordzhonikidze defiende por todos los medios a ese aparato, lo protege, lo libra del control del partido, estimula sus tendencias autonomistas, levanta objeciones a la detención de cualquier ingeniero saboteador; las levantó incluso contra el proceso del Partido Industrial. Claro que el aparato tecnocrático le es fiel en tales condiciones, aunque fiel hasta cierto momento, fiel mientras cobra fuerzas. ¡Pero cuando hayan cobrado esa fuerza, se pasarán sin el camarada Ordzhonikidze! ¿Dónde está la garantía de que el camarada Riazánov no expulse mañana a una comisión nombrada por el propio camarada Ordzhonikidze? Al expulsar a una comisión enviada desde Moscú, el camarada Riazánov realizó una acción política. Entonces, ¿por qué no concertó ese paso político con la dirección política en la persona del secretario del comité del partido de la ciudad, camarada Lominadze? ¿El camarada Lominadze no tiene prestigio personal para el camarada Riazánov? Admitamos que sea así. Pero, independientemente de lo que valga el camarada Lominadze, él es quien está al frente de la organización del partido de la ciudad, y nadie está facultado para pasar por alto una organización del partido...

Ezhov había vuelto a tomar notas desde el momento en que Stalin dejó de hablar de Ordzhonikidze y se puso a hablar de Riazánov.

-El camarada Riazánov -continuó Stalin- ya no toma en consideración las directrices de Moscú ni toma en consideración a la dirección local del partido. ¿Qué significa esto? Esto significa que el aparato tecnocrático se siente incontrolado e impune. ¿Por qué?

Stalin hizo una nueva pausa precursora de una síntesis. Ezhov se inclinó sobre su libreta.

-El aparato económico -prosiguió Stalin- se ha sentido incontrolado porque no existe un control de partido equivalente. ¿Qué papel puede desempeñar la célula del partido del Comisariado del Pueblo de la Industria Pesada si al frente del comisariado se encuentra un miembro del buró político? ¿Qué papel pueden desempeñar las células del partido de las direcciones generales, los trust, las empresas y las fábricas si los jefes de esas direcciones generales y los directores de esas empresas son miembros de los comités regionales o incluso del Comité Central del partido, mientras que los secretarios de las células son, en el mejor de los casos, miembros de comités de distrito del partido? A ese nivel, el papel de las organizaciones del partido equivale prácticamente a cero. El asunto de Riazánov nos sugiere la necesidad de acometer una tarea primordial: el control de la actividad del aparato económico debe

realizarse a un nivel de partido equivalente. El aparato del partido debe controlar todos los aparatos del país, incluido el de la economía nacional y, ante todo, el aparato de la industria, que dispone de los cuadros más independientes, instruidos y engreídos.

Un chispazo de inquina brilló en los ojos amarillentos de Stalin al pronunciar la palabra «engreídos». Después de una pausa, añadió:

-Cualquier deslizamiento hacia la creación de una tecnocracia en nuestro país debe ser destruido de raíz y hecho añicos. Por eso existe la propuesta de añadir a las secciones actualmente existentes del Comité Central tres secciones más: industria, agricultura y transporte. De esta manera, las principales ramas de la economía nacional (industria, agricultura y transporte) tendrán una relación directa con el Comité Central del partido. De esta manera, el partido podrá ayudar mejor a los sectores decisivos de la economía nacional. Los dirigentes de estos nuevos sectores deberán ser trabajadores de escala igual o mayor a la de los comisarios del pueblo, pues entonces tendrán peso y autoridad. Prepare un proyecto de resolución sobre la reorganización de los organismos del partido y preséntemelo. Seleccione candidatos para los puestos de jefes de las nuevas secciones y preséntemelas también. La supervisión de cada sección estará a cargo de un miembro del Comité Central o, posiblemente, de un miembro del buró político. La sección de industria, por ser la más importante, deberá llevarla, indiscutiblemente, un miembro del buró político. El camarada Kírov, por ejemplo. Porque me parece que ha cursado estudios técnicos. A propósito: tráigame su expediente completo.

Stalin se levantó.

También se levantó presurosamente Ezhov, cerrando su libreta y guardándose la estilográfica en el bolsillo superior. Ya de pie, dijo Stalin:

-Castigar a Riazánov hubiera equivalido a aprobar la acción provocadora de Piatakov. Pero el principio del centralismo democrático soviético no debe ser alterado ni aun en el caso de que el centro no tenga razón. Ahora que desembrolle el asunto el comité regional del partido. Que el comité regional del partido exija explicaciones y nos informe de los materiales recogidos. El incidente debe quedar recogido de manera oficial.

12

En vísperas de licenciarse en el instituto, todavía en primavera, Sharok recibió una llamada de Málkova para decirle que se presentara a la mañana siguiente en la sección de personal del Comisariado del Pueblo de Justicia.

O sea, que ya estaba decidida la cuestión. Si le destinaban a la fábrica, estupendo; si le mandaban a un tribunal o a la fiscalía, el destino sería indudablemente para Moscú, pues de lo contrario no le habrían convocado al Comisariado del Pueblo. Los que se licenciaban aquel año en el instituto habían recibido ya sus destinos: todos a provincias.

Al día siguiente, Yuri se presentó a Málkova a la hora convenida. Al verle, ella se levantó y lanzó seca y escuetamente:

-¡Sígame!

Le condujo a una habitación pequeña, de paredes desnudas, donde sólo había una mesa de despacho destortalada, sin cajones, cubierta por una cartulina verde manchada de tinta, y tres sillas. Del techo colgaba una bombilla sin pantalla. Un cuarto abandonado, que no parecía tener un destino determinado.

Delante de la ventana, cuyos cristales no habían sido lavados hacía mucho tiempo, había un hombre de mediana estatura. Se volvió cuando entraron. Málkova hizo pasar a Sharok y en seguida salió, cerrando herméticamente la puerta.

Estuvieron algún tiempo observándose. El hombre tenía un rostro pueril, quieto, al que las grandes gafas de concha hacían artificialmente adulto. Yuri había evitado siempre a esos tipos impasibles: solían ser débiles, pero suspicaces y vengativos. El hombre se presentó con el apellido de Diákov, le ofreció asiento a Yuri y se sentó frente a él.

-Va usted a licenciarse en el instituto, camarada Sharok -comenzó Diákov-. Llega el momento de ofrecerle un destino, y nos gustaría conocerle mejor. Cuente algo de su vida.

Igual que le había dicho Málkova la primera vez. No eran demasiado originales los funcionarios de la sección de personal. Y Sharok contestó a Diákov igual que había contestado entonces a Málkova: que era hijo de un obrero de una fábrica de confecciones, que antes de ponerse a estudiar había trabajado de fresador, que en el instituto había llevado a cabo tales y tales tareas sociales. También existía una complicación: su hermano cumplía condena por

robo. En términos generales, contestó de manera que nada de lo dicho le comprometiera y, al mismo tiempo, fuera un impedimento para trabajar en los tribunales y en la fiscalía. Que le dejaran quedarse en la fábrica.

Pero Diákov, a diferencia de Málkova, no le dijo nada acerca de su hermano. Se conoce que ya estaba al tanto. En cambio, le preguntó detalladamente otras cosas: de dónde eran sus padres, qué parientes tenía y dónde vivían, qué tal era el apartamento de los Sharok y, en fin, qué planes tenía para después del instituto.

-Me gustaría volver a la fábrica.

Diákov aprobó con un movimiento de cabeza.

-Mi misión consiste en saber cuáles son sus propósitos. Lo demás, lo decidirán mis superiores. Le telefonearé de nuevo.

De manera que querían emplearle en el Comisariado del Pueblo de Justicia o en la fiscalía, aunque no estaba claro para qué puesto. De toda la promoción le habían elegido a él. Era halagador, desde luego, pero alteraba sus planes. Y aunque el Comisariado del Pueblo o la fiscalía significaban Moscú, decidió de todas maneras conseguir que le enviaran a la fábrica.

A los pocos días, Diákov le telefoneó para que fuera al Comisariado del Pueblo de Justicia. Cuando Yuri llegó, Diákov estaba esperándole en conserjería. Subieron en ascensor a la cuarta planta y entraron en la habitación donde Diákov le había recibido la vez anterior.

Junto a la ventana estaba sentado leyendo el periódico un hombre grueso, militar. Los distintivos de la guerrera, con cuatro rombos, eran de color frambuesa: tropas de la OGPU. Yuri se sobrecogió un poco al comprender en qué departamento querían emplearle.

-El camarada Beriozin -profirió Diákov.

Beriozin apartó el periódico. Yuri vio un rostro esquimal, cobrizo, y de nuevo sintió inquietud. Con un ademán, Beriozin invitó a Yuri a sentarse.

-La organización del partido le recomienda a usted para trabajar en los organismos de Seguridad del NKVD. He visto su expediente.

Tiene usted un hermano cumpliendo condena por robo ¿Conocía usted a los que juzgaron con él?

-Por primera vez los vi en el juicio.

-¿Se llevaba bien con su hermano?

-Me lleva cuatro años, de manera que él tenía sus amigos y yo los míos.

-¿Mantiene usted contacto con él?

-Él escribe a mis padres y ellos le contestan... De mi parte le transmiten mis deseos de que salga pronto y vuelva a la vida honrada de trabajo. Lo que no sé es si le servirán de algo mis consejos.

A Beriozin no le importaba su hermano, sino él. Yuri lo comprendía perfectamente. Debía contestar de manera que su sinceridad no dejara lugar a dudas, pero también de manera que no le admitiesen en el Comisariado del Pueblo del Interior.

Pero debían ser ellos quienes le rechazaran. Beriozin no creería nunca en él. Era del mismo tipo que Budiaguin, de la cohorte de hierro.

-¿Y qué amigos tiene? -preguntó Beriozin.

-En realidad, no tengo amigos íntimos -empezó Sharok con precaución porque comprendía que aquélla era la pregunta principal. Pero ¿quién le interesaba a Beriozin: Sasha Pankrátov o Lena Budiáguina? Sin embargo hacía tiempo que Sasha y Lena habían dejado de ser amigos suyos... -No, en realidad, no tengo amigos íntimos -repitió Sharok-. Tengo conocidos del instituto, de la escuela donde estudié, de la casa donde vivo...

-¿Usted estudió en la escuela número siete?

Ya estaba claro... Se trataba de Sasha o de Lena.

-Sí, en el número siete.

-¿En el callejón Krivoarbatski?

-Sí.

-Una buena escuela. Y, de sus compañeros de escuela, ¿a quién sigue tratando? Apuntaba a Sasha Pankrátov. ¿Se callaba? ¿Y por qué? De todas maneras se enterarían. Además, ¿qué podían echarle en cara?

Entre ellos no había habido nunca amistad, sino más bien todo lo contrario, hostilidad. Sin embargo, tampoco había por qué hablar de la hostilidad: no fueran a pensar que le echaba tierra a un detenido. Entre ellos no había habido nada: ni amistad ni hostilidad. Vivían en la misma casa, tenían los mismos años y, por tanto, fueron a la misma escuela... Luego coincidieron también en la misma fábrica. De eso hacía ya mucho tiempo...

-La verdad es -comenzó Yuri, pesando bien cada palabra- que, de hecho, ya no nos tratamos. Ni tampoco antes nos tratábamos mucho. Era el trato casual de personas que habitan en la misma casa. Y ahora nos hemos distanciado definitivamente. Maxim Kostin, por ejemplo, ha sido destinado a Extremo Oriente, después de estudiar en una academia de infantería. Alexandre Pankrátov está detenido, no sé exactamente por qué motivo. Nina Ivanova es maestra: nos saludamos cuando nos cruzamos en el patio... Sí: Vadim Marasévich, que no vive en nuestra casa,

pero a veces nos vemos. Es filólogo... ¿Quién más? Lena Budiáguina, que vive en la quinta casa. Tampoco nos vemos apenas.

-¿La hija de Iván Grigórievich? -preguntó Beriozin.

-Sí.

-¿Tiene usted novia, compañera?

La pregunta, hecha inmediatamente después de que Sharok mencionara a Lena, demostraba que estaban bien informados. Era su obligación. Y las preguntas no tenían como objetivo conocer detalles de su vida, sino más bien comprobar su sinceridad.

-De momento no pienso casarme -sonrió Yuri.

-¿Le gusta el teatro, el cine, el baile... ?

Estaban enterados de que solía ir con Lena a los restaurantes.

-Sí, me gusta bailar.

-¿Con chicas guapas?

-Prefiero que sean guapas.

Beriozin hizo una pausa y luego preguntó:

-Ha mencionado usted a Pankrátov. ¿Se trata de Alexandre Pávlovich Pankrátov?

-Sí, pero nosotros le llamábamos sencillamente Sasha. Era el secretario de nuestra célula del Komsomol. Está detenido...

-¿Qué clase de persona es?

Sharok se encogió de hombros.

-Esto fue hace tiempo. Han pasado ocho años. Entonces parecía un buen muchacho, honrado -sonrió-, nuestro jefe del Komsomol. Pero ignoro lo que le sucedió después. No podía contestar de otro modo. Una característica negativa, incluso moderadamente negativa, hubiera dado lugar a preguntas para las cuales no tenía respuesta ni tampoco necesidad de contestar. Entonces, Pankrátov era un buen muchacho; entonces, Sasha tenía quince años; entonces, Sharok tenía también quince años; entonces, él lo veía todo con ojos juveniles y crédulos. También ahora tenía mirada de credulidad. Era poco probable que les conviniera un chico tan franco y abierto y con un hermano ladrón, por si fuera poco.

Sharok no se imaginaba que esa buena opinión, esa opinión «sincera» acerca de Sasha Pankrátov, fue la que decidió su destino. Beriozin traspuso a él, a Sharok, el interés que le había inspirado Sasha, viendo en Sharok a un muchacho bueno y honrado como Pankrátov. Error garrafal que había de costarle luego muy caro a Beriozin.

De momento dijo:

-Estudiaremos su candidatura. Pero antes debemos saber si quiere usted trabajar con nosotros o no. Se trata de un gran honor. Los organismos de Seguridad de la Cheká son el destacamento armado del partido. No obligamos a nadie. Si se niega usted, no lo tomaremos como un agravio.

Se volvió hacia Diákov.

-Dele su teléfono al camarada Sharok.

-A la orden -contestó Diákov, levantándose.

-La cuestión no está decidida -advirtió Beriozin-, y esta conversación debe quedar entre nosotros.

-Entiendo -contestó Sharok.

¿Por qué él? Era un estudiante mediano, que no sacaba sobresalientes. Y en las actividades sociales le ocurría lo mismo: se limitaba a cumplir lo que le encomendaban. Pero se conoce que también necesitaban gente mediana.

Trataba de imaginarse la conversación que sostendrían a su respecto. Beriozin expondría sus dudas. ¿Por qué tenía un hermano ladrón? ¿Por qué frecuentaba los restaurantes? Lo más probable era que al otro, al delincuente, también le gustara la vida lujosa y terminó atracando una joyería. ¿Qué falta hacía una persona así en su Comisariado del Pueblo? Diákov, en cambio, estaría a favor de Sharok. Él había presentado su candidatura y tendría que defender su opción. Entre Sharok y Diákov había habido como un chispazo de algo que los acercaba. Comprensión recíproca, quizás. Con Diákov habría trabajado bien Sharok. En cambio, con Beriozin...

-¿Suele usted ir con su padre a las carreras de caballos? -había preguntado Beriozin.

-No, yo no voy.

Ésta fue la pregunta que le pareció más desagradable a Yuri. Lo sabían todo acerca de él. Lo sabían todo acerca de todos. ¡Y él, que había temido siempre a Budiaguin... ! No era a Budiaguin a quien había que temer, sino a Beriozin. Budiaguin estaba a la vista de todos y Beriozin no. Sin embargo, Beriozin era la fuerza principal. Con su poder oculto, ellos estaban tras las espaldas de los que tenían el poder a la vista.

Diákov también era una fuerza, aunque se levantara cada vez que Beriozin le dirigía la palabra. Yuri recordó la primera conversación que sostuvieron, el aplomo con que tomó entonces asiento. No, lo que había buscado en el instituto no eran medianías. ¿Para qué querían ellos personas de escasas dotes? La opción de Diákov estaba bien

definida: él, Sharok, era el indicado para ese trabajo. Él y no el simple de Maxim Kostin, el intelectual blandengue de Vadim Marasévich o Sasha Pankrátov con su excesiva independencia. A Sharok nadie se le escabulliría; ante Sharok nadie encontraría justificación porque él no creía en la sinceridad de nadie. No era posible creer sinceramente en todo aquello, y mentía quien afirmase que le daba crédito.

Ya estaba. La decisión era acertada. Debía fiarse del destino. Él daría su conformidad, y que ellos decidieran. Si querían le aceptarían; si no querían, no. Allí era donde se encontraría él seguro. Allí era donde estaría a salvo de todo. Y, en cambio, de ellos no podía estar a salvo la gente.

Yuri telefoneó a Diákov diciendo que accedía.

-Venga usted esta tarde -contestó Diákov.

Con el pase en la mano, Yuri caminaba por un largo pasillo fijándose en los números de las puertas. ¿Sería posible que llegara a trabajar él allí?

Diákov le recibió en un despacho minúsculo; pero era su despacho, él estaba allí en plan de dueño. Vestía de uniforme, con tres barras en los distintivos de la guerrera. Por extraño que parezca, el uniforme le sentaba bien, daba prestancia a un silueta poco gallarda.

-Has hecho bien.

Le hablaba de «tú», amigablemente, de igual a igual. Sacó una carpeta de su mesa.

-Tu expediente. Vamos a preparar los documentos.

Yuri notaba que era del agrado de Diákov.

-Oye: Sharok, la otra vez mencionaste a Pankrátov. ¿Qué clase de chico es?

-Bueno: yo lo he contado ya -contestó Yuri encogiéndose de hombros-. En la escuela era el secretario de la célula del Komsomol. Entonces daba la impresión de un chico honrado. Entre sus defectos, yo señalaría el afán de parecer más inteligente que los demás, más entendido, más enterado.

-¿Y no estaría, efectivamente, más enterado?

-Es posible -convino Sharok, que había entendido y sabía ya lo que debía decir-. Su tío Riazánov dirige unas grandes obras. La verdad es que en nuestra escuela estudiaban los hijos de muchos altos funcionarios. Pankrátov iba a sus casas. Yo diría de él que le gustaba mandar, ser el primero.

-Ahí, ahí está el quid -afirmó gravemente Diákov-. Y por eso se ha metido en líos. Se ha metido él y ha metido a otros muchachos, buenos y honrados.

-Dicen que sacó no sé qué periódico mural.

-Eso también, sí. Y, por otro lado, ciertas relaciones... Oye: ¿a casa de qué altos funcionarios solía ir?

Le interesaba Budiaguin, pero no quería pronunciar su nombre, que era demasiado conocido. Yuri tampoco pensaba pronunciarlo. Esa información no se la sacaría a él. Hablando con Beriozin había aludido ya a Lena. ¡Era suficiente!

-En nuestra escuela estudiaban chicos de la quinta casa. A éhos visitaba.

Diákov miró de reojo a Sharok.

-Rellenas este formulario y escribes tu autobiografía... -y añadió animadamente-: Me parece que tú y yo vamos a trabajar bien.

Yuri se adaptó en seguida al nuevo ambiente, encajó en aquella institución y hasta puede decirse que la adornó con su juventud, su sonrisa afable y su semblante ruso, abierto, que con la edad había adquirido cierta regularidad escandinava. Esbelto, ágil, era además ingenioso, diligente y reservado, cualidades que apreciaban tanto Diákov como Beriozin.

La protección de Beriozin le garantizaba a Sharok una rápida promoción, pero Yuri temía esa protección y temía a Diákov. Beriozin estaba muy alto, pero se pasaba semanas sin ver a Yuri y se acordaba de él tan sólo cuando le tenía delante. Diákov estaba al lado y en cualquier momento podía aprovechar la inexperiencia de Yuri para hacerle una faena. Beriozin era uno; los Diákov eran muchos. Además, el retorcimiento de Diákov le iba a Yuri mejor que la rectitud de Beriozin. Beriozin tenía fe; Diákov no creía en nada. Diákov fingía creer.

Pero con Diákov había que estar alerta. Era un intrigante. Sharok se dio cuenta inmediatamente y andaba con pies de plomo. Diákov le pasó a una serie de personas con las que él trabajaba y entre ellas a Vika Marasévich. ¿Era una casualidad o estaba enterado de sus relaciones?

Por si acaso, dijo:

-A Vika Marasévich la conozco: fuimos juntos a la escuela. Su hermano y yo estábamos en el mismo grado y ella un grado antes o un grado después. Ya no lo recuerdo bien. Diákov, que no dejó entrever si estaba enterado o no de aquel detalle, explicó impasible:

-Esta señorita se ha pillado los dedos con los extranjeros. Ya te enterarás cuando repases su expediente. Pero a su padre, el profesor Marasévich, suele visitarle Glinski. Hacia él es hacia quien hay que orientarla. La recibirás en la calle Maroséika. Su día es el lunes, a las once de la mañana. Es puntual, no se retrasa.

Vika se presentó, en efecto, a las once en punto. Yuri le abrió la puerta. Al verle, hizo intención de retirarse hacia el ascensor. Sabía que Yuri trabajaba en Seguridad; pero no se imaginaba que fuera a ser él su enlace.

-Pasa, preciosa, pasa sin reparos. Hace mucho que no nos veíamos -dijo Yuri muy sonriente.

La condujo a una salita, le ofreció amablemente una silla. Bien parecido y apuesto, vestía un uniforme flamante -el correaje, la guerrera con los distintivos de oficial, las botas altas -y era la personificación de la fuerza, del poder, del éxito. Le hablaba afablemente, incluso alegremente, como si no tuviera nada de particular verla a ella en aquel papel. Y como si tampoco tuviera nada de particular el haberse encontrado en esa situación.

Pero cuando Vika se presentó a la semana siguiente con un vestido de tirantes muy ceñido a las caderas y dejó deslizarse ágilmente un tirante descubriendo su hombro torneado, Yuri pasó por él una mirada indiferente que luego fijó en los ojos de Vika para decirle:

-Nosotros estudiamos en una misma escuela y, si nos besábamos a escondidas durante el recreo, a nadie le importa. Entre nosotros no ha habido nada más. ¿Está claro?

-Sí, sí. Naturalmente.

Diákov había atraído en tiempos a Vika a aquella colaboración al plantearse la necesidad de penetrar en casa del profesor Marasévich debido a un asunto relacionado con Lominadze.

Glinski, cómplice de Lominadze, frecuentaba la casa de los Marasévich -eran paisanos o parientes- y allí se entrevistaba con extranjeros. ¿Por qué no establecer a través de ellos una relación secreta con los partidarios de Lominadze en los partidos comunistas de otros países?

Esta idea, inesperada a primera vista, permitía crear una versión, dar fundamento a las frágiles acusaciones de Cher, respaldarlas con nombres de personas que no tenían una relación directa con la Internacional Comunista, ya que las relaciones indirectas prestan cuerpo y fuerza de convicción a un asunto. Cualquier hecho tiene peso; incluso las insignificantes informaciones de Vika resultarían esenciales enlazadas con la versión de ellos, colocando el apellido de Glinski junto a nombres de personas que Cher recordaría indudablemente como correos de Lominadze. Por otra parte, la esposa de Glinski era directora de un instituto donde existía una clandestinidad trotskista encabezada por Krivoruchko, su suplente.

Sharok conocía a Jan, el hijo de los Glinski, porque habían ido a la misma escuela, escuchó al padre cuando les dio una charla sobre sus recuerdos acerca de Lenin, y había visto a su madre, una señora con aires de gran dama, que luego fue nombrada directora del instituto donde estudiaba Sasha Pankrátov, y que por cierto le había expulsado sin imaginarse, la muy estúpida, que el asunto de Sasha se convertiría con el tiempo en parte del expediente incoado contra su marido y luego del suyo propio.

Y ahora era él, Sharok, quien se ocupaba de esa cuestión.

Encontrarse allí, en aquel mundo nuevo, con nombres conocidos, vinculaba el pasado con el presente. Y Sharok experimentó por primera vez la real posibilidad de vengarse de los que le habían humillado y desdeñado en aquella vida. A Sasha Pankrátov le habían dado ya su merecido. Aunque no hubiera sido por su mano, el hecho era el hecho. Y a los demás les pasaría otro tanto.

13

El apartamento donde Yuri recibía a Vika era propiedad de Diákov, pero Diákov vivía en casa de su esposa, Rebeca Samóilovna, una mujer obesa, contrahecha y prodigiosamente fea, pero, en cambio, políticamente erudita: era profesora de economía política. Gracias a ella había adquirido Diákov su instrucción política, aunque, según dedujo Sharok de sus observaciones, sólo había leído un libro: *Cuestiones del leninismo*, de Stalin.

Rebeca no le gustaba a Sharok. A decir verdad, no le gustaban los judíos. En la vecindad y en la escuela, nadie hacía distinción entre judíos y no judíos; pero Yuri sí la hacía. Y su padre y su madre, también.

El antisemitismo de los Sharok era latente. Conservaban en la memoria el tipo de judío que habían conocido allá en los tiempos en que el padre y el abuelo ejercían su oficio de sastre en la calle Moskvorétskai y al lado vivían muchos judíos -sastres, sombrereros, peleteros- en las callejas de Ojotni Riad y de Zariadie y cerca de la posada de Glebovski. También tenían allí su sinagoga. Los tenderos y los dependientes de aquel barrio comercial hacían de ellos el blanco de sus bromas pesadas. Ahora, de personas carentes de todo derecho, se habían convertido todos en jefes de algo. Que el Iván ruso, el patán analfabeto, se hubiera adueñado del poder era insoportable; pero más insoportable era que lo compartiera con el Jankel judío. El viejo Sharok convertía su protesta contra el nuevo régimen en odio a los judíos. Porque protestar contra el propio régimen era peligroso.

El hecho de que Diákov estuviera casado con Rebeca le parecía a Yuri resultado de su mediocridad. A Diákov no le decía nada de los judíos. En general, nunca hablaba de ellos. Incluso en casa se limitaba a sonreír desdeñosa mente cuando el padre se ponía a despotricar sobre el tema.

Su familia le planteaba ahora un grave problema. A la madre, en seguida la metió en cintura y le prohibió estar de cháchara en el patio. Además, no le quedaba tiempo, ya que iba a diario a un distribuidor especial donde siempre había algo a la venta. Y en el patio no se paraba porque nadie tenía necesidad de saber lo que llevaba en las bolsas. Con el padre, la cosa era más complicada. Seguía trabajando en casa para particulares. No mucho, dos o tres trajes al mes. Pero esta ocupación, que el inspector de finanzas ignoraba, le permitía ir al hipódromo y jugar al totalizador. Todo esto comprometía a Yuri y podía estropear su carrera.

En cuanto al padre, no se avenía bajo ningún pretexto a abandonar su clientela. Era su forma de independizarse del maldito régimen. En la fábrica de confecciones no era nadie; un simple operario. Allí era el amo. Las mujeres más elegantes de Moscú hacían los imposibles por que las atendiera, le adulaban, no regateaban. Le gustaban las mujeres hermosas, sus piernas con medias caladas, sus coqueteos, aunque sólo fuera para congraciarse con él. Prefería a las clientas jóvenes y bonitas y hasta cosía a veces para alguna guapa judía porque había cada morenita que quitaba el resuello. Lo esencial era que la mujer fuese joven, freschachona, dura de carnes. Le gustaban las de formas bien marcadas y pecho abultado. No admitía a viejas ni siquiera a mujeres maduras: las prendas no lucían cuando la silueta estaba echada a perder.

El padre era la única persona a quien Yuri respetaba: le tenía afecto y apreciaba su sabiduría prosaica. Además, sabía que también él era el único afecto de su padre. A Volodia le pegaba auténticas palizas; a Yuri nunca le había puesto la mano encima. Padre e hijo, muy semejantes, bien parecidos, amantes de la vida, eran en la familia el polo opuesto a la madre, amiga de las broncas en la vecindad, y al hermano mayor, delincuente común. El viejo Sharok no manifestó para nada lo que opinaba de la nueva posición de su hijo. Como tampoco criticó ni aprobó en su momento su ingreso en el Komsomol y luego en el partido, como tampoco criticó ni aprobó su relación y luego su ruptura con Lena. Y no por indiferencia, sino porque confiaba en él. Todos estaban ahora al servicio del Estado, puesto que todo pertenecía al Estado y no había más amo que él. Luego, que cada cual sirviera como le pareciera bien. Él personalmente había conservado su independencia y no pensaba dejar de practicar su oficio. En cuanto a Yuri, abordar aquella cuestión habría sido inferirle al padre un agravio que nunca le hubiera perdonado.

¿Separarse? ¿Privarse él y privar a los padres del privilegio, raro en Moscú, de vivir en un apartamento independiente? ¿Regañar para siempre con su padre?

Yuri no encontraba solución. Por otra parte, no quería ocultar en el trabajo las complicaciones de su vida. Era preferible que se enterasen por él y no por cualquier extraño.

-Vivimos en esta casa desde antes de la guerra -le explicó a Diákov-. Ya sabes: todos los vecinos se tratan, se conocen... Que si uno viene a que le dé la vuelta a una chaqueta, otro a que le acorte un abrigo, el de más allá a que le ponga un remiendo... Y a mi padre, como buen sastre, le gusta empinar de vez en cuando el codo.

-Tu padre trabaja en una fábrica -replicó Diákov-, y si pone un par de remiendos después de su jornada, no comete ningún delito; como tampoco es ningún delito echar unos tragos.

Diákov desdeñaba lo que pudiera pensar o decir la gente. Sharok y él eran allí árbitros de los destinos y de las vidas. Estaban en primera línea de la lucha contra el enemigo, tenían una responsabilidad especial y, por eso, unos derechos especiales. No sólo era secreto su trabajo, sino que también lo era su vida privada. Y una curiosidad excesiva por ella podía interpretarse de distintas maneras.

Yuri vestía ahora el uniforme de Seguridad. Volvía a casa de madrugada, salía para el trabajo después de comer, no se cruzaba con casi nadie en el patio y si se encontraba con alguien se hacía el distraído.

El padre dejó de trabajar para los escasos clientes que tenía en la vecindad. Yuri vio en esta actitud una muestra de comprensión y de tacto. El padre llegó incluso hasta tener la delicadeza de ir él a casa de sus dos mejores clientas y recibir allí a las demás. De esta manera, Sharok padre se hizo menos accesible y, por lo mismo, más famoso todavía.

Así, pues, este aspecto de la existencia quedó organizado, devolviendo a la familia Sharok una sensación de seguridad de la que había estado tanto tiempo privada e incluso eliminando un poco la sensación de temor que experimentaba. Quedaba otro aspecto de la existencia: las mujeres.

Yuri había sido siempre muy precavido por temor a tener que pagar luego alimentos a alguna criatura. En su nuevo empleo, las mujeres se fijaban en él. Pero no hay que buscarse líos en la colectividad donde uno trabaja. No surgían nuevas relaciones ni él reanudaba las antiguas.

Le gustaba Varia Ivanova. Siempre había tenido algo especial; y ahora era una preciosidad. Pero, ¡la muy perra!, una vez que se cruzaron en el patio, Yuri le sonrió afablemente y ella le contestó con una mirada llena de odio. Claro, ella y su hermanita la histérica eran de los de Sasha. A Yuri no se le había olvidado la fiesta de Año Nuevo. Le ofendió Sasha, pero la que inició la bronca fue Nina. Con Sasha se acabó: le habían deportado. Y también a éstas podía pasárselas igual. Sin que él interviniere, naturalmente. Eran del mismo patio. Diákov habría calificado ese sentimiento

de seudodecencia pequeñoburguesa. Pero aquélla era su casa, allí se había criado, allí vivían su padre y su madre, y allí volvería el hermano. No quería rodearlos de enemigos.

Sólo los recuerdos de una mujer, Lena, agitaban a Sharok. No podía olvidar su rostro amoroso y doliente. Además de su padre, era la única persona por quien experimentaba afecto y en cuya lealtad creía. Estaba dispuesta a sacrificarse por él y lo había demostrado ya. Después de aquella noche espantosa y del hospital, no le había delatado ni con una palabra, ni con un suspiro. Le amaba. Recordaba aquel último acre olor a mostaza que todavía ahora le excitaba. Le atormentaba la idea de que pudiera enamorarse de otro, unirse a otro, casarse. Estuvo a punto de matarla, la abandonó y, de todas maneras, únicamente él tenía derecho sobre ella. Recuperaría a Lena, la haría olvidarlo todo, volvería a supeditarla.

Yuri hubiera deseado un encuentro fortuito, pero no había lugares donde pudiera producirse. Sabía dónde trabajaba, pero le resultaba violento presentarse allí. Hizo lo que hacía antes: telefoneó a su casa. Pero tuvo que colgar porque se puso al teléfono Iván Grigórievich.

Al día siguiente la llamó al trabajo.

Lena no se sorprendió o fingió que no se sorprendía. Siempre su voz lenta y profunda. ¿Su salud? Buena. ¿Verse? ¿Por qué no? Pero ella se marchaba a la casa de campo directamente desde el trabajo. Tendrían que ponerse de acuerdo por teléfono. ¿Y si se reunieran todos?

Yuri se sorprendió.

-¿A quién te refieres?

-Tienes razón -rió Lena-. No queda nadie. Había pensado en Nina, pero se ha marchado a no sé qué seminario. ¿Y Vadim? Ponte de acuerdo con él.

-Lo intentaré -dijo Yuri, firmemente decidido a no telefonear a Vadim-. ¿Cómo quedamos?

-El domingo, por ejemplo.

La respuesta no parecía muy segura, pero ella siempre hablaba así, pronunciando muy netamente la terminación de las palabras y haciendo una pausa en los acentos, lo que daba un matiz de vacilación a sus respuestas.

Lena le dictó el horario de los autocares que salían de la plaza del Teatro, el número de la línea (así se llamaban las calles en el residencial de veraneo de Serébriani Bor), le dio el número del chalet y le explicó cómo llegar desde la estación terminal, donde los autocares volvían hacia Moscú.

Ni reproches, ni agravio, ni alegría, ni mal humor ni confusión. Una delicadeza algo ofensiva. La superioridad de la aristócrata. Y sin embargo se daba por satisfecho.

Le preocupaba un poco el encuentro con Iván Grigórievich y Ashjen Stepánovna; pero seguramente no sabían nada. Iván Grigórievich no le quería, pero eso era cosa de siempre. Además, quizás ni le viera. Iría a bañarse con Lena al Moskova y no se quedaría a comer. Él sólo necesitaba ver a Lena, arreglar las cosas y restablecer las relaciones anteriores. Además no estaba excluido que encontrara a Lena sola.

Sus padres podían haberse marchado de vacaciones llevándose a Vladlen. Quizás por eso, por temor a quedarse a solas con él, le había dicho que fuera el domingo y llevara a Vadim.

La idea de que vería a Lena el domingo, al cabo de dos días solamente, retrotraía a Sharok al pasado. Volvió a verse en el despacho de Iván Grigórievich, esperando a Lena mientras se cambiaba de ropa, con el corazón paralizado de la emoción. Ahora también se emocionaba. Incluso más que entonces.

14

El nuevo trabajo en los organismos de Seguridad, la nueva posición y el secreto poderío le daban aplomo a Sharok. Pero cuando llegó a Serébriani Bor, se sintió encogido. Las calles, o las líneas, como las llamaban allí, se distinguían sólo por sus números. Filas de empalizadas con setos de lilos o de jazmines asomando por encima, puertecillas de listones también iguales, con senderos que conducían hacia los chalets, ocultos detrás de los árboles y los arbustos. Ni cerca ni vigilantes, pero ningún intruso tampoco. Lo mismo que en un coto.

La puertecilla del jardín no estaba cerrada. Yuri echó a andar por el sendero flanqueado de flores hasta encontrarse frente a la casa, de dos plantas, pintada de verde claro. No se veía a nadie ni se oía un ruido. En la espaciosa terraza había una mesa en la que todavía estaba el servicio del desayuno sin retirar. Había muchos vasos, tazas, platitos y también muchas sillas en torno a la mesa. De manera que Lena no estaba sola.

Yuri permanecía delante de la terraza, indeciso, sin saber cómo anunciararse. Una criada se asomó a una ventana, interrogándole con mirada afable.

-Quería ver a Lena -indicó Sharok.

-Dé usted la vuelta por ahí, tenga la bondad, y le señaló el camino.

Yuri contorneó la casa, descubrió otra terraza, pequeñita, toda revestida de vid silvestre y escuchó una voz de hombre en la que en seguida reconoció a Vadim.

Él no le había telefoneado. ¿Cómo se encontraba allí? Extraña coincidencia. ¿Sería un asiduo de la casa? ¿Le habría llamado especialmente Lena para no quedarse a solas con él?

En fin, como estaba toda la familia, la presencia de Vadim era incluso una ventaja. A su lado se sentía más seguro, precisamente como un antiguo compañero de escuela. Al invitar a aquel estúpido, la propia Lena había evitado que se sintieran violentos.

Subió los peldaños de madera. Vadim y Lena estaban sentados en sillones de mimbre. Había también un velador y una tumbona de mimbre, donde se sentó Yuri. La terraza estaba pegada a un cuarto pequeño.

Si Vika le había contado algo a su hermano, Vadim se delataría por la manera de mirarle o de comportarse. Pero, nada. Obeso, tan gracioso como un elefante, Vadim estaba en el plan protagonista de siempre, contando cosas que él sabía y los demás ignoraban.

Lena le escuchaba con atención. No había cambiado nada. Conservaba su sonrisa tímida, con el rostro ladeado, su abultado moño negro sobre la nuca, sus labios muy rojos, un poco vueltos. Se comportaba de un modo sencillo y natural. Pero Yuri veía que continuaba amándole como antes... Su corazón se llenó de orgullo y júbilo.

Aunque aquella casa de un personaje seguía desagradándole y seguía inspirándole temor, como antes. Cosa extraña: porque a quien debían temer los demás era a él. Pero no había llegado a entender el secreto de aquellos intelectuales. ¿Por qué había de estar él a su servicio? Y no entender significaba tener miedo.

Vadim contaba que una delegación soviética había ido al Festival de Venecia con cuatro películas: *Bola de sebo*, dirigida por Mijaíl Romm y con la participación de Galina Serguéiva; *Muchachos alegres*, de Alexándrov, con Leonid Utiósov de protagonista; *El Cheliuskin*, de Posiolski, y el cámara Troyanovski, que había navegado en el Cheliuskin; y *El nuevo Gulliver*, de Ptushkó.

Vadim daba a entender que había participado en la selección de estas películas, refería los argumentos y les pronosticaba éxito, en particular a *Bola de sebo*. Excepto *El Cheliuskin*, eran películas que no habían salido todavía a las pantallas, de modo que ni Yuri ni Lena las habían visto. Y de nuevo resultaba que Vadim hablaba de cosas que él conocía y los demás ignoraban.

Según Vadim, muchas películas adolecían de rebuscamiento formal y de esnobismo; pero *Bola de sebo* y *Muchachos alegres* infundían muchas esperanzas. La cinematografía soviética iba a ser auténticamente popular.

-¿La *Bola de sebo* de Maupassant para el pueblo? -se sorprendió Yuri.

-¡Sí, sí, sí, ya ves tú! -gritó Vadim-. No es solamente la historia de una ramera. Es un film antimilitarista, antifascista. Eso es lo que entiende y lo que necesita el pueblo.

Yuri se mordió la lengua. Para él, *Bola de sebo*, al igual que todo Maupassant, era ante todo erótica. Se le había pasado por alto que a *Bola de sebo* la poseyó un oficial prusiano.

-*El acorazado Potiomkin* también es bastante complejo y, sin embargo, la gente fue a verlo -observó Lena.

Yuri se dio cuenta de que Lena le echaba una mano.

-Ciento... concedió Vadim-. Pero ¿adónde ha ido a parar Eisenstein con su formalismo? *Octubre* resulta ya totalmente incomprendible para el espectador: un gran tema capado. ¡Ahí tenéis a Dziga Vertov! ¿Habéis visto su *Sinfonía del Donbass*? ¡Un caos! ¡Una parodia de la realidad! Ahora, Vertov trabaja en una película acerca de Lenin. -Vadim encogió sus gruesos hombros-. ¡Consentir que Dziga maneje un material semejante! Serán grandes maestros, pero ya es hora de definir con quién están.

Yuri recordó el ardor con que Vadim peroraba en tiempos acerca de Henri de Régnier y otros franceses. Incluso le dio a leer librejos divertidos sobre la vida de los *souteneurs* franceses.

Quizá no mereciera la pena meterse en polémicas con Vadim; pero pudo más que la prudencia el deseo de sacarse la espina por lo de *Bola de sebo*.

-Tus gustos cambian, Vadim.

-A mejor, querido mío; a mejor -replicó Vadim con desafío-. Todos evolucionamos; la cuestión está en saber hacia dónde.

-¿Quéquieres decir? -inquirió Sharok, frunciendo las cejas. La agresividad de Vadim le había sorprendido. Claro que él no era su hermana Vika. Se sentía más fuerte que él.

-Quiero decir lo que he dicho -rezongó Vadim en respuesta-. Cada hombre se desarrolla. Lo importante es saber hacia dónde. Cada cual salta su barrera; lo importante es saber cuál y adónde le conduce. En la escuela, mis gustos literarios no estaban aún definidos. Lo importante es saber a lo que he llegado. En la escuela tú no tenías prisa por entrar en el Komsomol, y ahora eres miembro del partido. A mí esa evolución me parece normal.

No había que crear una situación conflictiva; había que mostrarse bondadoso y condescendiente. De ese modo no haría más que ganar a los ojos de Lena.

Y Yuri dijo:

-¡Magnífico! Es posible que también Eisenstein llegue a ser un realista socialista.

Había mencionado sólo a Eisenstein por miedo a equivocarse al nombrar al otro director. ¡Qué apellido tan raro y qué nombre tan raro! Rabinovich por todas partes... Hasta el demonio se confundiría.

Lena le miró con gratitud.

-Ese estacionamiento del que habla Vadim se debe, quizá, al paso al cine sonoro.

Vadim objetó al instante:

-Yo no he hablado de estancamiento. Pero en lo que se refiere al cine sonoro, soy muy precavido en mis pronósticos. Digan lo que digan, el cine es el gran mudo. La palabra puede convertir el cine en teatro llevado a la pantalla. ¿Os imagináis a Charlie Chaplin hablando? Yo, no.

Lena había visto en Londres muchas películas sonoras. El cine sonoro había arraigado allí y arraigaría también en la URSS. Pero no quiso discutir con Vadim. Sólo sonrió al recordar cómo se reían los londinenses de la pronunciación de los actores cuando proyectaban películas norteamericanas.

-¿Y *El tren ascendente*? ¿Y *Montañas de oro*? -preguntó Yuri, sometiéndose finalmente a la superioridad de Vadim.

Vadim sonrió.

-¿Te parecen películas habladas? Son cintas sonorizadas con música de Shostakóvich. Una música buena de por sí y, además, porque Shostakóvich se basa en las melodías populares. Ése es un factor muy importante para la formación de un compositor.

Vadim hacía alarde de lo bien enterado que estaba, quería demostrar a Yuri que estaba protegido por los cuatro costados. Yuri lo comprendió y comprendió también que el origen de ese afán era el miedo que sentía por él. Ésa era, igualmente, la razón de la extraña agresividad de Vadim. No pudo reprimir una sonrisa que dirigió a Lena, y Lena sonrió en respuesta, agradeciendo su tolerancia.

-¿Nos bañamos antes de comer o después? -preguntó Lena.

-Yo no puedo acompañaros -declaró Vadim, consultando su reloj-. Tengo que acercarme a casa de los Smidóvich. Volveré para la comida si me lo permites.

Lena pasó al cuartito a cambiarse de ropa y cerró la puerta. Vadim y Yuri se quedaron en la terraza. Una ventana de la habitación de Lena daba a la terraza. La ligera cortina se hinchaba, agitada por el viento, y hubo un momento en que se pudo ver a Lena con los brazos levantados, sacándose el vestido por la cabeza. Yuri se colocó delante de la ventana de manera que la tapaba con su cuerpo y sujetaba la cortina.

-¿Qué tal van tus cosas, Vadim?

Vadim estaba repasando los libros del velador.

-Pues como siempre. Tú no llamas, no pasas por casa.

-Tengo mucho trabajo.

Vadim tomó un libro del velador y se lo mostró a Yuri.

-¿Lo has leído?

-¿Qué es?

-Los recuerdos de Panáev.

-No caigo... Si no me equivoco, lo que he visto son los recuerdos de Panáeva.

-Era su esposa. Formalmente. De hecho era su compañera y se apellidaba Nekrásova. Lo que escribió no carece de interés. Pero esto es del propio Panáev -Vadim hojeaba el libro-, y hay aquí unas líneas curiosas.

En la casa vecina cantó una agradable voz de hombre:

-*Por qué te amo tanto, noche luminosa...*

Vadim apartó la mirada del libro, prestó oído.

-Música de Chaikovski, letra de Yákov Polonski.

Y de nuevo se puso a pasar páginas.

Volvió Lena, con un vestido rojo, de volantes, cuyos tirantes le dejaban los hombros y la espalda al aire. Una mujer espléndida, alta y elegante. Lo que necesitaba Sharok. Lena sonrió, cohibida de mostrarse tan descotada.

-Me he puesto el traje de baño para no tener que cambiarme allí.

¿Vamos?

-¡Un momento, un momento! -Vadim había encontrado por fin el pasaje que buscaba-. Esto es interesante. Panáev cita a Belinski. Belinski dice: «A nosotros nos hace falta un Pedro el Grande, un nuevo déspota genial que, en nombre de los principios humanos, se porte con nosotros despiadadamente e implacablemente. Nosotros debemos pasar por el terror. Antes nos hacía falta la estaca de Pedro el Grande para darnos, al menos, una semejanza humana; ahora, tenemos que pasar por el terror para hacernos personas en el pleno y noble sentido de esta palabra.

Se necesita tiempo para despertar la conciencia en nosotros, los eslavos. Ya se sabe: nadie se acuerda de santa Bárbara hasta que truena. Nada, señores: digan ustedes lo que digan, la santa guillotina era una gran cosa.»

Vadim dejó el libro.

-¿Eh?... ¿Qué tal?

Yuri callaba, sin saber cómo reaccionar ante aquella alusión. Eran palabras sorprendentes y algo se podía aprender de Vadim. Pero hablar de una manera tan directa...

Lena salvó de nuevo la situación:

-He leído esa parte. Y no la escribió Belinski, sino Panáev. Sólo que Panáev se la adjudica a Belinski.

-Es una cita de Belinski -se empeñaba Vadim-. Estas palabras de Belinski figuran en recuerdos de otras personas acerca de él y, en particular, en los de Kavelin. Sí; Belinski fue un gran hombre y comprendía que Rusia necesitaba una dirección firme. Pero, hombre de su tiempo, no sabía ni podía saber que habría de ser la dictadura del proletariado.

Yuri, en el fondo, se sorprendió del malabarismo político de Vadim.

-*Por qué te amo tanto, noche luminosa...*

Era la misma voz de hombre, en la casa vecina.

-Canta bien -observó Yuri-. ¿Quién es?

-Un vecino nuestro --contestó Lena-, funcionario del Comité Central. Se llama Nikolái Ivánovich Ezhov. Vadim movió la cabeza dando a entender que nunca había escuchado aquel nombre, él que tantos nombres conocía.

-No sé quién será; pero, desde luego, canta bien -observó Yuri.

-Una persona muy agradable -afirmó Lena.

Lena dijo, cuando Yuri y ella se quedaron solos:

-No reconozco a Vadim. Incluso me asusta un poco, ¡palabra! Se ha vuelto tan rotundo, tan intolerante y suspicaz... ¡Defiende el poder de los soviets! ¿Contra quién? ¿Contra ti y contra mí?

Lena había disimulado siempre su posición especial, y también ahora procuraba no destacar. De todas maneras, ella pertenecía a los que gobernaban el Estado y no a los que le servían simplemente como Vadim y su padre. Y también Yuri pertenecía a los que gobernaban el Estado: él pertenecía a la clase obrera, al pueblo, y de allí era de donde salían ahora los dirigentes. Precisamente por eso le habían admitido a él en los organismos de Seguridad. En la casa de la calle Granovski, donde vivía Lena en Moscú y también allí, en Serébriani Bor, habitaban famosos chequistas, personas magníficas. Y su propio padre había pertenecido a la VCHKA-OGPU. En la conducta de Vadim había algo artificial, falso; no encajaban sus «NOSOTROS podemos», «NOSOTROS no podemos», «EN NUESTRO país existe ya», «NUESTRO Estado»... Así podían hablar Nina Ivanova o incluso Sasha Pankrátov porque era su mundo, porque tenían derecho. Pero Vadim, no. Él podía únicamente prestar servicio. Y nada más.

Precisamente cuando Lena estaba pensando en Sasha habló Yuri de él, y esta coincidencia la sobresaltó.

-Vadim ha cambiado desde el día en que detuvieron a Sasha -repuso Yuri-. Yo me di cuenta en seguida. La detención de Sasha le asustó. Y ahora, del miedo, procura gritar más que nadie.

-Sí -corroboró Lena con pesar-: desde la detención de Sasha nos hemos vuelto distintos.

Igual que le ocurrió durante su conversación con Beriozin, en aquel momento comprendió Yuri que mucho iba a depender de lo que dijera acerca de Sasha.

-Sí, lo de Sasha es una lástima. Yo fui injusto con él. Me agravó cuando celebrábamos la entrada de año y no fui imparcial entonces.

-Bueno; pero ¿qué sucedió exactamente?

Lena observaba a Yuri con una mirada que pedía franqueza.

Yuri contestó, sopesando cada palabra:

-Sasha está acostumbrado a desempeñar primeros papeles. Pero en el instituto los primeros papeles los desempeñaban otros. Sasha se adhirió a los que querían ensalzarlos. Y los que querían ensalzar a la dirección del partido, los desviados. Sasha se encontró envuelto con ellos. Tres años de confinamiento era todo lo que se podía hacer por él. Los demás han ido a la cárcel o a un campo, y por mucho tiempo.

Sus palabras daban a entender que él había hecho algo en favor de Sasha.

-A mí me designaron para trabajar en el Ministerio del Interior cuando terminé la carrera (ya sabes que hice derecho), y los trámites de mi admisión coincidieron con el asunto de Sasha. Y la verdad es que, hasta el último momento, estuve preguntándome si entraría allí como funcionario o como detenido.

-¿De veras? -se asombró Lena-. ¡Pero si estudiabais en institutos diferentes! En cuanto a la escuela... En la escuela todos erais amigos.

-¡Lena! -replicó con sonrisa significativa-. El hecho de que no se hayan interesado por todos los amigos de Sasha no significa que no se interesaran por algunos. No olvides que yo vivía en la misma casa que Sasha, en la misma escalera, que trabajé en la misma fábrica que él durante dos años. Con razón se asustó Vadim. Cuando detuvieron a

Sasha, yo me vi obligado a dejar el trato con ciertas personas, y tú una de ellas para evitarle complicaciones a Iván Grigórevich. Porque tu padre hizo gestiones en favor de Sasha, intervino en un asunto del que estaba insuficientemente enterado. Por suerte, todo se ha aclarado. Sasha ha salido relativamente bien, y ya no se sospecha de sus amigos. Vadim es el único que sigue nervioso.

Lena caminaba a su lado con la cabeza un poco inclinada. ¿Le creería? No tenía razones para no creerle. Ella sabía que en los organismos de Seguridad trabajaba gente magnífica; pero sabía también a cuánta gente magnífica perseguían esos mismos organismos. Admitía que algunos de la pandilla hubieran sido llamados a declarar y ella no. Era una especie de lotería. Pero Yuri había tenido complicaciones, según decía, y no quiso que las tuviera el padre de Lena. Hizo bien: Stalin no quería al padre de Lena y el menor pretexto podía dar lugar a grandes contratiempos. Otro, en el lugar de Yuri, se habría comportado probablemente de manera distinta; habría hablado, se habría metido en explicaciones... Pero Yuri era como era. Lo importante era el impulso que le regía.

En la playa no había mucha gente. Los chiquillos chapoteaban ruidosamente cerca de la orilla y unos muchachos bronzeados, en calzón de baño, jugaban a las cartas sentados en la arena.

Lena se quitó el vestido y se quedó en bañador negro ajustado, que marcaba el pecho y las caderas. De nuevo sonrió tímidamente a Yuri, pero no volvió la cabeza, mientras él se quitaba la ropa para quedar en calzón de baño.

-Nos alejaremos de la orilla. Allí hay más profundidad -dijo Lena.

Nadaba con los brazos doblados por los codos y volviendo a un lado y a otro la cabeza, que mantenía muy baja, a ras del agua. Yuri no conocía ese estilo. Él nadaba a braza. Le admiró lo bien que nadaba Lena. Estaba descubriendola bajo un aspecto nuevo, ignorado hasta entonces. Empezaba a sospechar que no resultaría demasiado fácil ni sencillo normalizar sus relaciones.

Luego estuvieron tomando el sol, tendidos de brúces en la arena. Con la cabeza sobre los brazos cruzados, Lena le contemplaba de costado, y Yuri tuvo de nuevo la impresión de que la muchacha le amaba igual que antes.

Efectivamente, Lena le amaba. Quizá se debiera a que ningún otro amor había sustituido a aquél. Tenía un temperamento sensual, y Yuri había sido el primero y único hombre de su vida. Los sufrimientos que le había causado no hicieron más que reforzar ese sentimiento. Porque también él había sufrido.

-¿Cuándo podemos vernos? -preguntó Yuri.

Ella contestó sencillamente:

-Cuando quieras.

Podía llevarla a su casa, a su cuarto, como antes. El padre torcería el gesto, la madre se llevaría las manos a la cabeza, pero no pasaría nada; se aguantarían. Sin embargo le retenía una primitiva cautela masculina. Quería reanudar sus relaciones, sí, pero tomando sus precauciones. No escaparía tan fácilmente de otro tropiezo.

¿Dónde podrían verse? ¿Adónde la llevaría? Sólo había un lugar: el apartamento de Diákov. De hecho, Diákov vivía en Zamoskvoréchie, en casa de su mujer. Claro que no era lugar muy adecuado para una cita. Si Lena se enteraba... La cama era vieja, de aspecto no muy aseado y ni siquiera sabía si tenía sábanas puestas. Eso no importaba. Podía traer sábanas de casa en la cartera.

-Verás lo que ocurre -continuó Yuri-. Ahora estamos pintando la casa y andamos de un lado para otro con los muebles, durmiendo todos juntos en la misma habitación. Pero un compañero mío de instituto se ha marchado de vacaciones y me ha dejado las llaves de su cuarto. Podríamos vernos allí.

-Bueno -aceptó Lena.

15

Zoia se quedó admirada al enterarse de que Varia había bailado con Lióvochka en el Metropol. Le explicó que se apellidaba Siniavski, que era delineante de proyectos, un chico bueno y encantador, siempre dispuesto a echar una mano en el trabajo. ¡Y cómo se vestía! En los mejores sastres. ¡Y cómo bailaba! Tan bien como el famoso Vagán Jristofórovich. La graciosa regordeta que estaba con Lióvochka también era delineante. Se llamaba Rina. Zoia miraba a Varia con expresión aduladora. Ella había soñado siempre formar parte de la pandilla de Lióvochka, pero sin conseguirlo. ¡Lo que hacía ser guapa!... Todo se conseguía sin ninguna dificultad.

-¡Ay! -suspiró sinceramente-. ¡Qué suerte tienes!

Lióvochka no le gustaba demasiado a Varia: le faltaba virilidad. Pero bailaba a la perfección y, sobre todo, era un buen muchacho. Toda la pandilla se componía de buenas chicas y buenos chicos. No eran Vika con su Vitali ni las que andaban con extranjeros. De éstos, el único que la había impresionado era Ígor Vladímirovich. Pero tenía treinta y cinco años y la cohibía. Una relación con él debía ser seria, y Varia no podía querer a un hombre tan mayor ni tontear

con él. Era un hombre noble, que inspiraba respeto y habría estado mal jugar con él. Varia tenía su código de comportamiento: sabía lo que se podía hacer y lo que no debía hacerse.

Abrigaba la esperanza de que Lióvochka la atraería a su pandilla y aguardaba una invitación. Tardó un poco. No llegó hasta un par de semanas después de haberse conocido en el Metropol.

Zoia, toda nerviosa, le anunció triunfalmente que la pandilla iría al día siguiente al jardín Ermitage y también las esperaban a ellas. Momentos después telefoneó Vika para proponerle que cenaran con Ígor Vladímirovich la noche siguiente en el restaurante Kanatik.

-No puedo -contestó Varia-. Voy al Ermitage.

-¿Y con quién, si se puede saber?

-Con la pandilla de Lióvochka. Voy a empezar a trabajar con ellos.

-¿Y eso te obliga a ir con ellos? Llámalo por teléfono y discúlpate. Te estoy diciendo que Ígor Vladímirovich estará con nosotros.

-No puedo. Lo he prometido y no puedo engañarlos.

-Yo también lo he prometido -se indignó Vika-, y no a una basura como Lióvochka, sino a Ígor Vladímirovich. Y no lo he hecho por mí. Tú le gustas y él no está casado.

-Perdona, pero otra vez será -replicó Varia-. Llámame cuando quieras. ¡Adiós! Y colgó.

En el Ermitage, lo mismo que ocurría en el Metropol, la pandilla de Lióvochka tan pronto aumentaba como disminuía. Unos se acercaban, desaparecían y volvían otra vez. Era natural. ¿Por qué iban a pasear en tropel? Además, ni siquiera paseaban, sino que estaban parados junto a la entrada principal para que todo el mundo los viera y ver ellos a todo el mundo.

El grupo de los chicos se componía de Lióvochka, dos de la oficina de diseño de proyectos a quienes llamaban Volia el Grande y Volia el Pequeño, un joven bien parecido que respondía al extraño nombre de Ika, Willy Long, hijo de un alto funcionario de la Internacional Comunista, achaparrado, con cara de pillo, y, en fin, Mirón, asistente de Vagán Jristofórovich, el famoso profesor de baile, un chico de pelo rizado, afable, pero con alma de negociante. La única muchacha que estaba siempre con ellos era Rina, la regordeta pecosa. Las pecas recubrían su piel como una capa de bronceado, y resultaba muy gracioso. Volia el Grande decía que era un beso del sol. Rina había nacido para divertirse. Irradiaba alegría a través de todas sus pecas y resplandecía como una llamarada con sus cabellos rojizos.

Otras muchachas se unían a la pandilla fortuitamente. Eso le había ocurrido aquella tarde a Varia, aunque nadie la trataba como a una novata. Nadie cortejaba a nadie, chicos y chicas eran iguales: simples delineantes, como Zoia. Ellos la ayudarían a colocarse en el taller de arquitectura de Schúsev, que diseñaba los proyectos para el hotel Moskva. Allí, los sueldos eran tan altos como en los talleres donde se diseñaban los proyectos para empresas de la industria pesada.

Lióvochka sonreía amablemente, con cara de querubín, y enseñaba su diente torcido, y Rina sonreía como un solecito. Se hablaba de cosas sin importancia, se contemplaba a las muchachas que pasaban por delante, haciendo observaciones a su respecto, pero alegremente, con desenfado, y nadie se molestaba.

Los amos del jardín Ermitage eran precisamente ellos, los muchachos sin dinero, que ni siquiera habían comprado entradas y que luego se marcharían a bailar a cualquier restaurante. Mirón, el

del cabello rizado, desaparecía de vez en cuando con aire misterioso, aludía a cierto Kostia, pero nadie parecía preocupado, en la seguridad de que acabarían yendo.

Varia se encontraba a gusto con aquella pandilla, veía que agradaba a los muchachos, al taciturno Ika, a Lióvochka, pero no estaba segura de que le propondrían ir con ellos al restaurante, más aún si la acompañaba Zoia. Zoia se les había pegado, se mostraba excesivamente ruidosa y expansiva y, como siempre sucede en tales casos, lo que querían los demás era deshacerse de ella.

No lejos de la entrada había un hombre con barbita sentado delante de una mesa pequeña donde tenía un montón de sobres, varios lápices y un rótulo que decía: «Grafólogo D.M. Zúev-Insárov. Estudio del carácter por la escritura. Precio, cincuenta copecs.»

-Hace tiempo que quería yo conocer mi carácter -declaró de pronto Zoia-. ¿No se anima nadie más?

Rina enarcó las cejas, extrañada.

Willy Long suspiró con pesar y se abrió de brazos.

-¡Lástima que no haya también un tiovivo para dar unas vueltas! Varia comprendió el fallo de su amiga: para la pandilla, aquello no era más que una atracción.

Zoia fue hacia la mesa y la llamó:

-¡Varia, ven aquí!

Si se desentendía de Zoia, tenía alguna probabilidad de ir con la pandilla al restaurante; si se acercaba, sería repudiada con ella.

De todas maneras, llegó hasta la mesita del grafólogo. Hojeó el libro de opiniones... Máximo Gorki, Lunacharski, artistas famosos... «A Zúev-Insárov, con gratitud Yarón...»

Zoia rellenó un sobre, se lo tendió al grafólogo y le dijo a Varia:

-Ahora, tú.

-No. No quiero -rechazó Varia.

Sólo tenía ocho copees para el tranvía. Además, ¿quién era capaz de descifrar los caracteres sólo por la inscripción de un sobre? Eso eran tonterías.

Pero Zoia le había entregado ya un rublo al grafólogo.

-Por ella y por mí.

Varia rellenó el sobre. Volvieron donde estaba la pandilla, y a nadie le llamó la atención que estuvieran de nuevo allí. Era normal: cualquiera podía apartarse y volver. Apareció Mirón, pronunció algunas palabras confusas y se marchó otra vez. Aprovechando un momento en que Zoia estaba distraída charlando con uno de los Volia, Rina murmuró al oído de Varia:

-Vamos al Savoy, pero sin Zoia.

-¿y qué hago con ella?

Rina se encogió de hombros: «Allá tú. A ti te llevamos, pero a ella no. Arréglatelas como puedas.» Y, como si no hubiera dicho nada, se volvió con su sonrisa resplandeciente.

Empezaron a marcharse. No todos juntos, ni uno por uno, sino de una manera muy suave e inadvertida, como prestidigitadores... Ahora abran los ojos, y verán que no hay nadie...

Zoia y Varia se encontraron solas.

-Se han largado -murmuró Zoia, y se le saltaron las lágrimas.

-¿Esperabas que iban a llevarte en automóvil? -preguntó Varia con sorna-. ¿O en coche de punto con ruedas de goma?

-Son unos cerdos -profirió sombríamente Zoia-. Y la más cerda, Rina, la presumida de Rina. Pecosa, pelirroja...

Echaron a andar por el paseo, mezclándose con la multitud que llenaba ahora el jardín porque era el descanso en el teatro y en el escenario donde actuaba la orquesta de Tsfasman. Dieron un par de vueltas y vieron a Ika en el sitio donde habían estado parados toda la velada.

-¡Chicas, os estoy buscando! -gritó Ika-. ¡Vamos, daos prisa!

-¿Adónde? -preguntó Varia.

-Al Savoy. Os hemos esperado en la parada y, como no veníais, se han marchado todos y me han mandado a buscaros.

-A nosotras nadie nos ha dicho nada -objetó Zoia.

-No sé. -Ika no quería meterse en explicaciones-. No lo habréis entendido. ¡Vamos, vamos!

16

La pandilla ocupaba ya una gran mesa ovalada. La aparición de Varia y Zoia no causó ningún revuelo. ¿Habían llegado? Bueno, pues que se sentaran. De modo que Varia se quedó con la duda de si Ika había vuelto a buscarlas por su cuenta o por encargo de los demás.

Hablaban de cierta Alevtina, a quien el marido, que era de Bujará, había asesinado por celos. Rina había estado en el juicio.

-Le salvó tener a Braude de defensor -refería Rina-. ¡Qué manera de hablar! Dejó turulatos a los jueces... «La puerta giratoria del Nacional arrastra a nuestras muchachas al círculo vicioso de la vida de restaurantes.»

Hizo un ademán imitando cómo arrastraba la puerta giratoria a las muchachas al círculo vicioso de la vida de restaurantes.

-¡Dos años solamente por matar a una mujer! -se indignaba Zoia.

-Yeso seguramente de prisión condicional por el atenuante del atraso cultural. Lióvochka sonreía como un querubín, enseñando graciosamente su diente torcido.

-Y no entrando por la puerta principal, no entrando por la puerta giratoria, ¿desaparece el peligro?

-En todo el mundo va la gente a los restaurantes y los cafés a pasar el rato -dijo Willy Long. Volia el Pequeño se tapó la cara con las manos y, meciéndose como los musulmanes cuando oran, se puso a decir entre dientes:

-¡Pobre Alevtina, desdichada Alevtina! ¿Por qué la habrá degollado el salvaje bujarí como a una gallina, como a un polluelo?

-Polluelo asado, polluelo frito -entonó Volia el Grande-, también el pollo quiere vivir... -y si se quita la puerta giratoria y se deja simplemente una puerta, ¿no habrá ya círculo vicioso? -volvió a preguntar Lióvochka.

Apareció Mirón y dijo sentándose a la mesa:

-En seguida viene. En cuanto termine una partida.

-¡Ahí está! -anunció Willy, que se había sentado de frente a la puerta.

Se dirigía a la mesa de la pandilla un hombre de unos veintiocho años, ancho de hombros, no muy alto, con bigotito. Llevaba unos zapatos de charol relucientes y un buen traje que, puesto con cierta negligencia, por lo mismo le sentaba mejor que al impecable Lióvochka. Cruzaba la sala con paso ligero, seguro pero precavido y una inclinación de cabeza para los conocidos o una sonrisa de respuesta a los saludos. Era Kostia, el famoso jugador de billar al que había aludido Mirón de pasada en el Ermitage.

La pandilla le saludó. Él paseó una mirada lenta por la mesa. Era una mirada extraña, osada y al mismo tiempo suspicaz, que parecía inquirir la clase de gente que había allí, aunque a todos los conocía de sobra. Sus ojos se detuvieron tan sólo en Varia y Zoia.

Tomó asiento cerca de Varia.

-No habéis encargado nada -observó Kostia.

-Rina estaba contando lo de Alevtina. Ella estuvo en el juicio -replicó Lióvochka evasivamente.

Ika, menos diplomático, enmendó toscamente:

-Te esperábamos a ti.

Kostia dijo, después de observar atentamente a Ika:

-¡Un lástima! Alevtina era una buena chica. Yo le advertí que no se liara con el de Bujará. Pero no me hizo caso.

Hablabía lenta y claramente, estirando los labios y arrastrando las palabras, como se habla en el sur de Rusia. Tenía los ojos de color marrón oscuro y los cabellos de un cálido matiz dorado.

Se volvió hacia Varia.

-Las chicas tendrán seguramente hambre.

-Yo, no -contestó Zoia con un melindre.

-Pues yo sí -declaró Rina-. Un hambre espantosa. Me comeré todo lo que me pongan delante.

-Convendría tomar un bocado -opinó Ika. Al parecer, era el único que no dependía allí de Kostia. Se acercó un camarero.

-Trae primero unos cigarrillos -ordenó Kostia.

-¿Flor de Herzegovina?

-Sí.

Hablabía y lo hacía todo con deliberada lentitud. Todos estaban deseando comer algo, lo sabía a la perfección, pero no se apresuraba.

Abrió la cajetilla con la uña y la arrojó sobre la mesa para que fumara el que quisiera, y sólo a Varia le preguntó:

-¿Fuma usted?

Por su tono comprendió que esperaba una negativa, que hubiera deseado que no fumase. Pero tomó un cigarrillo.

-Había pensado que no fumaba.

-¡Qué decepción! ¿verdad? -replicó Varia riendo como una redomada coqueta.

Kostia apartó de ella su lenta mirada y preguntó arrastrando las palabras como antes:

-¿Qué vamos a comer? ¿Qué vamos a beber?

Lióvochka se puso a leer la carta. Kostia le interrumpió:

-Ensalada, pescado en galantina... -contó con la mirada a los comensales-, dos botellas de vodka y una de vino.

¿Blanco o rosado?

-Mejor rosado -dijo Rina.

Se volvió hacia Varia.

-¿Y usted?

-Lo mismo me da.

-Entonces, dos botellas de vodka y una de rosado. Y de segundo, carpa al horno.

-¡Oh! -exclamó Willy Long.

-No te pases, Kostia -pidió Mirón.

-Invito yo -contestó Kostia.

-¿Celebra algo? -preguntó Varia con fingida seriedad.

-Pues, sí. En cierto sentido. Aquel hombre iba directamente al grano. Ése no era de los que perdían el tiempo hablando de la forma de los ojos. Ella sabría ponerle en su sitio si hacía falta. De momento no era preciso. Se limitaba a presumir.

Apareció un tipo con jeta de bandolero retirado, se inclinó hacia Kostia y le dijo algo al oído.

-No -contestó Kostia-. Se acabó por hoy.

El tipo desapareció, como esfumado.

Inesperadamente para Varia y sin que los demás lo advirtieran, Kostia tomó el bolso que ella tenía sobre las rodillas y metió en él un fajo de billetes murmurando:

-Para no jugar hoy.

Varia se quedó extrañada. Si quería jugar, cogería el dinero; si no quería, podía seguir guardándolo en su bolsillo. Un modo primitivo de ganarse su confianza, su complicidad. Los ladrones hacían probablemente igual cuando daban a guardar el dinero a sus coimas. Pero devolvérselo delante de todos le resultaba violento; ni tampoco habría sabido hacerlo tan inadvertidamente como él. ¡Conque el dinero quedó en su bolso! Varia estaba contrariada.

El camarero dispuso la bebida y los entremeses. Kostia le observaba como un anfitrión a quien le gusta la mesa bien servida. En el Metropol y en el Ermitage, la pandilla cambiaba constantemente, unos se marchaban y otros venían en un continuo trasiego. Allí nadie se movía de su sitio. Y Varia comprendió que aquella pandilla no era una reunión fortuita de muchachos, como le había parecido antes, sino que estaba agrupada en torno a Kostia: era su pandilla. Sólo Mirón se permitió apartarse de la mesa para atender alguno de sus negocios, y también Ika, alardeando de su independencia, se sentó un rato con los comensales de la mesa contigua.

El cocinero, con mandil y gorro blancos, vino a mostrar un pez coleando en la red que traía. -¿Cómo se llama este pez? -preguntó Kostia a Varia y levantó un dedo previniendo a los demás que no contestaran.

-Puesto que ha encargado carpa -contestó Varia-, eso será, digo yo.

-Pero, ¿qué clase de carpa?

-No lo sé.

-Es carpa espejo -explicó Kostia-. Tiene el lomo alto, en pico, y se la llama así por las escamas grandes, como espejitos. La carpa corriente tiene el lomo ancho y las escamas pequeñas. ¿Entendido?

-Entendido. Gracias. Ahora puedo ingresar en el Instituto de Pesquerías. Kostia le hizo un ademán de aprobación al cocinero, que se llevó el pez.

-¿Es usted aficionado a la pesca? -preguntó Varia.

-No soy aficionado a la pesca, sino pescador. De Kerch. Hijo y nieto de pescadores. Y también he salido yo de chico a la mar.

-¿Desde cuándo es pez de mar la carpa? -inquirió Ika, que volvía a la mesa.

-Es que a la mar yo no salía a pescar carpas -contestó Kostia estirando los labios y mirando con ira a Ika-, sino taran. ¿Sabes la diferencia que hay entre taran y vobla? ¿No lo sabes? Mira: han venido los músicos. Baila un rato y luego te lo explicaré.

Varia bailaba con Lióvochka, con Ika y con Willy. Kostia no bailaba, no sabía. Y esto no le parecía ahora a Varia un defecto, sino un rasgo que diferenciaba favorablemente a Kostia de los demás.

Se quedaba solo en la mesa y únicamente levantaba la cabeza para mirarla a ella, para sonreírle a ella. A Varia le parecía injusta la conducta de la pandilla: lo pasaban bien a costa de él y le dejaban solo. Bailar les importaba más que acompañar a un compañero.

Una vez que se levantaron todos al atacar la orquesta un nuevo baile, Kostia retuvo la mano de Varia.

-Quédese conmigo.

Y ella se quedó.

-¿Usted trabaja o estudia?

-Voy a ponerme a trabajar.

-¿En qué?

-De delineante en un taller de diseños. En nuestra escuela había un curso especial de dibujo lineal.

-¿No piensa en una carrera universitaria?

-De momento, no.

-¿Por qué? -Porque el estipendio es poco. ¿Le parece bien la respuesta? Además, ¿para qué hablamos de esto? ¿También es delineante?

-¿Delineante? -repitió riendo-. No. Mi especialidad es otra.

-¿El billar?

Kostia captó la ironía, la miró duramente, pero apagó el brillo colérico que refugió en sus ojos. Y contestó lentamente, arrastrando las palabras:

-El billar no es una profesión. El billar, como dijo un gran hombre, es un arte.

-Pues yo pensaba que el billar era un juego -objetó Varia, que quería pinchar a Kostia para que no se diera importancia.

-Yo soy especialista en aparatos médicos eléctricos -dijo Kostia, ya en serio-: luz azul, solux, lámparas de cuarzo, sol alpino, fresas odontológicas... ¿Le gustan?

-Las odio.

-Yo también. Pero yo las reparo.

Y, considerando sin duda que había hablado ya bastante de sí mismo, preguntó:

-¿Hace mucho que conoce a Rina?

-No. Me la han presentado hoy. Pero trabaja con Zoia, y Zoia y yo vivimos en la misma casa.

-¿En la misma casa? -se sorprendió Kostia-. ¿Y dónde?

-En el Arbat.

-¿En el Arbat? -volvió a sorprenderse él-. ¿Con papá y mamá?

-Yo no tengo papá ni mamá. Murieron hace mucho tiempo. Vivo con una hermana.

Kostia la miró, incrédulo. Las muchachas que frecuentaban los restaurantes procuraban distinguirse por un destino particularmente bueno o particularmente malo. Cada una pretendía tener un destino especial. También era un destino especial encontrarse huérfana de padre y madre a los diecisiete años.

Pero aquélla no era una de las muchachas de restaurante.

-Pues los míos viven -explicó Kostia-. Tengo padre, madre, cuatro hermanos, tres hermanas, abuelo y abuela. Ya ve cuánta familia.

-¿Y están todos en Kerch?

-No, ya no -contestó evasivamente-. En cambio, aquí en Moscú no tengo a nadie. Ni nada. Ni siquiera vivienda propia.

-Entonces, ¿dónde vive?

-Alquilo una habitación en Sokolniki. Varia se sorprendió:

-Con tantos amigos como tiene, ¿no pueden encontrarle una habitación en el centro?

Se le ocurrió que podría recomendarle a Sofía Alexándrovna, cuya realquilada iba a marcharse pronto. Claro que no podía prometerle nada a Kostia sin hablar con Sofía Alexándrovna, pero pudo más el deseo de subsanar la ingratitud de los demás.

-No puedo prometer nada en firme, pero preguntaré a una mujer de nuestra casa. Tiene una habitación libre y quizás se la alquile. Volvió a mirarla con incredulidad. Pero, no: aquella chica hablaba en serio.

-Sería una gran cosa -dijo Kostia-. Sería sencillamente estupendo. ¿Y tiene teléfono esa mujer?

-Debo consultar con ella primero.

Kostia se echó a reír.

-No me ha entendido. No me dispongo a telefonearla. Es que necesito el teléfono por mi trabajo.

-Sí, tiene teléfono. No debía haber mencionado esa habitación. Quizás no se arreglara.

-¿Y cómo se convirtió de pescador en especialista de aparatos eléctricos?

-Lo de pescador... Como vivía junto al mar, pues era pescador.

-Yo no he estado nunca en el mar -dijo Varia.

-¿No ha visto nunca el mar? -se extrañó él.

-Sólo en el cine.

Ahora la miraba fijamente:

-¿Y le gustaría verlo?

-¡Ya lo creo!

Había cesado la música y todos volvían a la mesa.

Kostia se recostó en el respaldo de la silla y levantó su copa.

-Brindo por nuestras nuevas conocidas: Varia y Zoia.

-¡Hurra! -gritó con sorna Volia el Pequeño.

En efecto, los brindis parecían desplazados en aquella pandilla y aquel momento. Habían bebido, habían comido, el servicio de mesa estaba revuelto, gente ajena a la pandilla llegaba, se sentaba, charlaba.

Un hombre joven, con gafas y cara de profesor, se aproximó a Kostia con un billete en el puño -Varia adivinó que era de diez rublos por el color- y preguntó:

-¿Pares o noches?

-No quiero jugar -contestó Kostia.

Luego cambió de idea:

-Espera. Formule algún deseo mentalmente. ¿Ya?

-Sí -asintió Varia, aunque no era cierto.

-Y ahora diga: ¿pares o noches?

-Pares.

-¿Pares? -repitió el hombre joven.

-Pares -confirmó Kostia.

El hombre dejó el billete sobre la mesa. Estuvieron mirando algo los dos y Kostia se guardó el dinero con una sonrisa.

-Yo he ganado el dinero y usted su deseo. ¿Qué era?

Ella dijo lo primero que le pasó por la imaginación.

-Si me admitirían en el trabajo.

-Podía no haber formulado ese deseo, porque de todas maneras la admitirán.

Estaba decepcionado.

-¿Qué juego es ése? -preguntó Varia, intrigada.

Kostia alisó el billete y mostró el número que tenía: 341672.

-Aquí hay seis cifras, y usted ha pedido pares: cuatro, seis y dos, que suman doce. A él le quedaron los nones: tres, uno y siete, que suman once. Como los tuyos eran más, ha ganado los diez rublos. Si hubiera sacado él más, habríamos tenido que darle nosotros los diez rublos, ¿comprende?

-Ni que fueran matemáticas superiores -rió Varia.

-Ahí está lo bueno: que basta abrir el puño para ver en seguida quién ha ganado y quién ha perdido -explicó con pueril alegría.

-¿Y cómo se llama este juego tan complicado? -El tren. No el chemin de fer, sino el tren.

-El tren saboyano -dijo Varia. Kostia se echó a reír.

-¿Habéis oído? ¿Oyes, Lióvochka? El tren saboyano.

-¿En relación con el Savoy o la Sabaya? -inquirió Ika con una sonrisa, dando a entender que los demás, y sobre todo Kostia, no captaría la diferencia.

-Yo lo he dicho en relación con el restaurante Savoy, naturalmente -contestó Varia de mala manera, irritada al ver que Ika se burlaba de Kostia.

-Pues claro que en relación con el restaurante Savoy -apoyó Kostia.

Era listo y captó la diferencia, aunque no tuviera ni idea de lo que era la Sabaya. Estaba un poco apartado de la mesa, con un brazo sobre el respaldo de la silla de Varia, aunque sin rozarla a ella.

Atrevido y tenaz, trataba de conquistarla por procedimientos pri-mitivos, pero sabía guardar compostura. Varia adivinaba todos sus trucos, pero no quería agraviarle. A fin de cuentas ella estaba pasándolo bien, como los demás, a cuenta suya. Y algo le agradaba en él. No sólo porque era espléndido, sino también bondadoso y sincero.

Volvió a tocar la orquesta, todos salieron a bailar y Kostia retuvo de nuevo a Varia.

-¿De verdad que no ha visto nunca el mar?

-Ya lo he dicho.

Mirándola a los ojos, él pronunció lentamente:

-Podemos salir mañana, mientras tenemos dinero -señaló el bolso de Varia-. En tren hasta Sebastopol y en autocar por la orilla meridional hasta Yalta. El tren sale por la tarde. Prepara lo más necesario: bañadores, trajes playeros. Aunque todo eso se puede comprar allí.

Varia le miró asombrada. ¿Cómo se atrevía a proponerle semejante cosa? ¿Le había dado ella pie? ¿Cómo?

-¿Es que no tiene con quién pasar sus vacaciones anuales? -pre-guntó Varia, poniendo en estas palabras todo el desdén y toda la ironía de que era capaz.

Kostia levantó la cabeza con orgullo y pronunció netamente:

-Yo no tengo vacaciones anuales, sino las que quiero, porque no dependo de nadie.

Ahora comprendía Varia lo que la había atraído en aquel hombre: era independiente y le proponía a ella compartir su independencia. Comprendía también lo que significaba aceptar. Pero ella nunca le había temido a eso. Tarde o temprano, eso tenía que suceder. La asustaba otra cosa. Era un jugador, había ganado cierta cantidad de dinero, y ahora se lo quería gastar con un chica fresquita.

Entonces Kostia, dándole a entender que le proponía algo más que aquel viaje, añadió:

-Lo demás lo compraremos a la vuelta.

Varia callaba y reflexionaba. Luego dijo:

-¿Cómo puedo irme de viaje con usted si no le conozco en absoluto?

-Así me conocerás.

-¿Y por qué me habla de «tú»? Me parece que no hemos bebido a la Brüderschaft.

Kostia adelantó la mano hacia una botella.

-Podemos hacerlo.

Ella apartó su mano y, aun comprendiendo la vulgaridad de sus palabras, preguntó al no encontrar otras:

-¿Por quién me ha tomado?

-Te he tomado por lo que eres. Por una chica preciosa y limpia -contestó sinceramente, y posó una mano encima de una suya.

Varia no retiró la mano. Kostia no se la estrechaba ni jugaba con sus dedos como hacían los muchachos tímidos, sino que había posado sencillamente y blandamente una mano encima de una suya y a ella le agradaba. Además, se daba cuenta de que también a él le agradaba tener su mano así, simplemente posada sobre la suya.

Contemplaba con calma y condescendencia la sala ruidosa: era un hombre independiente, con dinero, y tenía al lado a una muchacha que era la única en quien confiaba allí, la única a quien consideraba. Aunque los héroes no existen, pensaba Varia, aquél no se cuadraría en posición de «firme», pendiente de la mirada de los superiores, ni iría conducido por un andén con su maleta a cuestas...

Sin mirarla, Kostia pronunció de pronto, pensativo:

-A ver si a tu lado me hago un hombre de bien.

Luego frunció el ceño. Volvió la cara.

-Está bien -asintió Varia-. Iré.

17

Sasha se echó al hombro la toa y se sorprendió de la facilidad con que remontaba la corriente la gran barca cargada. Con la sirga metida por el arco de un palo alto de la proa, la embarcación era atoada hasta la manga de agua más quieta y luego bogaba paralelamente a la orilla, ligeramente, sin *miri*, como le llamaba Nil Lavréntievich, el cartero, a la ondulación del agua.

-Iremos de prisa -bromeaba-: son chicos jóvenes.

Nil Lavréntievich, hombrecillo diligente, de rasgos breves en un rostro inquieto, había sido buscador de oro en el Lena, había hecho la guerrilla contra Kolchak y ahora era koljosiano. De la guerrilla hablaba nebulosamente -seguro que mentía y contaba lo que había oído a otros-, pero lo que decía acerca de la búsqueda del oro, sí era verdad. Entre los angareños era costumbre que los muchachos marcharan a los placeres a buscar oro. El que volvía con un anillo en el dedo era que había estado allí y podía casarse. Igual había hecho Nil: fue a los placeres, obtuvo oro, se casó y ahora tenía su hacienda con seis vacas. Por aquellos lugares, ni aun teniendo diez vacas se consideraba kulak a un campesino, conque menos a él, que no empleaba peones, no tenía separador ni comerciaba con los tungusos. En el otoño se marchaba al bosque y, como tenía buena puntería, para el invierno regresaba con seiscientas o setecientas pieles, casi todas de ardilla. Las ardillas se habían replegado hacia el norte, donde las martas las habían exterminado y, ahora, el koljós les obligaba a trabajar. Antes, al hombre le bastaba con pegar unos guadañazos en la época de la siega del heno; todos los demás quehaceres, cargaba con ellos la mujer. Ahora no se hacía diferencias entre hombres y mujeres: todos eran koljosianos.

Así, escuchando la cháchara de Nil Lavréntievich, atoaban por la orilla, a lo largo del acantilado, por la pedriza o metidos en el río allí donde las rocas llegaban hasta el agua. Durante el día, el sol muy alto y cálido pegaba en la cabeza. Al caer la tarde desaparecía detrás del bosque y la taiga proyectaba entonces sus sombras liláceas sobre la orilla.

A veces aparecía una solitaria barca de pescador o se divisaba un flotador de madera junto a la orilla, se deslizaba a lo lejos alguna construcción de madera con un caballo dentro, y de nuevo quedaba todo desierto, sin un alma, sin un animal ni una ave. Rumoreaban los rápidos como rumoreaba la taiga bajo el vendaval, el agua galopaba por encima de las morenas y las moles de piedra, giraba en las hoyas, se irisaba de chispas al sol. En los rápidos, todos tiraban de la sirga mientras Nil Lavréntievich, de pie en la barca, la pilotaba con el remo de popa. Incluso su esposa, una mujer enfermiza y taciturna, envuelta en una gran pañoleta, acudía a la toa.

Borís, que tenía una rozadura en el hombro y los pies lastimados por las piedras de la orilla, decía sombríamente: -Volodia Kvachadze no habría tirado de la lancha: habría hecho que le llevaran a él dentro.

-Tiramos de la sirga, pero no vamos conducidos -replicaba Sasha.

En la aldea de Goltiávino aguardaban la lancha junto al río los que estaban confinados allí: una viejecita pequeña y canosa, conocida eserista en tiempos, un anarquista también bajito, con el pelo gris y cara alegre y bondadosa, y Frida, una muchacha de sorprendente belleza. La viejecita se llamaba María Fiódorovna y el viejecito Anatoli Gueórguievich.

Hacía dos meses que no llegaba el correo, conque Nil Lavréntievich entregó un montón de cartas, periódicos y revistas a cada uno y, a Frida, también un paquete.

-Es el tercer día que estamos aquí de guardia -dijo alegremente Anatoli Gueórguievich-. Desde por la mañana hasta por la noche.

-Nos hemos retrasado porque no habían hecho el reparto en Dvorets -explicó Nil Lavréntievich.

Aquella noticia suscitó animados comentarios: si ahora había estafeta en la aldea de Dvorets, el correo llegaría con mayor rapidez en invierno por el camino de Taishet. Por otro lado, la instalación de una nueva estafeta de correos podía anunciar cambios administrativos. Quizá se convirtiera Dvorets en cabeza de distrito. Eso significaba jefes nuevos, un escobón nuevo, y más próximo, además.

-Cojan sus cosas -dispuso María Fiódorovna- y les encontraremos un sitio donde dormir.

-Gracias -contestó Sasha-, pero parece que Nil Lavréntievich nos ha encontrado casa.

-¿Dónde Efrosina Andriánovna?

-Sí -afirmó Nil Lavréntievich, que estaba descargando de la lancha la saca del correo.

-Muy bien. Entonces nos veremos esta tarde. Frida pasará a recogerlos. ¿De acuerdo, Frida? Frida estaba leyendo una de las cartas que había recibido. -¡Frida, despierte!

-Sí, sí. La muchacha metió la carta en el sobre y elevó hacia María Fiódorovna unos inmensos ojos azules. U nos bucles negros caían sobre la blusa, muy vieja, que no ceñía su esbelta cintura.

-Pase luego a recogerlos -repitió María Fiódorovna-. Nos reuniremos en casa de Anatoli Gueórguievich.

-Claro, claro -corroboró el viejo hojeando una revista.

-Vamos, camaradas, que ya tendrán tiempo de leer todo eso -dispuso imperiosamente María Fiódorovna. Borís agarró el paquete de Frida.

-Usted tiene su equipaje -protestó la muchacha.

-No importa. Con movimiento brioso, Borís se echó el paquete al hombro y empuñó su maleta. No sentía ya el menor cansancio.

-Deje la maleta aquí y luego la recoge -aconsejó María Fiódorovna. Sasha ayudó a Nil Lavréntievich a descargar la barca. Volvió Borís y lo llevaron todo a una isba próxima a la orilla. Mientras el ama de la casa limpiaba pescado y preparaba la cena, Sasha y Borís salieron a la calle.

-¿Qué tal? -preguntó Borís mirando a Sasha.

El muchacho fingió que no entendía la pregunta.

-Gente muy amable y hospitalaria.

-Sí -aprobó Borís impaciente-, no se parecen a aquellos del Chuná, a los amigos de Volodia. Éstos son auténticos intelligentni, y lo que les importa no son sus convicciones; les importa que somos confinados como ellos. ¡Son personas!... Bueno, ¿y qué me dice de Frida?

-Bonita muchacha.

-¡Bonita es poco! --exclamó Borís-. ¡Sulamita! ¡El Cantar de los cantares! ¡Haber transmitido toda esa hermosura a través de los milenios, las vicisitudes, las persecuciones, los pogroms...

-No sabía yo que fuera tan nacionalista -rió Sasha.

-Si se trata de una muchacha rusa, no soy nacionalista; si se trata de una judía, sí. Me refiero al tipo, a la raza. Mi mujer también era de familia judía y no daría por ella ni el dedo meñique de esta Frida. ¡Qué porte! ¡Qué dignidad! ¡Toda una mujer! Esposa, madre, ama de casa...

-Asoma el marido judío...

-Sí. ¿Y qué?

-Usted tiene que cumplir su plazo de deportación y ella tiene que cumplir el suyo. Usted en el distrito de Kezhmá y ella en el de Boguchani.

-¡Tonterías! Si nos casamos, nos reunirán en el mismo sitio. Sasha estaba asombrado de la imaginación de Borís, pero se limitó a observar:

-Puede estar casada.

-Eso sí sería mala cosa.

En los platos había pescado, nata, mermelada de arándano. Nil y su mujer escupían las espinas a la mesa. Sasha ya estaba acostumbrado.

El ama, una mujer gruesa y lista, se quejaba del hijo: no quería trabajar en el koljós, y los reclutadores mareaban a la gente para que se fueran a las grandes obras.

-Son la gente más tremenda -opinó Nil refiriéndose a los reclutadores de mano de obra-. Siempre husmeando, siempre metiéndose en todas partes.

El hijo, un gitanillo de pies a cabeza, observaba curiosamente de reojo a Sasha y Borís y escuchaba los reproches de la madre sin replicar. El amo, que también parecía un gitano, fumaba sentado en un banco. Borís no apartaba la mirada de la puerta esperando a Frida. La mujer seguía con sus quejas:

-El otro día le encontré fósforos en el bolsillo. Y, además, el bolsillo quemado de esconder los cigarrillos. ¿Qué más puede querer este chico? Apenas le hacemos trabajar. Cargamos con todo el amo y yo. Antes de que despierten los pájaros, ya estamos en el campo. Lo mandan los jefes y no se puede llevarles la contraria. El chico callaba, mirando de reojo a Sasha y a Borís. También callaba el marido, que evidentemente tenía alma de vagabundo. Pero la mujer seguía con sus lamentaciones: si se marchaba, podía liarse con malas compañías y terminar en la cárcel.

Entró Frida, saludó y tomó asiento en un banco sin intervenir en la conversación. Llevaba botas altas, un abrigo muy usado y una pañoleta que le cubría la cabeza y se anudaba alrededor del cuello. No se lo quitó mientras esperaba a que los muchachos terminaran de cenar.

Borís se levantó y miró a Sasha con impaciencia, invitándole a apresurarse.

En el rincón de honor colgaban los iconos y en el de enfrente había una repisa de esquina con un espejo y un carrete de hilo encima. Al lado pendía una toalla bordada limpia y sobre los poyos de las ventanas se veían piedras, muestras de minerales, simientes de cajitas y esquejes en tiestos.

-Anatoli Gueórguievich es agrónomo, geólogo, mineralólogo, paleontólogo y no sé cuántas cosas más. Piensa que alguien sabrá apreciarlo -sonrió María Fiódorovna con ironía.

-Me conformo con que aprecien lo que vale esta comarca -replicó Anatoli Gueórguievich-. En ninguna parte hay tantas riquezas como en el Angará. Carbón, metales, petróleo, madera, pieles, recursos hidráulicos inagotables.

Con sus dedos finos daba vueltas a las piedrecillas, a los trozos de lava o de roca punteada de hilos de plata, encantado de la atención que le prestaban sus accidentales oyentes, porque quizás no tuviera otros hasta el año siguiente o nunca.

-Yo estuve ya confinado en el Angará antes de la revolución de febrero -prosiguió-, y de nuevo estoy aquí. Pero entonces se publicaban mis artículos acerca de esta comarca, mientras que ahora no me atrevo ni a pensar en ello. De todas maneras, espero que todavía sirvan mis apuntes.

-En relación con el desarrollo de una segunda base metalúrgica en el Este -dijo Borís mirando de reojo a Frida-, son muy importantes. Terminadas las obras de la cuenca de Kuznetsk, la industrialización avanzará hacia acá. Es cuestión de tiempo.

Había pronunciado aquellas palabras con aplomo, como un alto funcionario que animara a los entusiastas locales. ¡Pobre Borís! Quería aparecer ante Frida como un hombre de valer, pero su valer estaba en algo muy distinto.

María Fiódorovna inclinó la cabeza con sorna.

-¿También a usted le va eso de la industrialización, del plan quinquenal?... Le han privado de libertad, y piensa en esas cosas. Habla de lo que será de esta comarca dentro de cincuenta años, de lo que llegará a ser Siberia... ¿Y se ha parado a pensar en qué se habrá convertido, dentro de esos mismos cincuenta años, el hombre a quien le han quitado el derecho de manifestar su bondad y su misericordia?

-De todas maneras no es posible negar los hechos evidentes -dijo Anatoli Gueórguievich-. En Rusia se está realizando una revolución industrial.

Aquel viejecillo de abundante cabellera gris no encajaba con la idea que tenía Sasha de los anarquistas.

-¿A qué espera? -exclamó María Fiódorovna-. ¡Reniegue de sus convicciones y en dos días será académico!

-No -objetó Anatoli Gueórguievich-. Han de saber que la heterodoxia existe y que, sin heterodoxia, tampoco hay pensamiento. Pero el hombre debe trabajar, no puede vivir sin trabajar. ¿Ven? También cultivo tomates y sandías.

-Usted y sus tomates me parecen que van a ser los primeros en salir de aquí para un sitio peor -observó la mujer. ¡Venga a darle vueltas a los tomates cuando los koljosianos tienen que resolver el problema de los cereales! No han podido solucionarlo en Rusia, y se les ha ocurrido hacerlo en el Angará, donde nadie en la vida ha sembrado cereales.

Exhaló un suspiro.

-Antes se podía soportar. Los confinados trabajaban para los campesinos o vivían de lo que les mandaban de sus casas. No le importaban a nadie. Pero con esto de los koljoses, hay jefes y mandatarios por todas partes, cualquier palabra desconocida les huele a agitación; en cuanto sucede algo en un koljós buscan a un culpable, y ya se sabe quién es: el confinado, el contrarrevolucionario. Él es quien influye sobre la población local y hasta tal punto influye, que las patatas no crecen, que los peces no se dejan pescar y las vacas no paren ni dan leche. A Frida, por ejemplo, la toman por una baptista. Uno le dijo en su cara: «y usted, a ver si deja su agitación baptista.» ¿No dijo eso?

-Sí -sonrió Frida.

-Lo único que han conseguido -observó María Fiódorovna con una sonrisa torcida- es que el campesino no luchará. ¿Por qué ha de luchar? Antes temía que volviera el terrateniente y le quitara la tierra, y ahora, como de todas maneras se la han quitado, ¿por qué va a luchar?

-Ésa es una cuestión discutible -intervino Sasha-. Para el pueblo, para la nación, existen valores por los que luchará.

-¿Y usted iría a luchar? -preguntó la mujer.

-Naturalmente.

-¿Y por qué cosa?

-Por Rusia, por el poder de los soviets.

-Pero si precisamente el poder de los soviets le ha deportado a usted a Siberia.

-Lamentablemente, así es -concedió Sasha-. Y, sin embargo, quien tiene la culpa no es el poder de los soviets, sino los que se aprovechan de él de mala fe.

-¿Cuántos años tiene? -preguntó Anatoli Gueórguievich.

-Veintidós.

-Es joven. Todavía lo tiene todo por delante -sonrió el viejo.

-¿Y qué tiene por delante? -preguntó sombríamente María Fiódorovna-. ¿Cuánto le han echado?

-Tres años. ¿Y a usted?

-Yo no tengo plazo -contestó fríamente.

-¿Cómo es eso? Pues, así. Empecé en el veintiuno: deportación, las islas de Solovki, el campo de aislamiento político, otra vez la deportación y, en perspectiva, de nuevo las Solovki o el campo de aislamiento. Ahora dicen que con nosotros, los contras, van a poner en explotación el Norte, la zona polar. Conque ya sabe lo que le espera. Porque el que entra en esta órbita no sale de ella. En todo caso, Frida, si es que la dejan marcharse a Palestina.

-¿Piensa usted marcharse a Palestina? -se extrañó Sasha.

-Sí.

-¿Y qué hará allí?

-Trabajar -contestó la muchacha, que pronunciaba las erres con un ligero gangueo-. Cavar la tierra.

-¿Sabe usted cavar?

-Un poco.

Sasha se sonrojó. En su pregunta había un matiz de hostilidad. «¿Sabe usted cavar?» Claro que sí. Como que allí también cavaba y vivía de eso.

Para borrar de algún modo su falta de tacto, preguntó suavemente:

-¿Tan mal le ha ido en Rusia?

-No quiero que nadie me llame judía como un insulto.

Lo había dicho con calma, pero con ese matiz de invencible tenacidad que Sasha había escuchado a las personas persuadidas de sus ideas. Borís no conseguiría nada, como no fuera abrazar las convicciones de ella.

Tanto María Fiódorovna como Anatoli Gueórguievich eran restos de aquella breve época siguiente a la revolución en que la heterodoxia era aceptada como algo inevitable. Ahora se consideraba antinatural. Los Baulin, los Stolper, los Diákov estaban imbuidos de su derecho de arbitrar los destinos de personas ancianas y desvalidas porque osaban pensar de otra manera que ellos.

-Quisiera pedirle un favor -dijo María Fiódorovna-: cuando llegue a Kezhmá, busque a Elizaveta Petrovna Samsónova, que es una vieja como yo, y entréguele esto.

Tendió un sobre a Sasha. ¿Debía tomarlo? ¿Qué contendría? ¿Por qué no lo mandaría por correo? María Fiódorovna captó la sombra de duda que pasó por el rostro de Sasha. Abrió el sobre: contenía dinero.

-Aquí van veinte rublos. Déselos y dígale que aún vivo.

Sasha volvió a sonrojarse.

-Está bien. Se los daré.

De nuevo remontaban el río, superando rápidos, remando de una orilla a otra. Hacía calor, pero la mujer de Nil Lavréntievich continuaba envuelta en su pañoleta, sentada en la popa como antes, y tampoco él se quitaba el impermeable de lona.

Escucharon un rumor lejano.

-... Los rápidos del Mura -explicó Nil Lavréntievich, preocupado.

Era más frecuente tropezar con rocas sumergidas, la corriente se aceleraba y aumentaba el ruido, convirtiéndose en un zumbido constante hasta hacerse insoportable. Delante, el río estaba envuelto en una inmensa nube blanca, rocas desnudas sobresalían del agua, coronadas por altos penachos de espuma y el fragor era semejante al de cientos de cañones de artillería. El río Mura desembocaba con un espantoso rugido por una garganta rocosa de la orilla izquierda. En su confluencia con el Angará se alzaba un risco enorme con dientes de granito.

Sacaron la barca a la orilla, transportaron su cargamento hasta más arriba de los rápidos, volvieron y también arrastraron hasta allí la barca.

Borís no se cansaba ya. Por el contrario, se quejaba de que iban demasiado despacio. Tenía prisa por llegar a Kezhmá, asentarse y comenzar las gestiones para el traslado de Frida. No le cabía duda de que se casarían.

-... No tiene novio ni marido. Sólo su madre vive cerca de Chernígov. ¿Se imagina cómo lo pasa aquí sola? Viviremos en Kezhmá. No consentiré que trabaje. Que se ocupe de la casa. Tendremos un hijo, porque también crecen los niños aquí, y cuando hayamos cumplido nuestra pena, nos marcharemos. ¿Se la imagina usted en Moscú, en un teatro, con traje de noche? Tenía que venir al Angará para encontrar una buena esposa. Tres años de confinamiento y una esposa para toda la vida.

-Pero ella piensa marcharse a Palestina.

-¡Tonterías! ¡Ya se le irá de la cabeza! Todavía no se ha sentido mujer. Cuando tenga una casa, una familia, unos hijos, esa idea de Palestina se desvanecerá para siempre.

Sasha recordó la expresión de tenacidad en el bello rostro de Frida y se sorprendió de la ceguera de Borís.

-Incluso afirma que cree en Dios -continuaba Borís-. ¿Se imagina usted que es en serio? Enséñeme, si puede, a un solo judío de nuestros tiempos que crea seriamente en Jehová. Para el judío, la religión es sólo una forma de autoconservación, un remedio contra la asimilación. Pero la asimilación es inevitable. Mi abuelo era tsadik y yo no hablo el hebreo. ¿Qué clase de judío soy yo, vamos a ver?

-Sólo la ha visto usted una velada, Borís.

-Para conocer a una persona bastan cinco minutos. Yo le vi a usted en la comandancia y me dije: «Con éste haré buenas migas.» Y no me equivoqué. Yo he tratado ya con mujeres de todas clases. Pero si encuentro a una mujer de verdad, todas las otras están de más. El que no la corre antes de casarse, luego se marcha detrás de las primeras faldas que ve, abandona a la mujer y a los hijos, destruye la familia.

Cualquiera que fuese el origen de estos razonamientos -la soledad, la compasión por una muchacha que, como él, había ido a parar a aquellas tierras olvidadas-, lo que sentía era de todas maneras amor, un amor inesperado en un hombre tan práctico, mujeriego y vividor.

Hablaban de Frida, y su rostro resplandecía de dulzura.

Pasaron por la aldea de Chadobets, donde tenía asignada su residencia el difunto Kártsev, pasaron por otras aldeas, pernoctando en casa de conocidos o de parientes de Nil Lavréntievich.

Sasha y Borís se acostaban nada más cenar, mientras que Nil Lavréntievich se quedaba charlando mucho rato con la gente de la casa. Venían otras personas y Sasha oía entre sueños el ruido de la puerta y retazos de las largas conversaciones aldeanas.

Se levantaban muy pronto, despertados por el olor a pescado frito y el trastear del ama de la casa con la portezuela del horno y los pucheros.

-¿Qué tal han dormido? ¿No les ha picado nada? -preguntaba la mujer.

-Bien, gracias.

Por la mañana no había sobremesa. A todos los esperaba el trabajo. En la calle se escuchaban voces.

-Nos llaman al trabajo, explicaba el ama.

-Gracias por todo. Nil Lavréntievich se levantaba, eructaba, trazaba a la ligera el signo de la cruz delante de la boca. Ya en la barca, Nil Lavréntievich razonaba después de alguna de aquellas noches:

-¿Cómo puede haber koljoses en estas tierras nuestras? La tierra es pobre, tierra de taiga, congelada. Esto no es Rusia; de aquí no se puede sacar grano para otra parte si queremos alimentar a nuestros hijos. ¿Qué podemos darle al Estado? Nada más que pieles de ardilla. En tiempos íbamos a vender ganado al Lena; ahora, ni leche tenemos. Antes se podía emplear a los deportados, a los políticos: ellos arrancaban los tocones en el bosque para tener más tierra. Ahora ya no lo hacemos. Ni tampoco hay quien vaya a buscar piñones.

Pasaron por delante de Kalíninskaia, aldea construida en el año treinta por colonos especiales, los kulaks deportados de Rusia.

-Los trajeron a finales de enero -contaba Nil Lavréntievich-. Los hombres más atrevidos fueron a la aldea de al lado, a Koda, que estaba a ocho verstas, pidiendo que cobijaran a los niños. Pero los de Koda no se atrevieron. Son todos parientes, en todo el pueblo no hay más que un apellido -Rukosúev- y como entre ellos también había kulaks y se habían llevado a los más acomodados, pues les dio miedo. Aquellos hombres volvieron al bosque y se pusieron a cavar unos refugios. Pero no es cosa fácil eso de remover la tierra cuando los grandes fríos y las nevadas. Unos se murieron, otros no. Cuando llegó la primavera, se pusieron a desbrozar parcelas de bosque, a labrar y sembrar. Eran gente trabajadora, fuerte, entendida. Ahora van viviendo, plantan tomates. Antes sólo plantaba tomates Anatoli Gueórguievich, un desterrado político, y se reían de él. Porque por aquí tenemos mucho salvaje, mucha ignorancia. Y ahora éso, los kulaks, han demostrado que se podía hacer. Conque le dan provecho al Estado.

Pronunció la última frase con aire importante y grave, subrayando que entendía los intereses del Estado: la necesidad de luchar contra los kulaks y la utilidad del cultivo de tomates.

A pesar de su astucia, era evidente que simpatizaba con aquellos colonos; también él tenía hijos y era una persona lo mismo que ellos. y estaba confuso por lo que pasaba; ignoraba lo que podía ocurrir, si le sucedería a él lo

misimo que a los campesinos de Ucrania y del Kuban, desgajados de su terruño y confinados no se sabía adónde ni por qué.

Sasha se fijaba en las isbas nuevas, distintas a las que se construían por allí. Isbas rusas corrientes, de cinco paredes, con los porches mirando hacia la calle y bancos al pie de la fachada: un trozo de Rusia desgajado de su terruño y arrojado a las nieves de la taiga, pero creado de nuevo y conservado allí por gentes rusas.

A Sasha le hubiera gustado ver a aquellas gentes, ver el aspecto que tenían ahora. Pero estaban trabajando y la aldea aparecía callada, apacible y serena. La orilla también era allí igual que al pie de otras aldeas del Angará, con barcas y redes.

Vivían como los demás. Los que habían sobrevivido, naturalmente. En un altozano se divisaba a un tropel de chiquillos. También eran los que habían sobrevivido y no se helaron en la nieve. O quizá hubieran nacido otros.

Y de nuevo el potente y sereno río, los riscos azules, la taiga infinita, el sol en el cielo azul; todo ello creado generosa y profusamente para el bien de las personas. Un remanso quieto, pequeñas cataratas anónimas. A la derecha, la aldea de Koda, donde todos se apellidaban Rukosúev y a donde los colonos especiales acudieron a pedir ayuda y no la recibieron. También ella estaba callada, apacible y serena.

18

«Está bien. Iré.» Eso lo dijo muy fácilmente la víspera, cuando estaban en el Savoy, tocaba la orquesta y mujeres bien vestidas bailaban con hombres elegantes; cuando comenzaba una vida nueva, independiente. Tanto Kostia como su proposición de marcharse a Crimea formaban parte de esa vida. Por eso Varia hubiera podido irse con él a cualquier parte la víspera, desde el restaurante. Pero ahora, en su apartamento comunal, en su habitación deslucida, todo adquiría un aspecto distinto, fantástico, irrealizable, parecía un juego, cháchara de restaurante. En la pandilla de Vika se hablaba con esa inconsistencia de los viajes al extranjero; en la pandilla de Kostia, de los viajes a Crimea o al Cáucaso.

Además, ¿quién era Kostia? Un jugador. Y luego, iqué procedimiento de seducción tan primitivo! Guardó dinero en su bolso, encargó platos y vinos caros, en plan presuntuoso, alardeando. ¿A cuántas muchachas habría conocido? ¿A cuántas habría deslumbrado con un viaje a Crimea? Pero ella no se dejaría atraer por ese señuelo. A ella no iba a embauclarla como a una tonta un jugador de billar. No quería ni imaginarse su situación si la abandonaba a la vuelta del viaje, o incluso en Crimea. y menos mal si le daba dinero para el billete de regreso; porque podía no dárselo y allá se las entendiera ella como pudiese. Tendría que telegrafiar a Nina para que le echara una mano. Y a Nina podía darle un ataque, como podía darle a cualquiera al pensar que una muchacha conocía una noche a un hombre en un restaurante y al día siguiente se largaba con él a Crimea. ¿Y por qué tenían que marcharse precisamente ese día? ¿A qué venían tantas prisas?

Ella hablaría con Sofía Alexándrovna como había prometido. Y si le alquilaba la habitación a Kostia, irían conociéndose mejor y quizá llegaran a tener ciertas relaciones.

La víspera, después de acompañarlas a Zoia y a ella en taxi hasta casa, se despidió diciendo:

-Mañana no salgas de casa. Espera mi llamada. En la primera mitad del día.

Eran ya las doce, y lo más acertado habría sido marcharse a casa de Sofía Alexándrovna o a ver a Zoia a su trabajo. Y si por la tarde telefoneaba, le diría: «Estuve toda la mañana esperando tu llamada.» Aunque no estaba segura de que telefoneara. Ni se acordaría ya de lo que había dicho. ¿Cómo podía marcharse así de repente a Crimea? ¿Cómo iba a abandonar sus asuntos? ¿Y los billetes? ¡Si hasta las personas en comisión de servicio, con reservas y todo, encontraban dificultades para obtenerlos! En cuanto a los simples mortales, Se pasaban semanas esperando en las estaciones. Podía quedarse tranquilamente en casa. Era humillante huir. Ya que había prometido esperar su llamada, esperaría. Incluso sería curioso comprobar si telefoneaba o no y, en ese caso, ver cómo salía del apuro.

A las doce y media llamó Kostia diciendo que ya tenía los billetes, que el tren salía a las cuatro y que a las tres pasaría a recogerla. Preguntó en qué piso vivía y el número del apartamento.

Varia se quedó desconcertada en cuanto escuchó su voz, su entonación suave pero imperiosa. Igual que la víspera, hablaba lenta y netamente, arrastrando un poco las palabras. Varia recordó al instante su rostro, su mirada extraña, osada y al mismo tiempo suspicaz, que detuvo un buen rato en ella, su comportamiento rumboso, atrevido y a la vez ingenuo: se había sorprendido de que ella viviera en el Arbat y quedó decepcionado cuando Varia formuló un deseo que no era lo que él esperaba. También recordó que le dolió, por él, la actitud de sus amigos que comían y bebían por cuenta suya y le dejaban solo. Y aquellas palabras: «A ver si a tu lado me hago un hombre de bien»,

aunque luego frunció el ceño, avergonzado de esa confesión. ¿Cómo iba a engañarle ella, a faltar a su palabra? No debía haber prometido, pero lo prometió. Ahora sería incapaz de desdecirse.

-No tiene que subir -contestó Varia-. Yo esperaré en el Nikólski, delante de la segunda casa.

-Bueno. Pero no tardes. No vayamos a perder el tren.

Varia decidió llegar a Nikólski por un patio que comunicaba las dos calles para evitar un encuentro con Nina. No necesitaba maleta. Casi todo lo que tenía lo llevaba puesto. El resto, un vestido corriente y otro de tirantes, unas braguitas, una combinación, un par de medias, el cepillo de dientes, jabón y peine, lo metió en su cartera.

Y menos mal que no había necesitado maleta, porque encontró el patio cerrado. Entonces recordó que casi todos los patios de la vecindad que se comunican habían sido cerrados: el Arbat era ahora calle de régimen especial porque Stalin pasaba a veces por allí en coche cuando iba a su casa de campo. Tuvo que ir a Nikólski por el camino normal. Felizmente no se encontró con nadie. Además no tenía nada de particular que llevara en la mano su vieja cartera escolar.

A Nina le dejó una nota que decía: «Me voy a Crimea con unos amigos. Volveré dentro de dos semanas. No te preocunes. VARIA.» Al volver la esquina de Nikólski vio a Kostia junto a un taxi, vestido con el mismo traje que llevaba la víspera en el Savoy.

Viajaban en vagón de lujo, en vagón internacional. Varia no había visto en su vida un vagón así. Cuando iban a Kozlov (ahora se llamaba Michurinsk), donde vivía una tía suya, Nina y ella viajaban en vagón corriente, con literas. Había oído hablar de vagones divididos en compartimentos de cuatro plazas cada uno. Pero ignoraba que existieran compartimentos para dos, con su lavabo y todo. Y ahora viajaba ella en un vagón de aquéllos y en un compartimento de aquéllos, tapizado de terciopelo, donde hasta los tiradores eran de bronce. El pasillo estaba alfombrado, las ventanillas tenían cortinas de terciopelo y encima de la mesita había una lámpara con pantalla roja. Un mozo uniformado servía el té en macizos portavasos. Era cortés y atento, sobre todo con Kostia.

Según dedujo Varia, en aquel vagón iba gente importante o incluso famosa. En el compartimento contiguo viajaba un militar luciendo los distintivos del grado más alto. En el siguiente, una hermosa mujer de cierta edad con su marido; parecía una actriz y Varia quiso recordar incluso que la había visto en alguna película. Los demás compartimentos estaban ocupados por comisarios del pueblo o al menos vicecomisarios a juzgar por su atuendo - guerrera, pantalón de montar, botas altas-, habitual en los altos funcionarios. Sin embargo, a Kostia le trataba con particular atención todo el personal, tanto el mozo y el camarero que pasó ofreciendo bebidas y entremeses, el que vino después a tomar nota de los que reservaban mesa para la cena y luego, en el vagón restaurante, el camarero y el encargado del bar. En el aire y en el comportamiento de Kostia había algo que los obligaba inmediatamente a distinguirle entre todos los viajeros.

A Varia le chocaba al principio su familiaridad algo tosca con ellos: a todos los llamaba de «tú». Pero ellos adivinaban en Kostia a un muchacho sencillo y, lejos de ofenderse, reían sus bromas y le atendían con evidente satisfacción. Kostia aceptaba los afanes de los camareros con la sonrisa condescendiente de quien se halla en la cúspide del éxito y comprende que esa aureola suya de buena fortuna atrae a las personas. Se comportaba alegre y afablemente.

Kostia no tenía altos cargos, puestos o grados, pero tampoco los necesitaba. Independiente, osado, atractivo, lograba lo que otros no podían conseguir. ¿Quién era capaz de comprar en junio, en plena temporada alta, billetes para Crimea el día de la salida del tren, y en vagón internacional, por añadidura, reservado sólo para personajes? Pero Kostia los había comprado, aunque Varia admitía que pagando por ellos el doble o el triple de su precio. Dejaba propinas espléndidas, rechazaba la vuelta cuando compraba algo, compartía su buena racha con los demás.

En cuanto a Varia, la trataba como si se conocieran desde hacía un siglo y no tuviera nada de particular que viajaran los dos solos en un compartimento. No le preguntaba nada, lo mismo que si supiera ya todo lo relativo a ella, ni le contaba nada acerca de él, como si Varia también lo supiera ya todo. Hablaba de los lugares por donde pasaban, y se notaba que no los veía por primera vez. No era pegajoso. Ni una vez había intentado abrazarla, besarla, empezar de alguna manera. Sólo cuando estaban en el pasillo mirando por la ventanilla le puso una mano en el hombro con actitud y gesto sencillos y naturales: un joven matrimonio había salido al pasillo y el joven esposo tenía una mano puesta sobre el hombro de la joven esposa. Todos los viajeros del vagón los tomaban por recién casados, les sonreían y los contemplaban con agrado, en particular a ella. Y Varia se daba cuenta de que a Kostia le gustaba, le halagaba, que admirases a su mujer.

A Varia la preocupaba únicamente lo que ocurriría por la noche. Naturalmente, Kostia tenía la convicción de que, al aceptar ir de viaje con él, también había aceptado eso. En general, los hombres pensaban que bastaba invitar a una muchacha al teatro, al cine o a bailar para tener derecho a eso, y se ofendían y se enfadaban cuando no se les permitía eso. En su caso, Kostia la llevaba a Crimea, iban a vivir en una misma habitación de hotel, que pagaría él, lo mismo que el resto de los gastos... No; ese trato no le iba a ella, ese trato no lo aceptaría. Ella no le había pedido que la llevara, no le había impuesto su compañía.

Iba a Crimea por él. Le pidió que fuera, y ella aceptó, pero sin comprometerse a nada más. Si a él le agradaba pasear por Crimea con una muchacha joven y bonita, ella no tenía nada en contra de darle ese capricho.

Empezaba a oscurecer. Kostia la miró a los ojos, sonriente:

-¿Todo va bien?

-Todo va bien -contestó Varia en el mismo tono, aunque su timidez iba en aumento conforme se aproximaba la noche.

Habría sido distinto si se hubiera enamorado, si hubiera perdido la cabeza por amor. Pero no había perdido la cabeza ni quizá la perdiera. A ella, como a todos, le imponía la larguezza y el desparpajo de Kostia, pero estaba acostumbrada a un mayor comedimiento. Kostia no estaba educado, era de un mundo ajeno, mientras que ella, aunque criada en los patios del Arbat, sí tenía educación. Y sus amigos también. Lióvochka, Ika, Rina, Volia el Grande y Volia el Pequeño eran muchachos intelligentni, y en cambio Kostia no lo era, aunque destacara más que ninguno. Los otros buscaban su compañía porque Kostia poseía algo de lo que ellos carecían: dinero. Y Kostia se rodeaba de aquellos muchachos porque eran lo que él no podía ser: intelligentni. Claro que su carácter y su formación eran los de un hombre de pueblo, de provincias, y así había que aceptarle. Sin embargo, a Varia no le agradaba eso del todo.

Le agradaba la independencia de Kostia. Pero ella sólo podía sentirse independiente ganándose la vida. Incluso siendo su mujer. Por otra parte, ¿quería ser su mujer? Tampoco lo sabía. De matrimonio no habían hablado para nada. ¿O sea que se convertiría en su amante? Pero los amantes se quieren. Entonces, ¿su mantenida? No; eso sí que no lo aceptaba.

Pero por mucho que razonara, Varia comprendía la fragilidad de sus conclusiones. Lo que tenía que ocurrir ocurriría. Y andarse ahora con remilgos era hacer teatro.

19

En la aldea de Dvorets se despidieron del barquero y de su taciturna esposa. Nil Lavréntievich fue a la estafeta, volvió con el que debía hacerse cargo del correo, descargó las sacas y, entre el ajetreo y las discusiones, no hizo el menor caso de Borís y Sasha. Le habían ordenado llevar a unos confinados, y él los había traído hasta allí.

-¿Pasamos por la comandancia? -propuso Borís.

-¿Para qué?

-Para que nos manden a Kezhmá.

-Ya nos las arreglaremos nosotros. Tenemos la prescripción en nuestras manos.

-Pueden buscarnos complicaciones -objetó Borís con una mueca-. Dirán que por qué no fuimos a registrarnos. No hay que irritarlos por nimiedades.

Sasha no quería ir a la comandancia. Una entrevista más, una humillación superflua... Pero Borís estaba obsesionado por el afán de iniciar cuanto antes las gestiones; sólo pensaba en Frida. Enterado de que Dvorets podía convertirse en cabeza de distrito, quería establecer allí algunas relaciones, entablar amistades para facilitar luego el traslado de Frida a donde estuviera él o el suyo junto a Frida. ¡Qué iluso!

-Mañana veremos -dijo Sasha.

-Bueno -accedió Borís-. Quédese con el equipaje y yo iré a buscar hospedaje.

El sol se ponía detrás de unas nubes. El *jiu*, un viento frío, soplaban del río agitando las flexibles mimbreras de la orilla. Sasha se echó el abrigo sobre los hombros y trajo su maleta. La desesperanza le oprimía el corazón. ¿Por qué no fue a la comandancia? Kvachadze hubiera ido, hubiera exigido; y también Borís quería ir, quería arreglar sus asuntos de alguna manera. Estaba en su derecho. Pero él no le acompañó ni le acompañaría. Durante la semana que habían remontado el anchuroso río sin custodia experimentó una libertad relativa. ¿Era posible que se hubiera terminado? La idea resultaba particularmente disparatada y antinatural allí, en el fin del mundo. No; no iría. Aunque alimentara así una ilusión, un espejismo.

Volvió Borís, anunciando muy divertido:

-Voy a presentarle a un vestigio del imperio. ¡El cocinero de su majestad! Ha guisado para el príncipe Yusúpov y para Grigori Rasputín. Un ejemplar sorprendente.

En la isba a donde condujo Borís a Sasha estaba sentado en un banco un hombre viejo, obeso, de nariz colorada que llevaba chaquetón guateado de color caqui y pantalones también guateados metidos en unas botas altas a las que había sido preciso rajar las cañas. El rostro tumefacto pero bien afeitado y el cabello gris, cortado en cepillo muy igualito como si fuera musgo, delataban al hombre de ciudad.

-Aquí le presento a Antón Semiónovich -dijo Borís muy alborozado-. ¡El cocinero jefe de la corte de su majestad imperial!

-Siendo así, lo que cuadra es *leib* cocinero -enmendó Sasha contemplando con curiosidad al viejo. Aquél también miraba atentamente a Sasha por entre sus párpados entornados.

-Antón Semiónovich es reclamado por Moscú -continuaba Borís-. Guisará para embajadores y ministros plenipotenciarios. Croquetas de volaille, salsa provenzale... Yo he conocido a buenos cocineros en Moscú. Claro que no se pueden comparar con su categoría, pero algunos quedan. Iván Kuzmich en el Grand Hotel. ¿Le conoce?

-No recuerdo -contestó Antón Semiónovich con indiferencia: él no podía recordar a un Iván Kuzmich cualquiera, aunque cualquier Iván Kuzmich tenía la obligación de conocerle a él, a Antón Semiónovich.

-Un cocinero muy aceptable -continuó Borís-. Siempre que haya algo que cocinar, naturalmente. De maître está Albert Kárlovich.

-Le conozco -profirió escuetamente Antón Semiónovich.

-Cualificado, buena presencia... -Borís se animó todavía más viendo que tenían un conocido común.

-¿Cómo lo puede demostrar? -rezongó Antón Semiónovich-. Primer plato, segundo plato, postre y se acabó ...

-Es lo que yo digo: que hace falta tener algo que cocinar. Y saber para quién se cocina. Porque, cuando un berstróganov es la máxima de las aspiraciones...

-También el berstróganov hay que saberlo hacer. Antón Semiónovich volvió la cabeza hacia el ama de la casa, que se afanaba preparando la cena.

Siguiendo su mirada, dijo Borís:

-Me imagino el arte con que lo haría usted.

Antón Semiónovich no se dignó contestar.

-Cuando volvamos a Moscú espero que probaremos su cocina -rió Borís. Antón Semiónovich le miró de reojo y luego dijo con la descarada exigencia del borracho:

-Si se deciden, éste es el momento. Se levantó pesadamente y salió con el dinero que le dio Borís.

-Está alcoholizado -observó Sasha.

-No -objetó Borís-. Siente nostalgia de la gente. Antón Semiónovich volvió con una botella de alcohol.

-Esto es lo mejor. Para el corazón, quiero decir. Bebía sin comer apenas, y en seguida se emborrachó. Tenía el cuello amoratado y la expresión maligna del que quiere beber a cuenta de otro y de paso insultarle. Borís no se daba cuenta y seguía enumerando a los cocineros y los maîtres moscovitas que conocía.

-¿Por qué está aquí? -preguntó Sasha.

Antón Semiónovich levantó hacia Sasha una mirada dura, dispuesto a mandar al demonio a los estúpidos moscovitas con quienes bebía fortuitamente y a los que despreciaba sinceramente, ante todo por dejarse embauchar con tanta facilidad.

Pero la que respondió a la suya no era la mirada delicada de un incauto moscovita: le contemplaban los ojos de la calle moscovita, zumbona, que todo lo comprende y es capaz de plantarle cara a cualquiera.

Jadeante, Antón Semiónovich apartó entonces su dura mirada y contestó a desgana:

-Trabajaba en un comedor de distrito y escribí en la carta *schí lenívie*!. Al poco llega un fiscal: «¿Qué es eso de *lenívie*?» Lo había interpretado como una mofa contra los trabajadores de choque. Y o le enseñé un libro de cocina del año mil novecientos treinta donde también figuraba esa sopa de coles con el nombre de *schilenívie*. Estaba claro, ¿verdad? Pues no, señor. Dijo que también el libro lo había escrito un contra. [\[30\]](#)

De todas las historias con las que había tropezado allí Sasha, aquélla era la más disparatada.

-Pero todo ha terminado, gracias a Dios -comentó afablemente Borís-. Han retirado los cargos y ahora vuelve usted a casa.

-¡A casa?! -Antón Semiónovich miró con odio a Borís-. ¿Y dónde está esa casa? ¿En Berdíchev? [\[31\]](#)

¡Menuda lección para Borís! Para que no se interesara por el primer individuo que encontrara a su paso.

-¡Largo de aquí, hijo de perra, y vete a donde a tu madre le dieron en un muladar! -gritó Sasha.

-¡No! -Borís se levantó, fue a la puerta y echó el pestillo.

-¡Eh, chicos! ¿Qué os pasa? -farfulló inquieto Antón Semiónovich-. Era una broma.

-Pues es la última que gastas, canalla -sonrió sombríamente Sasha.

Borís cayó sobre Antón Semiónovich y le aplastó la cara contra la mesa.

-¡Chicos, soltadme! -profirió Antón Semiónovich como un estertor, con los ojos casi en blanco.

-No le remate, Borís. Deje algo para mí -dijo Sasha.

[\[30\]](#) Literalmente, Lenívie significa perezosos, pero así se llama a la sopa de coles (*schí*) cuando éstas son jóvenes y no se pican, sino que se trocean.

[\[31\]](#) Ciudad del sudoeste de Ucrania, cuya población se componía casi exclusivamente de judíos.

Aquella jeta abotagada, con los ojos en blanco, le resultaba odiosa. ¡Carroña! Quería humillarlos. ¡Canalla! ¡Basura! ¡Un compañero de confinamiento! ¡Un colega! Era una escena repugnante, pero los habían sumido en las heces de la vida y con aquellos detritos no se podía tratar de otra forma.

-¡Discúlpate, so bicho!

-Os pido disculpas -profirió roncamente Antón Semiónovich.

-¡Y ahora lárgate con la zorra de tu madre!

Borís le sacó a empujones, haciéndole rodar las escaleras del porche, y se dejó caer en un banco.

-Ahí tiene usted al leib cocinero de su majestad imperial -rió Sasha.

-Y que Frida tenga que vivir entre gente de esta calaña... -suspiró Borís.

Al día siguiente encontraron una barca a punto de partir. El cooperador que iba en ella aceptó llevarlos si se ponían a la sirga lo mismo que el barquero y él. Kezhmá estaba a setenta kilómetros, de manera que, si no surgía ningún inconveniente, estarían allí en dos días. Era una suerte.

Llevaron su equipaje a la orilla, hasta la barca, grande y muy cargada, que habrían de atoar. Al lado terminaba sus preparativos el cooperador, un muchacho alegre y mofletudo que llevaba impermeable de lona y unas botas hasta las ingles, parecidas a las que se usan en los pantanos, hechas de la piel de una pata de ciervo, llamadas bokari.

-¿Saldremos pronto? -preguntó Borís.

-En cuanto estén listos los documentos -contestó el cooperador.

Borís se apartó un poco con Sasha y volvió a su tema:

-Me parece que debemos ir a la comandancia, ¿sabe? Decimos que hemos encontrado una barca, que ya hemos cargado nuestro equipaje y sólo nos hemos acercado a registrarnos. De lo contrario podemos tener un disgusto en Kezhmá. Seguro que ese hijo de perra de cocinero de su majestad imperial ha ido con el soplo de que estamos aquí.

-Allá usted -contestó fríamente Sasha-. Vaya si quiere, pero yo no voy. Ni diga que estoy aquí. Yo tengo una prescripción para presentarme en Kezhmá, y en Kezhmá me presentaré.

-Como quiera -replicó Borís encogiéndose de hombros-. Pero yo, de todas maneras, iré.

El diablo de la actividad se había desencadenado en él. Obsesionado por la idea de casarse con Frida, lo supeditaba ya todo a ella y temía cometer algún error.

Transcurrió media hora, luego una hora y Borís no regresaba. El cooperador fue a sellar sus documentos y volvió sin que Borís hubiera aparecido.

-No podemos perder más tiempo -indicó el cooperador-. Vete a buscar a tu compañero o nos marcharemos sin él.

Sasha no sabía qué hacer. No podía dejar a Borís, pero tampoco quería ir a la comandancia. Además ya era tarde: le preguntarían por qué no se presentó nada más llegar.

-Vamos a esperar otro poco.

Por fin apareció Borís y, sin decir nada, sacó su maleta de la barca.

-¿Qué ocurre? -preguntó Sasha, aunque se lo imaginaba.

-Me mandan a Rozhkovo -contestó Borís. Estaba demudado.

Por delante de Rozhkovo, minúscula aldehuela enclavada en la margen izquierda, habían pasado la víspera con Nil Lavréntievich.

-¿Cómo lo han decidido no estando el mandatario del distrito?

-Están facultados para asignar ellos los lugares de residencia.

-No les haga caso y vámonos.

-Se han quedado con mi prescripción.

Le temblaba la voz.

-No lo tome así -repuso Sasha-. En cuanto llegue a Rozhkovo escriba a Kezhmá o a Kansk y pida el traslado, puesto que en Rozhkovo no hay trabajo para usted. Y también yo se lo diré al mandatario cuando esté en Kezhmá.

Borís hizo un ademán evasivo.

-¡Todo está perdido! ¡Qué estúpido he sido! ¡Pero qué estúpido!

A Sasha le daba pena de Borís y sentía separarse de él: era un buen chico, un compañero de viaje alegre y optimista. Se abrazaron y se besaron. A Borís le brillaban lágrimas en los ojos.

Sasha subió a la barca. El barquero la empujó y también subió él, pasando por encima de la borda. Bogaron algún tiempo a remo porque las barcas y las redes de la orilla no permitían llevar la barca a la sirga. Sasha divisaba la silueta abatida de Borís. Los siguió un rato con la mirada, luego agarró su maleta y empezó a subir la cuesta.

Solo en el río desierto, Sasha marchaba al encuentro de su futuro. Mal o bien, todos estaban ya en sus lugares de destino, mientras que él ignoraba todavía lo que le esperaba y adónde le mandarían. Nunca vería ya a Volodia, a Ivashkin, a los deportados con los que se había encontrado en las aldeas ni volvería a ver probablemente a Borís, aunque vivieran en el mismo distrito. La amargura rozó su corazón: había perdido a las personas con las cuales había recorrido los primeros centenares de kilómetros de aquel camino.

A popa iba sentado el barquero, hombre taciturno de unos cuarenta años con cara hosca de cabo de varas. Sasha y el cooperador se turnaban en la sirga y, en las escolleras, ataban juntos.

El cooperador, Fedia, licenciado después de hacer la mili, era un muchacho comunicativo, trabajaba de vendedor en Mozgova, una aldea próxima a Kezhmá, se presentaba como encargado de un comercio rural y estaba apuntado a unos cursos a los que asistiría en Krasnodarsk cuando llegara el invierno. Fedia hablaba con cómica importancia del papel del vendedor rural como conductor de la línea estatal en la aldea. Un nuevo tipo de activista rural, que todo lo creía de buena fe, con alegre confianza, sin dudas ni razonamientos. Amigo de cantar y acordeonista, por añadidura. El hecho de que Sasha fuera un deportado no tenía para Fedia la menor importancia. Así eran las cosas: había deportados, los había y eran personas como todo el mundo. Pero si Fedia hubiera servido ahora en un pelotón de la comandancia y le hubiesen ordenado fusilar a Sasha, lo habría fusilado, y también porque así eran las cosas.

Fedia le preguntaba a Sasha cosas de Moscú: en qué calle vivía, qué otras calles había, a qué se dedicaban sus padres, si había estado alguna vez en el Kremlin, si había visto al camarada Stalin y demás dirigentes y qué precios tenían las mercancías en los comercios. Todo le sorprendía, todo le admiraba y Moscú era la meta suprema de sus sueños. A Sasha también le admiraba: ¡un moscovita de pura cepa! Le ofrecía cigarrillos Lux, de los destinados a los altos funcionarios del distrito.

A veces cantaba *Olvidado y perdido*, una canción traída por los deportados que se había hecho muy popular en el Angará. Cantaba bien. «*A mi tumba, seguro, nadie ha de venir. Tan sólo en primavera cantará el ruiseñor. Cantará sus amores y se irá otra vez.*»

Fedia no había ido a los placeres auríferos porque esa costumbre ya no existía. Pero antes de irse al servicio militar había trabajado dos meses con una expedición del profesor Kulik, que andaba buscando el meteorito de Tungus. No lo encontraron. Se conoce que se había hundido en la tierra. En aquel sitio aparecieron unos lagos, luego se empantanaron. Los enjambres de *gnus* no dejaban vivir a la gente y todos escaparon de allí. Fedia hizo igual que todos, más aún porque le llamaron al servicio. Por allí no habían empezado a reclutar hasta el año veintiséis y también en el veintiséis abrieron una escuela. Hasta entonces no había habido escuelas y, de los muchachos, Fedia era el único que sabía leer y escribir. Le enseñó su padre, que trabajaba en una factoría y comerciaba con los tunguses.

-Es gente sin educar, salvaje -contaba sin maldad, refiriéndose a los tunguses-; pero de robar, nada, ¿eh? A los rusos, nos llaman a su manera: Petrushka, Ivashka, Pavlushka, Kornilka... Dicen «harina mío dar», «mirar poco poquito», «vender dos panecillas»... Les gusta el tabaco. Fuman y beben los hombres y las mujeres. Y también se visten de la misma manera. A los críos sí se les puede distinguir porque los chicos llevan una trenza y las chicas dos. Los encantan las lentejuelas. Con ellas bordan los ropones y los kamasines.

Kamus se llama en tungus al cuero enterizo de las patas de ciervo o de alce con las cuales se hacen botas altas llamadas kamasines. La palabra sorprendió a Sasha por su semejanza con los mocasines indios. Una confirmación de que los tunguses eran de la misma tribu que los indios norteamericanos.

Habría sido interesante venir con una expedición a estudiar los dialectos locales. O con un grupo de geólogos, porque aquella tierra encerraba riquezas incalculables. Y a él le habían condenado a tres años de confinamiento en una aldea perdida, de la que no podía moverse. Tres años haciendo allí el pasmarote, sin provecho para él ni para los demás.

¿Por qué le habría caído aquello encima? ¿Tendría él la culpa? Si hubiera hablado de Krivoruchko, ahora estaría en libertad. Pero no había dicho nada, lo consideró inmoral. ¿Y qué era la moralidad? Lenin dijo: «Es moral lo que sirve a los intereses del proletariado.»

Pero los proletarios eran seres humanos y la moral proletaria era una moral humana. En cambio, dejar a unos niños sin cobijo en la nieve era inhumano y, por consiguiente, inmoral. Como también era inmoral salvar la vida propia a costa de una vida ajena.

La última noche de camino la pasó en la aldea de Zaimka, enclavada en el extremo superior de una isla de nombre inesperado: Turguéniev. Medía veintidós kilómetros de largo. En el extremo inferior estaba la aldea de Alióshkino.

La isba a la que llevaron a Sasha era grande, espaciosa, y en el patio entarimado de tablas había varias dependencias. El ama era una mujer de edad, oronda, bien plantada, que sin duda fue una belleza. El amo era un viejecillo encorvado y algo pelirrojo. También vivían allí sus hijos, el mayor de unos cuarenta años y el menor de unos treinta, con sus esposas y sus hijos. Los dos hombres tenían el cabello muy negro, la nariz aguileña y las cejas tupidas: auténticos caucasianos.

-Ahora vendrá el padre Vasili -explicó el ama- y cenará usted con él. Llegó un sacerdote de barbita moreno claro y rostro bondadoso, con chubasquero y botas altas. Se puso una sotana de andar por casa. El ama sirvió pescado curado, huevos revueltos y leche. Mientras comía, el padre Vasili le preguntaba a Sasha de dónde era y adónde se dirigía, dónde había nacido y quiénes eran sus padres. Dijo que también él estaba deportado, pero no le preguntó a Sasha la razón de su destierro ni habló de sí mismo.

Después de cenar entraron en un cuartucho donde estaba la cama del padre Vasili y una mesita. El aire tenía un olor algo dulzón, como de iglesia.

-Quítese la ropa y meta aquí los pies. Se encontrará mejor -indicó el padre Vasili, trayendo una palancana de agua caliente, jabón y toalla. Sasha metió los pies en el agua caliente, percibió una fugaz sensación de debilidad y luego notó con arrobo que se le quitaba el cansancio.

Recostado en el quicio de la puerta, el padre Vasili contemplaba a Sasha con ojos bondadosos. Ahora que Sasha se fijaba en él, se daba cuenta de que era muy joven y no como le había parecido en el primer momento, debido a la barba, a la sotana y también a su idea de que los sacerdotes tenían que ser ancianos. Le parecía que todos los sacerdotes eran de antes de la revolución.

-Podríamos calentar el baño -continuó el padre-, pero está al lado del río. Quizá se resfriase al volver y aún tiene camino por delante.

-Gracias, pero esto ha sido ya maravilloso.

-Aquí los baños no tienen chimenea -prosiguió el padre Vasili-. Usted, en Moscú, tendría seguramente cuarto de baño.

-En efecto.

-En la tierra de donde soy tampoco tienen chimenea los baños. Hay quien se mete en la boca de la estufa cuando ya está apagada y se lava allí. La gente de por aquí es mucho más aseada.

-¿De dónde es usted? -preguntó Sasha.

-De la región de Riazán, distrito de Koráblinsk. ¿Lo ha oído alguna vez?

-La región de Riazán la conozco; pero ese distrito, no.

-Está hacia el sur -refería el padre Vasili sonriendo-. Crecen muchos manzanos. Aquí no verá usted ninguno, ni tampoco perales, y los echará de menos. Se recogen bayas: airelas, arándanos, mirtillos y pare usted de contar. Bueno, también moroshka y grosella negra, menudita, silvestre. Pero fruta, ninguna.

-Pues habrá que pasar sin fruta -concluyó Sasha moviendo con deleite los dedos de los pies en el agua caliente.

-Enjabónelos bien. O mejor, deje que lo haga yo.

El padre Vasili echó mano del estropajo y el jabón.

-No, por favor. ¿Qué hace? ¡Quite, quite! -se sobresaltó Sasha.

Pero el padre Vasili había mojado ya el estropajo en el agua y, después de enjabonarlo, se agachó y empezó a frotar un pie de Sasha.

-¡No, no! Pero, ¡por favor! -gritó Sasha tratando de sacar los pies de la palangana y, al mismo tiempo, temiendo salpicar.

-No se preocupe, no se preocupe -pronunciaba afablemente el padre Vasili frotando el pie de Sasha-. Usted está en una postura violenta, y yo no.

-¡No, no! Gracias. -Sasha rescató por fin el estropajo.

-Bueno, pues hágalo usted.

-El padre Vasili se secó las manos con la toalla.

-¿A qué se dedica usted aquí? -preguntó Sasha.

-Trabajo. Ayudo a los amos. Ellos me dan de comer y gracias. La gente es buena, sensible. Saben corresponder al bien que se les hace. Éste dejará de ser probablemente un lugar de confinamiento.

-¿Por qué?

-Debido al koljós. No hay haciendas particulares ni sitio donde trabajar porque a los deportados no los admiten en el koljós. Por aquí hay koljoses de colonos especiales, de los antiguos kuiaks, pero tampoco en ellos nos admiten...

-¡Qué extraños que son los hijos de los amos! Parecen cherkeses.

El padre Vasili sonrió:

-Pecados de juventud. Tuvieron alojado a un deportado que era del Cáucaso. Un hombre muy guapo, según cuentan. Y cedieron a la tentación. -Más de una vez, según parece. -Él vivió aquí nueve años -explicó el padre Vasili de buen grado-, y luego se marchó. Los chicos quedaron. El amo los tiene por hijos suyos y ellos a él por su padre.

Esto ha sido de siempre lugar de deportación y la gente se ha mezclado. Viven bien, en armonía, y me han cobijado a mí. No diré que sean muy creyentes, pero tampoco ha habido aquí nunca auténtica religiosidad. Siberia... De todas maneras, el alma exige su alimento.

-¿Oficia usted?

-La iglesia está cerrada... Pero siempre se puede hablar, llevar algún consuelo...

Sasha se secó los pies y se puso los calcetines.

-Acuéstese y descanse -sugirió el padre Vasili.

-En cuanto tire el agua -contestó Sasha.

-Yola tiraré. -El padre Vasili levantó la palangana-. Usted no sabe dónde hay que tirarla.

Volvió al poco, secó el suelo con un trapo y se llevó el cacharro del agua caliente.

Cuando volvió de nuevo preparó la cama.

-Acuéstese.

-¿Cómo? ¿Y usted?

-Ya encontraré un sitio. Yo estoy en mi casa. Acuéstese.

-¡De ninguna manera! Me acostaré en el suelo.

-El suelo está frío y se constipará. A mí me gusta dormir en el rellano de la estufa.

-A mí también me gusta dormir en el rellano de la estufa -repuso Sasha.

-Los amos se han acostado ya y podría despertarlos -replicó el padre Vasili-. Yo me echaré con mucho cuidado y no se enterará nadie.

Objetaba con blandura, pero en aquella blandura se notaba la firmeza del hombre al que nada puede impedir cumplir con su deber. El deber de dar a los demás lo que tiene, aunque sólo tenga una palancana de agua y un catre estrecho.

Sasha se acostó en la cama, notó el frescor de las sábanas -¡cuánto tiempo hacía que no dormía entre sábanas, bajo un edredón!-, se estiró, se volvió hacia la pared y se quedó dormido.

Su sueño se había vuelto muy ligero en la cárcel. A primera hora le despertó un leve ruido. Era el padre Vasili que se levantaba del suelo, donde había dormido sobre un ropón de pieles y tapado con otro.

-¡Vaya! Y digo que se acostaría en el rellano de la estufa.

-Esto intenté -contestó animosamente el padre Vasili-, pero ya estaba todo ocupado. Además, que no me he acomodado aquí mal y he dormido perfectamente.

-No debe usted ceder la cama a todo el que pase por aquí. Nosotros somos muchos y usted uno solo.

-¿Muchos? objetó el padre Vasili mientras se peinaba delante de un espejito de bolsillo colgado en la pared y se ataba el pelo en la nuca-. Hace tres meses que no ha venido nadie. Tampoco hay partidas en camino todos los días y, además, los albergan en casas distintas, por turno. En la nuestra es posible que paren uno o dos al año. Yo duermo todas las noches en esta cama y no me importa cederla una. Para usted, en cambio, es un descanso. Duérmase otra vez, que todavía tiene tiempo.

El padre Vasili salió y Sasha se quedó otra vez dormido en cuanto se volvió del otro lado. De nuevo le despertó el padre Vasili: entró, se quitó las botas sucias y se puso la sotana de andar por casa.

-Ahora levántese y aséese: vamos a almorzar.

De desayuno les pusieron otra vez huevos revueltos, shangui calientes y té de color ladrillo. Todos se habían ido a trabajar. Sólo quedaba la vieja junto al fogón. [\[32\]](#)

-¿Cuántos años tiene? -preguntó el padre Vasili.

-Veintidós. ¿Y usted?

-¿Yo? -sonrió el padre Vasili-. Veintisiete.

-¿Y cuánto le echaron?

El padre Vasili sonrió otra vez.

-Poca cosa: tres años. Dos han pasado ya, conque me queda uno. Me tira el terruño, pero también me da pena marcharme. Me he acostumbrado a esto.

-Pues quedese. Cásese -intervino el ama-. ¿Para qué se va a marchar? En Rusia no le dejarán servir a Dios.

-A Dios se le puede servir en todas partes -contestó el padre.

Se volvió hacia Sasha.

-Se sentirá fastidiado los primeros tiempos; pero luego se acostumbrará. No pierda el ánimo, no permita que se endurezca su corazón. Después de lo malo, siempre llega lo bueno. Recuerdo haber leído en Alejandro Dumas algo así como que las vicisitudes son igual que cuentas ensartadas en el hilo de nuestro destino; el sabio las va pasando con calma. Un profano, que escribía novelas de aventuras, y qué bien, con cuánta sensatez se expresó.

[\[32\]](#) Shangui: Especie de empanadillas generalmente rellenas de requesón.

Alguien llamó a la ventana. Era hora de que Sasha reanudara su camino.

-¿Qué le debo? -preguntó al ama.

-No debe nada -rechazó con ademán enérgico.

El padre Vasili le rozó un codo.

-No la ofenda usted.

Acompañó a Sasha, le ayudó a colocar su maleta. El barquero soltó la sirga, empujó la barca, subió a ella y empuñó el timón. Fedia se echó el nudo al hombro y tensó la sirga lentamente al caminar, volviendo a menudo la cabeza para estar seguro de que el barquero sorteaba bien los obstáculos. Tranquilo por ese lado, dijo:

-Cuando lleguemos a la punta de arriba, pasaremos al cauce.

Sasha le tendió la mano al padre Vasili.

-Hasta la vista. Y gracias por todo.

Fedia gritó alegremente:

-¡En marcha!

Sasha comenzó a caminar, inclinado hacia delante y tirando de la sirga.

-Dios le guarde -dijo el padre Vasili.

TERCERA PARTE

1

A Sasha le designaron como lugar de confinamiento la aldea de Mozgova, situada a doce kilómetros de Kezhmá remontando el Angará.

Encontró buen alojamiento. Era una casa grande, acomodada, cuya ama, viuda, vivía con dos hijos adultos y su compañero. El hombre no era del Angará, sino forastero, antiguo soldado. Al principio los hijos se opusieron a que la madre se casara con él porque no querían un copropietario en la hacienda. Ahora, la hacienda había pasado al koljós, pero cuando el soldado bebía, despertaba su agravio por lo pasado y recorría la aldea, amoratado, con el cabello canoso revuelto, jurando que mataría a sus hijastros; éstos se apoderaban de él y le encerraban en el cobertizo del patio hasta que se le pasaba la borrachera.

El hijo menor, Vasili, muchacho bien parecido, de facciones regulares, se había acostado probablemente con todas las chicas de la aldea, ya que las costumbres eran allí bastante libres. Volvía a casa al amanecer, o no volvía, de manera que Sasha apenas le veía. Cuando coincidían, Vasili sonreía sin decir nada: era poco hablador, pero afable.

Al mayor, Timoféi, no le interesaban las muchachas, no andaba de calle por las tardes, y siempre dormía en casa. Entraba sin permiso en el cuarto de Sasha y manoseaba sus cosas. ¿Esto para qué es? ¿Y esto otro?... Miraba con suspicacia y callaba. Aunque aquella falta de consideración le molestaba, Sasha contestaba pacientemente a todas las preguntas de Timoféi. ¡El pueblo! El pueblo grande y potente, pero todavía ignorante, sin cultivar, frente al cual Sasha había experimentado siempre, como cualquier intelligentni ruso, un sentimiento de culpabilidad.

Un día Sasha se marchó con Timoféi a segar a una isla. No sabía segar, pero decidió probar. Sasha empuñó los remos y Timoféi el timón. En el fondo de la lancha iban dos guadañas, la piedra de afilar y dos redecillas contra el gnus: una basta -la de Timoféi-, tejida de crines y otra de seda, que Sasha compró en Kansk por consejo de Solovéichik. [33]

Manoseando la redecilla de Sasha, Timoféi dijo:

-Vosotros, los de ciudad, tenéis de todo, mientras que nosotros, los campesinos, no tenemos de ná ni hemos visto ná. Pero vivís a costa nuestra.

De forma primitiva, Timoféi estaba exponiendo la teoría de la plusvalía: los bienes materiales los creaba Timoféi, los creaban los campesinos, mientras que Sasha y los demás como él no creaban nada. Así pensaba Sasha mientras remaba con todas sus fuerzas para que la barca no fuera arrastrada isla abajo, ya que la corriente era muy fuerte en el centro de! río.

-Os deportan perjudicándonos a nosotros -proseguía Timoféi-. Vivís de nuestro sudor y de nuestra sangre.

Sasha no contestó. ¿Qué podía contestar? Si Timoféi hubiera querido entender las cosas... Pero no quería saber nada de nada. Tenía delante a un deportado, a un hombre privado de derechos, y se aprovechaba para agraviarle.

-Te achantas, ¿eh? ¿Tienes miedo? -se burlaba Timoféi-. Como te atice un guadañazo y te eche al río, ya puedes decir que se acabó. Y no creas que iba a pasarme nada. Con decir que te habías escapado... Todos sois unos contras, unos trotskistas. ¿A quién le importa nada de vosotros? Conque, ya lo sabes.

Sasha remó hasta la orilla, se metió en el agua y tiró de la barca. Timoféi no le ayudó. Siguió sentado a popa, sonriendo con sorna, y sólo saltó a tierra cuando Sasha tuvo ya la barca fuera del agua y echó la cadena a un árbol.

-¿Por qué no me has tirado al agua? -preguntó Sasha.

-Ya verás cómo te tiro si levantas el gallo -le amenazó Timoféi.

-Pues has perdido la mejor ocasión.

-¿Por qué?

-Porque te voy a matar yo ahora -anunció Sasha.

[33] Aunque la palabra gnus sirve para designar todo género de mosquitos e insectos y alimañas de pequeño tamaño, se emplean en particular para los que pululan, voraces e innumerables, en los bosques pantanosos de Siberia.

Timoféi dio un paso atrás.

-¡Eh, eh! Menos bromas.

Una isla desierta, en el fin del mundo, unos cuantos hombres segando en el interior, el zumbido de los enjambres de gnos y ni un solo ruido sobre el río. No existía el mundo, no existía la humanidad. Tan sólo estaban allí ellos dos y, por fin, Abel iba a hacer pagar a Caín sus pecados, todos sus crímenes.

Timoféi retrocedía lentamente, sin apartar de Sasha la mirada alerta, hasta que dio media vuelta y corrió hacia la barca, donde estaban las guadafías. Sasha le dio alcance y le derribó de un puñetazo en la espalda. Timoféi cayó al agua, se incorporó, giró y Sasha le pegó un fuerte golpe en el rostro. Timoféi volvió a desplomarse y se arrastró hacia la orilla, chapoteando. No; Sasha no tenía intención de matarle, no iba a perderse por semejante basura. Timoféi no se incorporaba. Tendido en la orilla, miraba a Sasha con espanto. ¡Jeta asquerosa!

¡Qué angustia! Pero iqué angustia!

Sasha llegó hasta la barca, arrojó fuera las guadañas, la piedra de afilar y la redecilla de Timoféi y, empuñando los remos, se alejó de la isla hacia la aldea.

Mientras cenaban, Sasha anunció que se mudaba a otra casa.

-¿Estás mal aquí? -preguntó el antiguo soldado-. Ya le has dado una lección a Timoféi y has hecho bien. Siempre anda armando gresca. Tiene tan malas entrañas que no hay quien le aguante. Pero ¡un tiarrón como tú! No le hagas caso y júntate con Vasili: éste se trae a todas las chicas al retortero, conque alguna dejará para ti.

-A éste le pone ojos tiernos la maestra -rió Vasili.

Timoféi callaba, sin mirar a nadie.

La casa era buena. Pero le repugnaba vivir bajo la amenaza de un tipo rencoroso; además, era arriesgado en su situación. Por la mañana, Sasha se llevó su equipaje a otra casa.

Además de la cocina, aquella isba tenía una salita que fue la que le alquilaron. Los amos, un matrimonio de edad, no estaban tan acomodados como los anteriores, pero la comida que le daban era aceptable.

En el koljós trabajaban poco, no regañaban entre ellos, la mujer le llamaba al marido «mi torcidito» porque, en efecto, era algo contrahecho y escaso de estatura. En la casa reinaba la calma: sólo se oía el trastear de la vieja con los pucheros en el fogón y el picoteo de un hacha en el patio donde el viejo estaba reparando algo. En la salita olía a suelos recién fregados y en los muros de troncos, ya renegridos por el tiempo, colgaban sendos retratos de Lenin y Kalinin, así como una fotografía, recortada de la revista Niva, de la familia imperial en carroza abierta.

A veces, el viejo se pasaba fuera el día entero y cuando volvía, por la tarde, y le preguntaban lo que había hecho en el koljós, contestaba:

-¿Lo que he hecho? Pues lo que me han mandado. El koljós era allí un concepto convencional. La colectivización llegó más tarde que a otras regiones y, después de publicarse el artículo de Stalin *Los éxitos se nos suben a la cabeza*, los koljoses se desmoronaron totalmente. Cuando volvieron a constituirlos, también fue con año y medio o dos años de retraso. Además, ¿qué se podía colectivizar allí? El breve período de vegetación sólo permitía cultivar una cantidad de grano apenas suficiente para alimentar a la familia. Pero aunque ese grano se requisara, no había ninguna posibilidad de conducirlo a seiscientos kilómetros de allí hasta el centro de acopios más próximo, en trineos cuando la niebla endurecida lo permitiera, o río abajo por el Angará, a través de los rápidos y las escolleras. ¿El ganado? En cada casa había diez vacas; unas dos mil en toda la aldea, más unos mil caballos. Los requisaron, los metieron en los establos de los kulaks que habían expulsado de allí, y como los inviernos eran muy crudos y los animales estaban mal atendidos, la mitad se murió. De nuevo repartieron los que quedaban por las casas, pero no en propiedad, sino como ganado del koljós. Y la leche, ¿dónde se entregaba? ¿A quién? No había fábricas de mantequilla ni de conservación de leche. ¿Acarrearla hasta Kezhmá para los jefes? Porque ésos sí que se multiplicaban, a diferencia del ganado, que se diezmaba a ojos vistas. Sólo quedaba lo más importante: la caza. Precisamente de allí, de Mozgova, arrancaba la senda principal, la que conducía a Vanarava, a la tierra de los tungusos. Antes de la colectivización, las pieles eran entregadas en el centro de acopios de pieles, en la cooperativa. Ahora había que hacer la entrega a través del koljós, y el koljós se quedaba con la mitad del valor. ¿Cómo salir adelante? Los cazadores escondían las pieles y se las pasaban a los tungusos porque a ellos, en las factorías, les pagaban el precio completo.

Al cabo de un par de años se dieron cuenta en la ciudad de que había bajado el acopio de pieles finas. ¡Y eran divisas! Estudiaron el fenómeno por aquí, por allá, y llegaron a la conclusión de que a los cazadores les distraía de su oficio la agricultura. Ésa era la raíz de todo el mal: los productos de la agricultura no eran comercializables, al Estado no le producían beneficios sino pérdidas y, por tanto, había que declarar aquel distrito no agrícola, especializado en la obtención de pieles y el grano hacérselo llegar desde otros distritos agrícolas como se hacía llegar a los evenkos.

Ahora, los cazadores vendían las pieles a los tunguses a cambio de grano: a ellos les habían prohibido sembrarlo, pero tampoco lo mandaban de otra parte como debía ser. Se les había olvidado. Ante los superiores se justificaban diciendo que las ardillas habían emigrado hacia el norte, que para llegar hasta ellas había que caminar tres semanas,

que en aquellos nuevos lugares había que montar cabañas de hibernada, que los tunguses las destruían y los choques casi terminaban a tiros. En realidad, aquellos cazadores no habían tenido nunca tan buenas relaciones con los tunguses. Ahora, más que por grano cambiaban las pieles por alcohol, porque en las factorías había de todo para los evenkos. Y bebían juntos.

La lejana aldea siberiana que le daba al Estado hasta cien mil pieles de ardilla al año, que enviaba rebaños a Irkutsk y se autoabastecía de cereales, leche y pescado, cesó de cazar, cesó de sembrar cereales, redujo a la décima parte su cabaña y, como otras muchas aldeas de la cuenca del Angará, se dedicó a vivir del campesino del Altái, que tampoco tenía con qué alimentarse.

Sin embargo, el Angará no padeció el hambre de comienzos de los años treinta. Fueron su salvación la lejanía, el abandono en que se hallaba aquella comarca y la forma secular de una agricultura natural por su esencia. El alimento lo daba el río con su variedad de peces tan abundantes que podían sacarse con la mano y los salmones que los remontaban para el desove; lo daba el bosque, con las bayas y las setas; lo daba el ganado, que, aunque se consideraba perteneciente al koljós, de todas maneras andaba repartido por las casas porque hacía más de dos años que se estaba construyendo una granja; lo daban las aves decorral, los animales de cerda y los corderos, que tampoco pertenecían al koijós y de los que se obtenía lana. Lo esencial era que sólo para las pieles existían planes de suministros y acopios, pero éstos fueron reduciéndose de año en año hasta que la comarca fue declarada no aprovechable para la caza, como se había declarado ya no aprovechable para la agricultura. Declararon el distrito productor de leche comercializable con obligación de suministrar diariamente leche fresca a las autoridades del distrito, a las que el koijós de Kehzmá no podía alimentar ya. Mozgova enviaba puntualmente la leche. No era nada difícil: de las dos mil vacas había quedado doscientas, iconque no había más que cargar diez bidones en un carro y mandarlos a la ciudad!

Cuando Sasha llegó, la aldea no se había depauperado por completo. El dinero conservaba su valor: él pagaba veinte rublos al mes por el alojamiento y la comida. A veces traía un cuenco de nata que le habían dado por reparar el separador comunal.

El separador era un Alfa-S, aparato sueco de discos, muy engoroso a la hora de desmontarlo y limpiarlo. Sasha había tratado con un separador hacía cosa de tres años, estando de prácticas con una columna de camiones que fue enviada a una aldea para la campaña de recolección. En la hacienda de un kulak deportado había quedado un separador que nadie sabía manejar. El mecánico de la columna lo desmontó y lo limpió. Sasha hizo lo mismo por pura curiosidad, y aquella experiencia le servía ahora. El aparato que había en Rozgova era viejo, tenía la rosca del eje pasada y la tuerca apenas se sostenía. Había que entallar una rosca nueva, pero allí no tenían las herramientas necesarias.

-Digan al presidente -recomendó Sasha-que mande el separador a Kehzmá para que entallen una rosca nueva o se estropeará del todo. Pero se conoce que las koljosianas no se lo comunicaron al presidente, o que éste no se tomó el trabajo de llevarlo a Kehzmá.

El separador era el club de las mujeres. «Ir al separad»o significaba escapar un rato de la casa, charlar mientras llegaba la vez; significaba un breve respiro en una vida aperreada porque allí todo recaía sobre la mujer: el campo, el huerto, el río, el ganado, el hogar... El auténtico angareño era un cazador, un vagabundo que desdeñaba el trabajo, y en particular el casero. Solovéchik tenía razón: a los veinte años, la mujer era allí un caballo de carga; a los treinta, un jamelgo. Disfrutaba verdaderamente de la vida entre los trece y los dieciséis años, antes de casarse. Porque una muchacha, aunque trabajaba en el koljós y en la casa al igual que los adultos, por las tardes tenía la calle. Delante iban las muchachas en dos filas, cantando; detrás de ellas, también en dos filas, los muchachos con el acordeonista. Llegaban hasta el extremo del pueblo, daban media vuelta, y así hasta que oscurecía y, en parejas, desaparecían por los pajares y los graneros. Si algo le reprochaba luego el marido a la mujer era, precisamente, el haberla encontrado virgen. Eso significaba que a nadie había interesado de soltera.

En contra de lo que esperaba Sasha, su incidente con Timoféi reforzó su prestigio en la aldea: al deportado no le había dado miedo atizarle a uno de allí. Desde la época zarista, a los deportados los tenían a raya. La aldea entera, sin que luego se pudiera descubrir al culpable, los apaleaba si cometían un robo, se emborrachaban o armaban bronca. Claro que aquéllos eran comunes. Los políticos no se peleaban. Pero aquél, según contaba el cooperador Fedia, era del propio Moscú y no le temía a nadie porque conocía llaves especiales. Fedia utilizaba el término para dar mayor peso a su propia erudición.

La verdad era que gracias a Fedia había ido a parar Sasha a Mozgova. A diferencia del mandatario del NKVD de Boguchani, adormilado y perezoso, el de Kehzmá -hombre inquieto, de delgadez enfermiza apellidado Alférov- observó a Sasha con mirada inquisitiva y preguntó secamente.

-¿En qué ha venido?

-En la barca de un cooperador de Mozgova.

-¿Se ha marchado?

-No.

-Váyase con él a Mozgova -decidió Alférov, diciéndose al parecer que así se ahorraba trabajo, puesto que Sasha tenía ya barca. y Sasha se alegró: viviría a doce kilómetros de Kezhmá y ya tenía a alguien conocido en Mozgova.

Una tarde llamó Fedia a casa de Sasha para que saliera un rato. Le llevó a una calleja lateral donde, sentadas en unos troncos, esperaban Lariska, mujer divorciada, poco atractiva y bizca, y una hermana de Fedia, Marusia, muchacha campechana, cuadrada, de ancho rostro plano.

Fedia tomó asiento en un tronco al lado de Lariska y dijo a Sasha:

-Siéntate con mi hermana.

Marusia levantó los ojos hacia Sasha y le dirigió una sonrisa alentadora, como si dijera: «Siéntate, hombre, y échame un brazo por los hombros, que mira si son anchos y suaves. Y mi pecho también es ancho y tibio. Verás como entras en calor.»

De todas maneras, Sasha se sentó un poco apartado. Algo le cohibía. En Lukeshka, la de Boguchani, había algo vivo, de adolescente que jugaba con ingenuo impudor y le recordaba de alguna manera a Katia. Con aquella muchachota cuadrada no sabía de qué hablar, ni probablemente había que hablarle de nada para que se acostara con él en algún pajar...

De la calle llegaban canciones y notas de acordeón. Pasó por allí la maestra, Nurzida Gazízovna, o Zida, sencillamente, una tártera de veinticinco a veintiséis años. Allí la llamaban Zina, o Zinka, y sus alumnos, con más respeto, le daban el tratamiento de Zinaida Egórovna, al estilo ruso. Pasó sin prisa por delante de la calleja donde estaba Sasha con sus nuevas amistades y los miró. Marusia dijo a Sasha sonriendo sin maldad:

-Te mira a ti.

-¿Por qué a mí?

-Porque le has gustado. Si quieras, te llevo a su casa.

A Sasha le agradó aquella benévolas franqueza: «Si no me quieras a mí, toma a otra; yo te ayudaré.» Así, sencillamente, sin agravio.

-No, deja -rechazó Sasha.

-¿No te gusta?

-Está muy delgada -contestó Fedia por Sasha.

-Pero lleva vestidos de ciudad y pantalones de seda -intervino Lariska. -y debajo de los pantalones no hay más que huesos -objetó Fedia. Se levantó, desperezándose:

-Vamos, Lariska, que se van a enfriar los shanguí.

-Los he dejado envueltos en un paño, ¡conque no se enfriarán! Ya en el patio de su casa dijo Lariska:

-Vosotros subid, que ahora traigo los shanguí. Subieron al pajar por una escalera de madera. Olía a heno del año anterior. Era una clara noche de luna que blanqueaba la cara redonda de Marusia. Sasha percibía su mirada ansiosa y su respiración. Fedia tanteó debajo de una manta: en sus manos brilló una botella y tintinearon unos vasos.

De aquella noche, Sasha conservaba luego un vago recuerdo. Lariska y Marusia bebieron poco; pero él, para no quedar a la zaga de Fedia, apuró medio vaso de alcohol que le abrasó la garganta, bebió un sorbo de agua y comió pescado curado; luego recordaba sus alardes para demostrar cómo eran capaces de beber los de Moscú. Alterado, descomedido, sin importarle nada de nada, huía de sí mismo, de su amargo destino, y pedía más alcohol. Fedia levantaba en alto la botella para demostrarle que no quedaba ya.

Luego estuvo vomitando, pero ya no en el pajar, sino en tierra, donde olía a estiércol. Los rostros blancos de Fedia y de Marusia se inclinaban sobre él. Alguien le acercaba un cazo a la boca, le vertía agua en la nuca y él se incorporaba, intentaba ir a alguna parte a ciegas. Vomitaba otra vez, en largas y dolorosas náuseas. Las estrellas brillaban en el cielo lejano, unos perros ladraban en alguna parte, alguien tiraba de él, pero él se resistía, aunque finalmente entró en la casa por la ventana para no despertar a los amos, para no ponerse en evidencia.

Por la mañana oyó que los amos se disponían a salir, se hizo el dormido y efectivamente se durmió. Cuando despertó, no había nadie en la casa. Se levantó, bajó a la cueva, que le refrescó agradablemente con su hálito de tierra húmeda, cogió de un vasar un cuenco de nata recubierto con una tapa de madera, subió a la cocina, sacó de debajo de un paño una rosca blanda, todavía tibia, la mojó en la nata y se la comió. Algo aliviado, durmió todo el día y no apareció hasta la hora de cenar. Los amos no le preguntaron nada, pero Sasha estaba seguro de que sabían lo ocurrido.

Al día siguiente se encontraba ya perfectamente bien, pero tenía un humor de perros, se resistía a salir de casa por temor a encontrarse con Fedia, Marusia y Lariska, avergonzándose de antemano de sus miradas burlonas, y sin llegar a explicarse cómo pudo rebajarse hasta ese extremo. Beber de más era cosa que le había ocurrido a veces. Pero esa fanfarronería, ese engreimiento... ; eso, nunca. De todas maneras, no tuvo más remedio que ir a la cooperativa porque se le habían terminado los cigarrillos. Fedia le acogió sonriente, con eso del «¡Hola, hombre! ¿Qué tal la cabeza? ¿Todo en orden? ¡Estupendo!» Le sirvió los cigarrillos y los fósforos. Le propuso que comprara

una guitarra con manual y todo. Se habían recibido tres, y los tunguses ni tocaban la guitarra. Sasha no la compró y luego se arrepintió de no haberlo hecho. Por lo menos, habría aprendido a tocar.

En la calle se encontró con Marusia, que traía del río dos cubos de agua pendientes del balancín y sonrió a Sasha como si no hubiera ocurrido nada.

La gente de la aldea no hizo el menor caso del incidente. En ese aspecto, los temores de Sasha eran infundados. ¿Qué había bebido? ¡Valiente cosa! Además, Fedia había advertido a las muchachas de que no se fueran de la lengua porque el alcohol lo había sacado de la cooperativa.

La única persona que aludió al asunto riendo, sin maldad, fue Vsevolod Serguéievich, un moscovita enteco y nervudo que aparentaba más de sus treinta y cinco años debido a su calva, su nariz carnosa y sus finos labios irónicos.

No hablaba del motivo de su deportación. Era una especie de regla tácita. Mientras iban de camino, los componentes del grupo sí solían explayarse más; pero una vez en el lugar de confinamiento, sólo citaban el artículo, que solía ser, en casi todos los casos, el cincuenta y ocho, punto diez.

Vsevolod Serguéievich estuvo primero confinado en Kezhmá, pero luego fue a parar a Mozgova por una aventura con una empleada de la sección de finanzas del distrito. Y eso les estaba prohibido a los deportados. Podían haberlo enviado a un lugar más lejano -a cien kilómetros, por ejemplo, ya que las distancias eran allí inmensas-, pero se conformaron con eso, porque le conservaron su trabajo en Kezhmá. Esto le obligaba a recorrer diariamente veinticuatro kilómetros a pie. Sin embargo, en primavera le despidieron porque mandaron otro contable. Y ahora Vsevolod Serguéievich hacía un poco de todo en Mozgova para ganarse algún dinero: trabajaba de carpintero, segaba, recogía el heno, cavaba los huertos, ayudaba a tirar de las jábechas -pasmando a la aldea entera con su calzón corto, ya que todos los hombres usaban allí calzoncillo largo-, le echaba una mano al contable del koljós, chico muy joven que había seguido unos cursos en Kansk.

Sin embargo lo que constitúa su vida eran las mujeres, de las que hablaba sin recato, cínicamente. Viendo que Sasha torcía el gesto, observó sin molestarse:

-¿Qué nos queda en esta vida? ¿Qué piensa usted hacer aquí? La única alegría es la mujer. No encontrará ninguna otra. Aproveche las migajas que nos concede la comandancia. Mientras se sienta hombre, todavía será una persona.

Aunque a Sasha le molestaban aquellos razonamientos, se había hecho amigo de Vsevolod Serguéievich. Había en él algo del Moscú de los años veinte, del Moscú de la infancia de Sasha, con sus dichos específicos, sus chistes, sus romanzas gitanas: «*Mi amada vive en una torre, alta muy alta, donde nadie puede entrar...*» Tenía algo del desenfado y, según comprendió Sasha más tarde, del humanismo de aquel tiempo. Pero el moscovita de los años treinta no se percibía en él. Sin duda era mucho el tiempo que llevaba fuera de Moscú.

No dijo cómo se había enterado de la borrachera de Sasha, pero observó con una mueca:

-Ésa no es la gente con la que debe tratar. Fíjese en la maestra. ¡Encantadora, inteligentnsia! Y aquí la tiene usted en el Angará.

-También a mí me ha sorprendido que viniera a estas tierras.

-Cataclismos del amor, probablemente -opinó Vsevolod Serguéievich-. Pero una mujer que camina hacia los treinta, y oriental, además, tiene una solera, tiene un sabor...

-No parece tártara -observó Sasha.

-Los tártaros de Siberia han llegado a rusificarse totalmente -explicó Vsevolod Serguéievich-. Los tártaros de Tobolsk, los de Omsk, los de Kuznetsk, son como los rusos, como los siberianos. ¿Qué son musulmanes? ¿Quién habla ahora de musulmanes? Si ni siquiera se encuentran ortodoxos... Pero el carácter nacional, el modo de vida, el tipo, eso ha quedado, naturalmente. Sobre todo en la mujer: esclava del hombre, fiel, leal, aunque también alta. En su mirada hay algo de los janes... Le confieso honradamente que con ella he fracasado. ¿Por qué? ¿Quién sabe? Pero con usted es otra cosa. Enhorabuena, Sasha. Todo pasa. Quedan únicamente las mujeres con las que nos emparejó la vida. Dedíquese a ella, distráigase. En nuestro tiempo es raro tropezar con mujeres como Zida. Incluso en Moscú sería un premio gordo una mujer así.

-Puedo ocasionarle contratiempos -dijo Sasha.

-No lo creo. ¿Dónde iban a encontrar a otra maestra? Además, no hay presunto delator que temer, puesto que nadie la ronda. Claro que no hace falta darle dos cuartos al pregonero. En todo caso, le mandarían a Sávino o Frolovo. Por una mujer así, vale la pena.

En comparación con las muchachas de la aldea, achaparradas, de pómulos salientes, descalzas y con largas faldas sueltas, Zida parecía extraña y desvalida: bajita, delgada, tenía el aspecto de una adolescente con su vestido de ciudad, corto y estrecho. Una maestra forastera, sola, en una aldea perdida de la taiga donde el estudio se consideraba una innecesaria pérdida de tiempo y la escuela un castigo.

Entró en la tienda cuando estaba allí Sasha, y no por casualidad.

Sus ojos grises tenían una mirada recta, serena, franca. La sonrisa era suave y benévolas. Habló con Sasha sencillamente, como con un conocido, ya que en la aldea todos se conocían. Y, sin embargo, en lo hondo de su mirada se leía algo más...

Fedia se quejaba de que hacía más de un año que no llegaba jabón, de que tampoco habían mandado té prensado ni keroseno, de que el percal, aunque lo habían recibido, no eran del color que se necesitaba allí. Zida escuchaba las quejas de Fedia con comprensiva atención, haciendo observaciones parcias, que son justamente las adecuadas cuando sólo de esa manera se puede prestar ayuda.

Sasha hojeaba los libros a la venta: eran folletos acerca del cultivo del lino y del algodón enviados a un lugar donde no se criaba algodón ni lino.

-En la escuela hay libros que podría usted leer. ¿Quiere? -propuso Zida.

-¡Magnífico!

-Baje esta tarde donde las barcas y le traeré algunos.

Lo dijo de un modo sencillo, natural, pero justo cuando Fedia había salido al almacén por la puerta de atrás.

Al atardecer se encontraron en la orilla, cerca de las barcas que olían a madera húmeda, pescado y brea. Zida llevaba el abrigo abrochado hasta arriba, pero nada en la cabeza. A la luz de la luna, su rostro de rasgos finos y correctos parecía muy joven, casi el de una niña, de no ser por la mirada que delataba la experiencia de una mujer adulta.

-No sé el tipo de libros que le gustan a usted. Vamos a mi casa y elige.

Sasha la atrajo hacia él y la besó en los labios suaves. Zida cerró los ojos y él notó cómo le latía el corazón... Luego Zida se echó hacia atrás, le lanzó una breve mirada y se soltó blandamente de sus brazos murmurando:

-Espera.

Se retocó el pañuelo que llevaba al cuello, tomó a Sasha del brazo y echaron a andar por la orilla. Luego subieron el sendero que pasaba por delante de las pequeñas construcciones de los baños.

-Espera aquí. Cuando encienda el quinqué, puedes entrar.

Sasha aguardó, recostado contra los troncos renegridos de un baño. Una ventanita se iluminó. Sasha saltó la cerca y cruzó el patio. La puerta estaba abierta...

Sasha se marchó de casa de Zida al amanecer, por el mismo camino que habían seguido a la inversa -los baños, la orilla- y volvió a su casa desde el extremo opuesto de la aldea.

No convinieron otra cita, pues tenían todo el día por delante y encontrarían ocasión de ponerse de acuerdo. Pero resultó que no se vieron porque Zida había ido a Kezhmá.

Ya de noche, salió Sasha a la calle. La aldea dormía, pero la ventana de Zida estaba iluminada. Como la víspera, Sasha saltó la cerca y, cuando tiró del picaporte, la puerta se abrió con un leve chirrido.

-¿Cómo no cierras la puerta?

-Por si venías...

Zida hablaba correctamente el ruso, sin acento; pero en todo lo demás, como había observado con acierto Vsevolod Serguéievich, era una mujer oriental, sumisa, apasionada, estremecida al menor contacto con Sasha... «Qué haces conmigo...» Y, al mismo tiempo, una reserva y un comedimiento orientales. De su vida hablaba poco y de mala gana. Una vez aludió de pronto a su marido; su ex marido, aclaró en seguida. Su hija, Rosa, que iba para seis años, había quedado en Tomsk con los abuelos maternos. En Tomsk se licenció Zida en el Instituto Pedagógico y ejerció el magisterio durante cinco años, hasta que se vino a Mozgova. «Allí estaba ya harta de todo.» Pero no explicaba por qué había elegido precisamente aquel sitio perdido... «Vino así, rodado...» Convino tácitamente con Sasha que sus relaciones debían permanecer en secreto -Sasha quería evitarle contratiempos-, aunque comprendía a la perfección que un secreto así no podía guardarse en la aldea. Pero no levantaba objeciones, no exigía nada: ni lágrimas, ni disgustos, ni manifestaciones de loca alegría ni juramentos de amor. Sólo una noche, al despertarse de pronto, Sasha advirtió que Zida le contemplaba, acodada junto a él.

-¿Por qué no duermes? -le preguntó Sasha acariciándole una mejilla.

-Estaba pensando.

-¿En qué?

Zida rió:

-Estaba pensando dónde nacerán hombres tan guapos como tú.

Un día vinieron corriendo a buscar a Sasha porque el separador se había estropeado otra vez. Lo había reparado hace poco tiempo, aunque era inútil porque la rosca se había pasado y no aguantaba la tuerca. Varias veces había dicho que lo llevaran a la MTS, pero no hacían caso. [34]

A pesar de todo, fue. Las mujeres discutían al lado del separador. También estaba allí Iván Parfiónovich, el presidente del koljós, un hombre fortote y musculoso. Sasha no le conocía, pero estaba enterado de que era brusco y a los koljosianos les exponía sus razones con los puños. Ahora estaba hablando con él Zida, que miró de reojo a Sasha.

-¡Hola! -saludó alegremente Sasha-. ¿Qué ha ocurrido?

Ya estaba viendo él lo que había ocurrido: el separador se había estropeado, como era de esperar.

-¿Lo has hecho tú? -preguntó Iván Parfiónovich.

-¿Yo? No. Lo han hecho los suecos. Este separador vino de Suecia.

-Chuecia, Chuecia -rezongó sombríamente Iván Parfiónovich-. Ya que lo has estropeado, arréglalo ahora.

-Yo no lo he estropeado, ni lo ha estropeado nadie. Este separador tiene cien años, la rosca del eje se ha pasado y he dicho ya varias veces que lo llevaran a la MTS a que le entallaran otra rosca.

-¿A quién se lo has dicho?

Sasha señaló a las mujeres:

-A todas se lo he dicho y todas lo han oído.

-A quien tienes que informar es a mí y no a ellas, y Dios haga que a tu madre...

-Me parece que no soy empleado suyo, de manera que no tengo que informarle de nada.

-¡Será canalla el saboteador este! -estalló Iván Parfiónovich-. Estropea el separador y echa la culpa a las mujeres

-¿Cómo se atreve a hablarme así?

-¿Qué? ¿Que cómo me atrevo a hablarte así? ¡Maldito trotskista! ¿Sabes delante de quién estás? -Iván Parfiónovich apretó los puños.

-Delante de un imbécil, ¿está claro? -le gritó Sasha a Iván Parfiónovich en la cara con una sonrisa de burla-. Recuérdalo: ¡delante de un imbécil!

Dio media vuelta y se marchó. Algo dijo Iván Parfiónovich mientras se alejaba, pero Sasha no lo oyó.

Aquella misma tarde se detuvo delante de la casa de Sasha un carro, del que se apeó un campesino desconocido. Entró y le presentó a Sasha una nota que decía: «A. P. Pankrátov, confinado administrativo. Al recibo de la presente se personará en la aldea de Kezhmá al camarada Alférov, mandatario del NKVD para el distrito.» Y la firma de Alférov, una firma de hombre intelligentni, sin grandes ringorangos.

y también Alférov le produjo a Sasha la impresión de un hombre intelligentni. Resultaba incluso extraño que fuera solamente el mandatario del distrito. Tampoco estaba claro el grado que tenía, pues vestía de paisano como la primera vez que le vio Sasha.

Su oficina, instalada en la misma casa donde vivía, ocupaba la mitad delantera de la isba. Pero no recibió a Sasha oficialmente, sino en una salita bastante espaciosa, una de cuyas puertas daba a la oficina, la otra al dormitorio y la tercera a la cocina. Por ésta entraba fresco porque era la salida al patio.

-Siéntese, Pankrátov. -Alférov señaló una silla próxima a la mesa y él tomó asiento al otro lado. Estaba amable, animado, y a Sasha le pareció que incluso algo bebido-. ¿Se ha instalado ya en Mozgova?

-Sí.

-¿Buena casa? ¿Buena, gente?

-Sí.

-Bien, muy bien...

Alférov se levantó, quitó el cristal del quinqué que colgaba sobre la mesa, encendió la mecha, la reguló, volvió a poner el cristal. Los rincones de la sala quedaron en la penumbra, la luz se proyectó sobre la mesa encima de la cual había una hoja de papel. Sasha intuyó en seguida que se trataba de una queja contra él.

-Conque todo marcha bien -dijo Alférov acomodándose mejor en la silla-. Perfecto, perfecto... Esto, en cambio, es mala cosa, Pankrátov -señaló el papel que tenía delante-. Se quejan de usted: ha echado a perder (ha saboteado, dice aquí) el único separador que hay en la aldea. Saboteado, ¿eh? ¿qué opina de esto?

-Yo no he estropeado el separador -contestó Sasha-. Lo limpié unas cuantas veces, y para limpiarlo hay que desmontarlo, cosa bastante complicada. La primera vez que lo desmonté vi que la rosca del eje estaba pasada y no aguantaría mucho tiempo. Conque había que llevar el separador a la MTS para que entallaran una rosca nueva. Cualquier mecánico, cualquier cerrajero diría lo mismo. En seguida se lo dije, y se lo repetí cuando desmonté el aparato la segunda vez y la tercera. De manera que yo no tengo ninguna culpa. Los culpables son los que no llevaron el separador a su tiempo a la MTS. Yo no podía llevarlo, puesto que no tengo derecho de ausentarme de la aldea.

Alférov le escuchó atentamente. Sólo cambió de postura unas cuantas veces, acomodándose mejor en la silla y observando de cierta manera especial a Sasha. Habría tomado algunas copas con la comida y ahora le apetecía un rato de charla, puesto que tenía tiempo de sobra.

-Bien -contestó Alférav-. De modo que, al desmontarlo la primera vez, vio usted que la rosca estaba pasada. ¿Le he entendido bien?

-Sí, y yo en seguida dije...

-Eso, luego. Usted afirma que cualquier mecánico o cualquier cerrajero confirmaría que el aparato no se puede utilizar teniendo la rosca pasada.

-Claro que lo confirmaría.

-Escuche, Pankrátov. Un mecánico confirmaría que ahora (repito, ¿eh?, ahora) está pasada la rosca... Pero ningún mecánico confirmaría que estaba pasada hace un mes, cuando usted desmontó el aparato por primera vez. Y si le preguntaran si pudo el ciudadano Pankrátov pasar la rosca al apretar la tuerca torciéndola, ¿qué contestaría el mecánico? Que sí, que pudo ocurrir: metió la tuerca torcida, le pegó a la llave inglesa y pasó la rosca. ¿Es lógico lo que digo?

-No; no es lógico -contestó Sasha.

-¿De veras? -se sorprendió Alférav-. ¡Y yo que me tenía por un hombre muy fuerte en lógica! ¿Y dónde está mi falta de lógica, Pankrátov?

-La primera vez que desmonté el separador dije inmediatamente que había que llevarlo a la MTS y entallar una rosca nueva.

-¿Y a quién se lo dijo?

-A todas las personas que estaban allí, a las koljosianas, que eran lo menos veinte. Alférav le miró divertido.

-¡Pankrátov! ¡Pero si usted es un hombre inteligente, instruido!... Usted se lo dijo, bueno. ¿Y qué debían hacer ellas a su entender?

-Informar al presidente del koljós.

-Pero, Pankrátov, si son mujeres analfabetas, que nunca han oído hablar en su vida de roscas, de tuercas ni ejes. Ni pueden pronunciar esas palabras. Y no se atreverán a decirle nada al presidente del koljós porque les contestará que no se metan donde no las llaman. Además, que tampoco quieren que se lleven el separador porque, si se lo llevan, pueden no devolverlo. Funciona, ¿verdad? Pues con eso basta. Al presidente se lo debía haber dicho usted. Y no lo hizo. Como resultado, el separador ha quedado fuera de uso. ¿Qué me dice ahora de la lógica?

-Que no convence del todo.

-¿Sí? ¿Por qué?

-Porque yo no trabajo en el koljós ni cobré nada por la reparación del separador. Quería sencillamente ayudar a la gente. La cuestión está en si yo estropeé o no estropeé el aparato. Pero si la primera vez que lo desmonté dije públicamente, delante de todo el mundo, que estaba estropeado, eso significa que no lo estropeé yo. Y que sí lo dije pueden confirmarlo todos los que estaban allí.

Alférov le contempló sonriendo y luego preguntó en tono súbitamente bajo, incluso triste:

-¿Y lo confirmarían?

-¿Por qué no? -replicó Sasha, aunque no con excesiva seguridad porque empezaba a comprender de pronto la inestabilidad de su posición.

-¡Ay, Pankrátov, Pankrátov! -pronunció Alférav con la misma entonación apagada y triste-. ¡Qué hombre tan ingenuo es usted! ¿Dónde vivía en Moscú?

-En el Arbat.

-Entonces éramos vecinos -prosiguió Alférav pensativo, pero sin decir dónde estaba su casa en Moscú-. Sí, Pankrátov, es usted un ingenuo. Imagínese que llaman a esas mujeres a declarar. Primero habría que saber si podría usted citar sus nombres y sus apellidos. No es probable. En segundo lugar, todas tienen un verdadero pánico a los juicios y procurarán por todos los medios no acudir a declarar. Si al fin se logra que se presenten dos o tres, se encastillarán en que no saben nada, no han oído nada ni han visto nada. Compréndalo: en un platillo de la balanza está usted, un contrarrevolucionario deportado, y en el otro platillo el presidente del koljós, el árbitro de sus destinos, el que representa la fuerza y el poder. ¿En favor de quién piensa usted que van a testificar? Baje de las nubes, Pankrátov, y aprecie cuerdamente su posición. Usted no tiene ni un solo testigo. Y el presidente del koljós

tiene el testimonio de la aldea entera. De manera que el fiscal tendrá pleno fundamento para acusarle de haber estropeado deliberadamente la técnica agrícola, o sea, de sabotaje. Supongo que leerá usted los periódicos, ¿verdad?

-Todavía no he recibido correspondencia.

-Bueno, pero los leería en Moscú. ¿Se ha fijado? En todas partes se habla de sabotaje. Los tractores, las cosechadoras, las trilladoras, las segadoras... Con todas las máquinas se cometen actos de sabotaje. ¿Es eso cierto? ¿Estropean las máquinas a propósito? ¿Quién las estropea? ¿Los koljosianos? ¿Por qué? Y nos encontramos con que no tenemos otra salida. A nuestro campesino, que durante siglos no ha conocido más que el hacha, le montamos ahora en un tractor, en una cosechadora, en un automóvil. Y él los estropea por desconocimiento, por ignorancia, por incultura técnica y de otros muchos géneros. ¿Qué podemos hacer? ¿Esperar a que la aldea adquiera cultura técnica y supere su atraso secular? ¿Esperar a que el campesino modifique su carácter, formado a lo largo de siglos? Y, mientras tanto, que echen a perder tractores, cosechadoras y automóviles para ir aprendiendo, ¿eh? No podemos condenar nuestra técnica a la destrucción, a que se convierta en chatarra: nos ha costado demasiada sangre. Ni tampoco podemos esperar, porque los países capitalistas nos ahogarían. Sólo tenemos un recurso, duro pero único: el miedo. El miedo, concretado en la palabra «saboteador». ¿Has estropeado un tractor? Eres un saboteador: ¡diez años! Y diez años también si se trata de una segadora o una trilladora. Entonces el campesino se pone a pensar, se devana los sesos, está pendiente del tractor, le ofrece unas copas a todo el que entiende algo del asunto para que le enseñe, le ayude, le salve. Hace unos días paseaba yo por la orilla cuando vi a un muchacho llorando en una motora: «Tiré del cordón, saltó algo y ahora no arranca el motor. Me caerán cinco años.» Era un motor pequeño, primitivo. Yo lo abrí. La palanquita se había salido de su sitio. Yo la afiancé y el motor arrancó. De no ser por eso, habrían juzgado al muchacho por haber estropeado el motor, por torpedear el plan de acopios de pescado o por cualquier otra cosa. Así actúan los tribunales. Y no hay otra salida: tenemos que salvar la técnica, la industria, el país y su futuro. ¿Por qué no hacen lo mismo en Occidente? Voy a explicárselo. Nosotros fabricamos nuestro primer tractor en mil novecientos treinta; en Occidente, lo fabricaron hace cien años, en mil ochocientos treinta. Ellos tienen la experiencia de un siglo. Allí el tractor es propiedad privada y su dueño lo cuida. Aquí es del fisco y no hay más remedio que cuidarlos fiscalmente. Si a un muchacho aldeano casi analfabeto le echamos por su inercia cinco años o incluso diez como saboteador, ¿cuánto habría que echarle a usted, contrarrevolucionario deportado, casi un ingeniero? Cualquier tribunal le condenaría sin vacilación ni remordimientos de conciencia. Es más: con su caso se aliviaría la conciencia de los jueces al pensar que si a esos desdichados campesinos los han condenado por orden, al menos a usted le dan su merecido. ¡Usted no se da cuenta de su posición, Pankrátov! Se imagina que aquí está libre. Es un error. Le diré más: los que están en los campos se encuentran en mejor posición. Ya sé, ya, que allí la vida es dura, que hay que talar árboles cuando hiela, que se pasa frío y hambre, que hay alambradas; pero allí el recluso está rodeado de reclusos iguales a él, no se diferencia en nada de los demás. Aquí no hay centinelas, no hay atalayas, está usted rodeado de bosques, tiene un río, respira aire puro, pero aquí es usted un extraño, es usted un enemigo, aquí no goza de ningún derecho. A la primera delación tenemos el deber de encarcelarle. Puede venir su ama de casa y decir que le ha oído insultar al camarada Stalin. Y ahí tiene usted los preparativos de un acto terrorista.

Alférov miró a Sasha y sonrió.

-Ésta es la exposición de los hechos del primer punto, Pankrátov. Lo menos que le caerían son diez años. ¿Me ha entendido, Pankrátov?

-Sí, le he entendido.

¡Claro que había entendido! Si a Solovéchik le habían desterrado por un chiste inocente, a Ivashkin por una errata en un periódico, al cocinero por la denominación de la sopa schi lenivie; si por sustraer un par de medias sueltas condenaban a diez años según la ley del 7 de agosto; si a él mismo le habían deportado a causa de unos absurdos epigramas, era evidente que le cargarían bien la mano encima por estropear un separador, por estropear «técnica agrícola».

-Perfecto -prosiguió Alférav-. Pasemos ahora al segundo punto: «desprestigio de un dirigente koljosiano». Usted llamó imbécil al presidente en presencia de varios koljosianos. ¿Se lo llamó?

-Sí. Pero antes me había insultado a mí refiriéndose a mi madre, me había llamado víbora, saboteador, trotskista, contrarrevolucionario y no sé cuántas cosas más.

-Eso no está bien, desde luego -concedió Alférav-. Pero imagínese al presidente y a usted delante de un tribunal. La culpa suya de haber estropeado el separador está demostrada. Y entonces el presidente del koljós, que cuida de los bienes koljosianos como de las niñas de sus ojos, le llama a usted saboteador. Bien llamado. Y si, en un arrebato, incluso le hubiera atizado un golpe, también lo comprendería el tribunal. Pero, en eso de mentar a la madre, aquí no se para mientes; por eso no se juzga a la gente. En cambio usted, además de estropear el separador, le ha llamado imbécil delante de testigos. Pero él es el presidente del koljós, su autoridad está basada en su prestigio, y usted pisotea ese prestigio. Ahora tiene que dimitir. Le echan a usted diez años y entonces sabrán los koljosianos a lo que

se expone quien agravia al presidente del koliós. En adelante le respetarán y le obedecerán. Así están las cosas Pankrátov. ¿Lo ha entendido?

-Ya he dicho que lo he entendido todo.

-Me gustaría saber qué es lo que ha entendido exactamente.

-He entendido que carezco de cualquier derecho, que se puede hacer conmigo lo que se quiera, que se me puede juzgar por sabotaje, por atentado al prestigio, que se me puede ofender y escupir a la cara. Pero tenga usted en cuenta que a las ofensas responderé con ofensas y a los salivazos con salivazos.

Alférov le observaba con interés.

-y además, por si quiere saberlo -continuó Sasha-, considero amorales sus reflexiones acerca del sabotaje. Admito que se cometen errores, muchos errores, como he comprobado por mí mismo. Pero que el sabotaje se haya inventado como método de política estatal, de política del partido, eso no puedo creérmelo. Admitir esa posibilidad significaría dejar de creer en el partido. Y yo creo en el partido, a despecho de todo lo que me ha ocurrido.

Alférov seguía mirándole de la misma manera.

-¿Y qué más?

-Lo he dicho todo.

-Bien -pronunció gravemente Alférov-. Por lo que se refiere a la teoría del sabotaje, aún volveremos al tema. Si es que se presenta la ocasión, naturalmente. Usted cree en el partido, y eso está muy bien. Yo ingresé en el partido antes de la revolución, soy un viejo bolchevique, Pankrátov, y supongo que me oriento en la política del partido tan bien como usted. Pero ahora no se trata de eso, sino de usted, y yo debo tomar una decisión. Usted me mira como a su celador, a su opresor. Claro que ejerzo cierta vigilancia sobre usted, y eso forma parte de mis obligaciones. Pero también respondo de usted, de su conducta y de su seguridad, dicho sea de paso. En Boguchani trató usted con el mandatario Baránov, ¿verdad? ¿Vio a ese zoquete? Si él estuviera en mi lugar, hace tiempo que se encontraría usted en la cárcel de Kansk a la espera de sentencia. Pero yo, como probablemente habrá advertido, no soy Baránov. Estoy hablando con usted. ¿Por qué? ¿Por aburrimiento? En parte sí, no lo niego; pero sólo en parte. Lo esencial es que debo tomar una decisión. Si no la tomo yo, la tomarán otros y con consecuencias peores para usted. En todo caso, para empezar tengo la obligación de sacarle de Mozgova. Dejarle en el pueblo significaría darle a usted la razón y quitársela al presidente, significaría exponerle al peligro de un nuevo incidente. Porque ya inventaría el presidente algo más grave que lo del separador. ¿Qué me dice?

Trasladarse a otro sitio, empezar todo de nuevo, dejar a Zida, a quien había cobrado ya afecto, y a Vsevolod Serguéievich, con quien había hecho ya amistad... Y otro cambio de dirección: primero Kansk, luego Boguchani, Kezhmá, Mozgova y ahora otro lugar. ¿Qué pensaría su madre? Era espantoso, desde luego. Por otro lado, Alférov tenía razón: no le convenía quedarse en Mozgova porque de Iván Parfiónovich se podía esperar cualquier cosa. Pero, ¿por qué no lo decidía Alférov por su cuenta? ¿Por qué le consultaba a él?

-Ha sido usted muy convincente al demostrar que no me libro de diez años por lo menos -indicó Sasha-. Entonces ¿qué importa dónde los espere? Pues mejor en Mozgova. Supongo que la espera no será larga.

Alférov sacudió la cabeza.

-Eso no se puede saber... Mientras yo consulto a Kansk y mientras deciden allí puede transcurrir mucho tiempo y en septiembre queda intransitable el camino, de manera que la respuesta llegará en invierno, dentro de medio año, cuando se consolide la nieve.

¿A qué vendría tanto rodeo? ¿Qué estaría ideando? Él no tenía que consultar con nadie. En sus manos estaba enviarle al día siguiente a Kansk acusado de sabotaje. ¿Qué quería de él?

-Decida usted. De todas maneras hará lo que crea necesario...

Alférov fue hacia la cómoda, llenó una copita con el líquido oscuro de una pequeña licorera, la apuró y se volvió hacia Sasha:

-¿Le apetece una? Es un licor magnífico.

-No, gracias.

-¿No bebe? -En una situación como ésta, no.

-Hace bien. Si se le sube a la cabeza, podría decir algo que no debiese o firmar algo que no debiera. Alférov apuró otra copa y se echó a la boca un par de bayas de las que contenía el licor.

-Es un licor magnífico -repitió-. Mi ama lo prepara con ciertas bayas silvestres y asegura que es muy bueno, en particular para los hombres. Para usted, a sus años, no tiene importancia; pero, a mi edad, vale la pena tomarlo en consideración.

Volvió hacia la mesa.

-Bueno, Pankrátov, ¿qué decidimos?

-Mándeme a Kansk y se acabó la historia. Según el dicho de los desterrados, cuanto antes se entra, antes se sale. Alférov no reaccionó a la broma.

-Yo sé que usted no estropeó el separador y no quiero cargar sus diez años sobre mi conciencia. Además no quiero apresurarme... ¡Sí, sí! Aquí está la declaración del presidente y siempre se puede echar mano de ella.

Sonrió otra vez. Luego se levantó, dio un paseo por la habitación, cerró la puerta de la cocina por donde empezaba a entrar bastante frío, se sentó y dijo con gravedad:

-Vuelva a Mozgova. Pero tenga en cuenta que el presidente no le perdonará lo de «imbécil». Reflexione en su conducta y abandone las ilusiones. No se busque conflictos con nadie.

Sasha percibió algo humano en su voz; pero no había que ablandarse.

-¿Es que no voy a salir a la calle?

-Si resultara peligroso, no salga.

-¿Y de qué voy a vivir?

-¿No le mandan nada de casa?

-Sí. Pero mi madre trabaja en una lavandería, cobra poco, y mi padre hace tiempo que no vive con nosotros.

-Mala cosa, pero no puedo ayudarle en nada. Otros confinados se buscan la vida de alguna manera. Por otra parte, la deportación a estos lugares es un anacronismo de la época anterior a los koljoses, cuando los confinados podían trabajar para campesinos particulares. Seguramente habrá cambios y la deportación se hará a las ciudades. A propósito, ¿qué profesión tiene?

-Cuando me detuvieron estaba en el último año del Instituto de Transportes.

-Quizá podría encontrar trabajo en la MTS -profirió Alférov pensativo.

-No conozco la técnica agrícola.

Alférav soltó la carcajada.

-No conoce la técnica agrícola y se metió a reparar un separador. Y todavía me acusa de tener escasa lógica. Esto es un desahogo de mi amor propio, como ex filósofo. Además, la técnica es bien sencilla. Con que sepa distinguir un engranaje de un perno, ya es un técnico. El director de nuestra MTS es un cerrajero; el mecánico jefe, un tractorista. Y usted conoce el automóvil, entiende el tractor. Yo no sabía eso cuando llegó usted aquí. De lo contrario, le habría dejado en Kezhmá. Ya ve de qué menudencia ha dependido su destino. Si se me hubiera ocurrido preguntarlo entonces, ahora viviría en un centro de distrito, trabajaría en la MTS. Bueno: de eso ya hablaremos. Primero hay que terminar este asunto -señaló la declaración de Iván Parfiónovich-. Vuelva a Mozgova; pero, repito, sea usted precavido o, como se dice ahora, vigilante.

Salieron a la calle oscura.

-Su carro se ha marchado -observó Alférav-. El carretero habrá pensado que no tendría que llevarle de vuelta.

-No importa. Iré a pie.

-Son doce kilómetros, de noche, por la taiga... ¿No le da miedo?

-No. De noche, los osos duermen.

-Si quiere, quédese a pasar aquí la noche -propuso Alférav-. En la casa de al lado vive una hermana de mi ama y ella le albergará.

-No, gracias. Deje.

A la vuelta de Crimea, Varia y Kostia se instalaron en casa de Sofía Alexándrovna. Su realquilada se había marchado, dejando libre el cuarto.

Sofía Alexándrovna soportó estoicamente el matrimonio de Varia. ¿Qué hacer? Otra persona que se apartaba de Sasha. Todos sus amigos se habían olvidado de él, no telefoneaban, no preguntaban... Ni Vadim ni Lena Budiáguina. En cuanto a Yuri Sharok, ni siquiera la saludaba. Los primeros tiempos la visitaba Nina Ivanova, pero ahora ya no. La boicoteaba por haber acogido a Varia y Kostia. Francamente, Sofía Alexándrovna se alegraba incluso de que no la visitara. Porque, al principio, Nina decía que la detención de Sasha había sido un absurdo malentendido, pero luego sus observaciones fueron adquiriendo un nuevo matiz: hablaba de la compleja situación interior e internacional, de la agudización de la lucha de clases, de la activación de los grupos antipartido, de que se necesitaba más que nunca una claridad y una nitidez especiales de las posiciones y que, lamentablemente, Sasha colocaba a veces su concepción propia de las cosas y los acontecimientos por encima del punto de vista de la colectividad. En una palabra, daba a entender que la detención de Sasha tenía fundamento.

Únicamente Varia no había abandonado a Sofía Alexándrovna y, por tanto, no había abandonado a Sasha. Entre ellos no había nada y, sin embargo, la había acompañado a hacer cola delante de la cárcel, preparaba con ella los paquetes que le mandaban, la defendía de los clientes groseros de la lavandería y, con su presencia, aliviaba su vida solitaria. Además, no lo hacía sólo por compasión. Detrás de todo aquello estaba tácitamente Sasha, el interés por él y por su destino.

Pero ¿qué hacer? La vida es la vida. Sofía Alexándrovna trataba a Varia como una madre, le deseaba lo mejor. Claro que se había casado demasiado pronto. ¿Sería feliz? Kostia era un muchacho generoso, espléndido, traía golosinas del restaurante; una vez ofreció una tarta enorme a Sofía Alexándrovna, que ni siquiera sabía qué hacer con ella, hasta que la partió en varias partes y se las llevó a sus hermanas por temor de que se echara a perder. También le hacía pequeños presentes como un juego de pañuelos, unas medias, incluso un paraguas. Sofía Alexándrovna trataba siempre de rechazarlos, pero era imposible resistir a sus larguezas.

De todas maneras, Kostia le inspiraba cierta inquietud. ¿Cómo era posible, en nuestra época, que no trabajara en ninguna parte? Varia le explicó que había inventado una amalgama para las bombillas eléctricas que la había patentado y pagaba sus impuestos al inspector de finanzas. Todo aquello sonaba raro, como si hubieran vuelto los tiempos de la NEP. Todo lo relacionado con esta palabra era para ella sinónimo de nuevos ricos, lujo estrepitoso, mercantilismo... Y ahora, de todo aquel pasado desaparecido para siempre, surgía de pronto un hombre que no trabajaba en ninguna parte, que sostenía conversaciones incomprensibles por teléfono y vestía con la llamativa elegancia que entonces vestían los jóvenes nepmen. Y Sofía Alexándrovna lamentaba que Varia, hija de una familia trabajadora, se hubiera dejado arrastrar a un ambiente ajeno. Kostia iba todas las noches al restaurante y Varia le acompañaba, si no siempre, por lo menos los sábados y los domingos. La propia Varia le había confesado que Kostia jugaba al billar, que ésa era, en realidad, su principal fuente de ingresos, mientras que las bombillas y la amalgama servían sólo para legalizar su situación, como prueba de que vivía de ingresos legales. En realidad, era un jugador, un billarista de restaurante, y por eso volvía a casa al amanecer. Hubo que darle una llave de la puerta de entrada y advertir a Varia que, cuando todos se durmieran, quitara la cadena para que Kostia pudiera abrir. Era alterar la norma establecida en el apartamento desde años atrás, de echar siempre la cadena de la puerta por la noche. Pero no quedaba otro recurso que quitarla porque, si quedaba puesta, Kostia tendría que llamar.

Una noche, Varia se quedó dormida sin haber quitado la cadena. Kostia se presentó a las cuatro de la madrugada y despertó a todos con su timbrazo. Mijaíl Yurévich no dijo nada, pero la otra vecina, Galia, se puso a despotricar: que si entraba gente a las tantas de la noche, que si no dejaban dormir...

Lo que Galia quería era la habitación de Sasha: ella, su marido y el niño vivían en un cuarto de catorce metros cuadrados, mientras que Sofía Alexándrovna alquilaba la habitación sobrante, especulaba con la vivienda. Galia andaba buscando pretextos para armar una bronca que hiciera resaltar la violación de la ley y quedarse así con la habitación. Esto preocupaba a Sofía Alexándrovna. Claro que la reserva de Pável Nikoláievich estaba registrada en el soviet de Moscú y a nadie le importaba si Varia ocupaba aquel cuarto, puesto que estaba empadronada en el mismo inmueble. ¡No iba a dormir con su marido en la misma habitación que su hermana! Y si Sofía Alexándrovna les permitía vivir en la habitación provisionalmente libre, era asunto suyo y de nadie más. Pero ¿y Kostia? Varia decía que estaba empadronado en Sokólniki. ¿Sería verdad? Le resultaba violento pedir el pasaporte del marido de Varia; pero ¿qué pasaría si Galia llamaba a las milicias y se descubría que Kostia no estaba empadronado en Moscú? Y aunque no quería disgustarla, Sofía Alexándrovna decidió hablar con Varia. Pronto se presentó la ocasión.

Un día que Varia no se encontraba bien, Kostia trajo comida de un restaurante en unas tarteras. No consentía que Varia guisara para que no oliera a cocina ni se estropeara las manos. Solía traer platos caros, y no sólo para ellos, sino también para Sofía Alexándrovna. Habitualmente se encargaba Varia de calentarlos en la cocina. En aquella ocasión se ofreció Sofía Alexándrovna a hacerlo. Puso las chuletas de ternera en una sartén.

-¡Lo bien que hueles! Se hace la boca agua -observó Galia con una sonrisa torcida.

Fingiendo que no advertía la ironía, Sofía Alexándrovna replicó:

-Varia no se encuentra bien y Konstantin Fiódorovich lo ha traído del restaurante.

-Buena vida se dan los burgueses -prosiguió Galia en el mismo tono-. Nosotros, en cambio, no salimos del bacalao. Me imagino que una de esas comidas tuyas costará sus buenos ocho rublos... o incluso diez.

-Yo no sé lo que cuesta -contestó secamente Sofía Alexándrovna volviéndose hacia el fogón.

-¿De dónde sacará la gente el dinero? -insistía Galia-. Tiene una jornada muy extraña. ¿Trabaja de guarda de noche? Pues los guardas de noche ganan menos que los barrenderos.

-Galia, por favor, déjelo ya. Usted es una buena persona, una mujer bondadosa. ¿A qué viene todo esto? -Las buenas personas son las que hacen ahora de burros de carga -profirió Galia con inquina-. Las buenas personas se pasan medio día haciendo cola, sin poder comprar siquiera lo que corresponde por las cartillas de racionamiento, colgadas de los estribos de los tranvías, con el riesgo de caer bajo las ruedas, mientras las que no son buenas van en taxi y no salen de los restaurantes.

Sofía Alexándrovna no replicó y se fue a su cuarto con la comida. Pero Varia notó que algo le había ocurrido.

-¿Está usted disgustada, Sofía Alexándrovna?

-Ha sido Galia, en la cocina... , que si comida de burgueses, que si andan por los restaurantes, que si vuelven a casa de madrugada...

-¿y a ella qué le importa?

-Le dará envidia probablemente...

-¡Asquerosa! -dijo Varia.

-Quizá pretenda ocupar la habitación de Sasha.

-Tiene usted la reserva oficial.

-Quizá piense que me quitarán la habitación si se demuestra que especulo con ella.

-¿Tiene miedo a Galia?

-No le tengo miedo, pero esos escándalos...

-¡Canalla! Verá usted qué pronto le cierro yo la boca.

-No, Varia. Déjalo. Puede hacernos daño.

-¿y en qué puede hacernos daño? Me gustaría saberlo.

-Si no es a ti, puede hacérselo a Konstantin Fiódorovich.

-¿Por qué? No es ningún ladrón ni ningún maleante.

-¡Por Dios, Varia! ¿Qué cosas dices? Pero tendrás que admitir que no trabaja en ninguna parte, que no tiene un empleo.

-Sí que lo tiene -objetó Varia-. En una cooperativa. Y si juega al billar, lo hace en salas del Estado. A nadie le está prohibido.

-Yo no tengo nada contra él, Varia. Pero Galia puede aprovecharse de que no esté empadronado aquí.

-Tampoco lo estoy yo.

-Pero tú estás empadronada en este mismo inmueble.

-Y él en otro. ¿Qué más da?

-¿Estás segura de que está empadronado en Moscú?

-¡Pues, claro!

Aunque la respuesta fue categórica, Sofía Alexándrovna no notó seguridad. Pero no se atrevió a preguntar si Varia había visto el sello de empadronamiento con sus propios ojos. Tan sólo dijo:

-Tampoco habéis formalizado vuestras relaciones.

-... En nuestro país, el matrimonio de facto equivale al oficial. ¿No tenemos una economía doméstica común? ¿No dormimos en la misma cama? Pues somos marido y mujer.

-¿Qué estás diciendo, Varia? -exclamó Sofía Alexándrovna con una mueca.

-¿Tiene algo de particular? Hace poco asistí a un juicio sobre una cuestión de pago de alimentos. Y el juez preguntó bien a las claras: ¿Tenían una economía doméstica común? ¿Dormían en la misma cama?

Sofía Alexándrovna hizo otra mueca.

-Dígame sin rodeos -profirió gravemente Varia-: ¿le violenta tenernos en su casa? ¿Tiene miedo?

Sofía Alexándrovna contestó con la misma gravedad:

-Mientras no os instaléis normalmente, en vuestra propia vivienda, quedaos aquí conmigo. Pero hay que hacer las cosas de modo que no causen contratiempos. ¿Estás de acuerdo conmigo?

-Estoy de acuerdo y voy a pensar en todo esto.

-Otra cosa, Varia: en vuestra habitación he visto una escopeta, incluso dos.

-Son escopetas de caza. A Kostia le gusta cazar.

-De todas maneras... Debes comprenderme... El Arbat es una calle de régimen especial y, en mi situación, no puedo consentir que haya armas en mi casa. -Sofía Alexándrovna hablaba con firmeza-. Ahora las autoridades son muy severas con eso. En su casa, Konstantin Fiódorovich respondería él; en la mía, respondo yo. -Hizo una pausa y añadió-: Tengo el deber de conservar esta habitación para Sasha. Es su habitación y debo evitar cualquier motivo, incluso el más insignificante, que me exponga a perderla.

-Está bien -condescendió Varia-. No volverá a haber escopetas.

Por sus ojos, Varia no había visto el sello de empadronamiento de Kostia. Cuando estuvieron en Crimea, él había presentado los dos pasaportes en el hotel y anotó en el registro sus señas de Moscú a sabiendas de que la administración lo comprobaría.

De todas maneras, Varia no había tenido el pasaporte de Kostia entre sus manos. ¿Y si estaba equivocada? ¿Y si, en lugar de escribir «Moscú», escribió cualquier otra ciudad? A ella le tenía sin cuidado, pero no quería perjudicar a Sofía Alexándrovna.

Aquella misma noche dijo a Kostia:

-Sofía Alexándrovna está preocupada por tu empadronamiento.

-Ya le dije que estoy empadronado en Moscú. ¿No me cree?

-Sí te cree. Pero Galia, la otra vecina, anda chismorreando y, como quiere quedarse con la habitación, dice por todas partes que Sofía Alexándrovna especula con la vivienda. Conque, si resulta que no estás empadronado en Moscú, puede tener un disgusto.

-¿Tengo que enseñarle mi pasaporte?

-Sería lo mejor.

-Pero ¿cómo? Cuando yo vengo, ella está dormida; cuando yo me despierto, ella se ha marchado ya.

-Déjamelo y yo se lo enseñaré. Kostia la miró de reojo.

-Yo no puedo dejar el pasaporte, lo necesito. Mira: despiértame mañana temprano y se lo ensañaré.

-Otra cosa: dice que no traigas armas a casa.

-Pero si son escopetas de caza. No están prohibidas.

-De todas maneras, Galia puede ir con el cuento.

-Diles que tengo un permiso.

-El permiso puede ser para una escopeta, pero tú tienes varias.

-Las escopetas de caza son legales... ¡Conque ya puede calmarse los nervios Sofía Alexándrovna! -replicó Kostia, irritado.

-Para nosotros no hay más ley que Sofía Alexándrovna, puesto que ella es aquí la dueña -objetó Varia-. Aceptamos sus condiciones o tendremos que largarnos.

-Vosotras ganáis -rezongó Kostia.

Por la mañana se levantó, bostezando y desperezándose porque no estaba acostumbrado a madrugar, se puso la bata, tomó el pasaporte del bolsillo de la chaqueta, llamó al cuarto de Sofía Alexándrovna, entró y regresó en seguida.

-Todo en orden.

Y se acostó otra vez.

Kostia no le había dejado el pasaporte. Varia se dio cuenta, pero no quería pensar en ello. Durante el poco tiempo que vivía con él, Varia se había hecho a la idea de que Kostia era un hombre de destino complejo y compleja situación y de que era inútil hacerle preguntas porque nunca contaría lo que no quisiera contar. Sus padres, griegos rusificados, pescadores del mar de Azov, habían sido deportados de Mariúpol como kulaks. Kostia, que servía entonces en la marina mercante, se hallaba de travesía en otras aguas, y ésa fue la razón de que no corriese la misma suerte. Según le confesó a Varia, al volver de la travesía y enterarse de la deportación de sus familiares, lamentó no haberse quedado en El Pireo o Estambul, donde podía estar viviendo ahora tan campante. No intentó enrolarse en ningún barco: la tripulación de los que hacían travesías a otros países pasaba por un filtro muy minucioso y, en cuanto descubrieran que sus familiares habían sido deportados, le deportarían también a él. Se trasladó a Moscú, ya que era mucho más fácil pasar inadvertido en la capital, trabajó de electricista, cambió de empleo, inventó la amalgama, entró en una cooperativa... Pero lo más importante era el billar. Beilis, el billarista más famoso de Moscú, se fijó en él y le introdujo en las mejores salas donde eran desplumados los fraers, los provincianos acaudalados y los funcionarios en comisión de servicio con dinero oficial. Kostia era implacable con ellos: los engatusaba dejándoles ganar alguna partida fácil y luego los dejaba en cueros.

Lióvochka dijo una vez que, de vivir en América, Kostia se habría hecho millonario. Ika observó con sorna que, en América, se hacían millonarios no solamente los limpiabotas, sino también los mafiosos. Varia se ruborizó y aconsejó a Ika que se mordiera la lengua. Pero a Kostia no le habló de aquella conversación porque no le habría perdonado a Ika lo de limpiabotas.

Al casarse con Kostia, Varia había saltado de golpe todos los peldaños, colocándose por encima de Vika Marasévich, Nina Sheremétieva y Noemi: éas dependían de sus amantes, mientras que ella iba al restaurante con su marido, a quien todo el mundo conocía y procuraba congraciarse con él. Tampoco envidiaba Varia los pingos extranjeros que las chicas aquellas se vendían unas a otras. Kostia la había llevado a los mejores sastres, los mejores zapateros y peleteros. Los abrigos se los hacía Lavrov; los vestidos, Nadezhda Petrovna Lamánova, Alexandra Serguéievna Liámina, Varvara Stepánovna Danílova e incluso Efímova; los sujetadores, Lubenets; los portaligas, Koshke, en el Arbat; los sombreros, Tamara Tomásovna Amírova; el calzado, Barkovski, Gutmanovich y Dushkin. Para Kostia, los maestros baratos no existían. A él le hacía los trajes Zhurkévich, el sastre más caro de Moscú.

De esta manera todo tenía una apariencia brillante y lujosa. Sin embargo, Varia notaba que su relación con Kostia no sería duradera. ¿Por qué? Ni ella misma lo sabía. En la vida que llevaba antes rechazaba muchas cosas, pero todo estaba claro y lo comprendía. Ahora no existía esa claridad y Varia no sabía hacia dónde iba, hacia dónde era arrastrada. Kostia le llevaba casi diez años, pero no había leído nada; ni siquiera Los tres mosqueteros. De Pushkin sólo conocía cuatro líneas: «*Absorto en sus cálculos y provisto de un buen taco, juega solo todo el día con dos bolas al billar.*» Como era inteligente, al citar estas palabras no trataba de demostrar que Pushkin no le era ajeno, sino que a Pushkin, lo mismo que a él, no le era ajeno el billar.

¿Amaba a Kostia? Era difícil decirlo. Aquello sucedió en el hotel de Yalta. Varia no se opuso, quizá por el deseo de experimentar la sensación desconocida de que hablaban otras chicas o posiblemente por el de convertirse en mujer en todo el sentido de la palabra.

Pero ni aun después de eso había surgido la plena intimidad. Los separaba cierta distancia. Quizá fuera la de la edad... Kostia nadaba a la perfección y, sin embargo, Varia se encontraba violenta a su lado en la playa, donde aparecía mucha más edad: era achaparrado, ancho de hombros, corto de piernas (los trajes lo disimulaban) y muy velludo. Tenía los brazos, las piernas y la espalda cubiertos de pelo y, en el pecho, un águila tatuada. Volvían al hotel. Kostia cerraba la puerta con llave, la abrazaba y la besaba en el cuello y el pecho; pero a ella le daba vergüenza de la luz diurna y temía que, cuando bajaran al restaurante, todo el mundo adivinara por su cara que aquello acababa de suceder. Al acostarse, Varia apagaba la luz: le daba vergüenza desnudarse delante de Kostia, le daba vergüenza acariciarle, abrazarle, besarle. Ni tampoco deseaba hacerlo.

En la nueva vida no encontraba exaltación ni embriaguez. Lo que antes le parecía inaccesible era ahora lo corriente de cada día, como si hubiera vivido siempre así. Seguía atrayéndola la brillantez de una sala de restaurante por la noche, le gustaba la ropa bonita, pero la fastidiaban las largas sesiones de prueba, la informalidad de las modistas, las interminables esperas en la peluquería de Paul, aunque allí se reunía todo el beau monde moscovita.

El salón de Paul estaba en el Arbat, junto al restaurante Praga, y Kostia lo había equipado en tiempos con secadores. Varia, como otras clientas fijas, entraba por el patio cruzando el apartamento.

Tanto Paul -Pável Mijaílovich Kondrátiev en realidad- como su esposa, Vera Nikoláievna, que era la manicura, distinguían de una manera especial a Varia. Empezaba a ponerse de moda la permanente, pero Paul se negó a hacérsela a Varia.

-¿Cómo se puede estropear una cara así? -exclamó.

Las señoras que esperaban para hacerse la permanente le oyeron y, naturalmente, se ofendieron. Pero a Varia le importaba muy poco. Ella tenía su círculo de amistades y su pandilla, que era la misma de Kostia. En el restaurante seguían ocupando todos una mesa y Varia bailaba únicamente con ellos. De vez en cuando, y por poco tiempo, Kostia salía de la sala de billar, apuraba una copa de vodka, tomaba un bocado y abrazaba cariñosamente a Varia por los hombros como demostrando a todos que aquella preciosidad era su mujer y toda aquella pandilla era su pandilla, gente que comía y bebía a cuenta suya. Varia sospechaba incluso que Lióvochka se vestía también a cuenta suya, porque no era probable que pudiera permitirse sastres tan caros. Pero Lióvochka era un chico irreprochable, no jugaba al billar, apenas bebía alcohol, era cortés, suave, atento y, además, un simple delineante, un trabajador. Kostia necesitaba tener ese círculo de chicos intelligentni de buenas familias moscovitas, igual que necesitaba como mujer a una chica pura y decente. Era el sello que marcaba su posición en la sociedad, que le daba prestigio a sus propios ojos. Sin leer nada, sabía lo que leían los demás, quién estaba de moda en aquel momento, quién era famoso, no quería pasar por un profano, tenía buena memoria para los nombres y estaba dotado de una inteligencia viva y de ingenio.

Una vez, estando todos a la mesa, Ika preguntó como quien pone una adivinanza: -Un director que promete y cuyas dos últimas películas comienzan por la letra o. ¿Cómo se apellida? Kostia, que había captado la mirada de Ika, se volvió y contestó al instante:

-Barnet.

A Kostia no le gustaba el cine, no soportaba el calor; prefería las variedades, la opereta o el ballet, no había visto las películas de Barnet y, sin embargo, fue el primero que contestó a la pregunta de Ika. Le hizo un ademán de saludo amistoso a Barnet.

-Hemos ido de caza juntos -explicó con displicencia.

-Sí, sí. Ya recuerdo que nos contaste esa historia -corroboró Ika con sorna-. Matasteis a un lobo, ¿verdad?

-Eso no fue con él, sino con Kachalov -replicó Kostia, estirando los labios-, y no fue un lobo, sino una familia de lobos. Encontramos la guarida, matamos al macho, luego a la hembra y después nos llevamos a los tres cachorros. ¿Has visto algún lobo? Pues, si no lo has visto, ve al jardín zoológico. Pero no se te ocurra acariciarlo porque te arranca una mano.

Bebió otra copa, se inclinó hacia Varia y le dijo a media voz:

-Y tú me echas en cara las escopetas. Todos éstos -abarcó la sala con un ademán- darían cualquier cosa por salir conmigo de caza. Mañana iremos al Club de los Artistas, y verás cómo me tratan.

-Pero sólo dejan entrar artistas.

Se quedó verdaderamente asombrado.

-¿No me crees? Mañana mismo iremos.

Al día siguiente, Kostia volvió a casa temprano para estar presente cuando se vistiera. Varia se probó primero un traje de seda azul marino con un volante plisado en la falda y el cuello plisado también; luego, una casaca de raso gris bordada en oro sobre una falda estrecha abierta a un lado y luego un vestido marrón escotado. La sorprendía

que Kostia, tan duro cuando se trataba de asuntos, pudiera pasarse largos ratos contemplando sus vestidos, admirándola y gozando como una criatura.

-Precioso, Varia, precioso.

Varia confiaba en su buen gusto. Pero ¿y si las celebridades que acudían al club se mostraban solamente condescendientes con él? ¿Qué era Kostia para ellos? Un jugador de billar. Ahora resultaba que también era montero. Y ella, la mujer del montero, iba a tener un aire estúpido tan emperifollada.

Sus temores eran vanos.

En el club había celebridades y otros que no eran celebridades, pero todos hacían como si se conocieran muy bien para recalcar la igualdad existente en la comunidad de artistas. En el club había una sala de billar con dos mesas. Kostia no solía jugar. Se quedaba al lado del célebre marcador Zajar Ivánovich, que también era amigo suyo, limitándose a dar algún que otro consejo a los jugadores y, si intervenía en el juego, era por poco tiempo, para no desairar a sus amigos famosos. En aquel local de Staro-Pímenovski descansaba de sus negocios, estaba alegre, Kostia se volvía benévolos y a Varia le gustaba acompañarle.

El local del club estaba en el patio de una antigua casa señorial, en un semisótano de muebles viejos y cómodos. A los lados había unos palcos, pequeños gabinetes abiertos, para ocho o diez personas. Kostia invitaba a veces a Lióvochka y Rina, y entonces ocupaban una pequeña mesa para los cuatro. En los palcos se juntaban grupos numerosos de comensales. Kostia mostró a Ilinski y a Klímov, y Varia los reconoció por haberlos visto en la película *El proceso de los tres millones*. Reconoció también a Smirnov-Sokolski, que actuaba a menudo en el jardín Ermitage. Smirnov-Sokolski estaba vuelto de perfil hacia un hombre calvo y bigotudo y le decía algo tapándose un poco la boca con la mano: no quería que le oyera los demás o quizás le pidiese algo. El calvo callaba y entornaba los ojos astutos y abultados, parecido a un gato bien alimentado.

-Es Demián Biedni -dijo Kostia.

Varia se encontraba allí a gusto. No servían bebidas alcohólicas, sino aguas minerales y refrescos, según advertía un cartel: «El agua de Narzan no se sirve por copas.» La cocina, en cambio, era estupenda: estaba encargado del restaurante Yákov Danílovich Rosental, el mejor chef de Moscú, a quien solían llamar simplemente el Barbas.

Como prueba del buen decoro del establecimiento, lucía en la pared el siguiente aviso:

*Amigo, recuerda esto bien:
si vienes al club, ven con tu mujer.
y no hagas como hacía el burgués:
no la del vecino, sino la tuya ha de ser.*

Rina aseguraba que las dos primeras líneas eran del escritor Tretiakov y que las otras las añadió Maiakovski poco antes de morir.

Porque Rina tenía allí tantos conocidos como Kostia. Muy campechana, hacía buenas migas con todo el mundo, pero sabía mantener a la gente a raya. Varia no sabía gran cosa de ella: que vivía en Ostózhenka, cerca del convento de la Concepción, en una casita de madera y que no invitaba nunca a nadie, diciendo entre risas que en cualquier momento se podía derrumbar. Rina también iba al club sin ellos, pero nunca habían visto con quién llegaba y con quién se marchaba. La mayor afluencia se producía a eso de las once, cuando terminaban los teatros, y duraba hasta las dos o las tres de la madrugada. En el callejón había coches de punto esperando.

-¿Te llevamos a tu casa? -le preguntaba Kostia.

Rina enarcaba con coquetería sus cejas claras.

-Tengo quien me acompaña...

Kostia ayudaba a subir a Varia, que se recostaba cómodamente en el respaldo. De Staro-Pímenovski salían a Málaya Dmítrovka y de allí a los bulevares. La ciudad parecía otra, desierta y oscura. El silencio de las casas dormidas tenía algo inquietante. Varia callaba y repasaba en su memoria las impresiones de la velada.

Los comensales subían a menudo a la sala de espectáculos y empezaban las improvisaciones. Los propios actores, o a veces algún autor, escribían los sketches, las parodias y luego los representaban con brillante inspiración, cantaban los gitanos, cantaba Ruslánova... Algo que no podía verse en ningún teatro. Una vez subió al escenario Obraztsov con un muñeco de cejas grises y barba gris. El público estalló en aplausos, volviéndose hacia Felix Kon, director general de Bellas Artes y presidente de la directiva del club. El parecido del muñeco era prodigioso. Obraztsov anunció, imitando la voz de Kon, que iba a leer una ponencia sobre la canción de cuna soviética.

-La canción de cuna soviética -el muñeco señalaba hacia la sala con el dedo índice, gesto habitual en Kon- no es la canción burguesa. La canción de cuna soviética debe despertar a la criatura...

y no pasaba nada. A nadie le chocaba. Varia advirtió que aquellas personas podían permitirse muchas libertades.

Pero Kostia le dijo que no podía ir al club más de una vez por semana: «El dinero, como comprenderás, no se gana en el club.» Era una norma que mantenía a rajatabla, y sólo una vez cedió a las instancias de Varia cuando

montaron la escenificación del Proceso contra los autores que no escriben papeles femeninos. El juez era Natalia Stats, los acusados eran Katáev, Olesha y Yanovski y de fiscal hacía Meyerhold.

Varia y Kostia estaba sentados en la fila siete, la misma donde estaban Alexéi Tolstói y los pintores Deni y Moor. Por un momento divisó a Vika Marasévich. Era la primera vez que Varia la veía allí. En cambio, su hermano Vadim, convertido en crítico literario y teatral, era asiduo del club, rondando alrededor de las celebridades. Ahora caminaba por el pasillo buscando asientos libres con sus ojos miopes guiñados. Le seguían Yuri Sharok y Lena Budiáguina, probablemente invitados por él. Lena reconoció a Varia y la saludó con un gesto amable. Siguiendo su mirada, también Yuri se fijó en Varia, pero ella volvió la cara: no le podía soportar.

En seguida recordó la fiesta de Año Nuevo y el incidente entre Sasha y Yuri. Ahora Sasha estaba deportado en Siberia, mientras que Yuri y Vadim, Lena Budiáguina y Vika Marasévich se divertían en aquel magnífico club.

Ensimismada, Varia no oyó lo que dijo Natalia Sats. Se recobró cuando empezaron a llamar a los «acusados». El primero era Katáev.

Tenía una voz desagradable y gangosa como si estuviera resfriado. Le aplaudieron sin entusiasmo, como también a Yanovski. En cambio cada frase de Olesha suscitaba un estallido de risas. Meyerhold, alto y narigudo, arremetía contra Olesha como un buitre, y Olesha, bajito, con el cabello alborotado, paraba fulminantemente los ataques.

Yarón, que estaba sentado delante de Varia, se volvía a cada momento hacia Alexéi Tolstói haciendo algún gracioso guiño como diciendo: «¿Qué te parece, Yuri?» y, de paso, miraba de reojo a Varia.

Terminado el «juicio», se volvió de cara a Varia, se quedó quieto en una postura absurda, estorbando a los que querían salir, y finalmente declaró:

-Nada más mirar a esta preciosidad, me he quedado convertido en estatua de sal, como la mujer de Lot.

Resultaba gracioso, y Varia se echó a reír.

-¿Es usted actriz? -preguntó Yarón-. ¿Cómo es que no la conozco?

-No soy actriz, y por eso no me conoce usted -contestó secamente Varia para evitar que Yarón tomara su risa por expresión de aliento.

Su actitud hacia todas aquellas celebridades era bastante compleja. No compartía el entusiasmo de Kostia y de Rina. Eran comediantes y les permitían algunas salidas de tono. Pero ella prefería ver a los actores en el escenario. Allí les aplaudía de todo corazón porque el talento es el talento. Pero ¿tratar con ellos? ¿Para qué? A Kostia le gustaba su actitud, que le causaba franco júbilo interno, pero no le permitía ir sin él al club ni a ningún otro lugar público; si acaso, al cine con Zoia o con Rina.

4

Desde que se tropezó con Yuri Sharok en el Club de los Artistas, Vika Marasévich decidió no volver por allí. ¿Qué necesidad tenía de verle la cara una vez más? Le bastaba con las entrevistas en Maroseika. Le llevaba su informe: tal día, en tal restaurante, estaban sentadas a la misma mesa tales personas hablando de tal cosa. Sharok exigía que repitiera literalmente las frases de cada uno, aunque eran conversaciones tan vacías que ni siquiera podía recordarlas. Y Vika pasaba a las novedades...

-... Noemi seguía con su japonés, pero un italiano quería casarse con ella y llevársela a Italia...

-... Habían aparecido dos alemanes nuevos y, con ellos, Susana y Katia, dos chicas del Metropol, pero no decían qué eran esos alemanes...

-... La hermosa Nelli Vladímirova se había separado del gitano Poliakov y se había juntado con un acaudalado comerciante francés llamado Georges: un gran apartamento, alfombras, muebles antiguos, porcelanas, coche...

Vika intentaba convertir sus entrevistas con Yuri en comentarios de alta sociedad. Al hijo de un sastre tenían que imponerle esos chismes. Sin embargo, pronto advirtió que nada de eso le importaba gran cosa. Quizá no esperaba de ella nada de particular; pero, ya que se había pillado los dedos tratando con extranjeros, que trabajara...

Aunque, no. Algo esperaba de ella a pesar de todo... Pero ¿qué era? Vika estaba pendiente de cada una de sus palabras, de su reacción a los nombres que ella pronunciaba... Hasta que cayó en la cuenta. ¡Yuzik Liberman! Ése era quien le interesaba. Joven, alto, confidente, según convicción general, contaba abiertamente chistes antisoviéticos, se permitía bromas y alusiones arriesgadas, no se interesaba por los extranjeros, pero tenía amplias relaciones (probablemente a través de su madre) entre los altos funcionarios; relaciones personales, íntimas. Yuri necesitaba a Yuzik Liberman precisamente debido a sus relaciones con altos funcionarios porque acerca de ellos reunía material.

No importaba lo que dijeran. Charlaba sólo Yuzik Liberman, pero charlaba en torno a una mesa y los otros comensales reían, reaccionaban a lo que él decía y así resultaba que charlaban todos.

En cuanto Vika cayó en la cuenta, buscó la compañía de Yuzik, que la llevaba con él de buen grado, y luego escribía informes precisos: a quién había visto, con quién, dónde, qué había oído. Eso era lo que interesaba a Yuri, lo que necesitaba; aunque probablemente no aportaba nada nuevo a los informes del propio Yuzik Liberman, se conoce que eso quería de ella.

No era tan estúpida como para hacerle ver a Yuri que había adivinado quién era Yuzik Liberman y el objetivo que Sharok les planteaba. No se proponía hacerse valer en aquella institución y prefería pasar a los ojos de Yuri por una chica más bien obtusa de la que no se podía exigir nada serio.

Con ese juego astuto ocultaba a Sharok lo principal: su trato con un grupo de grandes arquitectos que le había presentado un viejo conocido suyo, Ígor Vladímirovich, también arquitecto.

Hacía tiempo que había abandonado los sueños y los proyectos de casarse con un famoso piloto, reciente héroe de la Unión Soviética. ¿Dónde se encontraban esos pilotos? Además que sus mujeres, todas unas paletas, recurrían a la menor sospecha al comité del partido, al alto mando o incluso a Stalin. De manera que, aunque se lo birlara a alguna, ese «héroe» no tendría ya ningún porvenir y le mandarían de simple piloto a Chukotka. Lo de marcharse casada al extranjero tampoco parecía claro. ¿Erik? Un hombre agradable, pero nada extraordinario tampoco. Un extranjero corriente. Se bañaba, se afeitaba y se cambiaba de ropa a diario, olía a agua de tocador buena. ¿Y qué más? No tenía prisa por declararse. Ese paso no lo daría sin contar con papá y mamá. ¡El honor de la empresa! En el mejor de los casos, el noble padre aparecería dentro de un año y ella iba a cumplir los veinticuatro.

Vika necesitaba un hombre de gran porvenir. Y ese hombre existía: un famoso arquitecto, uno de los autores del proyecto del palacio de los Soviets, la obra más importante de Moscú, una criatura de Stalin. Todavía no era viejo - cuarenta y tres años que no representaba-; esbelto, en buena forma, había vivido mucho tiempo en Italia. ¡Un europeo! Ésa sí sería una alianza. No un piloto cualquiera con botazas, sino un arquitecto mundialmente conocido, y ella, Vika, su esposa, hija de un célebre profesor, intelligentia moscovita de cepa. Con una alianza así, ningún Sharok ni ningún Diákov sería capaz de meterse con ella. Pronto les pararía los pies.

De lo contrario, el marido diría a Stalin:

-¿Cómo puede ser esto, Iosif Vissariónovich? Si se desconfía de mí, se me puede fiscalizar a través de otras personas. Pero lo que es amoral es obligar a mi mujer a que me vigile.

Entonces iban a saber lo que es bueno tanto Diákov como Sharok. Iban a salir disparados de sus puestos y ya se sabe que, cuando alguien sale disparado de un puesto así, aterriza muy lejos.

Cierto que el arquitecto tenía esposa. Una esposa odessita como él, que vivió con él en Italia, donde se desbastó y adquirió buenos modales. Una morena escuálida y nariguda que fumaba cigarrillos largos y finos y guñaba los ojos porque era miope, pero no usaba gafas. Tenía dos hijos mayores de un primer matrimonio. Le llevaba ocho años al arquitecto -él tenía cuarenta y tres y ella cincuenta y uno- y, encima, la muy miserable le engañaba con cualquiera. Ahora, su amante era Kolia Krilov, lindo muchachito de cabello dorado de un pueblo próximo a Moscú que debía entrar en quintas y ella buscaba la manera de colocarle de ayudante con algún alto mando. Con el marido no iba a ninguna parte. Se conoce que, en veinte años, estaban ya hartos el uno del otro. Él se pasaba el día en su taller, a veces incluso dormía allí, hacía frecuentes viajes al extranjero, dejando plena libertad a su mujer. Y cuando el arquitecto se iba a Sujánovo, la casa que tenían los arquitectos cerca de Moscú, ella traía al amante a su casa. El arquitecto lo sabía probablemente porque nunca volvía de sopetón, evitando un escándalo que le hubiera humillado a él. Segundo pudo convencerse Vika, su esposa no le atraía como mujer.

No costaría mucho trabajo vencer a esa señora italo-odessita. En todo caso, tenían ya una relación. A él le gustaba Vika, en cuyo lecho pasaba momentos embriagadores. Vika era joven, hermosa, experta, hábil, y él un hombre todavía recio y de fuerte temperamento. No podían pasar ni un día sin verse o, por lo menos, sin hablar por teléfono.

Sin embargo esta relación era mantenida en secreto para todos. En su círculo, solamente conocían a Ígor Vladímirovich; le conocían como viejo amigo de Vika, como «etapa superada», sabían que iba con él a la Casa del Arquitecto, enclavada en el bulevar Novinski, en la antigua casa del abogado Plevako. Pero allí no iban muchachitas. La Casa del Arquitecto no se había puesto todavía de moda, aunque tenía restaurante, pero de tercera. Allí se organizaban exposiciones de proyectos. ¿A quién podían interesar?

Así le resultaba más fácil a Vika disimular esta relación. A la Casa del Arquitecto sólo acudía con Ígor Vladímirovich y luego se unía a ellos el arquitecto. Él consideraba superfluas esas precauciones, pero apreciaba la delicadeza de Vika y el interés que manifestaba por su trabajo: acudía a las discusiones de proyectos en las que participaba el arquitecto y escuchaba con atención los debates.

A estas discusiones solían asistir esposas de arquitectos, mujeres entradas en años, que no preocupaban a Vika. Quienes la preocupaban eran las pizpiretas delineantes del taller de proyectos, pero Ígor Vladímirovich le dijo que

para un arquitecto de fuste, y más todavía para el arquitecto principal, las empleadas de su taller estaban fuera de juego.

Ígor Vladímirovich explicaba en broma:

-La primera ley de la resistencia de los materiales dice: toda ligadura acota en un grado la libertad. Y en su taller un arquitecto debe estar totalmente libre.

Vika desempeñaba su papel a la perfección. Incluso Ígor Vladímirovich llegó a creer que estaba enamorada de su amigo.

Para el arquitecto, aquél era un duro período de lucha entre corrientes, escuelas, orientaciones y tradiciones. Formado en Italia, el arquitecto, que había recorrido muchos países y conocía la arquitectura occidental contemporánea, encabezaba una escuela que se apoyaba en la herencia clásica, pero tomando en consideración las construcciones modernas y, ante todo, las construcciones altas. Muchos le atacaban por eso, pero Vika proclamaba que era un genio y que también eran geniales sus edificios, sus proyectos, sus ideas. Así se lo decía a todos, tanto amigos como adversarios del arquitecto. ¡Era un genio! Pero no un genio de esos que son reconocidos al cabo de quinientos años, sino un genio existente y reconocido ya. ¡Todo lo que pasaba por sus manos era genial!

Desde luego, era un papel bien elegido que ella interpretaba magistralmente. No le llevaba la contraria en nada al arquitecto, nunca discutía con él, no se mostraba caprichosa ni se enfadaba: con un gran hombre había que mantenerse a un alto nivel.

-Tengo muchos defectos -le decía-, pero te puedo asegurar que no hay en mí ni ápice de mezquindad femenina y me enorgullezco de ello porque quiero que te encuentres relajado conmigo, que nada te atosigue. Lo esencial es que tú estés tranquilo.

Si él no podía acudir a una cita, se lo comunicaba por teléfono y preguntaba con pesar:

-¿Qué vas a hacer? Ella le tranquilizaba:

-No te preocupes, querido. Me echaré a leer un rato, me acercaré a casa de alguna amiga, iremos juntas al cine. No dejes de llamarme mañana.

Claro que no se tendía en el diván ni iba a casa de ninguna amiga ni al cine. Ella tenía sus ocupaciones: las modistas, los zapateros, y también Yuzik Liberman y Sharok, unos contactos rigurosamente regulados, en los que no podía haber fallos. Con el arquitecto tampoco podía producirse ningún fallo. Debía saber que tenía una compañera fiel y leal. Era hija de un profesor, era descendiente de un hetman. Ella no tenía la culpa de haber nacido allí, entre villanos. ¡Ella era una aristócrata, qué demonio!

Sólo una vez se permitió Vika salirse de sus casillas.

Ocurrió en el Museo de Bellas Artes, donde había una exposición de proyectos del palacio de los Soviets presentados a concurso. El museo se hallaba abarrotado desde por la mañana hasta por la noche y una larga cola se extendía por Voljonka. Los arquitectos, incluidos los extranjeros, estaban al lado de sus proyectos, casi todos acompañados por sus esposas, y daban explicaciones y contestaban a las preguntas del público. Vika acudía a diario, se encontraba allí con el arquitecto y, como tenía ya bastantes conocidos en aquel mundo, quizás adivinara alguien el papel que desempeñaba cerca del arquitecto.

Pero Vika se comportaba con mucho tacto.

Reinaba un ambiente animado, ruidoso, el público no disminuía y solamente una persona no visitó ni una vez el museo: la esposa del arquitecto.

-No hagas caso -decía el arquitecto-. Al cabo de veinte años ha visto tantos proyectos míos que ya está harta de ellos.

-¡Pero éste es tu proyecto más importante, el proyecto de tu vida!

-Pues cuando esté aprobado el proyecto, cuando sea la entrega de los diplomas, entonces vendrá -dijo en broma el arquitecto.

-¡Oh, claro! ¡Entonces estará a tu lado, entonces compartirá tu triunfo!

Él la miró atentamente. Había captado la alusión: ella quería estar a su lado, ella quería compartir su triunfo.

Vika comprendió su error y le tomó una mano.

-Yo no tengo ninguna pretensión. Pero no puedo soportar esta indiferencia hacia ti, hacia tu trabajo. Estar junto a ti únicamente en los días de triunfo me parece... -torció la boca con desdén-. Perdona, pero he sentido de pronto agravio por ti.

A la mañana siguiente la despertó una llamada del arquitecto. Aquel día habría una presentación cerrada y le pedía que no fuera al museo y esperase a que él telefoneara.

Presentación cerrada quería decir que visitarían la exposición Stalin y otros miembros del gobierno. Vika se pasó el día en casa sin apartarse del teléfono. El arquitecto llamó al final de la jornada.

-Salgo para allá. Llegó con una botella de champán: aquél era el día de su victoria, de la victoria de los dos. A Stalin le había gustado su proyecto. Por la mañana se marcharon a pasar dos semanas en Sujánovo.

Stalin estaba sentado en un sillón de mimbre en la terraza de la dacha de Sochi, ofreciendo el rostro al sol. Le gustaba Sochi, obra de sus manos, le gustaba el verano en el sur, aunque los médicos le recomendaban que sólo fuera en otoño. ¿Qué sabían los médicos? Desde niño le gustaba el verano, le gustaba trepar por las ruinas de Goritsijé, la vieja fortaleza construida por los emperadores bizantinos en un monte. Allí se había caído lastimándose el brazo. Sochi le recordaba Gori, aunque en Gori no había mar ni una vegetación como aquélla. Delante de Stalin había varios libros sobre un velador: Soloviov, Kliuchevski, Pokrovski, y también las *Observaciones sobre el conspecto del manual de historia de la URSS* preparadas por especialistas. Era un trabajo que dirigía Zhdánov.

Lo había elegido ÉL. Aquel año había retirado a Zhdánov de Gorki y le había hecho secretario del Comité Central. Y no porque Zhdánov dirigiera bien la región y las obras de la fábrica de automóviles de Gorki. Otros secretarios de región también trabajaban bien. Ni tampoco porque Zhdánov tuviera sólo treinta y ocho años. Otros secretarios tampoco eran viejos: Jruschov, Vareikis y Eike tenían cuarenta; Jataevich, cuarenta y uno; Kabakov, cuarenta y tres... Pero Zhdánov era un hombre intelligentni, entendía de literatura y de arte, y no un intelligentni del tipo del sabelotodo de Lunacharski; él no alardeaba de su erudición, no empleaba términos extranjeros, no aspiraba al papel de teórico, como Bujarin, pero era un intelligentni. En la dirección hacía falta un hombre intelligentni. Zhdánov era el hombre adecuado. Al parecer iba preparando bien la primera empresa de importancia que le habían encomendado: la creación de la Unión de Escritores. El próximo congreso marcaría un punto de viraje en las relaciones del partido con la intelligentsia: los escritores, que son el destacamento principal de la intelligentsia, han pretendido siempre a la dirección espiritual del pueblo.

En la lucha por el poder, Lenin se apoyaba en la intelligentsia. Y con razón: la intelligentsia ha sido el eterno vehículo de la heterodoxia, y la heterodoxia es un buen instrumento en la lucha por el poder.

Pero cuando se ha conquistado el poder no hay que apoyarse en la intelligentsia: el arma del poder no es la heterodoxia sino la comunidad de ideas. La RAPP y demás grupúsculos dividían a la intelligentsia, condenándola a la heterodoxia. Hacía falta una organización capaz de garantizar la comunidad de ideas, y ésa sería la Unión de Escritores. [35]

Gorki era una buena figura para agrupar a los escritores. Por el espíritu era un socialdemócrata de izquierdas con gran tendencia hacia el liberalismo pequeñoburgués. Lenin se ocupó mucho de él e hizo bien. Gorki tenía un nombre, se relacionaba con los grandes escritores occidentales. No aceptaba muchas de las cosas que se hacían en la URSS, pero la vida en la emigración le había demostrado que allá, en el extranjero, no tenía perspectivas. El verdadero escritor debe vivir y morir en su patria. Victor Hugo pudo esperar la caída de Napoleón III porque lo que escribía en el extranjero se editaba en Francia. En la URSS no se editaba a los emigrados rusos, ni se editaría. La broma de Arkadi Avérchenko no se repetiría. Bunin. ¿Qué había conseguido? El Premio Nobel a los sesenta y dos años. ¿Qué falta le hacía a nadie? ¿Quién leía a Bunin? Moriría desconocido en su París, como morirían todos allí, sin dejar huella en la literatura rusa. Gorki quería subsistir en ella, quería tener estatuas en su patria. Eso se podía comprender, y tendría estatuas. Y se publicarían todas sus obras. Y cobraría los derechos en divisas. Él mismo era ahora divisas. Le respetaban los escritores extranjeros y también los soviéticos, incluso los antiguos hermanos de Serapio: Fedin, Tíjonov... Ésos eran verdaderos escritores, con talento y experiencia y, en primer lugar, debían servir a la causa del socialismo. [36]

Pero la RAPP los alejaba de la literatura, promovía a primer plano a los poetastros «proletarios». ¿Y qué se podía lograr con esos poetastros? ¿Qué monumento literario dejarían de SU época? ¿Demián Bedni? De Demián quedaría tan sólo su biblioteca; una buena biblioteca, según decían. Maiakovski era un hombre capaz y había que utilizar sus versos; pero eso ya era más bien política.

En tiempos, también ÉL había escrito versos. Estando en el seminario le llevó a Ilia Chavchavadze, director de Iveria, una poesía suya titulada Dila (La mañana) y con la firma de Soselo. En el seminario

estaba prohibido firmar poesías con el nombre verdadero. Chavchavadze publicó entonces cinco o seis poesías suyas: recuerdos de Gori, del padre, del camino de Atení, de las reuniones de su padre con los amigos. Y no escribió más: los versos no eran su cuerda. ¿Eran buenos aquellos versos? Nunca los había releído. Y, sin embargo, recordaba que Chavchavadze había elogiado su Dila:

*Se abrió el botón de rosa y abrazó dulcemente a la violeta.
En lo alto, entre las nubes, una alondra lanzaba sus trinos.*

[35] RAPP. Siglas rusas de la Asociación Rusa de Escritores Proletarios, fundada en 1928.

[36] Serapio: Sociedad literaria fundada en San Petersburgo en 1919.

Y al cabo de veinte años, en 1916, apareció Dila con la misma firma en el libro de texto georgiano de Yakob Goguebashvili para las escuelas primarias. Algo debía de tener, algo debía valer si Yakob Goguebashvili la seleccionó para su manual veinte años después de su primera publicación. De todas maneras, él no había nacido para la poesía. Un poeta no puede ser un luchador. La poesía ablanda el alma. El periodismo sí sirve para la lucha y su pluma había prestado buen servicio a la revolución. Había escrito mucho y con diversos seudónimos: David, Nameradze, Chízhikov, Ivánovich, Besoshvili, Kató, Kobá... Kobá se convirtió en su nombre de partido, y le gustaba. Kobá es el noble protagonista de la novela de Kazbeguí *Patricida*.

Pero la policía le identificó bajo este sobrenombre y no pudo ya usarlo para firmar sus artículos. Entonces volvió a los seudónimos: K. Stefin, K. Stalin, K. Solin... Hasta que en enero de 1913, si no recordaba mal, firmó I. Stalin en el periódico *Sotsial-demokrat*, y este seudónimo se convirtió en el apellido con que ahora le conocía el mundo entero.

Dejó de escribir poesía, no se hizo escritor, pero amaba la lectura y leía mucho. No recordaba sus preferencias juveniles, confundidas ya con las de años posteriores. Había leído también en la cárcel y cuando estuvo deportado. La profesión de revolucionario deja tiempo suficiente para la lectura; es más, obliga a leer.

La enseñanza que daban en el seminario equivalía a la del liceo clásico. Se estudiaba latín, griego, hebreo antiguo, francés, inglés, alemán. Pero las lenguas extranjeras nunca se le dieron bien a ÉL y ni siquiera las estudió estando deportado. ¡Era perder el tiempo en vano!

El ruso, en cambio, lo dominaba. Era la lengua que se empleaba en el seminario y él había estudiado allí cinco años. Únicamente le quedaba el acento georgiano de su infancia, y él no trataba siquiera de quitárselo. El acento era lo de menos. ÉL había visto a rusos incapaces de poner un acento o una coma correctamente.

A los escritores de segunda no los leía. ¿Para qué? Leía a los clásicos porque eso era imprescindible para un revolucionario ruso... Gógol, Saltikov-Schedrín, Chéjov, Gorki: a ellos se los podía utilizar en la lucha contra el poder, también los contrarios los utilizaban en las discusiones. ¡Había que conocerlos! Los escritores rurales -todos esos Zlatovratski, Levítov, Karonin, incluidos también Nekrásov, Nikitin y Súrikov- no le gustaban ni los leía. Se compadecían del campesino, y el campesino no se compadece de nadie: eso lo sabía ÉL muy bien, lo había experimentado por sí mismo.

Tolstói era un gran artista, pero no comprendía la esencia del poder, idealizaba al hombre, predicaba, aleccionaba y así rebajaba su arte. «Espejo de la revolución rusa»... ¡Las cosas que se llegan a decir para halagar a la intelligentsia liberal! Dostoievski, como Tolstói, tampoco era ningún filósofo, no entendía el mecanismo de la estructura social y estatal. Pero, a diferencia de Tolstói, no idealizaba al hombre, comprendía su insignificancia, su esencia ruin, predicaba la idea del sufrimiento y la idea del sufrimiento es un medio poderoso de acción sobre las personas. La Iglesia lo utiliza hábilmente. Sólo que Dostoievski escribía de una manera aburrida, escribía mal, sin arte.

¡Pushkin! Ése era el escritor ruso más grande. Todo lo comprendía, todo lo intuía, todo lo sabía hacer. Bastaba observar su penetración en el personaje de Pedro el Grande: «*Con brida férrea hizo encabritarse a Rusia.*» La cumbre de su creación fue Borís Godunov: «*Nuestro pueblo es estúpido y crédulo, le pasman las novedades, las maravillas; pero los boyardos recuerdan que Godunov era su igual... Si eres astuto y firme...*» ¡Qué acierto! «*Estúpido y crédulo*», ésa es la esencia del pueblo. «*La astucia y la firmeza*» eran la esencia de SU poder. Recordarle como «*su igual*» era la esencia de SUS adversarios. *Borís Godunov* le asombró ya de joven, le asombró la figura de Otrépiev... «*Exclaustrado, monje fugitivo con veinte años a lo sumo... Bajo de estatura, ancho de pecho, un brazo más corto que el otro y el cabello pelirrojo.*» Es posible que leyera a Pushkin en el seminario porque formaba parte del programa de estudios; pero a fondo leyó *Borís Godunov* más tarde, en el Observatorio de Física, donde trabajó de estadístico después de su expulsión del seminario. Ahora escribían que le expulsaron del seminario por hacer propaganda del marxismo. Y también él escribió en tiempos en un cuestionario: «*Me echaron del seminario de Tiflis por hacer propaganda del marxismo.*» La razón fue otra: le expulsaron por no pagar el coste de los estudios, aunque su madre le giraba todos los meses el dinero que recibía de Egnatoshvili. Pero él no quería terminar los estudios del seminario, no quería ser sacerdote y por entonces estaba relacionado ya con un círculo marxista. Pero la versión de que fue expulsado por hacer propaganda del marxismo era una versión acertada: favorecía la imagen del líder y, por consiguiente, servía a la causa de la revolución.

En el Observatorio de Física fue donde releyó *Borís Godunov*. «*Exclaustrado... Monje fugitivo... Con veinte años a lo sumo... Bajo de estatura, ancho de pecho, un brazo más corto que el otro y el cabello pelirrojo...*» También él tenía entonces veinte años y uno antes de terminar los estudios en el seminario renunció a la carrera eclesiástica y era bajo de estatura, ancho de pecho, tenía el cabello tirando a rojo y un brazo algo impedido. Ya no era un chiquillo ni un vago soñador y, naturalmente, no establecía ninguna analogía entre él y Otrépiev, aparte que aquel fracasado no le atraía en absoluto. Sin embargo le asombró el parecido externo. Le asombró también la penetración de Pushkin en la causa de los fracasos de Otrépiev: charlatán, reveló su gran secreto a una polaca alocada; benigno y escrupuloso, sufría viendo los medios a que debe recurrir cualquier político. «*Enseñaré al enemigo el camino oculto*

hacia el bello Moscú.» ¡Un aventurero romántico, pero no un político! Todo lo tenía: voluntad, ambición, valor, desprecio del riesgo, afán de victoria, pero también incapacidad total de afianzarla, de valerse de sus frutos. Alcanzar el poder supremo y no conservarlo era la suerte de los malos políticos porque conservar el poder es más difícil que alcanzarlo. Otrépiev no lo conservó. Eso no habría ocurrido si, después de su entronización en Moscú, Dmitri hubiera repetido aunque sólo fuera una décima parte de lo que hizo el zar cuyo hijo pretendía ser.

Aunque eso era lo que pensaba ahora, pero no recordaba lo que pensó entonces. Sólo recordaba netamente el asombro que le había causado el parecido externo entre los dos. Le asombró la suerte del monje fugitivo elevado hasta la cumbre del poder seglar. Con el tiempo, esta imagen se difuminó en la memoria, desplazada por otras figuras históricas que dominaron su imaginación. Y, sin embargo, la imagen subsistía allá en las células recónditas del cerebro. ¿No emergería inconscientemente cuando se encontró en Bakú con Sofía Leonárdovna Petrovska, polaca de linaje aristocrático? Él era de su agrado: un revolucionario proletario en la clandestinidad, un carbonario con los bajos de los pantalones tazados, mal afeitado, hosco, introvertido, autoritario y fuerte. Un día que fue a verla no la encontró en casa y a la visita siguiente le contó ella riendo:

-La hija de una vecina me ha dicho: Sofía Leonárdovna, ha venido preguntando por usted un hombre que daba miedo. Entonces sonrió, pero quedó satisfecho de la característica: él quería que le tuviesen miedo.

Sofía, dulce y blanda, se ocupaba de él y fue, de hecho, el amor más grande de su vida. Simpatizaba con los socialistas-revolucionarios, pero con él no discutía nunca porque no tenía la intransigencia de los funcionarios del partido ni le imponía sus puntos de vista sino que, por el contrario, eludía las discusiones políticas, viendo que a él le irritaba cualquier objeción. Pero ella no le irritaba; era la única mujer que no le irritaba. Pero sus relaciones se quebraron... Ella murió de tuberculosis.

Claro que ÉL no era Otrépiev ni ella Marina Mniszek. De todas maneras, ahora reconocía que sus primeros impulsos fueron motivados precisamente por esas figuras que dormitaban en los recovecos del cerebro: la aristócrata polaca y el ignorado sacerdote fallido, elluchador clandestino de planes aún confusos pero de muy largo alcance.

En septiembre enterraron en el cementerio de Shijovo a Janlar Safaralíev, obrero petrolero asesinado por los ultrarreaccionarios de las centurias negras. Fue una manifestación grandiosa, acompañada por las sirenas de las fábricas, a cuyo frente marcha ÉL y también iban Shaumián, Enukidze, Azizbékov, Ordzhonikidze, Dzhaparidze, Fiolétov... ÉL pronunció un discurso. También estaba allí Sofía, y al cabo de medio año la enterraron a ella en el mismo cementerio. No hubo manifestación ni sonaron las sirenas de las fábricas. Acompañaban el féretro vecinos de su casa y polacos amigos suyos. Lo descendieron a la sepultura, que recubrieron de tierra y se marcharon. Pero ÉL se quedó. No quiso regresar con personas desconocidas. No tenía nada de qué hablar con ellos. Se quedó inclinado sobre el pequeño túmulo reciente.

El cabo rocoso de Shijovo se adentraba profundamente en el mar, elevándose sobre Bibi-Eibat erizado de torres de extracción. No se veían obreros junto a ellas, pero los balancines subían y bajaban sacando petróleo. La primavera comenzaba solamente, pero el sol apretaba ya. ÉL estaba solo en lo alto del cabo rocoso de Shijovo, a la orilla del mar Caspio, contemplando el golfo y las innumerables torres de extracción. Había enterrado a Sofía, la única mujer a la que apreciaba, pero su dolor no le embotaba. ÉL había conocido las cárceles -la de Batumi y la de Kutaisi-, el confinamiento en Siberia Oriental y la fuga; habían desaparecido sus compañeros de Mesami-Dasi. Ketsjoveli había perecido en la cárcel y había muerto Tsulukidze. Todos desaparecían y todos desaparecerían. La vida humana no era más que un instante en aquella vorágine. Sólo existía el HOY, que también era un instante, pero un instante de auténtica vida para el revolucionario. Sólo el revolucionario y sólo quien tiene el poder comprenden lo efímero y la insignificancia de la vida humana; pero sólo el que ostenta el poder tiene también el derecho de guardar su vida. La vida propia no posee ningún valor mientras se lucha por el poder; pero cuando se alcanza el poder, la vida es la recompensa del vencedor. Ahora ÉL era el vencedor, y sabría guardar su vida porque sabría guardar el poder.

Todos los revolucionarios arriesgan su vida. También ÉL la había arriesgado, pero era precavido. Cuando iba a Bakú, se apeaba en Baladzhari y se dirigía a la ciudad a pie, por la orilla del mar, a lo largo de las torres de extracción. Si se cansaba, se sentaba al borde del sendero y, ofreciendo el rostro al sol lo mismo que ahora, contemplaba la carretera que pasaba más abajo, las torres y el mar.

¿Qué es lo que rige a un revolucionario, qué le guía por su camino sembrado de espinas? ¿La idea? Las ideas dominan a muchos hombres; pero ¿acaso se convierten todos en revolucionarios? ¿La filantropía? La filantropía es el feudo de los blandengues, los baptistas y los tolstoianos. ¡No! La idea es sólo pretexto para el revolucionario. La dicha universal, la igualdad y la fraternidad, la sociedad nueva, el socialismo y el comunismo son consignas que levantan a la masa a la lucha. El revolucionario es un carácter, la protesta contra la propia humillación, la afirmación de la propia personalidad. A ÉL le habían detenido cinco veces, le deportaban y él se escapaba, vivía clandestinamente, no comía ni dormía lo necesario. ¿En aras de qué? ¿En aras de los campesinos que, aparte su estiércol, no querían saber nada? ¿En aras del «proletariado», de esos currantes? En Bakú había pernoctado a menudo en los cuarteles obreros de Rotschild, en Bailovo, y había visto de sobra a la «clase obrera». En aquel

período de Bakú era ya un conocido dirigente del partido, era el líder del bolchevismo en Bakú. Cualquier tentativa de desfigurar el hecho sería inútil. ÉL sabría atajarla. Stalin se levantó del sillón; una abeja giraba sobre su cabeza, zumbando junto al oído. Stalin la espantó. La abeja se apartó, luego se posó encima de la mesa y fue hacia el cenicero; ÉL la aplastó con el tomo de Kliuchevski.

-¡Qué vileza! Pero ¡qué vileza! -dijo en gerogiano, sentándose de nuevo en el sillón y volviendo mentalmente a aquellos tiempos y al vil folleto de Avel Enukidze.

En ese folleto, Enukidze había tenido de pronto la idea de hablar de la imprenta clandestina que existía en Bakú, conocida por el nombre de Nina.

La imprenta dependía directamente de Lenin y la correspondencia se sostenía a través de Krúpskaia. Dirigían la imprenta Krasin, Enukidze y Ketsjoveli. Nadie más, según escribía Avel, tenía conocimiento de su existencia. Por consiguiente, tampoco lo tenía ÉL, Stalin. A ÉL, a Stalin, ni siquiera le habían hablado de ella.

A Krasin, ingeniero electricista al servicio de los Rotschild y los Mantashevich, se le podía comprender: Lenin le había ordenado guardar la máxima circunspección. ÉL no le guardaba rencor: Krasin había muerto hacía ya tiempo. Y Ketsjoveli también. Además, no era aquella pequeña imprenta la que decidía los destinos de la revolución. Las cosas estaban así entonces.

Ahora, las cosas estaban planteadas de otra manera. ÉL no necesitaba los laureles de Bakú, Tiflis o Transcaucasia. Lo que ÉL necesitaba era una historia verdadera del partido. Y una historia del partido es únicamente aquella que sirve los intereses y el prestigio de su dirección.

Si ÉL no estaba enterado de la existencia de una imprenta clandestina en Bakú, al lado suyo, ¿cómo se podía afirmar ahora que ÉL dirigía el partido en Rusia? Si ÉL dirigía el partido, no podía desconocer la existencia de la imprenta. Negarlo significaba negar su papel como primer auxiliar de Lenin. ¿No lo comprendería el camarada Avel Enukidze? No podía dejar de comprenderlo. Entonces ¿por qué publicaba un folleto del que se desprendía que el camarada Stalin no tenía nada que ver con la imprenta Nina? ¿Qué necesidad tenía el camarada Enukidze de hacer eso? ¿A qué se debía esa repentina afición por la historia? ¡Y a ese hombre le había confiado el Kremlin, le había confiado su vida! ¿Qué falta hacían en la comandancia del Kremlin tantos viejos miembros del partido? ¿Acaso se elegía la guardia según ese principio? Si, para un guardián, la guardia era una tarea política, ese guardián no era seguro: las convicciones políticas pueden cambiar. Ni siquiera la simpatía personal era segura: de la simpatía a la antipatía no hay más que un paso. Un guardián debe ser fiel a su amo igual que un mastín: eso es un guardián auténtico. Sólo sabe una cosa: que a la menor falta, a la mínima negligencia, perderá la vida con todos sus bienes y sus privilegios. Así era como había que elegir a su guardia. Pero el camarada Enukidze mantenía como comandante del Kremlin a Peterson, antiguo jefe del tren de Trotski, un hombre de Trotski. ¿Estarían preparando un complot palaciego? Enukidze estaba con ellos su despreciable folleto lo demostraba, con él se había desenmascarado.

De aquel vil folleto provocador no debían quedar ni los restos. Claro que Avel empezaría a negar, lamentarse, a arrepentirse; pero un hombre arrepentido es un hombre políticamente terminado. Si después de esto aún existe físicamente, eso no le importa ya a nadie más que a sus familiares y sus allegados. A los familiares y los allegados, ya se les pasará el disgusto.

¿A quién le podría encargar que respondiera a ese folleto? Lo mejor sería a alguno de los que había entonces en Bakú. Pero ¿quién quedaba de ellos?

Ordzhonikidze iba por Bakú. Trabajaba en el distrito de Balajoni, en las explotaciones petroleras de Shamsi Asaduláev. Era el practicante del consultorio, una casita enclavada en un extremo de Ramaní. ÉL recordaba muy bien aquella casita, compuesta de dos habitaciones: en una vivía Sergó y en la otra estaba el consultorio. Era un buen piso franco, y cómodo, ya que apenas visitaba nadie al practicante. Sergó trabajó allí alrededor de un año, quizás; luego hizo visitas esporádicas a Bakú. Era un testigo auténtico, un buen testigo, pero pretextaría sus muchas ocupaciones. Además, era amigo de Avel Enukidze y no iba a testificar en contra de un amigo.

¿Vishinski? Un canalla redomado. Toda su vida había sido menchevique, y se comprende: con los mencheviques no hace falta hacer nada, basta con discursar. En 1908 se organizó en la Casa del Pueblo de Balajani un juicio contra los Shendrikov zubatovistas, de Bakú. [\[37\]](#)

¿Quién asumió su defensa? Vishinski. Cinco veces tomó la palabra en una noche. ¡Y cómo se deleitaba con su oratoria, el muy demagogo, el muy trapacero! En el verano del diecisiete, siendo jefe de la milicia del barrio del Arbat, hizo pegar en las paredes la orden de búsqueda y captura de Lenin, y el imbécil la firmó con su nombre: «A. Vishinski.» Después de la revolución de octubre consiguió que ÉL le recibiera y estuvo llorando, todo arrepentido. Pero no dijo ni media palabra de que había compartido con él los paquetes que recibía en la cárcel de Bailovo, donde se encontraban en la misma celda. Comprendía con QUIEN hablaba, comprendía que ÉL no le habría perdonado semejante alusión y que recibía la vida a cambio de aquellos míseros paquetes.

[\[37\]](#) Zubatovistas: Partidarios del «socialismo policial», inspirado y organizado por Zubátov.

En 1920, ÉL le ayudó a ingresar en el partido; en 1925 fue nombrado rector de la Universidad de Moscú; en 1931, fiscal de la RSFSR y ahora era fiscal general suplente de la URSS. Pero no servía como testigo en los asuntos de Bakú: en el partido le despreciaban. Quedaba Kírov. Antes de la revolución no había estado en Bakú, pero luego se encontró durante cinco años al frente del partido en Azerbaiyán, tuvo acceso a todos los archivos y, hombre instruido y meticuloso, estudió a fondo la historia de la organización de Bakú. Kírov sí que podría contestar al folleto de Enukidze, Kírov sí que podría echar abajo, con su autoridad, una versión inadecuada para el partido y, al revés, sostener una versión que robusteciera el prestigio de la dirección del partido. De palabra ponía al camarada Stalin por las nubes. Precisamente por eso le había llamado a Sochi, para que trabajara cerca de él y demostrara cómo era ahora. Formarían un buen trío.

Por ejemplo, a los tres les gustaba la música: ÉL la amaba, sencillamente; Zhdánov tocaba incluso el piano, y Kírov era casi un melómano, solía ir a la ópera, pero no al palco del gobierno, sino al patio de butacas porque, además, iera un demócrata! Siempre quiso tener pinta de intelligentni y de joven participaba en los espectáculos estudiantiles de aficionados, aunque él estudiaba en una simple escuela industrial. En algún sitio había visto, no recordaba si en casa de Sergó o en la propia casa de Kírov -donde se la enseñó su mujer, María Lvovna o Markus, como la llamaban- una foto de juventud en la que aparecía un muchachito con guerrera y gorra de uniforme y en la cocarda de la gorra había un martillo y una llave inglesa cruzados, insignia de la escuela industrial. Sin embargo, para los pocos entendidos podía pasar por el uniforme de un liceísta o incluso de un estudiante universitario.

¡Pero no quería venir! Argüía su estado de salud: los médicos le recomendaban las aguas de Minerálne Vodio ¿Qué tenía? Ardores de estómago... ¿Y quién no padecía ardores de estómago? «Los ardores de estómago no son una enfermedad. Ven, que aquí te curaremos y así trabajarás con nosotros.» «¿Y qué entiendo yo de historia?» «¿Acaso entendemos nosotros? Sin embargo, trabajamos. Trabaja también tú con nosotros.»

Que viviera allí algún tiempo ante sus ojos; porque, de hecho, nunca habían estado cerca. Antes de la revolución no se habían encontrado nunca y durante la guerra civil se vieron dos o tres veces. Estuvieron más relacionados mientras Kírov encabezó la organización del partido de Azerbaiyán y acudía a Moscú a los congresos, a los plenos del Comité Central o simplemente para otros asuntos. Producía una impresión favorable, Ordzhonikidze tenía buena opinión de él, no era de los que estuvieron emigrados, no había andado por el extranjero; un cuadro del partido, enemigo irreconciliable de Trotski, Zinóiev, Kámenev y Bujarin, aunque con este último mantenía relaciones amistosas. ÉL le había promovido. En el décimo congreso, como candidato a miembro del Comité Central; en el duodécimo congreso, como miembro del Comité Central, y en el año treinta le incorporó al buró político. ÉL le había enviado a Leningrado para que dominara aquel eterno baluarte de fronda, engreimiento y oposición. No justificó sus esperanzas. No dominó la ciudad, sino que, por el contrario, se puso a su frente, conquistó una popularidad barata y ahora quería extender esa popularidad a todo el país. En contraposición al camarada Stalin, quería aparecer moderado, bondadoso y magnánimo. En el buró político se pronunció contra la ejecución de Riutin y luego contra la ejecución de Smirnov, Tolmachov y Eismont. Y arrastró a otros miembros del buró político. Incluso Mólotov y Vorochilov vacilaron. Únicamente Lázar fue partidario incondicional del fusilamiento.

La magnanimidad con los vencidos es peligrosa: el enemigo nunca cree en esa magnanimidad, la considera una maniobra política y, a la menor oportunidad, se lanza él al ataque. Sólo un hombre ingenuo podía razonar de otra manera. Kírov era un peligroso idealista que exigía bienes materiales para la clase obrera sin comprender que el hombre materialmente acomodado no es capaz de sacrificios ni de entusiasmo y se convierte en un pancista. Únicamente los sufrimientos despiertan la máxima energía popular, que puede ser orientada hacia la destrucción o hacia la creación. El sufrimiento humano conduce a Dios: en este postulado esencial de la religión cristiana fue educado el pueblo durante siglos, lo llevaba en la sangre y había que aprovecharse de ello. El socialismo era un paraíso terrenal más sugestivo que el mítico paraíso celestial, aunque para alcanzarlo también había que pasar por el sufrimiento. Pero el pueblo, naturalmente, debía estar persuadido de que sus padecimientos eran temporales, de que servían para alcanzar un gran objetivo, de que el poder supremo conocía sus necesidades, se preocupaba por él y le defendía contra los burócratas, ocuparan el puesto que ocuparan. Que el poder supremo era OMNISAPIENTE, OMNISCIENTE y OMNIPOTENTE.

¿En qué había estado pensando la víspera en relación con esto? ¿En el abastecimiento de la población? ¿En la abolición de las cartillas de racionamiento? Pero ésa era una cuestión resuelta: serían abolidas a partir del primero de enero. Bueno, pero ¿en qué había estado pensando? ¡Ah, sí! La víspera había estado pensando en su conversación con Arvo Ivánovich, el jardinero estonio. A la dacha del gobierno le habían traído del sanatorio Vorochílov. Era un hombre de allí, absolutamente comprobado según le informaron, estaba casado con una rusa, residía toda la vida en Sochi y se le consideraba el mejor jardinero. Stalin no había encontrado nunca a estonianos en el Cáucaso, aunque sabía que, a principios de siglo, se habían trasladado algunos centenares de estonianos desde el litoral del Báltico a la circunscripción de Sujimi y que a orillas del mar Negro habían aparecido tres o cuatro aldeas estonianas cuyos habitantes se dedicaban a lo mismo que los nativos: la fruticultura y la ganadería, aunque su ganado era más recio que el de por allí. Lo que ignoraba era que también se hubieran asentado estonianos en Sochi,

Arvo Ivánovich, que aparentaba unos cincuenta años, era hombre achaparrado, de pómulos salientes, cabello castaño y ojos claros. Vestía, como todos los estonianos, chaleco y tabardo, pero llevaba el pantalón ancho metido en los chiviaki al estilo caucásiano. [\[38\]](#)

Hablabía el ruso con acento y, a veces, desfigurando algunas palabras. La víspera estaba cortando unas flores y Stalin observaba su trabajo porque también le gustaban las flores. Arvo Ivánovich estaba mascullando algo con el ceño fruncido y Stalin le preguntó por qué estaba enfadado.

Arvo Ivánovich contestó que, en la tienda, a su mujer la habían engañado en el peso y, además, también la habían engañado en la vuelta. Por la noche, Stalin dijo al jefe de la guardia:

-A la esposa de Arvo Ivánovich la han engañado en el peso y le han cobrado de más. Dígale al secretario del comité del partido de la ciudad que los culpables deben ser severamente castigados.

El comerciante ruso siempre fue un estafador, y estafador seguía siendo el tendero. Después de la ley del 7 de agosto, no se atrevían a robar al Estado y robaban a la población. La gente lo veía, pero no podía hacer nada. O sea, que ÉL debía hacerlo por la gente. ÉL no iba a las tiendas, pero él conocía muy bien las necesidades y los agravios de su pueblo. Stalin se levantó y, de la terraza, pasó a un cuarto donde se encontraba Tovstujá sentado detrás de una gran mesa de despacho. Le había traído ÉL a Sochi. Allí trabajaban historiadores y para ellos hacía falta un intelligentni como Tovstujá, vicedirector del IMEL que conocía la historia y comprendía la historia que necesitaba ahora el partido. [\[39\]](#)

En cuanto a los asuntos corrientes, Tovstujá también estaba al corriente de ellos, ya que había trabajado muchos años como secretario suyo. Además estaba enfermo de tuberculosis y le vendría bien tomar un poco el sol. Estaba muy delgado, encorvado, tosía y miraba de reojo. Los médicos habían informado de que no duraría mucho. ¡Lástima: era un hombre fiel!

-Prepare un proyecto de resolución del Comité Central -dijo Stalin-. Acerca de la lucha contra el fraude de que son objeto los compradores ... No... , los consumidores en el peso y la medida... Y también en las vueltas... Mejor será: acerca de la infracción de los precios al por menor en el comercio. Hay que reunir datos y señalar que esta práctica va en contra de la solicitud del partido por el consumidor. Por estos hechos, sancionar a Mikoyán, comisario del pueblo de Comercio; a Zelenski, presidente de la Unión Central de sociedades consumidoras, y a Shverník, presidente del Consejo Central de los Sindicatos, porque también los sindicatos deben cuidar de que no se engañe ni se agravie a los trabajadores. La disposición debe ser dura. Que el comité ejecutivo central decrete diez años de cárcel por fraude en el peso y en el precio.

-Para reunir los datos hará falta algún tiempo.

-Entonces escriba simplemente: han llegado al Comité Central... ¡No! El Comité Central dispone de datos... Sí, escriba eso.

Stalin volvió a la terraza, de nuevo se sentó en el sillón ofreciendo el rostro al sol y de nuevo se puso a pensar en Kírov. Le llamaban el heredero. Pero él sólo le llevaba siete años a Kírov. ¿Cómo se podía hablar de herencia? Aún estaba por saber quién moriría antes. La gente del Cáucaso vive muchos años. De manera que se aludía a una herencia en vida y no después de la muerte. ¡Ya podían esperar! ÉL no necesitaba una Convención como la que envió a Robespierre a la gillotina. Robespierre cometió un error fatal al conservar la Convención. Napoleón disolvió la Convención e hizo bien. Por eso fue Napoleón un gran hombre, mientras que Robespierre, a despecho de toda su残酷, no fue más que un picapleitos.

Una vez se reunieron en la casa de Ordzhonikidze durante uno de los viajes de Kírov a Moscú. Estaban ÉL, Sergó, Kírov, Vorochílov y Mikoyán. Kaganóvich también estaba, aunque Sergó no le había invitado porque no le podía soportar. Pero, ÉL dijo: «Ven, Lazar, que Sergó nos invita a cenar.» No recordaba con qué motivo refirió Kírov que le gustaban las matemáticas, la física y la química, que se había diplomado en la escuela industrial con mención de honor y luego ingresó en unos cursos preparatorios del Instituto Tecnológico de Tomsk con la idea de hacerse ingeniero. ¿No habría conocido allí a Budiaguin? Porque Budiaguin también había seguido esos cursos. Conque probablemente de allí venía su amistad.

Puesto que Kírov había cursado estudios técnicos, aunque no fueran superiores, y tenía afición a la técnica, sería perfecto que se encargara de la industria. Y que la dividiera por ramas: maquinaria, química, construcción, etc. Había que desintegrar constantemente esos aparatos cuajados, esos conjuntos de personas compenetradas. Había que barajar, barajar y barajar. Que dirigiera esa industria el camarada Kírov como miembro del buró político y secretario del Comité Central. No había nada denigrante en ello: no podía ser denigrante, en el período de industrialización del país, dirigir la industria que era el principal eslabón de la economía. Y si el camarada Kírov no aceptaba, si no quería trasladarse a Moscú, eso significaría que deseaba permanecer independiente, autónomo, que deseaba continuar con su línea propia, especial.

[\[38\]](#) Especie de mocasines de media caña.

[\[39\]](#) IMEL: Instituto Marx-Engels-Lenin.

Una angustia como aquélla no la había experimentado Sasha ni en la cárcel de Butírskaia ni durante el camino hacia el destierro. En la cárcel tenía la esperanza de que las cosas se pondrían en claro y le soltarían; durante el camino tenía la meta de llegar al lugar de confinamiento, asentarse allí y aguardar pacientemente a que se cumpliera el plazo. La esperanza le hacía persona; la meta le ayudaba a vivir. Allí no había ni esperanza ni meta. Él había querido ayudar a la gente para que pudiera utilizar el separador, y le habían acusado de sabotaje. Con férrea lógica, Alférov le había demostrado que así era. Y Alférov podía aplastarle en cualquier momento dando curso a la denuncia de Iván Panfiónovich. ¿Era posible vivir así? ¿Para qué quería el manual de francés y los libros sobre economía política y filosofía que había pedido a Moscú? ¿Con quién iba a hablar de esas materias o conversar en francés? ¿Con los osos en la taiga? Aunque Alférov le dejara tranquilo, ¿cómo y de qué iba a vivir allí? Podía aprender a remendar botas de fieltro. A eso podía aspirar. ¡Olvidar, olvidar! Las ideas que le habían inspirado hasta entonces se las habían apropiado los Baulin, los Lozgachov y los Diákov, que pisoteaban esas ideas y también a las personas fieles a ellas. Antes pensaba que en aquel mundo se necesitaban manos fuertes y una voluntad inquebrantable para no perecer; pero había comprendido que allí se perecía precisamente por tener unas manos fuertes y una voluntad inquebrantable, ya que esa voluntad chocaría con otra voluntad más inquebrantable aún y esas manos con unas manos más fuertes aún, pues en ellas estaba el poder. Para sobrevivir había que subordinarse a una voluntad y una fuerza ajenas, ser precavido, amoldarse, vivir como una liebre sin atreverse a asomar la cabeza. Sólo a ese precio podría lograr la supervivencia física. ¿Merecía la pena vivir así?

Metido en casa, intentaba leer. El viejo estaba reparando algo en el patio, y el golpeteo monótono y uniforme del hacha le angustiaba todavía más. El viejo se marchó luego del patio, pero Sasha no podía ya leer de todas maneras y abandonó el libro. No soportaría aquella vida; no, no podría soportarla. Se echó en la cama y se quedó dormido, pero ni aun en sueños le abandonó la intuición de una desgracia y despertó sobresaltado, con el corazón palpitante.

¿Qué quería Alférov de él? Su benevolencia no era fortuita ni tampoco le había dejado allí sin alguna razón. Lógicamente debía haberle empapelado para justificar su existencia allí. Pero le había dejado volver a Mozgova y había aludido a su posible traslado a Kezhmá para trabajar en la MTS sin exigir nada a cambio. ¿Trataba de ganárselo o, por el contrario, de desmoralizarle? Quisiera ponerle en el disparadero, mantenerle en la incertidumbre, tenso y con el temor constante de que había una denuncia contra él, como si dijera: «En cualquier momento puedes recibir otra citación. ¡Conque no hay vida tranquila para ti!» ¡Qué angustia! ¡Pero qué angustia!

La vieja gritó a través de la puerta:

-¿Vienes a comer?

-No. Me duelen las muelas -contestó Sasha.

Estuvo dos días sin salir de casa, echando una mano al viejo en sus quehaceres. Sabía que Zida le esperaba, que estaría inquieta, pero tampoco quería verla a ella: había sido testigo de su agravio, intentaría consolarle, y eso sería más humillante todavía. Además, que todas las cosas y todas las personas le eran indiferentes. ¡Había que terminar! No conseguiría ya escapar de aquel círculo... Pero ¿y su madre? Su madre no lo soportaría, él no podía descargarle ese golpe. Tendría que seguir aguantando con tal de que supiera que estaba vivo, con tal de que ella no perdiera la esperanza.

Al tercer día se presentó Vsevolod Serguéievich.

-¿Qué le ocurre? No se le ve por ninguna parte. ¿Está enfermo?

-No.

-¿Le ha dado un repaso Alférov?

-Ha demostrado que soy un saboteador y un detractor de la autoridad koljosiana. Y lo ha demostrado con lógica y fuerza de convicción. Vsevolod Serguéievich se echó a reír.

-¿De qué se sorprende? Ha estudiado filosofía.

-¿Sí?

-Puede creerme. No se guíe por el puesto que desempeña aquí. Es una figura, un personaje de rango tres o cuatro grados por encima que sus superiores de Kansk. Por eso no usa el uniforme. Estaba en el extranjero y ha venido a parar aquí. Me temo que en el futuro sea colega nuestro; o compañero, no sé cómo decirlo. Aunque también es posible que salga otra vez a flote; todo depende de circunstancias muy especiales que nosotros ignoramos. En todo caso, le ha demostrado con plena lógica que puede triturarle si cursa la denuncia del presidente del koljós. Estropeó el separador y le llamó imbécil al presidente. ¿Fueron éas sus incriminaciones?

-Sí.

-¿Ve usted? Voy a tranquilizarle: ese mismo día llevaron el separador a Kezhmá, allí hicieron lo que usted había dicho, lo trajeron de vuelta y funciona a la perfección. Puede salir y comprobarlo por sí mismo.

-No tengo el menor deseo.

-En eso tiene razón. Si quiere un consejo, Sasha, le recomiendo que no vuelva a tocarlo. De modo que el tema del sabotaje desaparece. Puede estar tranquilo.

-Lo estoy. Sólo que me da asco.

-Comprendo. Y, si me lo permite, quisiera decirle algo con franqueza. ¿Me lo permite?

-Por supuesto.

-Usted, Sasha, es indudablemente todo un hombre. ¡Un hombre de verdad! ¡Un hombre soviético! No es un cumplido, sino una afirmación. Y es una maravilla eso de ser un hombre soviético de verdad, idóneo. Pero usted quiere seguir siéndolo incluso en esta situación suya especial, quiere comportarse como se debe comportar un auténtico hombre soviético. Y eso no se puede hacer, Sasha: para los que le rodean, usted no es un hombre soviético, sino antisoviético. Y desde ese punto de vista es como le consideran aquí y como consideran sus acciones. Usted va por la calle y ve que el separador no funciona. Como conoce el aparato, se acerca inmediatamente y lo arregla. Pero el presidente del koljós y el mandatario (y no me refiero a Alférov sino a otro, a uno corriente) piensan de otra manera, piensan que por qué habrá metido mano en el separador. Está claro que para estropearlo. El enemigo sabotea y perjudica en todos los sitios donde puede. Supongo que sabe de quién son estas palabras, ¿verdad?

-Sí.

-Usted no quiere ser un proscrito, pero debe tener en cuenta su situación. Ha llamado imbécil al presidente y ése ha sido su principal error. Si le hubiera nombrado a la madre y a toda la parentela, no habría pasado nada. Pero imbécil es una palabra ofensiva, humillante, supone superioridad por parte del que la pronuncia: resulta que usted es listo y él imbécil. ¿No le ha propuesto Alférov trasladarse a otra aldea?

-Sí.

-¿Y qué? ¿Se ha negado? ¿Por Nurzida Gazízovna?

-Ni me he negado ni he aceptado. Le he dicho que decidiera él. No quiero deberle nada.

Vsevolod Serguéievich se quedó pensativo y luego dijo:

-Bueno: es posible que haya hecho bien. Aunque, en otro pueblo, viviría más tranquilo. Aquí ha tenido ya un incidente con un hijo de su antigua patrona y ahora otro con el presidente. No ha echado muy buena fama aquí. Pero esperemos que todo se arreglará. Lo que tiene ahora, Sasha, es un fallo nervioso. Entre la detención, la cárcel, el destierro, el camino hasta aquí, este Mozgova, el alojamiento y demás, tenía los nervios comprimidos como un muelle. Y en cuanto todo eso terminó, el muelle estalló a la primera sobrecarga. Todos hemos pasado por ese proceso. Lo importante es que ese estado no se haga crónico. Pero usted es un muchacho joven, fuerte, y con su voluntad sabrá sobreponerse. La única conclusión es que no se enfrente con ellos y tenga cuidado con la maestra porque ahora no le perderán de vista y, como le guardan rencor, también pueden sacarle punta a eso.

Se acercó a la cama de Sasha y le pégó una palmada en el hombro.

-¡Basta! Levántese. Vamos a echar una partida.

-Soy mal jugador.

-No importa. Las cartas son nuestro consuelo: los comunes juegan a las veintiuna y nosotros al póquer. Aféitese esas barbazas, vístase y venga conmigo. Ya es hora de que le presente a la intelligentsia local.

No tenía ganas de salir, pero Vsevolod Serguéievich insistió y Sasha comprendió también que le convenía ver cómo encauzaban allí su vida los demás.

Mijaíl Mijaílovich Máslov, hombre de unos cuarenta y cinco años y rostro hosco y doliente, había sido trasladado a Mozgova un año atrás desde las islas Solovki. Por su porte se podía suponer que había sido militar.

-Ya pensábamos que no vendría -observó ásperamente cuando Vsevolod Serguéievich llegó a su casa con Sasha.

-No tenga tanta prisa por ganarnos -contestó benévolamente Vsevolod Serguéievich.

Máslov metía prisa a los demás jugadores, no les dejaba pensar mucho rato, los reprendía si se equivocaban. Únicamente a Sasha no le reprendía. Era un hombre de un mundo distinto, hostil, y con su comedimiento establecía una barrera entre ellos. También él le resultaba antipático a Sasha. No le gustaban las personas irascibles y quisquillosas por el estilo de su padre, sabiendo que no era cosa del destino sino del carácter.

El cuarto jugador era Piotr Kuzmich, antiguo comerciante de la ciudad de Stari Oskol, en la región de Vorónezh. Había comenzado a cumplir su plazo de deportación en Narim y lo terminaba allí, en el Angará. Tendría unos sesenta años, era achaparrado, ancho de hombros y de pecho, llevaba barba corta, negra y canosa y gastaba botas altas con el pantalón embutido en las cañas y una vieja chaqueta, tazada y brillante en los codos y las solapas. Era el único que contaba allí de buen grado sus desventuras.

-Cuando estaba prohibido no comerciaba -explicaba-. Cuando autorizaron el comercio, monté mi negocio y vendía al campesino lo que necesitaba: guadañas, hoces, horcones, artículos de ferretería... En fin, lo que yo conocía

desde niño. En el pueblo había una cooperativa, pero los campesinos venían todos a mi tienda porque yo sé lo que necesita el campesino y lo tenía todo a su debido tiempo. Luego, ya se sabe: llegó el inspector de finanzas, luego otro y que si los impuestos, que si las tasas, que si las sobretasas. En la cárcel me exigían que entregara el oro. ¿De dónde iba a sacarlo? El oro mío era el hierro que vendía: en barras, perfilado, para llantas, para techar... El oro yo no lo había visto nunca más que en las monedas zaristas de cinco y diez rublos.

Piotr Kuzmich lo contaba sin inquina: también el juez de instrucción tenía que hacer su trabajo.

-Bueno, yo soy un comerciante, un lishenets; pero ¿qué culpa tienen mis hijos? [40]

¿Han elegido ellos a su padre y a su madre? Ellos quieren llevar la vida corriente y, como los demás, ingresar en la organización de los pioneros, en el Komsomol, pero los echan de todas partes. Aliosha, el menor, que es muy inteligente, se marchó a Moscú, entró a trabajar en una fábrica y al poco me mandó un periódico donde decía: «Yo, fulano de tal, he roto con mi padre y no tengo ninguna relación con él.» Me dolió. Yo le había criado, le había mantenido, y él renegaba de mí. ¿Qué iba a hacer? No tenía otro remedio. Además, es que había llegado a creerse que comerciar estaba mal, que yo vivía del trabajo ajeno, como él decía... Si hubiera tenido que remover en la tienda los barriles de aceite de linaza o las rejas de arado o los cajones de clavos, habría sabido lo que es nuestro trabajo... ¡En fin! Ingresó Aliosha en un instituto para hacerse ingeniero agrónomo porque le tiraba la tierra. Vivía en Moscú, en una residencia estudiantil, y mi mujer se pasaba las noches en blanco pensando si tendría para comer. Yo le mandé treinta rublos, pero él me los devolvió. Sus convicciones no le permitían aceptarlos. Bueno, pues si tanto valen tus convicciones, pasa hambre o cómetelas. Pero a la madre se le partía el corazón de todas maneras y le mandó, con unos paisanos que iban a Moscú, un paquete con tocino y empanadillas caseras y les pidió que no dijeran quién lo mandaba. Los paisanos llegaron a la residencia, Aliosha no estaba y dejaron el paquete encima de su mesilla. Vivían cuatro en la misma habitación y cada cual tenía una mesita junto a su cama. Volvió Aliosha, vio el paquete y preguntó quién lo había dejado allí. Le dijeron que unos paisanos. Pero él contestó que no, que debía ser de sus padres y lo iba a devolver. Y los demás: «¡No, hombre, vamos a comernos ese tocino de los kulaks!» Unos chicos jóvenes, sanos, hambrientos... Se zamparon el tocino, se zamparon las empanadillas y, luego, los mismos que se habían zampado todo, escribieron a la célula del partido diciendo que Aliosha recibía paquetes de sus padres y, por tanto, había mentido al decir que no tenía relación con ellos. Le expulsaron del instituto y del Komsomol y ahora trabaja otra vez en la fábrica. Renegó de los suyos y luego renegaron de él los que consideraba compañeros suyos...

-Eso lo hemos oído ya cien veces -le atajó Mijaíl Mijaílovich-. Atienda al juego.

-¿Por qué no contárselo a este joven? -objetó tímidamente Piotr Kuzmich-. Quizá le interese. ¿Viven sus padres?

-Sí -contestó Sasha.

-¿Y se han metido con ellos?

-¿Por qué razón iban a meterse?

-Si quieren, ya encontrarán razones. Aunque también estarán pasando lo suyo con un hijo deportado. Seguro que preferirían estar padeciendo ellos aquí.

-Ésa no es manera de favorecer a sus hijos -reprochó Mijaíl Mijaílovich-. Les mandan un paquete y con eso les fastidian la vida. No se hubiera muerto sin ese paquete; los demás estudiantes se pasan sin eso, y hacen bien en renegar de nosotros porque estamos terminados. «La revolución es la locomotora de la historia» y a nosotros nos ha arrollado. ¡Resíguese!

-De manera que ya no hay padres ni hijos.

-Justamente -replicó Mijaíl Mijaílovich con creciente irritación-. Lo de honrar a padre y madre es cosa de Dios, y Dios no le hace ya falta a nadie. La religión de ellos es la igualdad. Y así ocurrirá en todas partes. Igualarán a todos cuando hagan su revolución mundial.

-Con eso de la revolución mundial se ha pasado usted -intervino Vsevolod Serguéievich-. Los propios bolcheviques han renunciado a ella. La religión del ruso es el Estado y por eso honra a Dios en el soberano. Y se somete. Y no quiere la libertad. La libertad conduciría a una matanza general, y el pueblo quiere orden. Yo no prefiero a Stepán Razin ni a Emelián Pugachov, sino a Lenin e incluso a Stalin.

-Y por eso estamos nosotros aquí.

-Sí. Pero con Stepán o Emelián estaríamos colgados de un palo. Los bolcheviques salvaron Rusia, la conservaron como gran potencia. Con lo que se llama libertad, Rusia se habría desmoronado. Un nuevo autócrata robustece Rusia. ¡Albricias! ¡Y luego sea lo que Dios quiera!

-El Estado debe defender a sus ciudadanos; pero este Estado suyo lucha contra ellos -dijo Mijaíl Mijaílovich-; contra mí, contra usted, contra Piotr Kuzmich; lucha contra el campesino, que es el que le sustenta, lucha incluso contra los suyos: ahí lo tiene -señaló a Sasha-. Yo soy ruso, yo estoy a favor de Rusia, pero no de ésta.

-Pues no habrá otra -rió Vsevolod Serguéievich.

[40] Derivado del verbo lishit (privar, despojar), con este nombre se designaba a las personas privadas de sus derechos cívicos.

La visita de Mijaíl Mijaílovich no distrajo a Sasha de sus lúgubres pensamientos ni le alivió de su angustia ni de su desesperanza. Todos aquellos razonamientos los conocía y no le interesaban. Lo único humano había sido el relato de Piotr Kuzmich.

¿No se podía haber liquidado la NEP sin medidas extremas? ¡Y quebrarle la vida a un muchacho porque sus compañeros le persuadieron de comerse un trozo de tocino enviado por su madre! ¡Qué angustia!...

A la angustia aquella se sumaba la preocupación por su madre: Sasha no había recibido hasta entonces ni una carta de su casa.

Los confinados solían reunirse los miércoles al borde del Angará para esperar la barca que traía el correo, ése era el acontecimiento más importante en la monotonía de su vida. Las mujeres enjuagaban la ropa en el río, los chiquillos se metían en el agua y salían tiritando de frío, los confinados caminaban por la orilla, oteando la nebulosa lejanía del Angará. Por fin aparecía abajo un punto minúsculo y aumentaba la tensión: ¿sería el correo o no? El cartero, con la capucha del chubasquero de lona caído a la espalda, lanzaba a la orilla la saca marcada con el nombre de Mozgova en una tablilla, repartía la correspondencia y recogía las cargas para su envío.

Sasha también iba a la orilla a esperar el correo con los demás, pero sólo recibía carta de Solovéchik. «A Napoleón en el destierro», escribía en los sobres. El pobre Solovéchik seguía con sus bromas y de nuevo rebosaba optimismo. Había iniciado las gestiones para que autorizaran su traslado a donde estaba Frida o el de Frida a donde estaba él. Sasha no recibía nada de Moscú, de su madre. Le había telegrafiado desde Kansk en mayo y también le envió entonces la primera carta. Suponiendo que la respuesta tardó una semana en llegar a Kansk, admitiendo que la carta llegó a Kansk cuando el correo había salido ya para Boguchani, se pasó una semana más en Kansk. Otra semana se atascó en Boguchani en espera de ser reexpedida a Kezhmá. En total eran tres semanas, y él llevaba allí ya más de un mes. Vsevolod Serguéievich procuraba calmarle diciendo:

-La primera carta siempre tarda mucho. Usted calcula de una manera, pero el servicio de correos calcula de otra. Las cartas de Moscú tardan a veces tres semanas y otras veces tres meses sin que nadie sepa por qué. Que las han metido en otra saca por equivocación, que se ha estropeado el carro, que han dejado el correo en el soviet rural y la mitad se ha perdido, que al cartero se le cae una saca al Angará, y ya se puede esperar toda la vida... Sin contar que nuestro querido camarada Alférav se muere de aburrimiento, por lo cual lee encantado nuestras cartas, y si alguna le gusta de un modo particular, debido a sus cualidades literarias, por ejemplo, se la queda un mesecito o incluso para siempre, si quiere. Su cálculo no es exacto. Su telegrama pudieron tergiversarlo en Kansk, su primera carta pudo no llegar a su madre por cualquier motivo y sólo ha recibido la segunda, con lo cual habrá de esperar todavía un mes o mes y medio la respuesta. Tómelo con calma, amigo mío.

Vsevolod Serguéievich tenía razón; pero, de todas maneras, Sasha se impacientaba viendo que los demás recibían cartas, periódicos y paquetes y él no. Con cada correo enviaba dos a tres cartas a su madre diciéndole que se había instalado bien, que el alojamiento era magnífico y también era magnífica la gente, que no le enviase nada porque nada necesitaba.

Volvía abatido de la orilla a su casa por la calle de la aldea. La gente le saludaba como si no hubiera sucedido nada, como si no le hubiesen acusado de sabotaje, como si no le hubiera llamado Alférav a Kezhmá. Y él comprendía que, para la aldea, no había sucedido efectivamente nada, que él no le importaba a nadie porque igual que le habían traído se lo llevarían y porque habían visto a cientos como él. Estaban acostumbrados a las muertes, los asesinatos, las desapariciones... Ni siquiera a los hijos de los colonos especiales quisieron cobijar.

Tampoco el presidente del koljós prestaba atención a Sasha. Le miraba con indiferencia. Él había indicado donde debía informar y allá se las entendieran ellos porque él tenía bastante con sus preocupaciones.

Varias veces se había cruzado con Zida. Ella le miraba interrogante y él la saludaba con una inclinación de cabeza, pero no se paraba. Por las noches veía luz en su ventana, pero no iba a verla. La compadecía, pero no podía remediarlo: ahora no le importaba ella ni le importaba nadie ni nada.

Sólo trataba con Fedia cuando iba a la tienda a comprar alguna cosa. Fedia le trataba como antes, amistosamente, y en una ocasión le pidió que le arreglara la bicicleta.

-¡Ni pensarlo! -contestó Sasha-. No pienso volver a arreglar nada. Lo arregláis vosotros.

-¿Lo dices por lo del separador?

-Entre otras cosas.

-Quizá pase todo -profirió Fedia no muy seguro.

Sasha se sobresaltó. De manera que en el pueblo se daban cuenta de que el asunto no había terminado. Quizá pase todo... Pero, podía «no pasar». Sabían que, de una acusación de sabotaje, no se salía bien parado...

-Yo creo que pasará -seguía razonando Fedia, ya más seguro-. El separador funciona. Lo llevaron a la MTS y allí dijeron que se había pasado la rosca, lo mismo que tú. Además, no es mala persona.

-¿Quién?

-Iván Parfiónovich. Nuestro presidente. No es mala persona, pero también hay que comprenderle porque él responde de todo. Las ardillas se han marchado de aquí, las vacas se han muerto, no mandan cereales, los hombres

se enrolan para las obras y él tiene que pelear aquí con las mujeres. Y, por el separador, las mujeres son capaces de cualquier cosa. Dijo eso, bueno, ¿y qué? Tú lo que debías haber hecho era callar y no engallarte.

-Bueno -le atajó Sasha-: dame cigarrillos, fósforos, keroseno, y hasta otra.

-¡No seas así, hombre! Se ha salido la cadena y yo no puedo volverla a colocar. Luego tomamos una copa con tímalo ahumado que tengo. ¿Te he hecho yo algo malo? Te advierto que se lo dije a Iván Parfiónovich. Le dije, digo: «No ha hecho bien, Iván Parfiónovich. Es un chico de ciudad, moscovita. Él tenía buena intención. Se lo advirtió a las mujeres, pero como son unos tarugos ... » Ya verás cómo pasa todo, Sasha...

-Está bien -accedió Sasha-. Enséñame la bici.

Por la trastienda, Fedia le llevó al patio y sacó de su casa la bicicleta. Mientras la desmontaba y repasaba el casquillo, los engranajes, los eslabones de la cadena y las tuercas, Sasha se acordaba de la bicicleta que había tenido de chico: una vieja bicicleta de señora armada con piezas de distintas marcas. Él montaba muy bien entonces, se subía de pie en el sillín, iba de espaldas al manillar, se apeaba saltando hacia atrás y dejando pasar la bicicleta entre las piernas. Maxim Kostin andaba detrás de él por el patio, por la calle, y Sasha le dejaba dar alguna vuelta o le llevaba él. Max se sentaba en el sillín y Sasha pedaleaba de pie aprovechando que las bicicletas de señora no tienen barra transversal en el cuadro.

Aquella bicicleta recordó a Sasha la casa de campo próxima al Kliazma. Muchos chicos y chicas tenían bicicleta, y no como la suya, sino de marcas costosas, Dux o Einfield. Pero la gente que veraneaba allí no era pobre -especialistas, médicos, abogados-, podían gastarse el dinero. Los chicos iban a bañarse al Kliazma y sobre todo al Uchá porque era más ancho. El sendero, paralelo a la vía férrea, descendía tan pronto a un barranco como trepaba hasta la vía, la pedriza saltaba bajo las ruedas y el viento soplaban en la cara.

Por la tarde, los veraneantes se congregaban en el andén y paseaban esperando el tren de Moscú. Mujeres bien cuidadas, con vestidos de verano muy escotados, esperaban a sus maridos, unos caballeros de aire importante, con trajes de shantú y pesadas carteras.

Sasha, ancho de hombros, con el pelo negro, el torso desnudo y el brillante bronceado que adquiere la piel joven, se presentaba en el andén llevando la bicicleta de la mano. Las mujeres le miraban sonriendo y preguntaban: «¿Quién es este niño de chocolate?» Sasha experimentaba una sensación agradable, dulce e inquietante. Únicamente le zahería la palabra «niño».

Luego jugaban al escondite en el lindero del bosque. Una niña cuyo nombre no recordaba, alta, delgada y zanquilarga, se escondía siempre con Sasha y se estrechaba contra él como por azar. Sasha percibía el calor de su cuerpo seco y hubiera deseado estrecharla más contra el suyo, pero no se atrevía y decía ásperamente: «Estáte quieta. ¿Es que tienes poco sitio?»

El deseo despertó en él muy pronto, pero lo sofocaba considerando, a sus trece años, que era una debilidad indigna de un hombre. En el patio, los chicos hablaban cínicamente de las chicas, contaban mentiras y presumían, y esas conversaciones repugnaban a Sasha. No jugaba a las prendas con besos porque le parecía vulgar y las personas debían tener intereses más elevados. Era un chico orgulloso, no quería parecer débil ni cobarde. En la escuela y en el patio le consideraban fuerte y valiente, pero nadie sabía lo que le costaba sobreponerse a sí mismo.

Rechazó a la zanquilarga, que se arrimó a Yasha Rashkovski -aún recordaba su nombre-, un chico esbelto, perteneciente a una familia moscovita de famosos artistas de ballet. También él estudiaba en la escuela de ballet del teatro Bolshói, tenía un año o dos más que Sasha y poseía una Dux de carreras que le distinguía en aquella pandilla de ciclistas. Un día propuso ir a bañarse al Kliazma porque había encontrado un sitio muy bueno para zambullirse.

Llegaron al Kliazma, dejaron las bicicletas, los chicos quedaron en trusas y las chicas en bañador, pero únicamente Yasha se decidió a tirarse desde allí. Era efectivamente un sitio muy bueno donde la orilla caía a pico sobre el agua, pero tendría unos doce metros de altura. Las chicas ni siquiera se atrevían a llegar hasta el borde y sólo se asomaban tendidas en el suelo. Los chicos no se decidían a saltar desde tan alto. Yasha saltó de pie, se zambulló en el agua, emergió y nadó a grandes brazadas hacia un lugar más suave de la orilla para subir por un sendero hasta donde estaban todos. Las chicas le miraban con admiración, y la zanquilarga también. Yasha Rashkovski era un chico bien educado que no presumió de su salto ni desafió a nadie a saltar, sino que se tendió en la arena ofreciendo la espalda al sol.

Sasha se había tirado muchas veces al agua desde una pasarela o una barca, pero nunca desde un trampolín o un acantilado. Pero si Yasha había saltado, ¿por qué no podía saltar él también? Debía saltar, debía sobreponerse al temor. Nadaba y buceaba bien. Lo principal era mantenerse derecho, estirado, no caer de brúces ni de espalda y entrar en el agua de pie. No era el espíritu de competición lo que hablaba en él, sino el afán de vencer su timidez. Si no saltaba, luego se lo reprocharía y, tarde o temprano, vendría a saltar desde allí: ¡Conque más valía hacerlo en ese momento!

Se levantó, desperezándose...

-Voy a darme un chapuzón...

Llegó al borde del tajo y saltó. Penetró en el agua hasta mucha profundidad, hizo unos cuantos movimientos rápidos paraemerger y, cuando se encontró en la superficie, se tendió de espaldas para recobrar el aliento. Desde lo alto le miraban todos y también le miraban Yasha y la zanquilarga...

Aquellos recuerdos de infancia le hacían sufrir todavía más: ¿para qué había educado su voluntad, para qué había forjado su carácter?

Alguien le llamó por su nombre y en seguida reconoció la voz de Zida. Al volver la cabeza, la vio en el porche.

-He venido a traer una medicina para la madre de Fedia.

Sasha sabía que Zida traía medicinas de Kezhmá, que atendía y ayudaba en lo que podía a los enfermos. También sabía que los alumnos faltaban a clase o abandonaban la escuela y que en la propia escuela faltaban manuales, cuadernos e incluso lapiceros. Zida procuraba conseguir algunas cosas en Kezhmá y, si no lo lograba, se arreglaba con lo que tenía, visitaba a los padres para que los chicos volvieran a la escuela. Unas veces lo lograba y otras no. Desde luego, era digna de encomio, firme, sumisa; pero ¿por qué hacía todo eso, qué necesidad tenía de afanarse voluntariamente de esa manera en aquel lugar perdido?

-¿Por qué no vienes? -preguntó Zida a media voz.

-Estoy muy mal de ánimos.

-Ven, Sasha: te echo de menos...

-Si me ven, puedes tener un disgusto. ¿O piensas que no se imaginan por qué gastas el keroseno por las noches?

-No encenderé el quinqué. Ven cuando oscurezca. Freiré un poco de pescado y haré unos shangui.

Su proximidad, su voz y el olor familiar de su perfume barato agitaban a Sasha.

-Fedia me ha invitado a una copa. ¿Cómo voy a ir bebido?

-Ven como estés.

-No pienses más en esa estúpida historia, no te atormentes -decía Zida-. Alférov fue a la MTS, dijo que repararan el separador y aquel mismo día lo hicieron. Él tampoco quiere tomar otras medidas.

-¿Cómo lo sabes tú?

-Me lo contó el director de la MTS porque yo soy amiga de su mujer.

Se lo habría inventado para consolarle. Era posible que Alférov hubiera pasado por la MTS para ver el estado del separador, pero seguro que fue Zida quien rogó al director que lo reparara cuanto antes. A Zida le dijo:

-Cuando termine esta historia, se inventarán otra. Ya se les ocurrirá algo.

-Todo lo que te ha ocurrido ha sido pura casualidad. Nunca había pasado nada semejante.

-Oye -dijo de pronto Sasha-: Y ese director amigo tuyo, ¿no podría pedir que fuera yo a trabajar a la MTS? Seguro que le hace falta gente.

Zida se acodó sobre la almohada para mirarle. A la luz de la luna que entraba por la ventanita, su rostro parecía artificialmente blanco visto de tan cerca.

-¿Quieres que te trasladen a Kezhmá?

-Algo tengo que hacer, de algún modo debo ganarme la vida, querida mía.

Volvió a recostarse en la almohada sin decir nada. No quería que se trasladara a Kezhmá, temía perderle. ¡Pobre! De todas maneras le perdería. Aun en el caso de que se cumpliera sin contratiempos su plazo de confinamiento, aun cuando recobrara la libertad, tampoco tendría derecho a vincular su futuro con nadie. Siempre llevaría a cuestas el antecedente y siempre permanecería en el campo visual de los Diákov. En tales circunstancias, ¿podía él responsabilizarse de otro destino, de otra vida, y condenar a Zida a vicisitudes y azares de toda clase? Él tendría que perderse, esfumarse, ocultarse sin dejar huella, romper todos sus vínculos. Estaba marcado. Debería mantenerse aislado. Ignoraba si lograría defender su propia vida; pero dos vidas, seguro que no podría defenderlas.

-Lo he dicho en broma -afirmó Sasha-. No tienes que pedir nada para mí. De todas maneras, no me admitirían en la MTS. Sin contar que, en Kezhmá, tendría más posibilidades de meterme en algún lío. Todo lo que pasara, me lo cargarían a mí.

Zida adelantó una mano en la oscuridad y le acarició la cabeza.

-No sufras. Eres joven y todo lo tienes por delante. ¿Cuánto te queda? ¿Dos años?

-Dos años y cuatro meses -precisó Sasha.

-Pronto pasarán, Sasha. Cuando quedes libre, te marcharás.

-¿Adónde? -preguntó Sasha-. A Moscú no me permitirán volver. ¡Conque otra vez a rodar por esos mundos! Y con el artículo cincuenta y ocho a la espalda.

-¿Y si te marcharas a cualquier otro sitio? A la región de Tomsk, por ejemplo, de donde soy yo...

Por su tono se dio cuenta de que no acababa de formular su idea.

-¿Qué conseguiría con eso?

-Allí no te conocen... -contestó Zida, y otra vez notó Sasha que no se decidía a decir lo que quería.

-Pero es que en mi pasaporte figurará mi apellido bien claro y también figurará bien claro que tengo antecedentes penales. La cosa es muy simple. En la casilla que dice «Expedido en base a...» habrá escrito: «En base

al punto 11 de la disposición del Consejo de Comisarios del Pueblo de la URSS de tal fecha... » Y esa disposición es la que regula el sistema de pasaportes y sus restricciones. De manera que, tanto si voy a Tomsk como a Omsk, tengo antecedentes penales. ¿Lo has entendido?

-Sí. Pero el pasaporte se puede perder.

Sasha se echó a reír.

-Si la cosa fuera tan sencilla, hace tiempo que todos los que tienen antecedentes se habrían librado de ellos y del pasaporte. Pero me parece que nadie lo ha conseguido hasta ahora. Antes de extender a nadie un nuevo pasaporte hacen las indagaciones necesarias y todo queda claro.

-Yo tengo allí conocidos que pueden arreglar todo eso.

-Pero yo no pienso vivir con un pasaporte falso, ilegalmente.

-Todo será legal, pero tendrás que cambiarte el apellido.

-¿De qué manera, vamos a ver?

Zida se acodó de nuevo en la almohada y se inclinó hacia él.

-Si cuando termine tu deportación nos vamos los dos y registramos allí nuestro matrimonio, según la ley podrás tomar mi apellido y te darán un pasaporte nuevo. Y en la casilla de que hablas estará escrito: «Expedido en base al certificado de matrimonio.» Y en lugar de Pankrátov, serás Isjákov, que tampoco está mal.

-O sea, que me convertiré en musulmán -rió Sasha-. ¿Y me obligarán a hacerme la circuncisión?

-Te hablo en serio. Yo conozco allí a gente segura.

-¿Eso se te acaba de ocurrir?

-He pasado toda mi vida en Siberia y sé que la gente hace eso. No es que quiera obligarte a que te cases conmigo. Sencillamente busco la mejor manera de salir de la situación. Luego, si quieres, nos podemos divorciar y tú seguirás siendo Isjákov, pero con un pasaporte limpio. No tendrás más que hacerme el talak.

-¿Qué es eso del talak?

-El divorcio a lo tártaro. Cuando el marido repudia a la mujer, pronuncia tres veces la palabra talak.

¡Pobre Zida! Pensaba que la esperaba la felicidad. Pero la felicidad no existiría para ninguno de los dos. Ella le proponía la variante de una vida de liebre, con un apellido ajeno, con un pasaporte ajeno. Y si cualquier día se encontraba en alguna parte con un conocido tendría que explicarle que ya no era Pankrátov sino Isjákov, porque al casarse «había dejado el apellido de soltero». Y si los Diákov acababan dando con él, ¡cómo iban a refocilarse! «¡Conque querías ocultarte tras la espalda de una mujer, ¿eh? Pues no, amiguito. De nosotros no podrás ocultarte detrás de ninguna espalda. Y no es casual que vivas con pasaporte falso. El hombre soviético honrado no necesita un pasaporte falso, el hombre soviético honrado no cambia de apellido.»

Pero no quería explicarle todo aquello a Zida. ¿Para qué agraviarla?

-Mira, Zida -le explicó-: cuando una persona entra a trabajar en alguna parte, tiene que llenar un cuestionario y escribir su autobiografía: dónde ha nacido, dónde ha estudiado, quiénes son sus padres y los padres de sus padres. El Pankrátov no conseguiría ocultarlo nunca. En cuanto empezaran a indagar, todo se aclararía.

Zida insistía:

-Nos iríamos a cualquier distrito apartado y trabajarías de chófer o de mecánico. Para eso no hacen falta cuestionarios ni nadie hace indagaciones.

-Vamos a dejarlo -concluyó Sasha-. Esta conversación se está volviendo disparatada. Yo nací con este apellido y con él moriré. No habrá ningún cambio.

El inspector de finanzas acusó a Kostia de ocultación de ingresos y le impuso una contribución tremenda que podía conducirle a la cárcel si no la pagaba. Entretanto le estaban embargando los bienes de su domicilio oficial, en Sokólniki, aunque él afirmaba que aquellos bienes no le pertenecían a él sino a su ex esposa, Klavdia Lukiánovna. Así se enteró Varia de que no estaba divorciado.

Si Kostia le hubiera dicho desde un principio que estaba casado por el registro y no había tenido tiempo de formalizar el divorcio, Varia no le habría dado importancia. Pero se lo había ocultado y por eso no le enseñaba el pasaporte. ¡Qué subterfugios tan humillantes! Era la primera señal que le llegaba de una vida de Kostia diferente, ignorada por ella.

-No tuve más remedio, Varia -intentaba explicarle Kostia-. Registré el matrimonio con Klavdia Lukiánovna con el único fin de empadronarme en Moscú. Y mi buen dinero me costó. Si no te lo he dicho antes, ha sido por temor de

que no lo entendieras. Estos negocios se hacen a miles. De otra manera, la gente no podría empadronarse en Moscú. Para anular mi empadronamiento en casa de Klavdia Lukiánovna, tengo que empadronarme en otro sitio. ¿Dónde? ¿En casa de quién? ¿Quién va a querer hacerlo? ¿Sofía Alexándrovna? No se lo consentirían. ¿En tu casa? Nina no lo permitiría porque no me reconoce.

-¿Y cuál es la conclusión? -preguntó Varia-. ¿Que Klavdia Lukiánovna sigue siendo tu mujer por la ley y yo de hecho?

Kostia contestó, muy digno:

-Estoy instalando unos complejos aparatos eléctricos en un instituto de investigación científica afecto a la Academia de Ciencias. Ahora construyen una casa para su personal y me han prometido una habitación.

Como siempre, Kostia había hablado con mucho empaque de instituto de investigación, de complejos aparatos, de la Academia de Ciencias... Pero a Varia no le parecieron sus palabras dignas de crédito.

-Para darte una habitación tendrán que ponerte en plantilla.

Kostia contestó, estirando los labios y arrastrando las palabras:

-Está bien... No quería hablarte de esto, pero veo que no hay más remedio... ¿Te has creído que los encargos me los dan a mí por mi cara bonita? ¡No, guapa! La mitad se lo tengo que dar a los que me hacen los encargos. Y, para que ellos cobren su parte, yo debo trabajar por contrato. Un contrato muy bien pagado, pero sólo en el papel, puesto que les doy a ellos la mitad. El impuesto, en cambio, me lo gravan del total. ¿Qué me queda a mí? ¡Nada! ¡Ni un copec! Pero tú y yo tenemos que vivir. Por eso no incluí en la declaración dos pequeñas cantidades de unos hospitales. Y el de finanzas se agarró a eso. Hace tiempo que hubiera mandado todo eso al demonio, te lo aseguro. Iba dándole largas por lo de ese instituto, con la esperanza de la habitación. Y menos mal que no estamos registrados oficialmente porque habrían venido a embargarte a ti.

-¿Y Klavdia Lukiánovna?

-¿Qué pasa con ella?

-¿Por qué la embargan a ella?

-No te preocupes, que ella sabe defenderse y se ha visto en líos más gordos. Tú no te preocupes por nada ni por nadie. Todo se arreglará y pasará. Si algo me callo, es tan sólo para que tú estés tranquila, porque tu tranquilidad es lo que más me importa.

Estuvo hablando mucho rato. Cuando necesitaba convencer a alguien de alguna cosa, encontraba miles de palabras y cientos de argumentos.

¿Le creía Varia? Quería creerle, pues de lo contrario no podría vivir con él. Pero pensaba con amargura que ni Kostia ni ella tenían independencia y quizás estuviera Kostia más privado de ella que otros. Lióvochka dependía de su trabajo y de su sueldo, que, aunque fueran muy modestos, eran legales. Kostia dependía de un montón de circunstancias y un peligro le acechaba a cada paso. Hoy era rico y mañana se encontraría más pobre que todos; hoy estaba en la cúspide de la vida y mañana podía ser precipitado a lo más profundo de una sima.

Varia ignoraba cómo había salido Kostia de aquella historia, pero al parecer lo consiguió. Durante dos semanas apenas apareció por casa, no frecuentó los restaurantes ni las salas de billar. Fueron dos semanas de febril actividad de la que Varia no sabía nada hasta oírle decir que había pagado el total de los impuestos. Sin embargo, con la cooperativa había terminado para siempre. Varia ignoraba los planes que tendría ahora Kostia porque no le hablaba de ellos ni ella preguntaba nada.

Kostia dijo únicamente que se había colocado en un taller de reparación de máquinas de escribir de la calle Hertzen. De eso entendía. Le dio el teléfono del taller, pero advirtiéndole que era difícil encontrarle allí porque a las diez de la mañana se marchaba a reparar máquinas a distintas instituciones y, si le daban los encargos la víspera, se marchaba a cumplirlos directamente desde casa. Varia intuyó muy pronto y luego comprobó que Kostia sólo figuraba como empleado del taller, pero que sus encargos los cumplían otros operarios y también cobraban ellos su sueldo. Pero Kostia estaba oficialmente empleado en un taller de reparación de máquinas de escribir. Desde entonces, su única ocupación y su única fuente de ingresos fue el billar y nada más que el billar.

Y entonces decidió Varia firmemente:

-¡Se acabó! ¡Basta! Ya es hora de ponerse a trabajar.

Lióvochka y Rina le habían prometido ayudarla. Trabajaban en la oficina de proyectos del hotel Moskva, lo mismo que Zoia. En realidad, Varia podía haberse colocado sin ayuda de nadie porque en todos los tablones de anuncios se solicitaban delineantes-copistas para muchos sitios. Pero era mejor trabajar con gente conocida. Lióvochka y Rina le habían dicho que el hotel Moskva era la obra más grande y más importante de la capital, que dependía directamente del soviet de Moscú, los sueldos eran superiores y tenía un comedor muy bueno. El nuevo edificio se uniría con el Grand Hotel, y entonces sería uno de los mayores hoteles de Europa. En la oficina de proyectos se habían juntado los mejores arquitectos, pintores, ingenieros y técnicos. Lióvochka y Rina elogiaban sobre todo a su jefe, joven arquitecto de talento, uno de los autores del proyecto, hombre atento, bondadoso y afable, al que llamaban con el extraño nombre de Ígor. Y si Varia trabajaba bien, de Ígor dependía ascenderla, como

había ascendido a Lióvochka. También Rina esperaba pronto un ascenso. La oficina de diseños y proyectos se encontraba en el quinto piso del Grand Hotel, en Ojotni Riad, o sea, a siete estaciones de tranvía -en el 2 o el 17- de su casa. Ese detalle lo subrayaba en particular Zoia, que trabajaba también en la oficina, aunque en otro departamento.

Varia llegó al Grand Hotel a la hora convenida con Lióvochka.

Las tiendas, la pequeña iglesia y otras construcciones que había en Ojotni Riad entre el Grand Hotel y el Manege habían sido demolidas y las obras estaban rodeadas por una valla. Varia entró en el hotel por la plaza V oskresánskaia. El portero de librea la siguió con la mirada, pero sin preguntarle adónde iba. Tampoco le preguntó nada el ascensorista, que la subió hasta el quinto piso.

Al salir del ascensor, Varia torció hacia la izquierda, como le había explicado Lióvochka y siguió un largo pasillo, fijándose en los números que conservaban las puertas de la época en que el piso pertenecía aún al hotel. Cuando llegó al número 526, abrió la puerta.

En una habitación parecida habían vivido Kostia y ella en Yalta, en el hotel Orianda, alta de techo y con ventanas alargadas. Sólo que, en lugar del mobiliario propio de un hotel, allí había tres simples mesas con sendos tableros de dibujo sobre unos soportes inclinados.

Junto a la ventana trabajaba Lióvochka. Al ver a Varia, la acogió con una sonrisa que descubría su diente torcido y dejó el tiralíneas.

-¿Te has decidido? ¡Estupendo!

-¿Y dónde está Rina?

-Ha salido. En seguida vuelve. ¿Has traído el diploma?

Dio una ojeada al certificado escolar de Varia.

-Todo en orden. Vamos.

Abrió la puerta de la habitación contigua.

-¿Se puede, Ígor Vladimírovich?

Y, sin esperar respuesta, entró guiando a Varia.

Nada más escuchar el nombre, Varia cayó en la cuenta. ¿Cómo no se le había ocurrido antes? Por la manera que tenían de pronunciar su nombre. Ni le pasó por la imaginación que ese Ígor fuese el mismo Ígor V bidimírovich que Vika le presentó en el Nacional. De haberlo comprendido antes no habría venido. Pero ya era tarde. Ígor Vladimírovich la reconoció al instante, enarcó las cejas sorprendido y salió de detrás de su mesa con una sonrisa afable y al mismo tiempo interrogante, incluso un poco desconcertada.

-Aquí tiene usted a la muchacha de quien le hablé, Ígor Vladimírovich -dijo Lióvochka-. La ciudadana Ivanova, vamos. Ha traído el diploma. Dáselo, Varia.

Varia volvió a sacar de su bolso el certificado de la escuela y lo dejó encima de la mesa.

-Tome asiento, por favor -indicó Ígor Vladimírovich a Varia mientras él volvía a su sitio.

-¿Puedo retirarme? -preguntó Lióvochka.

-Sí, claro. Gracias...

Lióvochka salió.

Ígor Vladimírovich leyó el certificado de Varia.

-¿Ha trabajado usted en alguna parte?

-No.

-Sí, sí, naturalmente. Este certificado ha sido expedido hace sólo tres meses -sonrió-. Un encuentro inesperado. Lióvochka me la había recomendado muy encarecidamente, pero no esperaba que fuese usted.

-Tampoco yo esperaba verle -repuso Varia.

Se le había pasado la primera sensación de timidez, pero ahora se sentía triste sin saber por qué. Había visto a Ígor Vladimírovich una sola vez, hacía tres o cuatro meses, pero parecía como si hubiera transcurrido una eternidad desde entonces... El paseo por el jardín de Alejandro, la conversación acerca de Bove, la fuga cuando los descubrió el guarda, la carrera de la media... ¡Desde qué lejanía resurgía todo eso ahora!

-Ha cambiado usted un poco -continuó Ígor Vladimírovich-. Mejor dicho, se ha hecho más adulta.

-Me he casado -explicó Varia, pensando que así desaparecería cualquier confusión en sus relaciones.

-Esa noticia ya había llegado hasta mí -sonrió él.

«Se lo habrá contado Vika», pensó Varia.

-Veamos -prosiguió Ígor Vladimírovich más serio-. Como no tiene veteranía, habrá de comenzar de copista.

-Ya lo sé.

-¿Le gusta dibujar?

-Sí.

-Magnífico. Existen dos posibilidades: una es la de trabajar en el taller general y otra la de quedarse en mi grupo con Lióvochka y Rina. ¿Qué prefiere? Varia no hubiera querido trabajar en el taller general, donde no conocía a nadie

más que a Zoia, sino allí, con Lióvochka y Rina. Pero eso significaba trabajar al lado de Ígor Vladimírovich y bajo su dirección. Claro que no tenía nada de particular haber pasado un rato en el restaurante del Nacional y luego haber dado un paseo charlando por el jardín de Alejandro... Ahora estaba casada, pero notaba que seguía gustándole, lo veía por su confusión, y les resultaría violento trabajar juntos. Por eso contestó Varia:

-No sé. A mí me da lo mismo.

-Empiece aquí -propusó Ígor Vladimírovich-, y así se desenvolverá mejor los primeros tiempos teniendo unos amigos a su lado. Y cuando ya vaya haciéndose a esto, usted decidirá. ¿De acuerdo?

Varia asintió con la cabeza.

Él le ofreció pluma y papel y le dictó la solicitud de admisión. Después de leerla, la unió con una grapa al certificado de Varia, se levantó con los papeles en la mano, abrió la puerta de la habitación contigua y entró detrás de Varia. Además de Lióvochka, ahora estaba allí Rina, que le hizo un guiño de aprobación a Varia.

-Liova -ordenó Ígor Vladimírovich-, ve poniendo a Varia al tanto de las cosas mientras yo vuelvo. No tardaré.

Rina se echó a reír cuando salió.

-¿Has visto qué honor? Ha ido en persona a registrarla.

-Será para que no la asuste el jefe de personal -observó Lióvochka-. Verás qué bien se arregla todo. Rina ascenderá y tú trabajarás en su lugar bajo mi suprema dirección. Rina la había visto con Ígor Vladimírovich en el Nacional. ¿Aludiría a eso?

-Me ha propuesto trabajar en el taller general -refirió Varia, rechazando así la alusión de Rina.

-Es raro -contestó Lióvochka-, porque yo había quedado ya con él en que trabajarías aquí. Y también se lo prometí a Kostia.

-¿Qué le prometiste a Kostia? ¿No perderme de vista?

-¡Pero, Varia!. ¡Qué cosas dices! Le prometí sencillamente ayudarte en los primeros tiempos... ¡Bueno! Mira: ésta será tu mesa. Aquí está la regla, y los demás instrumentos te los dará el encargado del almacén.

-Hasta que compres los tuyos -observó Rina.

-Pero eso será más tarde, cuando haya ganado para ellos -objetó Lióvochka sensatamente-. Con los instrumentos que hay en el taller se puede trabajar perfectamente.

Abrió un armario, le mostró los planos, dónde estaba cada cosa y lo que debía coger. Rina iba haciendo observaciones divertidas.

En una palabra, todo resultaba agradable y alegre.

Así los encontró Ígor Vladimírovich al volver.

-¿Se va familiarizando?

-Naturalmente.

-Pase un momento a mi despacho, Varia.

Salieron juntos. Después de sentarse y ofrecer asiento otra vez a Varia, Ígor Vladimírovich le anunció:

-Su solicitud tiene ya el visto bueno, de modo que empieza usted a trabajar mañana por la mañana. Aquí tiene su diploma. Y también... Con el certificado de la escuela le ofreció un cuestionario tremendo, de cuatro páginas, y sonrió:

-Esto lo rellena usted en su casa, lo trae mañana y lo pasaremos a la sección de personal. Éste es su primer empleo y probablemente no habrá tropezado nunca con estos formularios. No hay nada más estúpido, pero es una formalidad que se debe observar. ¿Viven sus padres?

-No.

-¡Ah! Lo siento. Entonces indique usted la fecha de su fallecimiento, sin más datos. Y otra pregunta... No la interprete mal, pues sólo está dictada por el deseo de facilitarle las cosas: ¿está registrado su matrimonio?

-No.

-Se lo pregunto por lo siguiente: en el cuestionario hay muchas preguntas relativas al cónyuge, sus familiares, los abuelos, las abuelas... Rellenar ese apartado resulta complicadísimo porque hay muchas circunstancias que ni usted ni su marido conocen y hará falta escribir a otros lugares, pedir documentación... Pero si el matrimonio no está registrado ni tienen hijos no hay necesidad de hacerlo constar en el cuestionario ni de contestar a esas preguntas.

Varia callaba porque no comprendía, al pronto, lo que había detrás de aquellas palabras. Lo más probable era que hablase en serio y no hubiera ninguna ambigüedad. Pero, de algún modo, resultaba ofensivo. Vika le habría dicho que se había casado con un tipo poco recomendable, un jugador de billar o algo así como un artesano autónomo, y ahora Ígor Vladimírovich temía que esa circunstancia dificultara su admisión en la oficina de diseños. ¿Y qué? ¡Valiente cosa! Ya se colocaría en otro sitio, aunque no fuera tan importante, sin necesidad de tanto formulario.

Pero él dijo como si adivinara sus pensamientos:

-Usted hará lo que considere más pertinente. De todas maneras, queda admitida. Simplemente quería facilitarle este desagradable y fastidioso requisito.

-Ya veré -contestó Varia con reserva.

-Le recomiendo escribir primero las respuestas en otro papel y no recopiarlas en el cuestionario hasta haberlas comprobado para que no haya tachaduras ni enmiendas, o le harán rellenar otro.

-Así lo haré. Gracias.

-Perfectamente. -Ígor Vladimírovich se levantó-. La esperamos mañana. La jornada empieza a las nueve y termina a las cuatro. Espero que se encuentre usted a gusto aquí.

Varia regresó a casa a pie, por delante de la universidad y luego por Vozdvízhenskaia y el Arbat.

El regusto desagradable que le había dejado la conversación con Ígor Vladimírovich acerca del cuestionario no podía vencer la sensación general de alegría que le había causado el contacto con la vida auténtica. Lióvochka y Rina hacían bien. Para ellos, los restaurantes y el jardín Ermitage eran cosas secundarias, mientras que lo esencial era trabajar para una gran obra en el centro de Moscú. Los tableros de dibujo, los cartabones, las reglas, las plantillas, los tiralíneas, el olor de la tinta china y los lapiceros bien afilados le recordaban la escuela, las lecciones de dibujo lineal, a las que nunca faltaba. Todo eso le predecía una vida nueva e interesante.

En cuanto a Ígor Vladimírovich, la confusión que había experimentado al verle era absurda. Ella no tenía nada que reprocharse. Al contrario: se comportó honradamente cuando se negó a acompañar a él y al Vika al Kanatik. Ya entonces le pareció un hombre de un ambiente distinto al de Vika y no creyó digno burlarse de él. Además, entonces le pareció viejo, aunque tendría probablemente los mismos años que Kostia. Le había aconsejado que no hiciera figurar a su marido en el cuestionario. Incluso él, un arquitecto famoso, tenía miedo. Pero ella no temía a nadie. Fuera como fuera, Varia no pensaba ocultar que vivía con él. ¿Qué le importaba a nadie su marido ni sus familiares? La que iba a trabajar allí era ella, ¿verdad?, pues que comprobaran sus datos si querían.

Ya en casa, Varia se sentó a la mesa y desplegó el cuestionario.

El cuestionario, que no tenía cuatro hojas, sino ocho, le causó primero extrañeza, luego indignación, furor y finalmente una total confusión. Según le había aconsejado Ígor Vladimírovich, tomó una hoja de papel y se puso a hacer primero el borrador de las respuestas.

«1. Apellido, nombre y patronímico. Si ha cambiado de apellido o de nombre, indique los que llevaba antes.» -Eso estaba claro: Ivanova, Varvara Serguéievna. No he cambiado de apellido.

«2. Año, mes, día y lugar de nacimiento.» -También estaba claro: 5 de abril de 1917, en Moscú.

«3. Nacionalidad y ciudadanía (si ha tenido ciudadanía extranjera, indíquelo).» -También estaba claro: rusa, súbdita de la URSS.

«4. Condición u origen social antes de la revolución (de familia campesina, urbana, comerciante, noble, honorífica, eclesiástica, militar, etc.).» -Sus padres habían sido maestros de escuela. ¿Qué condición era la suya? Tendría que preguntárselo a Nina. Pero ¿y los pobres que tuvieran que dejar constancia de que eran hijos de papa o de oficial?

«5. Instrucción.» -Muy sencillo: he cursado la escuela media con especialización en dibujo lineal.

«6. ¿Qué lenguas extranjeras conoce?» -Respuesta: un poco de alemán.

«7. Filiación de partido y veteranía.» -Sin partido.

«8. Fecha de ingreso en el Komsomol.» -No ingresé en el Komsomol.

«9. Si ha pertenecido anteriormente al Partido Comunista (b) de la URSS o al Komsomol, indique en qué período y la causa de su baja. ¿Ha pertenecido a otros partidos?» -Varia escribió que no había pertenecido al Partido Comunista (b) de la URSS ni al Komsomol ni a ningún otro partido.

«10. ¿Le han sido impuestas amonestaciones durante su pertenencia al Partido Comunista (b) de la URSS o al Komsomol (dónde, cuándo, por quién, de qué clase, por qué fueron retiradas, si es que fueron retiradas, por quién)?» -Respuesta: puesto que no pertenecí a ninguno, no me fue impuesta ninguna amonestación y puesto que no fueron impuestas tampoco fueron retiradas.

«11. ¿Ha tenido vacilaciones en cuanto a la aplicación de la línea del Partido Comunista (b) de la URSS, ha participado en grupos oposicionistas o antipartido (dónde, cuándo, cuáles)?» -A eso respondería así: puesto que no he pertenecido al Partido Comunista (b) de la URSS, no he aplicado su línea en ninguna parte, y por eso tampoco he vacilado; no he pertenecido a grupos oposicionistas ni antipartido.

«12. Usted o familiares suyos ¿han sido juzgados o investigados, han sido objeto de penas de reclusión u otras en orden judicial o administrativo, han sido privados de los derechos electorales, se encuentran procesados o bajo investigación o están cumpliendo condena en este momento?»

Varia no tenía a nadie en la cárcel, ni procesado ni bajo investigación. No tenía más familiares que una tía que vivía en Kozlov; pero ¿ella qué sabía si a algún pariente de esa tía le habían encarcelado o le habían privado de sus derechos electorales? Escribiría «no», naturalmente, pero con la sensación de que algo ocultaba y de que en aquella misteriosa sección de personal le sacarían a relucir algún pariente encarcelado de cuya existencia no tenía ni la

menor idea. ¿Habría tenido que llenar un cuestionario como aquél Sofía Alexándrovna cuando se puso a trabajar? ¿Y habría tenido que poner lo de Sasha?

«13. ¿Ha estado en el extranjero, en qué país, desde cuándo hasta cuándo y a qué se dedicaba?» -No he estado.

«14. ¿Tiene usted o su esposa (marido) en la actualidad o ha tenido familiares en el extranjero (a quién, dónde)? ¿Mantiene (o ha mantenido en el pasado) relación con ellos, ha sido súbdito extranjero algún familiar suyo?»

En su escuela estudiaban hijos de antiguos aristócratas de las callejitas del Arbat y todos tenían, indudablemente, familiares en el extranjero. También estaban en el extranjero muchos descendientes de Pushkin y de Tolstói. ¿Cómo se las arreglarían, los pobres, para contestar a esa pregunta? Había que indicar «dónde» y ¿quién sabía «dónde» si a todo el mundo le daba miedo mantener correspondencia con el extranjero?

«15. ¿Ha estado usted o algún familiar suyo prisionero o internado durante la guerra imperialista o durante la guerra civil?» -¡Madre! ¡Hasta la guerra imperialista habían llegado!

«16,17, 18, 19,20,21. Servicio en el Ejército Rojo, actividad guerrillera, clandestina, heridas, contusiones.» -¡No a todo!

«22. Indique qué familiares suyos (de los enumerados en el punto 27) han pertenecido a otros partidos, han servido antes de la revolución en la policía, la gendarmería, la fiscalía, los tribunales, el departamento de penitenciarías, el servicio de fronteras o de seguridad.»

¿Y qué debía enumerar en el punto 27? «Esposa, esposo, hijos, madre, padre, hermanos, hermanas. El esposo nombra tanto a sus familiares como a los familiares de su esposa; la esposa nombra tanto a sus familiares como a los familiares de su esposo...» ¡Dios mío! De modo que ella tenía que señalar no solamente a todos sus familiares sino también a todos los familiares de Kostia, indicando si habían pertenecido antes de la revolución al servicio de fronteras o de seguridad. ¿Lo sabía siquiera Kostia? ¿Por qué ha de responder una persona por los familiares del marido o de la mujer?

«23. Estado civil (casado, soltero, viudo): enumere los miembros de su familia indicando la edad de cada uno. Si está casado, divorciado o casado en segundas nupcias, indique el apellido, el nombre y el patronímico de la esposa (esposo) anterior...» -¿Qué le importaría a una oficina de diseños la esposa de alguien, fallecida veinte años atrás? ¿Qué relación podía tener eso con un proyecto de hotel?

«24. Domicilio actual.» -Eso estaba claro...

«25. Todos los domicilios anteriores, desde el día de su nacimiento...» Para ella estaba claro: nunca había vivido en ninguna parte más que en aquella casa del Arbat. Pero si llenaba ese cuestionario una persona de edad, ¿cuántos domicilios tendría que recordar? ¡Y desde el día de su nacimiento! Y si habían muerto sus padres, ¿cómo podía saber los domicilios de su infancia?

La cuestión más peligrosa, según le había advertido Ígor Vladimírovich:

«26. Datos sobre sus parientes más próximos (indique los datos sobre la esposa, los hijos, la madre, el padre, los hermanos, las hermanas. La esposa, en su cuestionario, indica los datos sobre el marido y sus parientes más próximos). Apellido, nombre, patronímico, grado de parentesco, aña, mes y día de nacimiento, lugar de nacimiento, nacionalidad, pertenencia al partido, lugar de trabajo, dirección y cargo que desempeña, domicilio. Idénticos datos acerca de los parientes de la esposa, esposo.» -De manera que tenía que escribir todos aquellos datos no sólo acerca de Nina y del padre y de la madre fallecidos, sino que también acerca de todos los parientes de Kostia, que tenía cinco hermanos y dos hermanas, repartidos por todo el país y cuyos padres habían sido desprovistos de sus bienes como kulaks.

Ahora comprendía que la advertencia de Ígor Vladimírovich era bienintencionada. Pero ella no aceptaría ese subterfugio; Ella jugaba siempre limpio. ¿Qué se habían creído?

Bueno, ¿qué más?

«Señas personales: estatura, cabello, ojos, otras señas.»

Sólo faltaban las huellas dactilares. ¡Eso era ya demasiado! ¡Al demonio! No contestaría a ese humillante interrogatorio. Se colocaría en un sitio donde no hicieran falta esos cuestionarios. También en las oficinas corrientes de proyectos y diseño necesitaban copistas y delineantes. En último caso, no se pondría a trabajar, sino que se prepararía para algún instituto superior. Al año siguiente se presentaría al de arquitectura. Aunque no le dieran estipendio. Le diría a Kostia: «No me compres ropa cara, y con ese dinero estudiaré.» La capa de zorros plateados que acababa de regalarle valdría seguramente tanto como el estipendio de dos o tres años. Vendiendo todos los trapos que tenía, le bastaría para varios años. Sería una estudiante y no se andaría con tantas comprobaciones. Y cuando fuera un arquitecto diplomado, a nadie se le ocurriría meterle por las narices cuestionarios como ése.

Varia dobló el cuestionario y lo tiró sobre la mesa. Se lo enseñaría a Kostia a la mañana siguiente para que se riera.

Se puso una bata y fue a colgar el vestido en el armario. Iba a cerrar la puerta cuando le pareció de pronto que algo faltaba. Justo! Faltaba precisamente la capa de zorros plateados que Kostia le había regalado hacía poco

tiempo. Debía de costar un dineral porque llevaba seis u ocho pieles. Varia se la había puesto sólo una vez para ir al Club de los Artistas.

Varia vació el armario, miró por todas partes, pero la capa no estaba. Era lo único que faltaba. La primera sospecha de Varia recayó sobre Galia, la vecina, y su hijo Petka, un golfillo de quince años que andaba siempre callejeando.

Sofía Alexándrovna había vuelto ya del trabajo. Varia llamó a su cuarto, entró y cerró muy bien la puerta.

-Sofía Alexándrovna, ha desaparecido mi capa de zorros.

-¿Cómo que ha desaparecido? -se sorprendió.

-Hoy por la mañana estaba en el armario, y ahora ya no está.

-¿Has buscado bien?

-Lo he mirado todo. ¡La han robado!

-¿Qué la han robado? ¿Quién?

-No lo sé. Galia, quizás, o su hijo.

-Pero ellos no tienen llave de tu cuarto... Además, en tantos años como vivimos juntos, nunca ha ocurrido nada igual.

-Antes, Petka era pequeño. Pero ahora ha crecido y no tendría nada de particular que empezara a robar.

-Hay que telefonear a las milicias -sugirió Sofía Alexándrovna. Pero Varia no quería telefonear a las milicias en ausencia de Kostia. ¿Por qué? Ni ella misma hubiera podido decirlo, pero intuía que debía decírselo a Kostia antes de llamar a las milicias.

-Prefiero esperar a Kostia.

-¡Qué va! Él suele venir tarde. Hay que denunciarlo inmediatamente. Si no preguntarán que por qué no llamamos en seguida.

-¿Y ellos saben cuándo he abierto yo el armario? Puedo ir mañana y decir que acabo de abrir el armario y la he echado en falta.

-Mañana les será más difícil buscarla. Las búsquedas hay que empezarlas por las huellas recientes. Comprendo que es muy desagradable, pero no hay otra salida. Esa capa cuesta una fortuna. Y si la ha robado Petka, con mayor razón: seguiría robando al ver que no le pasaba nada. ¡Adónde iríamos a parar!...

-Voy a buscar a Kostia y a hablar con él -repuso Varia.

Se cambió de ropa, se puso un impermeable y salió.

¿Qué le había impedido telefonear a las milicias? ¿Qué temía? ¿Por qué iba en busca de Kostia? En las milicias podían preguntarle la procedencia de una capa tan costosa, ella tendría que decir que se la había regalado Kostia y entonces... Entonces, ¿qué? Ni ella misma lo sabía. Sólo comprendía claramente que no debía acudir a las milicias en ausencia de Kostia. Porque ella ni siquiera sabía de dónde venía esa capa. Kostia la trajo, la desplegó y dijo:

-Pruébatela.

La capa le sentaba a la perfección.

-Es un regalo que te hago.

-Gracias. ¿Te ha costado mucho?

-¿Qué más te da? Claro que no es barata.

La capa era nueva. Comprada probablemente a alguien que estuviera en un apuro, a algún peletero sin licencia o quizás en un torgsin. Desde luego no era robada porque, en ese caso, Kostia no hubiera consentido que fuera con ella al Club de los Artistas. De todas maneras, no le dijo dónde la había comprado. En todo lo que se relacionaba con Kostia parecía existir siempre el temor de ponerle en un aprieto. Encontró a Kostia en la sala de billar del Metropol. Varia no podía soportar las salas de billar: no era un sitio adecuado para una mujer. Sólo había hombres -sobrios, medio borrachos o borrachos del todo que la miraban, unos con curiosidad y otros con sorna, como a la importuna esposa que venía a sacar de allí al marido. Un ambiente irrespirable, lleno de humo, rostros pálidos o alcoholizados. Kostia no advirtió la llegada de Varia: sólo tenía ojos para las bolas, las troneras y su taco. Observaba las jugadas del contrario, anotaba algo en la pizarra y volvía en seguida a la mesa, tenso y concentrado en el juego.

Varia no comprendió quién había ganado. Kostia le dijo algo al marcador que se dispuso a colocar de nuevo las bolas mientras él le daba tiza a su taco y sólo entonces, al pasear una mirada penetrante y alerta por la sala, descubrió a Varia cerca de la puerta. No se extrañó, como si esperase su llegada, pero frunció todavía más el ceño y fue hacia ella sin soltar el taco.

-Ven.

Salieron al pasillo que precedía la sala, amueblado con dos pequeños divanes y un sillón y que, según pensó Varia, debía de ser un sitio para fumar. Se sintió tranquila de pronto: por la expresión de Kostia comprendió que no habría que llamar a las milicias...

-¿Qué te ocurre? -preguntó Kostia sin mirarla.

-Ha desaparecido la capa.

-¿Qué capa?

-La de zorros plateados que me regalaste.

Calló unos instantes mirando hacia un lado como si no comprendiera lo que le decía. Y Varia pensó que se hallaba ante un hombre al que no conocía en absoluto. Por fin dijo:

-Te compraré otra mejor. Tuve unas pérdidas, no podía conseguir dinero en ese momento y saldé con tu capa. Si no me hubieran matado. Y ahora vuelve a casa, que yo iré pronto.

Varia volvió a su casa.

-¿Qué hay? -preguntó Sofía Alexándrovna.

-Konstantín Fiódorovich llevó la capa a un peletero porque había que hacerle unos retoques. Menos mal que no hemos llamado a las milicias.

Varia pasó a su cuarto, se quitó el impermeable y los zapatos y se quedó pensativa.

De manera que había perdido la capa. ¿Y cómo llegó a sus manos? Quizá se la ganara a otro jugador como él y ahora la había perdido a su vez.

La capa era lo que menos le importaba. Pero hoy la capa, mañana un abrigo, pasado unos zapatos... El borracho se bebe los bienes de su mujer; el jugador los pierde. Vika era una cualquiera, y Noemi y Nina Sheremétieva también, pero ellas no corrían el riesgo de ver a otras vestidas con sus prendas. Kostia se jugaba y perdía sus ropa hoy; mañana podía ponerle a ella como apuesta y perder. ¡Qué estúpida había sido! Se había dejado deslumbrar por su independencia ficticia. Ahora sabía el valor que tenía esa independencia. Ahora dependía de cómo rodaran las bolas sobre la mesa de billar.

Esta perspectiva no le agradaba. No podía depender de él, no quería. No necesitaba regalos que luego perdía jugando. Con su ayuda no llegaría a cursar estudios superiores. ¡Al demonio el cuestionario! Puesto que en todas partes lo exigían y había que cumplir ese requisito, preferible era hacerlo donde tenía amigos y no en cualquier otro sitio, entre gente extraña y desconocida. Ígor Vladimírovich tenía razón: no haría figurar a Kostia en el cuestionario, se limitaría a sus datos. Además, ¿para qué iba a hacerle figurar? Ahora había quedado todo claro, aunque siempre tuvo la impresión de lo fortuito y lo efímero de aquel matrimonio.

En cuanto a sus propios datos, era sencillísimo: a todas las preguntas engorrosas podía contestar tranquilamente con un no. Por lo que se refería a sus padres, tendría que preguntar a Nina.

Cierto que Nina la daba de lado por culpa de Kostia: no iba a verla, no telefoneaba, cuando se cruzaban en el patio la saludaba con una seca inclinación de cabeza y pasaba de largo. ¡Allá ella! Pero los datos acerca de sus padres tendría que dárselos, puesto que eran los padres de las dos. ¿Estaría ahora en casa? Marcó el número. Nina estaba en casa. -Soy yo, Varia. Ahora voy porque tengo que consultarte un asunto.

-Si es por un asunto... -contestó secamente Nina. Hizo mal en telefonear. Resultaba como si le hubiera pedido permiso. Debía haber ido, sin más.

Si Varia hubiera sido desgraciada en su matrimonio, Nina habría tomado parte en el destino de su hermana, la habría defendido, la habría consolado. Pero lo sucedido no era simplemente un error: era una traición a todas las reglas de limpieza y desinterés por las que se habían regido y en las que fueron educadas mientras vivieron sus padres.

Una vez que Nina se cruzó con Yuri Sharok en el patio, éste le había dicho:

-Tu hermana se ha liado con un ladrón.

A Nina no le agradaba Sharok. Pero Lena Budiáguina estaba de nuevo con él, y por Lena no quería regañar con Sharok. Pero lo que no necesitaba eran advertencias suyas.

-¿Y por qué anda un ladrón en libertad?

-Ya caerá en su momento -prometió Sharok.

Dijera verdad o mentira Yuri, el marido -por llamarle así- de Varia, era un hombre indudablemente dudoso, de un mundo distinto y profundamente odioso para Nina, el mundo de los restaurantes, de los jugadores, los especuladores y los tramposos. Varia y ella se encontraban en los lados opuestos de la barricada. Y no era casual que la hubiera cobijado Sofía Alexándrovna: también ella estaba al otro lado de la barricada, no podía perdonarle al poder soviético el destierro de Sasha. Pero, aun en el caso de que se tratara de un error, el poder soviético no tenía

la culpa, ya que ningún poder está a salvo de cometer errores. Y más inevitables aún son los errores aislados cuando en un país se libra una encarnizada lucha de clases, cuando un partido se ve obligado a liquidar los restos de partidos, fracciones y oposiciones hostiles.

Además, ¿qué error se había cometido con Sasha? Lena Budiáguina le había dicho como un gran secreto, según palabras de Yuri Sharok, que en el instituto donde estudiaba Sasha existía una organización antisoviética. Sus componentes habían utilizado a Sasha, que había salido en defensa suya y fue detenido con ellos. Era verdad que sólo le habían echado tres años de deportación, demostrándose que él no era el cabecilla, pero también debía cargar él con su responsabilidad, sobre todo teniendo en cuenta, según daba a entender Sharok, que durante la instrucción se había comportado de un modo retador, sin querer reconocer sus errores, confiando seguramente en la influencia de su poderoso tío, Mark Riazánov. Pero de nada había servido la intervención de Riazánov ni tampoco la de Iván Grigórievich Budiaguin.

Sofía Alexándrovna tenía que haber aceptado las cosas, era una mujer mayor y debía comprender. Pero, no; había tomado odio a todos, quería que también los demás lo pasaran mal y, al acoger en su casa a Varia y a su mangante, les había lanzado un reto no sólo a Nina sino también a todos los amigos de Sasha.

Aunque, a decir verdad, Varia había elegido ese camino hacía ya tiempo, cuando aún iba a la escuela: los chicos, la pintura de labios, los trapos... Nina no podía ya hacer carrera de ella entonces, conque menos iba a poder ahora. Tendría que ser así. Ahora, ocurría lo que ocurría, habría de arreglárselas ella sola. Y si pensaba empadronar a su maridito allí, que se lo quitara de la cabeza. Allí sólo había sitio para dos. Y no pensaba sacrificar ni un centímetro cuadrado para un mangante y un jugador de billar. Podían vivir cómo quisieran y dónde quisieran. Seguro que venía ahora Varia a hablar precisamente de eso. Pero resultó que Varia venía a una cosa muy distinta. Necesitaba unos datos para llenar un cuestionario y el cuestionario le hacía falta para ponerse a trabajar. ¿Trabajar Varia? ¡Qué sorpresa! ¡Qué chocante! No encajaba con su modo de vida actual.

-¿Y dónde vas a trabajar, si no es un secreto?

-No lo es. Voy a trabajar en la oficina de proyectos del hotel Moskva.

Nina lo comprendió todo: no le irían muy bien los negocios al maridito si tenía que ponerse ella a trabajar. Pero no hizo ninguna pregunta. Si quería, ya se lo contaría la propia Varia.

-¿Qué datos necesitas?

Varia le tendió el cuestionario y señaló el punto 27: «Datos sobre sus familiares más próximos... » -Escríbemelo en un papel y luego lo pasaré yo al cuestionario. Se sentó y paseó la mirada por el cuarto.

Lo único nuevo era una foto de Maxim Kostin colgada en la pared: guerrera militar con distintivos de oficial, un rostro bondadoso, sencillo y agradable. De manera que Nina se escribió con Max. ¿Por qué no se casaría con él si eran tal para cual?

Por lo demás, el cuarto estaba igual que antes. En el estante de los libros, al lado de la enciclopedia infantil, un retrato de sus padres cuando eran jóvenes. La mesa con el hule descascarillado. Las zapatillas torcidas debajo de la cama de Nina y, encima de la suya, un pañuelo de colores tapando la almohada. Al lado, el atleta con la lámpara en el extremo del musculoso brazo extendido. Varia no se había llevado ni siquiera la ropa de cama cuando se mudó a casa de Sofía Alexándrovna ni tampoco el gramófono, porque allí no lo necesitaba, y aunque pronto se dio cuenta de que le hacían falta muchas cosas, prefirió comprarlas de nuevo. Sólo volvió por allí una vez, a recoger el certificado de la escuela. Nina no estaba en casa y Varia se alegró.

Ahora, sin embargo, que estaba allí sentada observando la habitación, viendo las cosas familiares y aspirando los olores familiares, volvía a sentirse la chiquilla de antes, le entró pena y comprendió claramente que, a pesar de todos los sermones de Nina, ella sólo podría encontrarse tranquila allí, que aquella era su casa, que no tenía otra ni la tendría en mucho tiempo.

Nina le presentó lo que había escrito.

Varia lo comparó con las preguntas del cuestionario. Todo estaba bien. Nina había contestado a todo. -Sí. Está bien. Gracias. Bueno, adiós.

-Que te vaya bien.

¿Se había comportado bien con su hermana? ¿De qué otro modo podía haberse comportado? ¿Tenía que pegar saltos de alegría porque Varia se ponía a trabajar? Todo el mundo trabajaba. Era una cosa elemental. Varia no le hacía ningún favor a nadie. Habría podido estudiar, pero prefería trabajar de copista. Cada cual elige el camino que le gusta. Hablamos de la dignidad femenina, pero nos olvidamos de ella en cuanto aparece un hombre.

Varia, al fin y al cabo, era una chiquilla que se había educado en el patio, en la calle... Pero ¿y Lena Budiaguina? ¡Dios mío! Lena, una mujer adulta, que se había criado en una familia como la suya... Nina sabía ahora que cuando Lena estuvo enferma el invierno pasado fue porque se hizo un aborto clandestino de Yuri. Estuvo a punto de morirse y él, el muy canalla, no fue a verla ni una sola vez al hospital y sólo apareció al cabo de medio año. Y ahora Lena había vuelto a juntarse con él. ¿No veía lo que era? En el NKVD no trabajaban únicamente chekistas honrados. También había un buen número de enchufados, y Yuri era uno de ellos. Lena tenía que saberlo por fuerza. Y ahora

otra historia, otra «tragedia»: resultaba que Yuri estaba liado con alguien más. Y Lena, en lugar de olvidarse de ese miserable, estaba sufriendo otra vez. Nina, que odiaba en las mujeres su dependencia con respecto al hombre, estaba viéndolo ahora en su propia hermana, sin que cambiaran las cosas el hecho de que se pusiera a trabajar. ¡Conque no había ningún motivo de alegría ni de júbilo!

Lo de la infidelidad de Yuri se lo había confesado Lena a Nina en un momento de desesperación. Pero sin entrar en detalles. «Me engaña», fue la única frase que pronunció.

Los detalles, mejor dicho, el único detalle consistía en que Yuri la engañaba con Vika Marasévich. Se habían encontrado cara a cara en Maroseika, en el rellano de la escalera. Lena salía del ascensor precisamente cuando Vika cerraba la puerta del apartamento al que se dirigía ella. Estuvieron mirándose unos segundos, luego Vika dijo «Hola», Lena murmuró lo mismo en respuesta, Vika se metió en el ascensor que aún seguía abierto y cerró la puerta.

El primer impulso de Lena fue escapar de allí. Bajó corriendo un piso, se detuvo para recobrar el aliento y prestó oído... Abajo se cerró la puerta del ascensor. Eso era que Vika se había marchado. Dejaría que se alejara todo lo posible... Lena bajó lentamente otro piso... ¡Dios mío! Eso quería decir que lo ocurrido en la fiesta de Año Nuevo no fue casual, que llevaban ya tiempo así, que todos lo veían y ella era la única ciega. Nina armó entonces un escándalo a Yuri y también delante de Yuri le preguntó Sasha a ella: «¿No has encontrado una basura mayor?» Yuri no había tenido ningún miramiento con ella que aún sentía náuseas del olor de la mostaza. En el hospital le dijeron que se había salvado de milagro y él se escondió como un cobarde y no fue a verla ni una vez. Y hoy la esperaba en una cama de la que acababa de salir Vika. Probablemente pasarían otras por esa misma cama. Ni siquiera le había importado citarla el mismo día que a Vika y casi a la misma hora.

Entonces cayó Lena en la cuenta de que había llegado a las cuatro y Yuri le dijo que fuera a las cinco. Pero a ella se le olvidó y se presentó a las cuatro, como de costumbre. ¡Descansaba una hora! ¡Hijo de perra, libertino! Todavía era capaz de querer que se metieran las dos con él en la cama. Había terminado. Había terminado con él para siempre. Y sin explicaciones. No quería escuchar sus falsedades.

A última hora telefoneó Yuri preguntando, malhumorado, por qué no había ido aquel día.

-Salí tarde del trabajo.

-¿Podrás venir el martes?

-No.

-¿Cuándo, entonces?

-No lo sé. Cuando pueda yo misma te llamaré, y tú no me llames. Adiós, Yuri.

¿Por qué estaría enfadada? Yuri no se lo explicaba. Todo parecía marchar bien, aunque no se veían con excesiva frecuencia debido a su trabajo, iban al teatro, al cine, al Club de los Artistas, a exposiciones... ¿Qué le pasaría? Era extraño.

Muy pronto se enteró Sharok del motivo de su disgusto.

El encuentro con Lena desconcertó a Vika sólo en el primer momento. Comprendió que Lena no iba allí por la misma razón que ella, pues estaba enterada por su hermano Vadim de que habían reanudado sus relaciones. ¡Y Yuri había consentido que Lena la viera allí, en su apartamento secreto! ¡La había descubierto! Lena, como era natural, le pediría explicaciones y él se vería obligado a confesar que aquella casa no era sólo para citas amorosas. Pero a los colaboradores secretos no se los puede descubrir. Tendría que responder por no haber evitado aquel encuentro.

Este pensamiento calmó en seguida a Vika por la oportunidad que le ofrecía. Ahora no tendría más remedio que dejarla libre. Aquel día la había tratado despectivamente. Pues le haría pagar la humillación.

La conversación había sido la siguiente:

-Yuri -indicó Vika-, me voy a casar.

-¿Sí? -contestó él, divertido

-¿Y con quién, si se puede saber?

Ella dijo el nombre y el apellido del arquitecto. Sharok los conocía.

Sin embargo no pareció muy sorprendido.

-Te felicito. Es una celebridad.

-A Stalin le ha gustado su proyecto.

-Yo vi el proyecto en la exposición -replicó comedidamente Sharok, como si no se atreviera siquiera a opinar de un proyecto aprobado por Stalin.

-Conque tendremos que despedirnos, Yuri.

Fingió que no la entendía.

-¿En qué sentido?

-Ahora estoy casada, y ya sabes con quién. Ha cambiado mi modo de vida, se acabaron los restaurantes y no he conservado mis antiguas relaciones.

-Tendrás otras.

-No. Mi marido lleva un género de vida muy reservado. Está en su estudio desde las nueve de la mañana hasta las once de la noche y yo le espero en casa. Sola. Pero tampoco se trata de eso. Yo no puedo ni tengo derecho de ocultarle nada.

-No se lo ocultes -replicó tranquilamente Yuri.

-¿Cómo? ¿Debo hablarle de nuestras entrevistas?

-Si te parece necesario...

-Pero yo he firmado el compromiso de no divulgación.

-Te permito que lo divulgues en aras de tu hogar -sonrió Yuri.

-Pero entonces me abandonaría.

Sharok se encogió de hombros.

-¿Por qué? ¿Porque cumples con tu deber?

Vika le miraba con los ojos desorbitados. Sabía a la perfección que ella no le diría eso nunca a nadie. Pero no quería soltarla de sus garras, quería que proporcionara información acerca de su propio marido y no dudaba ni por un instante de que la obligaría a hacerlo. De todas maneras, contestó:

-Bueno, pues se lo contaré.

Yuri torció los labios.

-Cuéntaselo, cuéntaselo... Y nosotros añadiremos algo. Enumeraremos a todos tus extranjeros -sonrió-. Y tú le explicas luego cómo lo tienen los extranjeros... y si se pasa mejor con ellos en la cama.

-¿Qué estás diciendo, Yuri?

Él pegó un puñetazo en la mesa gritando:

-¡Sé muy bien lo que digo!... Porque tú, zorra, te acuestas con ellos, te metes en sus habitaciones, estás atada de pies y manos con espías extranjeros, estás metida de mierda hasta las orejas. ¡Conque anda y cuéntale a tu maridito lo que tienen que tanto te atrae, para que se entere!

-¿Cómo puedes decir esas cosas, Yuri? Yo sólo he tratado con ellos alrededor de una mesa.

-¡Mentira! Te has acostado con ellos. Y la última vez, con el sueco. Conocemos a todos, absolutamente a todos los que han estado contigo. ¿No te basta con los rusos? ¿Valen menos, di?

Podía haber sido más correcto porque también se había acostado con rusos. Pero ella callaba, abrumada por lo bien informado que estaba.

Y él, mirándola con odio, proseguía:

-¡Ay, por Dios! Son simplemente conocidos de papá, celebridades... El profesor Kramer, Rossolini, Kurt Sanderling... -en su voz se notaba repugnancia-. «Violinistas de talento» ... ¡Ay, por Dios! Fritz, Hans, Michel... Así, con toda familiaridad. ¡Angelitos! Pero esos angelitos son activistas del partido nazi, fascistas, espías. Y los japoneses que te invitan a cenar también son todos espías. Espías importantes, además, porque los hay con rango de coronel. ¿No sabes por qué vienen a Moscú y lo mucho que nos quieren? Has andado liada con ellos y ahora vienes a exigir que te dejemos tranquila o se lo cuentas a tu marido. No, guapa, no vas a hablar tú, sino nosotros, y entonces veremos si se casa contigo.

Ella se sintió sin fuerzas, desmadejada, y no replicó.

Pero ahora, mientras caminaba por Maroseika, no se sentía ya igual. ¡El hijito del sastre había pegado un resbalón! Por culpa suya, ella quedaba al descubierto. Si no atendió al argumento del marido, ahora tendría que hacer caso de otros. No le quedaría más remedio.

El domingo, Vika le telefoneó a su casa.

-Hola, Yuri. Aquí Vika. Tenemos que vernos urgentemente.

-¿Qué pasa?

-No es cosa que se trate por teléfono. Si quieras, me acerco a tu casa o, si no, nos encontramos en la calle y damos un paseo.

No se atrevía a ir a Maroseika. Le daba miedo quedarse a solas con él. Por otra parte, tampoco podía proponerle a Yuri verse allí porque no era su día. Se imaginaba que Vika empezaría otra vez a darle vueltas a lo del marido, ¡conque no había por qué precipitarse! Pero había algo alarmante en la insistencia de Vika. De todas maneras, rezongó:

-¿A qué vienen tantas prisas? Nos veremos como siempre y hablaremos.

-Esto no se puede aplazar -replicó fríamente Vika-. Ni te conviene a ti.

-¿Es una amenaza? -Tómalo como quieras. Te pregunto por última vez si puedes salir ahora al Arbat.

-¿Ahora mismo?

-O dentro de una hora, o de dos. Cuando mejor te parezca.

-Está bien: dentro de una hora nos veremos en la plaza Sobáchaya... Tengo que pasar por allí.

-Vamos a sentarnos -sugirió Vika señalando un banco vacío del jardincillo.

-No -objetó Sharok-. Tengo que ir hacia Vorovski.

Echaron a andar por el callejón Trúbnikov.

-¿Qué ha ocurrido?

-¿Qué ha ocurrido? -repitió Vika con ironía-. Pues ha ocurrido que no debías convertir en lugar de citas amorosas el piso donde nos vemos tú y yo. Sharok comprendió al instante que se había encontrado allí con Lena.

Sin embargo preguntó para ganar tiempo:

-¿Cómo, cómo?

-Lena Budiáguina y yo nos hemos encontrado en el rellano de la escalera. Incluso nos hemos saludado. Al fin y al cabo fuimos compañeras de colegio. Naturalmente ella habrá comprendido a qué voy yo a verte, puesto que sabe dónde trabajas. De manera que estoy quemada y no te sirvo ya de colaboradora. Nos despediremos como amigos. Yuri caminaba en silencio, dándole vueltas a la situación. Estaba claro: Lena, la muy tonta, se había confundido y había ido una hora antes. Se tropezó con Vika, pensó en otra cosa y por eso no quería verle. Pues ¡que se fuera al demonio! Con ella, todo eran contratiempos. Pero a Vika le iba a fallar la faena. Pretendía chantajearle. ¡Imbécil!

Vika le tomó de pronto por un brazo, le miró a los ojos sonriendo.

-No te enfades, Yuri. Has tenido un pequeño fallo; pero como eres muy listo, lo arreglarás sin que se entere nadie. Lo mío es peor: ahora no podré presentarme en ninguna parte, todos me rehuirán y tendré que quedarme en casa.

Yuri no apartó la mano de Vika. No se podía negar que era una mujer hábil, tenaz e implacable. En realidad, una mujer así le habría hecho falta a él y no aquella otra pánfila. Con ésta hubiera llegado muy lejos. Aquella era hija de Budiaguín, sí; pero a ese Budiaguín le abría ya los brazos una celda de la Butírskaia mientras que Vika pertenecía a una familia neutral, era hija de un profesor...

Pero ya era tarde para pensar en ello.

-¿Y no te ha pasado por la imaginación la idea de que, al verte, Lena haya pensado que eres mi amante? Vika se detuvo y también hubo de imitarla él. La muchacha no sonreía ya, sino que le contemplaba con sus grandes ojos grises, implacables.

-No me tomes por tonta. Diákov me pescó porque me despisté un poco y firmé el papel que me presentó. Pero tú no eres Diákov; al fin y al cabo, nos conocemos desde niños, eres compañero de mi hermano, frecuentes nuestra casa y, además, te has acostado conmigo... Podías haber tenido un poco de consideración, pero no la has tenido. Ahora no la tendrás yo contigo, puedes estar seguro. Voy a mandar a Yagoda una carta diciendo que has organizado un burdel en Maroseika y que me has descubierto ante una de tus queridas, hija de un vicecomisario del pueblo y amiga mía desde la infancia. La carta ya está escrita. Si me detienes ahora y me encierras, esa carta llegará a su destinatario. Que no se te olvide.

-Detenerte, encerrarte... -rezongó despectivamente Sharok-. ¿Qué falta haces a nadie?

Y reanudó su camino. Vika echó a andar a su lado, pero no le tomó ya del brazo.

-Si no hago falta, razón de más para que nos separemos. Yo llegaré hasta el fin sin que me detenga nada. No pienso retroceder.

-¡Qué miedo! Sin hacerle caso, Vika continuó:

-He cumplido honradamente. Me he relacionado con gente odiosa, con ese Liberman, por ejemplo, y tú me has dejado al descubierto con tus líos amorosos. Veremos lo que les parece a tus superiores.

-Déjate de amenazas -replicó Sharok con una sonrisita- porque te pueden perjudicar en vez de ayudarte.

-Pues no me amenaces tú tampoco, porque no temo a nada. Me he casado, he organizado mi vida así y pienso defenderla. Puede ser que pierda yo, pero tu carrera habrá terminado porque no te perdonarán una cosa así. En cambio, si eres sensato quedará todo entre nosotros. Puedes creerme.

-Bueno, mira -ahora fue Sharok quien se detuvo-: Lena te vio, efectivamente, me armó un escándalo y yo le confesé que tú y yo teníamos una aventura... Porque la tuvimos, ¿verdad? Le di mi palabra de no volver a verte y puedes estar segura de que Lena no se lo dirá a nadie. Por ese lado no corres ningún peligro. Por lo que se refiere a tu carta, no me hará ningún daño. De hecho, Lena es mi mujer. Se tropezó contigo (son cosas que ocurren), firmará un documento comprometiéndose a no divulgarlo, y se terminó el asunto. Con esa carta sólo conseguirás que te pasen a otra persona, y no estoy seguro de que salgas ganando.

Vika le escuchaba atentamente, mirándole a los ojos con sus grandes ojos grises impúdicos.

Luego pronunció con firmeza, resuelta y rabiosamente:

-Bueno, pues seguiremos cada uno nuestro camino. ¡Que te vaya bien! Él la retuvo.

-Aguarda. Todavía hay un aspecto de la cuestión. La última vez pediste que te permitiéramos no seguir colaborando. Una petición así tengo que comunicársela a mis superiores. Y ese mismo día informé de ella. Ignoro cuál será el resultado. Aguarda un poco.

-¿Cuánto tiempo? -inquirió Vika comprendiendo que todo eso acababa de inventárselo Sharok en ese momento, que no había presentado ningún informe, aunque quizás lo presentara, lo que significaba que temía una denuncia suya.

-En nuestra próxima entrevista te daré la respuesta.

¿Diez días de espera? ¡Ir otra vez a aquel apartamento!

-Está bien -condescendió Vika-. Esperaré diez días.

9

Vika no cedería. Siendo, de hecho, la mujer del arquitecto, se creía que la fuerza estaba de su parte, aunque la fuerza estaba de otra parte, naturalmente. Pero Vika era insolente, decidida, capaz de todo, y Yuri se veía obligado a reconocer que le había dado un arma contra él.

Por eso le pareció lo más sensato decir a Diákov:

-Victoria Andréievna Marasévich es ahora la mujer del arquitecto y quiere parecer una buena chica a ojos del marido.

-¿Anda remoloneando?

-Ha roto con la pandilla de Liberman, no se junta con los viejos amigos, no frecuenta los restaurantes, está siempre en casa. Y de momento no ha entablado nuevas relaciones. Quizá conviniera soltarla por algún tiempo hasta que se amolde a su nueva situación, al nuevo ambiente y haga nuevas amistades. Alrededor del arquitecto ronda mucha gente, y gente interesante.

-No está mal pensado -concedió Diákov-. Dale un poco de rienda suelta. Ahora escucha una cosa, Sharok...

Diákov ordenó unos papeles encima de la mesa. Ese movimiento significaba que estaba concentrándose para elegir las palabras que pronunciaría.

-Quería decirte, y esto ha de quedar entre nosotros -prosiguió Diákov con mirada significativa-, que ha venido de Leningrado el camarada Zaporozhets y quiere llevarse del aparato central a tres o cuatro muchachos seguros. Claro que con ascenso, un puesto más alto y también más sueldo. Entre los posibles candidatos estás tú. ¿Qué te parece?

Sharok se encogió de hombros.

-¿Qué me puede parecer? Iré donde me manden. Supongo que conservaré el apartamento de Moscú.

-Desde luego. Tus padres viven en él. Puedes trabajar un par de años en la periferia. Aunque, ¿cómo se le puede llamar periferia a Leningrado? Es la segunda capital. Cuando vuelvas, será con un grado superior y para un puesto más alto. Piénsatelo. No se trata de una orden, sino de una decisión voluntaria. Hay mucha gente que quiere trabajar con Zaporozhets. Es una buena persona, alegre, que siempre saca la cara por sus muchachos. Esto es una gestión previa. Luego hablará él contigo y es posible que opte por otro candidato. Pero tú piénsatelo porque me parece que vale la pena.

La proposición era inesperada, pero interesante. Una norma de aquella institución era que nadie trabajara permanentemente en el aparato central. Había que trabajar también en la periferia y volver luego a Moscú con la experiencia de la labor práctica en otros lugares. Leningrado era la mejor variante. No era ningún pueblucho y estaba a una noche de tren de Moscú. Además, Zaporozhets sustituiría probablemente dentro de poco al viejo Medvied. ¡Conque, al mismo tiempo que él, también subiría Sharok! Él necesitaba un buen respaldo y Diákov era demasiado poca cosa. ¿Beriozin? Beriozin sí era una figura importante, pero no hacía buenas migas con Yagoda y probablemente le trasladarían a Extremo Oriente. Pero Extremo Oriente... No; más valía Leningrado.

La perspectiva le agradaba a Sharok por muchos aspectos: se solucionaba sola la ruptura con Lena y no estaría en casa cuando volviera el hermano, cuya condena estaba a punto de concluir. Allá se las arreglara como pudiera. Él no pensaba ayudarle.

Sharok acogió muy eufórico a Vika en Maroseika.

-Ya puedes estar contenta, muchacha: te dejamos que hagas lo que quieras. Y no por lo de Lena. Informé de que te habías tropezado con mi mujer y la cosa no ha pasado de ahí. Suspendemos todas nuestras entrevistas porque la superioridad considera mis conclusiones sensatas: ¿qué se puede sacar de ti, encerrada en tu casa como una esposa ejemplar? Goza de tu luna de miel.

-Gracias -contestó Vika con reserva-. Entonces... ¿mi compromiso?

-¿Tu compromiso? En el archivo. ¿Quieres recuperarlo?

-Sí.

-¡Qué cosas se te ocurren! ¿Quién va a permitir que se retire un documento de un expediente? Está todo numerado, archivado, haciendo compañía a los ratones.

Vika comprendía que con aquel papel seguían teniéndola en sus manos. Pero de momento quedaba libre y ya se vería luego lo que pasaba.

-Gracias, Yuri -dijo levantándose-. Espero que no volveremos a vernos nunca en esta situación -señaló la habitación con un ademán ni en este papel.

-Nunca -confirmó Sharok sonriendo.

Lo decía convencido. Nunca volvería a ocuparse él de Vika Marasévich. Cuando hiciera falta, y eso ocurriría indudablemente, se ocuparía de ella algún otro.

Por su parte, ya estaba preparándose mentalmente para trasladarse a Leningrado. No había estado nunca allí. Muchos compañeros suyos de escuela iban de vacaciones porque eso de pasar las vacaciones en Leningrado se consideraba muy elegante. Pero ellos tenían allí familiares o amigos, mientras que él no tenía a nadie. En este aspecto, y en otros muchos también, envidiaba a los intelligentni del Arbat. Pero ahora iría él a Leningrado, y no a hospedarse en casa de ningún familiar, sino a un trabajo de responsabilidad. Primero se hospedaría en un hotel y luego le darían casa.

Aquel mismo día Sharok fue al despacho de Beriozin a presentarle unos documentos para la firma.

y después de firmar los papeles, Beriozin le preguntó:

-Pronto se abrirá la matrícula para la Escuela Superior del NKVD. ¿Quiere usted ir a estudiar?

Sharok no contestó al pronto. La Escuela Superior también era una perspectiva sugestiva: allí se preparaban funcionarios de alto rango. Pero ¿y Leningrado?

-Pues no sé -contestó al fin inseguro-. Porque el camarada Zaporozhets quería llevarme con él a Leningrado. Beriozin le observó atentamente y luego bajó la cabeza ocultando la mirada.

-Entonces, es otra cosa. No hay cuestión.

Su rostro era impenetrable.

Cuando Sharok abandonó el despacho, Beriozin cerró la puerta con llave. Tomó del mismo llavero la de la caja fuerte que había en un rincón, la abrió, colocó una silla al lado y fue apilando en ella las carpetas que sacaba de la caja y que hojeaba una por una.

Por fin encontró la carpeta que buscaba, la dejó aparte y volvió a guardar las demás en la caja fuerte, en el mismo orden que estaban antes. En el sitio de la carpeta apartada puso una cuartilla como señal para dejarla luego en el mismo lugar. Repasó con atención las páginas contenidas en la carpeta y se detuvo en una... Encendió un cigarrillo.

La información que Beriozin había recibido fortuitamente de Sharok confirmaba su sospecha: en Leningrado se preparaba alguna acción.

El primer detalle que suscitó esa sospecha fue el envío de Alférov a Siberia Oriental, después de haber pedido Kírov que le mandaran a trabajar con él. Pero en lugar de Leningrado, Alférov fue destinado al Angará, como mandatario del distrito. La razón invocada fue que hacía falta comprobar algunos aspectos de su actividad en China y, entre tanto, convenía que pasara una temporada en Siberia. Ni siquiera le dejaron llegar hasta Moscú, sino que le ordenaron detenerse en Kansk y, desde allí, trasladarse al distrito.

En lugar de Alférov, fue Zaporozhets quien salió para Leningrado. Alto, ancho de hombros, «un hombre bien plantado», ingenioso, sabía apreciar el vino y las mujeres y cantaba bien. Vivía en Palija y una vez se quejó de que no tenía cuarto de baño en el apartamento y su mujer no cesaba de fastidiarle por esa razón. Su mujer, Rosa Proskurovskaya, era realmente hermosa...

Beriozin se inclinó de nuevo sobre la mesa y siguió repasando el expediente de Zaporozhets. Aunque antiguo socialista-revolucionario, se había mantenido en el aparato central de la Cheká. Con la protección de Yagoda, naturalmente, porque siempre andaban juntos. Entre las operaciones realizadas por Zaporozhets, la más importante era su penetración en el estado mayor de Majnó. Un aventurero con suerte. Y ahora preparaba una nueva aventura. Una persona próxima a Zaporozhets había hecho llegar a Beriozin la copia de una carta de un tal Nikoláiev que había sido interceptada. Era una carta extraña y preocupante. Beriozin la releyó.

Leonid Nikoláiev. Ingresó en el partido en 1920, estuvo en el frente desde los dieciséis años. Hijo de familia obrera, también él había sido obrero. Hasta 1934 había trabajado en la inspección obrera y campesina de Leningrado como inspector de precios. De allí le habían cesado por intrigas de los trotskistas enchufados en el aparato del comité regional del partido, según escribía Nikoláiev, y enviado a una fábrica. Pero el secretario de la célula del partido de la fábrica, otro trotskista, le había enviado al servicio de transporte por movilización del partido. Él estaba dispuesto a trabajar allí donde le mandara el partido; pero no era el partido el que le mandaba, sino los trotskistas, que querían echarle de Leningrado. Se había negado a marcharse. Por esa razón le habían expulsado del partido y estaba sin trabajo desde el mes de marzo. Había enviado al camarada Kirov veinte cartas con el ruego de que estudiara su asunto y hablándole de la preponderancia de los trotskistas en el aparato de Leningrado. Pero no había recibido respuesta a ninguna de sus cartas. O el camarada Kirov no creía necesario contestar o las cartas no llegaban hasta el camarada Kirov. La culpa de todo era del entorno trotskista, del que el camarada Kirov se fiaba ciegamente.

De los treinta años de su vida, Nikoláiev había pasado catorce en el partido. Fuera del partido no concebía su existencia, había llegado al límite de sus fuerzas y era capaz de cualquier cosa...

«Capaz de cualquier cosa... » ¿Qué significaba eso?

¿El suicidio? Un hombre que llevaba catorce años en el partido comprendía que con esa amenaza no iba a asustar a nadie. ¿Un acto terrorista? Eso no se escribe, no se advierte, porque una amenaza así se paga con el fusilamiento. Sin embargo él lo escribía, amenazaba. ¿Un enfermo psíquico?

¿Contra quién iban dirigidas sus amenazas? Lo extraño era que Zaporozhets trabajara con un hombre así. ¿Para qué lo necesitaba?

¿Para qué trabajo se llevaba Zaporozhets gente nueva a Leningrado? ¿A quién quería sustituir? ¿Con qué fin? ¿A qué venía tanto secreto? Incluso él, Beriozin, miembro del Colegio del Comisariado del Pueblo, se había enterado por casualidad.

Stalin no estaba satisfecho de la situación existente en Leningrado. Todo el mundo lo sabía. Exigía de Kirov represalias contra los llamados participantes de la oposición zinovievista y quería desencadenar el terror en Leningrado. ¿Para qué? ¿Como detonador para extender el terror al país entero? Kirov se negaba y era probable que la tarea de Zaporozhets consistiera en provocar un incidente que ayudara a vencer la resistencia de Kirov. Pero cualquier cosa que organizara Zaporozhets sería investigada en Leningrado. Kirov no dejaría escapar esa investigación de sus manos y en un asunto así no retrocedería, no vacilaría en llevar la cuestión al buró político.

De manera que Zaporozhets debía organizar algo que apabullara a todo el mundo y obligara a Kirov a retroceder.

Pero ¿qué podía ser? ¿Un acto de sabotaje, una explosión, una catástrofe ferroviaria? ¡Kirov no se dejaría engañar con eso! ¿El asesinato de uno de sus colaboradores inmediatos? ¿Chudov, Kodatski, Pozeren... ? ¿Para eso tenían en reserva a Nikoláiev? La cosa sería más sonada, desde luego, pero no se podría evitar que Kirov interviniere en la investigación.

Entonces, ¿qué?

Beriozin recordaba muy bien lo que le dijo Stalin en Tsaritsin el año 1918. Stalin exigía el fusilamiento de varios especialistas militares, antiguos oficiales del ejército zarista. Beriozin, que entonces era jefe de la sección especial, le expuso que las acusaciones no eran convincentes y el fusilamiento acarrearía muchas complicaciones y problemas.

A lo cual contestó Stalin sentenciosamente:

-La muerte soluciona todos los problemas. No existiendo la persona, tampoco existen los problemas.

Y resultó que Stalin tenía razón. Llegó un telegrama suspendiendo el fusilamiento, pero los hombres habían sido fusilados ya. No surgió ningún problema.

Tal era la filosofía de ese hombre. ¿La aplicaría ahora? Sí, indudablemente. y él, Beriozin, no podía actuar abiertamente porque sería destruido a la menor palabra imprudente. Pero tenía una posibilidad de prevenir.

Aquella noche Beriozin fue a visitar a Budiaguin. Vivían en distintos portales de la Quinta Casa de los Soviets y, aunque no tenían una relación continuada y se veían pocas veces, sentían simpatía el uno por el otro: ambos pertenecían a la férrea falange de los viejos bolcheviques que habían recorrido un camino semejante y eran ajenos a las ambiciones.

Beriozin no expuso a Budiaguin sus sospechas. A Budiaguin le bastó el hecho de que Beriozin hubiera ido a su casa, por primera vez en la vida, a pedirle un libro sobre economía de Extremo Oriente que habría podido encargar a cualquier biblioteca. También apreció Budiaguin en todo su valor la noticia, deslizada por Beriozin en la conversación sin hacer ningún hincapié, de que Iván Zaporozhets buscaba entre el personal de Beriozin un grupo de personas para llevárselas a Leningrado, pero guardando el mayor secreto.

Budiaguin acompañó a Beriozin hasta la puerta y luego fue a la cocina a prepararse un té bien fuerte. Lamentó que su esposa estuviera de viaje porque le hubiera gustado comentar con Ashjen Stepánovna la noticia traída por Beriozin, una noticia alarmante.

Por la mañana, antes de entrar en su despacho, Budiaguin se dirigió al de Ordzhonikidze y le preguntó a Siómushkin señalando la puerta:

-¿Está?

-Sí -contestó Siómushkin.

Al referir a Ordzhonikidze que se iba a destinar a nuevos hombres a Leningrado para trabajar con Zaporozhets, Budiaguin no aludió a Beriozin. En tales casos, no se cita la fuente de información.

Ordzhonikidze se quedó pensativo. Si los nuevos trasladados eran una intriga corriente dentro del aparato del NKVD, Medvied hubiera comunicado a Kirov la información que tuviese al respecto. Sin embargo, las personas interesadas en el asunto se lo hacían saber a través de Budiaguin a él, miembro del buró político y amigo íntimo de Kirov. De manera que la información no tenía carácter interno, sino político.

-¿Qué piensas de esto? -preguntó Ordzhonikidze.

-Pienso que en Leningrado se prepara algo y que la finalidad es comprometer a Kirov.

-¿De qué manera?

-Eso es difícil decirlo. Quieren obligarle a aplicar represalias, quieren colocarle ante la necesidad de hacerlo. Y si vuelve a negarse, retirarle de Leningrado.

-Probablemente es así -corroboró Ordzhonikidze.

Pero ni les pasó por la imaginación lo que Beriozin, chekista veterano, había adivinado al instante.

10

Le dolía una muela. Hacía tiempo que se movía, aunque se mantenía bien bajo el gancho de la prótesis. Pero la víspera por la noche, cuando se quitó la prótesis, Stalin sintió dolor. Volvió a ponerse la prótesis y el gancho mantuvo la muela. Pero cuando la tocaba con la lengua, la muela se movía y le pareció que notaba dolor en la encía.

Stalin se acostó sin quitarse la prótesis y pasó la noche sin molestias. Por la mañana se quitó la prótesis con precaución, la tocó con la lengua y luego con los dedos. La pieza se movía y daban ganas de arrancarla, de echarla fuera de la boca con la lengua. Stalin ordenó que se llamara a un odontólogo de Moscú. Al final de la jornada le informaron de que el doctor Lipman y un protésico habían llegado en avión, y se encontraban en la dacha número tres.

-Que venga cuando haya terminado de instalarse dispuso Stalin.

Media hora después se presentaba el doctor, un judío de unos cuarenta años, bien parecido y afable. Había tratado ya a Stalin, que quedó satisfecho e incluso llegó a decir: «Tiene usted la mano más ligera que Shapiro.»

Shapiro había sido el predecesor de Lipman. Un buen especialista también. Pero a Stalin no le gustaban los médicos que preguntan, palpan, auscultan, recetan medicinas sin explicar nada, sin decir cuál es la enfermedad, para qué sirven sus prescripciones, se dan excesiva importancia y hacen de su profesión un misterio y un secreto. Todos estos rasgos resultaban particularmente desagradables en el pequeño y taciturno Shapiro.

Lipman, por el contrario, explicaba lo que hacía, decía a Stalin cómo tenía los dientes, cómo debía cuidar de la prótesis y, la primera vez que le extrajo una pieza, no arrojó el diente a la escupidera, como hacía Shapiro, sino que se lo mostró a Stalin, le mostró la raíz destruida y la razón de que hubiera forzosamente que extirparlo. Era una persona tranquila, comunicativa, de la que decía Stalin: «Le arranca a uno los dientes y le tiene con la boca abierta.»

Notaba que Lipman le temía, pero no tenía nada de particular porque todos le temían. Pero si a un dentista le temblaban las manos de miedo, podía cometer un desaguisado. Por eso trataba afablemente a Lipman. Aquel día le preguntó igual que siempre:

-¿Cómo está? ¿Qué tal en su casa? ¿Todo bien? -Aunque no sabía absolutamente nada de la casa ni de la familia de Lipman.

-Todo va bien, Iosif Vissariónovich. Gracias.

Lipman abrió su maletín, que era bastante grande, como uno de viaje, y sacó los instrumentos y el cabezal, que ajustó a un sillón. También le gustó a Stalin que empezara por colocar el cabezal. Shapiro lo hacía cuando Stalin estaba ya sentado en el sillón, y a Stalin le resultaba siempre desagradable que manipularan cualquier cosa a sus espaldas.

Después de colocar el cabezal y comprobar que estaba bien sujetado, Lipman invitó a Stalin a tomar asiento. Stalin se sentó. Lipman le puso una servilleta y, con un movimiento suave de las manos, hizo descansar la cabeza en el cabezal.

-¿Está cómodo?

-Sí.

-¿Qué le molesta?

-Una muela que se mueve, sobre todo cuando me quito la prótesis.

-Ahora veremos. -Lipman ofreció a Stalin un vaso de agua-. Enjuáguese, tenga la bondad... Así, bien... Ahora recline la cabeza, haga el favor... Así, magnífico...

Con leve movimiento, Lipman retiró la prótesis y tocó la muela. Tenía los dedos suaves y las manos exhalaban un olor agradable. Un médico que se cuidaba... Luego buscó un espejo entre los instrumentos colocados encima de un velador, miró otra vez la muela y dijo:

-Esta muela habrá que extraerla: no hay otra salida. Es una pieza que sólo puede causarle contratiempos. La prótesis no se sostiene en ella. Una muela en muy mal estado.

-¿Cuánto tiempo tardará?

-Pues... Espero que la herida cicatrizará en dos o tres días y tardaremos otro en hacer la prótesis. Pienso que cinco días en total.

-Y cinco días voy a andar desdentado -protestó Stalin, descontento.

-Desdentado, no -sonrió Lipman-. Sólo le faltarán los molares superiores. Claro que también podemos adaptarle provisionalmente esta prótesis -Lipman le dio vueltas a la que acababa de quitarle-, y entonces sólo le faltarán una pieza. Pero a la menor torcedura, puede perjudicar a la pieza sana por ser excesiva la carga. ¿Puede aguantar unos días?

-Está bien -accedió Stalin-. ¿Cuándo hay que extraerla?

-Cuando le parezca. Ahora, si quiere.

-¿Y mañana por la mañana?

-Puede ser mañana por la mañana.

-Hoy tengo invitados, y me parece violento recibirlos sin dientes, ¿no cree?

-Yo creo que a los invitados, si quieren comer, les conviene ante todo tener sus propios dientes -sonrió Lipman. Stalin se levantó. Lipman se apresuró a quitarle la servilleta.

-Descanse usted -dijo Stalin- y mañana por la mañana irán a buscarle después del desayuno.

Kírov llegó por la tarde. Stalin dijo a Zhdánov que le pusiera al tanto del trabajo que se llevaba a cabo con el manual de historia y le invitara a cenar.

Cenaron los tres: Stalin, Kírov y Zhdánov.

-Menos mal que has venido, Serguéi Mirónovich -indicó Stalin,

sentándose, como anfitrión, a la cabecera de la mesa-, porque Andréi Alexándrovich -señaló a Zhdánov con la cabeza- no come, no bebe, está aquí sentado como Jesucristo y quiere matarme a mí de hambre. Porque yo estoy de acuerdo con Chéjov: las enfermedades las han inventado los médicos. Hay que comer de todo, sin excesos, naturalmente, en cantidades sensatas. Las hierbas del Cáucaso son muy buenas para la salud... Y la fruta, y el vino seco. El vino georgiano es un buen vino. Come, bebe, y que todo te aproveche. Tú eres un hombre del Cáucaso, y ya ves lo que hay sobre la mesa. ¿O has olvidado en Leningrado lo que es el *jachapuri, el lobio o el satsivi?* [41]

-No se me ha olvidado -contestó Kírov riendo y sirviéndose de todo un poco-. No se me ha olvidado y sigue gustándome.

-No sé qué cocina estará ahora de moda en Leningrado -profirió Stalin, pensativo-. Antes la aristocracia apreciaba la cocina francesa y la gente del pueblo la alemana: las salchichas, los embutidos. ¿Y ahora?

-Ahora está de moda la cocina proletaria -repuso Kírov-: sopa de coles, borsch, carne picada, macarrones. El pueblo come lo que le damos por las cartillas de racionamiento.

-Claro, las cartillas -pronunció Stalin, siempre pensativo-. Las vamos a abolir.

Kírov no replicó: la abolición de las cartillas de racionamiento de productos a partir del primero de enero era cosa decidida.

-Este año se espera una buena cosecha -prosiguió Stalin-. Tiene que haber grano suficiente. Hemos recibido noticias del Kazajstán y hablan de una cosecha como no la ha habido en diez años. Esperan recoger veinticinco quintales por hectárea. Me temo que tu amigo Mirzoyán se vea desbordado por una cosecha semejante.

-Mirzoyán es un hombre enérgico. No fallará. Como si no hubiera oído la réplica de Kírov, Stalin continuó pensativo:

-Una cosecha abundante es una gran cosa, desde luego, pero también encierra el peligro de pillar a la gente por sorpresa, de generar euforia, placidez, despreocupación. Una buena cosecha es buena cuando ya está recogida, almacenada, sin fraudes ni pérdidas.

Kírov sabía que Stalin no decía nunca nada por decir, que si había sacado Kazajstán a colación no era fortuitamente. Por lo general no trataba asuntos en la mesa, y ese día los trataba. Empezaba desde lejos, hablando de cosas triviales. Era su manera de presentar las decisiones más inesperadas. Y volvía a la agricultura. Hacía un mes que Kírov había sido criticado en el pleno de junio por el incumplimiento de los planes, ya reducidos, de acopios de cereales y productos cárnicos. Los planes no habían sido reducidos. Se había procedido a la especificación habitual según los cultivos, cuyos planes habían sido reducidos en unos casos y elevados en otros. Pero Stalin se orientaba mal en estos asuntos porque no conocía la agricultura. Ni tampoco había ningún retraso, ya que, para la región de Leningrado, junio no era un mes decisivo en lo referente a los acopios. Sin embargo, Kírov no había objetado nada a la disposición: el partido se disponía a abolir el sistema de racionamiento y era preciso concentrar todas las fuerzas para abastecer de cereales al país, movilizar a todo el mundo y, si se zurraba a alguien, había de ser, naturalmente, a una organización del partido importante para que sirviera de advertencia a los demás.

[41] Platos típicos georgianos. Jachapuri es una empanada de requesón; lobio, una entrada fría a base de judías secas hervidas con salsa de tomate y cebolla, y satsivi, una salsa cuyos componentes esenciales son las nueces y las hierbas aromáticas. Es elemento tan importante que no se dice «pollo (pavo, pescado, etc.) al satsivi», sino «satsivi al pollo», etc.

Era una cosa habitual: Kirov no veía en este comportamiento ninguna asechanza contra él personalmente, aunque hubiera sido más provechoso tomar como ejemplo a la organización de Moscú, de la capital. Adolecía de los mismos defectos y los acopios se comenzaban allí antes. Pero la organización de Moscú estaba encabezada por Kaganóvich y Stalin no quería molestarle. Ése era un rasgo de su politiquería: agraviar a uno, recompensar a otro y enfrentarlos entre ellos. Stepán Shaumián había dicho un día: «Kobá tiene la mente y el carácter de una serpiente.» Pero Kirov estaba por encima de eso: cuando se resolvían problemas de partido no había lugar para los agravios personales. Además, Kirov despreciaba a Kaganóvich. En todo caso, Kirov admitió la decisión del Comité Central acerca del atraso de la región de Leningrado adoptada en el pleno de junio, pero no comprendía la conversación acerca de los acopios en el Kazajstán. Su participación en el manual de historia era una ficción. ¡Él no era historiador! Tampoco lo era Stalin, pero él sí se tenía por tal. ¿Para qué le habría llamado?

-En fin -prorrumpió de pronto Stalin-, no sé por qué nos hemos puesto de pronto a hablar de la cosecha, de Kazajstán, de Mirwyán. Lo único que nos ocupa aquí son las cuestiones de la historia. -Se volvió hacia Zhdánov-: ¿Ha puesto usted a Serguéi Mirónovich al tanto de cómo van las cosas?

-Una exposición previa solamente --contestó Zhdánov.

-Nosotros debemos tomar la ciencia histórica en nuestras manos -profirió sombríamente Stalin-. de lo contrario caerá en manos ajenas, en manos de los historiadores burgueses. Aunque tampoco los nuestros son mejores. Sin hablar ya de Pokrovski, que, de hecho, también es un historiador burgués.

-Pokrovski ha tenido indudablemente sus errores -objetó Kirov-, pero Lenin le valoraba de otro modo...

Stalin no apartaba de Kirov su mirada inquisitiva.

-¿Y cómo le valoraba Lenin?

-Usted conoce, naturalmente, la carta que le escribió a Pokrovski acerca del *Breve compendio de la historia rusa*.

-¿Y qué le escribió a Pokrovski?

Sabía lo que escribió Lenin a Pokrovski, lo sabía a la perfección, pero quería pescarle a él en alguna imprecisión.

-No recuerdo el texto palabra por palabra... Se podría consultar porque la carta se publicó varias veces. Pero Lenin le felicitaba por su acierto, decía que le había gustado mucho el libro y que debía ser traducido a otras lenguas.

-Sí -concedió Stalin-. Es cierto que Lenin le hacía esos cumplidos. Pero a renglón seguido propuso completar el libro con un índice cronológico para que no hubiera superficialidad... En esa observación está la esencia de la valoración de Lenin.

-Yo no soy historiador -objetó Kírov-, pero no pienso así. La valoración general estaba clara, era precisa y elogiosa. La propuesta de redactar un índice cronológico es sólo una adición parcial que no excluye la valoración general positiva. Pokrovski escribió su libro en mil novecientos veinte y su libro fue, en realidad, la primera tentativa de enfocar la historia de Rusia desde las posiciones del marxismo-leninismo. Y este libro, destinado a las amplias masas, lo escribió por encargo de Lenin. Con todas sus insuficiencias, tenía grandes virtudes y por él estudiamos nosotros. Claro que la ciencia ha adelantado y probablemente hace falta ahora un manual nuevo. Pero denigrar el trabajo de Pokrovski como lo hacen algunos historiadores es injusto; acosarle como le acosaron los últimos años es inadmisible. Pokrovski era indudablemente un hombre honrado...

-¿Ves tú? -sonrió Stalin-. y dices que no entiendes de historia... En esa materia nos puedes a todos. Y tienes razón: hay que escribir un manual de historia nuevo. Para eso te he invitado a venir. Tú no querías y resulta que eres quien más falta hace aquí. Pero ahora no se trata de Pokrovski. Me refiero a algunos miembros del partido, viejos miembros del partido. La camarada Nadezhda Konstantínovna, por ejemplo, también se dedica ahora a la historia. ¿Has leído sus recuerdos acerca de Lenin?

-Sí -asintió Kírov.

-¿Y el artículo de Pospélov en *Pravda* acerca de esos recuerdos?

-También.

-Un buen artículo, inteligente. -Stalin se giró un poco, tomó una carpeta de encima de una mesita, hojeó su contenido, extrajo un recorte de *Pravda*, pasó la mirada por algunos lugares subrayados con lápiz rojo-. Aquí está... Pospélov escribe: «... Krúpskaia exagera acríticamente el papel de Plejánov en la historia de nuestro partido y presenta a Lenin como respetuoso discípulo de Plejánov.» La idea es justa. ¿Por qué? Porque Krúpskaia considera a estas figuras desde un pasado lejano, mientras que Plejánov las considera desde el día de hoy. Y partiendo de la experiencia del día de hoy, nosotros no podemos ahora ni siquiera colocar a estas dos figuras en el mismo plano, con todo nuestro respeto por Plejánov y por mucho que valoremos su actividad.

Kírov continuaba escuchando atentamente a Stalin. Recordaba muy bien el artículo de Pospélov. Y, naturalmente, no se trataba de Plejánov. Lo que se incriminaba eran las siguientes frases de Krúpskaia: «Después de octubre comenzaron a promoverse a primer plano personas a las que las condiciones de la pasada clandestinidad no habían permitido desplegarse... A esas personas pertenecía el camarada Stalin.» Al leer estas líneas, Kírov se había imaginado muy bien la ira que le causarían a Stalin y comprendió que la respuesta no se haría esperar. Así fue. Contestó Pospélov en *Pravda* con un largo artículo donde criticaba diferentes puntos de las memorias para sentar

luego la siguiente tesis principal: «También en el período de clandestinidad el papel dirigente de organizadores y líderes del partido de tanto prestigio como Stalin y Sverdlov era absolutamente evidente para los principales cuadros bolcheviques que no trabajaban en el extranjero sino directamente en Rusia.» Eso no era así, desde luego. Pero Stalin no soportaba la menor enmienda a la versión de que, antes de la revolución, era ya el segundo hombre del partido, de que Lenin dirigía el partido desde el extranjero y él, Stalin, lo dirigía dentro de Rusia. Esto no correspondía a la realidad, pero contribuía a cohesionar al partido en torno a la nueva dirección, y Kírov admitía esta versión. Sin embargo, una cosa era aceptar la versión como necesidad política y otra cosa creer sinceramente en ella.

Stalin esbozó una sonrisa.

-A todos les ha dado ahora por las memorias. Incluso a Avel Enukidze. Volviéndose de nuevo hacia la mesita, Stalin extrajo de la misma carpeta el folleto de Enukidze y se lo mostró a Kírov.

-¿Lo has leído?

Kírov había leído el folleto de Enukidze y comprendía lo que le molestaba a Stalin en él. Por un instante tuvo el impulso de decir que no lo había leído, eludiendo así la conversación. Pero Stalin le habría propuesto entonces leerlo y, de todas maneras, la conversación sería inevitable.

-Sí... Lo he hojeado... Lo he visto...

Stalin captó la ambigüedad de la respuesta.

-Lo has hojeado, lo has visto -repitió-. Pues bien: de este folleto resulta que la existencia de la imprenta Nina sólo era conocida de tres personas: Krasin, Enukidze y Ketsjoveli. ¿Cómo sabe eso Avel Enukidze?

-Era uno de los dirigentes de la imprenta.

-Justamente: uno de ellos... Pero también estaban Krasin y Ketsjoveli. Éste, Ketsjoveli, no me ocultó nunca la existencia de esa actividad. Krasin y Ketsjoveli han muerto. Sólo queda Avel Enukidze, pero el hecho de que aún viva no le da derecho para presentar la historia de la imprenta como él quiera y no como fue en realidad.

-Al parecer, Enukidze ignoraba que estuviera usted al tanto del asunto -repuso Kírov-. Probablemente estaba convencido de que se cumplía al pie de la letra la directiva de Lenin.

-¿Qué directiva? -inquirió Stalin con suspicacia.

-La directiva de que la existencia de la imprenta sólo debía ser conocida por Krasin, Enukidze, Ketsjoveli y los tipógrafos. -¿Cómo sabes que existía esa directiva?

-Es un hecho generalmente conocido.

-¿Cómo que «generalmente conocido»? Eso se lo inventó Enukidze y todos se lo creyeron. La imprenta dependía, efectivamente, del centro extranjero. Pero, ¿significa eso que yo no supiera nada de ella? En efecto, la dirigía personalmente Lenin. Pero eso no significa en absoluto, como escribe Enukidze, que ni una sola persona estuviese enterada aparte de ellos. Y si el camarada Enukidze lo cree efectivamente así, ¿por qué no ha comprobado estos hechos con los que estaban entonces en Bakú? ¿Por qué ha sacado a relucir eso precisamente ahora? ¿Por qué recalca precisamente esa circunstancia? ¿Para qué ha tenido que hacerlo? Ha tenido que hacerlo para desmentir la tesis de la continuidad de la dirección, para demostrar que la actual dirección del Comité Central no es la heredera directa de Lenin; que, antes de la revolución, Lenin no se apoyaba en los actuales dirigentes del partido, sino en otras personas y, más aún, que en aquellas personas confiaba y no confiaba en los actuales dirigentes. ¿A qué molino lleva el agua el camarada Enukidze?

-No creo que el camarada Enukidze haya tenido ese propósito -objetó Kírov-. Pienso que ha contado, sencillamente, lo que sabía.

Él podía no estar enterado de que Ketsjoveli le informara a usted. Estoy seguro de ello.

-No veo en qué fundas esa seguridad -replicó fríamente Stalin-, no veo en qué fundas esa seguridad. El camarada Enukidze no ha entrado ayer en el partido, el camarada Enukidze es miembro del Comité Central del partido, el camarada Enukidze tiene la obligación de reflexionar sobre las consecuencias políticas de sus actos, el camarada Enukidze tiene la obligación de comprender a qué intereses sirve hoy su folleto. Si ese folleto lo hubiera escrito un historiador corriente, se podría pasar de largo: los historiadores pueden equivocarse, los historiadores están dominados a menudo por los hechos históricos desnudos, los historiadores, como norma, son malos dialécticos y peores políticos. Pero ese folleto no lo ha escrito un historiador corriente, sino un dirigente del partido y del Estado. ¿Con qué fin lo ha escrito? ¿Le ha dado por las memorias? Es pronto. El camarada Enukidze es un hombre joven todavía, tenemos aproximadamente la misma edad y yo no me considero viejo, pero no pienso ponerme a escribir memorias. Eso no son memorias; eso es un acto político, un acto tendente a desestimar a la actual dirección del partido. Ésa es la meta que se ha trazado el camarada Enukidze.

-Me parece que lo pone usted demasiado negro -objetó Kírov, frunciendo el ceño-. Sencillamente, Enukidze no tiene por qué escribir folletos, puesto que no es historiador ni escritor. Pero yo dudo de que quiera desestimar a la dirección del partido. Es un hombre honrado, sincero y le tiene a usted afecto.

Por debajo de las cejas, Stalin clavó la mirada en Kirov. Tenía los ojos amarillos como los de un tigre. Más irritado, y con el acento georgiano más pronunciado a medida que se irritaba, dijo:

-La honradez, la sinceridad y el afecto no son categorías políticas. En política sólo existe una cosa: el cálculo político. La conversación se hacía penosa. Últimamente iba resultando difícil hablar con Stalin, en particular cuando se irritaba.

-Se puede enmendar al camarada Enukidze -prosiguió Kirov en tono conciliador-; se le puede indicar su incompetencia en cuestiones de historia.

-Sí -replicó Stalin-; en el caso de que lo hubiera escrito un historiador, podría enmendarlo otro historiador. Pero lo ha escrito un miembro del Comité Central, uno de los altos dirigentes del país.

Quien le enmiende la plana ha de tener el mismo nivel -miró fijamente a Kirov-. Tú has estado cinco años al frente de la organización del partido de Bakú: tu palabra sería la de mayor autoridad.

Kirov estaba asombrado. Nunca había ocurrido una cosa así. Él, miembro del buró político, debía dar públicamente fe de que Stalin había dirigido la imprenta clandestina Nina, de cuya existencia ni siquiera estaba enterado, pues en eso tenía razón Enukidze. ¿Por qué se le hacía esa sugerencia a él? ¿Para contrastar su lealtad? Ya estaba bastante contrastada; y, si había que hacerlo otra vez, que no fuera en ese ejemplo.

-Yo nunca me he dedicado a la historia -objetó Kirov-, ni estoy al corriente de esta cuestión concreta. Además yo no estaba en Bakú durante ese período.

-Bueno -replicó Stalin con calma-: si es no, pues no. Espero que haya en el partido camaradas capaces de contestar a Avel Enukidze. -Se volvió hacia Zhdánov-. El Comité Central no tiene por qué ocuparse de esta cuestión. No es una cuestión de todo el partido, sino de una sola de sus organizaciones: la de Transcaucasia. Que la organización del partido de Transcaucasia se ocupe de su historia. Llame al camarada Beria y expóngale el punto de vista del Comité Central. Él es el secretario del Comité comarcal de Transcaucasia, conque el asunto es de su competencia.

11

A la mañana siguiente, después del desayuno, Stalin mandó llamar al dentista.

Lipman llegó con su maletín, ordenó los instrumentos, preparó una escupidera, hizo sentar a Stalin en el sillón y le puso una servilleta.

-¿Qué tal ha dormido? -preguntó Stalin.

-Maravillosamente. -Lipman preparaba la jeringuilla-. No puede haber nada mejor que este silencio, esta calma... Con suave movimiento, apoyó la cabeza de Stalin en el cabezal y le pidió que abriera la boca.

-No sé si le pasará igual a todo el mundo, pero a mí siempre me relaja el rumor del mar...

Stalin creyó notar un leve pinchazo en la encía, aunque quizá fuera una figuración, ya que por el rostro de Lipman no se podía colegir nada: seguía contemplándole la boca y sonriendo. Luego se echó hacia atrás, posó las manos sobre las rodillas y dijo con la misma sonrisa:

-Esperaremos un poco a que haga efecto la anestesia. Puede usted cerrar la boca, puede hablar, puede caminar, aunque es preferible que permanezca sentado.

La encía se insensibilizaba, parecía adquirir más peso. A Stalin le habían extraído ya otras piezas con anestesia local, pero no recordaba cuánto había que esperar para que hiciera efecto.

-¿Habrá que esperar mucho? -preguntó.

-Pienso que unos diez minutos. Abra otra vez la boca para que yo vea. Miró otra vez, pasó un instrumento metálico por las encías. -Ya falta poco. Miraba a Stalin con calma y agrado. Había puesto bien la inyección, sin causar ningún daño, y el camarada Stalin debía estar contento.

Efectivamente, Stalin apreciaba a las personas entendidas en su profesión, que la dominaban. Aquel dentista viviría seguramente cien años: estaba satisfecho de su trabajo, de su vida, de su posición.

Trabajaba en el Kremlin, atendía a los miembros del buró político, tendría un buen racionamiento, y habría gente que le envidiaría porque envidiosos siempre hay. Pero, al parecer, él no les daba beligerancia: era un hombre sin ambiciones, como la mayoría aplastante de los que viven sobre la tierra. En tiempos, siendo muy joven, por ellos había comenzado ÉL la lucha hasta comprender los otros motivos, los verdaderos. Pero ahora ÉL dirigía a aquellas gentes, que creían en él como en Dios -y en Dios sólo se puede creer ciegamente-, que le llamaban padre SUYO, porque las gentes sólo respetan la mano dura y severa, pero firme y segura, del padre. Y también aquel médico le

era fiel sólo por el hecho de haber estado en contacto con ÉL. También necesitaba gente así en su entorno. No sólo guardianes-mastines, no solamente ayudantes ambiciosos, sino también hombres sencillos, modestos, que le tuviesen afecto a ÉL y le fuesen leales a ÉL.

Lipman, sentado al lado, consultaba su reloj, sonreía a Stalin, le pedía de vez en cuando que abriera la boca para pasárselo un instrumento metálico por las encías y, la última vez, le mostró a Stalin las tenazas con la muela extraída.

-¿Cuándo ha sido? Ni siquiera lo he notado.

-Es que le puse anestesia. Además, que apenas se tenía. Se podía haber arrancado con los dedos, como decimos nosotros.

-¿Y por qué no lo ha hecho así?

-Porque, entonces, sí lo habría notado usted. Stalin echó en la escupidera la saliva ensangrentada, se enjuagó la boca y volvió a escupir.

-Le ruego que no coma nada en dos horas -Lipman le ofreció una servilleta limpia para que se enjugara los labios- ni tampoco nada caliente en todo el día de hoy.

Tomó la prótesis que había encima de la mesa y le dio unas vueltas entre los dedos.

-Está bien hecha, y el material es perfecto: una aleación de oro, platino y paladio. Ahora no le servirá ya. Haremos una nueva. Pero quizás fuera mejor hacer una prótesis sencilla. ¿Qué le parece, Iosif Vissariónovich?

-¿Qué quiere decir sencilla?

-Mire usted: en ésta, las piezas están unidas por una placa metálica y nosotros podríamos hacer una prótesis fundida de resina.

-¿Y para qué?

-Esta prótesis, la prótesis esquelética, se sujetó en los dientes con estos dos ganchos, o retenedores. Mientras la prótesis es ligera, los dientes que la sujetan no sufren. Pero la suya tiene ya siete piezas postizas, y eso es mucho peso. Como a la próxima prótesis tendremos que añadirle otra pieza, resultará más pesada aún y las piezas que la sujeten tendrán una carga mayor. La prótesis de resina, en cambio, se pega al paladar y puede soportar cualquier número de dientes.

-Usted quiere hacerme una prótesis de anciano.

-No. Los ancianos llevan prótesis completa porque no tienen ningún diente, mientras que usted sí los tiene y ojalá los disfrute muchos años.

Unos años atrás, cuando le extrajeron unos molares, le propusieron por primera vez a Stalin colocarle una prótesis y se llevó un disgusto. ¡Se acabó! ¡Era un viejo con dentadura postiza! Había visto a gente que se quitaba la dentadura por la noche y la dejaba en un vaso. Así hacía Solts, que entonces no era viejo todavía, cuando estuvieron viviendo en un piso clandestino en Petersburgo y entonces vio Stalin por primera vez una dentadura postiza. Cuando Solts hablaba, y hablaba siempre atropelladamente, se le desprendía la dentadura, él la retenía con la lengua, farfullaba, pronunciaba las palabras confusamente.

No resultaba nada agradable.

Pero los médicos le explicaron que no le proponían una dentadura postiza, sino una placa de oro en la que irían fijados los molares postizos y así podría masticar normalmente. Le hicieron la placa, se habituó a ella, no le molestaba y no notaba la falta de sus dientes. Luego, cuando le extrajeron dos piezas más, le propusieron la solución que también proponía ahora Lipman, arguyendo los mismos argumentos, pero él se negó. Entonces le hicieron la prótesis esquelética que ahora tenía Lipman entre los dedos y, a despecho de todas las advertencias, aquella prótesis le había hecho un buen servicio.

Ahora, Lipman volvía a proponer que le hicieran una prótesis de viejo. Lipman no brillaba por su inteligencia: veía en ÉL a un paciente olvidándose de que a ESE paciente le contemplaban millones de personas y él no podía aparecer ante ellas con una dentadura que se desprendiera, que no podía farfullar ni hablar como si tuviera la boca llena de sopas.

-Hágala de oro -indicó Stalin.

Lipman no se atrevió a levantar más objeciones.

-Está bien, como guste. Si la herida le molesta, tome un comprimido de piramidón. En caso de necesidad, llámeme. Y permítame ver mañana cómo cicatriza.

-Mañana irán a buscarle a esta misma hora.

Lipman se marchó. Stalin se acercó a un espejo, abrió la boca, se miró la dentadura... El cuadro no era muy halagüeño: solamente cinco dientes en el maxilar superior, unos dientes amarillos del tabaco... ¡Bah! Zhdánov le soportaría unos cuantos días con sólo cinco dientes. Y Kirov también le soportaría.

Al pensar en Kirov, hizo una mueca. No quería entrar en la lucha, no quería robustecer la dirección del partido.

Aquel día, Stalin no recibió a nadie: que pasaran los efectos de la anestesia y se cicatrizará la herida. Según había prescrito el doctor, no comió nada en dos horas y de comida le sirvieron sopa de remolacha fría y filetes de carne

picada tibios. Bien pensado, puesto que no tenía con qué masticar. La herida no le dolía, la encía tampoco, de modo que no necesitó tomar piramidón.

Por la mañana llegó Lipman, le miró la boca y dijo satisfecho:

-Todo va bien. Pasado mañana empezaremos.

-¿Descansa usted bien? -preguntó Stalin-. ¿No se aburre?

-¿Cómo voy a aburrirme, Iosif Vissariónovich? Con el mar al lado, la playa. Además, encima de la mesa escritorio he encontrado papel y lápices afilados y me he puesto a escribir.

-¿Qué escribe usted?

-Un trabajo especial sobre prótesis.

-Le deseo suerte.

Stalin comió y cenó solo. No quería presentarse en el comedor sin dientes. Pero había que trabajar. Por la tarde llegaron Zhdánov y Kirov y estuvieron en la terraza viendo los periódicos.

-De manera que Hitler es führer de por vida del pueblo alemán y canciller del Reich.

-Todavía es capaz de proclamarse emperador -rió Kírov.

-Esa tontería, no la hará -observó Zhdánov.

-Ciento -corroboró Stalin-, no tiene sentido: emperadores ha habido muchos, pero führer vitalicio, solamente él. Además, como no tiene hijos, no fundará una dinastía... -Su mirada se deslizaba por la hoja del periódico-. Otro artículo de Zinóviev. Escribe todos los días. En cualquier periódico que se abra ha de tropezar uno sin falta con Zinóviev, Kámenev, Radek. No hacen más que escribir, y venga a escribir...

-Como no tienen otra cosa que hacer, pues escriben -dejó ir Zhdánov.

-Lo curioso -prosiguió Stalin- es que en cada artículo se magnifica al camarada Stalin: que si es así, que si es así, que si es grande, que si es genial, que si es sabio, casi más que Marx, Engels, Lenin. ¿A qué vienen esas alabanzas? ¿Puede Zinóviev alabar sinceramente al camarada Stalin? ¡No puede! Él odia al camarada Stalin. Eso significa que miente, que no escribe lo que piensa. ¿Por qué miente, si sabe perfectamente que nadie, incluido el camarada Stalin, nadie le cree? ¿Por miedo? ¿A quién le tiene miedo si nadie le hace nada?

-Quiere demostrar que ha depuesto las armas, que no pretende nada -repuso Kírov.

-Admitamos que sea así -concedió Stalin-. Es poco probable, pero admitámoslo. Pero se humilla. Y la humillación propia nunca la olvida nadie. Todo se puede olvidar: los agravios, las ofensas, las injusticias; pero las humillaciones no las olvida ni una sola persona, eso va en la naturaleza humana. Los animales salvajes se persiguen, se pelean, se matan, se devoran entre sí, pero no se humillan. Únicamente los hombres se humillan los unos a los otros. Y ningún hombre olvida su humillación ni perdonará nunca a la persona ante quien se ha humillado. Por el contrario, siempre lo odiará. Y cuanto más elogie Zinóviev a Stalin, cuanto más se humille ante él, más odiará al camarada Stalin. Radek también se deshace en elogios, pero Radek es un charlatán, un hombre carente de seriedad, que ayer ensalzaba a Trotski, hoy a Stalin y mañana, si es preciso, ensalzará a Hitler. A ése dale un bocadillo de mostaza, y se lo zampará, se relamerá y dará las gracias encima. Pero Zinóviev y Kámenev, no; ésos tienen otras ambiciones, han aspirado siempre y siguen aspirando a ser líderes. Además que han recibido refuerzos, se les han juntado Bujarin y Ríkov con toda la pandilla. Kírov se encogió de hombros.

-¿Qué vínculo puede haber entre Zinóviev y Bujarin?

-Sin embargo -profirió suavemente Zhdánov-, Bujarin acudió a Kámenev, aunque sea por la puerta de servicio, buscando una alianza. Zhdánov le agradaba a Kírov. Sin embargo hay cuestiones que los miembros del buró político debaten sólo entre ellos. Zhdánov no era miembro del buró político. Stalin había entablado aquella conversación a propósito, para demostrar que no había diferencia entre Kírov y Zhdánov.

-Mire usted, camarada Zhdánov -refutó secamente Kírov-, eso fue hace ocho años, cuando la dirección del partido no se había estabilizado aún, cuando Zinóviev y Kámenev aspiraban al poder. Ahora comprenden a la perfección que no tienen ya probabilidades, se han avenido con su situación, con su derrota, aunque sólo sea porque han estado arrepintiéndose muchos años, están comprometidos y, creo yo, no esperan ya nada.

Zhdánov iba a contestar, pero Stalin le detuvo con un ademán:

-Los políticos aspiran siempre al poder. Y cuanto más se humillan, más esperan vengar sus humillaciones. Sus humillaciones no se las perdonarán a nadie, y a ti y a mí menos todavía. Zinóviev consideraba que Leningrado era feudo suyo y en vísperas del Decimocuarto Congreso la organización de Leningrado votó por Zinóviev en contra del partido. Pero ahora la organización de Leningrado está encabezada por el camarada Kírov desde hace ocho años y la organización de Leningrado sigue al camarada Kírov. La organización de Leningrado no conoce ya a Zinóviev: conoce solamente a Kírov. ¿Te perdonará eso Zinóviev? No, no te lo perdonará. Y a la primera oportunidad se vengará de ti.

-Habla usted de cosas incomprensibles -Kírov se encogió de hombros-. Yo no comprendo, no veo ni me imagino cómo, por qué vía y con qué manos se proponen vengarse de mí.

-Manos, siempre se encuentran -replicó Stalin-; para una cosa así, siempre se encuentran manos. Y más fácilmente se encontrarán en Leningrado, donde hay muchos amigachos de Zinóviev que tú no quieras extirpar, dando crédito a todos esos que, según tú, se han arrepentido, y han depuesto las armas.

Stalin miraba fijamente a Kírov. Unos ojos ajenos, un rostro marcado por la viruela. La verdad es que las marcas de viruela estropean una cara, y notó una sensación desagradable. A primera vista parecía una cosa sin importancia. Y sin embargo resultaba desagradable. Aquellas marcas de viruela recordaron a Kírov que también él las tenía.

-Camarada Stalin -manifestó Kírov con firmeza-, la organización de Leningrado votó en el año veinticinco a favor de Zinóviev. Pero en el año veintiséis votaba ya por nosotros, por el Comité Central. Eran los miembros de base del partido. En el año veinticinco, la dirección del partido los instó, a decir verdad, les ordenó desde arriba a que votaran por la dirección leningradense. No hacerlo significaba faltar a la disciplina de partido. Éstos son, lamentablemente, fallos del centralismo democrático: cualquier organización del partido puede seguir temporalmente a su dirección por un camino equivocado. Los miembros de base del partido no tienen la culpa de ello y a nosotros no nos asiste el derecho de castigarlos.

-«Los miembros base del partido» -sonrió irónicamente Stalin-; no serán muy buenos si el secretario de un comité de distrito puede enfrentarlos al partido, a su Comité Central. Los comunistas de Leningrado no son tan simples como quieras presentarlos aquí. Hasta hoy siguen considerando su ciudad como la cuna de la revolución y considerándose ellos como la vanguardia de la clase obrera rusa. Y otra cosa: en Leningrado no quedan solamente los que votaron por disciplina de partido, sino también los que los obligaron a votar. También alardean de arrepentidos, pero su arrepentimiento no se diferencia en nada del arrepentimiento de Zinóviev y Kámenev: esperan su hora, comprenden que esa hora puede sonar al menor jaleo que se produzca en el partido, en el país, en el Estado. Bastaría eliminarme a mí, eliminarte a ti o a dos o tres miembros del buró político para que se armara ese jaleo, que ellos aprovecharían inmediatamente: son políticos con experiencia. Y, desde luego, ni tú ni yo podríamos esperar cuartel de ellos. Si alcanzaran el poder, a todos nos exterminarían hasta la tercera generación. Y tú te fías de ellos, les dejas la rienda suelta. ¿Crees que te lo iban a agradecer? ¡Qué va! Por cierto, que tú te paseas por las calles de Leningrado, te sientas en el patio de butacas cuando vas al teatro. Eso es arriesgado, muy arriesgado. ¿No lo comprendes? ¿Es que va a tener que adoptar el buró político una decisión especial acerca de tu protección?

-Ruego que no se tome ninguna decisión de ese género -se apresuró a protestar Kírov-. Tengo una guardia suficiente y segura.

-Eso te parece a ti -objetó Stalin-; pero el buró político puede tener otra opinión al respecto. Existe un orden determinado para la protección de los miembros del buró político y tú eres el único que lo altera.

-Llevo ocho años en Leningrado -explicó Kírov-, y en estos ocho años no ha sucedido nada. Ni siquiera ha habido el menor asomo de peligro.

-No ha sucedido ayer, no ha sucedido hoy, pero mañana puede suceder -objetó Stalin-. Nada es eterno, nada es infinito. La llegada de Hitler al poder cambia radicalmente la situación. Ahora las fuerzas oposicionistas que hay en nuestro país reciben el apoyo de los afanes militaristas de Alemania. Es indudable que esos afanes militaristas están dirigidos, ante todo, hacia Occidente. Pero Occidente trata de volverlos hacia nosotros. Este giro de los acontecimientos puede crear una situación de crisis en nuestro país. ¿Quién se aprovechará primero de ello? Las fuerzas de oposición... ¿Qué fuerzas de oposición tenemos en nuestro país? ¿Los monárquicos? ¿Los kadetes? [\[42\]](#)

¿Los socialistas-revolucionarios? ¿Los mencheviques? Ya no existen, han sido barridos para siempre, son incapaces de renacer. El pueblo se ha vinculado para siempre con el sistema soviético. Quiere decirse que el único peligro proviene de las fuerzas oposicionistas dentro del sistema soviético, dentro del partido. ¿Quiénes son? Los trotskistas, los zinovievistas, los bujarinistas. ¿Lo comprenden ellos? Es indudable que sí. Y mientras tanto maniobran. Su tarea principal es la supervivencia, la conservación de sus cuadros. ¿Son pocos? ¿Unos miles? ¿Y cuántos éramos los bolcheviques en el año diecisiete? También unos miles. Pero nosotros aprovechamos adecuadamente la situación y vencimos. ¿Qué fundamento tenemos para suponer que hombres como Zinóviev, Kámenev, Bujarin, no sepan aprovechar una situación propicia teniendo a su espalda no unos miles, sino decenas de miles de partidarios emboscados? ¿No iban a apoyar a Zinóviev todos los antiguos mencheviques? ¿No iban a apoyar a Bujarin los kulaks desposeídos de sus bienes, los socialistas-revolucionarios, los kadetes? Consideran a Zinóviev y a Bujarin como un trampolín, como figuras provisionales, pero las únicas admisibles en una situación crítica dada porque los conoce el pueblo y los conoce el partido. Y eso de que se arrepintieron, de que reconocieron sus errores, eso nadie lo va a recordar. Con los errores garrafales que cometieron Zinóviev y Kámenev en el año diecisiete, y nada: todo se les perdonó, todo se olvidó. Quince años se había pasado Trotski luchando contra Lenin, y en cuanto se unió a los bolcheviques, todo le fue perdonado y todo se olvidó. Al pueblo no le interesa el pasado de un político, sino lo que representa ahora, en este momento.

[\[42\]](#) Miembro del K D T, según las siglas rusas del Partido Constitucional Demócrata.

Todo eso, Zinóiev, Kámenev y Bujarin lo saben a la perfección: es estrategia elemental. Para ellos, lo esencial es supervivir, aguardar su hora. En ese aspecto, son más astutos que Trotski. Trotski fue un mal político, atacaba de frente y sus cuadros hacían lo mismo. Por eso los conocemos a todos y no los perdemos de vista. Zinóiev y Bujarin tienen más picardía: capitularon en el momento oportuno, no desenmascararon sus cuadros, y esos cuadros se han emboscado y están dispuestos a entrar en acción en cualquier momento. Son muchos, muchísimos: todos los que se consideran agraviados en el partido, todos los que se consideran agraviados en el país. Constituyen un potencial grande y peligroso. Y «nosotros» protegemos ese potencial, lo conservamos, lo defendemos.

-¿Se refiere usted a Leningrado? -inquirió Kírov.

-Sí -replicó duramente Stalin-, me refiero a Leningrado como baluarte incombustible de la oposición y al camarada Kírov como al hombre que no quiere echar a bajo ese bastión.

-Eso no es así -objetó Kírov con calma-. La historia del partido nos enseña otra cosa. En el partido ha habido siempre divergencias en las cuestiones de estrategia y de táctica, ha habido debates y discusiones. Pero cuando el partido adoptaba una decisión, terminaban las discusiones, no existía ya oposición alguna y ninguno de los antiguos oposicionistas se apartaba del partido. Por el contrario, Lenin nos enseñaba a tener una actitud benéfica y de compañerismo con los que habían errado en unas cuestiones u otras. Yo afirmo con plena responsabilidad que no hay trotskistas, zinovievistas ni bujarinistas en la organización de Leningrado. Claro que tropezamos con algunas tendencias antipartido y antisoviéticas; pero, en lo fundamental, parten de las clases burguesas y no tienen nada que ver con la antigua oposición. Y los obreros comunistas leningradenses que votaron por Zinóiev en el año veinticinco han roto hace mucho tiempo con él y hace mucho tiempo que le han olvidado. Lo que no puedo hacer, ni haré, es tomar represalias, al cabo de ocho años, por el hecho de que votaran por su dirección obedeciendo a la disciplina de partido. Si estima usted mi política equivocada, puede retirarme de Leningrado; pero, mientras yo esté en Leningrado, no modificaré esta política.

La tensión que durante todo ese tiempo se había notado en Stalin cedió de pronto y dijo con calma, incluso con indiferencia:

-El partido no puede tener una política distinta para cada ciudad, el partido tiene una política única para todo el país, y todo secretario de un comité regional debe supeditarse a esa política. La línea a seguir con respecto de los antiguos zinovievistas la discutiremos en el buró político. Pero de aquí a que la discutamos, quiero que seas precavido, que tomes en consideración mis advertencias: los zinovievistas rebullen. Yo dispongo de una información más amplia que tú. Eras demasiado confiado, Serguéi Mirónovich. Cuida de que esa excesiva confianza no te juegue una mala pasada.

-¿En qué sentido?

-A Zinóiev y a Kámenev sólo los has visto en las tribunas de los congresos, mientras que yo los conozco a fondo. Kámenev y yo estuvimos deportados juntos. Son falaces, embusteros, engañosos y fariseos. Y los que los siguen también son unos miserables, unos mentirosos y unos fariseos. No te fíes de ellos porque son capaces de todo. Y te odian. Y cuanto más les consientas, más te odiarán. Te advierto que ésa es una de las razones por las cuales es deseable tu traslado a Moscú. Si en tu lugar llega otra persona y dirige igual de bien Leningrado, comprenderán que no se trata sólo del camarada Kírov, sino que se trata del partido y que los comunistas leningradenses no siguen simplemente al camarada Kírov, sino que siguen al partido. Y no la tomarán con tu sucesor. Ten en cuenta que eres secretario del Comité Central y debías haberte trasladado hace ya tiempo a Moscú. Un secretario del Comité Central debe vivir en Moscú. Quédate en Leningrado hasta la supresión de las cartillas de racionamiento. Los leningradenses recordarán que estabas allí en ese momento, éste será, en cierto modo, tu acto de despedida, y vente a Moscú.

Kírov bajó la mirada, conteniendo un estallido de cólera. La alusión a su ansia de popularidad resultaba burda. La cosa estaba clara: Stalin quería retirarle de Leningrado, quería tenerle al lado, en Moscú, quería lograr su total subordinación.

-Camarada Stalin -insistió Kírov-, le ruego no retirarme de Leningrado hasta que no se haya terminado la reconstrucción de la ciudad. Yo la he comenzado y quiero terminarla.

Kírov pronunció estas palabras dando a entender por el tono que aquélla era una decisión definitiva.

Stalin lo comprendió y preguntó con calma:

-¿Y cuándo debe quedar terminada la reconstrucción?

-Espero que al final de este plan quinquenal.

-Bueno -bromeó Stalin-, pues procuraremos terminar el plan quinquenal en cuatro años para tenerte antes en Moscú.

Varia llegaba al trabajo a las nueve en punto, colocaba en el tablero el plano que debía copiar, ponía encima el papel cebolla azulenco, ligeramente azulenco, ligeramente engrasado como le había enseñado Lióvochka, con lo cual adquiría la transparencia del cristal, el plano se veía a la perfección y la tinta china no se corría. El plano lo preparaba Lióvochka, que, ascendido a delineante de primera, había pasado el trabajo a lápiz, lo que le daba una posición bastante alta. Era un buen muchacho y, como no había cursado estudios técnicos, estaba muy orgulloso de su ascenso. Ígor Vladimírovich hacía el croquis, del que Lióvochka sacaba el plano en papel cartulina, y Varia lo copiaba. El reproducible era enviado a la máquina copiadora, de donde salían los calcos al ferroprusiato. Estas copias de trabajo se pasaban a las obras, que estaban allí al lado. Con los planos de Lióvochka se trabajaba sin dificultad. Tenía un «buen trazo», como decían entre ellos, y sus planos eran muy pulcros y de gran calidad. Al entregarle un plano a Varia, le explicaba a grandes rasgos su destino: ventanas, puertas, un detalle del vestíbulo del hotel, el vestíbulo de algún piso, la sala de banquetes del restaurante. Sin entrar en detalles. De los detalles, se ocupaba Ígor Vladimírovich, que salía de su despacho, se paraba junto a Varia y explicaba, inclinado sobre el plano, que una línea representaba tal cosa y otra línea tal otra cosa... Decía benévolamente:

-Si hay algo que no entienda, pregunte usted, no le dé reparo... Según decían Lióvochka y Rina, lo mismo hacía con ellos cuando eran simples copistas porque no quería que realizaran su trabajo mecánicamente, sino que lo comprendieran. Hay jefes que se limitan a mirar un trabajo y decir:

-No muchacho, esto no sirve... Quita esa hoja y empieza otra vez.

Ígor Vladimírovich nunca decía esas cosas y no se conducía sólo como un jefe, sino también como un pedagogo. El resultado era que Ígor Vladimírovich se comportaba con Varia como con los demás, sin distinguirla en nada. Pero Varia se daba cuenta de que no era exactamente el mismo comportamiento y, para no darle alas, prefería preguntar a Lióvochka o a Rina.

Se había hecho en seguida al trabajo y no experimentaba inquietud, temor ni vacilación. Los instrumentos - escuadra, regla, cartabón, plantilla, compás, tiralíneas- había aprendido a manejarlos en la escuela, sabía extender bien el papel cebolla, tenía la tinta china a un lado para evitar los borrones y, si alguna gota caía en el plano, la quitaba tan hábilmente con una hojita de afeitar que no quedaba ni rastro y hasta Lióvochka y Rina se sorprendían. Otra cosa que los asombraba era verla trazar las curvas sin plantilla, valiéndose de un plumín muy fino.

A las doce iban todos en alegre pandilla a almorzar a un comedor especial situado en la esquina de Tverskaia y Belinski. El almuerzo -ensaladilla de verduras, sopa, cereales hervidos con un trozo de carne o un filete picado y un vaso de compota- sólo costaba cuarenta copecs y no había que dar ningún cupón de la cartilla de racionamiento. Además, en la barra se podía comprar y llevarse a casa, también sin cupones de racionamiento, un par de bocadillos de embutido, queso o arenque. En el buró trabajaban unas cuarenta personas y la mitad eran chicas jóvenes y bonitas con algunas de las cuales se había encontrado Varia en el jardín Ermitage, en el Nacional o el Metropol. Quien antes llegaba tomaba la vez para la cola de la caja, se juntaban todos, bromearan, y también los jefes de aquellas muchachitas -arquitectos, ingenieros, técnicos- se comportaban sencillamente, como compañeros de trabajo.

La vuelta se hacía en grupos pequeños, de dos, de tres, según lo que cada cual tardara en comer. Al pasar por delante de la valla que rodeaba las obras del hotel donde se procedía a sentar los fundamentos y otros trabajos subterráneos del llamado ciclo cero, Zoia contaba con los ojos desorbitados:

-El año pasado, cuando echaron abajo las tiendas, los almacenes, depósitos y demás, resultó que, como allí se vendía carne y pescado, había verdaderos ejércitos de ratas. ¡Conque todas esas ratas cayeron sobre el Grand Hotel, se dispersaron por los pisos, gordas, enormes como gatos, husmeando por las habitaciones! ¡Un espanto! Nos moríamos de miedo. Las chicas se subían a las mesas. Para exterminar las ratas tuvieron que venir unos equipos especiales, incluso hubo que cerrar por un tiempo el hotel.

Zoia no cambiaba. Extrovertida, exaltada, importuna, locuaz... Nadie había hecho amistad con ella en la oficina porque no era interesante para nadie. Tampoco lo era para Varia, pero no podía rechazar a una amiga y escuchaba pacientemente su cháchara. Zoia conocía todos los chismorreos.

-El proyecto del hotel es de Ígor Vladimírovich y otro arquitecto -indicó Zoia-. Sacaron el primer premio en el concurso, pero les han impuesto de coautor al académico Schúsev. Es más: han nombrado a Schúsev dirigente principal. Claro que les ha sentado mal. Schúsev ni siquiera está aquí, sino en su estudio del callejón de Briúsov, ¿sabes?, en la casa donde viven Kachálov y otros actores famosos. ¿Sabes?

-Conozco la casa. Pero ¿tú cómo sabes que vive allí Kachálov? ¿Es que le visitas?

-No le visito, pero sé que vive en esa casa porque le he llevado planos a Schúsev. Varia había visto a Schúsev porque iba casi diariamente a la oficina. Era un agradable viejecillo de unos sesenta años. Una vez entró en el cuarto

donde ellos trabajaban. Lióvochka estaba haciendo una perspectiva del hotel para cierto personaje. Era urgente y trabajaba día y noche.

Schúsev contempló el plano, dio una cabezadita de aprobación.

-Muy bien. Pero tienen que aparecer las ventanas más estrechas.

Y se marchó.

Lióvochka se dejó caer en una silla, desconcertado.

-¿Qué te ocurre? -preguntó Rina.

-Que entre las ventanas hay paneles de ladrillería. Si estrecho las ventanas, tendré que dibujar de nuevo todos los ladrillos. Una noche de trabajo.

-Si quieras, te ayudo -se ofreció Varia.

Pero no hubo necesidad de ayudar, porque Ígor Vladimírovich dijo:

-No toque nada. Mañana le dice usted que lo ha hecho.

Al día siguiente pasó otra vez por allí Schúsev.

-¿Lo ha hecho?

-Sí.

-¿Ve usted? Esto es otra cosa.

Luego se rieron mucho de aquello. La verdad es que se burlaban un poco de Schúsev. Él había hecho el proyecto de la fachada lateral del hotel, la que daba al Manege. Constaba de una serie de pilares que sustentaban una caja donde estaría el restaurante. En la oficina la llamaban el «baúl», en broma, pero sin maldad. Todos eran allí hinchas de las obras, los apenaba las enmiendas, se alegraban de los aciertos.

Una colectividad pequeña, pero unida y en buena armonía.

Ígor Vladimírovich no criticaba nunca a Shúsev ni permitía que nadie lo hiciera en presencia suya, y nunca discutía sus indicaciones, aunque luego hiciera las cosas a su manera, como en el caso de las ventanas. Esa actitud le gustaba a Varia. ¡Al fin y al cabo era Schúsev! Si Ígor Vladimírovich se hubiera burlado de él, con eso se habría rebajado él mismo. Ígor Vladimírovich tenía una gran personalidad. Cuando repasaba los croquis o los bocetos de sus subordinados, señalaba con unos trazos de carboncillo sus indicaciones, que eran cumplidas al pie de la letra. Correcto, reservado, elegante, muchas de las chicas estaban enamoradas de él; pero, en ese aspecto, su reputación era allí irreprochable.

Una vez volvían del restaurante Ígor Vladimírovich, Rina, Lióvochka y ella. Rina y Lióvochka se habían adelantado un poco. Al pasar por delante del Nacional, Ígor Vladimírovich preguntó a Varia, que caminaba a su lado:

-¿No le recuerda esto nada?

Varia pasaba por delante del Nacional dos veces al día, cuando iba y cuando volvía del comedor, sin que le recordara nada de particular. Había estado allí una vez con Vika, hacía mucho tiempo, en primavera, y la impresión que le produjo había sido desplazada por las impresiones de otros restaurantes que había frecuentado con Kostia.

-Recuerdo que aquí nos presentaron -contestó tranquilamente-. Yo estaba entonces con Vika Marasévich.

-¿Y se acuerda del jardín de Alejandro? Del banco que cerraba la entrada, del silbato del guarda... Nuestra fuga... Su media rota...

Se notaba que aquellos recuerdos tenían valor para él. A Varia también le oprimían un poco el corazón: eran otros tiempos, otra vida, otras esperanzas ... Pero en el tono de Ígor Vladimírovich captó un matiz de espera... ¿Qué podía esperar? ¡Ella tenía marido! Aunque, ¿por mucho tiempo? Ahora, probablemente ya no. Pero, de todas maneras...

-Sí -contestó Varia con indiferencia-, todo eso ocurrió...

Ígor Vladimírovich le gustaba, indudablemente. Pero sólo como persona. Aquella primera vez, en el Nacional, comprendió ya de golpe que no era como Vika y sus amigos. Y ahora le veía en el trabajo, entre personalidades. A la oficina iba Schúsev, iba el famoso pintor Lansere, que había decorado las salas de la estación de Kazán y ahora decoraría el techo del restaurante principal del nuevo hotel; iba un asesor norteamericano sobre refrigeradores y novísimas instalaciones de cocina, iban arquitectos e ingenieros para consultar detalles del proyecto. Lióvochka los nombraba luego, y todos eran celebridades.

A Varia le costaba marcharse del trabajo por la tarde, no sentía deseos de volver a casa. Ella no podía vivir la existencia de Kostia, no le quería; le daba pena de él, sencillamente. Una vez le dijo: «A ver si a tu lado me hago un hombre de bien.» Palabras vacías: no se había hecho un hombre de bien ni llegaría nunca a serlo.

Después de la historia de la capa, se comportó como si no hubiera sucedido nada; tal es la vida del jugador: hoy gana, mañana pierde, hoy tiene dinero y mañana se aprieta el cinturón, aguantando hasta que pase la mala racha. Varia callaba y Kostia se daba cuenta que no aceptaba sus argumentos, veía su alejamiento, su reserva. Sin embargo, se empeñaba en amoldarla a su modo de vida. Una vez trajo una pulsera de oro, se la puso en la muñeca y dijo con displicencia:

-Para que la luzcas.

Varia se quitó la pulsera y la dejó encima de la mesa.

-No pienso ponérmela.

-¿Por qué?

-Porque nunca he llevado ni pienso llevar cosas de oro.

Le lanzó una mirada furiosa, pero se contuvo.

-No la lleves si no quieras, pero la pulsera es tuya.

Guardó la pulsera en el estuche, lo envolvió muy bien, lo metió en un cajón de la mesa, que cerró con llave y dijo en broma:

-Las señoras deben tener un joyero. Pero mientras tú no tengas uno, guardaremos aquí la pulsera. Varia no contestó: sabía que la pulsera desaparecería tan súbitamente como había aparecido. Ese mismo día, también dejó dinero en el cajón de la mesa. Varia no lo tocaba. Ni siquiera sabía cuánto había dejado.

-¿Por qué no coges dinero? -preguntó Kostia una vez.

-¿Para qué? Tú no comes en casa y yo como en el trabajo.

-Pero también pagarás por la comida.

-Con mi sueldo me basta.

Pronto desapareció el dinero y desapareció también la pulsera de oro. A ella no le hacía falta el dinero, ni la pulsera tampoco, pero tenía que decírselo para evitar malentendidos.

-Perdóname también por esta vez -le dijo Kostia cariñosamente-. Ya verás como gano y todo volverá a su sitio. No te disgustes.

-No me disgusta ni tienes que volver a poner nada. No necesito dinero ni necesito la pulsera. Pero han desaparecido y he estimado conveniente hacértelo saber. Aunque ya me imaginaba que te los habrías llevado tú.

Kostia levantó la voz:

-Y si te imaginabas que me los había llevado yo, ¿por qué tenías que hacérmelo saber?

-¿Te disgusta oír esas cosas? Pues no vuelvas a traer aquí objetos de valor ni dinero. Guárdalos en otro sitio.

-¿Qué quieres decir con eso?

-Que esto no es una casa de empeño ni una caja de ahorros. Allí estará todo más seguro, mientras que aquí tenemos que responder Sofía Alexándrovna y yo.

-Tú no quieres comprender las condiciones de mi vida.

-Es cierto. No quiero. Una vida así no quiero ni comprenderla ni aceptarla.

-Estás hablando conmigo como con un extraño. Varia se volvió hacia él y le miró a los ojos.

-Sí, somos extraños. Y lo más acertado será que nos separemos.

-¡Acabáramos! -pronunció lentamente las palabras con la boca torcida-. Cuando estoy de suerte, soy bueno; ahora que ha llegado una mala racha, ya no te hago falta.

-Sabes perfectamente que eso no es así. Yo no te pedí que me llevaras a Crimea ni tampoco te he pedido zorros plateados ni pulseras de oro. Ahora me he dado cuenta, sencillamente, de que no tenemos una vida en común ni podemos tenerla.

Como antes, dijo entre dientes, con inquina:

-¿Empiezas una aventura con el arquitecto?

-¡Tú eres tonto! -replicó desdeñosamente Varia, aunque observó para sus adentros que alguien andaba comadreando. ¿Quién sería? ¿Lióvochka o Rina?

-Claro que soy tonto. -Arrastraba las palabras, procurando contener su furia-. Ahora resulta que no te gustan los restaurantes. ¿Y dónde te conocí yo, di, no fue en un restaurante?

-¿Quieres decir que me pescaste en un restaurante, que soy una de esas zorras que no salen de allí? Él consiguió dominarse.

-Sólo quiero decir una cosa: que nos conocimos en un restaurante y no hay que tergiversar los hechos.

-Yo no tengo que tergiversar nada ni nosotros tenemos nada que discutir. Tenemos que separarnos. Inmediatamente. Dejar hoy mismo libre esta habitación.

Kostia enarcó las cejas con extrañeza, incluso con burla.

-¿Hoy? Tiene gracia... Y ¿adónde nos vamos a mudar?

-Yo, a mi casa. Tú, al domicilio donde estás empadronado.

Él torció otra vez los labios, pero con ironía:

-Ya te he dicho que ese empadronamiento es pura fórmula, que no puedo vivir allí. Y no me pienso mover de aquí porque me encuentro a gusto. Sonrió triunfalmente, comprendiendo el golpe que le había asentado a Varia y gozándose en su confusión. En efecto, Varia se había quedado confusa. Ella no podía dejar a Kostia en casa de Sofía Alexándrovna, que no podría hacer carrera de él ni se atrevería a echarle recurriendo a las milicias por temor a un escándalo, por miedo de que le quitaran la habitación. ¡Dios mío! ¡Con qué ligereza se había comportado y en qué lío había metido a Sofía Alexándrovna!

-Sofía Alexándrovna me alquiló esta habitación...

Él la interrumpió:

-¡Nos la alquiló! No a ti, sino a nosotros. Y, a propósito, quien la paga soy yo.

-Te devolveré ese dinero.

-Escúchame con atención -profirió Kostia recalcando las palabras-: cuando nos conocimos, en el Savoy, me hablaste ya de este cuarto y prometiste hablar con la dueña, o sea alquilarlo para mí. Y ahora me vienes con que yo debo largarme. ¿Adónde? ¿A la calle? No, yo en la calle no puedo vivir, viviré aquí. En cuanto a ti, puedes vivir donde te dé la gana.

Varia estaba sentada con la cabeza gacha... Un hombre implacable, desaprensivo en la elección de medios, sin condescendencia para nadie. Y ella le había nombrado marido suyo. Lo más horrible era que se veía obligada a aguantarle porque no tenía derecho de dejarle en casa de Sofía Alexándrovna.

Kostia gozaba con su humillación, con su impotencia.

-Si no quieres vivir conmigo, allá tú. Nuestro matrimonio no está registrado y cada uno puede tirar por su lado. Yo no quiero imponerte mi presencia. Es cosa que no hago con nadie y tampoco lo haré con Sofía Alexándrovna. -En su voz se notaba de nuevo un matiz de orgullo-. Me marcharé de aquí, dejaré libre la habitación. Pero no antes de encontrar otra, en el centro, con teléfono y demás comodidades. Para eso hacen falta dos o tres meses. Que me quede solo o nos quedemos juntos, me tiene sin cuidado porque no nos vamos a estorbar. Ésas son mis condiciones: dos o tres meses. Aunque, si encuentro habitación antes de ese plazo, me marcharé antes. ¡Conque, si tanto interés tienes, ayúdame a encontrar otro cuarto! -sonrió con ironía.

Varia pensó que pretendía ganar tiempo con la esperanza de que se arreglaran sus relaciones, de que ella terminara por aceptar su modo de vida. ¡En eso se equivocaba! Pero la tenía bien cogida, como en un cepo del que ni siquiera intentaría escapar porque no podía fallar a Sofía Alexándrovna.

-En lo de buscar habitación no te puedo ayudar -adujo Varia-, pero estoy dispuesta a esperar dos meses.

Él la interrumpió:

-He dicho dos o tres meses.

-Bueno, que sean dos o tres meses. Pero me prometes que dentro de dos o tres meses dejaremos libre la habitación.

Kostia sonrió con su amplia sonrisa seductora de antes.

-Ya estamos de acuerdo. ¿Qué necesidad tenemos de discutir y ponernos los nervios de punta? Ya están hechas las paces. ¡Estupendo! ¿Te parece que vayamos a algún sitio a celebrarlo?

-Yo contigo no iré ya a ninguna parte. Y si me quedo aquí, es por Sofía Alexándrovna, por su tranquilidad. En cuanto a todo lo demás, ya puedes olvidarlo. Yo dormiré en este diván.

-¿En ese diván tan pequeño? -rió-. ¿Vas a caber?

-Sí, no te preocupes.

-Allá tú.

¿Cómo pudo engañarse de esa manera? No fue capaz de adivinar, de vislumbrar lo que ocultaba la fachada de generosidad y de independencia. ¿Cómo pudo tomar por sinceras las vanas palabras de que quizás se hiciera un hombre de bien a su lado, cuando precisamente él se tenía por todo un hombre? En la escuela era ella la más guapa, la más inteligente, la que mejor estudiaba, descollaba por encima de todas las otras chicas, pero ninguna de ellas se había metido en una historia semejante, a ninguna de aquellas intelligentnie chicas del Arbat la habría deslumbrado un jugador de billar.

Tenía necesidad absoluta de analizarse, de comprender por fin lo que era. Varia se puso a releer el estudio grafológico de Zuev-Insárov que conservaba en el mismo sobre en que lo recibió a fines de marzo con un sello que representaba, de perfil, a un obrero con gorra de visera, un soldado rojo con gorro puntiagudo estilo Budioni y un campesino barbudo.

«Persona excepcional, con grandes dotes. Sentido crítico. Tiene fuerza de voluntad, pero los actos volitivos son de carácter impulsivo. Manifiesta autonomía en su conducta y todo lo resuelve sin admitir consejos ni ayuda de los demás. Elevado desarrollo, sabe orientarse por su cuenta en las cuestiones de la ciencia. Tendencia a la creatividad en la esfera de la ciencia, quizás sin revelar debido a una escasa concentración. Persona de buen corazón, capaz de grandes sacrificios, pero cambia radicalmente de actitud hacia la gente después de los malentendidos. Sensible a los agravios. Su amor propio no le permite dejarse disuadir de lo que ha decidido. Irascible y mordaz. Persona audaz y no siempre precavida. Introvertida en las grandes emociones. Algo despótica con sus allegados. Naturaleza abierta, no sabe negarse a los placeres. Le gustan las personas seguras de sí mismas, no soporta la blandenguería. Irreprochable honradez, a menudo en perjuicio suyo, en los asuntos financieros. Guarda rencor, pero no se venga de sus enemigos, sino que los apabulla con el desdén. Sensibilidad nerviosa agudizada. Disimula las conmociones profundas y las sufre a solas. Carácter dual e inestable, la melancolía sucede al júbilo. En las relaciones íntimas no

soporta la familiaridad ni la monotonía. Por orgullo, puede llegar a una ruptura total incluso si el motivo es insignificante. Zuev-Insárov, grafólogo.»

Lo de las grandes dotes y la excepcionalidad podían ser cumplidos que repartiera a todo el mundo, aunque a Zoia no se lo había escrito.

Pero esa característica explicaba mucho de lo ocurrido con su matrimonio... Le gustaban las personas seguras de sí mismas, todo lo resolvía sola, no soportaba que la contradijeran, no era precavida ni sabía negarse a los placeres... En todo eso había tropezado. El estudio grafológico era positivo y no se lo enseñaba a nadie precisamente porque la elogiaba demasiado. Lo más acertado era que disimulaba las conmociones profundas y las sufría a solas. También estaba sufriendo a solas lo que le había ocurrido.

Ahora, Kostia y ella apenas se veían. Como de costumbre, él llegaba de madrugada cuando Varia dormía en el pequeño diván y, por las mañanas, ella se marchaba al trabajo antes de que se despertara él. Kostia no la importunaba, mantenía una actitud amistosa como si condescendiera a sus caprichos femeninos. En el cajón de la mesa había otra vez dinero y un día vio en el armario unas botitas de su número forradas de piel. Kostia esperaba pacientemente. Los días de asueto podían haber resultado penosos, pero Varia no los aprovechaba. En la oficina, como en todas partes, la semana laboral era continuada, con un gráfico deslizante de días de asueto y, como había mucho trabajo, los jefes se alegraban de que los empleados no se tomaran el día de descanso que les correspondía. Eso hacía Varia para sumarlos luego a las vacaciones. Se llevaba a casa trabajo suplementario para ganar más y no depender de Kostia. Ni siquiera iba apenas al cine con Zoia.

Las veladas que no tenía trabajo, Varia visitaba a Mijaíl Yúrevich en su cuarto totalmente abarrotado de armarios, estanterías y anaqueles de libros, álbumes y carpetas. En un hueco que quedaba libre había una cama estrecha y en otro una mesa con profusión de tarritos y tubos de pegamento y pintura, vasitos con pinceles, plumas, lápices, tijeras, hojas de afeitar y otros instrumentos utilizados por Mijaíl Yúrevich para su trabajo. Junto a la mesa, un viejo sillón de alto respaldo y asiento hundido en el que se instalaba Varia con las piernas encogidas.

Flotaba un agradable olor a pinturas y cola y también era agradable ver a Mijaíl Yúrevich, un solterón con anteojos que parecía salir del siglo anterior. Trabajaba en alguna parte. Se marchaba por la mañana temprano y volvía a las seis en punto. Cuando se retrasaba, aparecía con un libro, un grabado o una reproducción recién adquiridos: ellos constituían su vida. Él mismo encuadernaba los libros, pegaba las páginas y llevaba un complicado catálogo que le permitía encontrar rápidamente lo que deseaba en los innumerables estantes. Cuando Varia tomaba algún libro, él observaba con mirada atenta y celosa cómo lo sostenía, cómo hojeaba las páginas y si volvía a dejarlo en el sitio de donde lo había cogido. Mijaíl Yúrevich compraba los libros con su exiguo sueldo privándose de todo lo demás y vistiendo, tanto en invierno como en verano, el mismo traje todo lustroso en los codos y las solapas.

-Entre todos los inventos del hombre -decía mientras pegaba una página medio reducida a polvo sobre una hoja de papel cebolla-, el libro es el más grande. De todos los hombres de la tierra, el escritor es el fenómeno más prodigioso. Si sabemos quienes fueron Nicolás I y Bekendorf, es tan sólo porque tuvieron el honor de vivir en la misma época que Pushkin. ¿Qué sabríamos de la historia de la humanidad sin la Biblia? ¿O de Francia sin Balzac, Stendhal y Maupassant? La palabra es lo único que vive eternamente.

-¿Y las pirámides, los templos, los monumentos arquitectónicos, los grandes pintores del Renacimiento? -objetaba Varia.

-Para deleitarse con las obras de Miguel Ángel y de Rafael, hay que ir a Roma, a Florencia o a Dresde, hay que visitar el Louvre o nuestro Ermitage. Pero para llegar a Dante o a Goethe yo no necesito viajar, están siempre conmigo -decía Mijaíl Yúrevich pasando los ojos por los anaqueles y los armarios.

-Esta biblioteca es su fortaleza, usted se oculta en ella -sonrió Varia y luego dijo que había comprado un libro de Pilniak.

-Dicen que es un buen escritor -opinó reservadamente Mijaíl Yúrevich-. ¡Ahora hay muchos escritores interesantes! Zóschenko, Babel, Tiniánov... Pero, a mi edad, Varia, se prefiere conservar las viejas amistades. Con un autor conocido, me siento como con un amigo probado. Al releerlo vuelvo a mi juventud, a mi infancia, viajo por toda mi vida. A veces sacaba de debajo de la cama o de detrás de la mesa cestas tapadas con arpillería. Las desataba y extraía paquetes de revistas -*El mundo de las artes*, *Los diablos*, *Apolo*, *El becerro de oro* impresas en papel de lujo y adornadas con viñetas de los mejores maestros. -Esto no volverá probablemente ya nunca -decía con pesar-. El florecimiento del simbolismo, el florecimiento del arte ruso... Benua, Sómov, Dobuzhinski, Bakst...

-Pues a mí me gustan los «itinerantes» -comentaba Varia-. Son grandes artistas y sus trabajos perviven desde hace muchos años. En cambio, a los del «mundo de las artes», apenas los conoce nadie.

Mijaíl Yúrevich la miraba por encima de los anteojos.

-Ahora no gozan de reconocimiento, no se hace propaganda de ellos, pero tienen indudables méritos: una gráfica altamente artística, ornamentalidad sutil y delicadeza. No debía haber dicho que nadie conocía ahora a los del «mundo de las artes» porque le había causado pesar a Mijaíl Yúrevich.

-Yo me pasaría aquí las horas -observó Varia-. ¿No le cansas?

-¡Por Dios, Varia, en absoluto! Me alegro de que venga usted por aquí. Hablaban a menudo de Sasha. -Tiene una naturaleza artística -señalaba Mijaíl Yúrevich-. Es cándido, contemplativo, muy observador. Sus juicios acerca de lo que lee revelan un gusto muy fino. Pero la época estimuló sus aspectos activos y no siguió el camino que le había trazado la naturaleza. Utilizaba constantemente mi biblioteca. Leía mucho.

-¿Qué libros le gustaban?

-Conocía a fondo los clásicos rusos, en particular Pushkin. De Pushkin podía recitar páginas enteras de memoria. Conocía bien Tolstói, Gógol, Chéjov, Saltikov-Schedrín. No le gustaba Dostoievski.

-A mí tampoco me gusta Dostoievski -murmuró Varia-. Parece que le arranca a una las tripas.

-Quizá llegue a gustarle con el tiempo... A lo que decíamos de Sasha. Le gustaban los autores franceses, en particular Balzac y Stendhal. Porque leía francés.

-¿Sí? -se sorprendió Varia-. Pues el idioma extranjero que enseñaban en la escuela era el alemán.

-Sasha estudió probablemente cinco años antes que usted, y entonces daban francés y alemán. Luego quedó sólo el alemán. Yo tengo una biblioteca francesa bastante buena, y Sasha leía a los autores franceses en su lengua original. Lástima que no optara por estudiar filología; pero él estimaba que el país necesitaba ingenieros. Aunque la situación en que se encuentra ahora puede cambiar su orientación: el padecimiento agudiza las dotes de observación y desarrolla las dotes artísticas. Además es poco probable que pueda volver a la actividad social después del confinamiento.

-Quizá revisen su causa y le pongan en libertad, puesto que él no ha cometido ningún delito.

Mijaíl Yúrevich sacudió la cabeza con aire de duda.

-¿Que le pongan en libertad? Es la primera vez que escucho una cosa así. Ya será bueno si le sueltan cuando haya terminado el plazo.

-¿Qué dice usted? -se sorprendió Varia.

-No lo afirmo, pero lo doy por posible: pueden no soltarle. Yo conozco casos en que a los políticos les prolongan la pena. En nuestra escalera vive Trávkina. ¿La conoce usted?

-La he visto. A quien conozco es a la hija.

-Usted conoce a la menor, pero la mayor lleva deportada yo diría que desde el año veintidós, quizás; unas épocas en las islas Solovki y otras en Narim. Bueno, quizás se deba a que ella es socialista-revolucionaria y no quiere renegar de sus convicciones. Posiblemente no suceda eso con Sasha.

Contemplaba a Varia con su mirada oblicua por encima de los lentes.

-No hay que decirle eso a Sofía Alexándrovna. Esperemos que, para Sasha, todo seguirá su curso normal

-Claro que no le diré nada. Eso la mataría. Sólo vive con el afán de volver a ver a Sasha. Ésa es toda su vida.

-De acuerdo. Nosotros también le esperaremos. Sasha volverá y, con el tiempo, desarrollará el talento que le ha dado la naturaleza. Para la política, Sasha es demasiado ingenuo y confiado; en política, son otras las cualidades que se necesitan. Cuando le expulsaron del instituto, yo le aconsejé que se fuera donde su padre o donde su tío. Se habrían olvidado de él, y eso le hubiera salvado. No me hizo caso porque creía ciegamente en la justicia: ahí tiene usted otra prueba de su ingenuidad.

¡¿Que podían no devolver la libertad a Sasha?! Aquello sobrecogió a Varia. No le había pasado por la imaginación la idea de no verle nunca más. Ella vivía ahora en su cuarto, entre objetos de su pertenencia, al lado de su madre, allí donde su ausencia se consideraba provisional y fortuita. ¿Que no volvería más? ¡Absurdo! ¡Eso no era honrado, ni justo ni legal!

¿Qué sería entonces de Sofía Alexándrovna? Ella, que contaba los días que faltaban para su regreso y en cuya vida no había acontecimientos más importantes que las cartas de Sasha... Se las leía a Varia. Eran cartas breves, ingeniosas, rebosantes de cariño por la madre y de afán de animarla, de brindarle un consuelo. No se quejaba de nada, no pedía nada. Escribía a menudo, pero las cartas no llegaban con regularidad y, como Sasha las numeraba, sucedía a veces que números posteriores se adelantaban a los precedentes. Sofía Alexándrovna se preocupaba entonces pensando que las cartas no recibidas contenían algo importante y por eso no habían llegado. Varia procuraba tranquilizarla explicándole el camino tan difícil que debía recorrer el correo de Siberia y demostraba estar en lo cierto porque las cartas llegaban.

Varia ayudó a Sofía Alexándrovna a preparar un paquete con ropas de invierno para que lo recibiera antes de que el otoño dejara los caminos intransitables. El abrigo forrado y el gorro de piel con orejeras se los había llevado cuando salió para la deportación. Sofía Alexándrovna le mandó, además, botas de fieltro, dos mudas de lana y también calcetines, bufanda y jersey de lana. Todo eso lo dispuso Varia en un cajón que luego envolvió en arpillería y escribió la dirección con lápiz de tinta para no perder tiempo en Correos. Mientras preparaba y entregaba el paquete, recordaba sus andanzas en compañía de Sofía Alexándrovna hasta dar con el paradero de Sasha y los padecimientos de las personas que hacían cola delante de las cárceles.

Recordaba la tarde que, en el Sotanillo del Arbat, criticó primero a una chica de mala nota y salió luego en defensa suya como mujer. Ése era Sasha de una pieza. Y también la noche de Año Nuevo le dio lo suyo al hijo de

perra de Yuri Sharok para que no se metiera con Nina. Todos se habían callado, pero él no. Y si había ido a parar a Siberia era también porque no quiso hacerle una faena a nadie. El periódico mural lo habían sacado entre varios, y él cargó con todas las culpas. ¿Que caminaba sumisamente entre los soldados que le escoltaban? ¿Y qué podía haber hecho, él solo, inerme, contra tres fusiles? Entonces le pareció a Varia insignificante. ¡Qué tonterías! La cruz que le había tocado a Sasha llevar sobre sus hombros no le humillaba, sino que le ensalzaba. Ahora lo comprendía, después de haber conocido a otras personas. En los cajones de la mesa estaban los cuadernos de apuntes de Sasha del instituto, había lápices, plumas, tornillos y tuercas -probablemente de la bicicleta-; debajo de la mesa, unas pesas y, en una estantería, libros que quizás no fueran sólo suyos, sino también del padre y de la madre, una de esas bibliotecas que se va juntando en la familia a lo largo de decenios. Sin embargo, Varia adivinaba los que eran precisamente suyos, de Sasha... Julio Verne y Fenimore Cooper, Los patines de plata, libros de su infancia, las obras de Pushkin en seis volúmenes editadas por Dervien en 1912, Gógol, Lérmontov, Guerra y paz de Tolstói, Till Ulenspiegel, Kalevala, La canción de Hayavat, Sangre y arena, de Blasco Ibáñez, Kira Kiralina, de Panait Istrati, libros de Ilf y Petrov, de Zóschenko, Bábel, Shólojov, los diez volúmenes de la *Pequeña Enciclopedia Soviética*.

También recordaba Varia que en el Sotanillo del Arbat, lo mismo que en la fiesta de Año Nuevo, se había estrechado contra él mientras bailaban. Incluso ahora sentía emoción al recordarlo. Claro que Sasha le gustaba y hasta quizás estuviera enamorada de él, pero no se daba cuenta porque estaba acostumbrada a considerarle mayor. Pero, no: se daba cuenta y por eso le había invitado a ir a patinar juntos, porque quería deslizarse por el hielo cogida de su mano...

Sasha le mandaba recuerdos en todas las cartas. Tres palabras al final: «Recuerdos a Varia.» Quizás fuera por cortesía, porque ella se portaba bien con Sofía Alexándrovna. Sin embargo, sólo a ella la nombraba. Para los demás escribía: «Recuerdos a los familiares y a todos los conocidos.» En esta distinción percibía Varia algo importante, algo que no acababa de expresarse, pero que los dos comprendían. Y ella también pedía a Sofía Alexándrovna que le enviara recuerdos de su parte. -Ponle tú unas letras -había sugerido una vez Sofía Alexándrovna. Pero Varia no estaba preparada todavía para ello. Escribir una carta frívola le daba vergüenza; escribir «que vuelvas pronto» era estúpido, puesto que no dependía de él. Por otra parte, no se atrevía a escribir algo más serio dándole a entender que pensaba en él y le echaba de menos. Por eso contestó:

-¿Qué le voy a escribir? ¿Lo de la oficina? No creo que le interese.

13

Olga Stepánovna, la esposa de Mijaíl Mijaílovich Máslov, había ido a verle. Desde Kalinin hasta Krasnoiarsk hizo el viaje en tren, luego en vapor por el Eniséi y luego, en diferentes barcas ocasionales, remontando el Angará a través de los bajíos y los rápidos. Y todo eso por pasar tres días con el marido.

Era una mujer agradable, de movimientos pausados y mirada afable. Llevaban siete años sin verse. Tenían dos hijos. ¿Cuándo se habrían casado? ¿En qué circunstancias? Él era un ex oficial y ella contable.

Mirándola, Sasha se representaba de pronto con toda nitidez a Mijaíl Mijaílovich, joven, bien parecido, y, a su lado, Oiga Stepánovna, una muchacha llena de esperanzas y de alegría. Veía sus siluetas esbeltas, sus rostros iluminados por la dicha. Y, con la misma nitidez, se representaba su vida auténtica, condensada en siete años espantosos.

Oiga Stepánovna llegó por la mañana, con la barca que traía el correo, y Mijaíl Mijaílovich los invitó a todos a jugar una partida por la tarde. Sasha se sorprendió porque lo lógico era que el matrimonio hubiera deseado pasar aquellos tres días en la intimidad. Claro que la llegada de una persona nueva, sobre todo de una persona libre, era un acontecimiento. Pero, de todas maneras... Tantos años sin verse y quizás otros tantos en perspectiva, y él los invitaba a una partida.

Todavía sorprendió más a Sasha la irascibilidad con que Mijaíl Mijaílovich trataba a su mujer. No era siquiera su acritud habitual, sino una grosería deliberada, recalcada. Sus ojos fríos se volvían iracundos.

Ella no jugaba. Sentada al lado del marido, miraba sus cartas y callaba, pero se notaba que sabía jugar. Y sólo una vez dijo cuando Mijaíl Mijaílovich cometió un error:

-Hubiera sido preferible no jugar un triunfo.

Mijaíl Mijaílovich se revolvió:

-¡Haz el favor de no dar consejos! Yo sé muy bien cómo debo jugar.

-No son consejos, puesto que ha terminado la mano -contestó ella con suave sonrisa, disculpando al marido y como rogando también a los demás que disculparan aquel carácter agriado por la vida.

Todos se sintieron incómodos. Piotr Kuzmich carraspeó, Vsevolod Serguéievich cambió de conversación y sólo Sasha se levantó, conteniendo la cólera que hervía dentro de él, y pidió que cerrasen la partida.

Vsevolod Serguéievich salió con Sasha, y éste le dijo mientras caminaban:

-¡Máslov es un cerdo! ¡Hablar así a una mujer que ha hecho un viaje como éste para verle, que le guarda fidelidad!

-En efecto, es una mujer abnegada -reconoció Vsevolod Serguéievich, pero añadió con su sonrisa ambigua-: Lo que no sabemos es si le guarda fidelidad.

-Cree el ladrón...

-¿Se refiera usted a mí?

-Sí.

-Eso es que no me conoce bien -objetó Vsevolod Serguéievich-. Yo aprecio en todo su valor la conducta de Olga Stepánovna. Pero piense usted en la vida que lleva en Kalinin. Una mujer joven, hermosa, sola ...

-Lo que dice es repugnante.

-Es usted un romántico, Sasha -replicó sin maldad Vsevolod Serguéievich-. Y la verdad es que por eso le he tomado cariño. En su ingenuidad hay algo de desinterés de aquéllos, de los primeros... Olga Stepánovna es, indudablemente, una mujer del tipo abnegado, el tipo supremo de mujer. Pero no olvide que es madre de dos criaturas, que debe trabajar y a nuestro empleador no le gustan los contras, ni sus mujeres ni sus hijos. Conque, eso merece reflexión, querido Sasha. Sobre todo cuando los niños quieren comer y, fíjese bien, tres veces al día y no una. Usted, querido mío, no conoce aún la vida verdadera, todavía está en las nubes.

-Hay cosas que no se pueden hacer en ninguna circunstancia. Y usted no tiene fundamento alguno para afirmar que Olga Stepánovna haya faltado en algo.

-Yo no lo afirmo, pero admito la posibilidad.

-Tampoco tiene fundamento para ello. Lo que nosotros sabemos es que no ha abandonado a Máslov, no le ha renegado, no se ha casado con otro; que ha hecho un viaje infernal para verle y él la ha agraviado.

-Sí -concedió Vsevolod Serguéievich-. Se ha comportado como una persona sin educación. Y yo trato de comprender el porqué.

-Muy sencillo: es un grosero, y se acabó. Usted dice que nuestras condiciones obligan a la mujer a ser amoral. Pero ¿quiere decirme qué condiciones obligan a Máslov a ser un grosero? No le cargue todas las culpas al poder soviético, porque aquí no tiene nada que ver. Máslov se aprovecha de la debilidad de su mujer. Ella es más débil, como siempre es más débil una persona delicada frente a otra grosera y tosca.

-Me asombra usted, Sasha: ha conservado conceptos improprios de su generación. ¿No será ésa la razón de que haya venido a parar aquí? ¿Ha sido siempre así o es aquí donde se ha vuelto de esa manera?

-Yo no me diferencio en nada de mis compañeros -objetó Sasha-. Lenin tampoco refutaba los axiomas constantes porque en ellos se había educado. Lo que dijo de una moralidad clasista especial fueron palabras impuestas por las exigencias del momento: la revolución es una guerra, y la guerra es cruel. Pero, en su esencia, nuestras ideas son humanas. Lo que para Lenin era provisional, generado por una dura necesidad, Stalin lo ha convertido en permanente y eterno, lo ha elevado a la categoría de dogma.

-Eso de Stalin, usted no lo ha dicho ni yo lo he oído -rió Vsevolod Serguéievich-. Por lo que se refiere a Máslov, me temo que simplifica usted mucho las cosas. La vida es compleja, y no se encuadra en ningún esquema; sobre todo la vida de hombres como Máslov. Con toda su nobleza, Sasha, tiene usted un punto débil: con los cascotes de su fe intenta componer otra vasija. Pero no lo conseguirá porque los cascotes sólo pueden recomponerse en la misma forma. O vuelve a su fe o la reniega para siempre.

Se separaron delante de la casa de Vsevolod Serguéievich.

Sasha vio luz en la ventana de Zida. Le esperaba. Bajó hacia el río, que era desde donde solía subir luego a su casa. Sin embargo no tenía ganas de ir. El amor causa alegría, embellece la vida... Pero si la vida no se puede llamar vida, no hay amor que la embellezca.

Bueno, se sentaría un rato en la orilla y quizás fuera luego. Ahora bajaba muchas veces a la orilla y, sentado en alguna barca, contemplaba la estela de plata que trazaba la luna en el agua.

Lo que Zida le proponía no era una salida. Ella se conformaba con poca cosa, y eso era una virtud; pero ¿por qué vivía en aquel lugar apartado? ¿Quién era? Se había acurrucado allí, huyendo de alguien o de algo, y quería que también él se metiera en un rincón como una cucaracha. Pero, no; él no estaba dispuesto a vivir una existencia de cucaracha. Nadie le convertiría en cucaracha.

Oyó unos pasos. ¿Sería Zida? La luna sólo asomaba de tarde en tarde por entre las nubes bajas. Sasha apenas discernía las siluetas de dos personas que caminaban por la orilla, y únicamente cuando pasaron, casi pegados a él, reconoció a Máslov y su mujer. Ellos no le vieron y se detuvieron detrás de unas redes tendidas entre unos postes.

-Olga, te lo suplico, escúchame...

Sasha no sabía qué hacer. No se había levantado al principio, pensando que los Máslov seguirían adelante, pero se habían detenido a escasa distancia, y ahora resultaba violento descubrir que oía su conversación.

-Compréndeme, te lo suplico -continuaba Máslov-. Es mi deber pedírtelo. Abandóname, bórrame de tu vida, reniégame en aras de los niños, por ti misma. Cásate, cambia de apellido, cámbiaselo a los niños, líbralos del mío. ¿Por qué habéis de padecer lo que yo? Me paso las noches sin dormir, pensando en ti, en los niños, pensando que te echan del trabajo, que te destierran. ¡Líbrame de estos sufrimientos!

Me queda poca vida, pero quiero morir tranquilo, debo saber que tú y los niños estáis a salvo.

-¡Dios mío! ¿Cómo puedes decir esas cosas?

-Yo puedo decir todo lo que quiera porque estoy fuera de la vida. ¿Por qué has venido? ¿Cómo vas a explicarlo? Mira: te daré por escrito mi consentimiento para el divorcio y dices que sólo has venido a buscarlo. No se necesita para divorciarse de un confinado, pero tú dices que no lo sabías, que pensabas que hacía falta y por eso has venido.

-Tú sí que me haces sufrir a mí -dijo Olga Stepánovna-. Vamos. Tengo frío.

Por fin llegaron cartas de casa. Y, como bien había predicho Vsevolod Serguéievich, ocho de golpe. La madre las había escrito a diario, pero dirigidas a Boguchani. Sasha ordenó las cartas según la fecha de envío que figuraba en los sobres y por ese orden las fue leyendo.

La madre apenas decía nada de ella: «Estoy bien, trabajo, y en el trabajo marcha todo bien.» Del padre no decía nada, lo que significaba que se había desentendido totalmente de ella, ni tampoco nada de Mark. Probablemente no habría estado en Moscú. Nada de Nina ni los demás amigos de Sasha. O sea, que no iban por su casa. Aludía a las hermanas: todo marchaba bien. Lo más importante de las cartas eran sus preguntas: «¿Cómo te encuentras, cómo te has instalado, cómo te alimentas, qué necesitas? No dejes de pedir todo lo que necesites, no te preocupes, que todo lo conseguiremos y te lo mandaremos.» Se veía claramente que la madre sólo vivía de pensar en él, compartiendo su nostalgia y su padecimiento. Pero la madre había resistido, no se había dejado quebrantar, vivía para él y él tenía la obligación de vivir para ella, porque mientras él viviera, también viviría ella. Además, la madre no estaba sola. En todas las cartas mencionaba a Varia. «Varia y yo fuimos donde estabas», quería decir que juntas le habían buscado por las cárceles. «Cuando Varia y yo estábamos en las colas», escribía, y Sasha comprendía en qué colas habían estado.

Todos sus compañeros le habían abandonado. Y sólo Varia, la pequeña Varia, no había dejado a su madre. Sasha recordaba su rostro delicado, los ojos malayos, el cabello, el flequillo muy bien recortado cayendo sobre la frente despejada, su mirada, esa mirada con que las lindas quinceañeras dejan confusos a los muchachos, las rodillas desnudas donde apuntaba las chuletas en la escuela, una mujercita esbelta, llena de gracia... La recordaba bajo la bóveda de la puerta cochera, en compañía de otros adolescentes como ella, con el cuello del abrigo oscuro negligentemente levantado. Recordaba su alegría porque estaba con los demás en el Sotanillo del Arbat. Recordaba que había bailado con ella Ramona... Y que se estrechaba contra él empleando todo su ingenuo arsenal de seducciones...

Varia era la única que no había abandonado a su madre, que había estado a su lado en los días más difíciles. Precisamente una persona así, intrépida y firme era la que necesitaba su madre. ¿Quién le habría enviado ese apoyo? Sasha se sentía embargado de ternura por aquella valerosa chiquilla. ¡Y él, que la sermoneaba, que la miraba a través de los ojos de Nina...! ¡Qué visión tan estrecha tenía entonces!

En su escalera vivía la vieja Trávkina con su hija menor. La mayor, socialista-revolucionaria o menchevique, estaba deportada en las islas de Solovki. Nadie trataba a las Trávkina. La vieja cruzaba el patio sin decir nada, delgada, erguida, con abrigo negro y sombrero negro pasado de moda. También la hija menor cruzaba el patio callada. Sus ojos vivos tenían una triste expresión de anhelo, pero sólo les respondían miradas de indiferencia o de repulsa. También Sasha las miraba con hostilidad: eran familia de enemigos.

Bajo miradas idénticas pasaría ahora su madre por el patio: la madre de un enemigo. Pero no estaba sola. Tenía al lado a Varia, que compartía con ella la adversidad y aliviaba sus sufrimientos.

El correo llegaba todas las semanas. Sasha se llevaba a su casa las cartas, a veces un paquete envuelto en un lienzo blanco y marcado por pegotes de lacre marrón o rollos de periódicos en cuyas fajas de papel de estreza, donde la cola reseca dejaba chafarrinones amarillos, estaba escrito con netos caracteres de imprenta, indudablemente por Varia: «Comarca de Kansk, distrito de Kezhmá, aldea de Mozgovaia.» Idéntica dirección figuraba en las cartas. Sasha advertía a su madre que no era Mozgovaia, sino Mozgova, pero ella seguía escribiendo el nombre de la aldea como pensaba que debía ser.

Para prolongar el placer, Sasha daba un repaso a las cartas, hojeaba los periódicos leyendo a saltos lo más interesante, lo dejaba todo a un lado y abría el paquete. Galletas, bombones, frutas secas o en conserva... Todo aquello costaba carísimo. Sasha había pedido a su madre que no enviara alimentos, pero ella seguía mandándolos.

Cuando ya lo había repasado todo y saboreaba de antemano el placer que iba a experimentar, comenzaba ese placer, la fiesta que esperaba toda la semana. Releía las cartas, ahora despacio y con atención.

La madre le escribía todos los días, continuando en una carta la del día anterior, fechándolas y mumerándolas. No todas llegaban. En cada una le enviaba recuerdos de Varia, pero nada más. Ella no le escribía. ¿Por qué sería? Él también le mandaba recuerdos, y una vez añadió en una de las cartas para su madre: «Querida Varia: gracias por todo», pensando que, después de eso, quizá le escribiera ella.

Leídas las cartas, Sasha se dedicaba a los periódicos, alargando el placer un par de días o incluso una semana entera si también había revistas. Los periódicos habían sido leídos ya y no olían a tinta de imprenta fresca como olían en Moscú cuando los compraba por las mañanas en el quiosco del Arbat esquina a Plótnikov. A veces faltaba el periódico de alguna fecha y Sasha procuraba dominar su contrariedad. El disgusto no era con su madre, que demasiado hacía, sino resultado de la intransigencia que le habían inculcado desde niño. La distracción de su madre le recordaba la casa, la infancia, y ese recuerdo valía más que el periódico que faltaba.

Se había suspendido el tránsito de tranvías por el Arbat, cuya calzada había sido asfaltada. A Sasha le costaba trabajo imaginarse el Arbat sin tranvías. En la plaza del Arbat había sido construida una estación del metro. Le hubiera gustado verla por sus ojos... Corría el segundo año del Plan Quinquenal, de las fábricas salían automóviles y tractores. Los altos hornos producían hierro colado y los aceros Martin, los trabajadores daban muestras de entusiasmo laboral... Y al lado, procesos y más procesos, fortalecimiento de los organismos represivos; la fuga al extranjero se castigaba con el fusilamiento y a los familiares del fugitivo con diez años de reclusión, haciéndolos responsables de un delito que no habían cometido. Todo ello, para afirmar el poder de un solo hombre. Y ese hombre era el símbolo de una vida nueva, el símbolo de todo aquello en lo que creía el pueblo, por lo que luchaba y padecía. O sea, ¿que era justo todo lo que se hacía en su nombre?

Llegó una carta del padre. «Perdona que no te haya escrito antes, pero no podía conseguir tus señas.» Como siempre, una alusión a la inutilidad de la madre, que ni siquiera era capaz de comunicar las señas exactas del hijo. Porque él no admitía la idea de que la madre ignorase dónde se encontraba Sasha, sino que lo achacaba al afán de apartarle del hijo. Uno de los muchos reproches que había escuchado Sasha desde que tenía uso de razón.

El padre escribía que comprendía el peso de la desgracia que había caído sobre Sasha, pero que Sasha era joven, que tenía toda una vida por delante, que todo se arreglaría y no se dejara abatir. A pesar de las relaciones que se habían creado en la familia, y no por culpa suya, ciertamente, él no era sólo su padre sino también su amigo fiel y verdadero. Y Sasha así debía saberlo.

Sasha dejó la carta aparte, embargado por la penosa sensación que experimentaba siempre al chocar con su padre. Nunca se había interesado por la vida porque sólo le preocupaba una vida: la suya. Y si le afectaba la adversidad que había descargado sobre Sasha era tan sólo porque había introducido incomodidad en su vida, porque había alterado el orden establecido y el orden era la esencia y la filosofía de su existencia.

Cuando Sasha era niño, el padre entraba en su habitación y le despertaba para volverle del lado derecho: dormir del lado izquierdo era malo y había que acostumbrarse desde niño a dormir como debía ser. Ordenaba los libros y los cuadernos de la mesa de Sasha apilándolos muy bien porque cada cosa debía estar en su sitio. Y todo había que dejarlo preparado por la noche porque las personas andan apuradas de tiempo por las mañanas para ir a sus obligaciones, y también a eso había que habituarse desde la infancia. Adormilado, Sasha no objetaba nada para que no se prolongase más la estancia del padre en la habitación. Además, era inútil objetar porque el padre, algo tarde de oído, le hacía repetir las palabras y se irritaba, convencido de que Sasha hablaba en voz baja a propósito.

¡El orden, el orden, el orden! Lo observaba él y exigía lo mismo de los demás. En la casa, en la calle, en el trabajo, en todas partes era un pedante atrabiliario, irascible y agresivo. «La lucha contra las pérdidas en la producción» era el tema principal de sus trabajos de racionalización e invención. La premisa de una buena producción (era tecnólogo de industrias alimentarias) es la limpieza, y también la limpieza era premisa de la salud física y de la salud moral, la premisa de la decencia y la longevidad. Un desaseado no podía ser una persona decente. ¡Orden, limpieza, higiene! Las frutas, igual que las legumbres, había que lavarlas en varias aguas y luego pelarlas, aunque también el pellejo contiene sustancias alimenticias. Cuando pelaba una manzana, lo hacía lentamente, quitándole una capa finísima. También comía lentamente, concentrado, masticando bien los alimentos y sin dejar ni una migaja. Y al pequeño Sasha le obligaba igualmente a comerse hasta la última migaja. No se debía desperdiciar nada, no podía quedar nada en el plato.

La ropa y el calzado le duraban años y años. Dejaba todas las noches los zapatos en el poyo de la ventana, para que se airearan, pero antes los limpiaba en el pasillo. El pasillo era estrecho y estorbaba a todo el mundo con los zapatos, los cepillos, las cajas de betún y el periódico extendido en el suelo. Sabía que estorbaba y se preparaba para la repulsa. Pero nadie le rozaba siquiera para evitar discusiones. Él, en cambio, no pasaba por alto ninguna menudencia. Se indignaba a voces que se oían en todo el apartamento porque alguien no había apagado la luz del aseo o no había cerrado bien el grifo del baño. Los inquilinos permanecían callados en sus cuartos hasta que alguien perdía finalmente la paciencia, salía al pasillo exigiendo que dijera a quién aludía, y ya se armaba una trifulca con reproches y acusaciones recíprocas.

Aquella pedantería beligerante, absurda e insoportable en la vida doméstica, era el reverso de su respeto por el trabajo. Era un buen trabajador, un especialista de alta cualificación, le gustaba lo que hacía y tenía una prodigiosa capacidad de rendimiento, pero no se llevaba bien con sus superiores y andaba siempre a la greña con sus compañeros, que para él eran todos unos vagos, unos holgazanes y unos miserables. No le interesaban nada más que el trabajo, los inventos y las propuestas de racionalización, ni tampoco hablaba de otra cosa. A Sasha le daba pena su padre, trataba de encontrar puntos de contacto con él y no lo conseguía porque era insoportable en su trato. Cuando le contaba los conflictos que tenía en el trabajo, exigía que Sasha compartiera el odio hacia sus enemigos. Sasha se armaba un lío con tantos nombres y apellidos de personas que no conocía, preguntaba a veces «y quién es ése» y entonces se enfadaba el padre: «¡Pero si el año pasado te hablé de él! ¡Claro, como los asuntos de tu padre no te importan!»

A pesar de que Sasha ignoraba la terminología de la industria alimentaria, el padre le daba sus artículos para que retocara el estilo y, en lugar de explicarle las cosas, rezongaba: «Ni que fuera difícil recordar cosas tan elementales.» Sasha eludía repasar sus trabajos, con lo cual se producía un mayor distanciamiento entre ellos.

Cada inquilino del apartamento tenía su manera de entrar en el piso. Galia pegaba un portazo y corría pasillo adelante. Mijaíl Yúrevich entraba despacio, delicadamente, sin que se le oyera apenas. El padre empezaba por girar de mala manera la llave en la cerradura porque algo le había causado ya irritación: que la segunda puerta no estaba bien encajada y el calor del piso se escapaba por la escalera, que el limpiabarras no estaba donde debía estar... ¿Por qué tendría que desplazarlo nadie? ¡Qué gente!

Entraba en el cuarto con aire sombrío, no saludaba, puesto que, a Dios gracias, se habían visto ya por la mañana, buscaba algún indicio de desorden pero no lo encontraba porque la madre lo recogía todo muy bien antes de su llegada. Sin decir nada, se quitaba el abrigo, lo colgaba de una percha y lo metía en el armario, se quitaba la chaqueta, se ponía una cazadora de andar por casa, iba a lavarse las manos y se le oía rezongar en el cuarto de baño hasta que, finalmente, se sentaba a la mesa. Seguía con mirada hosca cada movimiento de la madre, inspeccionaba con gesto de repugnancia el plato, el tenedor, la cuchara y el cuchillo, que frotaba minuciosamente con la servilleta, luego comía, callado y concentrado, y ése era el único momento en que no hacía observaciones, pues nada debía distraer a las personas cuando se alimentaban. Si terminaba su plato antes que la madre, preguntaba hosca: «¿Habrá segundo plato? ¡Ah, lo habrá! Gracias.» Era su modo de hablar.

De todas maneras, era el padre. Bueno o malo, pero el padre, una parte de la vida de Sasha, un trozo de su infancia, de todo lo que recordaba ahora con añoranza y ternura. No consideraba cruel a su padre; lo cruel era su egoísmo. Para él, sólo existía su trabajo, su salud, sus comodidades. Y su castigo era la soledad; pero no comprendía las causas auténticas y las achacaba a la maldad humana. Por eso mismo iba quedándose más solo aún. Sasha le compadecía, sobre todo ahora que había experimentado él lo que era la soledad.

Finalizaba agosto y, con la proximidad del breve otoño, iba amarilleando la taiga. Los días eran tibios, sin viento, pero de noche hacía frío, incluso helaba. La tierra se endurecía al secarse y en algunos sitios se tornaba roja, sorprendiendo a Sasha. Una fina capa de hielo bordeaba las orillas del Mozgova, un río poco profundo, y cruzaba bajo los pies en las rodadas y los baches del camino. Al atardecer corrían las liebres por la orilla del Angará y la taiga retumbaba, atronada por las voces de los ciervos que acudían a los bramaderos. Al cabo de una semana más, la taiga se desprendió de su manto de hojas y quedó desnuda y muerta. En los lagos chillaban los gansos que emprendían el vuelo hacia el sur en enormes bandadas triangulares. El sol aparecía por poco tiempo y las veladas se alargaban, ya con visos de invierno.

El Angará empezó luego a acarrear nieve y hielo revueltos y se suspendió el correo hasta que se afianzara el invierno y pudieran emplearse los trineos. Para Sasha quedó cortada su única comunicación con el mundo, con su casa, con su madre, con Varia. Ella no le había escrito ni una sola vez, pero Sasha percibía su presencia en cada carta. Sin las cartas, sin los periódicos y la entrañable escritura de Varia en las señas, la nostalgia se hizo mayor. Zida le procuraba alguna lectura de la biblioteca de Kezhmá, pero eran cosas viejas, conocidas, aunque a veces aparecía algo nuevo: *Poema pedagógico*, de Makarenko; *El hombre cambia de piel*, de Bruno Yásenski; *Energía* de Gladkov. Sasha se enfadaba si traía los libros cuando volvía de Kezhmá a pie, que era lo más frecuente, porque ningún carro venía de camino. Zida le quitaba importancia riendo: alguien la había ayudado, además, ¿qué pesaban dos o tres libros?...

Sasha iba a buscarlos a la luz del día, y no porque hubiera abandonado las precauciones de antes. Continuaban sus relaciones en secreto, pero no disimulaban que tenían trato como vecinos. En ese plan se acercaba a casa de Zida alguna que otra tarde, a veces en compañía de Vsevolod Serguéievich, y charlaban un rato. Pero cuando se quedaba a pasar la noche, se marchaba como siempre antes del amanecer y regresaba a su casa desde el extremo opuesto de la aldea, por la parte de los corrales.

Zida, que le notaba distante y frío, dijo una vez:

-No creas que quiero obligarte a que te cases conmigo. Seguramente tienes a alguien en Moscú y estás conmigo por aburrimiento, por nostalgia. De todas maneras, para mí es una gran felicidad.

Él le acarició suavemente una mejilla, pero no desmintió sus palabras. De hecho, así era, en efecto, y más valía que Zida lo comprendiera. También acertaba en lo que tenía alguien en Moscú. En Moscú tenía a Varia, aquella muchachita que no se le iba de la mente.

Sasha no podía imaginarse cómo aguantaría hasta que se reanudara el correo en invierno. Pero otros aguantaban, tanto en verano como en invierno: se habían amoldado a su situación. ¿Por qué no podía amoldarse él? Si a todos les tocaba la misma suerte, ¿por qué no podía, por qué no quería él soportar como los demás la parte que le correspondía? ¿Por qué no podía aguantar como aguantaban ellos?

Él no quería conformarse, no podía aguantarse porque esos conceptos de conformidad y paciencia los había rechazado siempre como muestra de debilidad. En cuanto a la fuerza, según su concepción de antes, la poseían otras personas, por las que él se equiparaba y entre las cuales se incluía. Allí, en cambio, todo resultaba al revés: los hombres a los que él miraba por encima del hombro habían demostrado ser más fuertes justamente porque sabían padecer y aguantar. Fuerte entre los fuertes, en cuanto le arrancaron a su ambiente habitual, en cuanto le privaron del medio en que vivía se reveló que no tenía en qué apoyarse, que no era nada por sí solo. Pero éstos se apoyaban en ellos mismos, en sus fuerzas propias que, aunque ínfimas, les bastaban para soportar sin protestas todas las adversidades y vivir de la esperanza. Sasha llegaba a aquellas conclusiones tan implacables para él y, sin embargo, no podía vencer la desesperación: una prueba más de lo frágil que era su voluntad. No pensaba nada más que en su desesperación. Las novedades de la aldea, el desbarajuste reinante en la sección de enseñanza del distrito, los escolares obtusos... ¿Qué le importaba todo eso? Carecía de interés, era ajeno, aburrido... A primera hora de la mañana se marchaba al bosque a cazar ortegas, provisto de la vieja escopeta del amo de la casa y acompañado por Zhuchok, el perro de los viejos. Regresaba al mediodía y, dos o tres horas antes del crepúsculo, se marchaba otra vez, no tanto porque se consideraba el mejor momento para la caza como porque quería deshacerse de aquellos malditos pensamientos a fuerza de fatiga. La escopeta era vieja, pero los perdigones del seis estaban perfectamente elegidos. Y Zhuchok también era un buen perro lobo: hocico afilado, ojos oblicuos con un matiz rojizo en la oscuridad, orejas tiesas en punta, cuello musculoso y rabo peludo enroscado sobre la espalda. Perro inteligente, levantaba a la ortega, que de un revoloteo se posaba en un árbol y, pegada al tronco, quedaba casi invisible, sobre todo si era un abeto recubierto de musgo. Zhuchok le ladraba para distraer su atención, Sasha disparaba desde una docena de metros, la ortega se desplomaba. Zhuchok caía sobre ella y se la llevaba a Sasha entre los dientes. A cada salida, Sasha dejaba en casa de Zida cinco o seis ortegas, que ella asaba con crema. Resultaban muy sabrosas y Sasha las comía con placer, en particular si le sacaba algo de alcohol a Fedia, que no solía negárselo, ya que Sasha le llevaba también a él ortegas. Un día le dijo Fedia:

-Tú traes muchas ortegas, conque te meterás mucho en el bosque, pues. Ten cuidado no te mate un oso. Sasha se encogió de hombros.

-Nunca me he tropezado con ninguno. Seguro que se les ha olvidado el camino de vuestra aldea.

-Anda con ojo, no vaya a aparecer uno que lo recuerde -contestó Fedia con aire misterioso, aunque Sasha no le prestó atención porque a la gente de por allí le gustaba burlarse de los deportados a quienes no reconocían aptitudes de cazadores.

Al día siguiente, cuando iba a marcharse, Sasha no pudo encontrar a Zhuchok en el patio ni en la calle, aunque el perro se había acostumbrado a salir de caza con él todas las mañanas y le esperaba brincando de impaciencia. Sasha le silbó, pero no le respondió su ladrido. ¿Se lo habría llevado el amo a la granja o el amo a Kezhmá? Sasha optó por marcharse sin el perro. No cobraría tantas piezas, pero ahora tenía práctica y descubriría dónde se posaba la ortega que levantara.

Por un sendero conocido salió a un claro donde solía haber ortegas... Bajo sus pies susurraban las hojas secas, amarillas, y crujían las ramitas caídas. Una ortega remontó el vuelo y se posó en un árbol. Sasha tuvo la impresión de que había aleteado otra allí cerca, pero no volvió la cabeza para no perder de vista a la primera. A ésa, Sasha la veía muy bien e incluso le parecía que le observaba con atención, que miraba cómo levantaba la escopeta y apuntaba... Sasha apretó el gatillo, y en el mismo instante resonó otro disparo, muy cerca, casi al mismo tiempo que pasaba silbando un proyectil... De un salto, Sasha se amparó detrás de un árbol... Le habían disparado a él, con bala y no con perdigones. Lo que le pareció el aleteo de otra ortega eran los pasos de una persona.

Estos pensamientos le pasaron por la imaginación en un segundo, mientras estaba pegado al árbol, prestando oído al rumor del bosque con la respiración en suspenso... Todo estaba callado. Sasha hubiera querido disparar contra el sitio de donde había partido el tiro, pero sólo tenía cargado un cañón de la escopeta y, si disparaba, se quedaría inerme. Tenía cartuchos en el bolsillo. Inclinó la escopeta hacia el suelo para cargar con mucho cuidado el segundo cañón... En cuanto rebulló, sonó otro disparo y la bala se clavó en el árbol.

Sasha se apresuró a meter el otro cartucho, levantó los percutores y de nuevo se inmovilizó a la espera. Luego oyó unos roces, el crujido de unas ramas y, finalmente, ruido de pasos. El que había disparado huía... Todo quedó en calma.

Sasha esperó todavía algún tiempo, prestando oído al bosque, sin atreverse a salir de su refugio. Luego, inclinado hacia la tierra, partió en dirección opuesta a la que había tomado el otro al escapar. No seguía el sendero, sino que caminaba a través del bosque, por entre las ramas bajas de los árboles. Así llegó al Angará, pero no bajó a la orilla y llegó hasta la aldea por el lindero del bosque. ¿Quién habría disparado? ¿Un vagabundo que pasaba fortuitamente por allí y quiso robarle la escopeta? No, porque el que disparó iba armado. Había sido alguien de la aldea. ¡Timoféi! ¡Ése había sido! Por algo le puso Fedia sobre aviso, a ese oso se refería. Se conoce que Timoféi se jactó de que se vengaría de Sasha y la venganza, allí, se tomaba desde una emboscada con una bala, una posta o un trozo de plomo, con la munición usada para la caza del oso. Fedia podía haberle prevenido de que Timoféi amenazaba con matarle; pero no lo hizo, no quiso intervenir por temor de que Sasha acudiera a las autoridades y le llamaran a él a declarar. Si Timoféi hubiera matado a Sasha, todos habrían callado. ¿Qué les importaba Sasha? Hoy estaba allí, mañana podría no estar, mientras que ellos se quedarían, conviviendo con Fedia y sus familiares. Tampoco habría dicho nada Fedia. Nadie se hubiera ocupado del asunto. Le habrían dado de baja como fallecido. ¿Quién iba a meterse en investigaciones allí, en el fin del mundo?

Sólo cuando se encontró en casa, echado en su cama, comprendió Sasha el abismo que acababa de bordear. La vida, que parecía infinita, podía quebrarse en un instante -de un balazo, al volcarse una barca, durante el agotador camino del destierro, de cualquier enfermedad fortuita- sin que nadie acudiera en su auxilio ni a nadie le afectara su muerte porque a nadie le importaba, nadie le defendería ni tenía a quien acudir. ¿Alférov? Le preguntaría por qué sospechaba precisamente de Timoféi. ¡Ah! ¿Porque le había atizado una vez? Pues no había que meterse con los vecinos de la aldea. Ellos también eran personas, tenían dignidad, sus costumbres, y había que respetarlas. Y otra cosa: ¿tenía Sasha derecho de alejarse tanto de su lugar de residencia? ¿Estaba autorizado para usar armas de fuego? Y como su queja no surtiría ningún efecto, se encontraría aún más desvalido y sus enemigos quedarían totalmente impunes.

Una denuncia no resolvería nada. Tenía que defenderse él mismo. Pero ¿de qué manera? ¿No yendo al bosque? Timoféi podía acecharle en la orilla del Angará o matarle sencillamente en su casa, pegándole un tiro por la ventana. Pero ¿cómo iba a vivir con el temor constante de recibir un balazo por la espalda? ¡Lo que le faltaba!. ¡Qué estupidez! Y la culpa era suya. ¿Qué necesidad tenía de buscar el trato de Timoféi? ¿Qué necesidad tenía de ir con él a segar? En vez de mantenerse alejado de ellos, su confusión le llevó a tratarlos de igual a igual y Timoféi creyó que buscaba su protección, que le tenía miedo y quiso humillarle. Y como no podía soportar que Sasha le hubiera vencido, decidió vengarse. No hacía falta mostrarse altivo, ni tampoco tratar a la gente a la pata la llana, porque había gente de muchas clases.

Al atardecer, Sasha entró en la tienda de Fedia, esperó a que se marcharan los clientes y dijo:

-Tenías razón: en vuestro bosque hay osos.

Fedia apartó la mirada.

-Ves tú...

No preguntó nada porque sabía de qué oso se trataba.

Sasha salió de la tienda y aflojó el paso delante de la casa de Timoféi. ¿Y si entrara para encararse con aquel hijo de perra? Pero no: debía dominarse y no hacer nada atropelladamente. Sólo le contó lo ocurrido a Vsevolod Serguéievich, advirtiéndole que Zida no lo sabía.

Vsevolod Serguéievich frunció el ceño.

-Eso es más grave de lo que usted piensa.

-Lo comprendo perfectamente. Y comprendo también que si me matara quedaría impune.

-Tenga cuidado -aconsejó Vsevolod Serguéievich-. No vaya al bosque solo. ¿Quiere que le haga compañía?

-Ya veremos -contestó evasivamente Sasha.

En casa, preguntó a los amos dónde había estado Zhuchok aquella mañana. Le contestaron que ninguno de los dos se lo había llevado.

-Yo pensaba, pues, que se había ido con usted al bosque -observó la mujer. Estaba claro. El miserable de Timoféi había encerrado al perro en alguna parte.

Y ahora estaba Zhuchok en el porche, mirando alternativamente a su ama y a Sasha, notando que hablaban de él. Sasha le acarició el hocico.

-Mañana saldremos a la caza del oso, Zhuchok. Prepárate.

En el cobertizo buscó una barra de plomo y de ella cortó un puñado de postas. Cargó con ellas un cañón de la escopeta y el otro con perdigones. ¡Que intentara algo Timoféi!

Sin embargo, Sasha no pudo ir al bosque al día siguiente.

A primera hora, cuando no se había levantado aún, llegó un hombre del soviet rural y le entregó un pliego.

«Al recibo de la presente el confinado administrativo A. P. Pankrátov se personará en la aldea de Kezhmá ante V. G. Alférov, mandatario del NKVD para el distrito de Kezhmá.»

Lióvochka dijo a Varia que ya era hora de que ingresara en los sindicatos. Era pura fórmula, pero había que hacerlo. Varia presentó la solicitud.

Resultó que no era pura fórmula. La admisión en los sindicatos se decidía en asamblea general y allí se hacían las mismas preguntas que en el cuestionario. Rabiosa, estuvo a punto de contestar afirmativamente cuando le preguntaron si estaba casada; pero, al recordar que en el cuestionario había puesto otra cosa y que empezarían las preguntas que la humillarían aún más, contestó: «No, no estoy casada.» Vio la sorpresa de Zoia y algunas otras muchachas, pero nadie insistió. Le hicieron algunas preguntas sobre política: quiénes eran el presidente del Comité Central Ejecutivo, del Consejo de Comisarios del Pueblo de la URSS y el de la RSFSR; qué diferencia había entre la construcción de la sociedad socialista y la construcción de los fundamentos de la sociedad socialista y cuál de las dos se había realizado ya en la URSS. Varia estaba asombrada: personas a las que conocía bien, con las cuales se veía a diario, con las cuales había establecido ya relaciones amistosas, se volvían de pronto suspicaces, intentaban cazarla en algún renuncio, se comportaban como si cumplieran una misión estatal de extraordinaria importancia. Incluso Lióvochka y Rina, incluso Ígor Vladimírovich tenían ahora una expresión reconcentrada. Era absurdo, puesto que la admitirían de todas maneras y, por el cuestionario, se había comprobado que todo estaba en orden en su biografía. Se cumplía una especie de ritual al que todos estaban acostumbrados ya, se llevaba a cabo una apariencia de debate, una apariencia de deliberación.

Terminaron las preguntas. Ígor Vladimírovich se levantó entonces, dijo que Ivanova trabajaba en su estudio, que cumplía su cometido a conciencia y merecía plenamente ser miembro de los sindicatos. A Varia le chocó el lenguaje oficial que empleaba.

Se procedió a la votación. Un «sí» unánime. Y ahí terminó todo.

En cuanto la gente se levantó de sus asientos, los rostros se transfiguraron. La expresión oficial dio paso a otra de placidez. Quedaba cumplido un deber social. Los asistentes felicitaron a Varia y se marcharon: tenían prisa por llegar a sus casas.

Ígor Vladimírovich propuso bajar al restaurante de la segunda planta para celebrar la admisión de Varia en los sindicatos. Rina protestó que ella no estaba vestida para el Grand Hotel y propuso el Kanatik, que era más sencillo y donde, además, no tardaban tanto en servir. Lióvochka la apoyó: los había invitado Ígor Vladimírovich y no era cosa de hacerle gastar demasiado dinero. Varia no tenía ganas de ir a ninguna parte. Admitía la actitud de Lióvochka y Rina, que sólo eran pequeños empleados y temían por sus puestos. ¡Pero Ígor Vladimírovich! ¿No podía haberse diferenciado en algo de los demás? ¿Qué podía temer un arquitecto famoso? Sin embargo había utilizado las mismas palabras, aun comprendiendo que eran triviales y que el procedimiento era un absurdo. De pronto se le ocurrió que Sasha Pankrátov, quien posiblemente sí diera importancia a las reuniones como aquélla, no habría hecho traición a su carácter. Seguro que se habría levantado para decir que sobraba tanta pregunta, puesto que todo estaba escrito en la autobiografía y que no hacían más que perder el tiempo. Claro que lo hubiera dicho, porque él tenía personalidad. En cambio, Ígor Vladimírovich, no... Por eso no le apetecía a Varia ir a ninguna parte. Pero, como la invitación era en honor suyo, no podía negarse.

El Kanatik era un restaurante de segunda, enclavado en la esquina de la Rozhdéstvenskaia y el pasaje del Teatro, frente a la estatua de Iván Fiódorov, el primer impresor ruso. Era un semisótano cuyo nombre provenía de las cuerdas que adornaban sus paredes. Varia no había estado nunca allí. Una vez quiso llevarla Vika, y en compañía de Ígor Vladimírovich, por cierto; pero ella no aceptó, prefiriendo la pandilla de Lióvochka. Y ahora se encontraba allí, precisamente con Ígor Vladimírovich.

En el Kanatik no vieron a nadie conocido. Rina explicó que sólo los viernes se reunían allí todos para el capón asado. «Todos», en boca de Rina, significaba los asiduos de los restaurantes.

-De todas maneras, hay bastante gente -observó Ígor Vladimírovich recorriendo con la mirada la sala baja y abovedada.

-Como está en el centro, nunca faltan clientes después de la jornada -explicó Lióvochka.

-Termina la jornada de los empleados y empieza la de las furcias -añadió Rina sin cohibirse por la presencia de Ígor Vladimírovich, que allí no era el jefe, sino un comensal.

En medio del trasiego de gente que llegaba y se marchaba, entraron tres muchachas que se sentaron cerca. Si Varia fijó la atención en ellas fue porque no se le escaparon las miradas fugaces pero inquietas, según le pareció, que intercambiaron Rina y Lióvochka.

Eran chicas de restaurante, de las que, según la observación de Rina, comenzaban su jornada a esa hora. Les encantaba reunirse así antes del trabajo, sin hombres, en algún sitio donde tomaban un bocado pagado con su dinero, a charlar de sus cosas y luego echarle una propina al camarero, sintiéndose mujeres corrientes.

Una de las recién llegadas se había sentado de espaldas a la mesa que ocupaban Varia y sus compañeros. Otra se inclinó hacia ella para cuchichearle algo, y la primera se volvió, saludando con gesto displicente a Rina y a Lióvochka, que dieron a sus rostros una expresión de alegre sorpresa al corresponderle. Era una rubia delgada, de unos veinticinco años, con los ojos muy juntos y una cara pálida que debió de ser agraciada en tiempos. Iba bien vestida, pero no llamativamente.

Varia captó de nuevo la mirada inquieta que intercambiaron Lióvochka y Rina, y también ella sintió cierto desasosiego: el modo de mirarla de aquella chica era demasiado descarado, burlón e incluso ofensivo.

-¿Quién es esa *mamselle*? -preguntó Varia.

-Pues una chica. Nos hemos encontrado alguna vez -contestó Rina sin darle importancia, pero su despreocupación era fingida. Además, Lióvochka también la conocía, conque no era que se habían encontrado por casualidad.

También Ígor Vladimírovich debió de notar algo de tirantez porque consultó su reloj como dando a entender que no andaba sobrado de tiempo y levantó su copa.

-Varia, ahora es usted una trabajadora de pleno derecho, y la felicito. Todos bebieron.

En su mesa, las otras soltaron la carcajada por algo que había dicho la rubia. Ígor Vladimírovich consultó de nuevo el reloj.

-¿Tiene usted prisa? -preguntó Rina, que también parecía estar deseando marcharse.

-Pues, sí... Creo que ya es hora...

-Naturalmente -le apoyó Lióvochka. La rubia volvió la cabeza.

-¡Lióvochka! -llamó. Lióvochka se acercó a su mesa, se inclinó hacia la rubia sonriendo con agrado. Intercambiaron algunas palabras. Lióvochka palmeó cariñosamente un hombro a la rubia y volvió donde sus compañeros. En la mesa contigua brotaron más carcajadas: la rubia había dicho algo gracioso.

De nuevo en su sitio, Lióvochka se puso a hablar con igual agrado del jazz de Skomorovski, que comenzaba una gira en Moscú. Rina escuchaba su charla, pero Varia notó que estaba inquieta. La rubia se acercó con un cigarrillo entre los dedos a la mesa de Varia y deslizó la mirada por ella y por Ígor Vladimírovich.

-¿Tiene alguien un fósforo?

En cada uno de sus movimientos traslucía un descaro deliberadamente contenido y un reto disimulado pero palpable. Ígor Vladimírovich le ofreció una caja de fósforos. Ella prendió uno, encendió el cigarrillo y de pronto interpeló a Varia:

-¿Qué tal te va con Kostia?

-Pero, Klava... -Lióvochka la tomó por un codo.

-¿Qué pasa? Siento curiosidad. Ella es la mujer de ahora, yo soy la mujer de antes; yo hacía el número doscientos, ella hace el doscientos uno. Di, ¿qué tal te va? ¿No te ha largado nada todavía?

Varia no comprendió al pronto. Pensó que aludía a si estaba embarazada.

-¡Deja de hacer el tonto! -intervino severamente Rina.

-Y tú déjame en paz, so... -replicó groseramente la rubia-. Cierra la boca. El sentido de lo dicho por la rubia llegó por fin hasta Varia, que pronunció con calma, pero muy claramente:

-Ciudadana prostituta, lárguese de aquí.

Todos se quedaron pasmados, mudos ante la bronca que se avecinaba.

Ígor Vladimírovich gritó de pronto con voz chillona:

-Aléjese inmediatamente de nuestra mesa. ¡No importune! ¿Hace mucho que no ha pasado la noche en las milicias? Porque eso lo arreglo yo en seguida.

-¡Ay, qué miedo! -rió histéricamente la rubia.

Las otras, que se habían levantado, tiraban de ella hacia su mesa.

Ella se debatía, gritando.

-Yo le hablo como a una persona decente y esa basura me insulta. Iba todavía a la escuela cuando se echó a la calle y me insulta a mí...

Ígor Vladimírovich llamó al camarero y pagó la cuenta.

-Se habrá creído que son marido y mujer -seguía alborotando la rubia-. Tipas como tú, las tiene a punta de pala. Y todas con la bleno...

Pregúntaselo a Rina, que también ha andado así. Y, ahora, le han largado a una tier necita. ¡Furcias!

Por fin salieron del restaurante.

-Yo voy para la izquierda -dijo Lióvochka, que vivía en Srétenka-. ¡Bah! No hagáis caso. Es una tía loca. ¡Bueno, adiós!

Varia y Rina bajaron con Ígor Vladimírovich hacia la plaza del Teatro.

-¡Pero qué víbora! ¡Qué cosas ha dicho! ¡Qué metiras! -se indignaba Rina.

-No hay que frecuentar establecimientos de ese género -observó Ígor Vladimírovich.

-A esa psicópata podíamos haberla encontrado en cualquier sitio.

-No se apene -indicó Ígor Vladimírovich dirigiéndose a Varia-. No haga caso. Son menudencias.

-No estoy apenada -contestó hoscamente Varia.

Llegó a casa a las diez de la noche. Ya era tarde para trabajar. Era más bien hora de acostarse. Además, aunque hubiera tenido tiempo, no habría podido trabajar, sobre cogida y desconcertada por lo ocurrido en el Kanatik. No le importaba por Rina ni por Lióvochka, que eran amigos de Kostia, y Rina, al parecer figuraba en su lista como algo más que amiga. Aquéllas eran costumbres del mundo de Kostia. Para Ígor Vladimírovich, seguramente fue inesperada esa verdad acerca de su matrimonio. Pero también para ella había sido inesperada la conducta de Ígor Vladimírovich en la asamblea y su voz, chillona del susto, en el restaurante. Si la hubiera importunado algún gamberro, probablemente habría pedido ayuda con esa misma voz chillona. Un oveja y un cobarde, además. Sasha la hubiera defendido de otra manera. O sea que con Ígor Vladimírovich estaba empatada. Se sentía avergonzada ante ella misma. Una golfa de restaurante había hablado con ella de igual a igual, porque antes fue la querida de Kostia y ahora lo era ella. Nunca había sufrido semejante humillación. ¿Cómo iba a presentarse al día siguiente en el trabajo? ¿Cómo podría mirar a la gente a la cara?

¿Qué hacer, Dios mío? ¿Adónde huir de todo aquello? No podía desentenderse de todo y volver donde su hermana, porque no tenía derecho de fallarle a la pobre Sofía Alexándrovna. Kostia, con su descaro, le haría definitivamente la vida imposible. Varia no se perdonaría abandonarla después de haberle metido en casa a un aventurero. ¿Armarle un escándalo a Kostia? Sólo serviría para alborotar en el piso y crear más disgustos a Sofía Alexándrovna.

Alguien llamó a la puerta.

-Adelante.

Era Sofía Alexándrovna.

-Buenas noches, Varia.

-Buenas noches, Sofía Alexándrovna. Siéntese. ¿Cómo van sus cosas? Sofía Alexándrovna se sentó y observó atentamente a Varia.

-¿Tienes algún disgusto? -Estoy simplemente cansada. Hemos tenido reunión. Me han admitido en los sindicatos.

-Es una formalidad que hay que pasar algún día.

Sofía Alexándrovna miró otra vez a Varia.

-Tengo algo que decirte, Varia... Konstantin Fiódorovich ha venido hoy con un hombre y, sin tomarse la molestia de cerrar la puerta, se ha puesto a manejar unas escopetas, a darle al gatillo. Ya sabes, Varia, que habíamos llegado a un acuerdo a este respecto. ¿Por qué sigue igual?

Varia abrió el armario. Detrás de las prendas colgadas había dos escopetas.

Fue a sentarse encima de la cama con los brazos caídos.

-No sé cómo disculparme, Sofía Alexándrovna. Yo no tenía derecho de traerle aquí, a su casa.

-Pero eres su mujer.

-Su mujer... ¡Valiente mujer y valiente marido! No comprendo lo que me ocurrió. Yo no hago vida con él, apenas le veo. Hace tiempo que no somos marido y mujer.

Sofía Alexándrovna callaba.

-Pero no puedo hacer nada. Estoy en un cepo -dijo Varia con desesperación.

-¿En un cepo? -se sorprendió Sofía Alexándrovna-. No te entiendo. ¿En qué cepo? Vuestro matrimonio no está registrado. Tú eres una persona libre que se gana su vida.

-Sí, es cierto. Pero no puedo marcharme de aquí.

-¿Por qué?

-Pues porque, entonces, él no se marchará. Así me lo ha dicho: «Puedes marcharte, pero yo me encuentro aquí bien.» Ciento que ha prometido buscar otra habitación, pero miente. No la buscará. Y yo no puedo dejarle aquí porque usted no haría carrera de él. ¿No ve que incluso estando yo aquí trae escopetas? Sin mí hará lo que se le antoje. Puede no dejarla que entre en el cuarto.

Sofía Alexándrovna le acarició la cabeza, sonrió y Varia descubrió entonces que era una sonrisa idéntica a la de Sasha. Él también sonreía así. Y tenían los ojos iguales.

-Varia, pequeña -dijo cariñosamente Sofía Alexándrovna-, tú no te preocupes por mí. Tienes buen corazón. Por mí no debes preocuparte. Si efectivamente has decidido separarte...

-¡Pero, si estamos separados hace mucho tiempo!...

-A veces, hijita, los jóvenes tienen peloteras, toman las cosas muy a pecho, se separan y luego se vuelven a juntar.

-¡Peloteras!... -A Varia se le quebró la voz-. Se juega mis cosas. ¿Se acuerda de la historia de la capa? Pues yo no le dije a usted la verdad entonces. Se la jugó al billar y la perdió. El día que lo necesite, hará lo mismo conmigo. Todo lo que se trae entre manos es raro. Lo de las bombillas y los aparatos eléctricos es pura filfa. Le han embargado. Y yo temía que también vinieran aquí. Gracias a Dios que no han venido. Sus querindongas me ofenden. No puedo ni verle. Y habla usted de peloteras... -Se echó a llorar.

Sofía Alexándrovna le acarició otra vez el cabello.

-¡Cálmate, hijita! No debes ponerte así porque no ha ocurrido ningún cataclismo, te lo aseguro. ¿Por qué no me has contado antes todo esto?

-Me daba vergüenza -contestó Varia, sorbiéndose las lágrimas.

-Mal hecho, tontita. Yo soy una mujer mayor, de experiencia, y entre las dos habríamos encontrado una salida. Hace mucho que la habríamos encontrado. Dime: ¿quieres volver a tu casa o quieres quedarte aquí?

-Claro que me gustaría vivir aquí con usted. Pero es imposible, Sofía Alexándrovna, es imposible. Si me quedo aquí, él no se marchará o, en el caso de que se marche, llamará por teléfono, armará escándalos, le hará la vida imposible. Lo que me importa es librarme a usted de él.

-No tengas cuidado -replicó Sofía Alexándrovna con sangre fría-, porque yo me librará de él. Si estás firmemente decidida ...

-¡Sofía Alexándrovna!

-Bueno, bueno... Entonces recoge ahora mismo tus cosas y vuelve con Nina. Del resto me encargo yo.

Su firmeza y su sangre fría sorprendieron a Varia. Igual era Sasha.

¡Dios mío! Pero si no conocía en absoluto a aquella mujer, en quien había visto hasta entonces a una madre abatida por el dolor, y esa imagen le había ocultado el verdadero carácter de Sofía Alexándrovna.

-No me llevaré nada de lo que me ha comprado él.

-Eso es cosa tuya. Pero date prisa por si acaso viene.

Kostia no venía nunca tan temprano. Pero Varia comprendía que Lióvochka o Rina le contarían seguramente lo ocurrido en el Kanatik y podía presentarse en cualquier momento. Mientras metía cosas en una maleta, Varia dijo:

-No podré cargar con todo de una vez porque también tengo que llevarme el tablero de dibujo y la regla. ¿Podría dejar algunas cosas en su habitación para llevármelas luego?

-¡Qué cosas preguntas!

Varia se puso el abrigo y así la maleta con una mano y el tablero con la otra.

-Sal por la escalera interior, no vayas a tropezarte con él.

-Me tiene sin cuidado. A mí quien me preocupa es usted.

-Te repito que por mí no te preocupes -pronunció firmemente Sofía Alexándrovna-. De todas maneras, sal por la otra puerta. ¿Para qué armar escándalo en la escalera?

-Está bien. Varia dio un beso a Sofía Alexándrovna.

-Gracias por todo y perdóname.

-No tengo nada que perdonarte, hijita, y soy yo quien te da las gracias por no abandonarme. Cuando todo se arregle, vuelve aquí. Me darás una alegría.

Varia entró en el piso y fue hacia su cuarto. La puerta estaba abierta.

Nina, sentada a la mesa, corregía unos cuadernos. Vio a Varia con el abrigo puesto, la maleta y el tablero de dibujo.

-¿Se acabó la dicha conyugal? -preguntó.

-Se acabó.

Varia dejó la maleta en el suelo y el tablero encima de la cama.

Varia estaba nerviosa, pensando que Kostia podía regresar temprano y telefonear. No llamó. O sea, que había vuelto tarde, como de costumbre.

Al día siguiente, un par de horas antes de terminar la jornada en la oficina, Ígor Vladimírovich llamó a Lióvochka al teléfono desde su despacho. No era corriente que llamaran allí a los empleados.

Unos minutos después volvió Lióvochka y dijo a Varia que la llamaban a ella.

-¿Kostia?

-Sí.

-¿Quién le ha dado ese número?

Lióvochka contestó encogiéndose de hombros.

-Ya sabes que no debemos utilizar el teléfono de Ígor Vladimírovich. Para eso tenemos un teléfono general, y Kostia conoce el número.

Lióvochka volvió a encogerse de hombros.

-Dice que es urgente, que necesita hablarte inmediatamente. Le he preguntado a Ígor Vladimírovich si podías ponerte tú y ha dicho que sí.

-Pues di a Kostia que llame por el teléfono general.

-Oye: yo no soy un correveidile.

-¿Que no? ¿Y quién le ha contado lo del Kanatik? ¿No has sido tú?

Varia lo había dicho al tuntún, pero acertó.

Lióvochka volvió al despacho de Ígor Vladimírovich y cuando salió dijo hosamente:

-Hoy a las cinco te espera a la entrada del parque Gorki.

-¿Quiere subir al tiovivo? -ironizó Varia.

-Te digo lo que me ha dicho.

-¿Habéis regañado? -inquirió Rina sin levantar la vista del plano.

-¿A ti qué te importa?

-Mujer, era una simple pregunta...

-Pues más vale que te calles.

Lo primero que hizo Varia cuando volvió a su casa fue telefonear a Sofía Alexándrovna. Estaba inquieta por ella.

-¿Qué tal, Sofía Alexándrovna?

-Todo bien.

-¿Se ha marchado?

-Sí.

-¿Cómo lo ha conseguido?

-Cuando vengas te lo contaré.

No quería contarla por teléfono, y hacía bien. Varia estaba impaciente por saber cómo había conseguido Sofía Alexándrovna echar a Kostia, pero quería esperar primero a Nina para hablar con ella sobre cómo iban a organizar su vida doméstica.

Varia vació la maleta, colgó los vestidos en el armario, en los sitios de antes, abrió los cajones de su mesa. Todo estaba igual, sin mover, como si Nina hubiera sabido que volvería. Era su hermana, al fin y al cabo, y era su casa, la casa donde había nacido. Instaló el tablero de dibujo sobre la mesa y se puso a trabajar.

Así la encontró Nina. Varia le sonrió, le preguntó si no quería tomar un bocado indicando los bocadillos que había traído del trabajo. Nina también se mostró afable, le preguntó a Varia lo que estaba haciendo, escuchó con atención sus explicaciones. En cuanto a la vida doméstica, dijo que no había ningún problema, puesto que las dos comían fuera. Pero Varia objetó que, además, estaban los gastos de alquiler, teléfono, gas, luz, los desayunos, las cenas, y ella quería compartirlos con su hermana. Acordaron que llevarían la cuenta de los gastos generales y los dividirían por partes iguales a fin de mes.

Luego estuvieron merendando con los bocadillos que había traído Varia y charlando. Varia hablaba de la obras del hotel, de sus compañeros, y a Nina le agradaba ver que todo aquello le gustaba. En cambio, no dijo ni una palabra de Kostia. Tampoco preguntó nada Nina: ya se lo contaría cuando llegara el momento.

A eso de las diez sonó el teléfono en el pasillo.

-Es para ti, Varia -indicó Nina, que había atendido la llamada.

Por su mirada de inquieta interrogación, Varia comprendió que era Kostia.

No se equivocaba.

-¿Te dio mi recado Lióvochka?

-Sí.

-¿Por qué no has venido?

-Porque ya soy mayorcita para montar en el tiovivo.

-Tenemos que hablar.

-Tú dirás.

-No es cuestión para tratar por teléfono. Tenemos que vernos.

-No tenemos nada de qué hablar ni necesitamos vernos.

-Es muy importante. Para mí, para ti y para Sofía Alexándrovna.

Seguro que era mentira. Le estaba haciendo chantaje. De todas maneras, la invadió una profunda preocupación.

-Está bien. Mañana a las cuatro ven al Grand Hotel. Allí hablaremos.

-No. Tiene que ser ahora, inmediatamente. No te puedes imaginar lo importante que es. Mañana será tarde. Baja al Arbat por unos minutos.

-Bueno -accedió Varia-. Ahora bajo.

Volvió al cuarto y se echó un impermeable por los hombros.

-En seguida vengo.

-¿Es él? -preguntó escuetamente Nina.

-Sí.

-¿Quieres que vaya contigo?

-¿Para qué?

-Por si acaso.

-No te preocupes -contestó riendo Varia.

Kostia se paseaba cerca de la casa. Con el cuello del abrigo levantado y la gorra echada sobre la frente, se daba el aire de un policía de paisano o de un gángster de película norteamericana. Varia no le había visto nunca así. Ni que fuera carnaval...

-¿Quién ha atendido al teléfono?

-Mi hermana.

-¿Sabe que has bajado a verme?

-Naturalmente.

Torcieron a Plótnikov, luego a Krivoarbatski y, cuando llegaron al solar que había enfrente de la escuela, se sentaron en un banco. Había caído la noche, los faroles opacos estaban encendidos, las casas tenían las ventanas iluminadas, apenas había transeúntes.

-No hay que andar de restaurantes sin el marido -comenzó Kostia-, porque se puede pasar un mal rato. Si hubieras estado conmigo, nadie te habría importunado; pero fuiste sin mí y te la ganaste.

-Antes de conocerte -replicó Varia-, cuando yo no tenía marido, llámemoslo así, nadie me importunaba ni me ofendía. Esa furcia me ofendió precisamente porque yo era tu mujer y me tomó por una zorra como ella.

-Es una psicópata -objetó Kostia-. Está enferma...

-¿De qué?

-Te digo que está mal de la cabeza. Los psicópatas pueden inventarse cualquier cosa...

-Tengo prisa, Kostia -le interrumpió Varia-. Me espera mi hermana. Esa psicópata no me importa ni me importa lo que ocurrió en el Kanatik. Estamos separados.

Kostia calló unos instantes, sonrió de pronto y trató de tomar a Varia del brazo.

-Espera, Varia, no te sulfures. Comprendo que estés enfadada; pero, al fin y al cabo, no hemos vivido mal. Has hecho todo lo que se te ha antojado. ¿Trabajar? Has ido a trabajar. ¿Quieres seguir una carrera universitaria? Yo te ayudaré a ingresar. Para ti soy como un baluarte.

Ella se soltó.

-No te hagas ilusiones. Todo ha terminado.

Kostia estiró los labios con una mueca de rabia.

-¡No! Me prometiste esperar a que encontrara otra habitación. Ahora me he quedado en la calle, no tengo donde dormir.

-No es cierto. Tú mismo dijiste que te tenía sin cuidado que yo volviera donde mi hermana o me quedara en casa de Sofía Alexándrovna. Las cosas que tú me compraste, las he dejado; llévatelas y juégatelas al billar o regálaselos a tus golfas. ¡Estamos en paz!

-No -torció los labios-, no estamos en paz, ni muchísimo menos. ¿Qué le has dicho de mí a Sofía Alexándrovna?

-¿Yo? Nada.

-¡Mentira!

-No miento. Sólo le conté lo de la capa de pieles. No tuve más remedio: si no, habría llamado a las milicias y tú hubieras tenido un disgusto. Además, no hace falta contarle nada porque lo ve todo perfectamente. Prometiste no volver a llevar escopetas, y ayer las llevaste otra vez. Yo estoy harta de todo esto, y por eso me he marchado. En cuanto a ti, haz lo que quieras.

-Sé muy bien lo que debo hacer, no te preocupes -profirió sombríamente Kostia-. A esa señora le voy a ajustar yo las cuentas, y las va a pasar moradas. Echando las boqueadas he de verla...

-¿A quién te refieres? -preguntó Varia sin entender.

-A tu Sofía Alexándrovna. ¡Miserable vieja! Ya le recordaré yo algunas cosas, y verás cómo brinca. «En nuestro país no existe la ley, sólo existe la arbitrariedad... » Y también lo que dijo de Stalin... Como al hijito se lo han deportado, ella insulta a nuestro gobierno...

Varia hubiera esperado cualquier cosa menos aquello.

-¿Qué estás diciendo, Kostia? ¡Qué disparates!

-Os quiero pagar con la misma moneda. ¿Te crees que con devolverme unos pingos lo has solucionado todo? ¡Que se te quite de la cabeza!

-¡Canalla! -gritó Varia casi ahogándose-. ¡De manera que eres un soplón! ¡Inténtalo y verás! A Sofía Alexándrovna no le haces tú nada, ¿me oyes? En cuanto digas una palabra contra ella, yo afirmaré que todo eso lo dijiste tú, ¿comprendes? ¡Tú! Soy el único testigo y puedes estar seguro de que me creerán a mí y no a ti. Diré que la difamas para vengarte de ella porque no te permitía tener armas de fuego en casa y que tú las llevabas a pesar de todo, siendo el Arbat una calle de régimen especial. Mueve un dedo contra ella, y yo te aplasto. Y no vayas a creer que nadie te echará una mano. Todos éso... , Rina y Lióvochka y los demás... Todos te traicionarán. No podía hablar, ahogada por la ira, la rabia y la indignación.

-Sigue, sigue hablando... Aprovéchate porque hablas por última vez -la voz de Kostia era ahora un susurro-. La última vez, sí, la última vez porque te voy a pegar un tiro. En cuanto dijo eso, Varia se calmó instantáneamente. Kostia llevaba una mano metida en el bolsillo. Tenía un revólver Smith & Wesson que le enseñó un día diciendo que un conocido, un personaje, se lo había dado para que lo reparase. Mentira, claro. Como siempre. Pero Varia no le temía en absoluto. No dispararía, por miedo, ni denunciaría a Sofía Alexándrovna, por miedo también. Se sintió embargada por la audacia y la temeridad: ¡que lo intentara si se atrevía!

-¿Sí? -dijo burlándose-. ¿Me vas a pegar un tiro? Ahora comprendo por qué preguntaste si sabía mi hermana que había bajado a verte. Pues lo sabe, sí; sabe que iba a verte a ti. Conque, pégame ya el tiro y te verás colgando de una soga. Ya habrá quién se encargue de ti. ¡Cobarde! -Ahora hablaba a gritos-. ¡Dispara, cobarde, más que cobarde! ¡Dispara! En algunas ventanas se descorrieron las cortinas. La gente se asomaba tratando de ver lo que sucedía en la oscuridad.

Varia seguía gritando:

-Pero ¡dispara! ¿Por qué no disparas? ¡Cobarde, basura! ¡Dispara!

-¡Eh! ¿Qué pasa ahí? -inquirió una recia voz masculina desde una ventana. En la callejuela empezaban ya a detenerse algunos transeúntes.

-¡Calla, chiflada! De todas maneras, no escaparás a mi mano. Kostia dio media vuelta y se alejó rápidamente.

-Iba a bajar a buscarte -exclamó Nina cuando la vio volver-. ¿Qué ha ocurrido, si no es un secreto?

Varia se echó a reír.

-Nada de particular. Dijo que iba a pegarme un tiro.

-¿Qué disparate es ése? -se escandalizó Nina-. ¿No sabe en qué país vive?

-Es sencillamente un estúpido, un don nadie.

Al día siguiente, nada más terminar el trabajo, Varia fue a casa de Sofía Alexándrovna.

La encontró escribiendo a Sasha.

-Bueno: cuente usted, cuente cómo ocurrió todo.

Sofía Alexándrovna dejó la pluma y se quitó las gafas.

-Le dije que se marchara. Primero quiso protestar, pero luego se fue.

-No, así no. Cuéntemelo con detalle, por favor.

-Pues le dije que había prohibido traer escopetas a casa y él seguía trayéndolas, que te había reprendido a ti y tú te marchaste donde tu hermana, conque le rogaba que se marchara él también, más aún porque los vecinos están en contra de que no se eche la cadena a la puerta por la noche. Se puso grosero, empezó a amenazar, a decir tonterías, que especulo con este cuarto...

-¡Canalla!

-Le advertí que esa noche pondría la cadena a la puerta y nadie le abriría, y que si alborotaba llamaríamos a las milicias y declararíamos que especulaba con escopetas, que era un hombre sin una ocupación determinada, que todos los vecinos estaban en contra suya y que varias veces habían hecho preguntas sobre el particular el administrador de la casa y el vigilante del barrio. Intentó otra vez atemorizarme, pero yo le dije: «A mi hijo le detuvieron y ahora está confinado. Yo sé perfectamente cómo llegar al fiscal, a un juez de instrucción y a un abogado. Conque, a mí no se me puede asustar ya con nada y más le vale pensar en su propia suerte. Si mañana por la mañana no se ha marchado, aténgase a las consecuencias, porque yo no voy a reparar en nada.» Y esta mañana se ha marchado con sus cosas.

-¿Cómo que sus cosas? ¿Y las mías?

-Las tuyas las ha dejado.

-Para poder volver con el pretexto de recogerlas.

-Quizá abrigue la esperanza de que hagáis las paces.

-De eso, ya se puede despedir.

-Lo que no esperaba era que me devolviera las llaves -observó Sofía Alexándrovna-. Pensé que tendríamos que cambiar la cerradura.

-Es muy precavido -rió Varia con burla-. Si un día se cometiera un robo en el piso, serían sospechosos todos los que tuvieran llaves. Por eso se las ha devuelto.

-Es posible -concedió Sofía Alexándrovna.

-En cuanto a mis cosas, no se preocupe. Me las llevaré, y si viene por ellas o telefonea, dígale que me las he llevado yo y que hable conmigo.

-Tienes razón. Úsalas puesto que son tuyas.

-Ya veré -replicó evasivamente Varia, firmemente decidida a devolvérselo todo al día siguiente a través de Lióvochka. Abrazó cariñosamente a Sofía Alexándrovna.

-No sé cómo disculparme por todas las complicaciones que le he causado.

-Deja, hijita. No pienses en eso ni le temas a él. Ésos sólo son fuertes con los débiles y valientes con los tímidos.

-Ya lo sé -rió Varia-. Anoche me hizo bajar y me amenazó con matarme.

-¿Es posible?

-Sí, sí. Pero yo me reí de él y me marché.

-Muy bien. Eso es lo que se merece.

También Varia notaba que había hecho bien, notaba su fuerza y su independencia. ¡Sí, la independencia por fin! No se había subordinado a una voluntad ajena, había sido capaz de desprenderse de toda aquella basura. No importaba que hubiera tropezado, que se hubiera equivocado porque, a fin de cuentas, los errores sirven para escarmentar. La gente luchaba en el mundo entero por un pedazo de pan, por un lugar bajo el sol, en todas partes se amoldaban a las circunstancias. Lo importante era continuar siendo una persona, no consentir que nadie pisoteara su dignidad. Ella lo había conseguido y podía sentirse orgullosa.

-¿Está escribiendo a Sasha?

-Sí, hijita. Quiero enviar la carta mañana, mientras todavía llega el correo. Octubre y noviembre son los peores meses: hasta que se hiela el Angará no hay ninguna comunicación. Y quiero que no deje de recibir carta con el último correo.

Varía se imaginó a Sasha, solo a la orilla del remoto río siberiano y sintió el deseo de escribirle también, aunque sólo fueran unas palabras, de darle una alegría, aunque fuera pequeña. Ahora, después de todas las pruebas que había pasado y superado, Varia volvía a sentir su alma ligera, y por eso le resultaría fácil escribir a Sasha, la mejor persona que había conocido.

-¿Podría ponerle unas letras?

-Pues claro que sí, Varia -se alegró Sofía Alexándrovna-. Se llevará una alegría. Como nadie le escribe más que yo... Varia tomó una cuartilla, mojó la pluma en el tintero y escribió después de pensar un poco:

«Hola, Sasha. Estoy en casa de tu madre y te escribimos las dos. Por aquí, todo bien. Tu madre está bien de salud. Yo trabajo en Mosproekt... -se quedó pensando y añadió-: ... Me encantaría saber lo que haces ahora... »

16

A Kírov le pesaba su estancia en Sochi. Su trabajo en la preparación del manual de historia era pura fórmula: leía lo que escribían los especialistas y aprobaba lo aprobado por Stalin. Comprendía que éste amañaba la historia no sólo para ensalzar a su propia persona, sino también para justificar sus cruelezas pasadas, presentes y futuras. Sin embargo, Kírov no podía objetar. En cuanto a dar la batalla en las cuestiones teóricas, habría sido insensato: él no era teórico ni historiador, mientras que Stalin tenía a su disposición una legión de historiadores y teóricos capaces de demostrar cualquier cosa. En eso no tenía que meterse. Pero tampoco tenía por qué escribir artículos acerca del papel de Stalin en el Cáucaso.

Durante cinco años, Kírov había dirigido la organización del partido en Azerbaiyán, había estudiado a fondo su historia y conocía muy bien el papel desempeñado por Stalin en Bakú: era el papel de un simple revolucionario profesional. Su papel excepcional en Bakú estaba siendo inventado ahora con efecto retrospectivo, lo mismo que otras muchas cosas. Kírov también había tomado parte en el juego. Pero se trataba de aspectos históricos generales, globales. La afirmación de que Stalin era el sucesor de Lenin le hacía falta al partido y como él, Kírov, aceptaba esa afirmación, hubo de avenirse con ciertos fallos a la verdad. Pero cuando todo eso se había realizado, terminada ya la lucha, ¿qué falta le hacían a Stalin los laureles de dirigente de la imprenta Nina? ¿Quería ajustarle las cuentas a Enukidze valiéndose de Kírov? Pues él no tomaría parte en ese juego.

Él conocía en Bakú cada calle, cada casa, las empresas, las torres de extracción, y nada podía relacionar con Stalin en aquella época. Ahora, Bakú estaba siendo convertido en un memorial de Stalin, de Stalin en vida. Calles, distritos, empresas petroleras, centros superiores, escuelas llevaban su nombre. Incluso se había abierto un museo en la cárcel de Bailovo, aunque nadie sabía en qué celda estuvo recluido Stalin. No se atrevieron a preguntárselo por temor a que viera en la pregunta una alusión a la escasa importancia del hecho y pensara que los habitantes de Bakú no estaban seguros de la necesidad de tal memorial. Los camaradas de Bakú decidieron hacerlo ellos todo y eligieron una celda en la que fuese fácil abrir una puerta desde el exterior para que las excursiones pudieran visitarla sin entrar en la cárcel. De modo que el museo funcionaba y era visitado, aunque Stalin sabía que era una ficción. Por cierto que, como Kírov había observado en repetidas ocasiones e incluso había hablado de ello con Ordzhonikidze, Stalin había perdido la noción del límite existente entre la realidad y la leyenda cuando se trataba de su pasado.

Sin embargo, para Kírov no se habían borrado esos límites, y no tenía el propósito de crear nuevas leyendas. Stalin exigía su presencia en Sochi. Era una lamentable pérdida de tiempo. Su lugar estaba en Leningrado, donde también se preparaba la abolición de las cartillas de racionamiento. Dentro de cuatro meses, los ciudadanos de la URSS podrían comprar el pan sin restricciones. Este acontecimiento demostraba la viabilidad del régimen koljosiano, creado a costa de innumerables pérdidas, sufrimientos y sacrificios. Una empresa así no podía fallar, había que prepararse minuciosamente para ella, sobre todo en las zonas que no se autoabastecían de cereales, como era el caso de Leningrado. Y, en lugar de eso, estaba holgazaneando en Sochi.

Kírov se iba a la playa a leer las observaciones hechas con respecto al manual de historia. Mejor dicho, ni siquiera las leía, sino que las repasaba y dejaba las páginas a un lado, sujetas con una piedra para que nos las arrastrara el viento.

La playa, aislada por una tupida tela metálica doble, estaba desierta. Fuera, a izquierda y derecha, se extendía una zona prohibida. A la entrada de la playa había un centinela en una garita con teléfono. Otro centinela montaba la guardia a lo largo de la cerca exterior por un camino asfaltado. Sólo utilizaban la playa los huéspedes. Stalin no se bañaba en el mar ni salía a la playa. El personal de la dacha, el servicio y la guardia se bañaban en otro lugar.

Kírov se encontraba allí con una única persona: el dentista traído de Moscú. Con Kírov se mostraba atento, pero no oficioso, tranquilo y afable. Era un hombre de voz suave y modales circunspectos, nadaba muy bien y se notaba que todo -el mar, el sol, la arena de la playa- le causaba placer. A Kírov siempre le había producido satisfacción ver disfrutar a la gente. Claro que la gente sabía también disfrutar mil años atrás y disfrutaría mientras hubiera vida sobre la tierra. Pero la alegría que veía Kírov en las gentes soviéticas la vinculaba con el Estado que él representaba, con el régimen que él había afirmado y afirmaba, con la nueva sociedad en construcción. Una sonrisa que viera, una risa que oyese, eran una recompensa para él y para su partido, justificaban las decisiones duras, y en ocasiones rigurosas, que debían adoptar. Como marxista tenía que pensar a gran escala y, sin embargo, detrás de los miles y los millones siempre existía el hombre para él. Para él, la audiencia no carecía de rostro. Cuando subía a la tribuna, buscaba la comprensión de cada oyente y quizás se debiera a eso el secreto de su oratoria.

Tampoco desdeñaba nunca el trato personal, interviniendo de buen grado en cualquier conversación. Y también le interesaba aquel dentista. Hablaban de las cosas más corrientes: la temperatura del agua, las fuentes sulfurosas que brotaban en el fondo del mar, los efectos de las aguas de Matsesta sobre el organismo humano. A Kírov le agradaba que Lipman no hablara de todas esas cosas como médico, sino como simple interlocutor. Incluso de los dientes, objeto de su especialidad, decía las cosas más simples: si era mejor un cepillo de dientes grande o pequeño, qué era preferible para enjuagarse la boca. Pero ni una vez pronunció Lipman el nombre de la persona a quien estaba tratando, ni una vez mencionó el nombre de Stalin.

-Matsesta hace milagros -decía Lipman-. Un vecino de nuestro piso estaba totalmente baldado, no podía caminar. Después del tratamiento en Matsesta, corre como si tuviera dieciocho años.

-¿Es bueno el piso que tiene?

-No sé qué decir... Tengo una habitación decente de diecinueve metros cuadrados en un apartamento comunal, en Vtoráia Meschánskaia, cerca del centro, con teléfono en la propia habitación. Ciento que los vecinos se quejan, quieren que el teléfono esté en el pasillo, y yo no estoy en contra de que sirva para todos, pero la Dirección de Sanidad del Kremlin se opone. Ese teléfono lo hizo poner la Dirección de Sanidad y por ese teléfono me llaman cuando he de visitar a un paciente.

Kírov sabía que a los médicos del Kremlin no los llamaban, sino que eran llevados a sus importantes pacientes. Sin decirles a cuál de ellos los conducían. Ordzhonikidze se reía:

-¿Comprendes? Me traen a mi médico, pero sin decirle mi nombre. De todas maneras, el médico sabe perfectamente que si va a buscarle Ivanov es para que me visite a mí y si va a buscarle Petrov es para que visite a Kuibishev. Así andamos jugando...

Sopló el viento y el mar empezó a picarse.

-Hay muchas medusas cerca de la orilla, presagio de tempestad -observó Kírov.

Así intercambiaban algunas frases mientras estaban tendidos en la arena, nadando o secándose después del baño. El médico veía los folios que tenía Kírov al lado y, delicadamente, procuraba no distraerle.

Pero Kírov leía las Observaciones sin ahondar apenas en su sentido. Estaba claro en qué dirección se realizaba la revisión de la historia, porque los detalles no tenían ya importancia. Pensaba en Stalin. En realidad, durante los últimos años había pensado mucho en él. Pero, en Leningrado, el trabajo difuminaba esos pensamientos. Allí no tenía trabajo y estaba Stalin. Kírov le veía a diario y pensaba constantemente en él.

A lo largo de todos aquellos años, él había apoyado a Stalin y su línea, había luchado contra sus adversarios, había acrecentado su prestigio, y lo había hecho sinceramente, por convicción, aunque le desagradaban muchos rasgos personales de Stalin. Pero hay que saber distinguir entre las cualidades personales y las políticas. No creía mucho en la promesa de Stalin de tomar en consideración las críticas de Lenin y enmendarse. Kírov creía en otra cosa: los lados difíciles del carácter de Stalin habían sido agudizados por la lucha interna del partido. Terminada ésta, desaparecería la necesidad de las medidas extremas y, entonces, los rasgos negativos del carácter de Stalin cederían el puesto a todas las buenas cualidades de que debe estar dotado el dirigente de un gran país si quiere merecer el recuerdo agradecido de la posteridad. Y Stalin lo quería.

Sin embargo, las esperanzas de Kírov no se cumplieron. Por el contrario, a medida que se consolidaba su posición, Stalin se volvía más intransigente, caprichoso, rencoroso, conducía intrigas entre bastidores, azuzaba a los dirigentes del partido unos contra otros y convirtió los organismos de seguridad en el principal instrumento de dirección.

Filipp Medvied, el jefe del NKVD que tenía Kírov en Leningrado, se subordinaba al comité regional del partido, pero otros secretarios de comités regionales contaban que, en cada lugar, los organismos de seguridad se independizaban más y más de la dirección local del partido, subordinándose exclusivamente al centro, penetraban en todos los eslabones del Estado, utilizaban como instrumento principal los informes confidenciales y hasta obligaban a los comunistas a espiarse los unos a los otros. Que a él le espiaban, se lo había dicho ya varias veces María con gran inquietud. María, como esposa, era lógico que se preocupara. Pero es que también lo confirmaba Sofía, su cuñada, hermana de María, mujer de sangre fría, ponderada, miembro del partido desde el año 1911. Kírov no compartía sus inquietudes. Consideraba que en Leningrado no se permitirían tal cosa. Lo más probable era que Borísov, el jefe de su guardia, cambiaba con excesiva frecuencia la distribución de sus hombres y por eso daba la impresión de que le seguían. Otra cosa era Moscú, donde fiscalizaban cada uno de sus pasos, donde seguían a todos los miembros del buró político para saber quién se entrevistaba con quién o visitaba a quién. Todo eso era odioso, nunca había ocurrido nada semejante en el partido, pero ahora ocurría y no se podía remediar. La suspicacia de Stalin crecía, no se fiaba de nadie, era imposible sincerarse con él porque en cualquier momento podía aprovechar esa sinceridad contra la propia persona. Todo esto creaba una sensación de inseguridad, de inquietud e incluso de desvalidez. Por otra parte no era posible pronunciarse contra Stalin. Ahí estaba toda la tragedia. Sus métodos eran inadmisibles, pero la línea, acertada. Había convertido Rusia en una fuerte potencia industrial. Pronunciarse contra Stalin significaba pronunciarse contra el país y contra el partido. Nadie apoyaría esa postura. Y aunque hubiera quien la apoyara, ¿a quién se ponía en lugar de Stalin? Muchos habrían deseado verle a él, a Kírov, en el puesto de secretario general, pero eso no era para él, superaba sus capacidades; él no era un teórico, sino un práctico de la revolución. El recuerdo más relevante, quizás, de su juventud revolucionaria era el de haber fabricado con sus propias manos un hectógrafo en el que los estudiantes imprimían octavillas. Entonces se sentía muy orgulloso del hectógrafo, su primer aporte material y palpable a la causa del partido. Siempre le habían atraído y alegrado, precisamente, esos resultados palpables y visibles de su trabajo y del trabajo de las personas que él dirigía. A él le bastaba con ser comunista, miembro del partido, y que el partido hubiera depositado en él una confianza tan grande. Pero Stalin no hacía caso de la dirección del partido, dirección históricamente constituida después de la muerte de Lenin, que defendió la herencia leninista contra los ataques de Trotski y de Zinóviev. A esa dirección no la llamaban ya colectiva; y con razón: el dirigente del partido era Stalin. Sin embargo, el núcleo había quedado. Lenin también era el dirigente del partido y del Estado, pero él contaba con el núcleo que le rodeaba. Contaba con él a pesar de las divergencias que surgían dentro. Stalin pasaba por encima del buró político. Personas como Zhdánov, Malenkov, Beria, Ezhov, Mejlis, Poskrióbishev, Shkiriátov y Vishinski significaban más que los miembros del buró político. Kírov comprendía a la perfección la meta que perseguía Stalin al exigirle que tomar represalias contra los antiguos zinovievistas: estaba creando un ambiente de terror cuando, en realidad, no existía ningún motivo para el terror. Con todo, Stalin quería gobernar con ayuda del miedo y solamente del miedo; lo necesitaba para robustecer su poder unipersonal. No se podía decir adónde se llegaría así. Kírov comprendía ahora con amargura el error cometido por el partido al no seguir el consejo de Lenin, al no liberar a Stalin del cargo de secretario general. Eso se debía haber hecho. De todas maneras, Trotski no habría vencido. Era un extraño en el partido. Zinóviev y Kámenev tampoco habrían accedido a la dirección porque no gozaban de la confianza del partido. Éste habría sido encabezado por su auténtico núcleo bolchevique, por su buró político actual, en el que también habría habido lugar para Bujarin y Kírov e incluso para Stalin, pero como un miembro de la dirección con idénticos derechos que los demás. Se había

cometido un error irreparable. A Stalin era imposible deponerle, como también era imposible lograr que se aviniera a otras razones que las suyas. Si algo aceptaba, era sólo en apariencia, para maniobrar, ya que calculaba desde muy lejos sus jugadas políticas. Detrás de sus propuestas, inocentes a primera vista, de escribir un artículo contra Enukidze o de trasladarse a Moscú había ciertas miras políticas de largo alcance. Lenin tenía razón al escribir que Stalin era caprichoso. Pero también era paciente, perseverante y siempre llevaba hasta el final lo que tenía pensado. Conocía el secreto del poder. La gente comprendía su lógica simple de seminarista y su dogmatismo de seminarista y se dejaba impresionar por ellos. Stalin sabía inspirar al pueblo la convicción de su omnisciencia y su omnipotencia. Al pueblo le gustaba su grandeza, le gustaba que se hubiera instaurado el orden al cabo de tantos años de caos económico, de guerra civil y de lucha interna en el partido, y ese orden lo identificaban con Stalin. Era ya imposible cambiar nada. A Kírov le embargaba la desesperación al persuadirse de su propia impotencia.

Cuando Kírov se trasladó a Leningrado en 1926, tenía conciencia de la dificultad de su misión. Los comunistas de Leningrado habían votado por Zinóiev. Recurriendo a todos sus medios organizativos y propagandísticos, el Comité Central logró convencerlos, en poco tiempo, de que votaran contra la oposición zinovievista, por las decisiones del XIV Congreso, por la línea del Comité Central. Por primera vez en la historia del partido se dio el hecho de que decenas de miles de comunistas rechazaban los puntos de vista que sustentaban la víspera y votaban por otros que condenaban la víspera. Esa acción la había dirigido Kírov. Fue una amarga victoria. Y, a lo largo de los años siguientes, había concentrado sus esfuerzos en devolver a los comunistas leningradenses su sentimiento de dignidad interior y en borrar el trauma moral que se les había causado. Sí, él estaba a favor de una disciplina férrea dentro del partido; pero el partido no necesitaba una masa que votara sumisa e indiscriminadamente; y él no quería dirigir una organización del partido que tuviera esas características. Leningrado, el *Píter* revolucionario, debía seguir siendo la cuna de la revolución de octubre; sus obreros, la vanguardia de la clase obrera rusa y la propia ciudad, una ciudad de ciencia europea de vanguardia, de un arte y una cultura de vanguardia. Precisamente por eso había estado en contra de que la Academia de Ciencias fuera trasladada a Moscú. No encontró apoyo en el buró político por una sencilla razón: la ciencia estaba al servicio de la edificación del socialismo y, por tanto, debía encontrarse donde estaba el centro que dirigía esa edificación, donde estaban los Comisariados del Pueblo y los organismos de dirección. Kírov no compartía esa opinión. Pero los otros miembros del buró político no le apoyaron, riéndose de que Kírov no quisiera ceder nada de lo que tenía Leningrado, ni siquiera a los seniles académicos. También se rió Stalin. Pero éste comprendía perfectamente que Kírov estaba en contra de todo lo que hiriese el amor propio de los leningradenses.

En todo caso, la política de Kírov había dado sus frutos. A lo largo de varios años se había consagrado a persuadir a los comunistas leningradenses, con tacto y persistencia, de que consideraba su votación en vísperas del XIV Congreso como un episodio fortuito sin consecuencias, de que su suspicacia hacia Stalin carecía de fundamento y de que la política de éste era la única acertada. Y persuadir de ello a los comunistas leningradenses no era cosa fácil. Los comunistas leningradenses tenían un elevado nivel político. Durante esos años se había llevado a cabo la colectivización en la agricultura con excesos en la expropiación de los kulaks y con maniobras poco convincentes de Stalin en torno a los «éxitos que se subían a la cabeza». Durante esos años, el país había pasado hambre, había soportado un riguroso racionamiento de los productos alimentarios y de amplio consumo. Kírov había hecho todo lo posible para que los leningradenses tuvieran comida, chocando a menudo por este motivo con los Comisariados del Pueblo en Moscú. Pero Leningrado cumplía también sus obligaciones para con el partido. Respondiendo al llamamiento del partido, que pedía veinticinco mil voluntarios. Leningrado había enviado durante esos años miles y miles de comunistas al campo, a las secciones políticas de las MTS y los sovjoses, al transporte y a las obras más importantes del plan quinquenal. En eso se había volcado la guardia obrera leningradense del partido. Al exigir y al aceptar estos sacrificios, el partido devolvía en cierto modo su papel al *Píter* rojo. O sea, que quedaban olvidados, firmemente y para siempre, el incidente de la votación precedente al XIV Congreso y la desconfianza hacia los comunistas leningradenses que resultó de ella.

Y ahora que la herida se había cicatrizado y no dolía ya, Stalin había decidido abrirla de nuevo. Al cabo de ocho años, decidió recordar a los leningradenses aquel episodio, castigarlos y vengarse de ellos, pues su exigencia de liquidar a «los agazapados que no habían depuesto las armas» encubría el deseo de destruir el eje de la organización leningradense del partido. Kírov no podía consentirlo. El buró político le apoyaría. Además, el propio Stalin no arrostraría un conflicto declarado sobre esa cuestión, comprendiendo que no tendría el respaldo del buró político. Stalin no conseguiría convertir el Comité Central del partido y su buró político en sumisos ejecutores de su voluntad. Y ésa era la garantía de que Stalin no lograría nunca colocarse por encima del partido.

Stalin había hecho mucho para la reconstrucción del país y, como todo gran personaje histórico, había impuesto en la época la huella de su personalidad. Lenin habría llevado a cabo esa reconstrucción por procedimientos más admisibles. Pero Lenin no existía ya; existía Stalin. Lenin usaba zapatos; Stalin usaba botas altas. Lo indiscutible, sin embargo, era que Rusia se convertía en uno de los países industrialmente más poderosos del mundo, en un país de ciencia avanzada, de gran técnica y elevada cultura. No se podía gobernar al país por el terror. La ciencia, la cultura y la técnica exigen el libre intercambio de ideas. La violencia sería un obstáculo para el desarrollo de la URSS. El

marxismo enseña que las leyes objetivas de la historia están por encima y son más potentes que una personalidad aislada. La lógica de los procesos históricos es implacable. Stalin tendría que subordinarse a esa lógica. Había que dejar paso libre a la historia, trabajar, desarrollar la industria, la ciencia y la cultura, contraponiéndose, naturalmente, a cualquier extremismo.

Lo esencial... Kírov se levantó, cansado de estar tendido en la arena. Lo esencial era conservar y cuidar los cuadros del partido. Mientras los cuadros bolcheviques fundamentales estuvieran vivos y fuertes, el partido sería indestructible.

-Se ha quemado usted un poco -dijo Lipman a Kírov-. Póngase la camisa y luego... Le interrumpió el timbre del teléfono que sonó en la garita del centinela. Kírov y Lipman volvieron la cabeza al oírlo. El centinela se aproximó a Lipman y le dijo que rogaban al doctor que subiera a la dacha número uno.

-Luego tendrá que darse alcohol para que no le duela -terminó diciendo Lipman a Kírov, mientras se vestía a toda prisa.

17

Lipman inspeccionó la encía, dijo a Stalin que se cicatrizaba bien y que, dentro de un par de días, comenzaría a trabajar en la prótesis.

-¿Podría ser mañana? -preguntó Stalin.

-Podría ser mañana -sonrió Lipman-, pero mejor pasado.

-Haga lo más conveniente -replicó Stalin, frunciendo el ceño-. ¿Cómo marcha su trabajo?

-El trabajo comenzará cuando hayamos hecho la impresión.

-Me refería a su libro -explicó Stalin, irritado.

-Perdone, no había caído al pronto... Voy trabajando, gracias. Stalin se levantó.

-Que lo pase usted bien.

No era el médico quien irritaba a Stalin. Le irritaba la conducta de Kírov. No habían tenido ningún choque más. Kírov acudía puntualmente al debate de las observaciones hechas con respecto al manual de historia, lo aprobaba tácitamente todo, pero se comportaba como una persona forzada a ocuparse de una cuestión aburrida e innecesaria. Aquellas reuniones iban haciéndose penosas. Stalin habría podido despedir a Kírov de allí, pero no quería una ruptura abierta. Había que aguantar, y Stalin aguantaba. Pero tenía los nervios tirantes. Sólo él sabía el esfuerzo que le costaban la calma, la sangre fría y la impasibilidad externas. Sabía retenerse cuando estaba a solas, pues de lo contrario no habría podido contenerse cuando había gente delante. Y si, a pesar de todo, estallaba, no era contra el objeto de su irritación. Aquella vez la había pagado con el médico.

Lipman se presentó a la hora señalada y comenzó a sacar la impresión en yeso. A Stalin le desagradaba aquella operación, le desagradaba el momento en que el médico arrancaba la impresión y, con ella, parecía arrancarle los dientes restantes, le desagradaba la sensación de las migas de yeso en la boca...

-Parece que está bien -indicó por fin Lipman-. Sí, creo que no está mal. Pero ¿y si le hiciéramos, a pesar de todo, una prótesis de resina, Iosif Vissariónovich? Stalin pegó un puñetazo en el brazo del sillón.

-¡La quiero de oro! ¿No ha quedado bien claro?

-Bien, bien -aseguró precipitadamente Lipman-. Se hará como usted diga. Mañana por la mañana estará lista. Stalin observaba en silencio cómo iba recogiendo Lipman su instrumental con manos temblorosas. ¡Se había asustado, el cretino!

Pero ¡qué gente!... Lipman dejó de pronto los instrumentos y rogó tímidamente:

-Todavía tengo que elegir el color, Iosif Vissariónovich. Tenga la bondad de sentarse un momento aún. Stalin apoyó de nuevo la cabeza en el cabezal y abrió la boca. Lipman estuvo mucho tiempo comparando las muestras de dientes artificiales con los naturales: uno, otro, otro más... Tenía cara de preocupación, incluso de susto y no acababa de decidirse. Stalin se cansó de estar con la boca abierta.

-¿Va a terminar pronto?

-Un momento, un momento.

Lipman seguía comparando distintas muestras, hasta que pareció tomar una decisión. Entonces dijo con aire preocupado, mientras cerraba el maletín:

-Puede usted levantarse, Iosif Vissariónovich. Procuraré que esté todo listo para mañana. A la mañana siguiente, Stalin mandó llamar al médico.

-Camarada Stalin -dijo Tovstujá-, todavía no ha terminado. Dice que estará listo mañana. Stalin se ensombreció.

-Hágale venir. A los pocos minutos se presentó Lipman, jadeando.

-Me había prometido tener la prótesis para hoy. ¿Por qué no ha cumplido su promesa?

-No ha podido ser, Iosif Vissariónovich.

-¿Qué impedimento ha surgido? -Stalin observaba al médico con esa mirada especial y dura que todos temían.

Lipman se abrió de brazos con gesto evasivo.

-Diga la verdad.

-Verá usted -comenzó tímidamente Lipman-: de todos los colores de dientes que he traído, ninguno es igual al color de los suyos.

-¿Y qué? -Traje todo lo que tenemos, incluido el color que ya se había utilizado antes para usted.

-¿Y qué? -A las personas, y en particular a los fumadores, les cambia el color de los dientes. Los dientes que yo he traído se aproximan mucho al color de los suyos y, sin embargo, existe una leve diferencia en el matiz.

-¿Se nota mucho?

-No mucho, aunque sí para un especialista.

-¿Ya mí qué me importan los especialistas?

-No me gustaría oír decir a nadie que he hecho mal este trabajo.

Stalin sonrió irónicamente:

-De modo que, en aras de su amor propio, yo debo andar sin dientes. ¿Y cuánto tiempo más voy a andar desdentado?

-He pedido que telefonearan a Moscú para que me envíen otras muestras indicando los números del catálogo.

-Pero ¿no había traído usted todo lo que había en Moscú?

-Conseguirán éstas...

-¿Dónde?

Lipman replicó con la mirada gacha:

-En Berlín.

-¿En Berlín?

-Las he encargado según un catálogo alemán.

-¿Por qué no me lo dijo en seguida?

Lipman callaba.

-¿Le prohibieron decírmelo?

Lipman callaba.

-¿Quién se lo prohibió?

Lipman callaba.

-¿Tovstujá?

Lipman asintió con una cabezadita casi inadvertida.

-Pues bien -repuso Stalin en tono aleccionador-, tenga usted en cuenta una cosa: al camarada Stalin se le PUEDE decir todo, al camarada Stalin HAY que decírselo todo, al camarada Stalin no se le DEBE ocultar nada. Y también al camarada Stalin NO SE PUEDE OCULTARLE NADA. Tarde o temprano, el camarada Stalin se enterará de la verdad.

Desde luego era desagradable que se retrasara la prótesis. Pero eso, finalmente, se arreglaría. Sin embargo era indignante que hubieran obligado al médico a mentir. Ninguna de las personas que le rodeaban tenía derecho a pronunciar una sola palabra que no fuera cierta. Una mentira pequeña arrastraba a otra mayor. Si las personas de su entorno mentían en cosas pequeñas, era un entorno en el que no se podía confiar. Todos, desde los miembros del buró político hasta los cocineros, debían saber que al camarada Stalin había que decirle la verdad, toda la, verdad y solamente la verdad.

Cuando despidió a Lipman, llamó a Tovstujá.

-¿Por qué ha obligado al médico a que me engañara?

-Ocurrió lo siguiente -explicó Tovstujá-. Ayer me informó el médico de que él no tenía el color de dientes necesario y que ese material sólo podía conseguirse en Berlín. Yo en seguida telefoneé a Litvínov, le transmití todos los datos del catálogo, y Litvínov llamó a Jinchuk...

-¿Acaso se encuentra todavía Jinchuk en Berlín?

-Sí. Surits sale únicamente hoy para allá.

-Bien... Siga.

-Litvínov me ha comunicado que ya está todo comprado y hoy se recibirá en Moscú. Espero que el material llegará esta tarde aquí y el doctor ha dicho que lo harán durante la noche.

-Por la noche que duerman. De noche no harán nada a derechas. Pero lo que pregunto es por qué obligó usted al doctor a que me engañara.

La respuesta fue inesperada:

-Por temor a que prohibiera usted encargar el material a Berlín.

Tovstujá le temía a su modestia. ¡Una adulación muy sutil! O quizá pensara así efectivamente y decidió cargar con la responsabilidad de actuar por su cuenta y riesgo. Era un hombre seguro y fiel. De todas maneras, la mentira no era un recurso admisible.

-Usted hizo todo eso ayer sin que yo me enterara -indicó Stalin- y, por tanto, me ha colocado ante el hecho consumado. Aunque su acción me desagrade, ya es tarde para anularla hoy. Pero ¿por qué obligó a mentir al médico?

-Temía que él se lo contara y usted lo prohibiera.

Stalin dio unos pasos por la terraza, se detuvo y pensó de pronto que no le sentaría mal tomar otra vez bromuro. Después de aquel infame artículo de Enukidze dormía peor, Kírov no había justificado sus esperanzas, había eludido atacar a Enukidze y la estancia de Kírov en Sochi no robustecía su sistema nervioso. Sin embargo había que distinguir entre las cosas graves y las menudencias. No había que perder los estribos por cosas sin importancia. Los dientes encargados a Berlín eran una tontería, una futesa. Tovstujá hablaba sinceramente, con fuerza de convicción. ¡De todas maneras era necesario atajar la mentira en su germen, de una vez para siempre!

Stalin, otra vez sombrío, se acercó a Tovstujá hasta casi tocarle, atravesándole con la mirada. Tovstujá se puso colorado y retrocedió un paso.

-No quiero estar rodeado de gente que me mienta y me engañe. ¡Yo debo confiar absolutamente en las personas que me rodean! Las personas que me rodean no deben mentir ni siquiera en las cosas pequeñas, ni siquiera se les debe ocurrir.

A Tovstujá le pareció que Stalin había pronunciado la última frase en tono más benévolos.

-Dispénseme, lo hice impensadamente.

Pero Tovstujá se había equivocado. Stalin le clavó otra vez su terrible mirada.

-Castigaré severamente la menor mentira. Y castigaré con particular rigor a los que obliguen a mentir al personal de servicio. Espero que habrá entendido, ¿verdad?

-Sí, camarada Stalin. No volverá a ocurrir.

Al día siguiente, Tovstujá informó después del almuerzo de que el médico había terminado.

-Que venga. Lipman se presentó con sonrisa cohibida, saludó y abrió su maletín.

Mientras se paseaba por el gabinete viendo lo que hacía el médico, Stalin dijo:

-¿Ha reflexionado usted sobre nuestra conversación de ayer?

-Sí, naturalmente, Iosif Vissariónovich.

-He hablado con el camarada Tovstujá al respecto y sé que él le obligó a mentir.

Lipman se llevó una mano al corazón.

-¡Nosotros no queríamos mentirle, camarada Stalin! El camarada Tovstujá me rogó que no le inquietara. No quería molestarle con una complicación tan insignificante. Pero nada de mentir, ¡por Dios! -Inquietar, molestar... Ésas son cosas de niños y no de adultos como nosotros. Stalin se sentó en el sillón y reclinó la cabeza en el cabezal. Lipman enjuagó en un vaso la nueva prótesis, sacudió las gotas y la colocó en su sitio con gesto suave y delicado. La placa de la prótesis era de oro.

Luego comenzó la operación habitual de ajuste con lápiz, con papel azul... Encajar los dientes, desencajarlos... En realidad, duró poco tiempo porque la prótesis sentaba bien.

-Parece que todo está en orden -precisó Stalin. Antes de marcharse, Lipman le recomendó que no se quitara la prótesis hasta la mañana siguiente, pero que le hiciera llamar si algo le molestaba. No hubo que llamarle porque la prótesis se adaptaba bien. Stalin quedó satisfecho y, cuando Lipman se presentó a los dos días, le dijo:

-La prótesis es muy cómoda, no me aprieta en ningún sitio ni me molesta. Es como si la llevara desde hace mucho tiempo. A pesar de todo, Lipman le rogó que se sentara, retiró la prótesis y volvió a colocarla después de inspeccionar la encía.

-Sí -confirmó-. Parece que ha encajado bien.

-¿Ve usted? -prosiguió Stalin-. y no quería hacerla de oro.

Lipman callaba, pero luego murmuró con cierta vacilación:

-Camarada Stalin, ya que ha quedado contento de mi trabajo, quisiera pedirle una cosa.

-Usted dirá.

Stalin frunció el ceño. No le gustaba que acudieran directamente a él con peticiones. Para eso existía un orden establecido y había personas encargadas para estudiar las peticiones y clasificar las que debían llegar hasta él. Presentarle a él personalmente las peticiones era incorrecto.

La petición resultó inesperada.

Lipman sacó una bolsita de su maletín y la abrió: contenía una prótesis de resina.

-Le ruego, camarada Stalin, que use esta prótesis un día solamente. Usted comprobará cuál le resulta más cómoda y decidirá.

Stalin enarcó las cejas, sorprendido. Él había dicho claramente que la prefería de oro, incluso había pegado un puñetazo en el brazo del sillón y el médico se había llevado un susto de muerte. Sin embargo insistía en su idea. Podía tener razón, ¡qué demonios!

-Está bien -accedió Stalin de mala gana. Lipman sustituyó una prótesis por la otra. La operación de ajuste, como la vez anterior, fue breve. Parecía que encajaba bien.

-Mañana me hace usted venir, por favor -puntualizó Lipman-, y ya me dirá cuál le resulta más cómoda y por ella optaremos.

Al día siguiente, Stalin hizo venir a Lipman antes del almuerzo.

-A título de autocrítica, debo confesar que tenía usted razón. Esta prótesis me resulta más ligera y más cómoda. Pero puede romperse.

Hágame otra por si acaso.

Lipman sonrió, encantado.

-Las que usted quiera.

-¿Ha almorcado?

-Sí, claro.

-No importa. Tome un bocado conmigo.

Le invitó a pasar a una habitación contigua donde había una mesa servida con fiambres y vinos.

-No tengo vodka ni coñac porque no los bebo ni recomiendo a nadie que los beba. Pero el vino es una cosa muy distinta. ¿Cuál prefiere usted?

-Yo entiendo poco de vinos -contestó Lipman, confuso.

-Mal hecho -objetó Stalin-. Hay que entender de vinos. Yo no tomo nunca café. Té sí suelo tomar, aunque muy pocas veces. Prefiero el vino. Dos o tres copas de vino entonan, pero no nublan la razón.

Escanció vino en dos copas pequeñas, casi como las de licor.

-¡Por qué la prótesis que acaba usted de hacer viva mucho tiempo!

Coma usted algo. Lipman tomó un canapé de paté.

-¿Quiere usted descansar algún tiempo más en Sochi? -preguntó Stalin.

-Esto es maravilloso, pero debo regresar a Moscú, a mi trabajo, si es que usted no me necesita ya, naturalmente.

-Les diré a sus jefes que le he retenido yo. Quédese un tiempo, báñese, escriba su libro.

-En Moscú me esperan mis pacientes. A algunos he empezado ya a tratarlos, les he quitado las prótesis, les he extraído dientes y ahora me esperan para que termine. ¿Qué puedo hacer?

-Tiene razón -concedió Stalin-. ¿Cuándo quiere marcharse?

-Lo antes posible. Podía ser mañana.

Stalin abrió la puerta del despacho y llamó a Tovstujá.

-Embarque mañana al doctor en avión para Moscú con todo lo necesario. -Señaló las botellas-. Vino de éste, por ejemplo...

Salió y volvió con un gran cedazo de uvas que le entregó a Lipman.

-¿Podrá con ellas? Si no, ya le ayudarán. -Se volvió hacia Tovstujá-: Que vayan a recibirle en Moscú y le lleven a su casa. Hasta la vista, doctor. Que usted lo pase bien. Despues de despedir al médico, Stalin ordenó que convocaran a Kirov y Zhdánov.

Zhdánov informó de las observaciones de los especialistas sobre el capítulo del manual de historia que tenían entre manos. Stalin le escuchaba paseando por la habitación. Kirov, sentado ante un velador, dibujaba algo en una hoja de papel. Esta ocupación irritaba a Stalin, aunque también él tenía la costumbre de trazar líneas o dibujar algo mientras escuchaba. Pero, para él, era un modo de concentrarse mientras que, para Kirov, era por el contrario un modo de distraerse, de demostrar que todo aquello le importaba poco, que le era ajeno.

Stalin no exteriorizó su irritación. Por el contrario, dijo cuando Zhdánov terminó de informar:

-Las observaciones me parecen acertadas. Pienso que se pueden aceptar. ¿Qué opinas tú, Serguéi Mirónovich?

-No tengo objeciones -contestó Kirov sin apartar la mirada del dibujo. Stalin tomó de la mesa el parte de los acopios de cereales y se lo tendió a Kirov.

-¡Míralo!

En el parte estaba subrayado con lápiz rojo el Kazajstán, que figuraba con el setenta y cinco por ciento del cumplimiento del plan. En general, ése era el índice medio.

-Mirzoyán va rezagado -observó Stalin-. Nuestros temores eran ciertos.

-Su situación no es la peor -contestó Kirov-. Setenta y cinco por ciento... Aunque hace falta apretar, naturalmente...

-Detrás de ese porcentaje medio hay una profunda brecha en algunas regiones -objetó Stalin, tomando otra hoja de la mesa y repasándola-. Por ejemplo, la región del Kazajstán Oriental ha cumplido el plan de acopios en treinta y ocho por ciento solamente. Y eso habiendo una cosecha magnífica. Pero esta magnífica cosecha ha pillado a los

dirigentes de la región por sorpresa, creando, como nosotros suponíamos, un estado de optimismo infundado y de placidez.

En los informes que se reciben del Kazajstán se señala el mal aprovechamiento de las máquinas, la hostilidad a la mecanización, el despilfarro y la malversación de los medios estatales, la penetración en el aparato de los organismos directivos del agro de elementos ajenos, criminales, y de granujas con el carnet del partido en el bolsillo. Esta situación debe ser enmendada urgentemente, antes de que sea tarde.

Si el Kazajstán hunde los acopios, el hecho puede influir gravemente en la balanza cerealística del país, especialmente ahora que estamos aboliendo el racionamiento del pan. Creo que conviene enviar a alguien en ayuda del camarada Mirzoyán.

-¿Y no se ofenderá? -preguntó Kírov-. Así resultaría que no confiamos en sus fuerzas. Se le puede escribir una carta recomendándole que reúna cuadros eficientes y ofreciéndole ayuda en hombres y en medios de transporte.

-¿Por qué iba a ofenderse? -sonrió irónicamente Stalin-. Con el partido no puede ofenderse nadie. Si empezáramos todos a ofendernos con el partido, ¿qué quedaría de él? Claro que debemos tener tacto. No le vamos a enviar a un simple instructor, sino a un secretario del Comité Central... Escucha, Serguéi Mirónovich, ¿por qué no vas tú mismo? Vuestras relaciones son amistosas y, además, sería un honor ver llegar a un miembro del buró político.

Lo que menos esperaba Kírov era un giro semejante. Marchar al Kazajstán, apartarse de Leningrado durante un mes como mínimo... Aunque, también en Sochi podía retenerle Stalin todo el mes de octubre. Pero Stalin no quería mantenerle allí. Sus relaciones eran tirantes y, desde luego, lo mejor era no estar juntos. ¿No aprovecharía Stalin el viaje a Kazajstán para echarle de Sochi? Mandarle sencillamente de vuelta a Leningrado significaría que no habían podido trabajar en común, que su intento había fracasado. Pero así había un pretexto digno: era preciso sacar urgentemente de su atasco al Kazajstán y, por una serie de razones, entre otras la de su amistad personal con Mirzoyán, lo mejor era mandar a Kírov. En este caso, su repentina partida de Sochi no suscitaría chismorreos. Sólo un detalle ponía a Kírov sobre aviso: Stalin había sacado a colación el Kazajstán el día mismo que llegó Kírov a Sochi. ¿Por qué? ¿Porque preveía ya que su trabajo en común no resultaría? ¿Porque preparaba con antelación su marcha de allí? Podía suceder. Stalin era un hombre precavido. En todo caso, aquella propuesta le permitía marcharse cuanto antes de allí. Claro que se podía haber hallado otro pretexto. Lo más sencillo habría sido dejarle marchar a Minerálnie Vodi. Para eso ni siquiera hacía falta pretexto, puesto que los médicos se lo habían prescrito. Pero ya se había negado a escribir contra Enukidze, se había negado a trasladarse a Moscú y una tercera negativa echaría a perder definitivamente sus relaciones.

-Bueno -dijo Kírov-, si existe esa necesidad, iré.

-La necesidad existe, y tú mismo lo comprendes a la perfección. Además -entonces Stalin señaló los folios que hacían referencia al manual de historia-, veo que este trabajo no te atrae demasiado. ¿No es cierto?

-En efecto -confirmó Kírov-. Yo, como historiador...

-¿Ves tú? En cambio aquello es una cosa viva. No te ocupará más de un mes y, con eso, sacaremos del atasco al Kazajstán y tendremos más cereales. ¿Cuáles son las dificultades que presenta el Kazajstán? En primer lugar, es la periferia. Está lejos del centro. En segundo lugar, tiene una población agrícola abigarrada y prácticamente nueva. Muchos de los antiguos kulaks se han asentado allí. Entre ellos hay también trabajadores buenos y afanosos... -Se volvió hacia Zhdánov-. Si hace el favor, Andréi Alexándrovich, compruebe cómo marcha la redacción del decreto que he mandado preparar por el cual devolvemos sus derechos cívicos a los antiguos kulaks, especialmente a los jóvenes, que durante tres o cinco años han demostrado sus buenas disposiciones en sus nuevos lugares de residencia... Sí, entre ellos los hay que trabajan bien, pero también los hay que sienten encono y nos perjudican. Por otra parte, no hemos inculcado todavía a nuestros obreros de base, a nuestros trabajadores, una moral laboral de lo más simple: el afán de realizar su cometido lo mejor posible; no hemos fomentado en ellos el sentimiento de orgullo por la calidad de su trabajo, por su profesión, por su prestigio laboral personal. Por ejemplo, ha venido un médico de Moscú a tratarme los dientes. Para la prótesis propuso una variante suya que yo rechacé. Él insistió y yo tuve incluso que levantar un poco la voz. El médico se contuvo... Pero lo interesante es que hizo la prótesis en dos variantes: la suya y la mía y me propuso probar las dos, primero la mía y luego la suya. Yo las probé y vi que la suya era mejor, hecho que reconocí a título de autocrítica. De esta manera, defendiendo su variante, demostró que él estaba en lo cierto. ¿Por qué insistió? Podía hacer tranquilamente lo que yo exigía y marcharse también tranquilamente. Sin embargo insistió en su idea, no temió insistir, no temió infringir mi rotunda prohibición. ¿Por qué no temió hacerlo? Porque fue más fuerte su dignidad profesional. O sea, que es un trabajador auténtico, tiene un elevado sentido del orgullo profesional, y ése es el sentimiento que debemos educar en nuestras gentes. Y cuando hayamos educado ese sentimiento, desaparecerá la necesidad de las medidas coercitivas. Pero de momento eso no existe; de momento hablamos mucho de la fidelidad a la causa, hacemos promesas, adoptamos compromisos, cuando compromisos debe haber uno solo, el compromiso ante la conciencia laboral propia, ante el orgullo laboral propio, como ocurre con los vinicultores georgianos, por ejemplo, o con este odontólogo.

-Es una persona muy agradable -sonrió Kírov.

Stalin se detuvo.

-¿Te ha tratado a ti?

-No. Nos hemos visto en la playa. Nada muy bien.

Stalin paseó un poco por el despacho en silencio y luego dijo:

-Veo que no te has aburrido demasiado aquí. Y yo pensando que nuestro pobre Serguéi Mirónovich estaría aburrido con estas referencias... Kírov captó en la voz de Stalin unas notas celosas y suspicaces que conocía muy bien.

-La playa está desierta. Nadie se baña más que el doctor y yo. La verdad es que sólo le he visto un par de veces y me ha causado muy buena impresión.

-Sí, le gusta hablar -confirmó Stalin con indiferencia.

También esa indiferencia la conocía muy bien Kírov.

Stalin volvió a pasear en silencio por el despacho, luego se detuvo frente a Kírov y le preguntó:

-¿Podrías salir mañana en avión para Almá-Atá?

-Naturalmente.

-Entonces, perfecto.

Por la tarde, después de la firma, Stalin ordenó a Tovstujá:

-Que cambien al doctor Lipman por otro odontólogo.

Y, después de reflexionar un poco, añadió:

-Que le retiren de la clínica del Kremlin, pero que no le molesten.

18

Como la vez anterior, Alférov vestía de paisano y, como la vez anterior, recibió a Sasha en la salita, acercando una silla a la mesa de comedor. Era una mesa sencilla, de tablas, pero las sillas eran de estilo urbano, con el asiento relleno.

-Siéntese, Pankrátov. ¿Quiere tomar té?

Semejante hospitalidad no predecía nada bueno.

-No, gracias. He desayunado ya.

-Un vaso de té no sienta mal después de un viaje. ¿En qué ha venido?

-A pie.

-Razón de más...

Alférov abrió la puerta de la cocina.

-¿Podría traernos el samovar, Anfisa Stepánovna?

Volvió a la mesa y miró amistosamente a Sasha.

-¿Qué tal, Pankrátov? ¿Funciona el separador?

-No lo sé, ni me importa.

-Mal hecho. Pues funciona... Y puede darme las gracias a mí...

Dije en la MTS que lo arreglaran sin falta. Y aquel mismo día lo repararon.

De modo que Zida había dicho la verdad.

Alférov miró de reojo a Sasha.

-Como usted comprenderá, no lo hice por altruismo. Lo hice porque si un tutelado nuestro estropea un aparato, nuestra obligación es repararlo.

-Su «tutelado» no estropeó el aparato.

-En el pueblo piensan de otro modo. El caso es que el separador ha sido reparado y el incidente cancelado. O, más exactamente, amortiguado. La queja contra usted está aquí -señaló el cajón de la mesa-, y yo no tengo el propósito de hacerle chantaje con ella, pero sí puede recordarla el presidente del koljós. ¡Aquí está el té! Una mujer de mediana edad, corpulenta, que se balanceaba al andar, vestida con falda larga y blusa corta, trajo el samovar.

Luego dejó sobre la mesa un plato con pescado rebozado y empanadillas rellenas también de pescado, airelas y arándanos.

-La infusión la preparo yo -decía Alférov echando el té en una tetera-. Es todo un arte, ¿sabe? Yo lo aprendí en China. Colocó la tetera en el soporte del samovar y la tapó con una servilleta doblada en cuatro. -Mientras se hace, coma algo. -Alférov señaló la mesa con la mano.

-No, gracias. Tomaré el té, pero no tengo ganas de comer. He desayunado ya.

-A su gusto. Pero, si quiere, ya sabe que el comer y el rascar... ¿Qué tal le va en Mozgova? ¿Se aburre?

-No tiene nada de divertido.

-Me lo imagino -asintió Alféróv-. Aunque hay gente bastante interesante. Zhilinski, Vsevolod Serguéievich, por ejemplo, es un filósofo, discípulo de Berdáev. En su momento pudo marcharse al extranjero, pero se negó, por amor a Rusia, según dijo. Ahora, claro que se marcharía; pero ya es tarde. Si amas a Rusia, trabaja para ella y no contra ella. ¿No es así?

Sasha se encogió de hombros.

-En principio, así es. Pero yo no sé lo que ha hecho contra Rusia.

-Tanto Zhilinski como los demás querrán persuadirle de que han venido a parar aquí sin razón. Pero, créame, sin razón nadie viene a parar aquí.

Sasha sonrió irónicamente.

Su sonrisa no pasó inadvertida para Alféróv.

-Piensa en su caso, ¿verdad? Pero eso es muy distinto. Su confinamiento forma parte de nuestros asuntos internos de partido. «Una vieja cuestión entre hermanos...», que dijo Pushkin. Usted se encontró en una situación determinada y no estuvo muy precavido. ¿Se cree que yo he venido a este poblacho por iniciativa propia? ¿Ha visto al mandatario de Boguchani? Aquí basta la gente como él. Espero comprenderá que yo soy algo distinto. Pero en mi situación tampoco estuve a la altura de las circunstancias, y aquí vine a parar. ¿Y qué? Soy comunista y cumple con mi deber. Volviendo a Zhilinski... Es un hombre inteligente, un erudito, pero ándese con ojo.

-Apenas le trato. Muy superficialmente.

-Quiera que no, le tratará -objetó Alféróv-. No es posible pasarse tres años sin hablar con la gente. El trato es inevitable. También tienen en Mozgova a Máslov, Mijaíl Mijaílovich, ex coronel del estado mayor general.

-Ése sí que no me interesa -afirmó Sasha, que parecía entrever hacia dónde iba Alféróv.

-Desde luego -asintió Alféróv-. Es otra generación, otra formación. Los que venían en su grupo le son más próximos, aunque sólo sea por la edad. Kvachadze, por ejemplo... ¿Se cartea con él?

-No. Ni siquiera sé dónde está.

-¿Cómo se ha desentendido así de sus compañeros de etapas? -preguntó Alféróv-. Aunque, le comprendo: Kvachadze es un trotskista, y acérrimo. Pero Solovéichik...

-Con Solovéichik me carteo de vez en cuando.

Naturalmente, podía no haberle dicho eso. Podía haberle preguntado: «¿Para qué me ha hecho venir? ¿Para interrogarme? Bueno, pues interrogué según las normas porque esta clase de conversación no me agrada.» Pero Sasha no dijo eso. Alféróv no le había hecho nada malo y, si quería hablar humanamente, él seguiría la conversación.

-¿Hace mucho que recibió carta de él?

-¿No lo sabe usted? -contestó Sasha-. Yo creía que estaba usted al tanto de toda mi correspondencia.

-Sí, algunas veces hay que repasar el correo de los confinados administrativos. Forma parte de nuestro cometido -confirmó Alféróv-. Pero yo no lo hago con regularidad, sino selectivamente.

-Mis sobres están siempre abiertos.

-¿Para qué voy a pegarlos de nuevo -rió Alféróv-, si de todas maneras vería usted que han sido abiertos? Pero ya le digo que lo hago de modo selectivo y he podido dejar pasar la última carta de Solovéichik.

-¿Le ha ocurrido algo? -preguntó Sasha.

-Nada de particular. Pide que se le traslade a Goltiávino diciendo que allí está su novia. ¿Es verdad?

-Sí -confirmó Sasha-. Allí está su novia. Yo mismo la vi cuando pasamos por Goltiávino.

-Admito que su novia se encuentre en Goltiávino. Pero eso no le da derecho para abandonar sin permiso el lugar de residencia que le ha sido señalado. Y él ha ido a Goltiávino sin autorización. Es posible que yo hiciera la vista gorda (ya sabe: la juventud, el amor, etcétera) pero Goltiávino depende de la comandancia de Dvorets y ellos no quieren hacer la vista gorda.

-Yo no sabía nada de eso -repuso Sasha-. Pero se le puede comprender. Si alguien ha venido a parar aquí por error, ése es Solovéichik, un hombre ajeno a la política. Además tiene un carácter abierto, comunicativo, y todas estas restricciones son muy agobiantes para él. Desde luego es extraño que se haya lanzado a una cosa así, pero el amor no conoce fronteras.

-Eso es lirismo y sentimentalismo, Pankrátov. En el lenguaje oficial, se llama fuga. Y es un delito por el que se castiga no solamente al que se fuga, sino también a los que han ayudado a la fuga. En Rozhkovo hay otros deportados: a todos los ha colocado en una situación difícil.

-¿Acaso tendré que responder yo si se fuga alguien de Mozgova?

-Pues sí, señor. Si uno se fuga, responden todos. Y hay que proteger a las personas inocentes de los egoístas que sólo piensan en sí mismos. La norma es que se informe a las autoridades de cualquier intento de fuga. Y hay que ayudarnos en esto. Usted, por ejemplo, afirma que es un soviético honrado. ¡Ayúdenos!

-¡Conque eso es lo que quiere hacer de mí!

-¿A qué viene eso, Alexandre Pávlovich? La provocación es castigada con todo rigor. No le pedimos que nos informe de los estados de ánimo ni de las conversaciones. Queremos evitar las fugas, salvar a los irreflexivos que se escapan y a los crédulos que contribuyen a ello. Le trasladaríamos a Kezhmá para trabajar en MTS como mecánico itinerante, se desplazaría libremente por el distrito, trataría con los confinados y entre ellos con los que tienen el propósito de fugarse. Y usted los disuadiría de hacerlo. En último caso, nos prevendría a nosotros para que pudiésemos evitar la fuga. Materialmente estaría a cubierto de necesidades, viviría en la cabeza de distrito y no en una aldea y evitaría que algunos cometiesen acciones desatinadas.

-Está perdiendo el tiempo -declaró Sasha- porque yo no haré lo que pretendo. Me parece amoral.

-¿También considera amoral mi trabajo?

-Usted desempeña un cargo y cumple las obligaciones que ese cargo le impone. Pero yo soy un confinado y cumpliré también con mis obligaciones.

-¿Qué obligaciones son éas?

-La de cumplir mi condena.

Alférov hizo una pausa y luego dijo sonriendo:

-Me coloca usted en una situación muy peligrosa, Alexandre Pávlovich.

-No le comprendo.

-Usted ha dicho que «el amor no conoce fronteras». Pongamos que tiene razón. Pero su mujer es maestra.

¿Podemos confiar la educación de la nueva generación a la mujer de un hombre que no es políticamente leal?

-Yo no tengo mujer. ¿De dónde ha sacado eso? ¿La maestra? Yo voy a veces a su casa a buscar libros, pero nada más.

-Alexandre Pávlovich, los dos somos hombres y nos comprendemos muy bien. No esperaba otra contestación. Pero la maestra es su mujer. Si es usted razonable, la traeremos también a ella y no sólo a usted, a Kezhmá, donde hay igualmente necesidad de maestros.

-Yo no tengo mujer -afirmó hosamente Sasha-. Con la misma razón puede declarar que es mi mujer cualquiera de las que habitan Mozgova. Y si molestan a la maestra, habrán cometido una gran injusticia.

-Nadie va a molestarla. Lo que sí tenemos la obligación de hacer es librirla de influencias perniciosas. Por ejemplo, trasladándole a usted a otro lugar.

-¡Ustedes son los amos!

Sasha exhaló un suspiro de alivio. ¡Al diablo con Alférav! Estaba de acuerdo en marcharse a otro pueblo con tal de que no molestaran a Zida.

Alférov se levantó y dio unos paseos por la salita.

-Dígame, Pankrátov, ¿cómo se imagina su vida más adelante?

-Cuando termine mi confinamiento, volveré a casa y gestionaré la revisión de la causa.

-A Moscú no podrá volver.

-También se puede trabajar fuera de Moscú.

-¿La revisión de la causa? -prosiguió Alférav-. No creo que lo consiga. Siempre llevará a cuestas el antecedente penal.

-Se dan casos en que se anulan los antecedentes.

-Se dan casos -concedió Alférav-. Pero por méritos ante el Estado. Y yo no veo que tenga el menor afán de realizar nada excepcional. Porque está resentido.

-No estoy resentido. Pero no olvidaré el temblor de mi madre, en el pasillo, cuando me detuvieron. Ni tampoco olvidaré cómo me cargó el mochuelo el juez de la investigación.

-Bien. Pasemos a lo que interesa. -Alférov volvió a sentarse frente a Sasha-: Solovéchik se ha fugado.

Observaba inquisitivamente a Sasha y éste le miraba con asombro.

-Eso no puede ser. Solovéchik no es tan tonto. Demasiado sabe que no hay a dónde escapar.

-Y sin embargo se ha fugado. ¿Le ha escrito algo de eso? Sasha sonrió irónicamente.

-Si fugarse es una estupidez, mayor estupidez es tratar de ello en una carta.

-Indudablemente -asintió Alferov-. De todas maneras, usted es aquí su único amigo, su único compañero.

-¿Quiere acusarme de complicidad en la fuga?

-Pankrátov -dijo gravemente Alférav-, yo tengo mejor opinión de usted de lo que se imagina. Nadie le acusa de eso. Pero Solovéchik habrá pensado bien el itinerario de la fuga. Hay dos itinerarios: uno, por el Angará hacia el Eniséi; otro, por la taiga, hacia Kansk. Por cualquiera de los dos caminos no iría muy lejos porque le detendrían en la primera aldea. Para ir rodeando, sin entrar en los pueblos, se necesita una gran provisión de víveres, que él no tiene. Pero también es posible otro camino, remontando el Angará hacia Irkutsk. El camino es más largo, pero pasa por Mozgova, donde vive usted, y por dos pueblos más, río arriba, donde viven correligionarios de su novia. No está excluido que haya optado precisamente por ese camino, ni está excluido que le busque a usted.

-¿Y cómo me va a buscar? ¿Delante de toda la aldea?

-Eso no lo sé. Es posible que no le busque. Pero también es posible que sí. En tal caso tiene usted que reflexionar bien en la conducta a seguir.

-¿Debo detenerle? -rió Sasha-. ¿Y si no puedo con él?

-Usted no tiene que detenerle; de eso nos encargaremos nosotros. Sería bueno que le convenciera de volver. En ese caso desaparece la acusación de fuga y, tratándose sólo de un desplazamiento sin autorización, basta con las medidas de carácter administrativo. Se lo digo con franqueza, Pankrátov: yo no quiero que se produzca una fuga, no quiero que ocurra aquí ningún suceso extraordinario.

Sasha se daba cuenta de que Alféróv hablaba sinceramente. Pero Sasha no creía en la fuga de Solovéchik. Quizá saliera de caza a la taiga y se hubiera extraviado.

-Así están las cosas, Pankrátov -concluyó Alféróv-. Convénzale de que vuelva. Es lo más sencillo. Y si no vuelve, informe al soviet rural o la administración del koljós. Ellos saben lo que deben hacer.

Después de una pausa, añadió:

-Tómese esto en serio, Pankrátov: encubrir a un fugitivo o prestarle ayuda puede acarrearle graves consecuencias. ¡Ya está advertido!

¿Que Solovéchik se había fugado? Sasha no lograba creérselo. Podía admitir que Solovéchik se hubiera ahorcado o se hubiera tirado al río. Su vida estaba acabada. ¿No había estado él cerca del suicidio? Pero ¡fugarse!... Solovéchik, práctico y sensato, comprendía perfectamente lo absurdo de semejante acción. Con mucho más éxito habría podido escaparse desde Kansk, donde no tenía más que montarse en un tren. En Rozhkovo podía abrigar la esperanza de reunirse con Frida. Al fugarse, perdía esa esperanza para siempre. Además, las consecuencias habrían alcanzado a Frida. Y eso era lo último que habría querido Solovéchik.

¿Qué red estaría tejiendo Alféróv? Parecía decir: «Un compañero tuyo se ha fugado del lugar de confinamiento. ¡Conque cuidado no vayas a tener que pagar tú el pato! Lo mejor será que busques nuestro cobijo, que es muy amplio. Vives con la maestra, y esa relación puede acarrearle inconvenientes. Busca también nuestro cobijo. En Mozgova no tienes trabajo. ¿Quién va a mantenerte durante tres años? Yo te proporciono trabajo y no tendrás que ser una carga para tu familia. Y no olvides que, además, tengo aquí en la mesa la queja del presidente por haber estropeado el separador.» Aquello era primitivo.

Sin embargo, Sasha notaba al mismo tiempo en Alféróv algo peculiar. No era un Diákov cualquiera, sino un pájaro de mucho más vuelo. Había estado en China. A Diákov, nadie le hubiera mandado a China. No obstante, Diákov estaba en Moscú, en el aparato central, y Alféróv allí, en aquel agujero. Seguro que había tenido algún fallo.

Por la mirada se notaba que estaba sobre aviso, señal de su propia situación inestable. Y no tenía el tosco empuje de Diákov. ¿Sería que no desplegaba excesivo celo en lo que hacía?

A Vsevolod Serguéievich, Sasha le dijo que le habían llamado por lo de Zida. De la fuga no le habló, porque no creía en ella.

Vsevolod Serguéievich enfocó la conversación con calma.

-En último caso, le mandarán a Sávino o Frolovo. No es mucho pagar por dos meses de felicidad. En cuanto a Zida, no la molestarán: aquí, es persona más valiosa que Alféróv. Otro mandatario, pueden encontrar; otra maestra, no. Sasha sí habló a Zida de Solovéchik, pensando que tampoco ella se lo creería. Pero ella se lo creyó.

-Se escapan empujados por la angustia, por el fastidio. Incluso personas muy sensatas. Pierden la razón y se fugan. Es cosa corriente.

Por extraño que parezca, la conversación con Alféróv calmó a Sasha, puso fin a sus cavilaciones. Alféróv había confirmado lo que ya se imaginaba él: que no volvería a Moscú ni debía esperar una revisión de la causa. Le habían dado de baja. Bueno, pues también él tendría que cambiar de comportamiento. Por fin se encaró con su destino y notó que era capaz de dominarse. Se acabaron las ilusiones. Casos como el suyo los había a montones, no era un caso especial. Y debía encontrar dentro de sí mismo fuerzas para aguantar.

Una vez se cruzó en la calle con Timoféi, que le miró sobresaltado y quiso pasar de largo. Pero Sasha se lo impidió.

-Mala puntería tienes, Timoféi. ¿O es que tu escopeta es una basura?

-¿El qué, el qué? -tartamudeó Timoféi, y retrocedió como aquel día en el prado, temiendo sin duda que Sasha le golpearía.

-No tengas miedo -adujo Sasha con sonrisa irónica-. Aquí no te haré nada; pero si me encuentro contigo otra vez en el bosque, te pego un tiro como a un perro. Tú tiras con postas y yo con balas. Además, la escopeta es de cañón estriado. ¡Conque te alcanzaré! Y si yo fallara, otros te alcanzarían. Nosotros hacemos justicia a nuestro modo. ¡Que no se te olvide, carroña!

Luego siguió su camino. Era la única manera de tratar a gente así. Toda la cuenca del Angará estaba enterada de cómo acabaron, en la cárcel, con los que mataron a unos confinados en el camino de Kansk. Y también lo sabía Timoféi. No intentaría nada más. ¡cobarde! Ahora, cuando iba al bosque, Sasha cargaba la escopeta con perdigones,

pero se echaba un puñado de postas en el bolsillo. Tampoco iba sin el perro ni se detenía en lugares descubiertos. Y cambiaba todas las veces de senda.

Sasha salió de nuevo de caza a los dos o tres días de haber tropezado con Timoféi. Zhuchok se detuvo de pronto olfateando algo y se lanzó a la espesura. Sus ladridos frenéticos se escuchaban muy cerca. No eran ladridos de llamada, sino furiosos y roncos. Se notaba que ladraba a una persona, o quizá a un oso. Sasha se resguardó detrás de un árbol y cargó con postas los dos cañones.

Los ladridos crecían con tremenda fuerza, alejándose unas veces y aproximándose otras. Se conoce que Zhuchok se apartaba y volvía a lanzarse contra algo. Desde luego, no se trataba de Timoféi, porque el perro conocía a toda la gente de la aldea. De ese modo, sólo podía ladrar contra un desconocido o contra un oso.

Sasha creyó divisar a una persona detrás de los árboles, le pareció que algo se movía. Quizá fuera el viento agitando las ramas... Zhuchok había salido a un claro del bosque y se lanzaba contra un desconocido que le espantaba con un palo grueso y largo. Sasha reconoció en seguida a Solovéichik. Vestía pantalón y chaquetón guateados, gorro de orejeras y botas de pantano. Estaba delgado y se había dejado una pequeña barba. Aunque resultaba muy cambiado, Sasha le reconoció por la silueta, por el modo de espantar al perro o, quizá, porque en el fondo de su alma admitía la posibilidad de que Borís se hubiera escapado efectivamente y de que Alféróv estuviese en lo cierto al suponer que habría tomado esa dirección.

Llamó al perro y se acercó a Solovéichik. Se abrazaron.

-Vamos a meternos otra vez en el bosque -propuso Sasha.

Se adentraron en la espesura y tomaron asiento debajo de un árbol, donde la tierra estaba relativamente seca. Solovéichik se quitó la mochila, que dejó a su lado, y cerró los ojos recostando la cabeza en el árbol.

-¡Qué chucos tan rabiosos!...

-Como vio a un desconocido... ¿Tienes hambre?

-De momento, no. He comido -Borís señaló la mochila-. ¿Ya estabas enterado de lo mío?

-Me llamó Alféróv y me preguntó por ti.

Borís estaba medio tendido en el suelo, con los ojos cerrados.

-¿Por qué has hecho esto? -preguntó Sasha.

A Borís le acometió un largo y doloroso acceso de tos.

-Había solicitado que me trasladaran donde Frida o la autorizaran a ella a venirse a mi lado. Me lo negaron. Entonces me fui a verla. Por el camino me detuvieron. Me escapé. ¿Volver a Rozhkov? Me meterían en la cárcel bajo la acusación de fuga. ¡Conque tiré en esta dirección! Me buscarán río abajo o camino de Kansk y quizá pueda yo llegar hasta Bratsk entretanto.

-Alféróv suponía que vendrías para acá.

-¿Te lo ha dicho él?

-Sí.

Borís callaba.

-De aquí a Bratsk tienes un mes de camino y el invierno está al caer de un día para otro. Te quedarás helado en el bosque -añadió Sasha.

-No tengo otra salida -contestó Borís con cansancio-. Si llego, bien; si no llego...

-¿Y qué será de Frida?

-A ella no la molestarán. Ella no sabe nada. No he vuelto a verla desde que pasamos por allí conducidos. ¿Qué le he escrito? Yo escribo a mucha gente.

-No me parece tan claro -objetó Sasha-. Has escrito que era tu novia, o sea, una persona muy allegada. La llamarán.

-También a ti te han llamado. ¿Y qué has podido decir? Tampoco ella puede decir nada.

-Escucha: ¿no sería mejor que fueras a Kezhmá y te presentaras a Alféróv? Le dices que cuando te detuvieron tú ibas a verle a él para pedirle que permitiese el traslado de Frida a Rozhkov o el tuyo a Koltiávino. La cosa cambia totalmente: no has salido del distrito y te has presentado tú mismo en Kezhmá.

-Es demasiado burdo -repuso Borís con una mueca-. «Iba a Kezhmá.» Y me detuvieron en dirección opuesta, río abajo. No. Si me presento a Alféróv, me mandará a Kansk.

-Ahora no se puede llegar a Kansk. El camino no estará practicable hasta dentro de un mes por lo menos. En Kezhmá no hay cárcel. ¿Dónde te iba a meter? Para Alféróv es preferible aceptar tu versión de que ibas a verle para arreglar lo de que os permitan reuniros a Frida y a ti. Él mismo me dijo que no quería acontecimientos extraordinarios. Y el hecho de que te detuvieran cuando caminabas río abajo tampoco importa. Dices que en Rozhkov no había barcas y esperabas apalabrar una en Kodá o en Páshino.

-Alféróv habrá comunicado ya probablemente mi fuga -replicó Borís. Si te llamó a ti es que había tomado ya sus medidas.

-De todas maneras, es tu única probabilidad -insistió Sasha-. No podrás llegar hasta Bratsk. Antes te echarán mano en cualquier pueblo, y entonces no te librarás de la acusación de fuga.

-No entraré en ningún pueblo.

-¿Y cómo te vas a alimentar?

-Procúrame tú algo de comida: tocino, galletas, azúcar, si lo tienes...

-¡Claro que sí! Pero ¿para cuánto tiempo te va a alcanzar, con cuánto puedes cargar? Ahora, en invierno, no encontrarás nada en el bosque para alimentarte. No tienes escopeta. El hambre hará que te entregues en cualquier aldea. Se trata de tu vida, compréndelo. Si te presentas a Alférov, la conservarás y tendrás alguna probabilidad de salir del paso. Si sigues adelante, te morirás en el bosque o te detendrán y no te quedará ya ninguna probabilidad.

Borís callaba, medio acostado, con los ojos cerrados, como si no oyera a Sasha. Quizá se hubiera quedado traspuesto.

-¿Pasas la noche en mi casa?

Sin abrir los ojos, Borís sacudió negativamente la cabeza.

-Me descubrirían. Y entonces pagarías tú.

-Por mí, no te preocupes.

Borís abrió los ojos y habló con inesperada energía:

-Si me ven aquí, Alférov seguirá esta pista. Y yo necesito recorrer setenta kilómetros. Allí me ayudarán. Además, tampoco puedo exponerte a ti. Ni siquiera te quedaría el recurso de alegar que no estabas enterado de mi fuga, puesto que Alférov te previno. Vamos a dejar clara una cosa: ¡tú no me has visto ni yo te he visto a ti! Ocurra lo que ocurra y ocurra cuando ocurra, lo mismo si es dentro de un año, dentro de dos o de diez, tú no me has visto ni yo te he visto a ti.

-Tú sabrás lo que haces. Aunque sigo creyendo que cometes un error. Dentro de un par de horas podrías estar en Kezhmá. Alférov te echaría un buen rapapolvo, y ahí terminaría la cosa. No se puede garantizar, claro, pero me parece que así sería. Te repito que es la única probabilidad.

-Todo está decidido -afirmó rotundamente Solovéchik-. ¿Puedes conseguirme tocino, galletas y azúcar?

-Tocino, sí; azúcar, procuraré. En cuanto a las galletas, hace falta tiempo para secarlas. Si esperas un poco, también te las prepararé.

-No puedo esperar. Trae el pan sin secarlo.

-¡Borís! Piénsalo bien, te lo ruego. No acabo de comprender lo que esperas. Admitamos que consigues llegar a Bratsk... Es cosa excluida, pero vamos a admitirlo. ¿Y luego?

-Desde allí me llevarán a Irkutsk, donde tomaré el tren para ir a Moscú.

-¿Para qué?

-Para buscar la verdad.

A Sasha le pareció que estaba loco. ¿Qué verdad pretendía buscar? ¿Le ocultaría algo? ¿Tendría gente segura que le ayudara en el camino? ¿Amigos de Frida? Decía que aún le quedaban setenta kilómetros. A esa distancia estaban Frolovo, Sávino o Usoltsevo. Pero todos esos pueblos se hallaban enclavados en islas. ¿Cómo cruzaría el Angará, que era un río muy rápido y aún tardaría bastante en helarse? Sin embargo, con algo contaba. Al parecer, en aquellos lugares de confinamiento existían unas posibilidades, unos medios de comunicación ocultos que Sasha ignoraba. A él le había parecido siempre que el Estado era omnisciente y todopoderoso. De hecho no era así: se le podía burlar. Zida le había propuesto a él otros caminos. Y probablemente tuviera Solovéchik sus caminos propios, que Sasha ignoraba.

-¿Cuánto tiempo necesitas para ir al pueblo?

Era una alusión a que el tiempo apremiaba. Sasha se levantó.

-Dentro de unas tres horas estaré de vuelta.

-Te espero.

Borís se recostó de nuevo en el árbol y cerró los ojos.

Todo lo anterior -la detención, la cárcel, el confinamiento- era incomparable con lo que sucedía ahora. Entonces no había cometido ningún delito. Ahora infringía la ley por vez primera. Ayudaba a un fugitivo a sabiendas, ya que le había prevenido Alférov. Naturalmente, Borís no le traicionaría. Pero su «complicidad en una fuga» era un hecho. Y pagar por ello resultaría doblemente absurdo, ya que la fuga de Borís era un disparate: o se moriría por el camino o le detendrían.

De todos modos, él tenía la obligación de ayudar a Borís. Sólo importaba que nadie sospechara nada en la aldea. ¿Pedirles tocino y pan a sus patronos? Era una prueba evidente. La única persona que podía ayudarle era Zida. Si ella no tenía nada en casa, se lo pediría a alguna vecina. Como ella solía comprarles productos, no despertaría sospechas. Un trozo de tocino, pan o tortas, un par de docenas de huevos cocidos, azúcar, más los bombones que le había enviado su madre, sal...

A Zida no tenía más que pedirle que consiguiera esos productos porque los necesitaba, que no preguntara nada y se olvidara luego del asunto.

Zida no preguntó nada. Fue a casa de algunas vecinas, trajo tocino, carne curada y tortas, coció dos docenas de huevos, sacó el azúcar y los bombones, lo envolvió todo muy bien y lo metió en un saquito de lona de los que usaban los cazadores cuando iban al bosque.

El hecho de que lo metiera en aquel saquito demostraba que había adivinado.

Ya en la puerta, Sasha se volvió:

-Yo, de aquí, no me he llevado nada.

Pasara lo que pasase y por mal que se pusieran las cosas, Zida no debía tener nada que ver con aquello. Zida asintió con la cabeza.

-Está bien.

Borís abrió los ojos al escuchar los pasos de Sasha, se incorporó, sacudió la cabeza como para ahuyentar el sueño y metió los productos en su macuto. Sólo dejó la sal.

-Tengo yo.

Luego se levantó. Sasha le ayudó a meter los brazos por los tirantes del macuto.

-Bueno, amigo, ¡adiós!

Borís abrazó a Sasha abriendo mucho los brazos porque le estorbaba el macuto.

-Mañana por la mañana estaré aquí mismo -dijo Sasha-. Si cambias de parecer y vuelves, aquí nos encontraremos.

-No cambiaré de parecer -replicó Borís-. ¿Lo has hecho todo con cuidado?

-Puedes estar tranquilo.

19

Ordzhonikidze había quedado descontento por el incidente ocurrido con la comisión de Piatakov, descontento de que Mark Alexándrovich hubiera echado prácticamente a la comisión de su empresa y descontento del repapolvo que hubo de aguantar de Stalin por culpa de Mark. Aunque Stalin apoyó entonces a Mark Alexándrovich, no quedó ningún documento que legalizara la construcción de viviendas, establecimientos comunales y de servicios llevada a cabo por Mark Alexándrovich. Se había ratificado de palabra, pero las palabras se olvidan. Mientras no tuviera el visto bueno oficial, Riazánov seguiría expuesto a un disgusto.

Por eso, Riazánov aceptó encantado la idea de la revista *Bolshcvik* de que escribiera un artículo acerca de su empresa y de los problemas de la siderurgia. *Bolshcvik* era la revista más importante del partido. Conque el artículo ayudaría a la empresa, ya que las fábricas proveedoras y cooperantes verían en él una directiva. Pero, sobre todo, el artículo serviría para dejar constancia pública de las obras que estaba realizando y, por tanto, legalizarlas.

Mark Alexándrovich escribió el artículo en dos veladas. Su sentido se reducía a lo siguiente: el proyecto de la empresa había sido elaborado por los norteamericanos con gran premura y necesitaba ciertas enmiendas. Mark Alexándrovich enumeraba las más importantes. Pero, al mismo tiempo, recomendaba dar a conocer ampliamente a los siderúrgicos soviéticos las mejores muestras de trabajo de los norteamericanos y señalaba con detalle en qué puntos iba rezagada la URSS.

En las regiones orientales de la Unión Soviética, la tarea esencial de la siderurgia consistía en formar un contingente fijo de obreros, técnicos e ingenieros de alta cualificación. De ahí la necesidad de impulsar ampliamente la construcción de viviendas, establecimientos públicos y culturales y de servicios. Mark Alexándrovich enumeraba los trabajos ya realizados (y que habían provocado el envío de la comisión), los señalaba como logros aprobados por el Comité Central del partido (se refería a las palabras de Stalin) y decía que la empresa continuaría esas obras.

Finalmente, Mark Alexándrovich criticaba de forma muy dura a los proveedores morosos. El artículo apareció en la revista a mediados de noviembre y, a fines del mismo mes, Mark Alexándrovich acudió a Moscú para asistir a un pleno del Comité Central del partido.

El pleno iba a tratar una sola cuestión: la abolición del sistema de racionamiento del pan y otros productos a partir del primero de enero de 1935.

En todos los discursos se notaba preocupación: el sistema de racionamiento, que existía desde el año 1928, venía asegurando un abastecimiento quizá insuficiente pero seguro. Ahora, al introducirse la venta libre, surgiría un mercado que no se tenía ya costumbre de dirigir.

Sentado en la presidencia, Stalin no había hecho uso de la palabra todavía. El último día del pleno, durante un descanso, se acercaron Ordzhonikidze y Kírov a Mark Alexándrovich.

-Aquí tienes a Serguéi Mirónovich, que te quiere conocer -dijo Ordzhonikidze sonriendo-. Le ha gustado mucho tu artículo.

Kírov estrechó la mano de Riazánov.

-Sí, es un artículo inteligente y útil. Lo que usted dice no sirve sólo para las regiones nuevas, sino también para las viejas. El problema del contingente fijo de cuadros se hace ahora primordial en todas partes. También me gusta su llamamiento a aprender lo que tienen de bueno los norteamericanos porque no es vergonzoso aprender, aunque sea de los capitalistas. En cuanto a su crítica contra ciertas empresas de Leningrado, le prometo enmendar la situación.

-Gracias. Será una gran recompensa para nosotros --contestó Riazánov. Ordzhonikidze dijo sin maldad:

-Es un gran diplomático. En el artículo ha legalizado oficialmente sus gastos ilegales.

-¡Qué va, Grigori Konstantínovich! -protestó Riazánov-. Simplemente he dejado constancia de lo que está hecho y aprobado... Ordzhonikidze no tuvo tiempo de contestar. Stalin se había detenido junto a ellos. Ni siquiera advirtieron desde qué lado llegó.

-¿De qué se discute? -Hablábamos del artículo del camarada Riazánov

-contestó Ordzhonikidze.

-¿Qué artículo es ése? -preguntó Stalin mirando fríamente a Ordzhonikidze y a Riazánov, pero sin parar los ojos en Kirov.

-Uno que ha aparecido en el último número de *Bolsbcvik* -contestó sin embargo Kirov.

-No lo he leído -profirió Stalin, siempre sin mirar a Kirov, y se apartó de ellos. Riazánov le vio alejarse, vio su espalda estrecha, algo encorvada

bajo la guerrera de color caqui, casi marrón, y su corazón se llenó de orgullo. Hacía un momento, un minuto nada más, había estado al lado de ÉL, al lado de Kírov y Ordzhonikidze, estuvieron hablando como pudieron ver todos los asistentes al pleno. Stalin no había leído su artículo de *Bolsbcvik*, y era natural. Con los preparativos del pleno, con los preparativos de la abolición del sistema de racionamiento no habría tenido tiempo ni siquiera de hojear la revista. Bastante era que lo hubiera leído y elogiado Kírov. Y también la actitud afable de Ordzhonikidze demostraba que ya no estaba enfadado, que las acciones de Riazánov en su empresa estaban legitimadas y el artículo había desempeñado su papel. Todo iba bien. Sus temores eran vanos. En la época de grandes realizaciones, todo lo auténtico, todo lo útil vencía inevitablemente, ya que estaba dirigido por SU sabio pensamiento y por su mano poderosa. Ahí estaba ÉL, caminando por el vestíbulo abarrotado de gente y sin que nadie aparentemente se apartara ni siquiera un paso, delante de ÉL quedaba el camino libre. ÉL caminaba con paso tranquilo, pausado y ligero con sus botas altas blandas, y aunque nadie le miraba ni volvía la cabeza hacia él, todos sabían que era Stalin quien pasaba. Stalin traspuso la puerta que conducía a la habitación de la presidencia y sólo entonces vio Riazánov que Ordzhonikidze se había recostado contra la pared, extraía con manos trémulas un comprimido de nitroglicerina de un tubito y se lo llevaba a la boca.

-¿Qué te ocurre? -inquirió Kírov, alarmado. Ordzhonikidze hizo una profunda aspiración.

-No es nada. Riazánov le tomó del brazo. Ordzhonikidze se soltó suavemente.

-Vamos al botiquín, que está aquí al lado -propuso Riazánov.

-No hace falta. Ya pasó.

-No -protestó rotundamente Kírov-. Debes irte a casa. ¡Vamos: te acompañó!

Para Kirov, la frialdad de Stalin no había sido inesperada. Sus relaciones se habían deteriorado ya en Sochi, de donde, en realidad, Stalin le había echado enviándole al Kazajstán. En el Kazajstán había estado Kirov desde el 6 hasta el 29 de septiembre. Cuando regresó a Leningrado, el jefe de la dirección del NKVD en la región, Medvied, le había informado que el director suplente de la misma, Iván Zaporozhets, había traído del aparato central de Moscú, sin contar con él que era su superior, a hombres de su confianza que colocó por su cuenta y riesgo en posiciones clave de la sección política secreta y hacía alarde de gozar de autonomía y subordinarse únicamente a Moscú. Aquella situación era inadmisible: en el NKVD no podía haber dos jefes, subordinado el uno al comité regional del partido y el otro a Moscú. Por eso, Medvied pedía que se exigiera la retirada inmediata de Zaporozhets, así como de las personas que había destinado sin contar con los organismos locales.

La cuestión era peliaguda. Indudablemente, esos destinos habían sido aprobados. Probablemente por indicación expresa de Stalin para «erradicar los vestigios de la oposición» y pegarle en los nudillos a él, a Kírov: no quieras hacerlo tú, pues lo haremos sin ti. De ahí que Zaporozhets hiciera alarde de su autonomía. Exigir su retirada significaba entrar en conflicto directo con Stalin y, además, en el delicado problema de los cuadros, en el que Stalin no admitía la menor injerencia. Sin embargo consentir la existencia en Leningrado de tal organismo autónomo no supeditado al comité regional significaba, con el tiempo, perder todo el poder.

Kirov reunió en su despacho al buró del comité regional. Sólo a los miembros del buró, sin secretarios ni técnicos, sin levantar acta, invitando primero a Medvied a repetir su información y pidiendo luego a los miembros del buró que expusieran su opinión. Unánimemente opinaron que se debía exigir la inmediata retirada de Zaporozhets y sus hombres.

Kirov tomó el teléfono y pidió comunicación con Moscú.

-Ahora mismo informo --contestó Poskrióbishev.

Hubo que esperar mucho rato. En el despacho de Kírov reinaba el silencio. Todos callaban, comprendiendo que si Stalin no se ponía al hablar, no era por casualidad.

Por fin tomó el auricular.

-Dígame.

-Camarada Stalin -comenzó Kírov-, Zaporozhets está actuando por su cuenta y no se subordina a Medvied, que es el jefe del NKVD. El buró del comité regional pide que Zaporozhets sea retirado de Leningrado.

Stalin callaba. Luego preguntó:

-¿En qué actúa por su cuenta concretamente?

-El último caso -explicó Kírov- es el siguiente: ha traído de Moscú a cinco hombres que le ha dado Yagoda y, sin consultar con Medvied, les ha asignado puestos de responsabilidad en la sección política secreta...

-Verás -contestó Stalin-: éos son trasladados internos en el aparato del NKVD.

-Pero ¿yo soy o no soy el secretario del comité regional? -preguntó Kírov, colérico, y pegó en la mesa con el canto de la mano.

-¿A qué viene esa pregunta de criatura? -objetó Stalin- El NKVD es un Comisariado del Pueblo de nueva formación y, como en todo nuevo Comisariado del Pueblo, es inevitable una redistribución de cuadros. Concertar cada candidatura con todos los organismos locales es prácticamente imposible.

-El buró del comité regional y yo personalmente insistimos de la manera más rotunda en que se retire de aquí a Zaporozhets -declaró Kírov.

-Te he explicado todo como he podido. No sé hacerlo mejor -profirió fríamente Stalin. Y cortó la comunicación. Todos guardaron silencio algún tiempo. Luego se volvió Kírov hacia Medvied:

-Bueno, Filipp: en la dirección del NKVD mandas tú. El buró del comité regional sólo te reconoce a ti. Ataja de raíz cualquier acción por separado de Zaporozhets. Nosotros te apoyaremos.

Kírov volvió al pleno después de dejar a Ordzhonikidze en su casa. Había sonado el timbre que ponía fin al descanso y los participantes entraban en la sala. Pero Riazánov estaba esperando.

-Perdone, Serguéi Mirónovich, ¿cómo se encuentra Grigori Konstantínovich?

-De momento, todo parece que ha pasado. Se ha acostado y Zinaida Gavrilovna va a llamar al médico.

Pero Ordzhonikidze prohibió que llamaran al médico. Se encontraba mejor y dejó la cama, aunque decidió no volver al pleno. Conocía el proyecto de resolución y podían votarlo sin él.

Se sentó en un sillón y quedó pensativo.

Durante los dos minutos de conversación con Stalin había comprendido con toda claridad la verdadera actitud de Stalin hacia Kírov. Ordzhonikidze conocía bien a Stalin y sabía lo que significaba que hablara con alguna persona sin mirarla a la cara...

Anochecía y empezaban a encender las luces en la casa. Zinaida Gavrilovna, la esposa, se asomó al dormitorio.

-¿Cómo te encuentras?

-Bien. No enciendas la luz. Quiero estar un rato solo.

Allí sentado, estuvo pensando. Después de lo que le había dicho Budiaguin de los extraños cambios en el NKVD de Leningrado, había intentado varias veces hablar de Kírov con Stalin, tantear la situación; pero Stalin eludía la conversación hasta que, luego, la comenzó él inesperadamente.

Se discutía en el buró político el informe de Kírov acerca del Kazajstán y de la marcha de los acopios de cereales cuando Stalin dijo, como de pasada, sin ninguna relación con lo que estaban debatiendo:

-Yo he propuesto al camarada Kírov, como secretario del Comité Central, que se traslade a Moscú, pero se ha negado. ¿Cuántos años puede pasarse una persona en una misma ciudad? ¡Son ya ocho! ¡Basta! No podemos permitirnos el lujo de tener a Kírov en Leningrado. Kírov es un trabajador de talla nacional. Lo necesita todo el partido.

Y, sin decir más, pasó a otra cuestión.

Pero después de la reunión, cuando sólo quedaron en el despacho Stalin, Kaganóvich, Mólotov y Kuibishev, dijo Stalin a Ordzhonikidze:

-Habla con Kírov, puesto que sois amigos, para que se venga a Moscú. En la dirección central hace falta un hombre ruso. Tú y yo somos georgianos; Kaganóvich, judío; Rudzutak, letón; Mikoyán, armenio... ¿Cuántos rusos tenemos? Mólotov, Kuibishev, Vorochilov y Kalinin. Son pocos.

Cuando Kírov regresó del Kazajstán, fue Ordzhonikidze a Leningrado y le transmitió a Kírov la propuesta de Stalin. Kírov se negó de nuevo. Después de referir los roces que había tenido con Stalin en Sochi y del conflicto debido a Zaporozhets, dijo con calma y convencimiento.

-A Zaporozhets no le permitiremos desmandarse en Leningrado.

¡Qué ingenuos eran todos ellos! ¡Qué ingenuos eran él, Budiaguin, Kírov! ¿Acaso no comprendía Stalin que Kírov no iba a achantar ante Zaporozhets? La «erradicación de los amigachos» no era más que una cobertura, un camuflaje. En Leningrado no le dejarían erradicar nada a Zaporozhets.

¿Qué medidas tomar? Ordzhonikidze se dijo que lo mejor sería ganar tiempo. Había que retener a Kírov en Moscú por lo menos unos días, una semana, para pensar todo bien, pedir consejo a otros camaradas. ¿Quién sabe si no lograrían convencer a Kírov de que se trasladara a Moscú? Y, sobre todo, que la inesperada prolongación de la estancia de Kírov en Moscú pondría sobre aviso a Stalin y quizás diera marcha atrás, quizás hiciera volver a Zaporozhets.

Kírov volvió del pleno casi a las once de la noche. El propio Ordzhonikidze le abrió la puerta.

-¿Ya te has levantado? -preguntó alegremente Kírov al entrar-. ¿Cómo te encuentras?

Ordzhonikidze se sentó en un sillón respirando profundamente.

-Pues no me encuentro bien. Quédate un par de días en casa.

Kírov, que estaba preparando su cartera, se volvió:

-¿Qué dices? Pasado mañana, el primero de diciembre, tengo que presentar mi informe ante el activo del partido... Acerca del pleno...

-Un informe... ¡Vaya una cosa!... -exclamó Ordzhonikidze respirando con dificultad-. ¿No puede hacer el informe Chúdov o Kodatski? Pasa unos días aquí conmigo, Serguéi. ¿Quién sabe si volveremos a vernos?

Kírov se acercó a Ordzhonikidze, le tomó una mano y declaró mirándole fijamente:

-No pienses esas cosas. Acuéstate y llama al médico. Los ataques de estenocardia suelen producir esa depresión. Tienes que sobreponerte. ¿Adónde tengo que llamar para que manden un coche?

-Llamaré yo. Ordzhonikidze se levantó del sillón, pasó a la habitación contigua, marcó el número del garaje por el teléfono interior y llamó a Barabashkin, su chófer:

-Vasili Dmítrievich, trae el coche para llevar a Kírov a la estación.

-Yen voz muy baja, con la mano delante de los labios, añadió: Y arréglate de forma que pierda el tren. ¿Me has entendido?

Ordzhonikidze volvió al comedor. Kírov tenía ya su cartera lista, se había puesto el abrigo y, de pie, hablaba con Zinaida Gavrílovna.

-Quédate tres días más, ¿eh, Serguéi? -insistió Ordzhonikidze tristemente.

-No puedo. Ya te he explicado que el primero de diciembre se reúne el activo.

Abajo, delante del portal, sonó brevemente un claxon.

Kírov abrazó y besó a Ordzhonikidze, abrazó y besó a Zinaida Gavrílovna diciéndole con amistosa severidad:

-No seas blanda con él. Hazle que se cuide. Recogió su cartera y salió rápidamente. El reloj marcaba las once y media.

Antes de llegar a la central de correos, Barabashkin detuvo el coche, se apeó y levantó el capó.

-¿Qué ocurre?

-Parece que no llega la gasolina, Seguén Mirónovich. En seguida lo arreglo.

-No. No puedo esperar.

Barabashkin había cometido el error de detenerse cerca de una parada del tranvía. Precisamente llegaba uno del número cuatro, que iba a la plaza de las Estaciones, y Kírov tuvo tiempo de saltar a la plataforma. Faltaba un minuto para la salida del tren Estrella Roja cuando el mozo del vagón le hizo subir.

Sasha salió de su casa antes de que amaneciera y a primera hora estaba ya en el sitio donde se había despedido de Borís la víspera. Allí estaba el árbol en el que se había recostado. Sasha pegó un silbido y llamó un par de veces a Zhuchok para avisar a Borís, pero nadie contestó. Anduvo por el bosque hasta el crepúsculo sin dar con él. O sea, que había decidido no volver hacia atrás. Los días siguientes también describió Sasha grandes círculos por el bosque cambiando de itinerarios. La nieve formaba ya una gruesa capa sobre las ramas de los abetos y recubría de blandas

pellas la tierra, las ramas caídas y los pequeños pantanos helados. Sasha caminaba con dificultad, deteniéndose a menudo y prestando oído al bosque. Pero el bosque estaba callado. Sólo crujían de vez en cuando los árboles que se helaban y castañeteaban con el pico los cascanueces que revoloteaban de abeto en abeto sacudiendo la escarcha de las ramas y dejando caer sobre la nieve las escamas de las piñas que mondaban.

Sasha levantó una vez a una liebre blanca que salió corriendo entre los árboles con sus largas orejas echadas sobre la espalda. También descubría ardillas, crías de aquel año a juzgar por lo inexpertas: paradas en una rama con la gruesa cola a lo largo del lomo, mondaban las piñas dándoles vueltas muy rápidas entre las patas delanteras y mirando fijamente a Sasha desde arriba. Vio a un zorro que correteaba por la nieve a la busca de alguna presa, se detenía de trecho en trecho y prestaba oído por si captaba el chillido de algún ratón de campo, y entonces se lanzaba hacia el sitio donde lo había escuchado y se ponía a escarbar la nieve a toda velocidad, como un perro. En una ocasión, Sasha pudo observar cómo se alimentaba un urogallo: pisando con cuidado la nieve blanda, arrancaba hojas de enebro, brotes de airela que la nieve no había recubierto todavía e incluso la cúspide de los pequeños pinos.

Una semana anduvo Sasha por el bosque sin que apareciera Borís. Podía ser que estuviera ya muy lejos o que hubiera perecido en el bosque, helado, enfermo, ahogado debajo del hielo, quizá muerto de inanición al extraviarse.

Pero no le habían capturado. De haber ocurrido, todo el mundo lo sabría ya. Una fuga es un acontecimiento; la captura del fugitivo, un acontecimiento aún mayor, una noticia que se difunde por toda la cuenca del Angará. Empiezan las investigaciones, los interrogatorios... ¿Quién le ayudó? ¿Quién le escondió? ¿Quién le proporcionó comida?

Los confinados de Mozgova también hablaban de la fuga de Solovéchik. Pero como no le conocía nadie más que Sasha y él no se explayaba mucho sobre el particular, hablaban de la fuga en general, de las pocas probabilidades de éxito que tenía. Incluso si lograba escapar de Siberia estaba perdido: en las condiciones del país era imposible vivir ilegalmente. En eso coincidían todos.

Sin embargo, también comprendían que la fuga de Solovéchik traería cola. Dejarla pasar sin consecuencias significaba estimular otras más. Si no era posible castigar al fugitivo, había que castigar a los demás, arrancarles del lugar donde ya se habían habituado, privarlos del medio de vida que pudieran tener. Los confinados debían saber que tendrían que responder por cada fugitivo, que ellos mismos habían de evitar las fugas. Y, en efecto, todos los confinados de Rozhkovo fueron enviados al poco tiempo a otras aldeas.

A Mozgova mandaron a dos: un tal Kayúrov y una mujer, miembro del partido desde el año mil novecientos cinco, según decían, con el extraño apellido de Zviaguro. De nombre y patronímico se llamaba Lidia Grigórievna. No era agraciada, tenía aspecto senil y los dientes salientes. Y no llegó sola, sino con un niño de seis años llamado Tarasik.

Los trajeron cuando los fríos permitían ya el uso de los trineos. Mandó parar al conductor delante de la isba donde vivía Sasha, entró y le dijo:

-Me ha hablado de usted Solovéchik. ¿Sabe usted dónde me alquilarían un sitio para vivir?

-Habrá que pensarlo -contestó Sasha-. Pase y siéntese.

-Tengo que despedir al conductor del trineo.

Salieron a la calle. En el trineo esperaba Tarasik, envuelto en un mantón. Lidia Grigórievna le bajó del trineo. Sasha cargó con el equipaje -dos viejas maletas atadas con cuerdas- y todos volvieron a la casa. En la calle rechinaron los patines del trineo: el conductor se había marchado.

Lidia Grigórievna desató el mantón que envolvía a Tarasik, le quitó una especie de abrigo de pieles, le quitó el gorro y le dijo que se sentara en un banco. Tarasik obedeció mirando a Sasha.

Éste abrió la puerta de la cocina y llamó al ama de la casa. Con ella entró también su marido en la salita.

Sasha señaló a Lidia Grigórievna.

-Es una conocida mía. ¿En qué casa podría hospedarse?

El ama miró al chico.

-¿Nieto?

-Sí -asintió Lidia Grigórievna hosamente.

-Con un chico es más difícil, pues. Los chicos son traviesos...

-Éste no es travieso -repuso Lidia Grigórievna.

-Eso, a saber... -farfulló el ama.

-¿Acaso no ha habido aquí confinados con niños? -preguntó Sasha. El ama no contestó y siguió contemplando al chico.

-¿Cómo se llama? -Se llama Taras.

-Los Briujánov sí alquilarían, pues -dijo el viejo.

-La hija de los Briujánov está mal de la cabeza.

-Pero es tranquila. No le hará nada. Lidia Grigórievna se ensombreció.

-Y, aparte de los Briujánov, ¿quién más nos admitiría? El ama se quedó pensando.

-¿Y los Sizij? -preguntó a su marido.

-Él empina el codo observó el viejo.

-No, eso no: Tarasik tiene miedo a los borrachos.

-Muchos impedimentos pones -reconvino la vieja y luego, volviéndose hacia Sasha-: Acércate donde los Verjotúrov. Viven cerca de la maestra. Mientras se dirigían a casa de los Verjotúrov, dijo Lidia Grigórevna:

-Con el chico es difícil encontrar alojamiento, aunque él no molesta nada. Lo que temen es que si me meten a mí en la cárcel el chico quedaría a su cargo. Y mientras las autoridades le mandan a un orfanato puede pasar un año o incluso dos. Para eso hay que hacer gestiones, escribir... Y ellos no saben escribir.

Los Verjotúrov pidieron treinta rublos al mes.

Por la expresión de Lidia Grigórevna comprendió Sasha que iba a negarse. La retuvo por un codo.

-Está bien. Hoy se mudarán aquí. Lidia Grigórevna estaba descontenta.

-Ha hecho usted mal en comprometerse en mi nombre. Yo no puedo ni tengo el propósito de pagar esa cantidad.

-Mi palabra no la compromete a usted para nada. Siempre estamos a tiempo de decir que no. Mire: van a quedarse un par de horas en mi cuarto. Allí descansan, comen algo mientras yo sigo buscando. Si encuentro algo más barato, va usted a verlo y decide. Si no lo encontramos ahora, se instala donde los Verjotúrov y seguiremos buscando.

-Los Verjotúrov quedan excluidos -declaró Lidia Grigórevna-. Sólo tengo veinticinco rublos. Además, ¿qué precios son éstos? En Rozhkovo pagaba quince rublos.

-Aquí es más caro. Rozhkovo es un lugar apartado mientras que Mozgova está cerca de Kezhmá, la cabeza del distrito, y los precios son más altos. Yo pago veinte rublos. A usted le han pedido diez más por el chico. En cuanto al dinero, yo puedo prestarle algo y ya me lo devolverá.

-Ni hablar -objetó Lidia Grigárevna-. El dinero me lo envía un sobrino que tengo en Yaroslavl. Pero ahora empezará el lío con el correo (demasiado sé yo lo que significa un cambio de dirección), y ya podré darme por contenta si lo recibo dentro de medio año. En Rozhkovo ganaba algo cosiendo. El ama de la casa donde vivía tenía máquina de coser. ¿Encontraré aquí alguna?

-Aquí hay un montón de mujeres presumidas que no quieren ser menos que la intelligentsia del distrito. Tendrá una gran clientela. En cuanto a la máquina, ya la encontraremos.

-De todas maneras, ocurrirá lo mismo que en Rozhkovo, que me pagarán en huevos, nata o pescado. Mi sobrino me envía veinte rublos al mes y a eso debo atenerme.

Sasha acompañó a Lidia Grigárevna a su casa, pidió al ama que les preparara té a ella y a Tarasik y él fue a ver a Zida. La maestra conocía a toda la gente de la aldea y podría aconsejar lo mejor.

Encontró la puerta abierta, aunque Zida no estaba en casa. En la estufa se consumían unos leños, encima de la mesa estaban los libros y los cuadernos, de modo que había regresado ya de la escuela. Zida no permitía que los chicos se llevaran los libros y los cuadernos a sus casas, sino que los obligaba a preparar las lecciones en la escuela, reteniéndolos un poco más.

-En casa no preparan las lecciones -decía-. Además utilizan los libros para tapar las orzas de leche y arrancan las hojas de los cuadernos para liar cigarrillos...

Distraídamente, se puso a repasar los garabatos de los chiquillos, pero luego le llamó la atención un grueso cuaderno con pastas de hule como los que utilizaba él en Moscú cuando estudiaba en el instituto. Y también lo abrió distraídamente.

Sin haber leído nada, por las fechas que destacaban en el texto -agosto, septiembre, octubre, noviembre-, por las letras mayúsculas -«S», que era él, Sasha, o «V.S.», que era Vsevolod Serguéievich-, por frases que saltaba a la vista -«Ayer dijo», «Es muy audaz y noble», comprendió que se trataba del diario de Zida. Su primer impulso fue cerrar el cuaderno porque él no podía rebajarse hasta el extremo de leer un diario ajeno. Sin embargo... De haber sucedido en Moscú, en su vida de antes, nunca habría osado abrir un diario de otra persona. Pero allí, en su situación... ¡Porque Zida escribía acerca de él! ¿Y qué escribía? ¿Por qué confiar sus pensamientos al papel? Él tenía la obligación de saber lo que había escrito allí, ya que cualquier paso suyo, cualquiera de sus palabras podían interpretarse erróneamente. La desgracia podía llegar de cualquier lado, incluso de la mujer que le amaba. En realidad, ¿qué sabía de ella? ¿Por qué estaba allí, en aquel rincón perdido?

Dio unos paseos por la habitación.

¿Qué significarían las palabras «es muy audaz y noble»? ¿Serían una alusión a que le proporcionó comida a Borís y no denunció al fugitivo? Esos dos epítetos bastaban para que no dejaran títere con cabeza entre los confinados de Mozgova. Por haberse confiado a ella podían padecer otras personas. Claro que ella no quería causarle daño a nadie. Pero ¿por qué escribía? No era ninguna niña, que andaba cerca de los treinta. ¿No comprendería en qué situación se encontraba él? ¿Por qué había dejado el diario encima de la mesa? ¿Por casualidad? ¿Se le olvidó guardarlo? ¿Por frivolidad?

Dio otros paseos por la habitación. Arrancó la corteza de un tronco de abedul y la arrojó a la estufa. En seguida se enroscó del calor y el fuego prendió en ella un instante después.

¿Y si hojeara el diario? ¿Y si leyera lo que escribía de él, enterándose de una vez para siempre de quién era en realidad? Pero, al hacer eso, pasaría el límite que separa al hombre de honor del que no lo es. Por otra parte, ya era tarde; su vacilación había sido demasiado larga... Oyó a Zida que llegaba por el patio y luego se limpiaba los pies en el zaguán. Entró y sonrió al verle.

-¿Hace mucho que has llegado?

En vez de contestar, señaló el diario.

-¿Qué es esto?

Zida percibió notas de cólera en su voz, comprendió que había abierto el diario, se quedó confusa, pero luego le contempló con su mirada limpida y franca.

-Es mi diario.

-¿Por qué lo escribes?

Tardó un poco en contestar:

-¿Te ha ofendido algo de lo que hay ahí?

-Yo no leo los diarios ajenos. Pero... Me imagino que algo escribes también acerca de mí, ¿verdad?

-Pues, sí. Sasha la miró y luego preguntó:

-¿Por qué estás aquí, Zida? La mujer agachó la cabeza y calló. No contestaba.

-Te pregunto por qué razón has llegado aquí. Susurró:

-Nunca te lo diré.

-Eso es cosa tuya. Pero yo necesito saber lo que escribes de mí. Ella le ofreció el cuaderno.

-Léelo.

-No pienso leer tu diario. Pero te ruego que arranques de él todas

las páginas que se refieren a mí y las quemes en esta estufa. Y que en adelante no escribas nada acerca de mí. Te he explicado ya mi situación. Siento que no hayas comprendido nada.

Pensativa, Zida hojó el diario, dobló algunas páginas y tendió el cuaderno a Sasha.

-Esto se refiere a ti. Léelo.

-Te he dicho claramente que no quiero leerlo. Arranca esas páginas y quémalas. Sasha comprendía que su exigencia era cruel. Pero no había otra salida. La acción de Solovéchik había costado muy cara a personas que eran ya bastante desgraciadas. Sasha no quería que nadie padeciera por la frivolidad de Zida.

Ella se acercó a la estufa, se agachó, abrió la puertecilla de hierro, arrancó una hoja del diario, pasó la mirada por ella, la arrugó y la echó al fuego. Releyó, arrugó y echó al fuego la segunda, luego la tercera, la cuarta... Arrodillada delante de la estufa, dando la espalda a Sasha, arrancaba páginas del cuaderno, las arrugaba y las echaba al fuego, ya sin leerlas, probablemente porque el final del diario se refería a Sasha o quizás porque ya le daba todo lo mismo y lo arrancaba todo.

-¡Qué calor! --exclamó de pronto.

Sólo entonces se dio cuenta Sasha de que ni siquiera había dejado que se quitara la ropa de invierno. Seguía, como llegó de la calle, con el abrigo de pieles, las botas de fieltro y el pañuelo de lana a la cabeza.

Ahora le daba pena de ella y se reprochaba haberle hecho pasar aquel mal rato. ¡Todo eso era odioso, horrible! No veía el momento de que por fin terminara el suplicio inventado por él.

Zida se incorporó, dejó encima de la mesa los restos del cuaderno y sonrió entre lágrimas:

-¡Ya está todo!

Sasha salió de casa de Zida. ¡Era espantoso, todo era espantoso! Pero no podía hacer otra cosa. Ahora vivía según unas leyes nuevas. Quizás lo comprendería Zida y seguirían siendo amigos.

Entró en la tienda de Fedia y le preguntó quién alquilaría una habitación. Añadió que la mujer tenía un niño de seis años, cosía bien y debía de haber máquina de coser en la casa.

-¿Y si la llevamos donde Lariska? -sugirió Fedia-. Vive sola. Tiene máquina de coser. Le encanta estrenar pingos, pero no sabe hacérselos. ¡Conque ya tiene modista en casa!...

-Más de veinte rublos no puede pagar...

-A Lariska, con quince le basta -afirmó Fedia con ademán despreocupado-. Más aún porque coserá para ella. Es posible que también le encargue algo Marusia.

-¿Aceptará Lariska?

-Diciéndoselo yo, aceptará.

La cosa se solucionó. Sasha llevó las maletas de Lidia Grigórievna a casa de Lariska, miró la máquina de coser, la engrasó. La máquina, aunque vieja, era una buena Singer.

-Le deseo lo mejor -dijo Sasha-. Si algo necesita, llámeme...

Le interesaban los detalles de la evasión de Solovéchik. Pero Lidia Grigórievna no contaba nada y a Sasha le resultaba violento hacer preguntas.

Al enterarse de que Sasha había instalado a Lidia Grigórievna en casa de Lariska, Vsevolod Serguéievich observó con su sonrisa habitual:

-La alianza de una ramera y una solterona. Pero con el chico difícilmente encontrará otro acomodo. A propósito, ¿sabe usted quién es ese Tarasik?

-Dice que es su nieto, pero no lo parece.

-Es hijo de unos colonos especiales, oficialmente unos kulaks, que murieron aquí.

Sasha se sorprendió.

-Hace falta valor para encargarse aquí de una criatura.

Vsevolod Serguéievich sacudió la cabeza.

-Puede ser el afán de tener una meta en la vida, de aferrarse a algo.

-Cualquiera que sea el motivo, su acción es noble y humana -observó Sasha-. A mí, por lo menos, me inspira la esperanza de que incluso en estas condiciones salvajes se afirman los valores humanos más elevados. La compasión es uno de ellos.

-Pues yo pienso en las metamorfosis de nuestra realidad -repuso a su vez Vsevolod Serguéievich-. Porque no está excluido que, en su momento, Lidia Grigórievna se incautara los bienes de los padres de Tarasik y los deportara a Siberia. y ahora ella, en Siberia, cría al hijo de ellos a costa de sufrimientos y privaciones. Ahora bien, ¿respalda este hecho la tesis de la expiación?

-Yo no conozco bien la doctrina cristiana --contestó Sasha-. Pero a mi entender, a Lidia Grigórievna la guió algo que está por encima de todas las religiones y todas las ideas: la capacidad de sacrificarse por los demás. Y el hecho de que esto se manifieste incluso aquí, todo esto, repito, inspira la esperanza de que lo humano no ha sido extirpado en el hombre ni lo será jamás.

Al ofrecer a Lidia Grigórievna algún dinero, Sasha disponía sólo de treinta rublos. Él se arreglaría con unos rublos para cigarrillos y queroseno y, en cambio, ayudaría a Lidia Grigórievna. En cuanto a sus patronos, les pagaría a fines de noviembre, o incluso en diciembre, cuando empezaran a traer el correo en trineos.

Como había calculado, el correo llegó a comienzos de diciembre. Y, como esperaba Sasha, le traía muchas cosas: dinero, un paquete con ropa de invierno -la dirección venía escrita con la letra clara de Varia-, muchas cartas de su madre, muchos periódicos. En los matasellos venían fechas de agosto, septiembre y algunas de noviembre: se había mezclado lo enviado antes de que los caminos quedaran intransitables y lo enviado después. Eso significaba que aún había mucha correspondencia en camino.

Tenía para deleitarse una semana, o quizás dos. El mes de diciembre iba a ser magnífico.

Como siempre, repasó primero las cartas, ordenándolas por las fechas de envío. La madre no le comunicaba nada nuevo. Además, ¿qué novedades podía tener? Recuerdos de las tías, de Varia, nada del padre, de Mark ni de los compañeros. Sasha abría cada sobre con la recóndita esperanza de encontrar por lo menos unas letras de Varia, puesto que ya le había escrito él. Pero, carta tras carta, escribía la madre: «Recuerdos de Varia», «Recuerdos de Varia». Y, en las fajas de los rollos de periódicos, la letra de Varia.

Había perdido ya las esperanzas cuando, al abrir la última carta, vio una notita de Varia al final de la segunda página:

«Hola, Sasha. Estoy en casa de tu madre y te escribimos las dos. Por aquí, todo bien. Tu madre está bien de salud. Yo trabajo en Mosproekt. Me encantaría saber lo que haces ahora. Varia.»

Releyó aquellas líneas: «Me encantaría saber lo que haces ahora... » ¡Dios mío! A él sí que le encantaría saber lo que hacía Varia ahora, verla, oírla, acariciarla, pasarle la mano por el rostro... «Me encantaría... Me encantaría... » Experimentaba un agudo y lancinante sentimiento de amor y atracción por aquella chiquilla. Se la imaginó de pronto allí, a su lado...

El corazón empezó a latirle con violencia. Se levantó, dio unos paseos por la habitación, se serenó, repasó los periódicos de agosto y septiembre, pero a cada instante tomaba la carta y releía aquellas palabras: «Me encantaría saber lo que haces ahora... »

¡Todo estaba por delante todavía, qué demonios! Todo estaba por delante todavía. Tenía a Varia, ahora lo sabía firmemente. «Me encantaría saber lo que haces ahora... » Tenía a Varia, tenía a su madre, a la gente que le rodeaba, tenía sus ideas y sus pensamientos, todo lo que hace que una persona sea una persona.

Los rayos del sol penetraban en la habitación a través de las ventanitas cuadradas. La isba, bien caldeada, creaba un ambiente tibio y confortable. ¡Se podía vivir! Los que lo pasaban mal eran los que no tenían un techo para cobijarse.

Alguien entró en el zaguán, sacudió los pies para quitarse la nieve de las botas de fieltro, luego les pasó la escobilla y abrió la puerta. Era Vsevolod Serguéievich.

-Pase -invitó Sasha muy contento-. Póngase cómodo.

Vsevolod Serguéievich se quitó el abrigo, el gorro y la bufanda. Dejó las manoplas sobre la estufa... Dio unos paseos por la habitación frotándose las manos ateridas y señaló la mesa.

-Ordenando el correo, ¿eh?

-Sí. He recibido mucho. Usted también, seguramente, ¿verdad?

-¿Y qué hay de nuevo? -contestó con otra pregunta.

-Pues nada de particular... Son cartas de mi madre, de los amigos. Me alegra recibirlas.

-Claro, claro -replicó V sevolod Serguéievich como si no le oyera.

-¿Qué le ocurre, Vsevolod Serguéievich? Parece preocupado.

-Las cosas andan mal, Sasha, andan mal. Continuaba sus paseos por el cuarto sin cesar de frotarse las manos. Lo primero que le pasó por la imaginación a Sasha fue Solovéchik. ¿Le habrían capturado?

-¿Sí? Pues ¿qué ha pasado? Vsevolod Serguéievich se detuvo frente a Sasha.

-El primero de diciembre ha sido asesinado Kírov en Leningrado.

-¿A Kírov? -repitió Sasha desconcertado-. ¿Quién le ha matado?

-Ignoro los detalles. El comunicado del gobierno dice que el primero de diciembre, a las diecisésis horas y treinta minutos, en la ciudad de Leningrado, en el Smolny, ha perecido Kírov a manos de un asesino enviado por los enemigos de la clase obrera. El autor de los disparos ha sido detenido. Se procede a su identificación.

-¿Tiene usted el periódico?

-No, el periódico no lo tengo, pero lo que digo es exacto. Hay un segundo comunicado: el asesino es un tal Nikoláev. Y un tercero: los actos de terrorismo son investigados en el transcurso de diez días en ausencia de las partes, es decir, sin defensa, no se admiten recursos ni indultos, se procede al fusilamiento inmediatamente después de dictada la sentencia. ¡Así mismo, Sasha! «Un asesino enviado por los enemigos de la clase obrera.» No está mal...

-¿Qué encuentra de particular en esas palabras? Eso no es lo esencial.

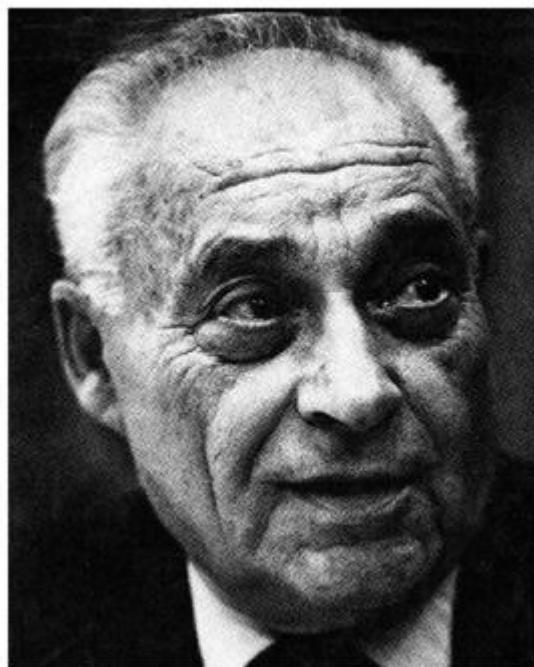
-¿Cree usted? -replicó Vsevolod Serguéievich-. «Un asesino enviado por los enemigos de la clase obrera» y, a renglón seguido «se procede a la identificación» del autor de los disparos. ¿Cómo es eso? ¿Dónde está la lógica? No se tiene su identificación, pero ya se sabe por quién ha sido enviado... No se comprende, no se comprende... Aunque sí se comprende muy bien...

-Kírov, según dicen, era una gran persona, un buen orador, era amado en el partido. ¿Quién ha podido alzar la mano contra él? Vsevolod Serguéievich se sentó en un banco y recostó la cabeza contra la pared.

-Sea quien sea, Sasha, puedo decirle con plena seguridad que se avecinan tiempos tenebrosos.

Moscú, 1966-1983.

El autor



Anatoli Ribakov nació en Chernigov (Ucrania) en 1911, descendiente de una familia judía. Desde los diez años vivió en Moscú, en la misma calle Arbat, donde tendría su hogar Sasha Pankrátov, el protagonista de la novela. No es ésta, sin embargo, la única coincidencia: al igual que Sasha, Ribakov fue detenido en 1934 por muy parecidas razones, e igualmente condenado a tres años de confinamiento en Siberia. Cumplida su condena, participó también en la Segunda Guerra Mundial. Ribakov publicó su primera novela, *El puñal*, en 1948. Dos años después recibió el premio Stalin por *Los camioneros*. Su consagración como autor le llegó en 1978 con la obra *Arena pesada* en la que aborda el delicado tema del destino de los judíos en la URSS. Se arriesgó a editarla en la revista *Oktiabr*, y fue tal el éxito y la controversia despertada, que la obra se publicó luego en veintitrés países, entre ellos España. Entusiasmada por este best-seller, la dirección de la revista intentó editar *Los hijos del Arbat*, pero hubo de ceder ante la censura. Tenía que llegar Gorbachov con su reforma, la perestroika, y su apertura cultural e ideológica - glasnost-, para que finalmente fuera otra revista, *Dmshba narodov*, la que en 1987 editara la novela y la convirtiera de inmediato en el libro emblemático de una época. En efecto, desde la publicación de *Un día en la vida* de Iván Denisovich de Solzhenitsin ningún libro ha causado tal impacto en la URSS como *Los hijos del Arbat* de Ribakov.